COLECCIÓN IDEAS, LETRAS Y VIDA

OBRAS COMPLETAS
DE
VOLTAIRE

ENSAYO SOBRE LAS COSTUMBRES Y EL ESPÍRITU DE LAS NACIONES

Y

SOBRE LOS PRINCIPALES HECHOS
DE LA HISTORIA,
DESDE CARLOMAGNO HASTA LUIS XIII

Tomo segundo



CÍA. GENERAL DE EDICIONES, S. A. • MÉXICO

COLECCION IDEAS, LETRAS Y VIDA

OBRAS COMPLETAS
DE
VOLTAIRE

ENSAYO SOBRE LAS COSTUMBRES Y EL ESPIRITU DE LAS NACIONES

Y

SOBRE LOS PRINCIPALES HECHOS DE LA HISTORIA, DESDE CARLOMAGNO HASTA LUIS XIII

TOMO SEGUNDO



COMPAÑIA GENERAL DE EDICIONES, S. A. - MEXICO

Schiller 227-D. México, D. F.

Título de la obra en francés:
ESSAI SUR LES MŒURS
ET L'ESPRIT DES NATIONS

Traducción del francés por
Aurelio Garzón del Camino

PRIMERA EDICION
de la Compañía General de Ediciones, S. A.:
26 de octubre de 1960.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

CAPÍTULO XCI

LA TOMA DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS

Si los emperadores griegos hubiesen sido Scanderbegs, se hubiera conservado el imperio de Oriente; pero este mismo espíritu de crueldad, de debilidad, de división y de superstición, que lo había agitado durante tanto tiempo, apresuró el momento de su caída.

Contábanse tres imperios de Oriente, sin que hubiese en realidad ni uno solo. El primero era la ciudad de Constantinopla, en manos de los griegos; el segundo Andrinópolis, refugio de los Lascaris, tomado por Amurates I, en 1362, y en poder desde entonces de los sultanes; teníase por el tercero a una provincia bárbara de la antigua Cólquida, llamada Trebisonda, donde los Comnenos se habían retirado.

Esta división del imperio era, como se ha visto, la única consecuencia importante de las Cruzadas. Devastado por los francos, y recuperado por sus antiguos dominadores, pero recuperado para ser asolado de nuevo, era asombroso que subsistiese. Había en Constantinopla dos partidos, encarnizados el uno contra el otro por la religión; algo así como Jerusalén cuando la asediaron Vespasiano y Tito. El uno era el de los emperadores, quienes, con la vana esperanza de ser ayudados, consentían en someter la Iglesia griega a la latina; el otro, el de los sacerdotes y el pueblo, que recordando todavía la invasión de los cruzados, execraban la reunión de ambas Iglesias. Continuaban las controversias, cuando ya los turcos estaban a sus puertas.

Juan II Paleólogo, el mismo que se había sometido al papa con la esperanza de que se le ayudase, había reinado veintisiete años sobre los restos del imperio romano-griego; y después de su muerte, ocurrida en 1449, fue tal la debilidad del imperio, que uno de sus hijos, Constantino, se vio obligado a recibir del turco Amurates II, como de su señor, la confirmación de la dignidad imperial. Un hermano de este Constantino reinó en Lacedomonia, otro en Corinto, y un tercero tuvo bajo su poder lo que no pertenecía a los venecianos en el Peloponeso.

(1451) Tal era la situación de los griegos cuando Mahomet Buyuk, o Mahomet el Grande, sucedió por segunda vez al sultán Amurates, su padre. Los frailes han pintado a este Mahomet como un bárbaro insensato, que tan pronto cortaba la cabeza a su pretendida amante Irene para apaciguar las murmuraciones de los jenízaros, como hacía abrir el vientre a catorce de sus pajes para ver quién de ellos se había comido un melón. Todavía se encuentran estas historias absurdas en nuestros diccionarios, que durante mucho tiempo, y en su mayoría, han sido los archivos alfabéticos de la mentira.

Todos los anales turcos nos dicen que Mahomet había sido el príncipe mejor educado de su tiempo; y lo que acabamos de decir de Amurates, su padre, nos prueba que no había descuidado la educación del heredero de su fortuna. Tampoco se puede negar que Mahomet cumplió con el deber filial, acallando su ambición, cuando hubo de devolver el trono que Amurates le había cedido, volviendo por dos veces a ser súbdito, sin suscitar la menor rebelión. Es un hecho único en la historia, y tanto más curioso cuanto que Mahomet unía a su ambición la violencia de un carácter arrebatado.

Hablaba el griego, el árabe y el persa; entendía el latín; dibujaba; sabía lo que se podía saber entonces de geografía y de matemáticas, y era aficionado a la pintura. Nadie que tenga conocimientos artísticos ignora que hizo venir de Venecia al famoso Gentile Bellini, y que le recompensó, como Alejandro a Apeles, con sus dones y su familiaridad. Le regaló una corona de oro, un collar de oro, y tres mil ducados de oro; y le despidió honrosamente. No puedo dejar de citar aquí, entre los cuentos improbables, el del esclavo a quien se pretende que Mahomet hizo cortar la cabeza para que Bellini viese el efecto de los músculos y de la piel en un cuello separado de su tronco. Estas barbaridades, que practicamos sobre los animales, no las practican los hombres sobre otros hombres sino dominados por el furor de la venganza o en lo que se llama derecho de guerra. Mahomet fue con frecuencia sanguinario y feroz como todos los conquistadores que han asolado al mundo; pero ¿por qué imputarles unas crueldades tan poco verosímiles? ¿A qué multiplicar los horrores? Felipe Commines, que vivió en el mismo siglo que este sultán, confiesa que al morir pidió perdón a Dios por haber creado un impuesto sobre sus súbditos. ¿Dónde están los príncipes cristianos que manifiesten tal arrepentimiento?

Tenía veintidós años cuando subió al trono de los sultanes, y se preparó desde entonces a ocupar el de Constantinopla; en tanto

que esta ciudad se encontraba dividida, no sabiendo si era preciso servirse o no del pan ázimo, y si había que rezar en griego o en latín.

(1453) Mahomet II comenzó por atacar la ciudad por el lado de Europa y por el de Asia, hasta que al fin, en los primeros días de abril de 1453, quedó el campo cubierto de soldados, que la exageración hace subir a la cifra de trescientos mil: y el estrecho de Propóntide de unas trescientas galeras y doscientos barcos pequeños.

Uno de los hechos más extraños y más confirmados es el uso que hizo Mahomet de una parte de sus navíos. Éstos no podían entrar en el puerto de la ciudad, que estaba cerrado por unas fortísimas cadenas de hierro, y además muy bien defendido a lo que parecía. Mahomet hizo cubrir en una noche una media legua de camino sobre tierra firme, con unas tablas de pino untadas de sebo y de grasa, y dispuestas para recibir la quilla de un navío; e hizo sacar del estrecho, a fuerza de máquinas y de brazos, ochenta galeras y setenta barcazas, haciéndolas deslizarse sobre dichas tablas. Todo este enorme trabajo se ejecutó en una sola noche, y los asediados quedaron sorprendidos al ver descender una flota entera desde tierra al puerto. Aquel mismo día fue construido ante sus ojos un puente flotante, que sirvió para instalar una batería de cañones.

O carecía Constantinopla de tal arma, o la utilizaba mal; pues, de no ser así, ¿cómo no hubiera el cañón destruido este puente flotante? Pero es dudoso que Mahomet emplease, como se ha dicho, el cañón de doscientas libras. Los vencidos lo exageran todo. Se hubiesen necesitado unas ciento cincuenta libras de pólvora para disparar balas de tal calibre, y como una cantidad así de pólvora no puede encenderse a la vez, el tiro saldría antes de que la quinceava parte hubiese deflagrado, y la bala no llegaría muy lejos. Es posible que los turcos empleasen, por ignorancia, tales cañones; y tal vez los griegos, por la misma ignorancia, estuviesen asustados.

A partir del mes de mayo comenzaron los asaltos a una ciudad que se creía la capital del mundo; por lo visto estaba muy mal fortificada, y apenas si fue mejor defendida. El emperador, acompañado de un cardenal de Roma, llamado Isidoro, seguía el rito romano o fingía seguirlo, para animar al papa y a los príncipes católicos a socorrerle; pero con tan miserable maniobra irritaba y desanimaba a los griegos, que no querían ni aún entrar en las iglesias que él frecuentaba. "Preferimos —exclamaban— ver aquí el turbante a un capelo de cardenal."

En otros tiempos, casi todos los príncipes cristianos se coaligaron, con el pretexto de una guerra santa, para invadir esta metrópoli y este baluarte de la cristiandad; pero cuando los turcos la atacaron, ninguno la defendió.

El emperador Federico III no era ni lo bastante poderoso ni lo bastante emprendedor. Polonia se encontraba muy mal gobernada. Francia acababa de salir del abismo en que la sumiera la guerra civil y la guerra contra los ingleses. Inglaterra comenzaba a estar dividida y debilitada. En cuanto al duque de Borgoña, Felipe el Bueno, era un príncipe poderoso, pero demasiado hábil para arriesgarse a reanudar por sí solo las Cruzadas, y demasiado viejo para tales empresas. Los príncipes italianos se encontraban en guerra, y Aragón y Castilla no estaban todavía unidas, mientras que los musulmanes seguían ocupando una parte de España.

No había en Europa más que dos príncipes dignos de atacar a Mahomet II. El uno era Hunyadi, príncipe de Transilvania, que apenas podía defenderse; el otro, el famoso Scanderbeg, que no podía hacer otra cosa que sostenerse en las montañas del Epiro; sobre poco más o menos como en otro tiempo don Pelayo en las de Asturias, cuando los mahometanos subyugaron España. Casi el único socorro que el mundo cristiano prestó a Constantinopla fueron cuatro barcos de Génova, uno de los cuales pertenecía al emperador Federico III. En la ciudad mandaba un extranjero: un genovés llamado Giustiniani, y sabido es que toda obra de guerra reducida a socorros extranjeros amenaza ruina. Jamás los antiguos griegos tuvieron como jefe a un persa, y nunca galo alguno mandó las tropas de la república romana. Constantinopla tenía que ser tomada, y así fue; pero de una manera muy distinta a como lo cuentan todos nuestros autores, que han seguido a Ducas y a Calcondyles. Esta conquista marca el comienzo de una gran época, y es donde se inicia la existencia del imperio turco en medio de los cristianos de Europa, siendo el que trasmitió a éstos algunas artes de los griegos.

Los anales turcos, redactados en Constantinopla por el difunto príncipe Demetrio Cantemir, nos hacen saber que, tras de cuarenta y nueve días de asedio, el emperador Constantino, se vio obligado a capitular, enviando a varios griegos a recibir la ley del vencedor. Pusiéronse de acuerdo respecto de algunos artículos. Los anales turcos a que me he referido parecen muy sinceros en todo lo que dicen acerca de este asedio. El propio Ducas, a quien se cree de la estirpe imperial, y que en su infancia estuvo en la ciudad sitiada, confiesa en su historia que el sultán ofreció al emperador Cons-

tantino darle el Peloponeso, y conceder algunas pequeñas provincias a sus hermanos. Quería conseguir la ciudad y no saquearla, por considerarla ya como un bien propio que había que cuidar; pero cuando los enviados griegos volvían a Constantinopla con las proposiciones de los asaltantes, Mahomet, que quería hablarles de nuevo, hizo correr tras ellos a parte de sus tropas. Los sitiados, al ver desde lo alto de las murallas un contingente de turcos que corría tras de los suyos, dispararon imprudentemente sobre los perseguidores. A éstos se unió pronto un grupo mayor, y cuando los enviados griegos entraban en la ciudad por una poterna, los turcos entraron con ellos y se apoderaron de la ciudad alta, separada de la baja. El emperador fue muerto en medio del tumulto, y Mahomet convirtió al punto el palacio de Constantino en el de los sultanes, e hizo de Santa Sofía su mezquita principal.

¿No se siente uno más lleno de piedad que dominado de indignación, cuando se lee en Ducas que el sultán "envió al campo la orden de encender fogatas por todas partes, lo cual se hizo acompañándolo de ese grito impío que es el signo particular de su detestable superstición"? Este grito impío es el nombre de Dios, *Aláh*, a quien los mahometanos invocan en todos los combates. La superstición detestable era la de los griegos que se refugiaron en Santa Sofía, confiados en una predicción por la que se les aseguraba que un ángel descendería a la iglesia para defenderlos.

Algunos griegos fueron muertos en el atrio, y a los demás se les redujo a la esclavitud; y Mahomet no fue a dar gracias a Dios a esta iglesia sino después de haberla hecho lavar con agua de rosas.

Soberano por derecho de conquista de una mitad de Constantinopla, tuvo el rasgo de humanidad o de política de ofrecer a la otra parte la misma capitulación que había querido conceder a la ciudad entera, y la cumplió religiosamente. Y este hecho es tan cierto que todas las iglesias cristianas de la ciudad baja fueron conservadas hasta el reinado de su nieto Selim, que hizo derribar bastantes. Se les llamaba las *mezquitas de Isevi*, pues *Isevi* es, en turco, el nombre de Jesús. La del patriarca griego subsiste todavía en Constantinopla, a orillas del canal del mar Negro. Los otomanos han permitido que se fundase en este barrio una academia donde los griegos modernos enseñan el griego antiguo, que ya no se habla en Grecia, la filosofía de Aristóteles, la teología y la medicina; y de esta escuela salieron Constantino Ducas, Mauro Cordato y Cantemir, hechos por los turcos príncipes de Moldavia. Confieso que Demetrio Cantemir ha referido muchas fábulas antiguas; pero no puede haberse equivocado al tratar de los monu-

mentos modernos que vio con sus propios ojos, y al referirse a la academia en que se educó.

Se les ha dejado todavía a los cristianos una iglesia, y una calle entera, que les pertenece en propiedad, gracias a un arquitecto griego llamado Crisóbulo. Este arquitecto había sido encargado por Mahomet II de construir una mezquita sobre las ruinas de la iglesia de los Santos Apóstoles, vieja obra de Teodora, esposa del emperador Justiniano; y logró hacer un edificio que se aproxima en belleza a Santa Sofía. También construyó por orden de Mahomet ocho escuelas y ocho hospitales dependientes de esta mezquita; en premio a este servicio le concedió el sultán la calle de que he hablado, cuya posesión quedó vinculada en su familia. No es un hecho digno de consignarse en la historia el que un arquitecto haya sido propietario de una calle; pero es importante saber que los turcos no trataron siempre a los cristianos tan bárbaramente como nos lo figuramos. Ninguna nación cristiana tolera que los turcos tengan en ella una mezquita, y los turcos permiten que todos los griegos tengan iglesias. Muchas de estas iglesias son colegiatas; y en el Archipiélago hay canónigos bajo el dominio de un bajá.

Los errores históricos seducen a naciones enteras. Una multitud de escritores occidentales ha pretendido que los mahometanos adoraban a Venus, y que negaban la Providencia. El propio Grocio ha repetido que Mahoma, el grande y falso profeta, había domesticado una paloma enseñándole a volar junto a su oreja, para hacer creer que el espíritu de Dios venía a darle sus instrucciones de este modo. También se han prodigado otros cuentos no menos ridículos sobre el conquistador Mahomet II.

Lo que demuestra con toda evidencia, pese a las declamaciones del cardenal Isidoro y de tantos otros, que Mahomet era un príncipe más prudente y más civilizado de lo que se cree, es el hecho de que dejase a los cristianos vencidos en libertad de elegir un patriarca. Él mismo le invistió con la solemnidad acostumbrada, entregándole el báculo y el anillo que los emperadores de Occidente no se atrevían ya a dar desde hacía mucho tiempo; y se apartó del uso establecido, aunque no fuese sino para acompañar hasta las puertas de su palacio al patriarca elegido, que se llamaba Genadio, el cual le dijo "que estaba confuso por un honor que jamás habían dispensado los emperadores cristianos a sus predecesores". Hay autores que tienen la imbecilidad de referir que Mahomet II dijo a este patriarca: "La Santísima Trinidad te hace, por la autoridad que yo he recibido, patriarca ecuménico." Estos autores conocen mal a los musulmanes si no saben que aborrecen nuestro dogma de la Trinidad, que se creerían mancillados si pro-

nunciasen tal nombre, y que nos consideran como idólatras adoradores de varios dioses. A partir de entonces los sultanes osmanlíes han hecho siempre un patriarca que llaman *ecuménico;* el papa nombra a otro llamado el patriarca *latino;* y cada uno de ellos, sometido a un impuesto por el diván, se lo impone a su vez a su rebaño. Estas dos Iglesias, igualmente dolientes, son irreconciliables; y no es el trabajo de apaciguar sus querellas una de las menores ocupaciones de los sultanes, convertidos en moderadores de los cristianos a la vez que en sus vencedores.

Estos vencedores no se comportaron con los griegos como en otro tiempo, en los siglos X y XI, con los árabes, de quienes habían adoptado la lengua, la religión y las costumbres. El motivo es que cuando los turcos sometieron a los árabes, eran todavía completamente bárbaros; pero cuando subyugaron el imperio griego, hacía ya largo tiempo que la constitución de su gobierno estaba terminada. Habían respetado a los árabes, y despreciaban a los griegos, con quienes no tenían más comercio que el de unos dominadores con unos pueblos sometidos a servidumbre.

Han conservado todos los usos y todas las leyes que tenían en la época de sus conquistas. El cuerpo de los *gengicheris,* que nosotros llamamos *jenízaros,*[1] subsistió en todo su vigor y en el mismo número, que era de unos cuarenta y cinco mil. De todos los soldados de la tierra, son los que siempre han estado mejor alimentados, y cada *oda* de jenízaros tenía y tiene un proveedor que les da cordero, arroz, manteca, legumbres y pan en abundancia.

Los sultanes conservaron en Europa la antigua costumbre, que practicaban en Asia, de dar a sus soldados feudos vitalicios, y algunos hereditarios. No tomaron esta costumbre de los califas árabes a quienes destronaron, ya que el gobierno de los árabes estaba fundado en principios diferentes. Los tártaros occidentales se repartieron siempre las tierras de los vencidos, estableciendo en Europa, a partir del siglo V, esta institución que liga a los vencedores con una nación convertida en patrimonio suyo; y los pueblos que se mezclaron con ellos, como los lombardos, los francos y los normandos, siguieron este plan. Tamerlán lo llevó a la India, donde se encuentran hoy los más grandes señores de feudos, con los nombres de *omras,* de *rajás* y de *nababs.* Pero los otomanos no dieron nunca sino tierras de pequeña extensión. Sus *zaimets* y sus *timariots* son más bien granjas que señoríos. En su establecimiento se revela por completo el espíritu guerrero; pues si un *zaim* muere con las armas en la mano, sus hijos se reparten su

[1] Jóvenes soldados. (Jorge Avenel.)

feudo; pero si no muere en la guerra, el *beglierbeg*, es decir, el comandante de la provincia puede proveer este beneficio militar. En cuanto a derechos, estos *zaims* y estos *timars* no tienen otro que el de suministrar y conducir soldados al ejército, como nuestros primeros francos; pero no gozan de títulos de jurisdicción o de nobleza.

Siempre se han sacado de las mismas escuelas los *cadís*, los *mollas*, que son los jueces ordinarios, y los dos *kadileskers* de Asia y de Europa, que son los jueces de las provincias y de ejércitos, y que, bajo la presidencia del *muftí*, hacen guardar la religión y las leyes. El *muftí* y los *kadileskers* han estado siempre sometidos al diván. Los derviches, que son los frailes mendicantes entre los turcos, se han multiplicado y no han cambiado. Tampoco se ha alterado la costumbre de mantener caravanserrallos para los viajeros, y escuelas con hospitales junto a todas las mezquitas. En una palabra, los turcos son lo que eran, no sólo cuando tomaron Constantinopla, sino cuando pasaron por primera vez a Europa.

CAPITULO XCII

EMPRESA DE MAHOMET II, Y SU MUERTE

Durante treinta y un años Mahomet marchó de conquista en conquista, sin que los príncipes cristianos se aliasen contra él; porque no se puede llamar alianza un momento de inteligencia entre Hunyadi, príncipe de Transilvania, el rey de Hungría y un déspota de la Rusia Negra. Este célebre Hunyadi demostró que si hubiese sido mejor ayudado, no hubiesen perdido los cristianos todos los países que los mahometanos poseen en Europa. El hecho es que rechazó a Mahomet II delante de Belgrado, tres años después de la toma de Constantinopla.

Por este mismo tiempo caían los persas sobre los turcos, desviando este torrente que inundaba a la cristiandad. Usum-Kasan, de la rama de Tamerlán, a quien llamaban el *carnero blanco*, gobernador de Armenia, acababa de subyugar Persia. Se alió con los cristianos, y por su matrimonio con la hija de David Comneno, emperador de Trebisonda, advertía a los cristianos de que se unieran contra el enemigo común. A los cristianos no les estaba permitido casarse con su comadre o con su prima; pero ya vemos que en Grecia, en España y en Asia, emparentaban con los musulmanes sin escrúpulo.

El tártaro Usum-Kasan, yerno del emperador cristiano David Comneno, atacó a Mahomet cerca del Eufrates. Era una ocasión favorable para la cristiandad; pero fue también desperdiciada, pues se dejó que Mahomet, tras de una guerra hecha con suerte varia, hiciese la paz con el persa, y tomase a continuación Trebisonda con la parte de la Capadocia que dependía de ella; que, volviéndose hacia Grecia, se apoderase del Negroponto; que, regresando a los confines del mar Negro, conquistase Caffa, la antigua Teodosia, reconstruida por los genoveses; que volviese para reducir Escutari, Zante y Cefalonia; que corriese hasta Trieste, a las puertas de Venecia, y que afincase al fin el poderío musulmán en el corazón de Calabria, desde donde amenazaba el resto

de Italia, y de donde sus lugartenientes no se retiraron hasta después de su muerte.

En su ataque a Rodas fracasó. Allí, los caballeros, que son hoy los caballeros de Malta, tuvieron, como Scanderbeg, la gloria de rechazar las armas victoriosas de Mahomet II.

En 1480 fue cuando este conquistador quiso atacar esta isla, tan famosa en otro tiempo, y esta ciudad fundada mucho antes que Roma, en una tierra de las más fértiles, en un paisaje de los más risueños, y bajo el cielo más puro; ciudad gobernada por los hijos de Hércules, por Danao, por Cadmo, célebre en toda la tierra por su coloso de bronce, dedicado al sol, obra inmensa, fundida por un lindio,* que, elevándose a una altura de cien pies, asentados los pies sobre dos moles de mármol, dejaba pasar bajo su cuerpo los más grandes navíos. Rodas había pasado a poder de los sarracenos, a mediados del siglo VII; un caballero francés, Foulques de Villaret, gran maestre de la orden, la había reconquistado en 1310; y otro caballero francés, Pedro d'Aubusson, la defendió contra los turcos.

Es cosa bastante curiosa que Mahomet II emplease en esta empresa una multitud de cristianos renegados. El propio gran visir, que fue a atacar Rodas, era cristiano; y lo más extraño es que pertenecía a la estirpe imperial de los Paleólogos. Otro cristiano, Jorge Frupán, dirigía el sitio a las órdenes del visir. Jamás se ha visto a mahometanos que abandonen su religión para servir en los ejércitos cristianos. ¿A qué se debe esta diferencia? ¿Será porque una religión que les ha costado una parte de sí mismos a quienes la profesan, y que se ha sellado con la propia sangre en una operación muy dolorosa, se hace por esto más cara? ¿Será porque los vencedores de Asia se granjeaban mayor respeto que las potencias de Europa? ¿Será porque en aquellos tiempos de ignorancia se creyese que las armas musulmanas eran más favorecidas por Dios que las cristianas, infiriéndose de esto que la causa triunfante era la mejor?

Pedro d'Aubusson hizo entonces triunfar la suya, obligando al gran visir Mesit Paleólogo a levantar el sitio al cabo de tres meses. Calcondyles, en su *Historia de los turcos,* nos dice que al subir a la brecha los asaltantes, vieron en el aire una cruz de oro rodeada de luz, y una mujer hermosísima vestida de blanco; que este milagro los espantó, y que huyeron sobrecogidos de terror. Parece ser, sin embargo, que la vista de una hermosa mujer hubiese debido animar más que intimidar a los turcos, y que el

* Cares de Lindos. *(N. del T.)*

valor de Pedro d'Aubusson y de los caballeros fue el único prodigio al que hubieron de ceder. Pero así es como escribían los griegos modernos.

La falta de esta pequeña isla no hacía a Mahomet Buyuk menos terrible para el resto de Occidente. Bastante tiempo antes había conquistado el Epiro, después de Scanderbeg. Los venecianos tuvieron el valor de desafiar sus armas. Era la época del poderío veneciano, que se encontraba muy extendido en tierra firme; y sus flotas desafiaban a las de Mahomet, llegando incluso a apoderarse de Atenas. De todos modos, no habiendo recibido ayuda la república veneciana, se vio obligada al fin a devolver Atenas, y a comprar, a cambio de un tributo anual, la libertad de comerciar en el mar Negro; pensando siempre en reparar sus pérdidas por su comercio, cimiento de su grandeza. Veremos cómo, poco después, el papa Julio II y casi todos los príncipes cristianos hicieron más daño a esta república que todo el que había sufrido de los otomanos.

En ese tiempo Mahomet II llevaba sus armas victoriosas contra los sultanes mamelucos de Egipto, en tanto que sus lugartenientes se encontraban en el reino de Nápoles; a continuación se lisonjeaba de ir a tomar Roma como tomara Constantinopla; y al oír hablar de la ceremonia por la cual se desposa el dux de Venecia con el mar Adriático, decía "que pronto le enviaría al fondo de ese mar para que consumase su matrimonio". Un cólico detuvo los progresos y designios de este conquistador, que murió en 1481, en Nicomedia, a la edad de cincuenta y tres años, cuando se preparaba a volver a sitiar Rodas, y a llevar a Italia un ejército formidable.

CAPÍTULO XCIII

SITUACIÓN DE GRECIA BAJO EL YUGO DE LOS TURCOS: SU GOBIERNO, SUS COSTUMBRES

Si Italia respiró con la muerte de Mahomet II, no por ello dejaron de conservar los otomanos en Europa un país más hermoso y mayor que Italia entera. La patria de los Milciades, de Leónidas, de los Alejandro, de los Sófocles y de los Platón, pronto cayó en la barbarie. La lengua griega se corrompió, y en cuanto a las artes, casi no quedó huella alguna; porque, aunque exista en Constantinopla una academia griega, no es ciertamente la de Atenas; y las bellas artes, no han podido restablecerse por los tres mil frailes a quienes los sultanes permiten subsistir en el monte Athos. En otro tiempo esta misma Constantinopla estuvo bajo la protección de Atenas; Calcedonia fue su tributaria, y el rey de Tracia solicitaba el honor de ser admitido entre sus ciudadanos. Hoy los descendientes de los tártaros dominan en esas hermosas regiones, y apenas si subsiste el nombre de Grecia. Sin embargo, la pequeña ciudad de Atenas tendrá siempre más fama entre nosotros que los turcos sus opresores, aunque éstos llegasen a dominar la tierra entera.

La mayoría de los grandes monumentos de Atenas, que los romanos imitaron y no pudieron sobrepujar, están en ruinas o han desaparecido: sobre la tumba de Temístocles se ha construido una pequeña mezquita, lo mismo que en Roma se ha erigido una capilla de recoletos sobre los restos del Capitolio; el antiguo templo de Minerva ha sido convertido también en mezquita, y la puerta de Pireo ya no existe. Subsiste cerca un león antiguo de mármol, que da su nombre al puerto del León, casi cegado. El lugar en que estaba la Academia se encuentra cubierto por algunas chozas de jardineros. Los hermosos restos del Estadio inspiran veneración y pesadumbre; y el templo de Ceres, que no ha sufrido nada de las injurias del tiempo, permite vislumbrar lo que fuera en otro tiempo Atenas. Esta ciudad, que venció a Jerjes, contiene hoy de dieciséis a diecisiete mil habitantes, tem-

blorosos ante mil doscientos jenízaros que no llevan más que un bastón blanco en la mano. Los esparciatas, antiguos rivales y vencedores de los atenienses, se encuentran confundidos con ellos en la misma sujeción. Combatieron durante más tiempo por su libertad, y parecen conservar aún ciertos restos de las costumbres duras y altivas que les inspirara Licurgo.

Los griegos permanecieron en la opresión, pero no en la esclavitud; pues se les dejaron su religión y sus leyes, y los turcos se condujeron con ellos como se habían conducido los árabes en España. Las familias griegas subsisten en su patria, envilecidas y despreciadas, pero tranquilas; no pagan sino un ligero tributo; se dedican al comercio y cultivan la tierra; sus ciudades y sus pueblos tienen todavía su *protogeros*, que juzga sus diferencias; y su patriarca se encuentra mantenido por ellas decorosamente. Ha de obtener una cantidad bastante considerable, ya que al ser consagrado paga cuatro mil ducados al tesoro imperial, y otro tanto a los oficiales de la Puerta.

La mayor servidumbre a que se han encontrado sujetos los griegos ha sido durante largo tiempo la de estar obligados a entregar al sultán el tributo de sus hijos, para que sirviesen en el serrallo o como jenízaros. Todo padre de familia tenía que dar uno de sus hijos o rescatarlo. En Europa hay provincias cristianas en las que se encuentra establecida la costumbre de ofrecer los hijos, destinados a la guerra. Estos hijos entregados como tributo, y educados por los turcos, hacían con frecuencia en el serrallo una gran fortuna; e incluso la condición de los jenízaros es bastante buena. Constituía una gran prueba de la fuerza de la educación y de las singularidades de este mundo el hecho de que la mayoría de estos orgullosos enemigos de los cristianos hubiesen nacido de cristianos oprimidos. Y una prueba todavía mayor del fatal e invencible destino por el cual el Ser Supremo encadena todos los hechos del universo es la de que Constantino construyese Constantinopla para los turcos, del mismo modo que Rómulo, tantos siglos antes, echara los cimientos del Capitolio para los pontífices de la Iglesia católica.

Creo que debo combatir aquí un prejuicio: el de que el gobierno turco es un gobierno absurdo que llaman *despótico;* que los pueblos son esclavos del sultán, que no poseen nada en propiedad, y que tanto su vida como sus bienes pertenecen a su señor. Tal organización se destruiría por sí misma, y sería bastante curioso que los griegos vencidos no fuesen realmente esclavos, y que sus vencedores lo fuesen. Algunos viajeros han creído que todas las tierras pertenecían al sultán, por el hecho de que da

timariots vitalicios, como en otra época daban los reyes francos beneficios militares. Esos viajeros debían tener en cuenta que en Turquía existen leyes que regulan la herencia, como en los demás lugares. El Corán, que es la ley civil y la ley religiosa, se refiere en su IV capítulo a las herencias de los hombres y de las mujeres, y la ley tradicional y consuetudinaria suple lo que el Corán no dice.

Es cierto que el mobiliario de los bajaes fallecidos pasa a propiedad del sultán, quien le da parte a la familia. Pero ésta era una costumbre establecida en Europa en la época en que los feudos no se heredaban; y mucho tiempo después los propios obispos heredaron los muebles de los eclesiásticos inferiores, y los papas ejercieron estos derechos sobre los cardenales y sobre todos los beneficiarios que morían en la residencia del primer pontífice.

No sólo los turcos son todos libres, sino que no existe entre ellos ninguna distinción de nobleza, y no se conoce otra jerarquía que la de los empleos.

Sus costumbres son a la vez feroces, altivas y afeminadas; han heredado su dureza de sus antepasados los escitas, y su relajación, de Grecia y de Asia. Su orgullo es extremado, y como son conquistadores a la par que ignorantes, desprecian a todas las demás naciones.

El imperio otomano no es un gobierno monárquico templado por unas costumbres dulces, como hoy Francia y España; y todavía menos se asemeja a Alemania, que con el tiempo ha llegado a ser una república de principados y de ciudades, bajo un jefe supremo que lleva el título de emperador. Tampoco se parece a Polonia, donde los cultivadores son esclavos, y donde los nobles son reyes; y está tan lejos de Inglaterra por la constitución como por la distancia física que las separa. Pero no hay que creer que sea un gobierno arbitrario en todo, en el que la ley permita al capricho de uno solo inmolar a su antojo multitudes enteras, como si se tratase de animales feroces que se tienen en un parque para el propio recreo.

Nuestros prejuicios nos hacen pensar que un *chiaux* puede ir, con un *haticherif* en la mano, a pedir de parte del sultán todo el dinero de los padres de familia de una ciudad, y todas las muchachas para uso de su amo. Existen sin duda horribles abusos en la administración turca; pero en general estos abusos son mucho menos funestos para el pueblo que para aquellos mismos que participan del gobierno; y es sobre éstos sobre quienes recae el rigor del despotismo. La sentencia secreta de un diván basta para sacrificar las cabezas principales a la menor sospecha. No hay

en ese país ningún cuerpo legal establecido para hacer las leyes respetables, y sagrada la persona del soberano; así como tampoco existe dique alguno opuesto por la constitución del Estado a las injusticias del visir. Por lo tanto, el súbdito cuenta con escasos recursos cuando se encuentra oprimido, y el soberano cuando se conspira contra él. Este soberano, a quien se considera el más poderoso de la tierra, es al mismo tiempo el menos seguro en su trono, ya que basta con un día de revolución para derribarle de él. Los turcos han imitado en esto las costumbres del imperio griego, que ellos destruyeron; tan sólo profesan más respeto hacia la casa otomana que el que los griegos tenían por la familia de sus emperadores. Pueden deponer y degollar a un sultán; pero siempre lo hacen en favor de un príncipe de la casa otomana. El imperio griego, por el contrario, pasó, por medio de los asesinatos, por veinte familias diferentes.

El temor a ser despuesto es para los emperadores turcos un freno mucho mayor que todas las leyes del Corán. Dueño absoluto en su serrallo, y dueño de la vida de sus oficiales, por medio de un *fetfá* del *muftí*, no lo es de los usos del imperio: no aumenta los impuestos, ni puede alterar las monedas, y su tesoro particular se encuentra separado del tesoro público.

El cargo de sultán es a veces el más ocioso de la Tierra, en tanto que el de gran visir es el más laborioso, ya que concentra las funciones de condestable, canciller y primer presidente. El premio de tantos trabajos ha sido con frecuencia el destierro o la horca.

No menos peligroso es el cargo de bajá, y hasta nuestros días su destino ha sido a menudo el terminar su vida violentamente. Todo esto no demuestra sino la existencia de unas costumbres duras y feroces, como lo fueron durante mucho tiempo las de la Europa cristiana, cuando tantas cabezas caían en los cadalsos; cuando se colgaba a La Brosse, el favorito de San Luis; cuando el ministro Laguette moría en el tormento, en el reinado de Carlos el Hermoso; cuando el condestable de Francia, Carlos de la Cerda, era ejecutado en el reinado de Juan, sin proceso alguno; cuando se veía a Enguerrand de Marigny colgado de la horca de Montfaucon que él mismo había mandado disponer; cuando se llevaba a la misma horca el cuerpo del primer ministro Montagu; cuando el gran maestre de los templarios y tantos caballeros expiraban entre las llamas, en una época en que tales crueldades eran corrientes en los Estados monárquicos. Grande sería el error si se creyese que estas barbaries fuesen consecuencia del poder absoluto. Ni ningún príncipe cristiano era déspota, ni lo es tampoco

el Gran Señor, Es cierto que algunos sultanes han hecho ceder todas las leyes a su voluntad, como Mahomet II, Selim o Solimán... Los conquistadores no suelen encontrar mucha oposición por parte de sus súbditos; pero todos nuestros historiadores nos han engañado al considerar el imperio otomano como organizado de manera esencialmente despótica.

El conde Marsigli, más instruido que todos ellos, se expresa así: "*In tutte le nostre storie sentiamo esaltar la sovranità che così despoticamente praticasi del sultano; ma quanto si scostano elle del vero!*" Dice que la milicia de los jenízaros que permanece en Constantinopla, y a la que se llama *capiculi*, goza por sus leyes de poder encarcelar al sultán, hacerle morir y darle un sucesor; y añade que el Gran Señor se encuentra obligado frecuentemente a consultar con el Estado político y militar para declarar la guerra y hacer la paz.

Los bajaes no son absolutos en sus provincias, como podríamos creerlo; sino que dependen de su diván. Los principales ciudadanos tienen derecho a quejarse de su conducta y a enviar al gran diván de Constantinopla memoriales contra dichos funcionarios. Finalmente, Marsigli concluye por dar al gobierno turco el nombre de democracia. Y lo es, en efecto, casi del mismo modo que Túnez y Argel. Estos sultanes a quienes el pueblo no se atreve a mirar cara a cara, y a los que no se acerca sino con prosternaciones en las que parece haber no poco de adoración, no tienen del déspota sino la apariencia, y no son absolutos sino cuando saben mostrar hábilmente ese furor del poder arbitrario que parece propio de todos los hombres. Luis XI, Enrique VIII, Sixto V, y otros príncipes han sido más déspotas que sultán alguno. Y si se descubriese el secreto de los tronos de Asia, casi siempre ignorado por los extranjeros, veríamos que hay en la Tierra mucho menos despotismo del que se cree. Nuestra Europa ha visto cómo príncipes, vasallos de otro príncipe que no era absoluto, se arrogaban en sus Estados una autoridad más arbitraria que los emperadores de Persia y de la India. Y sería, sin embargo, un gran error pensar que la constitución de los Estados de dichos príncipes es esencialmente despótica.

Todas las historias de los pueblos modernos, con excepción tal vez de las de Inglaterra y de las de Alemania, nos suministran casi siempre falsas nociones; porque rara vez distinguen las épocas y las personas, los abusos y las leyes, los hechos pasajeros y los usos.

También nos engañaríamos si creyésemos que la administración turca es uniforme, y que del serrallo de Constantinopla par-

ten todos los días correos que llevan las mismas órdenes a todas las provincias. Este vasto imperio, que se ha formado por las victorias de distintas épocas, y que veremos seguir acrecentándose hasta el siglo XVIII, está compuesto de treinta pueblos diferentes, que no tienen ni la misma lengua, ni la misma religión, ni las mismas costumbres. Son los griegos de la antigua Jonia, de las costas de Asia Menor y de Acaya, los habitantes de la antigua Cólquida, y los del Quersoneso táurico; son los getas convertidos al cristianismo, y conocidos con el nombre de válacos y de moldavos, así como árabes, armenios, búlgaros, ilíricos y judíos; y son, finalmente, los egipcios y los pueblos de la antigua Cartago, que pronto veremos absorbidos por el poderío otomano. La milicia de los turcos venció sola todos estos pueblos, y los contuvo. Todos están gobernados de manera diferente. Unos reciben príncipes nombrados por la Puerta, como Valaquia, Moldavia y Crimea; en tanto que los griegos viven bajo la administración municipal dependiente de un bajá. El número de los subyugados es inmenso comparado con el número de los vencedores; hay muy pocos turcos propiamente dichos; casi ninguno de ellos cultiva la tierra, y un escasísimo número se dedica a las artes. Podría decirse de ellos lo que Virgilio dice de los romanos: *Su arte es la de mandar.*[1] La gran diferencia entre los conquistadores turcos y los antiguos conquistadores romanos es la de que Roma se incorporó todos los pueblos vencidos, mientras que los turcos permanecen separados de los que han sometido, y por los cuales están rodeados.

Es cierto que han quedado doscientos mil griegos en Constantinopla; pero son como doscientos mil artesanos o comerciantes que trabajan para sus dominadores. Es un pueblo entero conquistado en su misma capital, y al cual no le está ni siquiera permitido vestirse como los turcos.

Añadamos a esta observación que una sola potencia ha subyugado todos esos países, desde el Archipiélago hasta el Eufrates, y que veinte potencias conjuradas no pudieron, por las Cruzadas, más que establecer unas dominaciones efímeras en esas mismas comarcas, con un número de soldados veinte veces mayor y unos trabajos que duraron dos siglos enteros.

Ricaut, que ha vivido largo tiempo en Turquía, atribuye el poderío permanente del imperio otomano *a algo sobrenatural.* No puede comprender cómo un gobierno que depende tan a menudo

[1] *Tu regere imperio populos, Romane, memento;*
Hæ tibi erunt artes.

Æn., VI, 851-52.

del capricho de los jenízaros, puede sostenerse contra sus propios soldados y contra sus enemigos. Pero el imperio romano duró quinientos años en Roma, y cerca de catorce siglos en Levante, en medio de las sediciones de los ejércitos; y si los poseedores del trono fueron derribados, no así el trono mismo. Los turcos profesan a la estirpe otomana una veneración que es como una ley fundamental; y si frecuentemente se arrebata el imperio al sultán, ya hemos hecho notar que jamás pasa a una casa extranjera. La constitución interior no ha sido nunca amenazada, aunque el monarca y los visires hayan tenido a menudo motivos para temblar.

Este imperio no ha temido hasta hoy las invasiones extranjeras. Los persas rara vez han atacado las fronteras de los turcos. Por el contrario, veréis al sultán Amurates IV tomar Bagdad por asalto contra los persas, en 1638; ser el dueño de Mesopotamia, y enviar por una parte tropas al Gran Mogol contra Persia, y por otra amenazar a Venecia. Los alemanes jamás se han presentado a las puertas de Constantinopla, como los turcos ante las de Viena.[1] En cuanto a los rusos, no han sido temibles para Turquía sino a partir de Pedro el Grande. En suma, la fuerza y la rapiña fundaron el imperio otomano, y las divisiones entre los cristianos lo mantuvieron; lo cual es muy natural. Más adelante veremos cómo creció el poderío de este imperio, y cómo conservó durante mucho tiempo sus costumbres feroces, que al fin comienzan a suavizarse.

[1] En 1529 y 1683.

CAPÍTULO XCIV

EL REY DE FRANCIA LUIS XI

El gobierno feudal pereció pronto en Francia cuando Carlos VII comenzó a afianzar su poderío, por la expulsión de los ingleses, por la anexión de tantas provincias a la corona, y finalmente por los subsidios convertidos en permanentes.

El orden feudal se afirmaba en Alemania por un motivo contrario, bajo unos emperadores electivos que, en calidad de emperadores, no tenían ni provincias ni subsidios. Italia continuaba dividida en repúblicas y en principados independientes. Ni en España ni en el Norte se conocía el poder absoluto; y en medio de estas divisiones, Inglaterra iba arrojando la semilla de ese gobierno singular cuyas raíces, siempre cortadas y siempre ensangrentadas, han producido al fin, después de siglos, y ante el asombro de las naciones, esa mezcla por partes iguales de libertad y de monarquía.

No quedaban en Francia más que dos grandes feudos: Borgoña y Bretaña; pero su poder los hizo independientes; y, pese a las leyes feudales, no se les consideraba en Europa como formando parte del reino. Incluso el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, había estipulado, cuando Carlos VII le perdonó el asesinato del duque Juan, su padre, que no prestaría homenaje alguno a dicho rey.

Los príncipes de la sangre tenían en Francia tierras erigidas en pairías, aunque dependientes de la jurisdicción del parlamento sedentario. Los señores, poderosos en sus tierras, no lo eran como en otro tiempo en el Estado: ya no había más allá del Loira sino el conde de Foix que se intitulase *Príncipe por la gracia de Dios,* y que hiciese acuñar moneda; pero los señores de los feudos y las comunidades de las grandes ciudades tenían inmensos privilegios.

Luis XI, hijo de Carlos VII, fue el primer rey absoluto en Europa después de la decadencia de la casa de Carlomagno. No logró ejercer tal poder reposadamente sino a costa y después de violentas sacudidas. Su vida es un gran contraste. ¡Era preciso

para humillar y para confundir la virtud, que mereciese ser considerado como un gran rey aquel a quien se pinta como un hijo desnaturalizado, un hermano bárbaro, un mal padre y un vecino pérfido! Llenó de amargura los últimos años de su padre, y le causó la muerte. El desventurado Carlos VII murió, como es sabido, por el temor de que su hijo le hiciese morir, y prefirió el hambre al veneno que temía. Este solo temor en un padre, a ser envenenado por su hijo, demuestra cumplidamente que a este hijo se le tenía por capaz de tal crimen.

Después de haber analizado bien toda la conducta de Luis XI, ¿no podríamos representárnoslo como un hombre que quiso borrar a menudo con artificios sus imprudentes violencias, y sostener sus bellaquerías por medio de crueldades? ¿Cuál sería el motivo de que en los comienzos de su reinado, tantos señores adictos a su padre, y sobre todo el conde de Dunois, cuya espada había sostenido la corona, formasen contra él la liga *del bien público?* No es que se aprovechasen de la debilidad del trono, como ha sucedido tantas veces: Luis XI había abusado de su fuerza. ¿No aparece como evidente que el padre, instruido por sus errores y por sus desgracias, había gobernado muy bien, y que el hijo, demasiado engreído de su poder, comenzó por gobernar mal?

(1465) La liga de que he hablado estuvo a punto de hacerle perder la corona y la vida. La batalla dada en Montlhéry contra el conde de Charolais y tantos otros príncipes no fue decisiva, siendo lo más cierto que la perdió, ya que sus enemigos fueron dueños del campo de batalla, con lo que se vio obligado el rey a concederles todo lo que pidieron. No se repuso del vergonzoso tratado de Conflans sino violándolo en todos sus puntos. Jamás cumplió un juramento, como no lo hiciese sobre un trozo de madera al que llamaban *la vera cruz de Saint-Lô*. Creía, con la plebe, que la traición al juramento hecho sobre este trozo de madera ocasionaba infaliblemente la muerte dentro del año.

Después del tratado, el bárbaro hizo arrojar al río a varios burgueses de París sospechosos de ser partidarios de su enemigo. Según el testimonio de la crónica de Saint-Denis se les metía atados por parejas en un saco. No logró desunir a los confederados sino dando a cada uno de ellos lo que pedía; de modo que, aun en su habilidad, hubo flaqueza.

Se hizo un enemigo irreconciliable de Carlos, hijo de Felipe el Bueno, dueño de Borgoña, del Franco Condado, de Flandes, del Artois, de las plazas que baña el Somme, y de Holanda. Animó a los liejenses a hacerle una perfidia a este duque de Borgoña y a tomar las armas contra él; y, creyendo engañarle mejor, se

puso en sus manos en Péronne. ¡Qué mala política! Porque, descubierto (1468), se vio prisionero en el mismo castillo de Péronne, y obligado a marchar tras de su vasallo contra los mismos liejenses a quienes había armado. ¿Qué mayor humillación?

No sólo fue siempre pérfido, sino que obligó al duque Carlos de Borgoña a serlo; porque este príncipe era de carácter arrebatado, violento y temerario, pero enemigo del fraude. Luis XI, al engañar a todos sus vecinos, los invitaba a todos a engañarle. A este comercio de fraudes se unían las crueldades más bárbaras. Fue entonces, sobre todo, cuando se consideró como un derecho de guerra ahorcar, ahogar o degollar a los prisioneros hechos en las batallas, y matar a los ancianos, a los niños y a las mujeres, en las ciudades conquistadas. Maximiliano, más tarde emperador, hizo colgar por represalias, después de su victoria de Guinegatte, a un capitán gascón que había defendido valientemente un castillo contra todo su ejército; y Luis XI, por otra represalia, hizo morir en el patíbulo a cincuenta gentileshombres del ejército de Maximiliano, que habían caído en sus manos. Carlos de Borgoña se vengó de algunas otras crueldades del rey matando a todos los habitantes de la ciudad de Dinant, que se había entregado a discreción, y reduciéndola a cenizas.

Luis XI temía á su hermano el duque de Berry (1472), y este príncipe murió envenenado por un fraile benedictino, llamado Favre Vésois, confesor suyo. Y no es éste uno de esos envenenamientos equívocos, aceptados sin pruebas por la maligna credulidad de los hombres; porque el duque de Berry cenaba entre la señora de Montsorau, su amante, y su confesor, y habiendo hecho éste traer un melocotón de un tamaño extraordinario, la señora expiró inmediatamente después de haber comido de él, y el príncipe murió al poco tiempo, tras de dolorosas convulsiones.

Odet Daidie, valiente señor, quiso vengar al muerto, a quien siempre había sido adicto, y condujo a Bretaña, lejos de Luis, al fraile envenenador. Se le siguió la causa en libertad; y el día que se iba a dictar la sentencia, se encontró al fraile muerto en su lecho. Para apaciguar el clamor público, Luis XI pidió las piezas del proceso y nombró comisarios; pero éstos no decidieron nada, y el rey los colmó de beneficios. En Europa casi nadie dudó de que Luis hubiese cometido este crimen, ya que siendo delfín había hecho temer un parricidio a Carlos VII, su padre. La historia no debe acusarle sin pruebas; pero sí compadecerle por haber merecido que se le considerase sospechoso. Sobre todo, debe tener en cuenta que todo príncipe culpable de un atentado probado, es

culpable también de los juicios temerarios que se hagan sobre todos sus actos.

Tal fue la conducta de Luis XI con sus vasallos y sus allegados. Veamos ahora la que observó con sus vecinos. El rey de Inglaterra, Eduardo IV, desembarcó en Francia con el intento de recuperar las conquistas de sus padres. Luis podía combatirle, pero prefirió ser su tributario (1475), y, ganándose a los principales oficiales ingleses, y obsequiando con vinos a todo el ejército, compró la vuelta de este ejército a Inglaterra. ¿No hubiese sido más digno de un rey de Francia emplear el dinero que gastó en seducir a un príncipe poco poderoso, a quién temía, y a quien no debía temer, en ponerse en estado de resistirle y de vencerle?

Las almas grandes eligen osadamente favoritos ilustres y ministros reputados; y Luis XI no tuvo como confidentes y como ministros casi más que a hombres de baja extracción, y cuyo corazón se encontraba muy por abajo de su situación.

Pocos tiranos han existido que hayan hecho morir más ciudadanos a manos del verdugo, y por suplicios más refinados. Las crónicas de la época cuentan cuatro mil súbditos ejecutados en su reinado, pública o secretamente. Las mazmorras, las jaulas de hierro y las cadenas con que se cargaba a las víctimas, son los monumentos que ha dejado este monarca, y que todavía se contemplan con horror.

Es asombroso que el P. Daniel indique apenas el suplicio de Jaime de Armagnac, duque de Nemours, descendiente reconocido de Clodoveo. Las circunstancias y el aparato de su muerte (1477), el reparto de sus despojos, y las mazmorras en que sus tiernos hijos fueron encerrados hasta la muerte de Luis XI, constituyen tristes e interesantes objetos de curiosidad. No se sabe exactamente cuál fue el crimen de este príncipe, quien fue juzgado por comisarios, lo que puede hacer presumir que no era en absoluto culpable. Algunos historiadores le imputan de un modo vago el delito de haber querido apoderarse de la persona del rey y hacer matar al delfín. Pero tal acusación no es verosímil. Un príncipe insignificante apenas si hubiera podido, desde la falda de los Pirineos donde se encontraba refugiado, apoderarse de Luis XI en plena paz, cuando era omnipotente y absoluto en su reino. En cuanto al pensamiento de matar al delfín todavía niño, y conservar la vida del padre, es también una de esas extravagancias que no tienen cabida en la cabeza de un hombre de Estado. Todo lo que ha podido comprobarse es que Luis XI execraba la casa de los Armagnacs; que hizo apresar al duque de Nemours en Carlat, en 1477, mandándolo encerrar en una jaula de hierro en la Bas-

tilla; y que después de dirigir en persona la instrucción de todo el proceso, le envió unos jueces, entre los cuales se contaba Felipe de Commines, célebre traidor que, habiendo durante mucho tiempo vendido los secretos de la casa de Borgoña al rey, pasó al fin al servicio de Francia, y que escribió unas Memorias muy estimadas, aunque compuestas con la circunspección de un cortesano que temía decir la verdad aún después de la muerte de Luis XI.

El rey quiso que el duque de Nemours fuese interrogado en su jaula de hierro, que sufriese en ella el tormento, y allí mismo oyese su sentencia. Confesósele a continuación en una sala colgada de negro. La confesión comenzaba por entonces a ser una gracia concedida a los condenados; y en cuanto a la negra pompa, era la que se usaba para los príncipes. Así se ejecutó a Conradino en Nápoles, y del mismo modo se trató más tarde a María Estuardo en Inglaterra. Las ceremonias eran bárbaras entre los pueblos cristianos occidentales; y sólo ellos conocieron este refinamiento inhumano. Toda la gracia que pudo obtener el desventurado príncipe fue la de que se le enterrara en hábito de franciscano, gracia digna de la superstición de aquellos tiempos atroces, y que igualaba a su barbarie.

Pero lo que jamás estuvo en uso, y Luis XI lo practicó, fue el hacer colocar bajo el cadalso, en el mercado de París, a los hijos del duque, para que se derramase sobre ellos la sangre de su padre. De allí los sacaron bañados en ella;[1] y en tal estado se les condujo a la Bastilla, a unas mazmorras en forma de banasta, donde la incomodidad que experimentaban sus cuerpos era un continuo suplicio. Les arrancaban los dientes por intervalos, género de tortura tan mezquino como odioso, que estaba por entonces en uso. Así era como, en el reinado de Juan de Francia, de Eduardo III de Inglaterra y del emperador Carlos IV, eran tratados los judíos en Francia, en Inglaterra y en varias ciudades de Alemania, para obtener su dinero. La lista de los tormentos inauditos sufridos por los príncipes de Nemours-Armagnac sería increíble si no la atestiguaran la querella que estos príncipes infortunados presentaron a los Estados, después de la muerte de Luis XI, en 1483.

Jamás hubo en Francia menos honor que en ese reinado. Los jueces no se avergonzaron de repartirse los bienes de aquél a quien habían condenado; y el traidor Felipe de Commines, que había traicionado al duque de Borgoña cobardemente, y que más cobar-

[1] Los contemporáneos no hablan de este refinamiento de crueldad, que sólo se encuentra referido por los historiadores modernos. (Jorge Avenel.)

demente todavía fue uno de los comisarios del duque de Nemours, recibió las tierras que éste poseía en el Tournaisis.

En la época precedente había habido costumbres altivas y bárbaras, en las cuales se veía a veces un destello de heroísmo. En el reinado de Carlos VII habían vivido los Dunois, los La Tremouille, los Clisson, los Richemont, los Saintraille, los La Hire, y magistrados de un gran mérito; pero bajo Luis XI no hubo ni un solo gran hombre. Envileció la nación, en la cual no hubo ninguna virtud; sólo se ejercitaba la obediencia, y el pueblo se mantuvo tranquilo como lo están los forzados en una galera.

Aquel corazón artificioso y duro abrigaba, sin embargo, dos inclinaciones que hubiesen debido teñir de humanidad sus costumbres: el amor y la devoción. Tuvo favoritas, que le dieron tres bastardos; e hizo novenas y peregrinaciones. Pero en su amor se reflejaba su carácter, y su devoción no era sino el temor supersticioso de un alma tímida y extraviada. Siempre cubierto de reliquias, y llevando prendida en su gorro su Nuestra Señora, de plomo, se afirma que le pedía perdón por sus asesinatos antes de cometerlos. Cedió, por medio de un contrato, el condado de Boulogne a la Santísima Virgen. La piedad no consiste en hacer a la Virgen condesa, sino en abstenerse de los actos que la conciencia reprocha, que Dios debe castigar, y que la Virgen no protege.

Introdujo la costumbre italiana de tocar la campana a mediodía, y de rezar un *Avemaría,* y le pidió al papa el derecho a llevar la sobrepelliz y la muceta, y de hacerse ungir por segunda vez de la redoma de Reims.

(1483) Sintiendo al fin aproximarse la muerte, encerrado en el castillo de Plessis-les-Tours, inaccesible a sus súbditos, rodeado de guardias, y devorado de inquietudes, hizo venir un ermitaño de Calabria, llamado Francisco Martorillo, reverenciado más tarde bajo el nombre de San Francisco de Paula. Se arrojó a sus pies, y le suplicó llorando que intercediese por él ante Dios, y le prolongase la vida, como si el orden eterno hubiese podido alterarse a la voz de un calabrés en un pueblo de Francia, para dejar en un cuerpo gastado, un alma débil y perversa, por más tiempo del que toleraba la naturaleza. Y mientras le pedía así la vida a un ermitaño extranjero, creía reanimar los restos que de ella le quedaban bebiendo la sangre que se hacía verter a unos niños, con la falsa esperanza de corregir la acritud de la suya. Era uno de los excesos de la ignorante medicina de aquella época, medicina introducida por los judíos, éste de hacer beber la sangre de un niño a los ancianos apopléticos, a los leprosos y a los epilépticos.

No se puede experimentar una suerte más triste, en medio de

la prosperidad, cuando no se tienen más sentimientos que los del fastidio, el remordimiento, el temor y el dolor de saberse detestado.

Sin embargo, él fue el primero de los reyes de Francia que usó siempre el nombre de *Cristianísimo,* casi por el mismo tiempo en que Fernando de Aragón, tan famoso por sus perfidias como por sus conquistas, tomaba el *nombre* de *Católico.* Tantos vicios no anularon en Luis XI sus buenas cualidades. Era valeroso, sabía dar *como* rey, conocía a los hombres y el manejo de los negocios; y quería que se administrase justicia, y que al menos él solo pudiese ser injusto.

París, que había sido asolado por una enfermedad contagiosa, fue repoblado gracias a él; cierto es que se hizo echando mano de muchos bandidos, pero a los que una policía severa obligaba a comportarse como ciudadanos. Se dice que en su época hubo en esta ciudad ochenta mil burgueses capaces de llevar las armas. A él debe asimismo el pueblo la primera humillación de los grandes, de lo cual hubieron de murmurar unas cincuenta familias, mientras se felicitaban más de quinientas mil. También impidió que el parlamento y la universidad de París, dos corporaciones igualmente ignorantes a la sazón, porque todos los franceses lo eran, persiguiesen como brujos a los primeros impresores que pasaron de Alemania a Francia.

De él procede el establecimiento del correo, aunque no como se encuentra organizado hoy en Europa; Luis XI no hizo más que restablecer los *veredarii* de Carlomagno y del antiguo imperio romano. Doscientos treinta correos pagados por él llevaban sus órdenes incesantemente. Los particulares podían utilizar los caballos destinados a estos correos, mediante el pago de diez sueldos por caballo y por cada trecho de cuatro leguas. Las cartas se llevaban de ciudad en ciudad por los correos del rey. Esta organización sólo fue conocida en Francia durante bastante tiempo. Quiso también este rey uniformar los pesos y las medidas en sus Estados, como lo fueron en el reinado de Carlomagno. En suma, demostró que un hombre perverso puede dispensar el bien público cuando no se opone a ello su interés particular.

En el reinado de Carlos VII, los impuestos, independientemente del dominio, ascendían a un millón setecientas mil libras de cuenta, que, bajo Luis XI, se elevaron a cuatro millones setecientas mil libras; y como la libra se encontraba entonces con el marco en una relación de diez por uno, la citada cantidad equivalía a veintitrés millones quinientas mil libras de hoy. Y si, siguiendo esta proporción, examinamos el precio de los artículos, y sobre todo el del trigo, que es su base, veremos que valía la mitad menos que

hoy. Así, pues, con veintitrés millones numerarios, se hacía precisamente lo que hoy con cuarenta y seis.

Tal era el poderío de Francia antes de que Borgoña, el Artois, el territorio de Boulogne, las ciudades que baña el Somme, Provenza y Anjou fuesen incorporados por Luis XI a la monarquía francesa. Este reino llegó a ser en poco tiempo el más poderoso de Europa, parecido a un río alimentado por veinte más pequeños, y depurado del cieno que durante tanto tiempo había alterado su curso.

Por entonces comenzaron a otorgarse títulos al poder. Luis XI fue el primer rey de Francia a quien se dio a veces el título de *majestad*, que hasta entonces sólo el emperador había llevado, y que la cancillería alemana no le ha dado jamás a ningún rey hasta nuestra época. Los reyes de Aragón, de Castilla y de Portugal, tenían el título de *alteza*, y al de Inglaterra se le decía *vuestra gracia;* a Luis XI hubiese podido decírsele vuestro *despotismo.*

Hemos visto por cuántos afortunados crímenes llegó a ser el primer rey absoluto de Europa, después del establecimiento del gran gobierno feudal. Fernando el Católico jamás pudo serlo en Aragón; e Isabel, con su habilidad, dispuso a los castellanos a la obediencia pasiva; pero no reinó despóticamente. Cada Estado, cada provincia y cada ciudad tenían sus privilegios en toda Europa. Los señores feudales combatían con frecuencia estos privilegios, y los reyes trataban de someter igualmente a su poder a los señores feudales y a las ciudades. Sólo Luis XI lo logró por entonces; pero fue a costa de verter en los cadalsos la sangre de Armagnac y de Luxemburgo, sacrificándolo todo a sus sospechas y pagando muy caro a los ejecutores de sus venganzas. Isabel de Castilla lo hacía con más astucia y sin crueldad. Si se trataba, por ejemplo, de reunir a la corona el ducado de Plasencia, ¿qué es lo que hacía? Sus insinuaciones y su dinero movían a los vasallos del duque de Plasencia a levantarse contra él; y, reunidos, pedían ser vasallos de la reina, a lo cual consentía ésta por condescendencia.

Al aumentar Luis XI su poder sobre sus pueblos por sus rigores, aumentó su reino por su industria, haciéndose dar la Provenza por el último conde soberano de este Estado, arrancando así un feudatario al imperio; del mismo modo que Felipe de Valois se había hecho dar el Delfinado. Anjou y el Maine, que pertenecían al conde de Provenza, fueron también reunidos a la corona. La habilidad, el dinero y la suerte, fueron acrecentando poco a poco el reino de Francia, que desde Hugo Capeto había sido poca cosa,

y que los ingleses habían casi destruido. Esta misma suerte reunió Borgoña a Francia, y las faltas del último duque devolvieron al cuerpo del Estado una provincia que había sido imprudentemente separada de él.

Esta época fue en Francia la del paso de la anarquía a la tiranía, y tales cambios jamás se operan sin grandes convulsiones. En otro tiempo los señores feudales oprimían, y bajo Luis XI fueron oprimidos. Las costumbres no fueron mejores ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en el Norte. La barbarie, la superstición y la ignorancia cubrían la faz del mundo, excepto en Italia. El poder papal seguía subyugando todas las demás potencias, y el embrutecimiento de todos los pueblos situados al otro lado de los Alpes era el verdadero sostén de este prodigioso poder contra el cual tantos príncipes se habían levantado en vano de siglo en siglo. Luis XI inclinó la cerviz bajo este yugo, para ser más dueño de su propio Estado. El interés de Roma consistía en que los pueblos fuesen imbéciles, cosa en la que se encontraba bien servida en todas partes.

En Colonia eran lo bastante estúpidos para creer que poseían los huesos podridos de tres pretendidos reyes que, según dicen, vinieron de lo más remoto del Oriente para traerle al niño Jesús oro a un establo. Se le enviaron a Luis XI algunos restos de estos cadáveres, que se hacían pasar por los de los tres monarcas, de los que ni siquiera se habla en los Evangelios; y se hizo creer al príncipe que no había nada como los huesos podridos de los reyes para curar a un rey. Se ha conservado una de sus cartas a no sé qué prior de Nuestra Señora de Salles, en la cual le pedía a esta Nuestra Señora que le concediese las fiebres cuartanas, ya que, añade, le habían asegurado los médicos que esta fiebre era muy buena para su salud. Esto nos revela que el desvergonzado charlatanismo de los médicos era tan grande como la imbecilidad de Luis XI, y que su imbecilidad igualaba a su tiranía. Este retrato no es sólo el de este monarca, sino el de casi toda Europa. Basta con conocer la historia de esta época para despreciarla. Si los príncipes y los particulares no tuviesen cierto interés en enterarse de las revoluciones de tantos gobiernos bárbaros, no se podría emplear peor el tiempo que leyendo historia.

CAPÍTULO XCV

BORGOÑA Y LOS SUIZOS O HELVÉTICOS EN TIEMPOS DE LUIS XI, EN EL SIGLO XV

Carlos el Temerario, descendiente en línea recta de Juan, rey de Francia, poseía el ducado de Borgoña vinculado a su casa, con las ciudades bañadas por el Somme que Carlos VII había cedido. Tenía por derecho de sucesión el Franco Condado, el Artois, Flandes y casi toda Holanda. Sus ciudades de los Países Bajos florecían merced a un comercio, que comenzaba a ser equiparable con el de Venecia. Amberes era el depósito de las naciones septentrionales; cincuenta mil obreros trabajaban en Gante en los tejidos de lana; Brujas era tan mercantil como Amberes, y Arras se había hecho famosa por sus hermosos tapices, a los que se da todavía su nombre en Alemania, en Inglaterra y en Italia.

Los príncipes acostumbraban por entonces a vender sus Estados cuando necesitaban dinero, como hoy se venden las tierras y la casa. Tal costumbre subsistía desde el tiempo de las Cruzadas. Fernando, rey de Aragón, vendió el Rosellón a Luis XI con la facultad de rescatarlo. Carlos, duque de Borgoña, acababa de comprar los Gueldres. Un duque de Austria le vendió además todos los dominios que poseía en Alsacia y junto a Suiza. Tal adquisición se encontraba muy por encima del precio que Carlos había pagado por ella. Se veía dueño de un Estado que se extendía desde las riberas del Somme hasta las puertas de Estrasburgo, y no tenía que hacer sino aprovecharlo. Pocos reyes de Europa eran tan poderosos como él, y ninguno más rico ni magnífico. Tenía el designio de erigir sus Estados en reino, lo cual podía llegar a ser un día muy perjudicial para Francia. Al principio sólo se trataba de comprar el diploma al emperador Federico III; porque subsistía aún la costumbre de pedirle el título de rey a los emperadores, homenaje que se rendía a la antigua grandeza romana. La negociación fracasó, y Carlos de Borgoña, que quería añadir a sus Estados Lorena y Suiza, estaba muy seguro de que si lo lograba podría hacerse rey sin el permiso de nadie.

Su ambición no se ocultaba bajo ningún velo, y esto fue principalmente lo que le valió el sobrenombre de *Temerario*. Puede juzgarse de su orgullo por la recepción que dispensó a los diputados de Suiza (1474). Escritores de este país aseguran que el duque obligó a dichos diputados a que le hablasen de rodillas.[1] Era una extraña contradicción con las costumbres de un pueblo libre, que fue poco después su vencedor.

He aquí sobre lo que se fundaba la pretensión del duque de Borgoña, a la cual se sometieron los helvéticos. Varios poblados suizos se encontraban enclavados en los dominios vendidos a Carlos por el duque de Austria. Aquel creía haber comprado esclavos. Los diputados de las comunas hablaban de rodillas al rey de Francia, y el duque de Borgoña conservaba la etiqueta de los jefes de su casa. Por lo demás, ya hemos observado que varios reyes, a imitación del emperador, exigían que se hiciese una genuflexión cuando se les hablaba o se les servía; costumbre asiática que había sido introducida por Constantino, y antes por Diocleciano. El mismo origen tenía la costumbre de que un vasallo prestase homenaje a su señor, con ambas rodillas en tierra, así como la de besar el pie derecho al papa. Es la historia de la vanidad humana.

Felipe de Commines y la multitud de historiadores que le han seguido pretenden que la guerra contra los suizos, tan fatal para el duque de Borgoña, fue originada por una carreta de pieles de cordero. El más leve motivo de disputa produce una guerra, cuando se tienen deseos de hacerla; pero ya hacía mucho tiempo que Luis XI estaba animando a los suizos contra el duque de Borgoña, y que se habían cometido muchos actos hostiles de una y otra parte antes de la aventura de la carreta, siendo cosa segura que la ambición de Carlos era el único motivo de la guerra.

No había entonces más que ocho cantones suizos confederados; porque ni Friburgo, ni Solcure, ni Schaffhausen, ni Appenzell, habían entrado todavía en la unión. Basilea, ciudad imperial, a la que su situación sobre el Rin hacía poderosa y rica, no formaba parte de esta república naciente, conocida tan sólo por su pobreza, su sencillez y su valor. Los diputados de Berna fueron a hacer presente a aquel ambicioso que todo su país no valía ni las espuelas de sus caballeros. Estos berneses no se arrodillaron, sino que hablaron con humildad, y se defendieron con valor.

(1476) La caballería del duque, cubierta de oro, fue derrotada y por dos veces destrozada completamente por estos hombres sen-

[1] Sobre las genuflexiones, véase el capítulo XIII.

cillos que quedaron asombrados de las riquezas encontradas en el campo de los vencidos.

¿Se hubiese podido prever entonces, cuando el mayor diamante de Europa, cogido por un suizo en la batalla de Granson, fue vendido al general por un escudo, se hubiese podido prever que llegaría un día en que Suiza tuviese ciudades tan hermosas y tan opulentas como lo era la capital del ducado de Borgoña? El lujo de los diamantes y de los tejidos de oro fue ignorado durante mucho tiempo en esta nación; y cuando se conoció, fue prohibido; pero las sólidas riquezas que consisten en el cultivo de la tierra, han sido recogidas en ella por manos libres y victoriosas. Ya en nuestros días, se han buscado las comodidades de la vida; y todas las delicias que proporciona la sociedad; y la sana filosofía, sin la cual no existe en el comercio de los hombres encanto durable, ha penetrado en aquellas partes de Suiza cuyo clima es más dulce, y en las que reina la abundancia. Finalmente, en estas comarcas tan agrestes en otro tiempo, se ha llegado a unir, en ciertos lugares, la civilización de Atenas con la sencillez de Lacedemonia.

Carlos el Temerario quiso vengarse en la Lorena, y arrancarle al duque Renato, legítimo poseedor, la ciudad de Nancy, que ya había tomado una vez; pero los mismos suizos vencedores, asistidos por los de Friburgo y de Soleura, dignos por esto de entrar en su alianza, desafiaron una vez más al usurpador, quien pagó con su sangre el nombre de *Temerario* que la posteridad le ha dado (1477).

Entonces fue cuando Luis XI se apoderó del Artois y de las ciudades del Somme, del ducado de Borgoña, como de un feudo masculino, y de la ciudad de Besançon, sin otro derecho que el de su propia conveniencia.

La princesa María, hija de Carlos el Temerario, única heredera de tantas provincias, se vio despojada de un golpe de las dos terceras partes de sus Estados; y se hubiesen podido anexionar al reino de Francia las diecisiete provincias que, sobre poco más o menos, le quedaban a esta princesa, haciéndole tomar por esposo al hijo de Luis XI. Pero este rey se lisonjeó en vano de tener por nuera a aquella misma a quien despojaba; y este gran político perdió la ocasión de unir al reino el Franco Condado y todos los Países Bajos.

Los de Gante y el resto de los flamencos, más libres entonces bajo sus soberanos que los ingleses mismos lo son hoy bajo sus reyes, destinaron para su princesa a Maximiliano, hijo del emperador Federico III.

Hoy los pueblos se enteran de los matrimonios de sus prínci-

pes, de la paz y de la guerra, del establecimiento de impuestos, y de todo su destino, por una declaración de sus señores; pero no sucedía así en Flandes. Los de Gante hicieron que su princesa se casase con un alemán, e hicieron cortar la cabeza del canciller de María de Borgoña, y la de Imbercourt, su chambelán, porque habían entablado negociaciones con objeto de dársela al delfín de Francia. Estos dos ministros fueron ejecutados ante los ojos de la princesa, que en vano solicitaba su perdón a este pueblo feroz.

Maximiliano, llamado por los de Gante más que por la princesa, acudió a realizar este matrimonio como un simple hidalgo que hace su fortuna casándose con una heredera; y su esposa pagó los gastos de su viaje, de su casa y de su mantenimiento. El príncipe poseyó a la princesa, pero no sus Estados; no fue sino el marido de una soberana, e incluso, cuando después de la muerte de su mujer se le dio la tutela de su hijo, cuando administró los Países Bajos, y cuando acababa de ser elegido rey de los romanos y César, los habitantes de Brujas le tuvieron cuatro meses en la prisión, en 1488, por haber violado sus privilegios. Si los príncipes han abusado con frecuencia de su poder, los pueblos no han abusado menos de sus derechos.

Este matrimonio de las heredera de Borgoña con Maximiliano fue el origen de todas las guerras que, durante tantos años, han enfrentado la casa de Francia con la de Austria. Fue también el que produjo la grandeza de Carlos V, y el que puso a Europa en peligro de ser sojuzgada: y todos estos grandes acontecimientos sucedieron porque unos burgueses de Gante se empeñaron en casar a su princesa.

CAPÍTULO XCVI

EL GOBIERNO FEUDAL DESPUÉS DE LUIS XI, EN EL SIGLO XV

Habéis visto cómo en Italia, en Francia y en Alemania, la anarquía se trocó en despotismo bajo Carlomagno, y el despotismo fue destruido por la anarquía bajo sus descendientes.

Ya sabéis que es un error creer que los feudos no fueron jamás hereditarios antes de la época de Hugo Capeto: Normandía nos suministra una decisiva prueba de lo contrario; Baviera y Aquitania habían sido hereditarias antes de Carlomagno; y casi todos los feudos lo eran en Italia bajo los reyes lombardos. En tiempo de Carlos el Gordo y de Carlos el Simple, los grandes oficiales se arrogaron los derechos de regalía, y también algunos obispos; pero siempre hubo poseedores de grandes tierras: *sires* en Francia, *herrens* en Alemania, y *ricoshombres* en España. Siempre hubo también algunas grandes ciudades gobernadas por sus magistrados, como Roma, Milán, Lyón, Reims, etc. Los límites de las libertades de estas ciudades, y las del poder de los señores particulares, han variado siempre: la fuerza y la fortuna son las que han pronunciado en cada momento de la historia la última palabra. Si los grandes oficiales se convirtieron en usurpadores, el padre de Carlomagno lo había sido. Este Pepino, nieto de cierto Arnoldo, preceptor de Dagoberto y obispo de Metz, había despojado a la dinastía de Clodoveo. Hugo Capeto destronó la posteridad de Pepino, y los descendientes de Hugo no pudieron reunir todos los miembros desperdigados de esta antigua monarquía francesa, la cual no había sido jamás, antes de Clodoveo, una monarquía.

Luis XI había asestado, en Francia, un golpe de muerte al poder feudal;[1] Fernando e Isabel lo combatían en Castilla y en Aragón; había cedido en Inglaterra al gobierno mixto; subsistía en Polonia bajo otra forma; pero era en Alemania donde había

[1] Sobre el estado de las personas en Francia bajo los merovingios, véase una Memoria de M. Naudet en el tomo VIII del *Nouveau recueil de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.* (Beuchot.)

conservado y aumentado todo su vigor. El conde de Boulainvilliers llama a esta constitución, *el esfuerzo del espíritu humano*. Loiseau y otros juristas la llaman *una institución extraña, un monstruo compuesto de miembros sin cabeza.*

Podría creerse que no se debe a un poderoso esfuerzo del genio, sino a una consecuencia muy natural y muy corriente de la mentalidad y de la ambición humanas, el hecho de que los poseedores de tierras hayan querido ser señores absolutos de esos territorios. Desde lo más remoto de Moscovia a las montañas de Castilla, todos los grandes terratenientes tuvieron siempre la misma idea sin habérsela comunicado; todos quisieron que ni sus vidas ni sus bienes dependiesen del poder supremo de un rey; todos se asociaron en cada país contra este poder, y todos lo ejercieron en la medida que pudieron hacerlo sobre sus propios súbditos: de esta manera fue gobernada Europa durante más de quinientos años. Esta organización les era desconocida a los griegos y a los romanos; pero el hecho de que sea tan general en Europa demuestra que no es extravagante; y parece injusta en cuanto que en ella el número más considerable de los hombres se encuentra aplastado por el más pequeño, y porque no permite elevarse jamás al simple ciudadano, el cual sólo lo logra por una subversión general. Bajo un gobierno feudal no hay grandes ciudades, ni comercio, ni bellas artes. Las ciudades poderosas no florecieron en Alemania o en Flandes sino a la sombra de un poco de libertad; porque la ciudad de Gante, por ejemplo, así como las de Brujas y de Amberes, más que sometidas al poder arbitrario de los duques de Borgoña, eran unas repúblicas que estaban bajo su protección; y lo mismo ocurría con las ciudades imperiales.

Ya habéis visto[1] cómo se estableció en una gran parte de Europa, y en los reinados de los sucesores de Carlomagno, la anarquía feudal; pero antes de dicho emperador había habido una organización feudal más regular bajo los reyes lombardos de Italia. Los francos que entraron en las Galias se repartían los despojos con Clodoveo; y el conde de Boulainvilliers pretende, por este motivo, que todos los señores de castillos sean soberanos en Francia. Pero ¿quién puede decir en su señorío: Yo desciendo de un conquistador de las Galias? Y aun en el caso de que proviniese en líneas recta de uno de esos usurpadores, ¿no tendrían las ciudades y las comunas más derecho a recuperar su libertad que el que tuvieron el franco o el visigodo a arrebatársela?

[1] Capítulo XXIV.

No se puede decir que el poder feudal se estableciera en Alemania por derecho de conquista, como ocurrió en Lombardía y en Francia. Jamás fue conquistada toda Alemania por extranjeros; y, sin embargo, de todos los países de la tierra, es hoy el único en el que subsiste realmente la ley de los feudos. Los *boyardos* de Rusia tienen sus súbditos; pero ellos mismos son súbditos a su vez, y no componen un cuerpo como los príncipes alemanes. Los kanes de los tártaros y los príncipes de Valaquia y de Moldavia son verdaderos señores feudales que dependen del sultán turco; pero pueden ser depuestos por una orden del diván, mientras que los señores alemanes no pueden serlo sino por una sentencia de toda la nación. Los nobles polacos son más iguales entre sí que los señores de tierras en Alemania; pero no puede llamarse todavía administración feudal. En Polonia no hay vasallos de vasallos: allí un noble no es súbdito de otro noble como en Alemania; puede ser su criado, pero no su vasallo. Polonia es una república aristócratica en la que el pueblo es esclavo.

La ley feudal subsiste en Italia de una manera diferente. Se considera todo como feudo del imperio en Lombardía; lo cual constituye una nueva fuente de incertidumbres, ya que los emperadores no han sido dominadores supremos de esos feudos sino en su calidad de reyes de Italia, de sucesores de los reyes lombardos; y ciertamente una dieta de Ratisbona no es rey de Italia. Pero ¿qué ha sucedido? Habiendo prevalecido la libertad germánica sobre la autoridad imperial en Alemania, y habiéndose convertido el imperio en una cosa diferente del emperador, los feudos italianos se han dicho vasallos del imperio, y no del emperador; y de este modo, una administración feudal ha llegado a ser dependiente de otra administración feudal. El feudo de Nápoles es de otra especie diferente: es un homenaje que el fuerte ha rendido al débil, ceremonia que el uso ha conservado.

Todo ha sido feudo en Europa, y las leyes feudales eran por doquiera diferentes. La rama masculina de Borgoña se extingue, y el rey Luis XI se cree heredero conforme a derecho de ese Estado; pero si la rama de Sajonia se hubiese extinguido, el emperador no hubiese tenido derecho a apoderarse de dichas provincias. Menos todavía podría el papa tomar para sí el reino de Nápoles a la extinción de una casa reinante. Son la fuerza, el uso y las convenciones los que dan tales derechos: la fuerza se los dio en efecto a Luis XI, pues quedaba un príncipe de la casa de Borgoña, un conde de Nevers descendiente del instituido; y este príncipe no se atrevió siquiera a reclamar sus derechos. Es muy dudoso, además, que María de Borgoña no debiese suceder a su

padre. En la donación de Borgoña por el rey Juan se decía que *los herederos sucederían;* y una hija es heredera.

La cuestión de los feudos masculinos y femeninos, el derecho de homenaje ligio o de homenaje simple, la confusión en que se encontraban unos señores vasallos a la vez de dos señores feudales por tierras diferentes, o vasallos de señores feudales que se disputaban el dominio supremo; mil dificultades semejantes originaron pleitos de los que sólo la guerra puede decidir. Y todavía más inseguras fueron a menudo las fortunas de los simples ciudadanos.

¡Qué situación, para un labrador, la de encontrarse vasallo de un señor que a su vez es vasallo de otro que depende todavía de un tercero! Tiene que litigar ante todos estos tribunales; y pierde su hacienda antes de haber podido obtener una sentencia definitiva. Es indudable que no fueron los pueblos los que voluntariamente escogieron tal organización política. Sólo son dignos de ser habitados por los hombres aquellos países en los que todos los estados y condiciones están igualmente sometidos a las leyes.

CAPÍTULO XCVII

DE LA CABALLERÍA

La extinción de la casa de Borgoña, el gobierno de Luis XI, y sobre todo la nueva manera de hacer la guerra, introducida en toda Europa, contribuyeron a abolir poco a poco lo que se llamaba *la Caballería*, especie de dignidad y de confraternidad de la que no quedó más que una débil imagen.

Esta Caballería era una institución guerrera nacida espontáneamente entre los señores, del mismo modo que las cofradías devotas habían surgido entre los burgueses. La anarquía y el bandidaje que asolaban Europa en los tiempos de la decadencia de la casa de Carlomagno, dieron nacimiento a esta institución. Al convertirse en soberanos en sus tierras, duques, condes, vizcondes, vidamos y castellanos, se hicieron todos la guerra; y en lugar de aquellos grandes ejércitos de Carlos Martel, de Pepino y de Carlomagno, en casi toda Europa luchaban pequeñas tropas de setecientos a ochocientos hombres, y a veces de un número mucho menor. Dos o tres poblados componían un pequeño Estado que combatía sin cesar con el vecino. Con esto ya no hubo comunicaciones entre las provincias ni grandes caminos, ni seguridad para los mercaderes, de los que sin embargo era imposible prescindir: todo poseedor de un castillejo les imponía rescate, y muchos castillos situados a la orilla de los ríos y en los pasos de las montañas, no fueron sino verdaderas cuevas de ladrones, y se raptaba a las mujeres y se saqueaba a los comerciantes.

Muchos señores se fueron asociando poco a poco para proteger la seguridad pública y para defender a las mujeres, haciendo voto de entregarse a tal misión, y esta institución virtuosa pasó a ser más estricta al convertirse en religiosa. Estas asociaciones las hubo en casi todas las provincias, y cada señor feudal de importancia tuvo a un honor el ser caballero y entrar en la orden.

Hacia el siglo XI se establecieron ceremonias religiosas y profanas que parecían conferir un nuevo carácter al recipiendario. Éste ayunaba, se confesaba, comulgaba, pasaba una noche entera

completamente armado, y se le hacía estar solo en una mesa separada, mientras que sus padrinos y las damas que debían armarle caballero comían en otra. En cuanto a él, vestido con una túnica blanca, estaba en su mesita, en la que se le vedaba hablar, reír y hasta comer. Al día siguiente entraba en la iglesia con su espada colgada del cuello, y después que el sacerdote le había bendecido, iba a arrodillarse ante el señor o la dama que debían armarle caballero. Los más notables de los que asistían a la ceremonia le calzaban las espuelas, le ponían la coraza, los brazales, los quijotes, las manoplas y una cota de malla llamada loriga. El padrino que le armaba caballero le daba tres golpes de plano con la espada sobre el cuello, en nombre de Dios, de San Miguel y de San Jorge, y a partir de este momento, siempre que oía misa sacaba la espada al llegar el Evangelio, manteniéndola en alto.

Esta ceremonia iba seguida de grandes festejos, y a menudo de torneos, pero era el pueblo el que los pagaba. Los señores de los grandes feudos imponían un canon sobre sus vasallos para el día que armaban a sus hijos caballeros, soliendo recibir este título los jóvenes cuando cumplían los veintiún años. Hasta entonces eran bachilleres, lo cual quería decir bajos caballeros, o *varlets*, y escuderos; y los señores que formaban parte de esta confraternidad se entregaban mutuamente los hijos para que fuesen educados, lejos de la casa paterna, con el nombre de *varlets*, en el aprendizaje de la Caballería.

La época de las Cruzadas fue la de más predicamento de los caballeros. Los señores feudales que conducían a sus vasallos bajo su pendón, fueron llamados *caballeros mesnaderos*; pero este título de caballero no les daba por sí solo el derecho de salir a campaña con sus pendones; ya que era el poder, y no la ceremonia del espaldarazo, el que les ponía en situación de llevar tropas bajo sus banderas. Eran mesnaderos en virtud de sus feudos, y no de la Caballería. Jamás este título fue otra cosa que una distinción introducida por el uso, y no un honor de convención, una dignidad real en el Estado, y no influía en absoluto en la organización de este último. Las elecciones de los emperadores y los reyes no las hacían los caballeros, y no era preciso haber recibido el espaldarazo para entrar en las dietas del imperio, en los parlamentos de Francia o en las cortes de España: las enfeudaciones, los derechos de jurisdicción y de dependencia feudal, las herencias, las leyes, nada de ello tenía que ver con la Caballería. Y en esto se han equivocado todos cuantos han escrito acerca de la Caballería, pues han afirmado, fiados de las novelas, que dicho

honor era un cargo, un empleo, y que existían leyes por las que se regulaba la Caballería. Jamás la jurisprudencia de pueblo alguno ha conocido estas pretendidas leyes, que no eran más que usos. Los grandes privilegios de esta institución consistían en los juegos sangrientos de los torneos, y no le estaba permitido regularmente a un bachiller ni a un escudero, *justar* contra un caballero.

Los reyes quisieron también ser armados caballeros, aunque no por ello fuesen ni más reyes ni más poderosos; pretendían únicamente fomentar la Caballería y el valor con su ejemplo. La sociedad profesaba un gran respeto a los que eran caballeros, y a esto se reducía todo.

A continuación, cuando el rey Eduardo III instituyó la orden de la Jarretiera; Felipe el Bueno, duque de Borgoña, la orden del Toisón de Oro, y Luis XI la orden de Saint-Michel, tan brillante al principio como las otras dos, y hoy tan ridículamente desprestigiada;[1] entonces cayó la antigua Caballería. No tenía señal distintiva, ni un jefe que le confiriese honores y privilegios particulares. Y cuando los reyes y los grandes príncipes establecieron compañías sueltas, ya no hubo caballeros mesnaderos, y la antigua Caballería quedó reducida a un nombre. Siguió considerándose como un honor recibir el espaldarazo de un gran príncipe o guerrero famoso; los señores revestidos de alguna dignidad tomaron en sus títulos la calidad de caballero, y todos cuantos hacían profesión de las armas, el de escudero.

Las órdenes militares de Caballería, como la del Temple, la de Malta, la orden Teutónica y tantas otras son una imitación de la antigua Caballería, en la que se unían las ceremonias religiosas a las funciones guerreras. Pero esta especie de Caballería fue totalmente diferente que la antigua, y produjo, en efecto, órdenes monásticas militares fundadas por los papas, poseedoras de beneficios y sujetas a los tres votos de los frailes. De estas órdenes singulares, unas han sido grandes conquistadoras, otras fueron abolidas con el pretexto de costumbres licenciosas y otras han subsistido con esplendor.

La orden Teutónica fue soberana; la orden de Malta lo es todavía, y lo será durante mucho tiempo.

Casi no existe príncipe en Europa que no haya pretendido

[1] Se ha convertido esta orden en la recompensa del mérito civil; pero se han tomado todas las precauciones posibles para impedir que pudiese parecer demasiado honorable, como si se hubiese temido que el público llegase a imaginar que es más glorioso poseer talento que antepasados. Si alguna vez llegan los hombres a tener sentido común, les costará mucho trabajo comprender la importancia atribuida a las órdenes, a los

instituir una orden de Caballería. El simple título de caballero que los reyes de Inglaterra dan a los ciudadanos, sin agregarlos a ninguna orden particular, es una derivación de la Caballería antigua, bastante alejada de su origen. Su verdadera filiación se ha conservado únicamente en la ceremonia por la cual los reyes de Francia siguen haciendo caballeros a los embajadores que les envía Venecia; y el espaldarazo es la única ceremonia que se ha conservado en esta recepción.

Los caballeros en leyes se instituyeron por sí mismos, como los verdaderos caballeros de armas; y ya esto mismo anunciaba la decadencia de la Caballería. Los estudiantes tomaron el nombre de bachilleres después de haber sostenido una tesis, y los doctores en derecho se titularon caballeros: título ridículo, ya que, en su origen, caballero era el hombre que combatía a caballo, lo cual no tiene aplicación para el jurista.

Todo esto nos ofrece un cuadro muy variado; y si se sigue atentamente el encadenamiento de todos los usos de Europa a partir de Carlomagno, en el gobierno, en la Iglesia, en la guerra, en las dignidades, en la hacienda, en la sociedad, y hasta en el vestido, no se verá sino un cambio perpetuo.

capítulos de probanzas y a la función de genealogista; y se asombrarán de que hombres sensatos, e incluso bastante ilustrados, hayan desempeñado con toda gravedad tan ridículo oficio. Seguramente se reirán al ver un inmenso infolio lleno con la genealogía de un gentilhombre cuya familia no merece ocupar ni media página en la historia. (Kehl.)

CAPÍTULO XCVIII

LA NOBLEZA

Después de lo que hemos dicho acerca de los feudos, es preciso desenredar, en lo posible, lo que se refiere a la nobleza, que monopolizó durante largo tiempo esos feudos.

La palabra *noble* no fue en sus comienzos un título que confiriese derechos ni que fuese hereditario. *Nobilitas* significaba entre los romanos lo que es notable, y no una clase de ciudadanos. El senado fue instituido para gobernar; los caballeros, para combatir a caballo, cuando eran lo bastante ricos para tener uno; y los plebeyos llegaron a ser caballeros, e incluso con frecuencia senadores, bien porque se quisiese aumentar el senado, o porque ellos hubiesen obtenido el derecho de ser elegidos por los magistrados que concedían el ingreso. Esta dignidad y el título de caballero eran hereditarios.

Entre los galos, los principales oficiales de las ciudades y los druidas gobernaban, y el pueblo obedecía, ya que en todo país ha habido siempre diferencias de condición. Quienes dicen que todos los hombres son iguales dicen una gran verdad, si entienden con ello que todos los hombres tienen el mismo derecho a la libertad, a la propiedad de sus bienes y a la protección de las leyes; pero se engañarían mucho si creyesen que los hombres deben ser iguales por los empleos, no siéndolo por sus facultades. En esta desigualdad necesaria entre las condiciones, no ha habido jamás, ni entre los antiguos ni en las nueve décimas partes habitables de la tierra, nada parecido a la organización de la nobleza en la décima parte, que es nuestra Europa.[1]

Sus leyes y sus usos han variado como todo el resto. Ya os

[1] Han existido y existen todavía varias naciones en las que no se conocen ni dignidades ni prerrogativas hereditarias; pero las familias que han sido ricas y poderosas durante varias generaciones, los descendientes de los grandes hombres en todos los aspectos, tanto de aquellos que han prestado o que se considera que han prestado grandes servicios a la patria, como de aquellos a quienes se atribuyen actos extraordinarios, obtienen en todos los países una consideración hereditaria. Esto es natural; lo demás es obra de los prejuicios. Las prerrogativas hereditarias extinguen

hemos hecho ver[1] que la más antigua nobleza hereditaria era la de los patricios de Venecia, que entraban en el consejo antes de que hubiese un dux, desde los siglos V y VI; y si, como se afirma, hay todavía descendientes de esos primeros regidores, son sin disputa los primeros nobles de Europa. Lo mismo ocurrió en las antiguas repúblicas de Italia, y dicha nobleza era aneja a la dignidad, al empleo y no a las tierras.

En todos los demás lugares, la nobleza fue monopolizada por los poseedores de las tierras. Los *herrens* de Alemania, los *ricoshombres* de España, y los barones de Francia y de Inglaterra gozaron de una nobleza hereditaria, por el solo hecho de que sus tierras, feudales o no feudales, permanecieron en sus familias. Los títulos de duque, de conde, de vizconde y de marqués, fueron al principio dignidades, cargos vitalicios, que después pasaron de padre a hijo, unos antes, y otras más tarde.

En la decadencia de la dinastía de Carlomagno, casi todos los Estados de Europa, excepto las repúblicas, fueron gobernados como lo está Alemania hoy; y ya hemos visto[2] que cada poseedor de un feudo se convirtió en soberano, en sus tierras, en la medida que le fue posible.

Es evidente que unos soberanos no le debían nada a nadie, a no ser lo que los pequeños se habían comprometido a pagar a los grandes. Así, un castellano pagaba un par de espuelas a un vizconde, el cual pagaba un halcón a un conde, quien a su vez le ofrecía a un duque otra muestra de vasallaje. Todos reconocían al rey del país por su señor feudal; pero ninguno de ellos podía estar sujeto a impuesto alguno. Debían el servicio de su persona, porque combatían por sus tierras y por sí mismos al combatir por el Estado y por el jefe del Estado; y de ahí procede que todavía hoy los nuevos nobles, los ennoblecidos, que ni siquiera poseen terreno alguno, no paguen el impuesto llamado *talla*.

la emulación, restringen la elección para los cargos importante a un número más pequeño de hombres; invalidan las dotes de quienes, lo bastante ricos para haber recibido una buena educación, carecen de la influencia necesaria para conseguir los puestos: los privilegiados en cuanto al dinero, como los de la nobleza francesa, son una de las principales causas de la mala administración de la Hacienda, y de la miseria del pueblo. Estos privilegios, estas prerrogativas, que se obtienen por la fuerza o por la intriga, han encontrado, al cabo de cierto tiempo, a hombres que han hecho su apología y han querido demostrar su utilidad. Tal es la suerte de todas las malas instituciones: quienes las han creado se asombrarían sobremanera de los motivos que se les atribuyen y de todo el talento que se les supone. (Kehl.)

[1] Capítulo XLIII.

[2] Capítulo XXXVIII.

Los dueños de los castillos y de las tierras que componían el cuerpo de la nobleza en todos los países, excepto en las repúblicas, esclavizaron cuanto pudieron a los habitantes de sus tierras; pero las grandes ciudades les resistieron siempre: los magistrados de estas ciudades no quisieron de ningún modo ser los siervos de un conde, de un barón, o de un obispo, y todavía menos de un abad que se arrogaba las mismas pretensiones que los barones y los condes. Las ciudades del Rin y del Ródano, y algunas otras más antiguas, como Autun, Arles, y sobre todo Marsella, florecían antes de que hubiese señores y prelados. Su magistratura existía muchos siglos antes que los feudos; pero pronto los barones y los castellanos lograron prevalecer casi en todas partes sobre los ciudadanos. Si los magistrados no fueron los siervos del señor, fueron al menos sus burgueses; de donde procede que en tantos antiguos privilegios veamos calificarse de burgueses de un conde o de un obispo, o de burgueses del rey, a los regidores y alcaldes. Estos burgueses no podían elegir un nuevo domicilio sin el permiso de su señor, y sin pagar unos derechos bastante elevados; especie de servidumbre que existe todavía en Alemania.

Del mismo modo que entre los feudos se distinguían los feudos francos, que no debían nada al señor feudal, los grandes feudos, y los pequeños, hubo también *francos burgueses*, es decir, aquellos que compraron el derecho de exención de todo tributo a su señor; *grandes burgueses* que desempeñaban los empleos municipales, y *pequeños burgueses* que en muchos lugares eran esclavos.

Esta administración, que se había ido formando insensiblemente, se alteró del mismo modo en varios países, y fue destruida en otros.

Los reyes de Francia, por ejemplo, comenzaron por ennoblecer a sus burgueses, confiriéndoles títulos sin tierras. Se pretende que en el tesoro de los privilegios de Francia se han encontrado las cartas de nobleza que Felipe I dio a un burgués de París llamado Eudes Le Maire (1095). Es indudable que San Luis ennobleció a su barbero La Brosse, ya que le hizo su chambelán. Felipe III, que ennobleció a su tesorero Raúl, no es por lo tanto, como se ha dicho, el primer rey que se haya arrogado el derecho de cambiar la condición de los hombres. Felipe el Hermoso dio igualmente el título de noble y de escudero, de *miles*, al burgués Bertrand y a tantos otros; y todos los reyes siguieron este ejemplo. (1339) Felipe de Valois ennobleció a Simón de Bucy, presidente del parlamento, y a Nicolasa Taupin, su mujer.

(1350) El rey Juan ennobleció a su canciller Guillermo de

Dormans; porque entonces ningún cargo de abogado, de jurista, de togado, daba entrada en la nobleza, pese al título de caballero en leyes y de bachiller en leyes que usaban los que ejercían el Derecho. Así, Juan Pastourel, fiscal del rey, fue ennoblecido, junto con su esposa Sédille (1354).

Los reyes de Inglaterra, por su parte, crearon condes y barones, que no tenían ni condado ni baronía. Los emperadores usaron de este privilegio en Italia, y a ejemplo suyo los poseedores de los grandes feudos, se arrogaron el poder de ennoblecer y corregir así el azar del nacimiento. Un conde de Foix dio cartas de nobleza a maese Bertrand su canciller, y los descendientes de Bertrand se dijeron nobles; pero el reconocer o no esta nobleza dependía del rey y de los otros señores. La misma licencia se tomaron simples señores de Orange, de Saluces, y muchos otros.

Estando exenta de la contribución de las tallas, la milicia de los arqueros francos y de los zapadores, bajo Carlos VII, tomó sin permiso alguno el título de noble y de escudero, confirmado después por el tiempo, que establece y destruye todos los usos y privilegios; y no pocas grandes casas de Francia descienden de esos zapadores que se hicieron nobles, y que merecían serlo, ya que habían servido a la patria.

Los emperadores crearon no sólo nobles sin tierras, sino condes palatinos. Estos títulos de condes palatinos fueron dados a doctores en las universidades. Introdujo este uso el emperador Carlos IV, y fue Bartolo el primero a quien dio este título de conde, título con el cual sus hijos no habrían sido admitidos en los capítulos, como tampoco los hijos de los zapadores.

Los papas, que pretendían estar por encima de los emperadores, creyeron que correspondía a su dignidad hacer también palatinos y marqueses. Los legados del papa que gobernaban las provincias de la Santa Sede, crearon por doquier estos pretendidos nobles; y esta es la razón de que en Italia haya muchos más marqueses y condes que señores feudales.

En Francia, cuando Felipe el Hermoso estableció el tribunal llamado *parlamento,* los señores feudales que eran miembros de él se vieron obligados a procurarse la ayuda de juristas procedentes, o bien de la condición servil, o de los francos, grandes y pequeños burgueses. Estos juristas se adjudicaron pronto los títulos de caballero y de bachiller, a imitación de la nobleza; pero este nombre de caballero que los litigantes les daban no les hacía nobles en la corte, ya que el fiscal general Pastoure y el canciller Dormans se encontraron obligados a adquirir cartas de nobleza. Los estudiantes de las universidades se titulaban bachilleres des-

pués de un examen, y adquirían la calidad de licenciados después de otro examen, no atreviéndose a tomar el título de caballeros.

Es cosa clara que hubiese sido un gran contrasentido que los togados que juzgaban a los nobles no gozasen de los derechos de la nobleza, y sin embargo esta contradicción subsistía en todas partes; pero en Francia gozaron vitaliciamente de las mismas exenciones que los nobles. Cierto es que sus derechos no se extendían a tomar asiento en los Estados Generales en calidad de señores feudales, a llevar un ave en el puño, o a servir con sus personas en la guerra, sino únicamente a no pagar la *talla* y a titularse *messire*.

La falta de leyes bien claras y bien conocidas, así como la variación de usos y de leyes constituyó la característica constante de Francia. La condición de togado fue durante largo tiempo insegura. Los tribunales de justicia, que los franceses han llamado *parlamentos*, juzgaron frecuentemente causas referentes al derecho de nobleza que pretendían los hijos de los togados. El parlamento de París sentenció que los hijos de Juan Le Maître, fiscal del rey, debían heredar la nobleza (1540). Una sentencia fue dada a continuación por el mismo parlamento en favor de un consejero llamado Ménager (1578); pero los jurisconsultos sostuvieron opiniones diferentes acerca de estos derechos que el uso iba atribuyendo insensiblemente a la toga. Louet, consejero del parlamento, pretendió que los hijos de los magistrados debían heredar como plebeyos, y que sólo los nietos podían gozar del derecho de primogenitura de los gentileshombres.

Las opiniones de los jurisconsultos no fueron consideradas como decisiones válidas por la corte. Enrique III declaró por un edicto "que nadie, sino los que fuesen de casa y estirpe noble, tomase en adelante el título de noble y el nombre de escudero" (1582).

(1600) Enrique IV fue menos severo y más justo cuando, en el edicto del reglamento de las tallas, declaró, aunque en términos muy vagos, que "quienes han servido al público en cargos honorables pueden dar comienzo de nobleza a su posteridad".

Esta disputa de varios siglos parecía terminada bajo Luis XIV, en el mes de julio de 1644; pero no fue así. Nos adelantamos aquí a los acontecimientos para completar con todos los datos necesarios esta materia. En el *Siglo de Luis XIV*[1] podréis ver la guerra civil que se suscitó en París durante la juventud de este monarca. En esta guerra, el parlamento de París, la Cámara de cuentas, el Tribunal de contribuciones, y todos los demás tribunales de

[1] Capítulo IV.

provincias (1644), obtuvieron los *privilegios de los nobles de estirpe, gentileshombres y barones del reino*, para los hijos de los consejeros y presidentes que hubiesen servido veinte años, o que hubiesen muerto en el ejercicio de sus cargos. Este edicto parecía asegurar para siempre su condición.

(1669) ¿Podrá creerse después de esto que Luis XIV, encontrándose en persona en el parlamento, anuló estos privilegios, y mantuvo tan sólo a todos estos oficiales de la judicatura en sus *antiguos derechos*, al revocar todos los privilegios de nobleza concedidos a ellos y a sus descendientes en 1644, y más tarde hasta el año 1669?

Por poderoso que fuese, no lo era Luis XIV lo bastante para arrebatar a tantos ciudadanos un derecho que les había sido otorgado en su nombre. Es difícil que un solo hombre pueda obligar a tantos otros hombres a despojarse de lo que han considerado como posesión suya. El edicto de 1644 ha prevalecido: los tribunales de justicia han gozado de los privilegios de la nobleza, y la nación no se los ha discutido a quienes juzgan a la nación.

En tanto que los magistrados de los tribunales superiores disputaban así los privilegios de su estado desde el año 1300, los burgueses de las ciudades y sus funcionarios principales se encontraban en la misma incertidumbre. Queriendo Carlos V, llamado el *Prudente*, ganarse el afecto de los ciudadanos de París, les concedió varios privilegios de nobleza, tales como el de ostentar blasón y tener feudos sin pagar el tributo llamado *derecho de feudo franco*, privilegios de que gozan todavía. Los alcaldes y los regidores de varias ciudades francesas gozaron de los mismos derechos, unos por un antiguo uso, y otros por concesiones.

La más antigua concesión de nobleza para un cargo de pluma, en Francia, fue la de los secretarios del rey. Originariamente eran lo que son hoy los secretarios de Estado; se llamaban *oficiales del secreto*, y desde el momento que escribían al dictado directo de los reyes, y que expedían sus órdenes, era justo distinguirlos. Su derecho a gozar de la nobleza después de veinte años de ejercicio sirvió de modelo para los oficiales de judicatura.

Aquí es donde se ve principalmente la extremada inestabilidad de los usos de Francia. Los secretarios de Estado, que originariamente no tienen otro derecho que el de firmar las expediciones, y que no podían autentificarlas sino en tanto que eran oficiales del secreto, como secretarios-notarios del rey, han llegado a ser ministros y órganos omnipotentes de la omnipotente voluntad real. Se han hecho llamar *monseñor*, título que no se daba en otro tiempo más que a los príncipes y a los caballeros; y los secreta-

rios del rey han sido relegados a la chancillería, donde su única función es firmar cédulas reales. Se ha aumentado su número inútil hasta el de trescientos, únicamente para obtener dinero; y este vergonzoso medio de allegar fondos ha perpetuado la nobleza francesa en cerca de seis mil familias, cuyos jefes han ido comprando estos cargos.

También han obtenido cartas de nobleza en un número prodigioso, otros ciudadanos: banqueros, cirujanos, comerciantes, criados de príncipes y agentes; y al cabo de algunas generaciones toman ante sus notarios el título de muy altos y muy poderosos señores. Tales títulos han envilecido la nobleza antigua, sin realzar mucho la nueva.

Finalmente, habiendo cesado por completo el servicio personal de los antiguos caballeros y escuderos, y no habiéndose vuelto a reunir los Estados Generales, los privilegios de toda la nobleza, tanto la antigua como la nueva, han quedado reducidos a pagar la capitación en lugar de la talla. Y a quienes no han tenido padre regidor, ni consejero, ni hombre ennoblecido, se les ha designado con nombres que han llegado a convertirse en ultrajes, como los de *villano* y *plebeyo.*

Villano viene de villa, porque en otro tiempo no existía en ellas más nobleza que los poseedores de castillos; y *roturier* (plebeyo), de ruptura de tierra, o laboreo, que se ha llamado *roture* (roturación). De aquí que sucediera a menudo que un teniente general del ejército, valiente oficial cubierto de heridas, se encontrara sujeto a la talla, mientras que el hijo de un funcionario gozase los mismos derechos que los primeros oficiales de la corona. Este abuso deshonroso subsistió hasta 1752, habiendo puesto remedio el señor d'Argenson, secretario de Guerra, el ministro que ha hecho más bienes a las tropas, y de quien hago aquí el elogio con tanta mayor libertad cuanto que se encuentra en desgracia.[1]

Esta multiplicidad ridícula de nobles sin función y sin verdadera nobleza, esta distinción envilecedora entre el ennoblecido inútil que no paga nada al Estado, y el plebeyo útil que paga la talla; estos cargos que se adquieren por dinero, y que proporcionan el vano título de escudero, todo esto no se encuentra en otros sitios; y constituye un esfuerzo demencial en un gobierno envilecer así la mayor parte de la nación. Todo el que en Inglaterra tiene cuarenta francos de renta en tierras es *homo ingenuus*,

[1] Marcos Pedro de Voyer de Paulmy, conde de Argenson, estaba en desgracia desde hacía cuatro años (1º de febrero de 1757), cuando Voltaire imprimió, en 1761, este elogio.

ciudadano libre, inglés libre, con derecho a elegir diputados para el parlamento; todo el que no es un simple artesano goza del título de gentilhombre, *gentleman;* y no hay en Inglaterra más nobles, en el rigor de la ley, que aquellos que en la Cámara alta representan a los antiguos barones y antiguos pares del Estado.

En muchos países libres, los derechos de la sangre no proporcionan privilegio alguno, y no se conocen sino los de ciudadano; e incluso en Basilea, ningún gentilhombre puede obtener un cargo de la república, a menos que renuncie a sus prerrogativas de tal. No obstante, en todos los Estados libres, los magistrados han tomado el título de *nobilis,* noble. No hay duda de que es una hermosa nobleza la de haber estado de padre a hijo a la cabeza de una república; pero son tales los usos y tal el prejuicio, que quinientos años de una gloria tan pura no impedirían en Francia que se sometiese a la talla al poseedor de tan antigua nobleza, y en Alemania no le serviría para ser admitido en el capítulo más insignificante.

Estos usos constituyen el cuadro de la vanidad y de la inconstancia, parte ciertamente la menos funesta de la historia del género humano.

CAPÍTULO XCIX

LOS TORNEOS

Los torneos, celebrados durante tanto tiempo en la Europa cristiana, y con tanta frecuencia anatematizados, eran juegos más nobles que la lucha de los griegos, el lanzamiento del disco y las carreras, y mucho menos bárbaros que los combates de los gladiadores romanos. Nuestros torneos no se parecían en nada a esos espectáculos, pero sí mucho a los ejercicios militares tan corrientes en la antigüedad, y a los juegos de que tantos ejemplos se encuentran en el tiempo de Homero. Los juegos guerreros se originaron en Italia hacia la época de Teodorico, que abolió los combates de gladiadores en el siglo V; pero no fueron prohibidos por medio de un edicto, sino como consecuencia de los enérgicos reproches dirigidos a los romanos por esta bárbara costumbre, a fin de que aprendiesen de un godo la humanidad y la urbanidad. A continuación hubo en Italia, y sobre todo en el reino de Lombardía, unos juegos militares, a modo de pequeños combates llamados *bataillole*, que se han conservado todavía en las ciudades de Venecia y de Pisa.

Pronto se extendieron a las demás naciones, y Nithard refiere que los hijos de Luis el Bondadoso celebraron en 870, su reconciliación con una de esas justas solemnes que después se llamaron *torneos*. "*Ex utraque parte alter in alterum veloci cursu ruebant.*"

El emperador Enrique el Cazador dio, para celebrar su coronación, una de estas fiestas militares (920), en la cual se combatió a caballo. Se llevó a cabo con un aparato tan brillante como podía serlo en un país pobre, que no tenía todavía más ciudades amuralladas que aquellas que habían sido construidas por los romanos a lo largo del Rin.

Esta costumbre se perpetuó en Francia, en Inglaterra, entre los españoles y entre los moros, y es sabido que Godofredo de Preuilly, caballero de Turena, redactó algunas leyes para la celebración de estos juegos, a fines del siglo XI, pretendiendo algunos que recibieron el nombre de torneos *(tournois)* de la ciudad de

Tours, ya que no se daba vueltas *(tourner)* en esos juegos como en las carreras de los griegos y de los romanos. Pero es más probable que la palabra *tournois* venga de espada *tournante, ensis torneaticus*, llamada así en la baja latinidad, porque era un sable sin punta, ya que no estaba permitido en los torneos herir con más punta que la de la lanza.

Estos juegos se llamaron al principio entre los franceses *empresas, perdones de armas;* significando este término de *perdón* que no se combatía hasta la muerte. Llamábaseles también *béhourdis*, del nombre de una armadura que cubría el pecho de los caballos.[1] Renato de Anjou, rey de Sicilia y de Jerusalén, y duque de Lorena, quien, no poseyendo ninguno de sus Estados, se entretenía en componer versos y organizar torneos, hizo nuevas leyes para estos combates.

"Quien quisiere hacer un torneo, o *béhourdis* —dice en sus leyes— tiene que ser ante todo un príncipe, o por lo menos un alto barón." El que organizaba el torneo enviaba un heraldo para que le presentase una espada al príncipe a quien invitaba, rogándole que nombrase los jueces de campo.

"Los torneos —dice el buen rey Renato— pueden ser muy útiles; pues por ventura podría suceder que cualquier joven caballero o escudero, que en ellos se distinguiese, se granjeara la simpatía o el acrecentamiento del amor de su dama."

Síguense todas las ceremonias que prescribe; tales como la de colgar de las ventanas o de las galerías de la liza los blasones de los caballeros que deben combatir contra los caballeros, y de los escuderos que han de justar con los escuderos.

Todo se hacía en honor de las damas, según las leyes del buen rey Renato. Ellas revisaban todas las armas y distribuían los premios; y si algún caballero o escudero del torneo había hablado mal de alguna de ellas, los demás participantes le golpeaban con sus espadas, hasta que las damas pedían gracia, o bien lo colocaban sobre la barrera de la liza, con las piernas colgando a uno y otro lado, tal como ponen hoy a los soldados en el potro.

Aparte de los torneos, se instituyeron los pasos honrosos; habiendo sido este mismo rey Renato el legislador de tales entretenimientos. El paso honroso de la *Garganta del Dragón* cerca de Chinon, en 1446, fue muy famoso; y algún tiempo después, el del Castillo de la alegre guardia tuvo todavía más fama. En estos combates se trataba de defender la entrada de un castillo, o el

[1] Los *béhours* o *béhourdis* eran asedios simulados en los que las dos partes asaltaban y defendían una especie de ciudadela de madera.

paso de un camino importante. Renato hubiese hecho algo de más provecho de haber tratado de entrar en Sicilia o en Lorena. La divisa de este galante príncipe era un braserillo lleno de carbón con estas palabras: *movido de ardiente deseo;* y este ardiente deseo no lo sentía por sus Estados, que había perdido, sino por la señorita Guido de Laval, de la que estaba enamorado, y con la que se casó después de la muerte de Isabel de Lorena.

Estos antiguos torneos fueron los que, mucho tiempo antes, hacia el comienzo del siglo XII, dieron origen a los escudos de armas. Todos los blasones que se suponen anteriores a esta época son evidentemente falsos, así como todas esas pretendidas leyes de los caballeros de la Mesa Redonda, tan celebradas en las novelas. Todo caballero que se presentaba con la visera baja hacía pintar en su escudo o sobre su cota algunas figuras caprichosas. De ahí esos nombres tan famosos en las antiguas novelas, de caballeros de las águilas y de los leones. Los términos heráldicos, que hoy parecen una jerga ridícula y bárbara, eran entonces palabras corrientes. El color de fuego se llamaba *gules,* el verde recibía el nombre de *sinople,* una estaca era un *palo,* y una banda era una *faja.*

Si estos juegos guerreros de los torneos hubieran debido autorizarse alguna vez, sería en la época de las Cruzadas, cuando el ejercicio de las armas era necesario y se había consagrado; y sin embargo fue precisamente en ese tiempo cuando a los papas se les ocurrió prohibirlos, anatematizando así una imagen de la guerra, ellos que con tanta frecuencia habían provocado guerras verdaderas. Entre otros, Nicolás III, el mismo que más tarde aconsejó las Vísperas Sicilianas, excomulgó a todos los que habían combatido e incluso asistido a un torneo celebrado en Francia en el reinado de Felipe el Atrevido (1279); pero otros papas aprobaron estos combates, y el rey de Francia, Juan, ofreció al papa Urbano V el espectáculo de un torneo, cuando después de haber estado prisionero en Londres fue a cruzarse en Avignon, con el quimérico deseo de combatir a los turcos, en lugar de pensar en reparar las desgracias de su reino.

El imperio griego no aceptó hasta muy tarde los torneos, pues todas las costumbres occidentales eran objeto de su desprecio, mostrando marcado desdén por los escudos de armas, y tildando de ridícula la ciencia del blasón. Pero como el joven emperador Andrónico se casara con una princesa de Saboya (1326), unos jóvenes saboyanos presentaron en Constantinopla el espectáculo de un torneo, y los griegos llegaron a acostumbrarse a este ejercicio militar. Pero no era con torneos con lo que se podía resistir

a los turcos; se necesitaban buenas armas y un buen gobierno, que los griegos casi nunca tuvieron.

El uso de los torneos se conservó en toda Europa, y fue uno de los más solemnes el de Boulogne-sur-Mer (1309), en la boda de Isabel de Francia con Eduardo II rey de Inglaterra. Eduardo III hizo dos bastante hermosos en Londres, y en la época del desventurado Carlos VI hubo uno en París, viniendo después los de Renato de Anjou, de que ya hemos hablado (1415). Su número fue en aumento hasta la época que siguió a la muerte del rey de Francia Enrique II, quien, como es sabido, fue muerto en un torneo celebrado en el palacio de Tournelles (1559). Este accidente parecía que debía abolirlos para siempre.

Sin embargo la vida ociosa de los grandes, el hábito y la pasión, renovaron estos funestos juegos en Orleáns, un año después de la trágica muerte de Enrique II. Nueva víctima de ellos fue el príncipe Enrique de Borbón-Montpensier, que murió de una caída de caballo. Los torneos cesaron entonces totalmente, pero se conservó una imagen de ellos en los pasos honrosos, de que Carlos IX y Enrique III fueron los mantenedores un año después de la "San Bartolomé"; porque en aquellos tiempos horribles, las fiestas estuvieron siempre mezcladas con las proscripciones. Este paso honroso no ofrecía peligro, ya que no se combatía en él con armas cortantes (1581). No puede decirse que hubiera un torneo en la boda del duque de Joyeuse, pues aunque el *Journal de L'Etoile* emplea tal término, no es el adecuado en esta ocasión. Los señores no combatieron; y lo que L'Etoile llama *torneo* no fue otra cosa que una especie de danza guerrera representada en el jardín del Louvre por mercenarios: era uno de aquellos espectáculos que se le ofrecían a la corte, y no un espectáculo que la corte misma diese. Las diversiones a las que después se siguió llamando *torneos* no fueron sino juegos de cañas.

La abolición de los torneos es, pues, del año 1560. Con ellos pereció el antiguo espíritu de la Caballería, que apenas si reapareció, fuera de las novelas. Este espíritu reinaba todavía visiblemente en los tiempos que Francisco I y de Carlos V. Felipe II, encerrado en su palacio, no premiaba en España otro mérito que el de la sumisión a su voluntad. Francia, después de la muerte de Enrique II, sumióse en el fanatismo y en la tristeza de las guerras de religión. En cuanto a Alemania, dividida en católicos romanos, luteranos y calvinistas, olvidó todos los antiguos usos de la caballería, que en Italia fueron destruidos por el espíritu de intriga.

A estos pasos honrosos, a los combates singulares, a las imitaciones de los antiguos torneos abolidos en todas partes, sucedieron

las corridas de toros en España, y los *carrouseles* en Francia, en Italia y en Alemania. Huelga hacer aquí la descripción de estos juegos; basta con la del gran *carrousel* que podrá leerse en *El Siglo de Luis XIV*. El rey de Prusia dio uno muy brillante en Berlín, en 1750; pero el de mayor magnificencia y el más singular de todos ha sido el de San Petersburgo, dado por la emperatriz Catalina II, y en el que las damas corrieron con los señores y obtuvieron premios. Todos estos juegos militares comienzan a caer en desuso; y de cuantos ejercicios contribuían en otro tiempo a dar más robustez y agilidad al cuerpo, casi no ha quedado más que el de la caza, y todavía éste va siendo descuidado por la mayoría de los príncipes de Europa. Como en todo lo demás, también en los placeres ha habido revoluciones.

CAPÍTULO C

LOS DUELOS

La educación de la nobleza extendió mucho la costumbre de los duelos, que se perpetuó durante tanto tiempo, y que comenzó con las monarquías modernas. Esta costumbre de solucionar los litigios por medio de un combate jurídico sólo fue conocida por los cristianos occidentales. No hubo tales duelos en la Iglesia de Oriente; las antiguas naciones no admitían este uso bárbaro. César refiere en sus *Comentarios* que dos de sus centuriones, envidiosos y enemigos eternos el uno del otro, zanjaron su querella con un desafío; pero este reto consistió en demostrar cuál de los dos haría mayores hazañas en la batalla. Uno de ellos. que había derribado a un gran número de enemigos, herido y derribado a su vez, recibió la ayuda de su rival. Así eran los duelos de los romanos.

El monumento más antiguo de los duelos ordenados por las sentencias de los reyes es la ley de Gondebaud el Borgoñón, de una estirpe germánica que había usurpado Borgoña. La misma jurisprudencia se encontraba establecida en todo nuestro Occidente. La antigua ley catalana citada por el docto Du Cange y las leyes bávaro-alemanas especifican varios casos en los que se prescribe el duelo.

En las audiencias celebradas por los cruzados en Jerusalén, se dijo así: "El campeón debe responder a su antagonista: Mientes, y estoy presto... a darte muerte o a hacer que te desdigas... y he aquí mi prenda."

Y el antiguo *Coutumier* de Normandía dice: "Ha de ser presentada querella por asesinato; y si el acusado niega y ofrece probarlo... le debe ser otorgado el combate en justicia."

Es evidente que con estas leyes, a un hombre acusado de homicidio se le concedía el derecho de cometer dos. Era frecuente decidir acerca de un asunto civil por medio de este procedimiento sanguinario. Si se disputaba una herencia, el que se batía mejor tenía la razón; y las diferencias entre los ciudadanos se juzgaban, como las de las naciones, por la fuerza.

Esta jurisprudencia tuvo sus variaciones como todas las instituciones juiciosas o demenciales de los hombres. San Luis ordenó que un escudero acusado por un villano podría combatir a caballo, y que el villano acusado por el escudero podría combatir a pie. Eximía de la ley del duelo a los jóvenes menores de veintiún años y a los ancianos que pasaran de los sesenta.

Las mujeres y los sacerdotes nombraban campeones para que se degollaran en su nombre: la fortuna y el honor dependían de una elección afortunada. E incluso sucedió a veces que los mismos eclesiásticos provocaron y aceptaron el duelo. Se les vio combatir en campo cerrado; y, por las constituciones de Guillermo el Conquistador, parece ser que los clérigos y los abades no podían combatir sin permiso de su obispo: *Si clericus duellum sine episcopi licentia susceperit,* etc.

De las constituciones de San Luis, y de otros monumentos citados por Du Cange, se deduce que a los vencidos se les ahorcaba algunas veces, se les decapitaba o mutilaba otras: eran las leyes del honor, y estas leyes iban autorizadas por el sello de un santo rey de quien se dice que quiso abolir este uso propio de salvajes.

(1168) Se había perfeccionado la justicia en tiempo de Luis el Joven, hasta el punto que éste estatuyó que sólo se ordenaría el duelo en las causas en las que se tratase por lo menos de cinco sueldos de aquella época, *quinque solidos*:

Felipe el Hermoso publicó un gran código de duelos. Si el demandante quería batirse por procurador, esto es, nombrar un campeón que defendiese su causa, debía decir: "Soberano señor nuestro, protesto y reclamo que, por leal excusa de mi cuerpo (es decir, por debilidad o por enfermedad), pueda yo tener un gentilhombre procurador mío, que en mi presencia, si puedo, o en mi ausencia, con la ayuda de Dios, de Nuestra Señora y de monseñor San Jorge, desempeñe su leal deber a mi costa y riesgo, etc."

Las dos partes contrarias, o sus campeones, comparecían el día fijado en una liza de ochenta pasos de longitud por cuarenta de anchura, guardada por soldados de a caballo. Los litigantes llegaban "a caballo, con la visera baja, escudo colgado del cuello, empuñando el acero, y con espadas y dagas al cinto". Estaban obligados a llevar un crucifijo, la imagen de la Virgen, o la de un santo, en sus pendones. Los heraldos de armas alineaban a los espectadores que permanecían en pie en torno a la liza. Estaba prohibido permanecer a caballo durante el espectáculo, so pena, si se trataba de un noble, de perder su montura, y, si era un burgués, de perder una oreja.

Asistido por un sacerdote, el mariscal del campo hacía jurar

a los dos combatientes, sobre un crucifijo, que su derecho era legítimo, y que no llevaban armas hechizadas; y ellos tomaban por testigo de su juramento al señor San Jorge, y renunciaban al paraíso si faltaban a la verdad. Pronunciadas tales blasfemias, el mariscal gritaba: "¡Dejadlos ir!"; arrojaba un guante, los combatientes se acometían, y las armas del vencido pasaban a poder del mariscal.

Las mismas fórmulas, sobre poco más o menos, se observaban en Inglaterra. En Alemania eran muy distintas, y se leía en el *Théâtre d'honneur*[1] y en varias antiguas crónicas, que el campo para tales combates era por lo general el pueblo de Hall, de Suabia. Los dos enemigos acudían ante los notables de Suabia reunidos, para pedirles permiso de entrar en liza. Se le daba a cada combatiente un padrino y un confesor, el pueblo cantaba un *Libera*, y se colocaba en el límite de la liza un ataúd rodeado de cirios para el vencido. Estas mismas ceremonias se observaban en Wisburgo.

Hubo muchos combates en campo cerrado en toda Europa hasta el siglo XIII. De las leyes de estos combates proceden los proverbios: "Los muertos son los culpables; los vencidos son los que pagan."

Los parlamentos de Francia ordenaron a veces estos combates, del mismo modo que hoy piden una prueba por escrito o bien testifical. (1143) En el reinado de Felipe de Valois, el parlamento decidió que había prenda de combate y necesidad de matarse entre el caballero Dubois y el caballero de Vervins, porque Vervins había querido persuadir a Felipe de Valois de que Dubois *había hechizado a Su Alteza el rey de Francia.*

Todavía hoy es famoso el duelo de Legris y de Carrouge, ordenado por el parlamento, en el reinado de Carlos VI. La cuestión se reducía a saber si Legris había yacido o no con la esposa de Carrouge en contra de la voluntad de dicha dama.

(1442) Mucho tiempo después, en una causa solemne entre el caballero Patarin y el escudero Tachon, el parlamento declaró que el caso de que se trataba no exigía prueba de duelo; y que era precisa una acusación grave y desprovista de testigos para que el duelo estuviese legítimamente prescrito.

Este caso grave sucedió en 1454. Un caballero, llamado Juan Picard, acusado de haber abusado de su propia hija, fue obligado por sentencia a batirse contra su yerno, que era la parte demandante. El *Théâtre d'honneur et de chevalerie* no dice cuál fue el

[1] *Le Vrai Théâtre d'honneur et de chevalerie*, por Vulsora de la Colombière.

resultado; pero, cualquiera que fuese, el parlamento había ordenado un parricidio para probar un incesto.

Los obispos y los abades, a imitación de los parlamentos y del consejo restringido de los reyes, ordenaron también el combate en campo cerrado en sus territorios. Yves de Chartres reprocha al arzobispo de Sens y al obispo de Orleáns haber autorizado demasiados duelos en asuntos civiles. Godofredo del Maine, obispo de Angers (1100), obligó a los frailes de Saint-Serga a probar por el duelo que se les debían determinados diezmos; y el campeón de los frailes, hombre robusto, ganó su causa a palos.

Bajo la última dinastía de los duques de Borgoña, los burgueses de las ciudades de Flandes gozaban del derecho de probar sus pretensiones con el escudo y la maza.

Untaban de sebo su jubón, porque habían oído decir que antiguamente los atletas se frotaban el cuerpo con aceite; a continuación metían las manos en una artesa llena de cenizas, y se ponían en la boca miel o azúcar; después de lo cual combatían hasta la muerte y al vencido se le ahorcaba.

La lista de estos combates en campo cerrado, ordenados por los soberanos, sería demasiado larga. El rey Francisco I ordenó dos solamente, y su hijo, Enrique II, ordenó otros dos. El primero de los que ordenó Enrique fue el de Jarnac y de La Châteigneraye (1547). Este sostenía que Jarnac yacía con su suegra, y el acusado lo negaba; pero ¿era éste motivo suficiente para que un monarca, después de oído el parecer de su consejo, ordenase que se degollasen en su presencia? Tales eran, sin embargo, las costumbres. Cada uno de los dos campeones juró sobre los Evangelios que combatía por la verdad, y que "no llevaba encima ni palabras, ni hechizos, ni encantamientos". Habiendo muerto La Châteigneraye de sus heridas, Enrique II juró que no volvería a ordenar los duelos; y dos años después dio en su consejo privado una cédula real por la que se ordenaba a dos jóvenes gentileshombres que fuesen a batirse en campo cerrado en Sedán, en presencia del mariscal La Marck, príncipe soberano de Sedán. Enrique creía que no violaba su juramento al ordenar a los contendientes que fuesen a matarse fuera de su reino. La corte de Lorena se opuso formalmente a este honor que recibía el mariscal La Marck, y envió a declarar en Sedán que todos los duelos que se llevasen a cabo entre el Rin y el Mosa debían hacerse, de acuerdo con las leyes del imperio, por orden y en presencia de los soberanos de Lorena; pero, de todos modos, el emplazamiento del campo se fijaba en Sedán. El motivo de la sentencia del rey Enrique II, dada en su consejo privado, era que uno de aquellos dos gentiles-

hombres, llamado Daguères, había puesto la mano en las calzas de un joven llamado Fendilles. Éste, herido en el cuello, confesó que era suya la culpa, y fue arrojado fuera del campo por los heraldos de armas, y se le quebraron las suyas, que era uno de los castigos que se aplicaban al vencido. Hoy no podemos concebir cómo una causa tan ridícula podría ser decidida por un duelo jurídico.

No hay que confundir con todos estos duelos, considerados como el antiguo Juicio de Dios, los combates singulares entre los jefes de dos ejércitos, o entre los caballeros de bandos opuestos. Estos combates son hechos de armas, hazañas guerreras, usadas en todas las épocas y en todas las naciones.

No sabemos si hemos de citar los muchos carteles de desafío de rey a rey, y de príncipe a príncipe, entre los duelos jurídicos, o entre las hazañas caballerescas; los hubo de ambas especies.

Cuando Carlos de Anjou, hermano de San Luis, y Pedro de Aragón, se desafiaron después de las Vísperas Sicilianas, convinieron en remitirse a un combate singular, con el permiso del papa, Martín IV, como lo refiere Juan Bautista Caraffa en su historia de Nápoles; el rey de Francia, Felipe el Atrevido, les señaló el campo de Burdeos. Este combate se asemeja notablemente a los duelos jurídicos. Carlos de Anjou llegó al lugar del encuentro en la mañana del día fijado, e hizo constar la ausencia de su enemigo, que no llegó hasta la tarde. Pedro, por su parte, hizo constar la ausencia de Carlos, que no le había esperado. Este desafío singular hubiese podido contarse entre los duelos jurídicos si los dos reyes hubiesen tenido tantos deseos de batirse como de amenazarse. En cuanto al duelo que Eduardo III hizo proponer a Felipe de Valois, pertenece a la Caballería. Felipe de Valois se negó a aceptarlo, por pretender que el señor feudal no podía ser desafiado por su vasallo; pero cuando a continuación el vasallo derrotó los ejércitos del señor feudal, Felipe propuso el duelo. Eduardo III, vencedor, lo rechazó, diciendo que era lo bastante juicioso para abandonar al azar de un combate singular lo que había ganado por unas batallas.

Carlos V y Francisco I se desafiaron, se enviaron carteles, se dijeron "que habían mentido por toda la boca", y no se batieron. No existe un sólo ejemplo de reyes que hayan combatido en campo cerrado; pero el número de caballeros que vertieron su sangre en estas aventuras es prodigioso.

Hemos citado ya[1] el cartel de aquel duque de Borbón que para

[1] Capítulo CXXI. Lo que constituye hoy el capítulo CXXI existía en

evitar la ociosidad, proponía un combate a muerte en honor de las damas.

Uno de los carteles más famosos es el de Juan de Verchin, caballero de gran nombradía y senescal del Hainaut, el cual hizo anunciar en todas las grandes ciudades de Europa que se batiría sin cuartel, solo o con cinco más, con espada, lanza y hacha, "con la ayuda de Dios, de la Santísima Virgen, de monseñor San Jorge y de su dama". El combate debía realizarse en un pueblo de Flandes, llamado Conchy; pero no habiendo comparecido nadie para batirse contra el flamenco, éste hizo el voto de ir en busca de aventuras por todo el reino de Francia, y por España, constantemente armado de punta en blanco, yendo después a ofrecer un báculo a monseñor Santiago de Galicia; lo cual nos demuestra que el modelo de don Quijote era de Flandes.

El duelo más horrible que se ha propuesto, y sin embargo el más excusable, es el del último duque de Gueldres, Arnaldo o Arnalte, cuyos Estados recayeron en la rama francesa de Borgoña, y después pertenecieron a la rama española de Austria, y una parte de los cuales se encuentra hoy libre.

(1470) Adolfo, hijo de este último duque Arnaldo, guerreó contra su padre en tiempo de Carlos el Temerario, duque de Borgoña; y dicho Adolfo declaró públicamente ante Carlos que su padre había gozado ya durante bastante tiempo de sus Estados, que él quería gozar de ellos a su vez; y que si su padre aceptaba una pequeña pensión de tres mil florines, él se la asignaría gustoso. Carlos, que era muy poderoso antes de sus desventuras, hizo que el padre y el hijo compareciesen ante él. El padre, aunque viejo y achacoso, pidió el duelo, y solicitó del duque de Borgoña el permiso para batirse contra su hijo. Éste aceptó, el duque Carlos no lo permitió; y como el padre desheredase con toda justicia a su culpable hijo, y diese sus Estados a Carlos, este príncipe los perdió junto con todos los suyos y con la vida, en una guerra más injusta que todos los duelos de que hemos hablado.

Lo que contribuyó más a la abolición de esta costumbre fue el nuevo modo de combatir los ejércitos. El rey Enrique IV prohibió el uso de lanzas en la batalla de Ivry, y hoy que la superioridad del fuego es la que decide las batallas, sería impropio que un caballero se presentase lanza en ristre. El valor consistía antiguamente en mantenerse firme y armado con todas las armas sobre un caballo de tiro cubierto también de hierro; y hoy consiste

la edición de 1756; fue en la edición de 1761 en la que Voltaire añadió lo que forma hoy el capítulo C. Este es el motivo de que en dicho capítulo pueda Voltaire decir: "Hemos citado ya." (Beuchot.)

en marchar lentamente ante cien bocas de fuego que hacen desaparecer a veces filas enteras de hombres.

Cuando ya no se estilaban los duelos jurídicos, pero todavía se enviaban carteles de desafío, los duelos entre particulares comenzaron con furor; y cada cual se dio por sí mismo, y con el motivo más insignificante, el permiso que antiguamente se les pedía a los parlamentos, a los obispos y a los reyes.

Había muchos menos duelos cuando la justicia los ordenaba solemnemente; y cuando los condenó, fueron innumerables. En estos combates hubo pronto segundos, como los había habido en los caballerescos.

Uno de los más famosos en la historia es el de Caylus, Maugiron y Livarot, contra Antragues, Riberac y Schomberg, en el reinado de Enrique III, que se llevó a cabo en el lugar en que hoy se encuentra la plaza Royale de París y donde estaba antiguamente el palacio de Tournelles. Desde entonces casi no pasó un día en que no hubiese un duelo; y este furor se llevó hasta el punto de que existían compañías de caballería en las que no se admitía a nadie que no se hubiese batido por lo menos una vez, o que no jurase batirse dentro del año. Esta costumbre horrible ha durado hasta el reinado de Luis XIV.

CAPITULO CI

CARLOS VIII Y LA SITUACIÓN DE EUROPA CUANDO ESTE REY EMPRENDIÓ LA CONQUISTA DE NÁPOLES

Luis XI dejó a su hijo Carlos VIII, niño de catorce años, débil de cuerpo y nada cultivado de espíritu, dueño del reino más hermoso y de mayor poderío que existía a la sazón en Europa. Pero también le dejó una guerra civil, compañera casi inseparable de las minoridades. Realmente, el rey no era menor, según la ley de Carlos V, pero sí por la de la naturaleza. Desempeñó el gobierno, en cumplimiento del testamento de su padre, su hermana mayor, Ana, esposa del duque de Borbón-Beaujeu, y se afirma que se mostró digna de ejercerlo. Luis, duque de Orleáns y primer príncipe de la sangre, que fue después el mismo rey Luis XII cuya memoria es tan grata, comenzó siendo el azote del Estado del que más tarde había de mostrarse padre. Por una parte, su calidad de primer príncipe real, lejos de darle derecho alguno al gobierno, no le hubiese dado ni siquiera el de la precedencia con respecto a los pares más antiguos que él; y por otra, seguía pareciendo extraño que una mujer, a quien la ley declaraba incapaz de ocupar el trono, reinase, sin embargo, bajo otro nombre. Luis, duque de Orleáns, ambicioso (porque los más virtuosos lo son), declaró la guerra civil a su soberano con objeto de ser su tutor.

El parlamento de París comprendió entonces la influencia que podía alcanzar un día en las minoridades. El duque de Orleáns se dirigió a las Cámaras reunidas, en petición de una sentencia que cambiase el gobierno; y La Vaquerie, hombre de leyes, primer presidente, respondió que ni en la Hacienda ni en el gobierno del Estado tiene nada que ver el parlamento, sino los Estados Generales, a los cuales no representa el parlamento.

De esta respuesta se deduce que París estaba a la sazón tranquilo, y que el parlamento se encontraba de parte de la señora de Beaujeu. (1488) La guerra civil tuvo por campo las provincias, y sobre todo Bretaña, donde el viejo duque Francisco II se puso de parte del duque de Orleáns. Diose la batalla cerca de Saint-

Aubin, en Bretaña, siendo de advertir que en el ejército de los bretones y del duque de Orleáns, había cuatrocientos o quinientos ingleses, no obstante las turbulencias que estaban agotando por entonces a Inglaterra. Cuando se trata de atacar a Francia, rara vez han permanecido neutrales los ingleses. Luis de la Tremouille, gran general, derrotó al ejército de los revoltosos e hizo prisionero a su jefe, el duque de Orleáns, que después fue su soberano. (1491) Se le puede contar como el tercero de los reyes *Capetos* hechos prisioneros en combate, y no fue el último. Durante cerca de tres años estuvo encerrado en la torre de Bourges, hasta que Carlos VIII en persona fue a libertarlo. Las costumbres de los franceses eran mucho más humanas que las de los ingleses, los cuales por aquella misma época, afligidos en su propio país por las guerras civiles, hacían perecer generalmente por mano del verdugo a sus enemigos vencidos.

La paz y la grandeza de Francia se consolidaron con el matrimonio de Carlos VIII, que obligó al viejo duque de Bretaña a darle su hija y sus Estados. La princesa Ana de Bretaña, una de las más hermosas mujeres de su tiempo, amaba al duque de Orleáns, joven todavía y lleno de encantos, y que por esta guerra civil había perdido su libertad y su amada.

Los matrimonios de los príncipes forjan en Europa el destino de los pueblos. El rey Carlos VIII, que había podido en tiempo de su padre casarse con María, heredera de Borgoña, podía aún contraer matrimonio con la hija de esta María y del rey de los romanos Maximiliano; y Maximiliano por su parte, viudo de María de Borgoña, se había lisonjeado, con motivo, de obtener la mano de Ana de Bretaña. Incluso había llegado a desposarse con ella por poder, y el conde de Nassau había introducido una pierna en el lecho de la princesa, en nombre del rey de los romanos, según la costumbre de la época, Pero no por ello dejó el rey de Francia de realizar su matrimonio, consiguiendo a la princesa, y su dote de la Bretaña, que después quedó reducida a ser una provincia francesa.

Francia se encontraba a la sazón en el colmo de su gloria, y han sido menester todos los errores que con ella se han cometido para que dejase de ser el árbitro de Europa.

Se recuerda cómo el último conde de Provenza dio, por su testamento, este Estado a Luis XI.[1] Este conde, en quien terminaba la casa de Anjou, usaba el tíutlo de rey de las Dos Sicilias, las cuales había perdido su casa desde hacía bastante tiempo;

[1] Capítulo XCIV.

pero, con todo, trasmitió este título a Luis XI, al darle realmente la Provenza. Carlos VIII no quiso llevar un título vano; y desde entonces quedó todo preparado para la conquista de Nápoles y para dominar en toda Italia.

Es preciso que nos representemos aquí el estado en que se encontraba Europa en el momento de estos acontecimientos, a fines del siglo xv.

CAPÍTULO CII

SITUACIÓN DE EUROPA A FINES DEL SIGLO XV.—ALEMANIA, Y PRINCIPALMENTE ESPAÑA.—DESGRACIADO REINADO DE ENRIQUE IV, LLAMADO EL "IMPOTENTE".—ISABEL Y FERNANDO.—TOMA DE GRANADA. PERSECUCIÓN CONTRA LOS JUDÍOS Y CONTRA LOS MOROS

Acababa de morir (1493) el emperador Federico III, de la casa de Austria, dejando el imperio a su hijo Maximiliano, que había sido elegido en vida de su padre rey de los romanos. Pero estos reyes de los romanos no tenían ya ningún poder en Italia. En cuanto al que se les dejaba todavía en Alemania, casi no excedía al que ejercía el Dux en Venecia; y la casa de Austria se encontraba todavía muy lejos de ser temible. En vano se enseña en Viena este epitafio: "Aquí yace Federico III, emperador pío, augusto soberano de la cristiandad, rey de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, archiduque de Austria, etc.", el cual no sirve sino para patentizar la vanidad de las inscripciones. De Hungría no tuvo jamás otra cosa que la corona, adornada de algunas piedras preciosas, que conservó siempre en su estancia, sin devolvérsela ni a su pupilo Ladislao, que era el rey, ni a aquellos a quienes los húngaros eligieron a continuación, y que combatieron contra los turcos. Apenas si poseía la mitad de la provincia de Austria, de la que sus primos tenían el resto; y en cuanto al título de soberano de la cristiandad, fácil será ver si lo merecía. Su hijo Maximiliano tenía, además de los dominios de su padre, el gobierno de los Estados de María de Borgoña, su esposa, pero que él no regía sino en nombre de Felipe el Hermoso, su hijo. Por lo demás, sabido es que le llamaban *Massimiliano pochi danari*, apodo que no indicaba ciertamente un príncipe poderoso.

Inglaterra, todavía casi salvaje, tras de haber estado durante largo tiempo desgarrada por las guerras civiles de la *rosa blanca* y de la *rosa roja*, como vamos a ver inmediatamente, comenzaba apenas a respirar bajo su rey Enrique VII, quien, a ejemplo de Luis XI, humillaba a los barones y ensalzaba al pueblo.

En España, los príncipes cristianos habían seguido divididos,

y reinaba en Castilla la dinastía de Enrique de Trastamara, bastardo usurpador (ya que hay que llamar las cosas por su nombre); y una usurpación de un género más singular fue el origen de la grandeza española.

Enrique IV, uno de los descendientes de Trastamara, que comenzó su desdichado reinado en 1454, estaba debilitado por un abuso de voluptuosidades. Jamás ha habido una corte entregada por completo a la licencia, sin que haya habido revoluciones, o al menos sediciones. Su esposa doña Juana, a la que llamo así* para distinguirla de su hija Juana y de otras princesas de este nombre, hija de un rey de Portugal, no cubría con velo alguno su vida de galanterías. Pocas mujeres han tenido en sus amores menos respeto que ella por las conveniencias. El rey Enrique IV pasaba sus días con los amantes de su mujer y éstos con las favoritas del rey; y todos juntos daban a los españoles el ejemplo de la más grande molicie y de la licencia más desenfrenada. Con un gobierno tan débil, los descontentos, que son siempre el mayor número en todos los tiempos y en todos los países, llegaron a hacerse muy fuertes en Castilla. Este reino estaba gobernado como Francia, Inglaterra, Alemania y todos los Estados monárquicos de Europa lo habían sido durante tanto tiempo. Los vasallos compartían la autoridad, y los obispos, aunque no eran príncipes soberanos como en Alemania, eran señores y grandes vasallos, como en Francia.

Un arzobispo de Toledo, llamado Carrillo, se puso, con otros obispos, al frente de la facción dirigida contra el rey. Viéronse entonces renacer en España los mismos desórdenes que afligieron a Francia bajo Luis el Bondadoso, que agitaron a Alemania bajo tantos emperadores, y que veremos reaparecer una vez más en Francia bajo Enrique III, y llenar de duelo a Inglaterra bajo Carlos I.

(1465) Fortalecidos los rebeldes, destronaron a su rey en efigie, ceremonia que jamás se había visto hasta entonces. Para ello se erigió un amplio tablado en la llanura de Avila, sobre el que aparecía una mala estatua de madera representando a don Enrique, cubierta con las ropas y ornamentos reales. Ante dicha estatua pronuncióse la sentencia de deposición, tras de lo cual el arzobispo de Toledo le quitó la corona, otro la espada, otro el cetro; y un niño, hermano de Enrique, llamado Alfonso, fue declarado rey sobre el mismo tablado. Esta comedia fue acompañada de todos los horrores trágicos de las guerras civiles, agitación a la

* Voltaire escribe el nombre de esta reina en castellano. *(N. del T.)*

que no puso fin la muerte del joven príncipe a quien los conjurados habían dado el reino. El arzobispo y su partido declararon impotente al rey, que se encontraba rodeado de amantes; y, por un procedimiento jurídico inaudito en todos los estados, decidieron que su hija Juana era bastarda, nacida de adulterio e incapaz de reinar. Tiempos atrás se había reconocido al bastardo Trastamara, rebelde para con su rey legítimo; y ahora era un rey legítimo a quien se destronaba, y a cuya hija se declaraba bastarda e ilegítima, aunque nacida públicamente de la reina y reconocida por su padre.

Varios grandes pretendían el trono; pero los rebeldes decidieron reconocer a Isabel, hermana del rey, de diecisiete años de edad, antes que someterse a uno de sus iguales; prefiriendo desgarrar el estado en nombre de una joven princesa todavía sin autoridad, a darse un amo.

El arzobispo, que había hecho la guerra a su rey en nombre del infante, la continuó en nombre de la infanta; y el rey no pudo al fin salir de tanto embrollo y turbulencia, y permanecer sobre el trono, sino por uno de los más vergonzosos tratados que haya firmado nunca monarca alguno. Por este tratado reconocía a su hermana Isabel como su única heredera legítima (1468), en detrimento de los derechos de su propia hija Juana; y los rebeldes le dejaron el título de rey a este precio. De igual manera, el desventurado Carlos VI había firmado en Francia la desheredación de su propio hijo.

Para consumar obra tan escandalosa, era preciso dar a la joven Isabel un marido capaz de sostener su partido. Entonces pusieron sus ojos en Fernando, heredero de Aragón, y príncipe casi de la edad de Isabel. El arzobispo los casó en secreto, y este matrimonio celebrado bajo tan funestos auspicios, fue, sin embargo, el origen de la grandeza de España, si bien al principio renovó las disensiones, las guerras civiles, los tratados fraudulentos y las falsas reconciliaciones que aumentan los odios. Después de una de éstas, Enrique se sintió acometido de violento mal, durante una comida que le daban algunos de sus enemigos reconciliados, y murió poco después (1474).

En vano dejó al morir su reino a Juana, su hija, y en vano juró que era legítima; ni sus juramentos en el lecho de muerte, ni los de su mujer, pudieron prevalecer contra el partido de Isabel y de Fernando, llamado después el *Católico*, rey de Aragón y de Sicilia. Vivían juntos, no como dos esposos cuyos bienes son comunes bajo la dirección del marido, sino como dos monarcas estrechamente aliados. No se amaban ni se odiaban, se veían rara

vez, y cada cual tenía su consejo. Celosos con frecuencia el uno del otro en cuanto a la administración; y la reina más celosa todavía por las infidelidades de su marido, que proveía con sus bastardos todos los cargos importantes; pero unidos ambos inseparablemente en sus intereses comunes, actuaban con arreglo a los mismos principios, teniendo siempre en los labios las palabras de religión y de piedad, y preocupados únicamente por su ambición. La verdadera heredera de Castilla, Juana, no pudo oponerse a sus fuerzas reunidas, aunque el rey de Portugal y tío suyo, don Alfonso, que quería casarse con ella, empuñó las armas en favor suyo (1479); y la conclusión de tantos esfuerzos y tantas agitaciones fue que la desgraciada princesa pasó en un claustro una vida destinada al trono.

Jamás injusticia alguna fue presentada bajo aspecto más favorable, ni tampoco la hubo más afortunada, ni más justificada por una conducta a la vez osada y prudente. Isabel y Fernando formaron una organización de tal poderío como en España no se había visto desde la reconquista cristiana. Los mahometanos árabes-moros no tenían ya más que el reino de Granada; y se acercaban a su ruina en esta parte de Europa, mientras los mahometanos turcos parecían a punto de subyugar la otra. Los cristianos habían perdido España, en los comienzos del siglo VIII, por sus divisiones, y la misma causa arrojó al fin a los moros de España.

El rey de Granada, Abul Hacén, vio rebelarse contra él a su sobrino Boabdil, y Fernando el Católico no perdió la ocasión de fomentar esta guerra civil, y de sostener al sobrino contra el tío, para debilitarlos a ambos, el uno por el otro. Poco después de la muerte de Abul Hacén, atacó con las fuerzas de Castilla y de Aragón a su aliado Boabdil, y le costó seis años conquistar el reino mahometano. Finalmente, la ciudad de Granada fue sitiada, y el asedio duró ocho meses. La reina Isabel acudió allí para gozar de su triunfo. El rey Boabdil se rindió a unas condiciones que revelaban que hubiese podido seguir defendiéndose; porque se estipuló que no se tocaría ni a los bienes, ni a las leyes, ni a la libertad, ni a la religión de los moros; que sus propios prisioneros serían devueltos sin rescate, y que los judíos, comprendidos en el tratado gozarían de los mismos privilegios. Boabdil salió a este precio de su capital (1491), y fue a entregar las llaves a Fernando e Isabel, que le trataron como rey por última vez.

Los contemporáneos escribieron que derramó lágrimas al volver los ojos hacia aquella ciudad construida por los mahometanos cerca de quinientos años antes, poblada, opulenta, adornada con

ese vasto palacio de los reyes moros en el que se encontraban los más hermosos baños de Europa, y en el que varias de sus salas abovedadas estaban sostenidas por cien columnas de alabastro. El lujo del que se despedía con tristeza había sido tal vez instrumento de su pérdida. Boabdil fue a terminar sus días en África.

En Europa se consideró a Fernando como el vengador de la religión y el restaurador de la patria. Desde entonces se le llamó rey de España; y en efecto, dueño de Castilla por su mujer, de Granada por sus armas, y de Aragón por su nacimiento, no le faltaba más que Navarra, que invadió a continuación. Mantenía grandes disputas con Francia por Cerdeña y el Rosellón, dadas en prenda a Luis XI. Ya se comprenderá si, siendo rey de Sicilia, no vería con celos a Carlos VIII dispuesto a pasar a Italia para desposeer a la casa de Aragón, establecida sobre el trono de Nápoles.

Pronto veremos[1] madurar los frutos de unos celos tan naturales. Pero antes de considerar las querellas de los reyes, deseáis siempre observar la suerte de los pueblos. Habéis visto que Fernando e Isabel no encontraron España en el estado a que más tarde llegó, en los reinados de Carlos V y de Felipe II. Aquella mezcla de antiguos visigodos, de vándalos, de africanos, de judíos y de aborígenes, devastaba desde hacía largo tiempo la tierra que se disputaban, la cual sólo era fértil bajo las manos mahometanas. Los moros, vencidos, se habían convertido en colonos de los vencedores; y los españoles cristianos no subsistían más que del trabajo de sus antiguos enemigos. Entre los cristianos de España no había manufacturas ni comercio; se usaban en número muy escaso las cosas más necesarias para la vida; carecíase casi de muebles, no existían posadas en los caminos principales, y no había comodidad alguna en las ciudades: durante mucho tiempo no se conocía en ellas la ropa blanca fina, y aun la basta era bastante rara. Todo su comercio interior y exterior lo hacían los judíos, convertidos en miembros necesarios de una nación que sólo sabía combatir.

Cuando a fines del siglo XV se trató de buscar el origen de la miseria española, se encontró que los judíos habían logrado concentrar en su poder todo el dinero del país, por el comercio y por la usura. Contábanse en España más de ciento cincuenta mil hombres de esa nación extranjera tan odiosa y tan necesaria. Muchos grandes señores, a quienes no les quedaban más que los títulos, emparentaban con familias judías, y reparaban con estos

[1] Capítulos CVII, CXI, CXIII Y CXIV.

enlaces lo que su prodigalidad había costado; sintiendo tantos menos escrúpulos cuanto que hacía ya largo tiempo que los moros y los cristianos solían emparentar. Se trató en el consejo de Fernando y de Isabel el modo de librarse de la tiranía sorda de los judíos, después de haber abatido la de los vencedores árabes. (1492) Al fin se adoptó el partido de expulsarlos y de despojarlos. No les dieron más que seis meses para vender sus efectos, que se encontraron obligados a realizar al más bajo precio. Prohibióseles, bajo pena de la vida, llevarse con ellos oro, plata o piedras preciosas. Salieron de España treinta mil familias judías, que a cinco por familia, hacen unas ciento cincuenta mil personas. Unos pasaron a África, otros a Portugal y a Francia, y algunos volvieron fingiendo haberse hecho cristianos. Se les había expulsado para apoderarse de sus riquezas, se les volvió a recibir porque traían más consigo; y fue contra ellos principalmente contra quienes se estableció el tribunal de la Inquisición, a fin de que, al menor acto de su religión practicado por ellos, pudiesen arrebatárseles jurídicamente sus bienes y la vida. No se trata de este modo en la India a los Canianos, que son allí precisamente lo que los judíos en Europa, separados de todos los pueblos por una religión tan antigua como los anales del mundo, unidos con los indios por la necesidad del comercio, del que son factores, y tan ricos como los judíos entre nosotros. Estos Canianos y los guebres, tan antiguos como ellos, y tan aislados como ellos de los demás hombres, son, sin embargo, queridos en todas partes; sólo los judíos son aborrecidos por todos los pueblos entre los que viven. Ciertos españoles han pretendido que esta nación comenzaba a ser temible, y lo cierto es que era perniciosa por los provechos que obtenía a costa de los españoles; pero no siendo guerrera, no había por qué temerla. Se fingía la alarma ante la vanidad que provocaba en los judíos el hecho de haberse establecido en las costas meridionales de España mucho tiempo antes que los cristianos. Es cierto que habían pasado a Andalucía desde tiempo inmemorial; y ellos envolvían esta verdad en fábulas ridículas, como las que siempre ha forjado este pueblo, en el que las personas sensatas sólo se aplican a los negocios, y el rabinismo queda abandonado a las personas que no saben hacer otra cosa. Los rabinos españoles habían escrito mucho para demostrar que ya en tiempo de Salomón había florecido en las costas una colonia de judíos, y que la antigua Bética pagaba un tributo a este tercer rey de Palestina. Es muy verosímil que cuando los fenicios descubrieron Andalucía y fundaron en ella colonias, estableciesen en ella judíos, que les servían de agentes mercantiles, que es de lo que han

servido en todas partes. Pero siempre han desfigurado los judíos la verdad con fábulas absurdas, que corroboraban con falsas medallas y falsas inscripciones. No contribuyó poco a su desgracia esta especie de bellaquería, unida a las otras más esenciales que se les reprochaban.

Desde entonces se distinguieron en España y Portugal los viejos cristianos de los nuevos, las familias en que habían entrado muchachas mahometanas y aquéllas en las que habían entrado doncellas judías.

Sin embargo, el provecho pasajero que obtuvo el gobierno de la violencia hecha a este pueblo usurero, le privó pronto de la renta segura que los judíos pagaban antes al fisco real. Esta penuria se dejó sentir hasta el tiempo en que comenzaron a recibirse los tesoros del Nuevo Mundo. Se la remediaba en lo posible por medio de bulas, y la de la Cruzada, publicada por Julio II (1509), produjo más al gobierno que el impuesto sobre los judíos. Cada particular se encuentra obligado a comprar esta bula para tener derecho a comer huevos y determinadas partes de los animales, en cuaresma y los viernes y sábados del año. Los que van a confesarse no pueden recibir la absolución sin mostrarle al sacerdote esta bula. Más tarde se inventó la *bula de composición*, en virtud de la cual se permite conservar los bienes robados, con tal que no se conozca a su dueño. Tales supersticiones no son menores que las que se les reprochan a los hebreos. La necedad, la locura y los vicios suministran una parte de los ingresos públicos.

La fórmula de la absolución que se da a quienes han comprado la bula de la Cruzada, no desmerece de este cuadro general de los usos y costumbres de los hombres: "Por la autoridad de Dios omnipotente, de San Pedro y de San Pablo, y de nuestro santísimo padre el papa, autoridad delegada en mí, os concedo la remisión de todos vuestros pecados confesados, olvidados e ignorados, así como de las penas del purgatorio."

La reina Isabel, o más bien el cardenal Jiménez,* trató más tarde a los mahometanos como a los judíos, obligando a un número muy grande de ellos a hacerse cristianos, no obstante la capitulación de Granada, y quemándolos cuando volvieron a practicar su religión. Fue tan grande el número de los musulmanes como el de los judíos que se refugiaron en África, sin que se pueda compadecer ni a esos árabes que durante tanto tiempo habían subyugado a España, ni a esos hebreos que la habían saqueado durante mucho más tiempo.

* Jiménez de Cisneros. *(N. del T.)*

Los portugueses salían por entonces de la oscuridad, y, no obstante la ignorancia de la época, comenzaban a hacerse acreedores a una gloria tan durable como el universo, por la modificación introducida en el comercio del mundo, a causa de sus descubrimientos. Esta nación fue la primera entre las modernas que navegó por el océano Atlántico. No le debió sino a sí misma el paso del cabo de Buena Esperanza, mientras que los españoles son deudores de los extranjeros en el descubrimiento de América. Pero los portugueses lo son a su vez de un solo hombre, el infante don Enrique, de la gran empresa contra la que murmuraron al principio. Casi nunca se ha hecho nada grande en el mundo que no se deba al genio y a la firmeza de un solo hombre que lucha contra los prejuicios de la multitud, o que los suscita en ella.

Portugal se encontraba ocupado de sus grandes navegaciones y de sus éxitos en África, y no tomaba parte alguna en los acontecimientos de Italia, que alarmaban al resto de Europa.

CAPITULO CIII

LA SITUACIÓN DE LOS JUDÍOS EN EUROPA

Después de haber visto cómo se trataba a los judíos en España, podemos estudiar aquí cuál fue su situación en las demás naciones. Este pueblo debe interesarnos, ya que de ellos hemos recibido nuestra religión y hasta algunas de nuestras leyes y nuestros usos, y porque en el fondo no somos sino judíos con un prepucio. Como no ignoráis, desempeñaron el oficio de corredores y de revendedores, el mismo que tuvieran en otro tiempo en Babilonia, en Roma y en Alejandría. En Francia su mobiliario pertenecía al barón de las tierras en que habitaban. *Los muebles de los judíos son del barón*, dicen las instituciones de San Luis. No le estaba a un judío más permitido abandonar a su barón que arrebatarle sus villanos o sus caballos. El mismo derecho se ejercía en Alemania, donde una constitución de Federico II los declara siervos. Un judío era dominio del emperador, y a continuación todo señor tuvo sus judíos.

Las leyes feudales habían establecido en casi toda Europa, hasta fines del siglo XIV, que si un judío abrazaba el cristianismo, perdía todos sus bienes, que se confiscaban en provecho de su señor. No era éste ciertamente un medio seguro de convertirlos; pero había que indemnizar al barón de la pérdida de su judío.

En las grandes ciudades, y sobre todo en las ciudades imperiales, tenían sus sinagogas y sus derechos municipales, que se les hacía comprar muy caros; y cuando se habían hecho ricos, no se dejaba, como hemos visto,[1] de acusarlos de haber crucificado a un niño el Viernes Santo. Esta acusación popular dio origen, en varias ciudades del Languedoc y de Provenza, a la ley que permitía apalearlos, desde el Viernes Santo hasta Pascua, a todo el que se los encontraba en la calle.

Habiendo sido su principal ocupación, desde tiempo inmemorial, la de prestar con garantía de prenda, les estaba prohibido

[1] *Anales del Imperio*, año 1309.

prestar sobre ornamentos de iglesia, ni sobre ropas ensangrentadas o mojadas. (1215) El concilio de Letrán ordenó que llevasen una pequeña rueda en el pecho para distinguirlos de los cristianos. Estos distintivos cambiaron con el tiempo; pero en todas partes se les hizo llevar uno por el cual poder reconocerlos. Les estaba expresamente prohibido tomar sirvientas o nodrizas cristianas, y todavía menos, concubinas; y hubo incluso algunos países en los que se hacía quemar a las muchachas de que hubiese abusado un judío, así como a los hombres que hubiesen obtenido los favores de una judía; por el concluyente motivo que da para ello el gran jurisconsulto Gallo, de que "es la misma cosa yacer con un judío que yacer con un perro".

Cuando tenían cualquier litigio contra un cristiano, se les hacía jurar por *Sabaoth, Eloi* y *Adonai,* por los diez nombres de Dios, y se les amenazaba con *la fiebre terciana, cuartana y cotidiana, si perjuraban;* a lo cual respondían: *Amén.* Y cuando resultaban condenados, siempre se tenía buen cuidado de ahorcarlos entre dos perros.

En Inglaterra les estaba permitido tomar propiedades rústicas en hipoteca por las cantidades que habían prestado; y se lee en el *Monasticum anglicanum* que costó seis marcas esterlinas, *sex marcas* (quizá seis marcos), liberar una tierra hipotecada a la judería.

Fueron arrojados de casi todas las ciudades de la Europa cristiana en diversas épocas, y casi siempre llamados de nuevo; sólo Roma los conservó en su seno constantemente. Fueron totalmente expulsados de Francia, en 1394, por Carlos VI; y nunca han podido después obtener el permiso de habitar en París, donde habían ocupado los mercados y siete u ocho calles enteras. Se les han permitido únicamente sinagogas en Metz y en Burdeos, porque se les encontró establecidos en estas ciudades cuando fueron incorporadas a la corona; y han permanecido siempre en Avignon, porque era tierra papal. En una palabra, en todas partes fueron usureros, según el privilegio y bendición de su ley, y en todas partes aborrecidos por la misma razón.

Por más que sus famosos rabinos Maimónides, Abarbanel, Aben-Ezra y otros, les decían a los cristianos en sus libros: "Somos vuestros padres, nuestras Escrituras son las vuestras, nuestros libros se leen en vuestras iglesias, en las cuales se entonan nuestros cánticos", se les respondía robándoles, expulsándoles, o haciéndolos ahorcar entre dos perros; y en España y Portugal se adoptó la costumbre de quemarlos. Los últimos tiempos les han sido más favorables, sobre todo en Holanda y en Inglaterra, donde

gozan de sus riquezas y de todos los derechos de la humanidad, y donde no se permite despojar a nadie. Incluso han estado a punto de obtener el derecho de burguesía, hacia el año 1750, y el acta del parlamento iba ya a aprobarse en favor suyo; pero el clamor de la nación y las numerosas críticas en que se tachaba de ridículo este intento, lo hizo fracasar. Se vieron cien pasquines representando a milord Aarón y a milord Judas ocupando un asiento en la Cámara de los pares: se celebraron con risas, y los judíos hubieron de contentarse con ser ricos y libres.

No es una leve prueba de los caprichos del espíritu humano la de ver a los descendientes de Jacob quemados procesionalmente en Lisboa, y aspirando a todos los privilegios de la Gran Bretaña. En Turquía no se les quema ni se les hace bajaes; pero se han adueñado de todo el comercio; y ni los franceses, ni los venecianos, ni los ingleses, ni los holandeses pueden allí comprar o vender sin que la mercancía pase por manos de los judíos; y por eso los ricos mercaderes de Constantinopla echan poco de menos a Jerusalén, con todo lo despreciados y saqueados que son por los turcos.

Os impresionará este odio y este desprecio que han sentido siempre todas las naciones hacia los judíos; pero es la consecuencia inevitable de su legislación: era preciso, o que lo subyugasen todo, o que fuesen aplastados. Les había sido ordenado que odiasen a las naciones y que se creyesen manchados si comían en un plato que hubiese pertenecido a un hombre de otra ley. Llamaban *las naciones* a veinte o treinta poblados, limítrofes suyos, a los que querían exterminar, y creyeron que no debían tener nada de común con ellos. Y cuando sus ojos fueron al fin abiertos por otras naciones victoriosas, que les enseñaron que el mundo era más grande de lo que habían creído, se encontraron, por su misma ley, siendo enemigos naturales de esas naciones, y finalmente del género humano. Su política absurda subsistió cuando debía haber cambiado; su superstición aumentó con sus desgracias: sus vencedores eran incircuncisos, y no le pareció a un judío que le estaba más permitido comer en un plato que había servido a un romano que en el plato de un amorreo. Conservaron todas sus costumbres, que son precisamente contrarias a los usos sociales, y fueron con razón tratados como una nación opuesta en todo a las demás, a las cuales servían por avaricia y detestaban por fanatismo, mientras hacían de la usura un deber sagrado. ¡Y ésos son nuestros padres!

CAPITULO CIV

DE LOS QUE LLAMABAN BOHEMIOS O GITANOS

Existía entonces una pequeña nación tan vagabunda, tan despreciada como la de los judíos, y dedicada a otra especie de rapiña: era una confusa mezcla de hombres desconocidos a quienes llamaban bohemios en Francia, y en otras partes gitanos, giptos, o gipsis, o sirios; en Italia se les llamó zingani y zingari. Iban en hordas de un extremo al otro de Europa, con panderos y castañuelas; bailaban, cantaban, decían la buenaventura, curaban las enfermedades por medio de palabras, robaban cuanto encontraban y conservaban entre ellos ciertas ceremonias religiosas, cuyo origen ni ellos ni nadie conocían. Esta raza ha comenzado a desaparecer de la faz de la tierra desde que, en estos últimos tiempos, se han desengañado los hombres de los sortilegios, de los talismanes, de las predicciones y de las posesiones. Todavía se ven algunos restos de esos desgraciados, pero rara vez.

Verosímilmente se trata de un resto de los antiguos sacerdotes y sacerdotisas de Isis, mezclados con los de la diosa de Siria. Estos grupos errantes, tan despreciados por los romanos como honrados por ellos lo habían sido en otro tiempo, llevaron sus ceremonias y sus supersticiones mercenarias por todo el mundo. Misioneros errantes de su culto, corrían de provincia en provincia para convertir a aquellos a quienes un azar afortunado confirmaba las predicciones de estos profetas, y a aquellos que, habiéndose curado naturalmente de una ligera enfermedad, creían haberlo sido por la virtud milagrosa de algunas palabras y de algunos signos misteriosos. El retrato que hace Apuleyo de estas tropas vagabundas de profetas y de profetisas es la imagen de lo que las hordas errantes de los llamados bohemios han sido durante tanto tiempo en todas las partes de Europa, y sus castañuelas y sus panderos son los címbalos y los crótalos de los sacerdotes isiacos y sirios. Apuleyo, que pasó casi toda su vida investigando los secretos de la religión y de la magia, habla de las predicciones, de los talismanes, de las ceremonias, de las danzas y de los cantos de estos sacerdotes

peregrinos, y especifica sobre todo la habilidad con que robaban en las casas y en los corrales.

Cuando el cristianismo sustituyó la religión de Numa, y cuando Teodosio hubo destruido el famoso templo de Serapis en Egipto, algunos sacerdotes egipcios se unieron con los de Cibeles y de la diosa de Siria, y marcharon a pedir limosna como después hicieron nuestras órdenes mendicantes. Pero como los cristianos no les hubiesen ayudado, tuvieron que añadir el oficio de charlatanes al de peregrinos; y ejercieron la quiromancia y presentaron unas danzas singulares. Como los hombres quieren que se les divierta y se les engañe, este hacinamiento de antiguos sacerdotes se ha perpetuado hasta nuestros días. Tal ha sido el fin de la antigua religión de Osiris y de Isis, cuyos nombres causan todavía respeto. Esta religión, completamente emblemática y enteramente venerable en su origen, era desde tiempo de Ciro una mezcla de supersticiones ridículas. Volvióse aún más despreciable bajo los Tolomeos, hasta caer en la mayor abyección bajo los romanos; y ha terminado abandonada en manos de cuadrillas de ladrones. Tal vez les suceda a los judíos la misma catástrofe cuando la sociedad de los hombres se perfeccione, cuando cada pueblo haga el comercio por sí mismo y no reparta los frutos de su trabajo con esos intermediarios errantes; entonces el número de los judíos disminuirá necesariamente. Los ricos comienzan entre ellos a despreciar sus supersticiones, que quedarán relegadas a ser el patrimonio de un pueblo sin artes y sin leyes, que, no pudiendo seguir enriqueciéndose por nuestro abandono, tampoco podrá seguir formando una sociedad separada; y que, habiendo dejado de oír su antigua jerga corrompida, mezcla de hebreo y de siríaco, e ignorando entonces hasta sus libros, se confundirá con la hez de los demás pueblos.

CAPÍTULO CV

CONTINUACIÓN DEL ESTADO DE EUROPA EN EL SIGLO XV.—ITALIA. ASESINATO DE GALEAZO SFORZA EN UNA IGLESIA.—ASESINATO DE LOS MÉDICIS EN UNA IGLESIA, E INTERVENCIÓN QUE TUVO SIXTO IV EN ESTA CONJURA

He aquí ahora cuáles eran el poderío, los intereses y las costumbres de las naciones, comprendidas entre las montañas del Delfinado y los confines de Italia.

El Estado de Saboya, menos dilatado que hoy, no poseyendo el Montferrato ni Saluzzo, careciendo de dinero y de comercio, no era considerado como una barrera. Sus soberanos eran aliados de la casa de Francia, que desde hacía poco, en su minoridad, había dispuesto del gobierno; y los pasos de los Alpes se encontraban abiertos.

Del Piamonte se desciende al Milanesado, el país más fértil de la Italia citerior, que era todavía, como Saboya, un principado del imperio, pero principado poderoso, muy independiente a la sazón de un imperio débil. Después de haber pertenecido a los Viscontis, este Estado había pasado a poder del bastardo de un campesino, gran hombre e hijo de un gran hombre. Este campesino fue Francisco Sforza, que llegó por sus méritos a ser condestable de Nápoles y poderoso en Italia. El bastardo, su hijo, había sido uno de aquellos *condottieri*, jefe de bandidos disciplinados que alquilaban sus servicios a los papas, a los venecianos y a los napolitanos. Había conquistado Milán a mediados del siglo XV, habiéndose apoderado a continuación de Génova, tan floreciente en otro tiempo, y que, habiendo sostenido nueve guerras contra Venecia, pasaba a la sazón de esclavitud en esclavitud. Se había entregado a los franceses en tiempo de Carlos VI; se había rebelado en 1458; había aceptado a continuación el yugo de Carlos VII, para sacudirlo de nuevo, y quiso entregarse a Luis XI, que contestó que podía entregarse al diablo, y que por lo que a él se refería no quería su dominio. Entonces fue cuando se vio obligada a entregarse a este duque de Milán, Francisco Sforza (1464).

Galeazo Sforza, hijo de este bastardo, fue asesinado en la catedral de Milán el día de San Esteban (1476). Refiero esta circunstancia, que en otra ocasión sería frívola, y que aquí es muy importante, porque los asesinos pidieron en voz alta a San Esteban y a San Ambrosio que les prestasen el valor suficiente para asesinar a su soberano. Los pueblos de Italia se caracterizaban entonces por los envenenamientos, los asesinatos, unidos a la superstición; sabían vengarse, y apenas si sabían combatir; existían muchos envenenadores y pocos soldados; y en tal situación se había mantenido este hermoso país desde los tiempos de los Otones. Inteligencia, superstición, ateísmo, mascaradas, versos, traiciones, devociones, venenos, asesinatos, algunos grandes hombres, un número infinito de bandidos hábiles, y sin embargo desgraciados: he aquí lo que fue Italia. El hijo de este desventurado Galeazo, Mario, todavía niño, heredó el ducado de Milán, bajo la tutela de su madre y del canciller Simonetta; pero su tío, a quien conocemos por Ludovico Sforza, o Luis el Moro, expulsó a la madre, hizo morir al canciller, y poco después envenenó a su sobrino.

Este Luis el Moro era el que negociaba con Luis VIII, para hacer que los franceses descendieran a Italia.

Toscana, país menos fértil, era con relación al Milanesado lo que el Ática había sido con respecto a la Beocia; porque desde hacía un siglo se señalaba Florencia, como hemos visto, por el comercio y por las bellas artes. A la cabeza de esta civilizada nación se encontraban los Médicis: ninguna casa en el mundo ha obtenido jamás el poderío con unos títulos más justos, ya que los Médicis lo consiguieron a fuerza de beneficios y de virtudes. Cosme de Médicis, nacido en 1389, simple ciudadano de Florencia, vivió sin tratar de obtener grandes títulos, pero adquirió por el comercio unas riquezas comparables a las de los más grandes reyes de su tiempo. Sirvióse de estas riquezas para socorrer a los pobres, para hacerse amigos entre los ricos prestándoles sus bienes, para engalanar su patria con edificios y para llamar a Florencia a los sabios griegos expulsados de Constantinopla. Sus consejos fueron durante treinta años las leyes de su república, y sus principales intrigas fueron sus beneficios, que son siempre los más seguros. Después de su muerte se averiguó por sus papeles que había prestado a sus compatriotas sumas inmensas, de las que jamás exigió el menor pago; y su muerte fue sentida por sus mismos enemigos (1464). Con el asenso común, Florencia adornó su tumba con el nombre de *Padre de la Patria,* título que ninguno de los reyes que han pasado ante nuestros ojos, había podido obtener.

Su reputación les valió a sus descendientes ejercer la principal autoridad en Toscana, que su hijo administró con el título de *gonfaloniero.* (1478) Sus dos nietos, Lorenzo y Julián, dueños de la república, fueron asesinados en una iglesia por unos conjurados en el momento en que se elevaba la hostia; Julián murió, y Lorenzo pudo escapar. El gobierno de los florentinos, como su genio, se parecía al de los atenienses; porque era unas veces aristocrático y otras popular, y no se temía a nada tanto como a la tiranía.

Cosme de Médicis podía ser comparado a Pisistrato, quien, no obstante su poder, fue colocado en el número de los sabios. Los nietos de este Cosme tuvieron también la suerte de los hijos de Pisistrato, asesinados por Harmodio y Aristogitón; Lorenzo escapó de los asesinos como uno de los hijos de Pisistrato, y vengó, como él, la muerte de su hermano. Pero lo que no se había visto en Atenas, y se vio en Florencia, fue que los jefes de la religión tramaran esta conspiración sanguinaria.

Por este hecho, puede formarse una idea muy exacta del espíritu y de las costumbres de esa época. Era soberano pontífice La Rovere, Sixto IV. No intentaré aclarar aquí, con Maquiavelo, si los Riario, a quienes hacía pasar por sobrinos, eran, en efecto, sus hijos; ni, con Miguel Brutus, si los había engendrado cuando era franciscano. Para la inteligencia de los hechos basta con saber que lo sacrificaba todo por el engrandecimiento de Jerónimo Riario, uno de estos pretendidos sobrinos. Hemos advertido ya que el dominio de la Santa Sede no era tan dilatado como hoy; y Sixto IV quiso depojar a los señores de Imola y de Forli para enriquecer a Jerónimo con sus Estados. Los dos hermanos Médicis ayudaron con su dinero a estos pequeños príncipes y los sostuvieron; y el papa creyó que para dominar a Italia era preciso exterminar a los Médicis. Entonces un banquero florentino establecido en Roma, llamado Pazzi, enemigo de los dos hermanos, propuso al papa hacerlos asesinar. Para dirigir la conspiración se envió a Florencia al cardenal Rafael Riario, hermano de Jerónimo; y Salviati, arzobispo de Florencia, ordenó todo el plan. El sacerdote Estefano, familiar del arzobispo, se encargó de ser uno de los asesinos. Eligióse la solemnidad de una gran fiesta en la iglesia de Santa Reparata para degollar a los Médicis y a sus amigos; del mismo modo que los asesinos del duque Galeazo Sforza habían elegido la catedral de Milán, y el día de San Esteban, para asesinar a este príncipe al pie del altar. También se fijó para el asesinato el momento de la elevación de la hostia, con objeto de que el pueblo, atento y prosternado, no pudiese impedir su ejecución. En efecto, en ese mismo instante Julián de Médicis fue muerto por

un hermano de Pazzi y por otros conjurados, mientras el sacerdote Estefano hería a Lorenzo, quien tuvo la fuerza suficiente para refugiarse en la sacristía.

Cuando se ve a un papa, un arzobispo y un sacerdote meditar tal crimen, y elegir para su ejecución el momento en que su Dios se muestra en el templo, no se puede dudar del ateísmo que reinaba entonces. Es indudable que si hubiesen creído que su Creador se les aparecía, bajo la especie del pan sagrado, no hubieran osado insultarle de tal modo. El pueblo adoraba este misterio, mientras los grandes y los hombres de Estado se burlaban de él: esto es lo que nos prueba toda la historia de esa época. Pensaban como se pensaba en Roma en tiempo de César: sus pasiones les demostraban que no hay ninguna religión. Todos ellos hacían este detestable razonamiento: Los hombres me han enseñado embustes, lo cual quiere decir que Dios no existe. De este modo la religión natural se extinguió en casi todos cuantos gobernaban entonces; y jamás siglo alguno fue más fecundo en asesinatos, en envenenamientos, en traiciones y en desórdenes mostruosos.

Los florentinos, que amaban a los Médicis, los vengaron con el suplicio de cuantos culpables encontraron. El arzobispo de Florencia fue colgado de las ventanas del palacio público, y Lorenzo tuvo la generosidad o la prudencia de salvar la vida al cardenal sobrino, a quien querían degollar al pie del altar que había mancillado, y donde se refugió. En cuanto a Estefano, como no era más que sacerdote, el pueblo no lo respetó, y fue arrastrado por las calles de Florencia, mutilado, desollado y ahorcado al fin.

Una de las singularidades de esta conspiración fue que Bernardo Bandini, uno de los asesinos, refugiado después entre los turcos, le fue entregado a Lorenzo de Médicis, y que el sultán Bayaceto sirvió para castigar el crimen que el papa Sixto había hecho cometer. Menos extraordinario fue el hecho de que el papa excomulgase a los florentinos por haber castigado la conspiración, y hasta les declaró una guerra que Médicis terminó por su prudencia. Estáis viendo con esto en lo que se empleaba la religión y los anatemas. Desafío la imaginación más atroz a que invente algo aproximado a estos detestables horrores.

Lorenzo, vengado por sus conciudadanos, se hizo amar por ellos el resto de su vida. Fue apellidado *Padre de las Musas*, título inferior al de *Padre de la Patria*, pero que revela que lo era en efecto. Había de ser una cosa tan admirable como alejada de nuestras costumbres ver a este ciudadano, que seguía dedicado al comercio, vendiendo con una mano los productos de Levante, y sosteniendo con la otra la carga de la república; discutir con los

comerciantes, y recibir a los embajadores; resistirse al papa, hacer la guerra y la paz, ser el oráculo de los príncipes, cultivar las letras, dar espectáculos al pueblo, y recibir a todos los sabios griegos de Constantinopla. Igualó al gran Cosme por sus beneficios, y lo sobrepasó por su magnificencia. Entonces fue cuando Florencia pudo compararse con la antigua Atenas. Veíanse allí a la vez al príncipe Pico de la Mirandola, a Policiano, a Marsilo Ficino, a Landino, a Lascaris, a Calcondyles, a quienes Lorenzo reunía en torno suyo, y que eran quizá superiores a los tan celebrados sabios de Grecia.

Su hijo Pedro ejerció como él la autoridad principal y casi soberana en Toscana, en tiempo de la expedición de los franceses, aunque con mucho menos crédito que sus antecesores y sus descendientes.

CAPÍTULO CVI

LOS ESTADOS DEL PAPA, VENECIA Y NÁPOLES, EN EL SIGLO XV

Los Estados del papa no eran lo que son hoy, y todavía menos lo que hubiesen debido ser de haber aprovechado la corte de Roma las donaciones pretendidas de Carlomagno, y las que la condesa Matilde hizo realmente. La casa de Gonzaga estaba en posesión de Mantua, por la que prestaba homenaje al imperio. Varios señores gozaban en paz, con los nombres de vicarios del imperio o de la Iglesia, de los hermosos territorios que son hoy de los papas. Perusa pertenecía a la casa de los Bailloni; los Bentivoglio tenían Bolonia; los Polentini, Ravena; los Manfredi, Faenza; los Sforzas, Pésaro; los Riario poseían Imola y Forli; la casa de éste reinaba desde hacía largo tiempo en Ferrara; los Picos, en la Mirandola; los barones romanos eran todavía muy poderosos en Roma, hasta el punto que, por tener como maniatados a los pontífices, se les llamaba las *esposas* de los papas. Los Colonnas y los Ursinos, los Conti, los Savelli, primeros barones, y antiguos poseedores de los más extensos dominios, sembraban la división en el Estado romano con sus continuas disputas, parecidos en esto a los señores que se habían hecho la guerra en Francia y en Alemania en los tiempos de debilidad. El pueblo romano, que asistía asiduamente a las procesiones, y que pedía a grandes gritos indulgencias plenarias a sus papas, se amotinaba con frecuencia cuando éstos morían, saqueaban su palacio, y estaban a punto de arrojar sus cuerpos al Tíber. Esto pudo verse sobre todo a la muerte de Inocencio VIII.

Para sucederle fue elegido el español Rodrigo Borgia, Alejandro VI, hombre cuya memoria volvieron execrable los clamores de Europa entera y la pluma de todos los historiadores. Los protestantes, que en los siglos siguientes se levantaron contra la Iglesia, aumentaron más todavía el número de iniquidades cometidas por ese pontífice. Ya veremos si se le han imputado demasiados crímenes. Su exaltación al solio patentiza muy bien las costumbres y el espíritu de su siglo, que no se parece en nada al nuestro. Los car-

denales que le eligieron sabían que estaba educando cinco niños nacidos de sus relaciones con la Vanozza. Debían, por lo tanto, haber previsto que todos los bienes, los honores y la autoridad quedarían en manos de esta familia; pero, no obstante, le eligieron por señor. Los jefes de los partidos del cónclave vendieron por módicas sumas sus intereses y los de Italia.

Venecia, desde las riberas del lago de Como, extendía sus dominios por tierra firme hasta el centro de Dalmacia. Los otomanos le habían arrancado casi todo lo que invadiera en Grecia en tiempo de los emperadores cristianos, pero le quedaba la gran isla de Creta (1437), y se había apropiado la de Chipre por la donación de la última reina, hija del veneciano Marco Cornaro. Pero la ciudad de Venecia valía por sí sola, a causa de su industria, lo que Creta, Chipre y todos sus dominios en tierra firme juntos. El oro de las naciones afluía a ella por todos los canales del comercio; y todos los príncipes italianos temían a Venecia, la cual temía a su vez la irrupción de los franceses.

De todos los gobiernos de Europa, el de Venecia era el único regular, estable y uniforme. No tenía más que un vicio radical, que no lo era a los ojos del senado: el de que carecía de un contrapeso que equilibrase el poder patricio, y de un estímulo para los plebeyos. El mérito no bastó jamás en Venecia para encumbrar a un simple ciudadano, como ocurriera en la antigua Roma. La excelencia del gobierno inglés, desde que la Cámara de los Comunes participa de la legislación, consiste en ese contrapeso, y en ese camino siempre abierto a los honores para cualquiera que sea digno de ellos; y con esto, manteniéndose siempre sujeto el pueblo, el gobierno de los nobles se encuentra más firme, y las discordias civiles más alejadas. Allí no se teme a la democracia, que sólo puede convenirle a un pequeño cantón suizo, o a Ginebra.[1]

En cuanto a los napolitanos, siempre débiles e inquietos, incapaces de gobernarse por sí mismos, de darse un rey y de tolerar

[1] Si se entiende por democracia una organización en la cual la asamblea general de los ciudadanos hace inmediatamente las leyes, es claro que la democracia no conviene más que a un pequeño Estado; pero si se entiende como una organización en la que todos los ciudadanos, repartidos en varias asambleas, elijan diputados encargados de representar y de elevar la expresión general de la voluntad de sus mandantes a una asamblea general que representa entonces a la nación, es fácil ver que esta organización conviene a los grandes Estados. E incluso, si se forman distintos órdenes de asambleas representativas, se puede aplicar la democracia a los imperios más dilatados, dándoles por este medio una consistencia que ninguno ha podido tener hasta hoy, y al mismo tiempo esa unidad de miras tan necesaria, que es imposible obtener de una manera durable en una constitución

al que tienen, seguían siendo del primero que llegaba a su territorio con un ejército.

Reinaba en Nápoles el viejo rey Fernando, bastardo de la casa de Aragón. Entonces la bastardía no excluía del trono: en Castilla reinaba una dinastía bastarda, y bastarda era la estirpe de don Pedro el Severo, que reinaba en Portugal. Fernando, que reinaba por este título en Nápoles, había recibido la investidura del papa, en perjuicio de los herederos de la casa de Anjou, que reclamaban sus derechos. Pero ni le quería el papa su señor, ni sus súbditos. Murió en 1494, dejando una familia infortunada, a la que Carlos VIII arrebató el trono sin poder conservarlo, y a la que persiguió por su propia desgracia.

federativa. Y hasta sería posible establecer una forma tal de organización en la que toda ley, o al menos toda ley importante, fuese la expresión de la voluntad general de los ciudadanos, de un modo tan real como puede serlo en el consejo general de Ginebra; y entonces sería imposible no considerarla como una verdadera democracia. (Kehl.)

CAPITULO CVII

LA CONQUISTA DE NÁPOLES POR CARLOS VIII, REY DE FRANCIA Y EMPERADOR.—ZIZIM, HERMANO DE BAYACETO II.—EL PAPA ALEJANDRO VI, ETC.

Tan entusiasmados estaban Carlos VIII, su consejo y sus jóvenes cortesanos, con el proyecto de conquistar el reino de Nápoles, que le fueron devueltos a Maximiliano el Franco Condado y el Artois, parte de los despojos territoriales de su mujer; y se entregó Cerdeña y el Rosellón a Fernando el Católico, a quien se le perdonaron además trescientos mil escudos que debía, a condición de que no dificultase la conquista. No se hacían la reflexión de que doce pueblos contiguos a un Estado valen más que un reino entero a cuatrocientas leguas de distancia. Además cometían otro error: el de fiarse del rey *católico.*

El entusiasmo que producía el proyecto quimérico no sólo de conquistar una parte de Italia, sino de destronar al sultán de los turcos, fue también una de las razones que obligaron a Carlos VIII a hacer con Enrique VII, rey de Inglaterra, un trato todavía más vergonzoso que el de Luis XI con Eduardo IV. Carlos se obligó a pagarle seiscientos veinte mil escudos de oro, por temor a que Enrique le hiciese la guerra; haciéndose de este modo tributario de los ingleses belicosos, a los que temía, para ir a atacar a unos italianos nada aguerridos, a los que no temía. Creyó poder llegar a la gloria por el camino del oprobio, y comenzó por empobrecerse al querer enriquecerse con las conquistas.

(1494) Al fin, Carlos bajó a Italia. Sólo contaba para tal empresa con mil seiscientos jinetes, que, con sus arqueros, componían un ejército de cinco mil jinetes armados pesadamente, doscientos gentileshombres de su guardia, quinientos jinetes armados ligeramente, seis mil infantes franceses y seis mil suizos; y con tan poco dinero, que estaba obligado a irlo tomando a préstamo por el camino, empeñando las piedras preciosas que le prestó la duquesa de Saboya. Con todo, su paso suscitaba por doquier el espanto y la sumisión. Los italianos estaban asombrados de ver

aquella pesada artillería arrastrada por caballos, ellos que no conocían más que las pequeñas culebrinas de cobre arrastradas por bueyes. La caballería italiana estaba compuesta por espadachines, que alquilaban sus servicios a un precio muy elevado y por un tiempo limitado, a los *condottieri*, quienes a su vez se alquilaban todavía más caros a los príncipes que compraban sus peligrosos servicios. Estos jefes se ponían unos apodos con los que intimidaban al populacho. Uno se llamaba Tajamuslos; otro Fierabrás o Estrago, o Bribón. Todos temían perder sus hombres, y en las batallas presionaban contra el enemigo, sin herirle. Los que perdían el campo eran los vencidos. Vertíase mucha más sangre en las venganzas particulares, dentro del recinto de las ciudades y en las conspiraciones, que en los combates. Maquiavelo refiere que en la batalla de Anguiari no hubo más muerto que un caballero aplastado por el tropel.

Una guerra tan seria los asustó a todos, y ninguno se atrevió a acudir. El papa Alejandro VI, los venecianos y el duque de Milán, Luis el Moro, que habían llamado al rey a Italia, intentaron ponerle obstáculos no bien le vieron allí. Pedro de Médicis, obligado a implorar su protección, fue expulsado de la república por habérsela pedido, y se refugió en Venecia, de donde no se atrevió a salir, no obstante la benevolencia del rey; por temer las venganzas secretas de su país más de lo que contaba con el apoyo de los franceses.

El rey entró en Florencia triunfalmente. Libertó la ciudad de Siena del yugo de los toscanos, que poco después volvieron a reducirla a la servidumbre. Marchó a Roma, donde Alejandro VI negociaba en vano en contra suya. Carlos entró como conquistador, y el papa, refugiado en el castillo de Santangelo, vio los cañones de Francia apuntando a sus frágiles murallas; al fin, pidió gracia.

Sólo le costó un capelo cardenalicio hacer ceder al rey (1494). Brissonnet, convertido en arzobispo de presidente de cuentas que era, aconsejó este arreglo con el que se ganó la púrpura. Un rey suele ser bien servido por sus súbditos cuando éstos son cardenales; pero rara vez lo es cuando ellos tratan de obtener el capelo. También entró en la intriga el confesor del rey; y Carlos, cuyo interés estaba en deponer al papa, le perdonó, y hubo de arrepentirse de ello. Jamás papa alguno merecía tanto la indignación de un rey cristiano. Él y los venecianos se habían dirigido a Bayaceto II, sultán de los turcos, hijo y sucesor de Mahomet II, para que los ayudase a arrojar a Carlos VIII de Italia. Se comprobó que el papa había enviado un nuncio, llamado Bozzo, a la

Sublime Puerta, y se sacó en consecuencia que el precio de la unión del sultán y del pontífice era uno de esos asesinatos atroces de los que hoy se comienza a sentir cierto horror aun en el serrallo de Constantinopla.

Por un encadenamiento de circunstancias extraordinarias, el papa tenía en su poder a Zizim o Gem, hermano de Bayaceto. He aquí cómo había caído en manos del papa este hijo de Mahomet II.

Zizim, amado por los turcos, había disputado el imperio a Bayaceto, que era aborrecido por aquéllos. Pero, a pesar de los deseos de los pueblos, fue vencido, por lo que recurrió en su desgracia a los caballeros de Rodas, que son hoy los caballeros de Malta, a los que había enviado un embajador. Recibiósele primero como a un príncipe a quien se debía hospitalidad, y que podía ser útil; pero al poco tiempo se le trató como prisionero. Bayaceto pagaba cuarenta mil cequíes al año a los caballeros para que no dejasen volver a Zizim a Turquía. Los caballeros le llevaron a Francia, a una de sus encomiendas del Poitou, llamada el Bourgneuf. Carlos VIII recibió a la vez un embajador de Bayaceto y un nuncio del papa Inocencio VIII, antecesor de Alejandro, para tratar del asunto de aquel valioso cautivo. El sultán lo pedía, y el papa quería conservarlo como prenda de la seguridad de Italia contra los turcos. Carlos envió a Zizim al papa, quien lo recibió con todo el esplendor que el amo de Roma podía querer mostrar ante el hermano del amo de Constantinopla. Se le quiso obligar a besar los pies del papa; pero Bozzo, testigo ocular, asegura que el turco se negó con indignación a tal bajeza. Pablo Jove dice que Alejandro VI trató con el sultán sobre la muerte de Zizim; pero el rey de Francia que, seguro de la conquista de Nápoles, se lisonjeaba, como una parte de sus vastos proyectos, de hacerse temible a Bayaceto, quiso tener en su poder a su desventurado hermano. El papa, según Pablo Jove, se lo entregó envenenado, y queda la duda de si el veneno le había sido administrado por un criado del papa, o por un ministro secreto del Gran Señor; pero se divulgó que Bayaceto había prometido al papa trescientos mil ducados por la cabeza de su hermano.

El príncipe Demetrio Cantemir dice que, según los anales turcos, el barbero de Zizim le cortó el cuello, y que este barbero fue hecho gran visir en recompensa. No es verosímil que se haya hecho ministro y general a un barbero. Si Zizim hubiese sido asesinado de esta manera, el rey Carlos VIII, que envió el cuerpo a su hermano, se hubiese enterado del género de muerte sufrida, y los contemporáneos lo hubieran dicho. El príncipe Cantemir y

los que acusan a Alejandro VI pueden estar igualmente equivocados. El odio que se profesaba a este pontífice, y que él tan fundadamente merecía, hizo que se le imputaran todos los crímenes que podía cometer.

Después de haber jurado el papa que no inquietaría al rey en su conquista, salió de su prisión, y reapareció como pontífice en el escenario del Vaticano. Allí, en un consistorio público, acudió el rey a prestarle lo que llaman homenaje de obediencia, asistido por Juan de Gannay, primer presidente del parlamento de París, que parece hubiese debido estar en otra parte mejor que en aquella ceremonia. El rey besó los pies de aquél a quien dos días antes trataba de hacer condenar como un criminal; y, para dar fin a la escena, ayudó la misa de Alejandro VI. Guicciardini, autor contemporáneo muy veraz, asegura que en la iglesia se colocó el rey en un lugar inferior al decano de los cardenales. Por lo tanto, no hay que asombrarse de que el cardenal de Bouillón, decano del sacro colegio, haya escrito a Luis XIV en nuestros días, fundándose en esos antiguos usos: "Voy a ocupar el primer puesto del mundo cristiano después del supremo."

Carlomagno se había hecho declarar en Roma emperador de Occidente, y Carlos VIII fue declarado emperador de Oriente; pero de un modo muy distinto. Un Paleólogo, sobrino del que había perdido el imperio y la vida, cedió muy vanamente a Carlos VIII y a sus sucesores un imperio que ya no se podía recuperar.

Tras de la referida ceremonia, Carlos se dirigió al reino de Nápoles, donde Alfonso II, nuevo rey de este país, aborrecido por sus súbditos como su padre, e intimidado por la proximidad de los franceses, dio al mundo el ejemplo de una cobardía de un género nuevo, huyendo en secreto a Mesina, para hacerse fraile olivetano. Su hijo Fernando, que ocupó el trono, no pudo restablecer la situación que la abdicación de su padre hacía ver desesperada. Abandonado pronto por los napolitanos, los desligó de su juramento de fidelidad, y se retiró a la pequeña isla de Ischia, situada a algunas millas de Nápoles.

Dueño del reino y árbitro de Italia (1495), Carlos entró en Nápoles como vencedor, sin haber casi combatido, y tomó los títulos prematuros de augusto y de emperador. Pero precisamente por entonces casi toda Europa trabajaba calladamente en hacerle perder la corona de Nápoles. El papa, los venecianos, el duque de Milán, Luis el Moro, el emperador Maximiliano, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, entraban en alianza. Carlos hubiese debido prever esta liga y poder combatirla; pero emprendió la vuelta a

Francia a los cinco meses de haber salido de ella. Y fue tal su ceguera, o su desprecio por los napolitanos, o más bien su impotencia, que no dejó más que a cuatro o cinco mil franceses para mantener su conquista; y se engañó hasta el punto de creer que los señores del país, colmados de beneficios por él, sostendrían su partido durante su ausencia.

En su viaje de regreso, cerca de Plasencia, y junto al pueblo de Fornovo, que se hizo famoso por esta jornada, encontró el ejército de los confederados, formado por unos treinta mil hombres. Él sólo llevaba ocho mil. Si le derrotaban, perdía la libertad o la vida; mientras que si vencía, sólo ganaba la ventaja de la retirada. Entonces se vio lo que hubiese hecho en esta expedición de haber secundado la prudencia al valor. (1495) Los italianos no le resistieron durante mucho tiempo; él no perdió ni doscientos hombres, y los aliados perdieron cuatro mil. Tal es, por lo general, la suerte de una tropa aguerrida que combate con su rey contra una multitud mercenaria. Guicciardini dice que hacía algunos siglos que los italianos no habían dado una batalla tan sangrienta. Los venecianos estimaron como una victoria el haber podido apoderarse, en este combate, de algún equipaje del rey. Su tienda fue llevada en triunfo a Venecia. En cuanto a Carlos VIII no obtuvo de su victoria otra ventaja que la de poder volverse a Francia, dejando todavía la mitad de su pequeño ejército cerca de Novara, en el Milanesado, donde el duque de Orleáns fue pronto sitiado, y de donde se vio obligado a salir con los restos de una guarnición extenuada por la miseria y el hambre.

Los aliados podían haberle atacado todavía con gran ventaja; pero no se atrevieron. "No podemos resistir, decían, *alla furia francese.*" Los franceses hicieron precisamente en Italia lo que los ingleses habían hecho en Francia: vencieron con un pequeño número de soldados, y perdieron sus conquistas.

Cuando el rey llegó a Turín, causó bastante asombro ver a un camarero del papa Alejandro VI que ordenaba al rey de Francia que retirase sus tropas del Milanesado y de Nápoles, y que fuese a dar cuenta de su conducta al santo padre so pena de excomunión. Esta bravata no hubiese sido sino motivo de risa si, por otra parte, la conducta del papa no hubiese sido a su vez motivo de muy seria querella.

El rey volvió a Francia, y se mostró tan descuidado en la conservación de sus conquistas como diligente había sido en hacerlas. Federico, tío de Fernando, el rey de Nápoles destronado, y convertido en rey titular después de la muerte de éste, recuperó en un mes todo su reino, ayudado por Gonzalo de Córdoba, apelli-

dado el *Gran Capitán*, que Fernando de Aragón apellidado el *Católico*, envió en su socorro.

El duque de Orleáns, que reinó poco después, se consideró muy dichoso cuando le dejaron salir de Novara. En suma, de aquel torrente que había inundado Italia no quedó vestigio alguno; y Carlos VIII, cuya gloria había sido tan fugaz, murió sin hijos a la edad de cerca de veintiocho años (1497), dejándole a Luis XII su primer ejemplo para que lo siguiera y sus errores para que los reparara.

CAPÍTULO CVIII

SAVONAROLA

Antes de ver cómo sostuvo Luis XII sus derechos sobre Italia, lo que fue de todo ese hermoso país, agitado por tantos bandos y disputado por tantas potencias, y cómo formaron los papas el Estado que poseen hoy, hemos de prestar alguna atención a un hecho extraordinario que provocaba entonces la credulidad de Europa, y que mostraba lo que puede el fanatismo.

Había en Florencia un dominico llamado Jerónimo Savonarola; uno de esos predicadores a quienes sus facultades de hablar bien desde el púlpito hacen creer que pueden gobernar a los pueblos; uno de esos teólogos que, habiendo explicado el *Apocalipsis*, creen que se han convertido en profetas. Dirigía, predicaba, confesaba, escribía; y en una ciudad libre, agitada necesariamente por los bandos, quería ponerse a la cabeza de un partido.

En cuanto los principales ciudadanos de Florencia supieron que Carlos VIII meditaba su expedición contra Italia, Savonarola la predijo, y el pueblo le creyó inspirado. Declamó contra el papa Alejandro VI, animando a aquellos de sus compatriotas que perseguían a los Médicis y que vertieron la sangre de los amigos de esta casa. Jamás hombre alguno había tenido en Florencia tanto ascendiente sobre el pueblo bajo. Se había convertido en una especie de tribuno, haciendo que se admitiese a los artesanos en la magistratura. El papa y los Médicis emplearon contra Savonarola las mismas armas que él esgrimía, y enviaron a un franciscano a que predicase contra él. La orden de San Francisco aborrecía a la de Santo Domingo más que los güelfos a los gibelinos. El franciscano consiguió hacer odioso al dominico, y las dos órdenes se enzarzaron la una contra la otra. Un dominico se ofreció a pasar a través de una hoguera para probar la santidad de Savonarola, y un franciscano propuso al punto la misma prueba para demostrar que Savonarola era un malvado. Ávido el pueblo de tal espectáculo, instó su ejecución, y el magistrado se vio obli-

gado a ordenarla.[1] Todas las mentes estaban aún obsesionadas por la antigua fábula de aquel Aldobrandino, apodado *Petrus igneus*, que en el siglo XI se había paseado sobre carbones encendidos entre dos hogueras; y los partidarios de Savonarola no dudaban de que Dios haría por un dominico lo que había hecho por un benedictino. Lo mismo esperaba el bando contrario en favor del franciscano. Si leyésemos estos religiosos horrores en la historia de los iroqueses, no los creeríamos. Y sin embargo, esta escena se desarrollaba en el seno del pueblo más inteligente de la tierra, en la patria del Dante, del Ariosto, de Petrarca y de Maquiavelo. Pero entre los cristianos, cuanto más ingenioso es un pueblo, más dedica este ingenio a sostener la superstición y a dar un viso de seriedad a su absurdo.

Encendiéronse las hogueras, y los campeones comparecieron ante una muchedumbre enorme; pero cuando vieron ambos a sangre fría las piras encendidas, temblaron, y su miedo común les sugirió una común escapatoria. El dominico no quiso entrar en la hoguera sino con la hostia en la mano.[2] El franciscano pretendió que tal cláusula no figuraba en sus convenciones, y obstinándose ambos, y ayudándose de este modo el uno al otro a salir del mal paso, no ofrecieron la horrible comedia que habían preparado.

Sublevado entonces el pueblo por el partido de los franciscanos, quiso apoderarse de Savonarola, a quien los magistrados ordenaron que saliese de Florencia; pero aunque tenía en contra suya al papa, al bando de los Médicis y al pueblo, se negó a obedecer. Apresáronle entonces y le dieron tortura por siete veces. En la copia de sus declaraciones se lee que confesó que era un falso profeta, y un bribón que abusaba del secreto de las confesiones y de las que le revelaban sus hermanos. ¿Podía dejar de confesar que era un impostor? Un inspirado que intriga, ¿no está por ello convicto de ser un bribón? Tal vez lo que predominaba en él era el fanatismo, ya que la imaginación humana es capaz de reunir estos dos extremos que parecen excluirse. Si le hubiese juzgado únicamente un tribunal de derecho, habría bastado con la prisión y la penitencia; pero intervino el espíritu de partido, y fue condenado, él y otros dos dominicos, a morir en las llamas que se habían jactado de afrontar. Antes de ser arrojados al fuego, fueron estrangulados (13 de mayo de 1498). Los partidarios de Savonarola no dejaron de atribuirle milagros, último recurso de los secuaces de un jefe

[1] El 7 de abril de 1498.
[2] No era Savonarola quien debía entrar en la hoguera, sino su discípulo Dominico. (Jorge Avenel.)

desgraciado. No olvidemos que, en cuanto fue condenado, Alejandro VI le envió una indulgencia plenaria.

Lástima os causarán todas estas escenas absurdas y horribles de las que no encontraréis nada semejante ni en Roma ni en Grecia, ni entre los bárbaros. Es el fruto de la superstición más infame que ha embrutecido a los hombres, y del peor de los gobiernos. Pero ya sebéis que no hace tanto tiempo que salimos de estas tinieblas, y que la luz no reina todavía por doquier.

CAPÍTULO CIX

PICO DE LA MIRANDOLA

Si la aventura de Savonarola nos hace ver cuán grande era entonces el fanatismo, las tesis del joven príncipe de la Mirandola nos muestra el estado en que se encontraban las ciencias. Florencia y Roma, los pueblos más inteligentes a la sazón de la tierra, son los teatros de escenas tan diferentes. Fácil es deducir cuán espesas tinieblas reinaban entonces, y con qué lentitud se ha ido formando la razón humana.

Constituye una prueba de la superioridad de los italianos en esa época el hecho de que Juan Francisco Pico de la Mirandola, príncipe soberano, haya sido desde su más tierna juventud un prodigio de verdadera erudición. Era en él tan vivo el gusto por las ciencias, que al fin renunció a su principado, y se retiró a Florencia, (1494) donde murió el mismo día en que Carlos VIII hizo su entrada en esta ciudad. Dicen que a la edad de dieciocho años sabía veintidós lenguas, lo cual excede de lo natural, ya que no hay lengua que no exija alrededor de un año para conocerla bien. De quien a una edad tan temprana sabe veintidós, puede sospecharse que las sabe bastante mal, o más bien que conoce sus elementos, lo cual es no saber nada.

Todavía más extraordinario es que, habiendo estudiado tantas lenguas, este príncipe haya podido a los veinticuatro años sostener en Roma tesis sobre todos los temas de las ciencias, sin exceptuar una sola. Al comienzo de sus obras se encuentran mil cuatrocientas conclusiones generales, sobre las cuales ofrece discutir. De todo este inmenso cúmulo, la única cosa que hubiese sido merecedora de sus desvelos, eran unos cuantos elementos de geometría y de la esfera, no sirviendo todo el resto más que para hacernos conocer el espíritu de la época. Es la *Summa* de Santo Tomás; es el resumen de las obras de Alberto, apellidado el Grande: es una mezcla de teología y de peripatetismo. Allí podemos leer que un ángel es infinito *secundum quid*, y que los animales y las plantas nacen de una *corrupción animada por la virtud productiva*. Todo es por

el estilo, ya que no otra cosa se aprendía en todas las universidades. Miles de escolares se llenaban la cabeza de tales quimeras, y frecuentaban hasta los cuarenta años las escuelas donde se enseñaban. No se sabía más en el resto de la tierra; por ello el desprecio hacia las ciencias que mostraban cuantos gobernaban el mundo era bien excusable; y Pico de la Mirandola bien desgraciado por haber consumido su vida y abreviado sus días en tan graves demencias.

Los que, nacidos con un verdadero genio cultivado por la lectura de los buenos autores romanos, habían escapado de las tinieblas de esta erudición, eran, a partir de Dante y Petrarca, muy pocos. Sus obras eran más gustadas por los príncipes, los hombres de Estado, las mujeres y los señores, que no buscan en la lectura más que un recreo agradable; y debían haber sido más leídas por el príncipe de la Mirandola que las compilaciones de Alberto el Grande.

Pero la pasión por la ciencia universal prevalecía, y esta ciencia universal consistía en saber de memoria sobre cada materia algunas palabras que no daban de ella ninguna idea. Es difícil comprender cómo los mismos hombres que razonan tan justa y tan agudamente sobre los asuntos del mundo y sobre sus intereses, hayan podido contentarse con saber unas palabras ininteligibles sobre casi todo lo demás. El motivo es el de que se prefiere parecer instruido a estarlo realmente; y cuando unos maestros del error han torcido nuestra mente en nuestra juventud, ni siquiera nos esforzamos en enderezarla, y sí, por el contrario, en torcerla todavía más. De ahí procede que tantos hombres sagaces, e incluso geniales, se encuentren llenos de errores populares, y también de ahí el que grandes hombres, tales como Pascal y Arnauld, terminasen por ser fanáticos.

Es cierto que Pico de la Mirandola escribió contra la astrología judiciaria; pero no nos engañemos: era contra la astrología practicada en su época, en tanto que admitía la antigua, la verdadera según él, que, como él decía, estaba siendo olvidada.

En su primera proposición dice que "la magia, tal como se practica hoy, y que la Iglesia condena, no se funda en la verdad, ya que depende de las potencias enemigas de la verdad". Vemos por estas palabras mismas, por contradictorias que sean, que admitía la *magia* como una *obra de los demonios;* y tal era la opinión reinante. Asegura que no hay ninguna virtud en el cielo y en la tierra que un mago no pueda hacer obrar; y prueba que las palabras son eficaces en magia, porque Dios se sirvió de la palabra para ordenar el mundo.

Estas tesis hicieron más ruido, y tuvieron más repercusión de la que han logrado en nuestros días los descubrimientos de Newton y las verdades examinadas a fondo por Locke. El papa Inocencio VIII hizo censurar trece proposiciones de toda aquella gran doctrina; y estas censuras se parecían a las decisiones de aquellos indios que condenaban la opinión de que la Tierra está sostenida por un dragón, porque, según dicen ellos, no puede estar sostenida sino por un elefante. Pico de la Mirandola hizo su apología, en la cual se queja de sus censores. Dice que uno de ellos se irritó violentamente contra la *cábala*. "¿Pero sabéis —le preguntó el joven príncipe— lo que quiere decir cábala?" "¡Bonita pregunta! —respondió el teólogo—; ¡cómo si no supiéramos que era un hereje que escribió contra Jesucristo!"

Al fin fue preciso que el papa Alejandro VI, que por lo menos tenía el mérito de despreciar estas disputas, le enviase una absolución. Es curioso el hecho de que tratase lo mismo a Pico de la Mirandola y a Savonarola.

La historia del príncipe de la Mirandola es únicamente la de un escolar lleno de talento, que siguió una larga carrera de errores, y que fue guiado como un ciego por unos maestros que también lo eran; lo que sigue es la historia de los maestros del embuste, que fundan su poder en la estupidez humana.

CAPITULO CX

EL PAPA ALEJANDRO VI Y EL REY LUIS XII.—CRÍMENES DEL PAPA Y DE SU HIJO.—DESVENTURAS DEL DÉBIL LUIS XII

El papa Alejandro VI perseguía a la sazón dos grandes designios: el de unir al dominio de Roma todos los territorios que, según se pretendía, habían sido desmembrados, y el de dar una corona a su hijo César Borgia. El escándalo de sus amores y los errores de su conducta no mermaban en nada su autoridad. Jamás se vio rebelarse al pueblo de Roma contra él. La voz pública le acusaba de abusar de su propia hija Lucrecia, la cual arrebató sucesivamente a sus tres maridos, al último de los cuales (Alfonso de Aragón) hizo asesinar, para dársela al fin al heredero de la casa de Este. Estas bodas se celebraron en el Vaticano con los más infames regocijos que jamás la licencia haya inventado, y que hayan ofendido al pudor. Cincuenta cortesanas desnudas bailaron ante aquella familia incestuosa, adjudicándose premios a los movimientos más lascivos. Se decía públicamente que los hijos de este papa, el duque de Gandía y César Borgia, diácono a la sazón, arzobispo de Valencia, en España, y cardenal, se habían disputado el goce de su hermana Lucrecia. El duque de Gandía fue asesinado en Roma; la voz pública imputó este asesinato al cardenal Borgia, y Guicciardini no vacila en acusarle. El mobiliario de los cardenales pertenecía después de su muerte al pontífice, y existen sobrados fundamentos para creer que se apresuró la muerte de más de un cardenal para heredarle. Pese a todo, el pueblo romano era obediente, y todas las potencias buscaban la amistad de Alejandro VI.

Luis XII, rey de Francia, sucesor de Carlos VIII, mostróse más solícito que ningún otro a aliarse con este pontífice. Tenía para ello más de un motivo. Ante todo, quería separarse, por medio de un divorcio, de su esposa, hija de Luis XI, con la que había consumado su matrimonio, y que había vivido con él veintidós años, aunque sin haber tenido hijos. Ningún derecho, fuera del derecho natural, podía autorizar este divorcio; pero la repugnancia y la política lo hacían necesario.

Por otra parte, Ana de Bretaña, viuda de Carlos VIII, conservaba hacia Luis XII la inclinación que había sentido por el duque de Orleáns; y si el rey no se casaba con ella, la Bretaña escapaba al poder de Francia. Era una costumbre antigua, aunque peligrosa, dirigirse a Roma, lo mismo para poder casarse con un pariente que para repudiar a una esposa; y tales matrimonios y divorcios eran frecuentemente necesarios para el Estado, por lo que en ocasiones, la tranquilidad de un reino dependía de la manera de pensar de un papa, enemigo no pocas veces de ese reino.

El otro motivo que unía a Luis XII con Alejandro VI era el derecho funesto que se quería hacer valer sobre los Estados de Italia. Luis XII reivindicaba el ducado de Milán, porque contaba entre sus abuelas a una hermana de un Visconti, el cual había poseído este principado; pero le oponían la prescripción de la investidura que el emperador Maximiliano había dado a Luis el Moro, con cuya sobrina se había casado incluso este emperador.

El derecho público feudal, siempre inseguro, no podía ser interpretado sino por la ley del más fuerte. Este ducado de Milán, este antiguo reino de los lombardos, era un feudo del imperio. No se había decidido si este feudo era masculino o femenino, y si las hembras debían heredarlo. A la abuela de Luis XII, hija de un Visconti, duque de Milán, no se le había dado por su contrato de matrimonio más que el condado de Asti. Este contrato de matrimonio fue el origen de las desgracias de Italia, de las desgracias de Luis XII, y de las desgracias de Francisco I. Casi todos los Estados de Italia han permanecido, como éste, en la incertidumbre, sin poder ser libres, ni decidir a qué dueño debían pertenecer.

Los derechos de Luis XII eran los mismos que los de Carlos VIII.

El bastardo del papa, César Borgia, fue encargado de llevar a Francia la bula del divorcio y de negociar con el rey sobre todos sus proyectos de conquista. Borgia no salió de Roma hasta después de haberse asegurado el ducado de Valentinois, una compañía de cien jinetes, y una pensión de veinte mil libras que le asignó Luis XII, con promesa de hacer contraer matrimonio con este arzobispo a la hermana del rey de Navarra. César Borgia, con todo lo diácono y arzobispo que era, pasó al estado seglar; y su padre, el papa, otorgó al mismo tiempo dispensa a su hijo y al rey de Francia: al uno para dejar la Iglesia, y al otro para dejar a su mujer. Pronto quedaron de acuerdo, y Luis XII preparó una nueva expedición a Italia.

Tenía de su parte a los venecianos, que debían beneficiarse con una porción de los despojos del Milanesado. Habían tomado

ya Brescia y la comarca de Bérgamo; pero querían además, y por lo menos, Cremona, sobre la que tenían tanto derecho como sobre Constantinopla.

El emperador Maximiliano, que hubiese debido defender al duque de Milán, tío de su mujer y vasallo suyo, contra Francia su enemiga natural, no se encontraba entonces en situación de defender a nadie. Sosteníase apenas contra los suizos, que acababan de quitarle a la casa de Austria lo que le quedaba en su país. Maximiliano tuvo, pues, que representar en esta ocasión el papel forzado de la indiferencia.

Luis XII terminó pacíficamente algunas discusiones con el hijo de este emperador, padre de Carlos V, dueño de los Países Bajos; y dicho príncipe, Felipe el Hermoso, prestó homenaje en persona a Francia por los condados de Flandes y de Artois. Fue el canciller Guido de Rochefort quien recibió en Arras este homenaje. Estaba sentado y cubierto, teniendo entre sus manos las manos juntas del príncipe, el cual, descubierto, sin armas y sin cinto, pronunció estas palabras: "Hago homenaje a mi señor el rey por mis pairías de Flandes y de Artois, etc."

Luis XII, que por otra parte había renovado los tratados de Carlos VIII con Inglaterra, y que se encontraba seguro por todas partes, al menos por algún tiempo, hizo pasar los Alpes a su ejército. Es de advertir que al emprender esta guerra, lejos de aumentar los impuestos, los disminuyó, y que tal indulgencia hizo que se comenzase a llamarle *Padre del pueblo*. Pero vendió bastantes oficios llamados reales, y sobre todo de los de la Hacienda.[1] ¿No hubiese sido preferible establecer unos impuestos equitativamente repartidos, a introducir la venalidad vergonzosa de los cargos en un país del que quería ser padre? Esta costumbre de sacar los empleos a subasta procedía de Italia: durante mucho tiempo se han vendido en Roma los cargos de la Cámara apostólica, costumbre que los papas no han abolido sino en nuestros días.

El ejército que envió Luis XII al otro lado de los Alpes apenas si era más fuerte que el que le había servido a Carlos VIII para conquistar Nápoles. Pero lo que debe parecernos asombroso es que Luis el Moro, simple duque de Milán, de Parma y de Plasen-

[1] No se consideraba entonces la venta de estos oficios sino como un medio de procurarse dinero; y lo mismo ocurrió cuando Francisco I vendió los cargos judiciales, y cuando Enrique III vendió los títulos de maestro en las artes y en los oficios. Pero después ha habido quienes han hecho la apología de estas costumbres vergonzosas o tiránicas, considerándolas como ejemplares instituciones políticas, consubstanciales al espíritu de la nación y a la organización del Estado. (Kehl.)

cia, y señor de Génova, tenía un ejército tan numeroso como el rey de Francia.

(1499) Viose de nuevo lo que podía *la furia francese*[1] contra la sagacidad italiana. El ejército se apoderó en veinte días del Estado de Milán y del de Génova, en tanto que los venecianos ocuparon Cremona.

Después de haber tomado, por sus generales, estas hermosas provincias, Luis XII hizo su entrada en Milán, donde recibió las diputaciones de todos los Estados de Italia, como hombre que era su árbitro; pero apenas hubo regresado a Lyón, cuando la negligencia, que sigue casi siempre al arrebato, hizo perder a los franceses el Milanesado como habían perdido Nápoles (1500). Durante este restablecimiento pasajero, Luis el Moro pagaba un ducado de oro por cada cabeza de francés que le llevaban. Entonces. Luis XII hizo un nuevo esfuerzo, y envió a Luis de La Tremouille para reparar las faltas cometidas, entrando de nuevo en el Milanesado. Lo mismo en el ejército francés que en el milanés había un gran número de suizos, que desde Carlos VIII usaban de su libertad para venderse a quienes los pagaban. Es curioso que fuesen los duques de Milán los primeros príncipes que tomaron suizos a sueldo: María Sforza había dado este ejemplo a los soberanos.

Algunos capitanes de esta nación, tan semejante hasta entonces a los antiguos lacedemonios por la libertad, la igualdad, la pobreza y el valor, mancharon su gloria por el amor al dinero. Tenían en Novara al duque de Milán, que les había confiado su persona con preferencia a los italianos (1500); pero lejos de merecer esta confianza, entraron en tratos con los franceses. Todo lo que Luis el Moro pudo conseguir fue salir entre ellos, vestido de suizo y con una alabarda en la mano, pasando así a través de los soldados franceses formados en dos filas; pero los que le habían vendido le dieron pronto a conocer. Aprehendido, fue llevado a Pierre-Encise, y de allí a la misma torre de Bourges donde el propio Luis XII había estado preso; hasta que al fin se le trasladó a Loches, donde vivió todavía diez años, no en una jaula, como se cree generalmente, sino servido con distinción, y paseándose en los últimos años a cinco leguas del castillo.

Dueño del Milanesado y de Génova, Luis XII quiso todavía poseer Nápoles; pero debía temer a aquel Fernando el Católico, que había expulsado ya de Nápoles a los franceses.

Y así como se había unido con los venecianos para conquistar el Milanesado cuyos despojos compartieron, se unió con Fernando

[1] Véase capítulo CVII.

para conquistar Nápoles. El rey católico prefirió entonces despojar su casa antes que ayudarla, y se repartió, por un tratado con Francia dicho reino, en el que reinaba Federico, último rey de la rama bastarda de Aragón. El rey católico se quedaba con Apulia y Calabria, y el resto era para Francia. El papa Alejandro VI, aliado de Luis XII, entró en esta conjuración contra un monarca inocente, feudatario suyo; y dio a ambos reyes la investidura que había dado al rey de Nápoles. El rey católico envió al general Gonzalo de Córdoba a Nápoles con el pretexto de defender a su pariente, y en realidad para aplastarlo. Los franceses llegaron por mar y por tierra.

Hay que confesar que en esta conquista de Nápoles todo fue injusticia, perfidia y bajeza; pero no fue gobernada Italia de otro modo durante más de seiscientos años.

(1501) Los napolitanos no tenían costumbre de combatir por sus reyes; y el infortunado monarca, traicionado por su pariente, hostigado por las armas francesas y desprovisto de todo recurso, prefirió entregarse en manos de Luis XII, a quien creyó generoso, y no en las del rey católico, que con tanta perfidia le trataba. Pidióles, pues, a los franceses un pasaporte para salir de su reino, vino a Francia con cinco galeras, y aquí recibió una pensión del rey de ciento veinte mil libras de nuestra moneda actual: ¡extraño destino para un soberano!

Luis XII tenía a la vez un duque de Milán prisionero, un rey de Nápoles que seguía su corte y era pensionado suyo; y la república de Génova había pasado a ser una de sus provincias. El reino de Francia, poco cargado de impuestos, era uno de los más florecientes de la tierra; faltábale únicamente el recurso del comercio y la gloria de las bellas artes, que, como veremos, eran del dominio de Italia.

CAPÍTULO CXI

ATENTADOS DE LA FAMILIA DE ALEJANDRO VI Y DE CÉSAR BORGIA. CONTINUACIÓN DE LOS TRATADOS DE LUIS XII CON FERNANDO EL CATÓLICO.—MUERTE DEL PAPA

Alejandro VI hacía entonces en pequeño lo que Luis XII ejecutaba en grande, y conquistaba los feudos de la Romaña por mano de su hijo. Todo se encaminaba al engrandecimiento de este hijo; pero él apenas si pudo gozarlo: trabajaba sin saberlo en favor del dominio eclesiástico.

No hubo violencia, ni artería, grandeza de valor, ni bribonada, que César Borgia no emplease. En invadir ocho o diez pueblos y en deshacerse de algunos pequeños señores, puso más arte que los Alejandro, los Gengis, los Tamerlán y los Mahoma emplearon en subyugar una gran parte de la tierra. Vendiéronse indulgencias para tener un ejército, y asegura el cardenal Bembo que sólo en los dominios de Venecia se vendieron por cerca de seiscientos marcos de oro. Se impuso, además, el diezmo sobre todas las rentas eclesiásticas, con el pretexto de una guerra contra los turcos,[1] cuando no se trataba sino de una pequeña guerra a las puertas de Roma.

Primero se tomaron las plazas de los Colonna y de los Savelli cerca de Roma. Borgia conquistó por la fuerza y por la astucia Forli, Faenza, Rímini, Imola y Piombino; y en estas conquistas, la perfidia, el asesinato, el envenenamiento, fueron una parte de sus armas. En nombre del papa, pidióle tropas y artillería al duque de Urbino: las utilizó contra el propio duque de Urbino, y le arrebató su ducado; atrajo a una conferencia al señor de la ciudad de Camerino, y le hizo estrangular junto con sus dos hijos. Convenció, con los mayores juramentos, al duque de Gravina, a Oliverotto, a Pagolo Vitelli y a otro, a que acudiesen a tratar con él cerca de Sinigaglia. La emboscada estaba preparada, e hizo asesinar despiadadamente a Vitelli y a Oliverotto. ¿Podrá creerse

[1] O más bien, contra *el amigo de los turcos*, que es como se designaba al rey de Nápoles Fernando.

que Vitelli, moribundo, suplicaba a su asesino que obtuviese para él, del papa su padre, una indulgencia en el artículo de la muerte? Esto es, sin embargo, lo que dicen los contemporáneos: nada muestra mejor la debilidad humana y el poder de la opinión. Si César Borgia hubiese muerto antes que Alejandro VI del veneno que se pretende que preparaban para unos cardenales, y que bebieron uno y otro, no habría que asombrarse si Borgia, al morir, le hubiese pedido una indulgencia plenaria a su padre el pontífice.

Mientras tanto, Alejandro VI se apoderaba de los amigos de aquellos infortunados, y los hacía estrangular en el castillo de Santángelo. Guicciardini cree que el señor de Farneza, llamado Astor,[1] joven de gran belleza, entregado al bastardo del Papa fue obligado a servir a sus placeres, y enviado a continuación, con su hermano natural, al papa, quien los hizo perecer a ambos ahorcados. El rey de Francia, padre de su pueblo, y hombre de bien en sus dominios, favorecía en Italia estos crímenes, que hubiese castigado en su reino. Hacíase cómplice de ellos, abandonando al papa estas víctimas, para ser secundado por él en su conquista de Nápoles: lo que llaman política e interés del Estado, le hizo ser injusto en favor de Alejandro VI. ¡Qué política, qué interés del Estado, secundar las atrocidades de un malvado que le traicionó poco después! ¡Y cómo están gobernados los hombres! Un papa y su bastardo, a quien se había conocido arzobispo, manchaban Italia con todos los crímenes; un rey de Francia, a quien se ha llamado padre del pueblo, los secundaba; ¡y las naciones embrutecidas permanecían en silencio!

El destino de los franceses, que era conquistar Nápoles, era también el de ser expulsados de dicho Estado. Fernando el Católico, o *el pérfido*, que había engañado al último rey de Nápoles, su pariente, no le fue más fiel a Luis XII, y pronto se puso de acuerdo con Alejandro VI para quitarle al rey de Francia su parte.

Gonzalo de Córdoba, que mereció con tanta justicia el título de *gran capitán*, y no el de *virtuoso*, él que decía que *la tela del honor debe estar burdamente tejida*, engañó primero a los franceses, y tras de esto los venció. Yo creo que en los generales franceses se ha dado con frecuencia en mucho mayor grado ese valor que el honor inspira, que el arte necesario para las grandes negociaciones. El duque de Nemours, descendiente de Clodoveo, que mandaba a los franceses, retó a Gonzalo, y éste contestó de-

[1] O mejor, Astorre. (Jorge Avenel.)

rrotando repetidas veces su ejército, especialmente en Ceriñola, en Apulia, donde Nemours fue muerto con cuatro mil franceses (1503). En esta batalla no perecieron, según dicen, más que nueve españoles; prueba evidente de que Gonzalo había escogido una posición ventajosa y de que Nemours, carente de prudencia, no llevaba consigo sino unas tropas desalentadas. Fue en vano que el famoso caballero Bayardo contuviese él solo, sobre un puente estrecho, el empuje de doscientos enemigos que le atacaban; esfuerzo de valor glorioso e inútil. Se le ha comparado con Horacio Cocles; pero Bayardo no combatía para los romanos.

En esta guerra se encontró un nuevo modo de exterminar a los hombres. Pedro de Navarra, soldado de fortuna y gran general español, inventó las minas, cuyos primeros efectos fueron experimentados por los franceses.

Francia, sin embargo, era entonces tan poderosa que Luis XII pudo poner en campaña tres ejércitos a la vez, y una flota en el mar. De estos tres ejércitos, uno fue destinado a Nápoles, y los otros dos al Rosellón y a Fuenterrabía; pero ninguno de ellos hizo progreso alguno, y el de Nápoles fue pronto enteramente destrozado, por la mala dirección que se opuso a la del *gran capitán;* hasta que al fin perdió Luis XII para siempre su parte en el reino de Nápoles.

(1503) Poco después, Italia fue libertada de Alejandro VI y de su hijo. Todos los historiadores se complacen en trasmitir a la posteridad que este papa murió del veneno que había destinado en un festín a varios cardenales: muerte digna, en efecto, de su vida; pero el hecho es muy poco verosímil. Se pretende que, como necesitase urgentemente dinero en cierta ocasión, quiso heredar a estos cardenales; pero se ha probado que César Borgia cogió cien mil ducados de oro del tesoro de su padre después de su muerte; la urgencia de dinero no era, por lo visto, cierta. Por otra parte, ¿cómo pudieron equivocar esa botella de vino envenenado que, como dicen, provocó la muerte del papa y puso a su hijo al borde de la tumba? Unos hombres que tienen una experiencia tan larga del crimen no dan ocasión a tal error; además, no se cita a nadie que lo haya confesado, y parece difícil que, de ser cierto, estuviese nadie en el secreto. Si cuando el papa murió se hubiese sabido esta causa de su muerte, lo hubiese sido por aquellos mismos a quienes se había querido envenenar; y ellos, ni hubiesen dejado impune tal crimen, ni hubiesen tolerado que Borgia se apoderase sin oposición de los tesoros de su padre. El pueblo, que aborrece con frecuencia a sus amos, y que execra a amos como éstos, mantenido en la esclavitud bajo Alejandro, se

hubiese levantado a su muerte; y turbando la pompa fúnebre del monstruo, habría despedazado a su abominable hijo. Finalmente, el diario de la casa de Borgia consigna que el papa, que tenía setenta y dos años, fue atacado por una fiebre terciana, que pronto se hizo continua y mortal: no obra así un veneno. Se añade que el duque de Borgia se hizo encerrar en el vientre de una mula. Me gustaría saber de que veneno es antídoto el vientre de una mula, y cómo este Borgia moribundo pudo ir al Vaticano a tomar los cien mil ducados de oro. ¿Seguía encerrado en su mula cuando arrebató este tesoro?

Cierto es que después de la muerte del papa hubo tumultos en Roma. Los Colonnas y los Ursinos volvieron a empuñar las armas; pero era en este mismo motín en el que se debía haber acusado solemnemente del crimen al padre y al hijo. Finalmente, el papa Julio II, mortal enemigo de esta casa, y que tuvo durante largo tiempo al duque en su poder, no le imputó lo que la voz pública le atribuye.

Pero, por otra parte, ¿por qué el cardenal Bembo, Guicciardini, Pablo Jove, Tomasi, y tantos otros contemporáneos están de acuerdo en esta singular acusación? ¿De dónde proceden tantas circunstancias detalladas? ¿Por qué se llega a nombrar la especie de veneno que se utilizó, y que se llamaba *cantarella?* Se puede responder a todo esto que no es difícil inventar cuando se acusa, y que había que dar color de verdad, con algunos detalles verosímiles, a una acusación tan horrible; que esos escritores no tienen escrúpulo en cargar a Alejandro con un crimen más, y que se podía sospechar esta última maldad cuando se habían comprobado tantas otras.[1]

Alejandro VI dejó en Europa una memoria más odiosa que la de los Nerones y Calígulas, porque la santidad de su ministerio le hacía más culpable. Sin embargo, a él fue a quien Roma debió su grandeza temporal, y él quien puso a sus sucesores en situación de tener en sus manos algunas veces la balanza de Italia. Su hijo perdió todo el fruto de sus crímenes, que la Iglesia recogió. Casi todas las ciudades de que se había apoderado se entregaron a otros no bien murió su padre; y el papa Julio II le obligó poco después a devolverle las que le quedaban. No conservó nada de toda su funesta grandeza. Todo fue para la Santa Sede, a quien su perversidad fue más útil que lo había sido la habilidad de tantos papas apoyada por las armas de la religión. Pero lo singular, es que esta religión no fue atacada entonces;

[1] Voltaire había combatido ya las insinuaciones de Guicciardini en su *Disertación sobre la muerte de Enrique IV*.

porque como la mayoría de los príncipes, de los ministros y de los guerreros carecían totalmente de ella, los crímenes de los papas no les inquietaban. La ambición desenfrenada no hacía reflexión alguna ante esta horrible serie de sacrilegios; no se estudiaba, ni se leía. El pueblo, embrutecido, hacía peregrinaciones. Los grandes degollaban y saqueaban; no veían en Alejandro VI sino a un semejante, y se seguía dando el nombre de Santa Sede a la sede de todos los crímenes.

Pretende Maquiavelo que Borgia había tomado de tal manera sus medidas, que debía quedarse como dueño de Roma y de todo el estado eclesiástico después de la muerte de su padre; pero que no podía prever que él mismo estaría a las puertas de la tumba en el momento en que Alejandro bajase a ella. Amigos, enemigos, aliados, parientes, todos le abandonaron en poco tiempo; y fue traicionado como él había traicionado a todo el mundo. Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, a quien se había confiado, lo envió prisionero a España. Luis XII le quitó su ducado del Valentinois y su pensión. Finalmente, evadido de su prisión, se refugió en Navarra, asilo donde el valor, que no es una virtud, sino una cualidad afortunada, común a los bandidos y a los grandes hombres, no le abandonó. Su carácter permaneció inmutable: intrigó, y mandó el ejército de su cuñado el rey de Navarra, en una guerra aconsejada por César para desposeer a los vasallos de Navarra, del mismo modo que en otro tiempo había desposeído él a los vasallos del imperio y de la Santa Sede. Fue muerto con las armas en la mano; su muerte fue gloriosa, y ya hemos visto en el curso de esta historia perecer por mano del verdugo soberanos legítimos y hombres virtuosos.

CAPÍTULO CXII

CONTINUACIÓN DE LOS ASUNTOS POLÍTICOS DE LUIS XII

A los franceses les hubiese sido posible reconquistar Nápoles de igual modo que habían recuperado el Milanesado; pero la ambición del primer ministro de Luis XII fue la causa de que aquel Estado se perdiese para siempre. El cardenal Chaumont d'Amboise, arzobispo de Rouen, tan elogiado por no haber tenido más que un solo beneficio, pero para quien Francia, a la que gobernaba como dueño absoluto, podía ser considerada como el segundo, quiso poseer otro más excelso. Pretendió, pues, ser papa después de la muerte de Alejandro VI, y no hubiese habido otro remedio que elegirle, de haber sido tan político como ambicioso.[1] Poseía tesoros, y las tropas que debían marchar al reino de Nápoles se encontraban a las puertas de Roma; pero los cardenales italianos le persuadieron de que alejase este ejército, a fin de que su elección pareciese más libre y fuese por consiguiente más válida. Hizo lo que se le pedía (1503), y entonces el cardenal Julián de La Rovere hizo elegir a Pío III, que murió a los veintisiete días. A continuación, este cardenal Julián, a quien llamamos Julio II, fue papa él mismo. Mientras tanto, la estación de las lluvias impedía a los franceses pasar el Garellano con la premura necesaria, lo cual favoreció a Gonzalo de Córdoba. De este modo, el cardenal d'Amboise, a quien se tenía, sin embargo, por hombre sagaz, perdió a la vez la tiara para él y Nápoles para su rey.

Un segundo error de otro género, que se le ha reprochado, fue el incomprensible tratado de Blois, por el cual el consejo del

[1] Parece ser que el cardenal era ambicioso y codicioso, y que sólo mostró una habilidad muy mediocre en los asuntos. Pero como no fue ni sanguinario ni depredador, y sobre todo fue con frecuencia engañado, ha dejado la reputación de hombre virtuoso; reputación fácil de obtener en el siglo de los Fernando y de los Borgia. Voltaire lo ha elogiado mucho en la *Henriada* (canto VII); y el último de los cuatro versos en que habla de él es quizá el único rigurosamente justo. Pero Voltaire, muy joven aún cuando compuso la *Henriada*, hablaba entonces de acuerdo con la opinión general, y no según sus propias investigaciones sobre historia. (Kehl)

rey desmembraba y destruía de un plumazo la monarquía francesa. Por este tratado, el rey daba la única hija que había tenido de Ana de Bretaña al nieto del emperador y del rey Fernando de Aragón, sus dos enemigos, a aquel mismo príncipe que más tarde, con el nombre de Carlos V, fue tan terrible para Francia y Europa. ¿Quién creerá que su dote estaba constituida por Bretaña entera y por Borgoña, y que se abandonaba Milán y Génova, los derechos sobre las cuales eran cedidos? He aquí lo que Luis XII arrebataba a Francia en el caso de que muriese sin hijos varones. Sólo se puede excusar un tratado tan singular diciendo que el rey y el cardenal d'Amboise no tenían ninguna intención de cumplirlo, y que al fin Fernando había acostumbrado al cardenal d'Amboise a las artimañas. ¡Pero qué artimaña y qué infamia! Nos obliga a imputar al buen Luis XII la imbecilidad o la falsía.

(1506) Los Estados Generales, reunidos en Tours, protestaron contra proyecto tan funesto. Tal vez el rey, que estaba ya arrepentido, tuvo la habilidad de hacerse pedir por Francia entera lo que no se atrevía a llevar a cabo por sí solo, o acaso cedió por reflexión a las protestas de la nación. Según esto, la heredera de Ana de Bretaña le fue negada al heredero de la casa de Austria y de España, así como la misma Ana le fuera arrebatada al emperador Maximiliano. La princesa se casó con el conde de Angulema, que fue después Francisco I. Bretaña, dos veces unida a Francia, y dos veces a punto de escapársele, le fue incorporada, y Borgoña no sufrió desmembración alguna.

Otra falta que se le reprocha a Luis XII fue la de coaligarse contra los venecianos, sus aliados, con todos los enemigos secretos de éstos. La conspiración de tantos reyes contra una república que, trescientos años antes, era una ciudad de pescadores convertidos en ilustres mercaderes, constituyó un suceso jamás visto hasta entonces.

CAPÍTULO CXIII

LA LIGA DE CAMBRAY, Y SUS CONSECUENCIAS.— EL PAPA JULIO II, ETC.

El papa Julio II, que había nacido en Savona, dominio de Génova, veía con indignación su patria bajo el yugo de Francia. Un esfuerzo hecho por Génova en ese tiempo con objeto de recuperar su antigua libertad, había sido castigado por Luis XII con más ostentación que rigor. Había entrado en la ciudad con la espada desnuda en la mano; había hecho quemar en su presencia todos los privilegios de la ciudad, y a continuación, habiendo hecho elevar su trono en la plaza mayor sobre un soberbio tablado, hizo venir a los genoveses al pie del mismo, para que escuchasen de rodillas su sentencia. Sólo los condenó a una multa de cien mil escudos de oro, y construyó una ciudadela a la que llamó el *freno de Génova.*

El papa, que, como todos sus predecesores, hubiese querido expulsar de Italia a todos los extranjeros, trataba de hacer que los franceses repasasen los Alpes; pero quería primero que los venecianos se uniesen con él, y comenzasen por devolverle muchas ciudades que la Iglesia reclamaba. La mayoría de ellas habían sido arrancadas a sus poseedores por el duque de Valentinois, César Borgia; y los venecianos, siempre atentos a sus intereses, se habían apoderado, inmediatamente después de la muerte de Alejandro VI, de Rímini, de Faenza, y de muchas tierras en la Romaña, en Ferrara y en el ducado Urbino. Quisieron conservar sus conquistas, y Julio II utilizó entonces contra Venecia a los mismos franceses, contra los cuales hubiese querido armarla. Pero, no siendo suficientes aquéllos, hizo entrar en la liga a toda Europa.

Apenas si había algún soberano que no pudiese pedirle a esta república la devolución de un territorio. El emperador Maximiliano tenía unas pretensiones ilimitadas como emperador. Un hecho muy interesante, que no ha sido conocido por el abate Dubos, y que por lo tanto no ha consignado en su excelente *Histoire de*

la Ligue de Cambray, un hecho que hoy nos parece extraordinario, y que sin embargo no lo era a los ojos de la cancillería alemana, es que el emperador Maximiliano había citado ya al dux Loredano y a todo el senado de Venecia a comparecer ante él, y a pedir perdón por no haber tolerado que pasase por su territorio con sus tropas para ir a hacerse coronar emperador en Roma. Y como el senado no obedeciese a su requerimiento, la cámara imperial lo condenó en rebeldía, y dio contra él un edicto de proscripción.

Es, pues, evidente que en Viena se consideraba a los venecianos como vasallos rebeldes, y que jamás desistió la corte imperial de sus pretensiones sobre casi toda Europa. Si hubiese sido tan fácil tomar Venecia como condenarla, ya no existiría esta república, la más antigua y la más floreciente de la tierra. El derecho más sagrado de los hombres, la libertad, derecho más antiguo que todos los imperios, no sería más que una rebelión. ¡Extraño derecho público, éste!

Por otra parte, Verona, Vicenza, Padua, la Marca Trevisana y Friul, eran propiedad del emperador. El rey de Aragón, Fernando el Católico, podía recuperar algunas ciudades marítimas del reino de Nápoles, que había dado en prenda a los venecianos. Era una manera rápida de salir de deudas. El rey de Hungría tenía pretensiones sobre una parte de Dalmacia. El duque de Saboya podía reivindicar también la isla de Chipre, por estar emparentado con la casa de Chipre que ya no existía. Asimismo los florentinos tenían ciertos derechos en su calidad de vecinos.

(1508) Casi todos los potentados, enemigos los unos de los otros, suspendieron sus querellas para unirse juntos en Cambray contra Venecia. El único que no accedió a participar fue el turco, enemigo natural de Venecia, y que a la sazón estaba en paz con ella. Jamás se ligaron tantos reyes contra la antigua Roma. Venecia era tan rica como todos ellos juntos; en esto se confió, y sobre todo en la desunión que pronto surgió entre tantos aliados. Estaba en su mano aplacar a Julio II, principal autor de la liga; pero no quiso pedirle gracia, y esperó osadamente la tormenta. Es quizá la única vez que se ha mostrado temeraria.

Las excomuniones, más despreciadas entre los venecianos que en cualquier otra parte, fueron la declaración de guerra. Luis XII envió un heraldo de armas para anunciar la guerra al dux. Pedía Cremona, que él mismo había cedido a los venecianos, cuando le ayudaron a conquistar el Milanesado; y reivindicaba Brescia, Bérgamo, y otras tierras.

La afortunada rapidez que había acompañado a los franceses

en los comienzos de todas sus expediciones no les faltó en ésta. Al frente de su ejército, Luis XII destruyó las fuerzas venecianas en la célebre jornada de Agnadel, junto al río Adda. Entonces cada uno de los pretendientes se arrojó sobre su parte, y Julio II se apoderó de toda la Romaña (1509). De este modo, los papas, que debían, según dicen, a un emperador de Francia sus primeros dominios, debieron el resto a las armas de Luis XII, y quedaron entonces en posesión de casi todo el territorio que ocupan actualmente.

Mientras tanto, las tropas del emperador avanzaban por el Friul, apoderándose de Trieste, que sigue siendo de la casa de Austria. Las tropas de España ocuparon lo que Venecia tenía en Calabria. Ni siquiera el duque de Ferrara y el marqués de Mantua, que fuera en otro tiempo general al servicio de los venecianos, dejaron de participar del botín. Venecia pasó de la temeridad a la consternación. Abandonó por sí misma sus ciudades de tierra firme, a las que no sólo desligó de los juramentos de fidelidad, sino que les perdonó el dinero que debían al Estado; y reducida a sus lagunas, imploró la misericordia del emperador Maximiliano, quien, viéndose triunfador, se mostró inflexible.

Excomulgado por el papa y oprimido por tantos príncipes, al senado no le quedó otro recurso que arrojarse en brazos del turco. Eligieron a Luis Raimond para que fuese a ver a Bayaceto en calidad de embajador; pero como entre tanto experimentase Maximiliano un revés en el sitio de Padua, los venecianos recobraron ánimos, y dieron contraorden a su embajador. En lugar de hacerse tributarios de la Puerta otomana, consintieron en pedir perdón al papa Julio II, a quien enviaron una representación de seis nobles. El papa les impuso penitencia como si hubiese hecho la guerra por orden de Dios, y como si Dios hubiese ordenado a los venecianos que no se defendiesen.

Habiendo realizado Julio II su primer proyecto de engrandecer a Roma a costa de las ruinas de Venecia, pensó en el segundo: expulsar a los bárbaros de Italia.

Luis XII había vuelto a Francia, adoptando, como Carlos VIII, menos medidas para conservar lo conquistado que rapidez había desarrollado en obtenerlo. El papa perdonó a los venecianos, los cuales, pasado su primer terror, resistían al ejército imperial.

Finalmente se alió con esta república contra los franceses, después de haberse servido de ellos para oprimirla. Pretendía destrozar en Italia a todos los extranjeros haciéndolos combatir entre sí; exterminar el resto, muy decaído entonces, de la autoridad alemana, y hacer de Italia un organismo poderoso cuyo jefe fuese

el pontífice. Para ello, no escatimó ni negociaciones, ni dinero, ni trabajos. Hizo en persona la guerra, yendo a las trincheras y afrontando la muerte. Nuestros historiadores censuran su ambición y su terquedad; pero también hubiesen debido rendir justicia a su valor y a su amplitud de miras. Fue un mal sacerdote, pero fue un príncipe más estimable que ninguno de su época.

Una nueva falta cometida por Luis XII secundó los planes de Julio II. El primero era ahorrativo, lo cual es una virtud en el gobierno corriente de un Estado pacífico, y un vicio en las grandes empresas.

Un principio de mala disciplina hacía que toda la fuerza de los ejércitos consistiese entonces en la gendarmería, que combatía tanto a pie como a caballo. Todavía no se había logrado organizar una buena infantería francesa, lo cual era fácil, sin embargo, como la experiencia lo ha demostrado después; y los reyes de Francia tenían a sueldo infantes alemanes o suizos.

Sabido es que los suizos sobre todo habían contribuido a la conquista del Milanesado. Habían vendido su sangre, y hasta su buena fe, entregando a Luis el Moro. Los cantones pidiéronle al rey un aumento en la soldada; Luis lo negó, y el papa aprovechó la coyuntura. Los lisonjeó, y les dio dinero; y a más de esto, los halagó con los títulos que les prodigó de defensores de la Iglesia. Hizo que se predicara en Suiza contra los franceses, y sus ciudadanos acudían a estos sermones guerreros que lisonjeaban sus pasiones. Era predicar una Cruzada.

Vemos cómo, por un encadenamiento singular de circunstancias, los franceses eran entonces aliados del imperio alemán, del que tan frecuentemente habían sido enemigos. Además eran sus vasallos. Luis XII había dado, por la investidura de Milán, cien mil escudos de oro al emperador Maximiliano, que no era ni un aliado poderoso, ni un amigo fiel, y que, como emperador, no quería ni a los franceses, ni al papa.

Fernando el Católico, que siempre engañó a Luis XII, abandonó la liga de Cambray en cuanto logró en Calabria lo que quería. Recibió del papa la investidura plena y total del reino de Nápoles, a cambio de lo cual Julio II le puso por completo de su parte. De este modo, y con su política, el papa contaba con los venecianos, los suizos, la ayuda del reino de Nápoles, y hasta la de Inglaterra; teniendo los franceses que sostener todo este peso.

(1510) Atacado por el papa, Luis XII convocó una asamblea de obispos en Tours, para saber si le estaba permitido defenderse, y si las excomuniones del papa serían válidas. La posteridad ilustrada se asombrará de que se hayan hecho tales preguntas; pero

entonces había que respetar los prejuicios de la época. No puedo resistirme a consignar el primer caso de conciencia que se propuso en esta asamblea: El presidente preguntó "si el papa tenía derecho a hacer la guerra, no tratándose ni de religión, ni del dominio de la Iglesia", y le fue respondido que no. Es evidente que no se planteaba el problema como se debía, y que se contestaba lo contrario de lo que había que contestar; porque, en materia de religión y de posesión eclesiástica, si nos atenemos al Evangelio, un obispo, lejos de guerrear, no debe hacer otra cosa sino orar y sufrir; pero en materia de política, un soberano de Roma puede y debe indudablemente ayudar a sus aliados y vengar a Italia; y si Julio se hubiese limitado a esto, hubiese sido un gran príncipe.

Esta asamblea francesa respondió más dignamente, al decidir que había que atenerse a la famosa pragmática sanción de Carlos VII, suspender los envíos de dinero a Roma, y obtenerlo por un impuesto sobre el clero de Francia, para hacer la guerra al papa, jefe romano de ese clero francés.

Comenzó la guerra por Bolonia y Ferrara. Julio II había arrebatado ya Bolonia a los Bentivoglio, y quería apoderarse de Ferrara. Con estas invasiones, comprometía su gran designio de expulsar de Italia a los extranjeros, pues Bolonia y Ferrara llamaban necesariamente a los franceses en su ayuda; y después de haber pretendido ser el vengador de Italia, se convirtió en su opresor. Su ambición, que le dominaba, sumió a Italia en las calamidades de que tan glorioso hubiese sido sacarla. Antepuso su interés al decoro, hasta el punto de recibir en Bolonia una tropa numerosa de turcos, que había llegado con los venecianos para defenderle del ejército francés mandado por Chaumont d'Amboise: este curioso hecho nos lo cuenta Pablo Jove, obispo de Nocera, testigo ocular. Los otros papas habían hecho armarse contra los turcos, y Julio fue el primero que los utilizó, poniendo en práctica lo que los venecianos habían pretendido hacer por su parte. No podía insultar más al cristianismo, del que era primer jefe. Se vio incluso a este papa dirigiendo en persona, a la edad de setenta años, el asedio de la Mirandola, yendo de trinchera en trinchera, cubierto con el casco, a inspeccionar los trabajos y a apremiar a los encargados de las obras; y entrar al fin, vencedor, por la brecha.

(1511) En tanto que el papa, quebrantado por la vejez, guerreaba, el rey de Francia, vigoroso aún, reunía un concilio. Luis traía revuelta a la cristiandad eclesiástica, y el papa a la cristiandad guerrera. El concilio fue fijado en Pisa, a donde se trasla-

daron algunos cardenales enemigos del papa. Pero el concilio del rey no fue sino una empresa vana, en tanto que la guerra del papa fue afortunada.

Fue inútil que se hiciesen acuñar en París algunas medallas, en las que aparecía representado Luis XII con esta divisa: *Perdam Babylonis nomen,*[1] "destruiré hasta el nombre de Babilonia." Era vergonzoso jactarse de ello cuando se estaba tan lejos de ejecutarlo; y además, ¿que relación hay entre París y Jerusalén, y entre Roma y Babilonia?

Los actos de valor más brillantes, e incluso con frecuencia las batallas ganadas, no sirven más que para dar gloria a una nación; pero no para engrandecerla, cuando existe en el gobierno político un vicio radical que a la larga provoca su destrucción. Tal sucedió a los franceses en Italia. El valiente caballero Bayardo hizo admirar su valor y su generosidad. El joven Gastón de Foix inmortalizó su nombre a los veintitrés años, rechazando primero un ejército de suizos, pasando rápidamente cuatro ríos, arrojando al papa de Bolonia, y ganando la célebre batalla de Ravena, donde adquirió tanta gloria, y donde perdió la vida (1512). Todos estos hechos de armas rápidos eran resonantes; pero el rey estaba lejos, las órdenes llegaban con demasiado retraso, y a veces eran contradictorias. La economía del rey, cuando había que prodigar el oro, provocaba poca emulación. Las tropas desconocían el espíritu de subordinación. La infantería se componía de extranjeros alemanes, mercenarios poco adictos. El espíritu galante de los franceses, y el aire de superioridad propio de unos vencedores, irritaba a los italianos humillados y envidiosos. El golpe fatal fue cuando el emperador Maximiliano, ganado al fin por el papa, hizo publicar un llamamento imperial, según el cual todo soldado alemán que sirviese bajo las banderas de Francia debía abandonarlas, si no quería ser declarado traidor a la patria.

Los suizos descendieron al punto de sus montañas para ir contra aquellos franceses que, en tiempo de la liga de Cambray, tenían a Europa por aliada, y que ahora la tenían por enemiga. Estos montañeses se consideraban honrados al llevar con ellos al hijo del duque de Milán, Luis el Moro, expiando así, al coronar al hijo, la traición que le habían hecho al padre.

Mandados por el mariscal de Trivulce, los franceses abandonaron, una tras otra, todas las ciudades que habían tomado desde los más lejanos confines de Romaña hasta los de Saboya.

[1] Isaías, XIV, 22.

El famoso Bayardo realizaba hermosas retiradas; pero era un héroe obligado a huir. Sólo transcurrieron tres meses entre la victoria de Ravena y la total expulsión de los franceses. El destino de Luis XII fue más triste que el de Carlos VIII; porque al menos, en tiempos de Carlos, los franceses se habían abierto una retirada gloriosa por la batalla de Fornovo; pero en el reinado de Luis fueron arrojados, sólo por los suizos, en la batalla de Novara; lo cual fue el colmo de la desgracia y la vergüenza. Luis de la Tremouille había sido enviado con un ejército para conservar al menos los restos del Milanesado que se perdía; y ponía cerco a Novara, cuando doce mil suizos le atacaron antes de que se hubiese atrincherado. Sin artillería, se arrojaron sobre la suya, y se apoderaron de ella; destruyeron toda su infantería, hicieron huir a la caballería, obtuvieron una victoria completa, de la que el presidente Hénault no habla,[1] y dieron a Maximiliano Sforza el ducado de Milán, tan disputado por Luis; el cual experimentó la mortificación de ver entronizado en Milán, por los suizos, al joven Maximiliano Sforza, hijo del duque que había muerto prisionero en sus Estados. Génova, donde en otro tiempo se había exhibido con la pompa de un rey asiático, recuperó su libertad, y expulsó por dos veces a los franceses.

A Luis XII no le quedaba ya nada al otro lado de los Alpes. Tal fue el fruto de tanta sangre vertida y de tantos tesoros prodigados; todas sus negociaciones, todas sus guerras, tuvieron un final desdichado.

Los suizos, convertidos en enemigos del rey cuyos infantes mercenarios habían sido, acudieron, en número de veinte mil, a ponerle sitio a Dijón. Hasta en París cundió la alarma. Luis de La Tremouille, gobernador de Borgoña, logró que levantasen el cerco mediante veinte mil escudos al contado y una promesa de cuatrocientos mil en nombre del rey, entregándoles en garantía siete rehenes. El rey no quiso dar más que cien mil escudos, con lo cual pagaba todavía más cara su invasión que sus socorros negados. Pero los suizos, furiosos por no recibir más que la cuarta parte de su dinero, condenaron a muerte a sus siete rehenes. Entonces el rey se vio obligado, no sólo a prometer toda la cantidad, sino una mitad más. Al fin, habiéndose evadido felizmente los siete condenados, salvaron el dinero del rey, pero no su gloria.

[1] En su *Abrégé chronologique.*

CAPÍTULO CXIV

CONTINUACIÓN DE LOS ASUNTOS DE LUIS XII.—FERNANDO EL CATÓLICO, Y ENRIQUE VIII, REY DE INGLATERRA

Esta famosa liga de Cambray, que se organizó al principio contra Venecia, volvióse al fin tan solo contra Francia; y fue Luis XII su víctima. Hemos visto que había sobre todo dos príncipes más hábiles que él, Fernando el Católico y el papa. Luis sólo había sido temible en cierto momento; pero después tuvo que temer a toda Europa.

Mientras perdía Milán y Génova, sus tesoros y sus tropas, se le privaba además de un baluarte de que Francia disponía contra España. Su aliado y pariente el rey de Navarra, Juan de Albret, se encontró desposeído de repente de su Estado por Fernando el Católico. Tal acto de bandolerismo se apoyaba en un pretexto sagrado: Fernando pretendía tener una bula del papa Julio II en la que se excomulgaba a Juan de Albret como partidario del rey de Francia y del concilio de Pisa. Desde entonces quedó Navarra anexionada a España, sin haber vuelto jamás a ser desmembrada de ella.

Para conocer mejor la política de Fernando el Católico, famoso por la religión y la buena fe de que sin cesar alardeaba, y que siempre violó, es preciso ver el arte con que realizó esta conquista. Propuso al joven Enrique VIII, rey de Inglaterra, que era su yerno, una alianza para que le fuese devuelta a los ingleses la Guyena, antiguo patrimonio suyo, y del que habían sido arrojados hacía más de cien años. (1512) Deslumbrado el joven rey de Inglaterra, envió una flota a Vizcaya. Fernando utilizó el ejército inglés para conquistar Navarra, y dejó volverse a los ingleses, a continuación, a su tierra, sin haber intentado nada contra Guyena, cuya invasión era impracticable; así fue como engañó a su yerno, después de haber engañado sucesivamente a su pariente el rey de Nápoles, al rey Luis XII, a los venecianos y a los papas. Llamábanle en España *el sabio, el prudente;* en Italia, *el piadoso;* en Francia y en Londres, *el pérfido.*

Luis XII, que había organizado bien la defensa de la Guyena, no fue afortunado en Picardía. El nuevo rey de Inglaterra, Enrique VIII, aprovechaba esta época calamitosa para hacer una irrupción en Francia, a la que seguía facilitando el acceso la ciudad de Calais.

El joven rey, lleno de ambición y de arrojo, atacó él solo a Francia, sin la ayuda de las tropas del emperador Maximiliano, ni de Fernando el Católico, sus aliados. El viejo emperador, siempre intrépido y pobre, sirvió en el ejército del rey de Inglaterra, y no le avergonzó recibir una soldada de cien escudos por día. Enrique VIII, únicamente con sus fuerzas, parecía a punto de renovar la funesta época de Poitiers y de Azincourt. Obtuvo una victoria total en la jornada de Guinegaste (1513), que fue llamada *la jornada de las espuelas*. Tomó Térouane, que ya no existe, y Tournay, ciudad perteneciente siempre a Francia, y cuna de la monarquía francesa.

Luis XII, viudo a la sazón de Ana de Bretaña, no pudo lograr la paz con Enrique VIII sino casándose con su hermana María de Inglaterra; pero en vez de recibir una dote, como es costumbre lo mismo entre los reyes que entre los particulares, fue Luis XII quien la pagó: le costó un millón de escudos casarse con la hermana de su vencedor. Despojado a la vez por Inglaterra y por los suizos, engañado continuamente por Fernando el Católico, y expulsado de sus conquistas en Italia por la firmeza de Julio II, falleció al poco tiempo (1515).

Como creó pocos impuestos, fue llamado *padre* por el pueblo; y los héroes de que Francia estaba llena le hubiesen llamado también su padre si, imponiendo los tributos necesarios, hubiese conservado Italia, contenido a los suizos, socorrido eficazmente a Navarra, rechazado a los ingleses, y preservado a la Picardía y a Borgoña de unas invasiones más ruinosas de lo que esos impuestos hubiesen podido serlo.

Pero si fue desgraciado en el exterior, fue afortunado en el interior de su reino. A este rey no se le puede reprochar más que la venta de los cargos, que en su reinado no se extendió a los oficios de la judicatura: sólo en el distrito de París sacó de dicha venta, en diecisiete años de reinado, la cantidad de un millón doscientas mil libras; pero las tallas y las contribuciones sobre líquidos fueron módicas. Dedicó siempre una atención paternal a que el pueblo no tuviese que soportar una carga demasiado pesada: no se creía rey de los franceses como un señor lo es de sus tierras, únicamente para sacarles provecho. En su reinado no se conoció ningún impuesto nuevo, (1580) y cuando Fromenteau

presentó al derrochador Enrique III un estado comparativo de lo que se exigía bajo este desgraciado príncipe, y lo que se había pagado en tiempo de Luis XII, se veía en cada partida una cantidad inmensa para Enrique III y una módica para Luis, si se trataba de un antiguo derecho; y cuando era un impuesto extraordinario, en el capítulo de Luis XII se leía, *nada;* y desgraciadamente la parte dedicada a lo que no se pagaba a Luis XII y a lo que se exigía bajo Enrique III llenaba un grueso volumen.

El rey no tenía de ingresos más que unos trece millones, si bien es cierto que equivalían a unos cincuenta de hoy. Los artículos estaban mucho más baratos, y el Estado no se encontraba endeudado: no es, pues, extraño que con tan escasos ingresos y una prudente economía, viviese con esplendor y mantuviese a su pueblo en la abundancia. Cuidaba de que la justicia se administrase en todas partes con rapidez, con imparcialidad y casi sin gastos: se pagaban cuarenta veces menos de derechos judiciales que hoy.[1] En la bailía de París no había más que cuarenta y nueve sargentos, mientras que actualmente hay más de quinientos, si bien es verdad que París no era ni la quinta parte de lo que es hoy; pero el número de oficiales de justicia ha aumentado en una proporción mucho mayor que París mismo, y los males inherentes a las grandes ciudades se han multiplicado más que el número de habitantes.

Mantuvo la costumbre seguida por los parlamentos del reino de proponer una terna para proveer las vacantes, y el rey nombraba a uno de los tres propuestos. Las dignidades de la toga no se daban sino a los abogados, siendo siempre un premio al mérito, o a la reputación, que supone el mérito. Su edicto de 1499, eternamente memorable, y que nuestros historiadores no hubiesen debido olvidar, ha hecho que su memoria sea grata para cuantos administran la justicia, y para los que la aman. En este edicto ordena "que se siga siempre la ley, pese a las órdenes contrarias a ella que la importunación pudiese arrancar al monarca".

El plan general por el cual estudiáis en esta obra la historia no admite muchos detalles; pero las particularidades que producen la felicidad de los Estados y constituyen la lección de los buenos príncipes, se convierten en un objeto principal.

Luis XII fue el primero de los reyes que puso a los labradores

[1] Desde 1771, bajo Luis XV, no volvieron a pagarse; y cuando el canciller de Maupeou abolió la infame venalidad de los oficios judiciales introducida por el canciller Duprat, suprimió también el oprobio de los derechos pagados a los jueces; pero la venalidad y los derechos fueron restablecidos en 1774. *(Nota de Voltaire, añadida en 1775.)*

a cubierto de la rapacidad del soldado, y que hizo castigar con la muerte a los gendarmes que esquilmaban al campesino. Costóles la vida a cinco gendarmes, y el campo quedó tranquilo. Si no fue un héroe, ni un gran político, tuvo la gloria más preciosa de ser un buen rey; y su memoria será siempre bendecida por la posteridad.

CAPÍTULO CXV

INGLATERRA Y SUS DESGRACIAS DESPUÉS DE LA INVASIÓN DE FRANCIA. MARGARITA DE ANJOU, ESPOSA DE ENRIQUE VI, ETC.

En medio de todas las disensiones que agitaron constantemente a Italia, y firme en su propósito de arrojar de ella a todos los extranjeros, el papa Julio II había dado al pontificado una fuerza temporal que hasta entonces jamás tuvo. Parma y Plasencia, desgajadas del Milanesado, habían sido anexadas al dominio de Roma con el consentimiento del propio emperador. (1513) Julio había consumado su pontificado y su vida con este acto que honra su memoria. Los papas no han conservado este Estado. La Santa Sede era entonces una potencia temporal preponderante.

Venecia, aunque en guerra con Fernando el Católico rey de Nápoles, seguía siendo todavía muy poderosa. Resistía a la vez a los mahometanos y a los cristianos. Alemania se mantenía pacífica, e Inglaterra comenzaba de nuevo a ser temible. Es preciso recordar lo que había sido, y a dónde llegó.

La enajenación mental de Carlos VI había perdido a Francia, y la debilidad mental de Enrique VI desoló a Inglaterra.

(1442) Primero sus parientes se disputaron el gobierno, en su juventud, así como los de Carlos VI lo habían trastornado todo para mandar en su nombre. Si en París un duque de Borgoña hizo asesinar a un duque de Orleáns, en Londres se vio a la duquesa de Gloucester, tía del rey, acusada de haber atentado contra la vida de Enrique VI con sortilegios. Una desgraciada adivina y un sacerdote imbécil o bribón, que se decían brujos, fueron quemados vivos por esta pretendida conspiración. La duquesa pudo darse por contenta al no ser condenada más que a hacer *una pública retractación* en camisa, y a una prisión perpetua. El espíritu filosófico estaba muy alejado de esta isla, que era el centro de la superstición y de la crueldad.

(1444) La mayoría de las querellas entre soberanos han terminado en bodas. Carlos VII dio por mujer a Enrique VI a Margarita de Anjou, hija de aquel Renato de Anjou, rey de Nápo-

les, duque de Lorena y conde del Maine, que, con todos estos títulos, carecía de estados, y que no tuvo con qué darle la más pequeña dote a su hija. Pocas princesas han sido más desgraciadas por su padre y por su esposo. Margarita era una mujer intrépida, decidida, inquebrantable; heroína, si no hubiese al principio mancillado sus virtudes con un crimen. Poseyó todas las dotes necesarias de gobierno y todas las virtudes guerreras; pero también se entregó a veces a las crueldades y a los atentados que inspiran la ambición, la guerra y los bandos. Su osadía y la pusilanimidad de su marido fueron origen de calamidades públicas.

(1447) Margarita quiso gobernar, y para ello tuvo que deshacerse del duque de Gloucester, tío del rey y marido de aquella duquesa sacrificada ya a sus enemigos, y confinada en una prisión. Se hizo detener al duque con el pretexto de una nueva conspiración, y al día siguiente se le encontró muerto en su lecho. Esta violencia dio a la reina el gobierno, e hizo odioso el nombre del rey. Rara vez odian los ingleses sin conspirar. Encontrábase en Inglaterra un descendiente de Eduardo III, cuya rama incluso se encontraba un grado más cerca del tronco común que la rama entonces reinante. Este príncipe era un duque de York, y llevaba en su escudo una *rosa blanca*, mientras que el rey Enrique VI, de la rama de Lancaster, llevaba una *rosa roja*. De aquí proceden estos nombres famosos consagrados por la guerra civil.

En los comienzos de los bandos, es preciso contar con la protección del parlamento, en espera de que dicho parlamento pase a ser esclavo del vencedor. (1450) El duque de York acusó ante el parlamento al duque de Suffolk, primer ministro y favorito de la reina, y a quien estos dos títulos habían valido el aborrecimiento de la nación. He aquí ahora un curioso ejemplo de lo que pudo este aborrecimiento. Para contentar al pueblo, la corte desterró de Inglaterra al primer ministro, quien se embarcó para pasar a Francia. El capitán de un barco de guerra guardacostas encontró al navío en el que iba este ministro; preguntó quién iba a bordo, y el patrón le dijo que llevaba a Francia al duque de Suffolk. "No conduciréis a otro lugar a quien se encuentra acusado por mi país", dijo el capitán; e inmediatamente le hizo cortar la cabeza. Esto es lo que los ingleses hacían en plena paz; pero pronto la guerra inició unos usos más terribles.

El rey Enrique VI sufría crisis de abulia que le hacían, durante años enteros, incapaz de obrar y de pensar. En Europa hubo en este siglo tres soberanos, a quienes la alteración de los órganos cerebrales sumió en las más hondas desgracias: el emperador Wenceslao, Carlos VI de Francia y Enrique VI. (1455) En uno de

esos años funestos de la abulia de Enrique VI, el duque de York y su partido se hicieron dueños del consejo. El rey, como el que vuelve de un prolongado sopor, abrió los ojos, y se encontró sin autoridad. Su esposa, Margarita de Anjou, le exhortaba a ser rey; pero, para serlo, era preciso sacar la espada. El duque de York, expulsado del consejo, se encontraba ya al frente de un ejército. Se arrastró a Enrique a la batalla de Saint-Albans, en la que fue herido y hecho prisionero, pero no todavía destronado. El duque de York, su vencedor, lo condujo en triunfo a Londres (1455), y, dejándole el título de rey, tomó para sí el de protector, título conocido ya por los ingleses.

Enrique VI, enfermo con frecuencia y continuamente débil, no era sino un prisionero servido con el aparato de la realeza. Su mujer quiso libertarlo para ser libre ella misma, pues su valor era mayor que sus desgracias. Reunió tropas, como se las reunía en aquella época, con la ayuda de los señores de su partido; sacó a su marido de Londres, y se constituyó en generala de su ejército. De este modo los ingleses vieron en un breve espacio de tiempo a cuatro francesas al frente de soldados: a la mujer del conde de Montfort en Bretaña, a la esposa del rey Eduardo II en Inglaterra, a la Doncella de Orleáns en Francia y a Margarita de Anjou.

(1460) La reina puso por sí misma a su ejército en orden de batalla, en la sangrienta jornada de Northampton, y combatió al lado de su marido. El duque de York, su gran enemigo, no estaba en el ejército contrario, en el que hacía su aprendizaje de la guerra civil su hijo mayor, el conde de La Marche, bajo la dirección de Warwick, el hombre que tenía más reputación en su época; espíritu nacido para aquellos tiempos de turbulencias, lleno de artificios, y todavía más de valor y de altivez; el más indicado para una campaña y para un día de batalla, fecundo en recursos, capaz de todo, nacido para dar y quitar los tronos a su capricho. El genio del conde de Warwick triunfó del de Margarita de Anjou, que fue vencida. Experimentó el dolor de ver hacer prisionero al rey su marido en su tienda, y, mientras este desgraciado príncipe le tendía los brazos, tuvo que huir a galope tendido con su hijo el príncipe de Gales. El rey fue llevado, por segunda vez, por sus vencedores, a su capital, sin dejar de ser rey y sin dejar de ser prisionero.

Se convocó un parlamento, y el duque de York, hasta entonces protector, pidió esta vez otro título. Reclamaba la corona como representante de Eduardo III, con exclusión de Enrique VI, nacido de una rama segundona. La Cámara de los Pares debatió solemnemente la causa de rey y la del que pretendía serlo. Cada partido

expuso sus motivos por escrito, como en un litigio ordinario. Pero el duque de York, a pesar de ser vencedor, no pudo ganar su causa por completo. El parlamento decidió que Enrique VI conservase el trono durante su vida, y que el duque de York, con exclusión del príncipe de Gales, sería su sucesor. Pero a esta sentencia se le añadió una cláusula que era una nueva declaración de alteración y de guerra: la de que si el rey violaba esta ley, la corona pasaría inmediatamente a las sienes del duque de York.

Margarita de Anjou, vencida, fugitiva, alejada de su marido, y teniendo en contra suya al duque de York victorioso, a Londres y al parlamento, no perdió su valor. Recorría el principado de Gales y las provincias limítrofes, animando a sus amigos, haciéndose otros nuevos, y formando un ejército. Se sabe muy bien que estos ejércitos no eran tropas regulares, mantenidas durante largo tiempo bajo las banderas, y pagadas por un solo jefe. Cada señor llevaba el número que podía de hombres reunidos apresuradamente. En lugar de provisiones y de soldada existía el saqueo. Era preciso librar pronto una batalla o retirarse. La reina se encontró al fin frente a su gran enemigo el duque de York, en la provincia de este nombre, cerca del castillo de Sandal. Iba a la cabeza de diez mil hombres. (1461) La fortuna secundó su valor en esta jornada, y el duque de York murió acribillado. Su segundo hijo, Rutland, fue muerto cuando huía. La cabeza del padre, clavada en la muralla junto con las de algunos generales, permaneció largo tiempo en ella como un monumento de su derrota.

Margarita, victoriosa, marchó hacia Londres para libertar al rey su esposo. El conde de Warwick, alma del partido de York, disponía todavía de un ejército en el que arrastraba a Enrique, su rey y su cautivo, en pos de sí. La reina y Warwick se encontraron cerca de Saint-Albans, lugar famoso por más de un combate. La reina tuvo de nuevo la fortuna de vencer (1461), y experimentó el placer de ver huir delante de ella a aquel Warwick tan temible, y de devolver a su marido en el campo de batalla su libertad y su autoridad. Jamás mujer alguna logró éxito mayor y mayor gloria; pero el triunfo duró poco. Era preciso disponer de la ciudad de Londres, que Warwick había sabido ganar para su causa. La reina no logró ni que la dejaran entrar, ni forzarla con un débil ejército. El conde de La Marche, primogénito del duque de York, estaba en la ciudad, impaciente por vengarse. El único fruto de las victorias de la reina fue el de poder retirarse segura; y marchó al norte de Inglaterra a fortificar su partido, que el nombre y la presencia del rey hacían aún más considerable.

(1461) Entre tanto Warwick, dueño de Londres reunió al pue-

blo, en un campo a las puertas de la ciudad, y, mostrándole al hijo del duque de York, preguntó: "¿A quién queréis por rey? ¿A este joven príncipe, o a Enrique de Lancaster?" El pueblo respondió: *York*. Los gritos de la multitud equivalieron a una deliberación del parlamento, que a la sazón no estaba reunido. Warwick reunió algunos señores y algunos obispos, los cuales juzgaron que Enrique VI de Lancaster había infringido la ley del parlamento, ya que su mujer había combatido por él. Por lo tanto el joven York fue reconocido en Londres con el nombre de Eduardo IV, mientras que la cabeza de su padre se encontraba todavía clavada en las murallas de York, como la de un culpable. Se le quitó la corona a Enrique VI, que en la cuna había sido declarado rey de Francia y de Inglaterra, y que había reinado en Londres treinta y ocho años, sin que jamás se le hubiese podido reprochar otra cosa que su debilidad.

Noticiosa de ello, su mujer reunió en el norte de Inglaterra hasta sesenta mil combatientes, lo cual constituía un gran esfuerzo. Esta vez no aventuró ni la persona de su marido, ni la de su hijo, ni la suya. Warwick condujo a su joven rey al frente de cuarenta mil hombres contra el ejército de la reina. Encontráronse en Santon, cerca de las riberas del Aire, en los confines de la provincia de York. (1461) Allí fue donde se dio la más sangrienta batalla que haya despoblado a Inglaterra. Allí perecieron, según dicen los contemporáneos, más de treinta y seis mil hombres. Hay que tener siempre en cuenta que estas grandes batallas se daban por un populacho desenfrenado, que abandonaba durante algunas semanas su arado y sus pastos, arrastrado por el espíritu de partido. Se combatía a poca distancia, y el encarnizamiento producía aquellas grandes matanzas de las que existen pocos ejemplos desde que unas tropas regulares combaten por dinero, en tanto que los pueblos ociosos esperan para saber a qué vencedor pertenecerán sus trigos.

Warwick quedó plenamente victorioso, el joven Eduardo IV afianzado, y Margarita de Anjou abandonada. Huyó a Escocia con su marido y su hijo; y el rey Eduardo hizo quitar de las murallas de York la cabeza de su padre, para poner en ellas las de los generales enemigos. En el curso de estas guerras cada partido exterminaba sucesivamente, por mano del verdugo, los principales prisioneros. Inglaterra era un dilatado teatro de carnicería, donde se elevaban cadalsos por todas partes en los campos de batalla. Francia había sido igualmente desgraciada en los reinados de Felipe de Valois, de Juan y de Carlos VI; pero lo fue a causa de los ingleses, que bajo su Enrique VI y hasta su Enrique VII no fueron desgraciados sino por sí mismos.

CAPITULO CXVI

EDUARDO IV, MARGARITA DE ANJOU, Y LA MUERTE DE ENRIQUE VI

La intrépida Margarita no perdió su valor, y como no se encontrase bien socorrida por Escocia, pasó a Francia a través de los barcos enemigos que cubrían el mar. Comenzaba a reinar entonces Luis XI, de quien solicitó ayuda; y aunque la falsa política de Luis se la negase, ella no se desanimó. Tomó a préstamo dinero y barcos; obtuvo al fin quinientos hombres; volvió a embarcarse; sufrió una tempestad que separó su barco de la pequeña flota; ganó la orilla inglesa; reunió fuerzas; afrontó de nuevo la suerte de las batallas, y en ellas no temió ya exponer su persona, la de su marido y la de su hijo. Dio una nueva batalla cerca de Hexham (1462); pero la perdió también. Después de esta derrota faltáronle todos los recursos. El marido huyó por una parte, y la esposa y el hijo por otra, sin criados, sin socorros, expuestos a todos los accidentes y a todas las afrentas. Enrique, en su huida, cayó en manos de sus enemigos. Se le condujo a Londres con ignominia, y se le encerró en la Torre. Margarita, menos desgraciada, huyó con su hijo a Francia, junto a Renato de Anjou, su padre, que no podía hacer otra cosa sino compadecerla.

El joven Eduardo IV, colocado en el trono por Warwick, liberado por él de todos sus enemigos y dueño de la persona de Enrique reinaba pacíficamente. Pero en cuanto se encontró tranquilo, se mostró ingrato. Warwick, que le servía de padre, se encontraba en Francia tratando el matrimonio de este príncipe con Bonne de Saboya, hermana de la esposa de Luis XI. A punto ya de terminar las negociaciones, Eduardo vio a Isabel Woodville, viuda del caballero Gray, se enamoró de ella, casáronse en secreto, y al fin la declaró reina sin comunicárselo a Warwick (1465). Con la conciencia de haberle ofendido, se apartó de él, lo separó de los consejos, y lo convirtió en enemigo irreconciliable. Warwick, cuya habilidad igualaba a su audacia, empleó una y otra en vengarse. Sedujo al duque de Clarence, hermano del rey; armó a Inglaterra, y ya no era el partido de la *rosa roja* contra la *rosa blanca:* la

guerra civil era entre el rey y su vasallo irritado. Sucediéronse rápidamente los combates, las treguas, las negociaciones, las traiciones. (1470) Warwick arrojó al fin de Inglaterra al rey que él mismo había hecho, fue a la Torre de Londres a sacar de su encierro a aquel Enrique VI a quien había destronado, y lo repuso en el trono. Le llamaban el *hacedor de reyes*. Los parlamentos no eran sino los órganos de la voluntad del más fuerte. Warwick hizo convocar uno que restableció pronto a Enrique VI en todos sus derechos, y que declaró usurpador y traidor al mismo Eduardo IV a quien, pocos años antes, había atribuido la corona. Pero todavía no había llegado el fin de esta larga y sangrienta tragedia. Eduardo IV, refugiado en Holanda, tenía partidarios en Inglaterra, a donde volvió tras de siete meses de exilio. Su partido le abrió las puertas de Londres, y Enrique, juguete de la fortuna, apenas restaurado, fue enviado una vez más a la Torre. Su esposa Margarita de Anjou, siempre dispuesta a vengarle, y siempre fecunda en recursos, pasaba por entonces a Inglaterra con su hijo el príncipe de Gales. Al llegar, se enteró de su nueva desgracia. Warwick, que tanto la había perseguido, era su defensor, y marchaba contra Eduardo: era un resto de esperanza para la desventurada reina. Pero apenas había sabido la nueva prisión de su marido, cuando un segundo correo le llevó la noticia, a la costa, de que Warwick acababa de ser muerto en un combate, y que Eduardo IV era vencedor (1471).

Asombra que una mujer osase todavía tentar fortuna, después de tal cúmulo de desgracias. Su extraordinario valor le hizo encontrar recursos y amigos. Todo el que tuviese un partido en Inglaterra estaba seguro, al cabo de cierto tiempo, de encontrar su bando fortificado por el odio contra la corte y contra el ministro. Esto fue en parte lo que le valió un nuevo ejército a Margarita de Anjou después de tantos reveses y derrotas. Apenas si había provincia inglesa en la que no hubiese combatido. Las riberas del Saverne y el parque de Tewkesbury fueron el campo de su última batalla. Margarita mandaba sus tropas, llevando consigo entre las filas de soldados al príncipe de Gales (1471). El combate fue empeñado; pero al fin Eduardo IV quedó victorioso.

En el desorden de la derrota, no viendo a su hijo, y solicitando en vano noticias suyas, la reina perdió el conocimiento, permaneciendo durante largo tiempo desmayada, en un carro; y cuando recuperó el sentido fue para ver a su hijo prisionero y a su vencedor Eduardo IV ante ella. Separaron a la madre y al hijo, siendo aquélla conducida a Londres, a la Torre, donde estaba el rey su marido.

En tanto que se llevaban a la madre, Eduardo se volvió hacia el príncipe de Gales y le preguntó: "¿Quién os hizo tan osado, para que así entréis en mis estados?" "He venido a los estados de mi padre —respondió el príncipe—, para vengarle y para salvar de vuestras manos mi herencia." Eduardo, irritado, le cruzó el rostro con su manopla; y los historiadores dicen que los mismos hermanos de Eduardo, el duque de Clarence, que había vuelto a su gracia, y el duque de Gloucester, acompañados de algunos señores, se arrojaron entonces como bestias feroces sobre el príncipe de Gales, y lo acribillaron. Cuando los primeros de una nación son así, ¿cómo será el pueblo? No se perdonó la vida a ningún prisionero, y al fin se decidió la muerte de Enrique VI.

El respeto que, aun en aquellos tiempos feroces, se había tenido durante más de cuarenta años a la virtud del monarca, había detenido hasta entonces las manos de los asesinos. Pero después de haber asesinado así al príncipe de Gales se respetó menos al rey. Se pretende que el mismo duque de Gloucester, más tarde Ricardo III, que había manchado sus manos con la sangre del hijo, fue en persona a la Torre de Londres a asesinar al padre (1471). Tal horror puede ser cierto, sin que sea verosímil; a menos que, como dice el ingenioso M. Walpole, el duque de Gloucester hubiese recibido de Eduardo IV, su hermano, el título de verdugo oficial. Se le perdonó la vida a Margarita de Anjou, porque se esperaba que los franceses pagarían su rescate. En efecto, cuando cuatro años después, Eduardo, pacificado su reino, pasó a Calais para hacer la guerra a Francia, y Luis XI consiguió que volviese a Inglaterra a fuerza de dinero, por un tratado vergonzoso, Luis, en este acuerdo, rescató a la heroína por cincuenta mil escudos, que eran bastantes para unos ingleses empobrecidos por las guerras de Francia y por sus turbulencias domésticas. Margarita de Anjou, después de haber sostenido en doce batallas los derechos de su marido y de su hijo, (1482) murió como la reina, esposa y madre más desventurada de Europa; y, de no haber sido por el asesinato del tío de su marido, la más venerable.

CAPITULO CXVII

CONTINUACIÓN DE LAS AGITACIONES DE INGLATERRA BAJO EDUARDO IV, BAJO EL TIRANO RICARDO III, Y HASTA EL FIN DEL REINADO DE ENRIQUE VII

Eduardo IV reinó en paz. El triunfo de la *rosa blanca* era completo, y su dominio estaba cimentado con la sangre de casi todos los príncipes de la *rosa roja*. No hay nadie que, considerando la conducta de Eduardo IV, no se imagine a un bárbaro preocupado únicamente de sus venganzas. Pero, sin embargo, era un hombre entregado a los placeres, y absorbido por las intrigas amorosas tanto como por las del Estado. No hubiese tenido necesidad de ser rey para agradar. La naturaleza le había creado el hombre más hermoso y el más enamorado de su tiempo; y por un contraste extraño, había puesto en un corazón tan sensible una inclinación hacia la barbarie que daba horror. (1477) Hizo condenar a su hermano Clarence por un motivo levísimo, no concediéndole otra gracia que la de elegir el género de muerte. Clarence pidió que le ahogasen en un tonel de vino, elección peregrina cuyo motivo no se nos alcanza. Pero lo mismo si fue ahogado en vino, que si pereció con una muerte más verosímil, resulta de ello que Eduardo era un monstruo, y que los pueblos no tenían sino lo que se merecían, al dejarse gobernar por tales malvados.

El secreto de agradar a su nación residía en hacerle la guerra a Francia. Hemos visto ya, al hablar de Luis XI,[1] cómo Eduardo pasó el mar (1475), y por medio de qué política vergonzosa compró Luis XI la retirada de este rey, menos fuerte que él, y mal afianzado en el trono. Comprar la paz a un enemigo, es proporcionarle medios de hacer la guerra. (1483) Eduardo propuso a su parlamento una nueva invasión de Francia. Jamás fue aceptado ofrecimiento alguno con un júbilo más completo. Pero cuando se preparaba a llevar a cabo esta gran empresa, murió a la edad de cuarenta y dos años (1483).

[1] Capítulo XCIV.

Como era de una constitución muy robusta, se sospechó que su hermano Ricardo, duque de Gloucester, había adelantado el fin de sus días por medio de un veneno. Y no era juzgar temerariamente al duque de Gloucester, pues este príncipe era otro monstruo capaz de cometer a sangre fría todos los crímenes.

Eduardo IV dejó dos hijos varones, el mayor de los cuales, que tenía trece años, llevó el nombre de Eduardo V. Gloucester concibió el designio de arrancar a estos niños de manos de la reina su madre, y hacerlos morir para reinar él. Primero se apoderó de la persona del rey, que se encontraba entonces en la provincia de Gales; pero necesitaba tener igualmente al duque de York, su hermano. Prodigó los juramentos y los engaños, y la débil madre entregó su segundo hijo al traidor, creyendo que dos parricidios serían más difíciles de cometer que uno solo. Gloucester hizo encerrar a los niños en la Torre, pretextando su seguridad. Pero cuando fue preciso llegar al doble asesinato, encontró un obstáculo. Lord Hastings, hombre de carácter hosco, pero adicto al joven rey, fue sondeado por los emisarios de Gloucester, y dio a entender que jamás se prestaría a tal crimen. Al ver Gloucester tal secreto en manos tan peligrosas, no vaciló un momento sobre lo que debía hacer. El consejo de Estado se encontraba reunido en la Torre, y a él asistía Hastings; Gloucester entró con unos satélites, y dirigiéndose a Lord Hastings, le dijo: "Te detengo por tus crímenes." "¿Cómo? ¿A mí, milord?", respondió el acusado. "Sí, a ti, traidor", dijo el duque de Gloucester; y en aquel momento hizo que le cortasen la cabeza en presencia del consejo.

Libre así de quien conocía su secreto, y despreciando las formas legales con que se disfrazaban en Inglaterra todos los atentados, reunió a unos desgraciados pertenecientes a la hez del pueblo, los cuales gritaron ante el ayuntamiento que querían a Ricardo de Gloucester por monarca. Un alcalde de Londres fue al día siguiente, seguido por este populacho, a ofrecerle la corona. Ricardo la aceptó, y se hizo coronar sin reunir el parlamento, y sin aducir el menor motivo como pretexto. Se contentó con difundir el rumor de que el rey Eduardo IV su hermano, había nacido de adulterio, y no tuvo escrúpulo alguno en deshonrar a su madre, que aún vivía. Tales excusas las inventaba únicamente para el vil populacho; y en cuanto a los señores del reino, no menos despreciables que el pueblo, los contenía por medio de intrigas, seducciones y amenazas.

(1483) Apenas fue coronado, cuando un tal Tirrel estranguló, según dicen, en la Torre, al joven rey y a su hermano. La nación

se enteró, y no hizo otra cosa que murmurar en secreto; ¡hasta tal punto cambian los hombres con el tiempo! Con el nombre de Ricardo III, Gloucester gozó durante dos años y medio del fruto del mayor de los crímenes que Inglaterra había visto hasta entonces, pese a lo acostumbrada que estaba a tales horrores. M. Walpole pone en duda este doble crimen. Pero en el reinado de Carlos II se encontraron los huesos de estos dos niños, precisamente en el mismo lugar en que se decía que habían sido enterrados. Tal vez en la multitud de delitos que se imputan a este tirano, haya algunos no cometidos por él; pero si se le ha hecho víctima de juicios temerarios, él es el culpable de esto. Es un hecho cierto que encerró a sus sobrinos en la Torre; como no volvieron a aparecer, sobre él recae la responsabilidad.[1]

En el breve tiempo que ocupó el trono, reunió un parlamento, por el cual osó hacer examinar su derecho. Hay épocas en que los hombres son cobardes en la proporción en que sus amos son crueles. Este parlamento declaró que la madre de Ricardo III había sido adúltera; que ni el difunto rey Eduardo IV, ni sus otros hermanos eran legítimos; que el único legítimo era Ricardo, y que por ello le pertenecía la corona con exclusión de los dos príncipes estrangulados en la Torre, pero sobre la muerte de los cuales no se daban precisiones. Los parlamentos han realizado a veces actos más crueles, pero nunca tan infames. Se necesitan siglos enteros de virtud para reparar tal cobardía.

Finalmente, al cabo de dos años y medio apareció un vengador. De todos los príncipes asesinados quedaba un solo vástago de la *rosa roja*, oculto en Bretaña. Se llamaba Enrique, conde de Richmond. No descendía de Enrique VI, sino que tenía con éste como tronco común a Juan de Gante, duque de Lancaster, hijo del gran Eduardo III; pero por línea femenina, e incluso por un matrimonio bastante equívoco de dicho Juan de Gante. Su derecho al trono era más que dudoso; pero el horror a los crímenes de Ricardo III le daba más fuerza. Todavía era muy joven cuando concibió el designio de vengar la sangre de tantos príncipes de la casa de Lancaster, de castigar a Ricardo III y de conquistar Inglaterra. Su primera tentativa fue desgraciada; y después de haber visto su partido derrotado, se encontró obligado a regresar a Bretaña para mendigar un asilo. Ricardo entró secretamente en tratos con el ministro de Francisco II, duque de Bretaña, padre

[1] Véase al final del V volumen de la *Histoire d'Angleterre*, de Lingard, una larga disertación sobre este punto. Lingard prueba la culpabilidad de Ricardo. En cuanto a los detalles del asesinato, se han sabido de los propios labios de los asesinos, Tyrrel, Forest y Dighton. (Jorge Avenel.)

éste de Ana de Bretaña que se casó con Carlos VIII y con Luis XII. El rey quería que le fuese entregado Enrique, y si bien el duque no era capaz de una cobardía, su ministro Landais sí lo era. Prometió al tirano entregarle al conde de Richmond; pero el joven príncipe huyó disfrazado, a las tierras de Anjou, adelantándose en una hora a los esbirros que le buscaban.

Carlos VIII, rey a la sazón de Francia, tenía interés en proteger a Richmond. Un nieto de Carlos VII que se encontrase en coyuntura de poder perjudicar a los ingleses, y los dejase tranquilos, faltaría al primer deber de la política. Pero Carlos VIII sólo proporcionó dos mil hombres. Este número habría sido suficiente, si el partido de Richmond hubiese sido fuerte. Pronto llegó a serlo; y el propio Ricardo, cuando supo que su rival no desembarcaba más que con esa escolta, pensó que Richmond encontraría un ejército. En su favor se armó todo el país de Gales, de donde el joven príncipe era oriundo. Ricardo III y Richmond combatieron en Bosworth, cerca de Lichfield. Ricardo llevaba la corona puesta, para que los soldados advirtiesen que combatían por su rey contra un rebelde. Pero lord Stanley, uno de sus generales, que hacía ya largo tiempo que veía con horror aquella corona usurpada por medio de tantos asesinatos, traicionó a su indigno señor y se pasó con un cuerpo de ejército al lado de Richmond (1485).

Ricardo era valiente; no tenía otra virtud; y cuando vio la batalla perdida, se arrojó furioso en medio de sus enemigos, y recibió una muerte más gloriosa de lo que merecía. Su cuerpo, desnudo y ensangrentado, encontrado en el montón de los muertos, fue llevado a la ciudad de Leicester, sobre un caballo, con la cabeza colgando de un lado y los pies de otro. Permaneció durante dos días expuesto a la vista del pueblo, el cual, recordando todos sus crímenes, no tuvo por él piedad alguna. Stanley, que le había arrancado la corona de la cabeza, cuando fue muerto, se la llevó a Enrique de Richmond.

Los victoriosos cantaron el tedéum en el campo de batalla; y tras este himno, todos los soldados, movidos de un mismo impulso, exclamaron: *¡Viva nuestro rey Enrique!* Esta jornada puso fin a los estragos ocasionados en Inglaterra por la *rosa roja* y la *rosa blanca*. El trono, hasta entonces ensangrentado y tambaleante, se afianzó y se tranquilizó al fin. Cesaron las desgracias que habían perseguido a la familia de Eduardo III; y cuando Enrique VII se desposó con una hija de Eduardo IV, reunió en su persona los derechos de los Lancaster y de los York. Habiendo sabido vencer, supo gobernar. Su reinado que fue de veinticua-

tro años, y casi siempre tranquilo, humanizó un poco las costumbres de la nación. Los parlamentos que reunió, y que respetó, hicieron sabias leyes; la justicia distributiva recuperó sus derechos; y el comercio, que había comenzado a florecer bajo el gran Eduardo III, arruinado durante las guerras civiles, comenzó a restablecerse. Inglaterra lo necesitaba. Era entonces pobre, como nos lo demuestra la gran dificultad que tuvo Enrique VII para conseguir de la ciudad de Londres un préstamo de dos mil libras esterlinas, que no equivalían ni a cincuenta mil de nuestra moneda actual. Su gusto y la necesidad le hicieron ser avaro. De haberse limitado a una juiciosa economía, hubiese sido prudente; pero una tacañería vergonzosa y sus rapiñas fiscales empañaron su gloria. Llevaba un registro secreto de todo lo que ganaba con las confiscaciones, bajeza ésta a la que jamás descendieron los grandes reyes. Cuando murió, se encontraron en sus cofres dos millones de libras esterlinas, cantidad inmensa, que hubiese sido más útil circulando entre el público que permaneciendo sepultada en el tesoro del príncipe. Pero en un país en el que el pueblo se encontraba más inclinado a hacer revoluciones que a dar dinero a sus reyes, era necesario que el rey dispusiese de un tesoro.

Su reinado fue más inquietado que turbado por dos aventuras asombrosas. La primera fue la de un mozo panadero que le disputó la corona, diciendo ser sobrino de Eduardo IV.[1] Instruido para representar este papel por un sacerdote, fue coronado rey en Dublín, en Irlanda (1487), y osó presentar batalla al rey cerca de Nottingham. Enrique, que le hizo prisionero, creyó humillar lo bastante a los facciosos poniendo a dicho rey en su cocina, donde le sirvió durante largo tiempo.

Las empresas osadas, aunque desgraciadas, suscitan con frecuencia imitadores. El ejemplo brillante incita, y se espera mejor suerte. Tenemos la prueba en los seis falsos Demetrios seguidos, de Moscovia, y tantos otros impostores. Al panadero le siguió el hijo de un judío, corredor en Amberes, que representó el papel de un personaje más importante.

Este joven judío, llamado Perkin, decía ser hijo del rey Eduardo IV. El rey de Francia, atento a fomentar todos los gérmenes de división en Inglaterra, le recibió en su corte, le reconoció y le animó; pero pronto, queriendo hacerse grato a Enrique VII, abandonó a este impostor a su destino.

La anciana duquesa viuda de Borgoña, hermana de Eduar-

[1] No tenía más que catorce años, y se llamaba Lamberto Simnel. (Jorge Avenel.)

do IV, y viuda de Carlos el Temerario, que favorecía tal impostura en su provecho, reconoció al joven judío por sobrino suyo (1493). Perkin gozó durante más largo tiempo de su trapacería que el joven panadero. Su talle majestuoso, su cortesía y su valor parecían hacerle digno del puesto que usurpaba. Se casó con una princesa de la casa de York, que siguió amándole aun después de descubierta su impostura. Tuvo las armas en la mano durante cinco años enteros; llegó a armar incluso a Escocia, y logró ayuda en sus derrotas. Pero abandonado y entregado al fin al rey (1498), condenado únicamente a prisión, y habiendo pretendido evadirse, pagó su atrevimiento con la vida. Entonces quedó anulado el espíritu faccioso, y una vez que los ingleses dejaron de ser temibles para sus monarcas, comenzaron a serlo para sus vecinos; sobre todo cuando Enrique VIII subió al trono y se encontró, a causa de la extremada economía y de la prudencia del gobierno de su padre, poseedor de un considerable tesoro, y dueño de un pueblo belicoso, y sin embargo tan sumiso como los ingleses pueden serlo.

CAPÍTULO CXVIII

IDEA GENERAL ACERCA DEL SIGLO XVI

El comienzo del siglo XVI, de cuyos primeros años hemos hablado algo, nos ofrece los más grandes hechos que se han dado en el mundo. Si consideramos los hombres que reinaban a la sazón en Europa; su gloria, su conducta, o los grandes cambios que a ellos se deben, hacen sus nombres inmortales. En Constantinopla, es un Selim poniendo bajo el dominio otomano a Siria y Egipto, que los mahometanos mamelucos habían poseído desde el siglo XIII. Después de él, es su hijo, el gran Solimán, el primero de los emperadores turcos que llega a Viena, y se hace coronar rey de Persia en Bagdad, conquistada por sus armas, haciendo temblar a la vez a Europa y Asia.

Por la misma época vemos en el Norte a Gustavo Vasa, que quiebra en Suecia el yugo extranjero, siendo elegido rey del país de que es libertador.

En Moscovia los dos Juan Basilowitz, o Basilides, libertan su patria del yugo de los tártaros de quienes era tributaria; príncipes en realidad bárbaros, y jefes de una nación más bárbara aún; pero vengadores de su país, por lo que merecen que se les cuente entre los grandes príncipes.

En España, en Alemania y en Italia, vemos a Carlos V dueño de todos estos estados bajo títulos diferentes, sosteniendo la carga de Europa, siempre en acción o en negociaciones, afortunado durante largo tiempo en la política y en la guerra, el único emperador poderoso después de Carlomagno, y el primer rey de toda España después de la conquista de los moros; oponiendo barreras al imperio otomano, haciendo reyes y una multitud de príncipes, y despojándose al fin de todas las coronas cuyo peso soporta, para ir a morir como un solitario después de haber agitado a Europa.

Su rival en gloria y en política, Francisco I, rey de Francia, menos afortunado, pero más valiente y más afable, comparte con Carlos V la simpatía y la estimación de las naciones. Vencido y

lleno de gloria, hace su reino floreciente, no obstante sus desgracias, y trasplanta a Francia las bellas artes, que habían llegado en Italia al más alto grado de perfección.

El rey de Inglaterra Enrique VIII, demasiado cruel y demasiado caprichoso para ser colocado en la categoría de los héroes, tiene, sin embargo, su lugar entre estos reyes, tanto por la revolución que llevó a cabo en el espíritu de su pueblo, como por el equilibrio que Inglaterra aprendió, en su reinado, a mantener entre los soberanos. Enrique tomó como divisa un guerrero tendiendo su arco, con estas palabras: *A quien yo defiendo, domina;* divisa que su nación ha convertido en realidad algunas veces.

El nombre del papa León X es famoso por su inteligencia, por sus costumbres amables, por los grandes hombres en el reino de las artes que han eternizado su siglo, y por el gran cambio que en su pontificado dividió a la Iglesia.

En los comienzos del mismo siglo, la religión y el pretexto de depurar la ley recibida, dos grandes instrumentos de la ambición, produjeron los mismos efectos en las riberas de África que en Alemania, y entre los mahometanos que entre los cristianos. En el dilatado imperio de Marruecos y de Fez, que se extiende hasta los desiertos de la Nigricia, se estableció un nuevo gobierno, una nueva dinastía de reyes. De este modo, Asia, África y Europa, sufrieron a la vez una revolución en las religiones; porque los persas se separaron para siempre de los turcos, y, reconociendo el mismo Dios y el mismo profeta, consumaron el cisma de Omar y de Alí. Inmediatamente después, los cristianos se dividieron entre ellos, y arrancaron al pontífice de Roma la mitad de Europa.

El mundo antiguo se encontraba vacilante, cuando el nuevo fue descubierto y conquistado por Carlos V; y el comercio quedó asegurado entre las Indias Orientales y Europa, por los barcos y las armas de Portugal.

Cortés, por una parte, sometió el poderoso imperio de México; y los Pizarro conquistaron el Perú, con menos soldados que se necesitan en Europa para sitiar una ciudad pequeña. Por otra parte, Alburquerque estableció en las Indias el dominio y el comercio de Portugal, con unas fuerzas no mucho mayores, a pesar de los reyes de las Indias, y a pesar de los esfuerzos de los musulmanes, que poseían este comercio.

La naturaleza produjo entonces hombres extraordinarios en casi todos los aspectos, sobre todo en Italia.

Otra cosa singular de este siglo ilustre, es que, pese a las guerras que la ambición suscitó y pese a las disputas de religión

que comenzaban a agitar los estados, ese mismo genio que hacía florecer las bellas artes en Roma, en Nápoles, en Florencia, en Venecia y en Ferrara, y que de allí difundía su luz por toda Europa, suavizó las costumbres de los hombres en casi todas las provincias de la Europa cristiana. Fue la galantería de la corte de Francisco I la que operó en parte tan gran cambio. Entre Carlos V y él hubo una emulación de gloria, de espíritu caballeresco y de cortesía, aun en medio de sus más enconadas discusiones; y esta emulación, que se comunicó a todos los cortesanos, prestó a este siglo un aire de grandeza y de cortesía desconocido hasta entonces. Esta cortesía brillaba aún en medio de los crímenes: era cual un vestido de oro y seda ensangrentado.

La opulencia contribuía a ello; y esta opulencia, cada vez más general, era en parte (por una curiosa revolución) la consecuencia de la pérdida funesta de Constantinopla; porque al poco tiempo todo el comercio de los otomanos fue hecho por los cristianos, que les vendían hasta la especiería de las Indias, cargándola en sus barcos en Alejandría, para llevarla a los mares de Levante. Los venecianos sobre todo hicieron este comercio no sólo hasta la conquista de Egipto por el sultán Selim, sino hasta la época en que los portugueses se convirtieron en los negociantes de las Indias.

La industria se fomentó por doquier. Marsella realizaba un activo comercio. Lyón poseyó hermosas manufacturas, y las ciudades de los Países Bajos alcanzaron un florecimiento mayor que bajo la casa de Borgoña. Las damas llamadas a la corte de Francisco I, convirtieron ésta en el centro de la magnificencia y de la cortesía. Las costumbres eran más rudas en Londres, donde reinaba un rey caprichoso y feroz; pero Londres comenzaba ya a enriquecerse por el comercio.

En Alemania, en las ciudades de Augsburgo y de Nuremberg, que distribuían las riquezas de Asia que sacaban de Venecia, se reflejaba ya el efecto de su correspondencia con los italianos. Veíanse en Augsburgo hermosas casas cuyas paredes estaban adornadas con pinturas *al fresco* al estilo veneciano. En una palabra, Europa veía apuntar la aurora de hermosos días; pero éstos fueron turbados por las tempestades que desató la rivalidad entre Carlos V y Francisco I; y las disputas religiosas, que comenzaban ya a nacer, mancharon el final de este siglo, al que hicieron horrible, introduciendo en él, al fin, una especie de barbarie que ni los hérulos, ni los vándalos, ni los hunos habían conocido jamás.

CAPÍTULO CXIX

SITUACIÓN DE EUROPA EN TIEMPO DE CARLOS V.—MOSCOVIA O RUSIA. DIGRESIÓN SOBRE LAPONIA

Antes de examinar lo que fue Europa bajo Carlos V, quiero presentar un cuadro de las distintas naciones que la componían. Hemos visto ya la situación de España, Francia, Alemania, Italia e Inglaterra. En cuanto a Turquía y sus conquistas en Siria y en África, no hablaré sino después de haber pasado revista a cuanto ocurrió de admirable y de funesto entre los cristianos: y una vez que, tras de seguir a los portugueses en sus viajes y en su comercio militar de Asia, hayamos visto en qué estado se encontraba el mundo oriental.

Comenzaré por los reinos cristianos del Norte. Empezaba por entonces a tomar forma el Estado de Moscovia o Rusia. Este imperio tan poderoso, y que cada día lo es más, no era desde el siglo XI más que un conjunto de semicristianos salvajes, esclavos de los tártaros de Kazán descendientes de Tamerlán. El duque de Rusia pagaba todos los años un tributo a estos tártaros, en dinero, en peletería y en ganado. Llevaba este tributo a pie al embajador tártaro, se prosternaba ante él, le ofrecía leche a beber; y si parte del líquido caía sobre el cuello del caballo del embajador, el príncipe estaba obligado a lamerlo. Los rusos eran, por una parte, esclavos de los tártaros; por otra, se encontraban oprimidos por los lituanos; y por Ucrania, se veían además expuestos a las depredaciones de los tártaros de Crimea, sucesores de los escitas del Quersoneso Táurico, a los cuales pagaban un tributo. Al fin, hubo un jefe llamado Juan Basilides, o hijo de Basilio, hombre de valor, que animó a los rusos, se liberó de toda servidumbre, y unió a sus estados Nevgorod y la ciudad de Moscú, que conquistó a los lituanos a fines del siglo XV. Además extendió sus conquistas por Finlandia, que siempre ha constituido un motivo de ruptura entre Rusia y Suecia.

Rusia llegó a ser entonces una gran monarquía, aunque todavía no era temible para Europa. Dicen que Juan Basilides sacó

de Moscú trescientos carros cargados de oro, de plata y de piedras preciosas. Las fábulas son siempre la historia de los tiempos poco civilizados. Los pueblos moscovitas, así como los tártaros, no poseían entonces más dinero que el que habían robado; pero, robados ellos mismos desde largo tiempo por esos tártaros, ¿qué riquezas podían tener? No poseían sino lo necesario.

La comarca de Moscú produce buen trigo que se siembra en mayo, y que se cosecha en septiembre; la tierra da algunos frutos, y también abunda la miel, como en Polonia; hay mucho ganado grande y pequeño; pero en cambio, la lana no era adecuada para ser elaborada, y como el pueblo bajo no poseía industria alguna, sus únicos vestidos eran las pieles. En Moscú no había ni una casa de piedra, y sus cabañas de madera estaban hechas con troncos de árbol cubiertos de musgo. En cuanto a sus costumbres, vivían como brutos, teniendo una idea confusa de la Iglesia griega, a la que creían perteneeer. Sus pastores los enterraban con una esquela para San Pedro y para San Nicolás, que ponían en la mano del muerto. Este era su mayor acto religioso; pero más allá de Moscú, hacia el noreste, casi todos los pueblos eran idólatras.

(1551) A partir de Juan Basilides, los zares poseyeron riquezas, sobre todo cuando otro Juan Basilowitz tomó Kazán y Astrakán a los tártaros; pero los rusos fueron siempre pobres, en tanto que esos soberanos absolutos, que hacían casi todo el comercio de su imperio y extorsionaban a cuantos habían ganado algo con que vivir, tuvieron pronto tesoros, y llegaron a desplegar una magnificencia asiática en los días solemnes. Comerciaban con Constantinopla por el mar negro, y con Polonia por Novgorod. Podían, por lo tanto, haber civilizado sus estados, pero aún no había llegado la época. Todo el norte de su imperio más allá de Moscú consistía en dilatados desiertos y en algunas habitaciones de salvajes. Ignoraban incluso que existía la vasta Siberia. Un cosaco[1] descubrió Siberia bajo Juan Basilowitz, y la conquistó como Cortés conquistó México, con algunas armas de fuego.

Los zares participaban poco en los asuntos de Europa, si exceptuamos algunas guerras contra Suecia con motivo de Finlandia, o contra Polonia por las fronteras. Ningún moscovita salía de su país; y no traficaban en ningún mar, excepto en el Ponto Euxino. Incluso el puerto de Arkángel era entonces tan desconocido como los de América. No fue descubierto hasta el año

[1] Llamado Anika. Véase, sobre este descubrimiento, la *Historia de Rusia*, de Voltaire, capítulo I.

1553, por los ingleses, que iban buscando nuevas tierras hacia el norte, siguiendo el ejemplo de los portugueses y de los españoles, que tantos nuevos establecimientos habían fundado en el Mediodía, en Oriente y en Occidente. Era preciso pasar el cabo Norte, que está en el extremo de Laponia. Se supo por experiencia que existen países en los que el sol no alumbra el horizonte durante cerca de cinco meses. En estas tierras pereció de frío y de enfermedad la tripulación entera de dos barcos, y un tercero, mandado por Chancelor, llegó al puerto de Arkángel, sobre el Dwina, cuyas orillas estaban habitadas por salvajes. Chancelor siguió por el Dwina hacia el camino de Moscú. A partir de entonces, los ingleses fueron casi los únicos dueños del comercio de Moscovia, cuyas preciosas pieles contribuyeron a enriquecerlos. Esta fue otra rama del comercio arrebatada a Venecia. Esta república, así como Génova, había tenido factorías en otro tiempo, e incluso una ciudad, en las orillas del Tanais; y después había hecho este comercio de pieles por Constantinopla. Todo el que lee la historia reflexivamente se da cuenta de que ha habido tantas revoluciones en el comercio como en los Estados.

Se estaba entonces muy lejos de imaginar que un día un príncipe ruso fundaría en unos pantanos, en el fondo del golfo de Finlandia, una nueva capital, a la que llegan todos los años alrededor de doscientos cincuenta barcos extranjeros, y que de allí partirían ejércitos que vendrían a hacer reyes en Polonia, a ayudar al imperio alemán contra Francia, a desmembrar Suecia, a tomar por dos veces Crimea, a triunfar de todas las fuerzas del imperio otomano, y a enviar flotas victoriosas a los Dardanelos.[1]

Comenzóse en esa época a conocer más a fondo la Laponia, de la que ni aún los suecos, los daneses, ni los rusos, tenían todavía sino leves nociones. Este dilatado país, vecino del polo, había sido designado por Estrabón con el nombre de Comarca de los Trogloditas y de los Pigmeos septentrionales; y nosotros hemos sabido que la existencia de la raza de los pigmeos no es una fábula. Es probable que los pigmeos meridionales hayan perecido, y que sus vecinos los hayan destruido. De este mismo modo han podido desaparecer de la faz de la tierra algunas especies humanas, así como algunas especies zoológicas. No se parecían los lapones a sus vecinos. Los hombres, por ejemplo, son altos y bien formados en Noruega; mientras que Laponia no produce más que hombres de tres codos de altura. Además, se diferencian de todos los pueblos que rodean sus desiertos en los

[1] Estas últimas palabras fueron añadidas en 1772. *(Nota de Voltaire.)*

ojos, las orejas y la nariz. Parecen pertenecer a una especie particular adaptada al clima en que habitan, que les gusta, y que a ellos solos puede gustarles. La naturaleza, que no puso los renos y los rengíferos más que en esas comarcas, parece haber producido en ellas a los lapones; y así como sus renos no han llegado allí de otra parte, tampoco los lapones parecen procedentes de otro país. No es verosímil que los habitantes de una tierra menos salvaje hayan franqueado hielos y desiertos para trasladarse a tierras tan estériles. Una familia puede ser arrojada por la tempestad a una isla desierta, y poblarla; pero no se abandonan en el continente habitaciones en las que se produce algún alimento, para ir a fijarse lejos de allí, en unas rocas cubiertas de musgo, donde no hay más alimentos que la leche de reno y el pescado. Por otra parte, de haberse trasladado a Laponia unos noruegos y unos suecos, ¿hubiesen cambiado por completo de figura? Porque los islandeses, que son tan septentrionales como los lapones, tienen una alta estatura; y los lapones, no sólo son pequeños, sino que su rostro es completamente distinto. Era, pues, una nueva especie de hombres la que aparecía, mientras que América, Asia y África nos presentaban tantas otras. La esfera de la naturaleza se iba ampliando para nosotros por todas partes, y éste es el único motivo por el que merece Laponia nuestra atención.[1]

No hablaré de Islandia, que era la Thule de los antiguos, ni de Groenlandia, ni de todas esas comarcas vecinas del polo, adonde la esperanza de descubrir un paso para América ha conducido nuestros barcos: el conocimiento de estos países es tan estéril como ellos mismos, y no entra en el plan político del mundo.

Habiendo conservado Polonia durante mucho tiempo las costumbres de los sármatas, comenzaba a ser considerada por Alemania desde que la dinastía de los Jagellones ocupaba el trono. Había pasado la época en que este país recibía un rey de mano de los emperadores, y les pagaba tributo.

El primero de los Jagellones había sido elegido rey de esta república en 1382. Era duque de Lituania, y tanto su país como él eran idólatras, o al menos lo que nosotros llamamos idólatras, lo mismo que más de un palatinado. Prometió hacerse cristiano, e incorporar Lituania a Polonia, y fue rey con estas condiciones.

Este Jagellón, que tomó el nombre de Ladislao, fue padre de

[1] Si Voltaire insiste aquí sobre la especie distinta de los lapones, es porque trata de refutar a Buffon, quien, en su *Histoire naturelle*, habla de los lapones como perteneciendo a la misma especie que los samoyedos. Véase la *Historia de Rusia*, capítulo I. (Jorge Avenel.)

aquel desventurado Ladislao, rey de Hungría y de Polonia, nacido para ser uno de los monarcas más poderosos del mundo, (1444) pero que fue derrotado y muerto en aquella batalla de Varna que el cardenal Julián le hizo dar contra los turcos, a pesar del juramento hecho, como ya hemos visto.[1]

Los dos grandes enemigos de Polonia fueron durante mucho tiempo los turcos y los religiosos caballeros teutónicos. Éstos, que se habían formado en las Cruzadas, al no poder triunfar de los musulmanes, se habían arrojado sobre los idólatras y sobre los cristianos de Prusia, provincia que los polacos poseían.

En el siglo XV, en el reinado de Casimiro, los caballeros religiosos teutónicos hicieron durante mucho tiempo la guerra a Polonia, y al fin se repartieron Prusia con ella, a condición de que el gran maestre sería vasallo del reino, y al mismo tiempo palatino, con asiento en las dietas.

Entonces, sólo estos palatinos tenían voto en los estados del reino; pero Casimiro llamó a éstos a los diputados de la nobleza, hacia el año 1460, y desde entonces conservó siempre este derecho.

Los nobles gozaron entonces de otro común con los palatinos, y fue el de no ser detenidos por ningún crimen antes de haber sido convictos jurídicamente: este derecho era el de la impunidad. Tenían además derecho de vida y muerte sobre sus campesinos, y podían matar impunemente a uno de estos siervos, con tal que dejasen unos diez escudos sobre la fosa; y cuando un noble polaco había matado a un campesino perteneciente a otro noble, la ley del honor le obligaba a darle otro. Lo humillante para la naturaleza humana es que tal privilegio subsiste aún.

Segismundo, de la dinastía de los Jagellones, que murió en 1548, era contemporáneo de Carlos V, y se le consideraba como un gran príncipe. Los polacos sostuvieron en su tiempo muchas guerras contra los moscovitas, y contra los caballeros teutónicos, cuyo gran maestre era a la sazón Alberto de Brandeburgo. Pero la guerra era lo único de que entendían los polacos, que no conocían el arte, que se perfeccionaba por entonces en la Europa meridional. Combatían sin orden, no tenían plazas fortificadas, y su caballería constituía, como hoy, toda su fuerza.

Descuidaban el comercio. Las salinas de Cracovia se descubrieron en el siglo XIII, y constituyeron una de las riquezas del país. El tráfico del trigo y de la sal se había abandonado en manos de los judíos y de los extranjeros, que se enriquecían mer-

[1] Capítulo LXXXIX.

ced a la orgullosa ociosidad de los nobles y a la esclavitud del pueblo. Había ya en Polonia más de doscientas sinagogas.

De una parte, esta administración era en cierto aspecto una imagen de la antigua organización política de los francos, de los moscovitas y de los hunos; de otra, se asemejaba a la de los antiguos romanos, en que cada noble tenía el derecho de los tribunos de la plebe, de poder oponerse a las leyes del senado con la sola palabra *veto;* y este poder, extendido a todos los gentileshombres y llevado hasta el derecho de anular por un solo voto todos los votos de la república, llegó a convertise en la prerrogativa de la anarquía. El tribuno era el magistrado del pueblo romano, mientras que el gentilhombre no es sino un miembro, un súbdito del Estado; no siendo el derecho de este miembro otro que el de perturbar todo el cuerpo; pero este derecho está tan enraizado en el amor propio, que el medio más seguro de ser despedazado sería proponer en una dieta la abolición de este uso.

No había en Polonia más título que el de noble, lo mismo que en Suecia, en Dinamarca y en todo el Norte; los de duque y conde son recientes e imitados de los de Alemania; pero estos títulos no llevan aparejado poder especial alguno, siendo toda la nobleza igual. Los palatinos, que arrebataban la libertad al pueblo, estaban preocupados únicamente en defender la suya contra su rey. Aunque la dinastía de los Jagellones reinó durante largo tiempo, estos príncipes no fueron jamás ni absolutos por sus facultades, ni reyes por derecho de nacimiento; fueron siempre elegidos como los jefes del Estado, y no como los amos. En el juramento prestado por los reyes en su coronación, se decía expresamente, "que pedían a la nación que los destronase si no observaban las leyes que habían jurado".

No era cosa fácil conservar siempre el derecho de elección,[1] manteniendo constantemente la misma familia en el trono; pero como los reyes no poseían fortalezas, ni disponían del tesoro público, ni de los ejércitos, la libertad no recibió jamás menoscabo alguno. El Estado no le concedía entonces al rey más que un millón cien mil libras de las nuestras al año para mantener su dignidad. El rey de Suecia no dispone hoy de tanto. El emperador no recibe nada; es a su propia costa "el jefe del universo cristiano" *caput orbis christiani;* mientras que la isla de la Gran Bretaña da a su rey unos veintitrés millones para su lista civil. La venta del trono ha llegado a ser en Polonia la más importante fuente del dinero que circula por el Estado. La capitación de los

[1] Este párrafo existe desde 1756; la nota de Voltaire es póstuma. (Beuchot.)

judíos, que constituye uno de sus más considerables ingresos, no asciende a más de ciento veinte mil florines del país.[1]

Por lo que se refiere a sus leyes, no tuvieron ninguna escrita en su lengua hasta 1552. Los nobles, siempre iguales entre sí, se gobernaban de acuerdo con las decisiones adoptadas en sus asambleas, que constituyen la ley verdadera todavía vigente, y el resto de la nación ni siquiera cuida de informarse de lo decidido. Como estos poseedores de tierras son los dueños de todo, y los cultivadores son esclavos, es también a estos únicos poseedores a quienes pertenecen los bienes de la Iglesia. Lo mismo sucede en Alemania; pero en Polonia se trata de un ley expresa y general, en tanto que en Alemania no es sino un uso establecido, uso muy contrario al cristianismo, pero conforme con el espíritu de la constitución germánica. En Roma, organizada de distinto modo, ha existido siempre la ventaja de que, lo mismo en la época de sus reyes y de sus cónsules que en estos últimos tiempos de la monarquía pontificia, no se ha cerrado jamás la puerta de los honores al simple mérito.

Los reinos de Suecia, Dinamarca y Noruega, eran electivos, sobre poco más o menos como Polonia. En Dinamarca eran esclavos los labradores; pero en Suecia tenían asiento en las dietas del Estado, y voto en la regulación de los impuestos. Jamás pueblos vecinos se profesaron antipatía más violenta que los suecos y los daneses. Sin embargo, estas naciones rivales llegaron a componer un solo Estado por la famosa unión de Calmar, a fines del siglo XIV.

Como un rey de Suecia, llamado Alberto, hubiese querido apoderarse de la tercera parte de las granjas del reino, sus súbditos se sublevaron. Margarita Valdemar, hija de Valdemar III, *la Semíramis del Norte*, aprovechó estas turbulencias, y se hizo reconocer como reina de Suecia, de Dinamarca y de Noruega (1395). Dos años después unió estos reinos, que debían ser gobernados perpetuamente por un mismo soberano.

Cuando se recuerda que hubo un tiempo en que unos simples piratas daneses, llevando sus armas victoriosas por casi toda Europa, conquistaron Inglaterra y Normandía, y vemos a continuación que Suecia, Noruega y Dinamarca reunidas no constituyen una amenaza seria para sus vecinos, se hace patente que sólo se realizan conquistas de pueblos cuando están mal gobernados. Las ciudades hanseáticas, Hamburgo, Lubeck, Dantzig, Rostock, Lu-

[1] Todo esto fue escrito hacia 1760: y ocurre con frecuencia que, mientras se está hablando de la organización de un Estado, dicha organización ha cambiado. *(Nota de Voltaire.)*

neburgo y Wismar, podían resistir a aquellos tres reinos porque eran más ricas. Incluso la ciudad de Lubeck hizo por sí sola la guerra a los sucesores de Margarita Valdemar. Esta unión de tres reinos, que tan hermosa parece a primera vista, fue el origen de sus desgracias.

Había en Suecia un primado, arzobispo de Upsala, y seis obispos, que tenían sobre poco más o menos la misma autoridad que en Alemania y en otros lugares habían adquirido la mayoría de los eclesiásticos. El arzobispo de Upsala sobre todo era, así como el primado de Polonia, la segunda persona del reino; y sabido es que todo aquél que es segundo quiere siempre ser el primero.

(1452) Sucedió que, cansados del yugo danés, los Estados de Suecia eligieron rey, de común acuerdo, al gran mariscal Carlos Knutsson, de una casa que aún subsiste.

No menos cansados del yugo de los obispos, ordenaron que se hiciese una investigación de los bienes de que la Iglesia se había apoderado a favor de las turbulencias. El arzobispo de Upsala, llamado Juan de Salstad, asistido por seis obispos de Suecia y por el clero, excomulgó al rey y al senado en una misa solemne; depositó sus ornamentos sobre el altar, y, tomando una coraza y una espada, salió de la iglesia para iniciar la guerra civil. Los obispos la prosiguieron durante siete años, y a partir de entonces todo fue una anarquía sangrienta y una guerra perpetua entre los suecos, que querían tener un rey independiente, y los daneses, que dominanban casi siempre. El clero, unas veces armado a favor de la patria, y otras contra ella, excomulgaba, combatía y saqueaba. Más le hubiera valido a Suecia haber permanecido pagana que convertirse en cristiana a tal precio.

Finalmente habiendo vencido los daneses en el reino de Juan, hijo de Cristián I, y como los suecos después de sometidos se sublevasen, este rey Juan hizo que su senado de Dinamarca diese una sentencia contra el de Suecia, por la que se condenaba a todos los senadores suecos a perder su nobleza y sus bienes (1505). Y lo más curioso es que hizo confirmar esta sentencia por el emperador Maximiliano, y que este emperador escribió a los Estados de Suecia "que habían de obedecer; pues de no ser así, él procedería contra ellos según las leyes del imperio". No comprendo cómo el abate de Vertot ha olvidado, en sus *Révolutions de Suède*, un hecho tan importante, diligentemente recogido por Puffendorf.

Este hecho demuestra que los emperadores alemanes, lo mismo que los papas, han pretendido siempre una jurisdicción universal. Además, se demuestra que el rey danés trataba de halagar

a Maximiliano, de quien obtuvo, en efecto, la hija para su hijo Cristián II. He aquí como se fundan los derechos. La cancillería de Maximiliano escribía a los suecos, como la de Carlomagno hubiese escrito a los pueblos de Benevento o de la Guyena. Pero era preciso disponer de ejércitos y del poderío de Carlomagno.

Después de la muerte de su padre, Cristián II adoptó medidas diferentes, y en lugar de pedir una sentencia a la Cámara imperial obtuvo de Francisco I, rey de Francia, tres mil hombres. Jamás hasta entonces habían intervenido los franceses en las diferencias entre países del Norte. Es verosímil que Francisco I, que aspiraba al imperio, quisiese tener el apoyo de Dinamarca. Las tropas francesas combatieron en Suecia bajo el mando de Cristián, pero fueron muy mal recompensadas: despedidas sin paga alguna, y perseguidas en su camino de regreso por los campesinos, no volvieron a Francia ni trescientos hombres; consecuencia corriente entre nosotros de toda expedición a tierras lejanas.

Cuando tratemos del luteranismo veremos qué clase de tirano era Cristián, uno de cuyos crímenes originó su castigo, por el que perdió tres reinos. Acababa de concertar un acuerdo con un administrador creado para los estados de Suecia, y cuyo nombre era Sten Sture. Cristián parecía temer menos a este administrador que al joven Gustavo Vasa, sobrino del rey Knutsson, príncipe de un valor intrépido, héroe e ídolo de Suecia. Cristián fingió que quería conferenciar con el administrador en Estocolmo, y pidió que le llevasen a su flota, en la rada de la ciudad, al joven Gustavo y a otros seis rehenes.

(1518) Apenas estuvieron en su barco, los hizo encadenar, y se dirigió a Dinamarca con su presa. Entonces lo preparó todo para una guerra declarada, en la cual intervenía Roma; y ahora vamos a ver cómo entró en ella, y cómo fue engañada.

Trolle, arzobispo de Upsala, cuyas crueldades referiré cuando trate del luteranismo, elegido por el clero, confirmado por León X, y ligado por sus intereses con Cristián, había sido depuesto por los Estados de Suecia (1517), y condenado a hacer penitencia en un monasterio. Los Estados fueron excomulgados por el papa según el estilo corriente; y esta excomunión, que no era nada por sí misma, era mucho por los ejércitos de Cristián.

Vivía entonces en Dinamarca un legado del papa llamado Arcemboldi, que había vendido las indulgencias en los tres reinos, siendo tal su habilidad, y tal la imbecilidad de los pueblos, que había sacado cerca de dos millones de florines de estos países, que eran los más pobres de Europa. Iba a enviar el dinero a

Roma, cuando Cristián se apoderó de él para hacer la guerra a los excomulgados, según decía. La guerra le dio la victoria: fue reconocido rey, y se restableció al arzobispo Trolle.

(1520) Fue después de este restablecimiento cuando el rey y su primado dieron en Estocolmo aquella fiesta siniestra en la que hicieron degollar al senado entero y a muchos ciudadanos. Mientras tanto Gustavo se había escapado de su prisión, y había pasado a Suecia. Allí se vio obligado a esconderse durante algún tiempo en las montañas de Dalecarlia, disfrazado de campesino. Llegó incluso a trabajar en las minas, bien fuese para asegurar su subsistencia o para disimularse mejor. Al fin se dio a conocer a aquellos hombres rudos, que detestaban tanto más la tiranía, cuanto que su rústica sencillez desconocía toda política. Siguiéronle, y Gustavo Vasa se vio pronto al frente de un ejército. El uso de las armas de fuego no era conocido aún por aquellos hombres rudos y era poco familiar para el resto de los suecos, y esto era lo que había dado siempre a los daneses la superioridad. Pero Gustavo, empeñando su crédito, hizo comprar mosquetes en Lubeck, y pronto pudo combatir con armas iguales.

Lubeck no sólo proporcionó armas, sino que envió tropas, sin las cuales le hubiera costado a Gustavo mucho trabajo triunfar. Como vemos, el destino de Suecia dependía de una simple ciudad de mercaderes. Cristián se encontraba entonces en Dinamarca, y todo el peso de la guerra contra el libertador hubo de sostenerlo el arzobispo de Upsala. Finalmente, cosa que no es corriente que suceda, triunfó el partido más justo; Gustavo, después de unas aventuras desgraciadas, venció a los lugartenientes del tirano, y se hizo dueño de una parte del país.

Furioso Cristián, que desde hacía tiempo tenía en su poder, en Copenhague, a la madre y a la hermana de Gustavo (1521), cometió un acto que, aun después de lo que hemos visto en él, parece de una atrocidad casi increíble. Se dice que hizo arrojar a las dos princesas al mar, metidas cada una en un saco. Hay autores, sin embargo, que dicen que se contentó con amenazarlas con tal suplicio.

Este tirano sabía vengarse, pero no sabía combatir. Asesinaba a mujeres, y no se atrevía a ir a Suecia a enfrentarse con Gustavo. No menos cruel con sus daneses que con sus enemigos, pronto se hizo tan execrable al pueblo de Copenhague como a los suecos.

Los daneses, que tenían entonces la facultad de elegir sus reyes, poseían también el derecho de castigar a un tirano. Los primeros que renunciaron al dominio de Cristián fueron los de

Jutlandia, del ducado de Schlesvick, y de la parte del Holstein que pertenecía a Cristián. Su tío Federico, duque de Holstein, aprovechóse del justo levantamiento del pueblo. La fuerza apoyó al derecho, y todos los habitantes de lo que fuera otrora el Quersoneso Címbrico notificaron al tirano el acta de su deposición autentificada por el primer magistrado de Jutlandia.

Este intrépido hombre de ley atrevióse a llevarle a Cristián su sentencia al mismo Copenhague; y el tirano, que veía bamboleante el resto del Estado, odiado por sus propios oficiales y perdida la confianza en todo el mundo, recibió en su palacio, como un criminal, la sentencia que un solo hombre desarmado le notificaba. Hay que conservar para la posteridad el nombre de este magistrado: se llamaba Mons. "Mi nombre —decía— debería estar escrito sobre la puerta de todos los malos príncipes." Dinamarca obedeció la sentencia. No existe ejemplo de una revolución más justa, más rápida y más pacífica. (1523) El rey se degradó a sí mismo, huyendo y refugiándose en Flandes, en los Estados de su cuñado Carlos V, cuyo socorro imploró durante largo tiempo.

Su tío Federico fue elegido en Copenhague rey de Dinamarca, de Noruega y de Suecia; pero en cuanto a esta última no tuvo más que el título. Gustavo Vasa, que había tomado por entonces Estocolmo, fue elegido rey por los suecos, y supo defender el reino que había libertado. Cristián, con su arzobispo Trolle errante como él, hizo al cabo de algunos años una tentativa para recuperar algunos de sus Estados. Contaba con los recursos que proporcionan siempre los descontentos de un nuevo reinado. Los encontró en Dinamarca y en Suecia, y pasó con ellos a Noruega. El nuevo rey Gustavo comenzaba por entonces a sacudir el yugo de la religión romana en algunas de sus provincias, y el rey Federico permitía que los daneses lo cambiasen. Cristián declaraba ser buen católico; pero como no era ni mejor príncipe, ni mejor general, ni más querido, su esfuerzo fue inútil.

Abandonado pronto por todo el mundo, se dejó llevar a Dinamarca, y terminó sus días en la prisión (1532). El emperador Carlos V, su cuñado, que hacía estremecerse a Europa entera, no fue lo bastante poderoso para ayudarle. En cuanto al arzobispo Trolle, que dominado por su ambición inquieta había armado la ciudad de Lubeck contra Dinamarca, murió de sus heridas más gloriosamente que Cristián, dignos uno y otro de un fin más trágico.

Gustavo, libertador de su país, gozó bastante pacíficamente de su gloria, y fue el primero que hizo conocer a las naciones

extranjeras todo el peso que podía aportar Suecia a los asuntos de Europa, en una época en que la política europea tomaba un nuevo aspecto, y en la que se comenzaba a tratar de establecer el equilibrio del poder.

Francisco I hizo una alianza con él, y a pesar de todo lo luterano que era Gustavo, le envió el collar de su orden no obstante no permitirlo los estatutos. Gustavo se ocupó durante el resto de su vida de organizar el Estado. Necesitaba usar de toda su prudencia para que la religión que había destruido no alterase su gobierno. Los dalecarlianos, que habían sido los primeros en ayudarle a subir al trono, fueron también los primeros en suscitarle dificultades. Su hosca rudeza los inclinaba a los antiguos usos de su Iglesia; y eran católicos del mismo modo que eran bárbaros: por nacimiento y por educación. Puede juzgarse esto por una súplica que presentaron, en la que pedían que el rey no usase indumentaria cortada a la moda de Francia, y que se quemase a todos los ciudadanos que comiesen carne los viernes; porque esto era lo único en lo que distinguían a los católicos de los luteranos.

El rey sofocó todos estos movimientos, y afianzó hábilmente su religión conservando los obispos, y disminuyendo sus rentas y su poder. Las antiguas leyes del Estado fueron respetadas (1544); hizo que los Estados declarasen a su hijo Federico sucesor suyo, e incluso obtuvo que la corona no saliese de su casa, a condición de que, si su estirpe se extinguiese, los Estados recobrarían su derecho de elección, y que, si no quedaba más que una princesa, recibiría una dote sin que pudiese pretender la corona.

He aquí en qué situación se encontraban los asuntos del Norte en tiempos de Carlos V. Las costumbres de todos estos pueblos eran sencillas, pero rudas: cuanto menos virtuosos, eran más ignorantes. Los títulos de conde, de marqués, de barón, de caballero, así como la mayoría de los símbolos creados por la vanidad, no habían penetrado entre los suecos, y muy poco entre los daneses; pero también ignoraban los inventos útiles. No tenían ni comercio regular, ni manufacturas; y fue Gustavo Vasa quien, al sacar a los suecos de su oscuridad, animó también a los daneses con su ejemplo.

Hungría se gobernaba enteramente como Polonia, eligiendo sus reyes en sus dietas. El palatino de Hungría tenía la misma autoridad que el primado polaco, y además era árbitro entre el rey y la nación. Tal había sido antiguamente el poder o el derecho del palatino del imperio, del mayordomo de palacio en Francia y del Justicia de Aragón. Vemos, pues, que la autoridad

de los reyes empezaba a ser moderada en todas las monarquías: se querían monarcas, pero no déspotas.

Los nobles tenían los mismos privilegios que en Polonia, en cuanto a la impunidad y a la absoluta disposición de sus siervos: la plebe era esclava. La fuerza del Estado residía en la caballería, compuesta por los nobles y su séquito, y la infantería era una turba de campesinos desordenados que combatían desde la época que sigue a la siembra hasta la de la siega.

Recordaréis que fue hacia el año 1000 cuando Hungría recibió el cristianismo.[1] Esteban, jefe de los húngaros, que quería ser rey, puso a contribución para ello la fuerza y la religión. El papa Silvestre II le dio el título de rey, e incluso de rey apostólico. Hay autores que pretenden que fue Juan XVIII o XIX quien confirió a Esteban estos dos honores en 1003 o en 1004. Pero no constituyen tales disquisiciones el objeto de mi investigación. Me basta con considerar que si los papas pretendían exigir tributos de Hungría era basándose en el pretexto de haber dado aquel título por una bula; y era precisamente en virtud de este dictado de *apostólico* por lo que los reyes de Hungría pretendían dar todos los beneficios del reino.

Como vemos, existen prejuicios por los que se gobiernan los reyes y las naciones enteras. El jefe de una nación guerrera como Hungría no se había atrevido a tomar el título de rey sin el permiso del papa. Este reino y el de Polonia se encontraban organizados según el modelo del imperio alemán. Sin embargo, los reyes de Polonia y Hungría, que al fin otorgaron títulos de conde, no se atrevieron jamás a hacer duques, y lejos de usar el título de *majestad*, se les llamaba entonces *vuestra excelencia* únicamente.

Los emperadores consideraban a Hungría como un feudo del imperio, pues en efecto, Conrado el Sálico había recibido un homenaje y un tributo del rey Pedro; y los papas, por su parte, sostenían que eran ellos los que debían dar esta corona, por haber sido los primeros que habían llamado con el título de *rey* al jefe de la nación húngara.

Y ahora es preciso que nos remontemos por un momento al tiempo en que la casa de Francia, que dio reyes a Portugal, a Inglaterra y a Nápoles, vio también sus vástagos en el trono de Hungría.

Encontrándose el trono vacante, hacia el año 1200, el emperador Rodolfo de Habsburgo dio su investidura a su hijo Alberto de Austria, como si hubiese dado un feudo ordinario. El papa

[1] Capítulo XLIII.

Nicolás IV, por su parte, confirió el reino como un beneficio al nieto de aquel famoso Carlos de Anjou, hermano de San Luis, rey de Nápoles y de Sicilia. Este sobrino de San Luis se llamaba Carlos Martel, y pretendía el reino porque su madre, María de Hungría, era hermana del rey húngaro últimamente fallecido. Pero en los pueblos libres no es título bastante para reinar el ser pariente de sus reyes, y Hungría no tomó por señor ni aquél que nombraba el emperador, ni el que le daba el papa; y eligió a Andrés, llamado *el Veneciano* porque se había casado en Venecia, príncipe que además era de sangre real. Hubo excomuniones y guerras; pero después de su muerte y después de la de su competidor Carlos Martel, se ejecutó la sentencia del tribunal de Roma.

(1303) Bonifacio VIII, cuatro meses antes de que la afrenta que recibió del rey de Francia le hiciese, como dicen, morir de pesadumbre, gozó del honor de ver defender ante él, como ya hemos dicho,[1] la causa de la casa de Anjou. María, reina de Nápoles, habló en persona ante el consistorio; y Bonifacio dio Hungría al príncipe Cariberto, hijo de Carlos Martel, y nieto de María.

(1306) Este Cariberto fue, pues, rey por la gracia del papa, sostenido por su partido y por su espada. En su reinado, Hungría llegó a ser más poderosa que los emperadores, que la consideraban como un feudo. Cariberto reunió Dalmacia, Croacia, Servia, Transilvania y Valaquia, provincias desmembradas del reino con el transcurso del tiempo. Un hijo de Cariberto llamado Luis, hermano de aquel Andrés de Hungría, a quien la reina Juana de Nápoles, su esposa, hizo estrangular, acrecentó aún más el poderío de los húngaros. Pasó al reino de Nápoles para vengar el asesinato de su hermano, y ayudó a Carlos de Durazzo a destronar a Juana, aunque no colaboró en la cruel muerte con que Durazzo hizo perecer a esta reina.[2] De regreso en Hungría, adquirió una gloria legítima, pues fue justo; hizo leyes prudentes, y abolió las pruebas del hierro candente y del agua hirviendo, tanto más acreditadas cuanto que los pueblos eran más rudos.

Está probado que apenas si ha habido un gran hombre a quien no le gustasen las letras. Este príncipe cultivaba la geometría y la astronomía y fomentaba las demás artes. A este espíritu filosófico, tan raro entonces, es a quien hay que atribuir la abolición de las pruebas supersticiosas. Un rey que conocía la sana razón, era un prodigio en estos climas. Su valor igualó a sus demás

[1] Capítulo LXIII.
[2] Véase capítulo LXIX.

cualidades. Su pueblo lo amó, los extranjeros lo admiraron; y hacia el final de su vida, los polacos le eligieron por su rey (1370). Reinó felizmente cuarenta años en Hungría, y doce en Polonia. Los pueblos le dieron el nombre de *Grande*, del que era digno. Sin embargo, es casi ignorado en Europa, quizá porque no reinó sobre hombres que supiesen trasmitir su gloria a las demás naciones. ¿Quién sabe que en el siglo XIV hubo un Luis el Grande allá por los montes Cárpatos?

Tan querido fue, que los Estados eligieron (1382) a su hija María, que aún no era núbil, y la llamaron María-rey, título que han vuelto a dar en nuestros días a la hija del último emperador de la casa de Austria.[1]

Todo esto nos demuestra que si en los reinos hereditarios hay motivos para quejarse de los abusos del despotismo, los Estados electivos se encuentran expuestos a mayores borrascas, y que incluso la libertad, beneficio tan natural y tan estimado, ha originado a veces grandes desgracias. La joven María-rey estaba siendo gobernada, así como el Estado, por su madre Isabel de Bosnia; y como los señores estuviesen descontentos de ella, ejercitaron su derecho a poner la corona sobre otras sienes. Diéronsela, pues, a Carlos de Durazzo, llamado el *Pequeño*, descendiente en línea recta del hermano de San Luis, que reinó en las Dos Sicilias (1386). Carlos marchó de Nápoles a Buda, donde fue coronado solemnemente y reconocido como rey por la misma Isabel.

He aquí ahora uno de esos sucesos extraños sobre los que las leyes permanecen mudas, y que permiten abrigar la duda de si no será un crimen castigar el crimen mismo. Isabel y su hija María, tras de haber vivido en toda la buena armonía que era posible con aquél que poseía su corona, le invitaron a su palacio y le hicieron asesinar en su presencia. Sublevaron al pueblo en su favor, y la joven María, gobernada como siempre por su madre, recuperó la corona.

(1389) Algún tiempo después, Isabel y María, que viajaban por la Hungría baja, cometieron la imprudencia de pasar por las tierras de un conde de Hornac, Ban* de Croacia. Este Ban era lo que se llama en Hungría *conde supremo*, que manda los ejércitos y administra justicia. Era partidario del rey asesinado; pero con todo, ¿le estaba permitido vengar la muerte de su rey? Él no lo pensó, y pareció apegarse a la justicia en la crueldad de su

[1] María Teresa, hija de Carlos VI.

* Ban: palabra eslava que significa señor, y que equivalía al título de margrave. Era una especie de gobernador general o primera autoridad en los países eslavos. *(N. del T.)*

venganza. Habiendo hecho enjuiciar a las dos reinas, mandó ahogar a Isabel, y encarceló a María como menos criminal.

Por aquella misma época, Segismundo, que después fue emperador, entraba en Hungría para casarse con la reina María. El Ban de Croacia se creyó lo bastante poderoso y se mostró lo bastante osado para llevarle en persona aquella reina a cuya madre había mandado ahogar. Parece ser que creyó no haber hecho más que un acto de justicia severa; pero Segismundo, que no lo estimó así, lo hizo atenacear y morir en los tormentos. Su muerte irritó a la nobleza húngara, y este reinado no fue sino una serie de levantamientos y de banderías.

Se puede reinar sobre muchos estados, y no ser un príncipe poderoso. Segismundo fue a la vez emperador, rey de Bohemia y de Hungría. Pero en Hungría fue derrotado por los turcos, y encarcelado en cierta ocasión por sus súbditos sublevados. En Bohemia estuvo casi en continua guerra contra los husitas; y en el imperio, su autoridad fue casi siempre mediatizada por los privilegios de los príncipes y de las ciudades.

El yerno de Segismundo, Alberto de Austria, fue desde 1438 el primer príncipe de esta casa que reinó en Hungría. Como Segismundo, fue emperador y rey de Bohemia; pero no reinó más que tres años. Este reinado tan corto fue el origen de las divisiones intestinas que, unidas a las irrupciones de los turcos, han despoblado Hungría y la han convertido en una de las comarcas más desgraciadas de la tierra.

Los húngaros, que seguían siendo libres, no quisieron por rey a un niño que dejaba Alberto de Austria, y eligieron a aquel Wladislao, o Ladislao, rey de Polonia, a quien ya hemos visto[1] perder la batalla de Varna, y con ella la vida (1444).

(1440) Federico III de Austria, emperador de Alemania, que se decía rey de Hungría aunque no lo fue jamás, llevóse a Viena al hijo de Alberto de Austria, a quien llamaré Ladislao Alberto, para distinguirlo de tantos otros; mientras el famoso Hunyadi resistía en Hungría a Mahomet II, vencedor de tantos estados. Este Juan Hunyadi no era rey, pero era un general amado por una nación libre y guerrera, y jamás rey alguno fue tan absoluto como él.

Después de su muerte, la corona de Hungría recayó en la casa de Austria, al ser elegido Ladislao Alberto, quien hizo perecer por mano del verdugo a uno de los hijos de Juan Hunyadi, vengador de la patria. Pero en los pueblos libres nunca queda

[1] Capítulo LXXXIX.

impune la tiranía, y Ladislao Alberto de Austria fue derribado de un trono que manchara con tan preclara sangre, y pagó su crueldad.

Todavía quedaba un hijo del gran Hunyadi: Matías Corvino, a quien los húngaros no pudieron librar sino a fuerza de dinero del poder de la casa de Austria. Matías Corvino combatió con el emperador Federico III, a quien arrebató Austria, y con los turcos, a quienes arrojó de la Hungría alta.

Después de su muerte, ocurrida en 1490, la casa de Austria trató siempre de unir Hungría a sus demás estados. El emperador Maximiliano, que volvió a Viena, no pudo obtener este reino, el cual fue adjudicado a un rey de Bohemia, llamado también Ladislao, y a quien designaré con el nombre de Ladislao de Bohemia.

Al elegirse así los húngaros sus reyes, restringían siempre su autoridad, a ejemplo de los nobles polacos, y de los electores del imperio. Pero hay que confesar que los nobles de Hungría eran unos tiranuelos que no querían ser tiranizados. Su libertad era una independencia funesta, y reducían el resto de la nación a una esclavitud tan miserable que todos los habitantes del campo se levantaron contra unos amos tan duros. Esta guerra civil, que duró cuatro años, debilitó todavía más este desgraciado reino. Al fin triunfó la nobleza, que además de estar mejor armada que el pueblo, poseía todo el dinero; y la solución de la guerra consistió en doblar las cadenas del pueblo, que todavía es realmente esclavo de sus señores.

Un país durante tan largo tiempo devastado, y en el que no quedaba más que un pueblo esclavo y descontento, bajo el poder de unos amos casi siempre divididos, no podía seguir resistiendo él solo a los ejércitos de los sultanes turcos; y por eso, cuando el joven Luis II, hijo de Ladislao de Bohemia y cuñado del emperador Carlos V, quiso oponerse a los esfuerzos de Solimán, Hungría entera no pudo, en tan acuciante necesidad, proporcionarle un ejército de treinta mil combatientes. Un franciscano llamado Tomori, general de este ejército en el que había cinco obispos, prometió la victoria al rey Luis. (1526) El ejército quedó deshecho en la famosa batalla de Mohacs; el rey pereció en ella, y Solimán, vencedor, recorrió todo este desgraciado reino, del que se llevó más de doscientos mil cautivos.

En vano la naturaleza colocó en este país minas de oro, así como los tesoros más efectivos del trigo y de los viñedos; y en vano crea allí hombres robustos, arrogantes e inteligentes: no se veía en todo él casi más que un dilatado desierto, unas ciudades

destruidas, unos campos de los que una parte se cultivaba con las armas en la mano; unos pueblos subterráneos, en los que los habitantes se sepultaban con sus granos y sus bestias, y un centenar de fortalezas cuyos poseedores disputaban la soberanía a los turcos y a los alemanes.

Existían además otros hermosos países de Europa, devastados, sin cultivo, deshabitados; tales como la mitad de Dalmacia, el norte de Polonia, las riberas del Tanais y la fértil comarca de Ucrania, mientras se estaban buscando tierras en un nuevo universo y en los confines del antiguo.

En este cuadro de la organización política del Norte, no debo olvidar a Escocia, de la que volveré a hablar cuando trate de la religión.

Escocia pertenecía algo más que el resto al sistema europeo, ya que esta nación, enemiga de los ingleses, que querían dominarla, era aliada de Francia desde hacía largo tiempo. No les costaba mucho a los reyes de Francia armar a los escoceses. Sabemos que Francisco I no envió más que treinta mil escudos (que equivalen a trescientas veinte mil libras francesas actuales) al partido que debía hacer declarar la guerra a los ingleses (1543). En efecto, Escocia es tan pobre que hoy, que está unida a Inglaterra, no paga más que la cuadragésima parte de los subsidios de los dos reinos.[1]

Un estado pobre vecino de un estado rico es, a la larga, venal. Pero mientras esta provincia no se vendió, fue temible. Los ingleses, que subyugaron tan fácilmente Irlanda bajo Enrique II, no pudieron dominar en Escocia. Eduardo III, gran guerrero y hábil político, la domeñó, pero no pudo conservarla. Siempre existió entre los escoceses y los ingleses una enemistad y una envidia semejante a la que vemos hoy entre los portugueses y los españoles. En Escocia reinaban los Estuardos desde 1370. Jamás casa alguna fue tan infortunada. Jacobo I fue asesinado por sus súbditos, tras de haber estado prisionero en Inglaterra durante dieciocho años. (1460) Jacobo II encontró la muerte en una desgraciada expedición a Roxborough, a la edad de veintinueve años. (1488) Jacobo III, cuando no tenía aún los treinta y cinco, fue muerto por sus súbditos en batalla campal. (1513) Jacobo IV, yerno del rey de Inglaterra Enrique VII, pereció a los treinta y nueve años en una batalla contra los ingleses, después de un reinado muy desgraciado. (1542) Jacobo V murió en la flor de su edad, a los treinta años.

[1] Esto se escribía en 1740. *(Nota de Voltaire.)*

Ya veremos[1] a la hija de Jacobo V, más desventurada que todos sus predecesores, aumentar el número de las reinas muertas por mano del verdugo. Jacobo VI, su hijo, no fue rey de Escocia, de Inglaterra y de Irlanda, sino para provocar, por su debilidad, las causas de las revoluciones que hicieron caer la cabeza de Carlos I en un cadalso, que hicieron penar a Jacobo VII en el destierro, y que todavía mantienen a esta familia infortunada errante lejos de su patria.[2] La época menos funesta para esta casa fue la de Carlos V y de Francisco I, cuando reinaba Jacobo V, padre de María Estuardo, y después de su muerte tuvo la regencia del reino su viuda María de Lorena, madre de aquélla. Las turbulencias no comenzaron hasta esta regencia de María de Lorena; y su primer pretexto fue, como veremos, la religión.

No ampliaré más este examen de los reinos del Norte en el siglo XVI. Ya he expuesto la situación de las relaciones entre Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y España, así como un conocimiento preliminar de los asuntos del Norte y del Mediodía. Es preciso estudiar más detenidamente lo que era entonces el imperio.

[1] Capítulo CLXIX.

[2] Voltaire alude aquí a Carlos Eduardo, cuyo manifiesto radactó él en 1745.

CAPÍTULO CXX

ALEMANIA Y EL IMPERIO EN LOS SIGLOS XV Y XVI

Subsistía el nombre de Imperio de Occidente, aunque hiciera ya largo tiempo que apenas si era otra cosa que un título oneroso; y bien debía parecerlo, cuando el ambicioso Eduardo III, a quien se lo ofrecieron los electores, (1348) no lo quiso aceptar. El emperador Carlos IV, considerado como el legislador del imperio, no pudo obtener del papa Inocencio VI y de los barones romanos el permiso de hacerse coronar emperador en Roma, sino a condición de no dormir en la ciudad. Su famosa *Bula de oro* puso algún orden en la anarquía de Alemania. Esta ley, que se consideró como fundamental, y que ha sido derogada después, fijó el número de electores. En su época, las ciudades imperiales tuvieron voz deliberante en las dietas. Todas las ciudades de Lombardía eran realmente libres, y el imperio no conservaba sobre ellas sino derechos. Tanto en Alemania como en Lombardía cada señor siguió siendo soberano en sus tierras durante todos los reinados siguientes.

Los tiempos de Wenceslao, de Ruperto, de Jobst y de Segismundo, fueron tiempos oscuros en los que no se ve huella alguna de la majestad del imperio, excepto en el concilio de Constanza, convocado por Segismundo, y en el que se presentó en toda su gloria, pero del que salió con la vergüenza de haber violado el derecho de gentes dejando quemar a Juan Hus y a Jerónimo de Praga.

Los emperadores no tenían ya dominios; se los habían cedido a los obispos y a las ciudades, unas veces para conseguir su apoyo contra los señores de los grandes feudos, y otras para obtener dinero. No les quedaba más que la subvención de los *meses romanos*, impuesto que no se pagaba más que en tiempo de guerra y para la vana ceremonia de la coronación y del viaje a Roma. Era, pues, absolutamente necesario elegir un jefe poderoso por sí mismo, y esto fue lo que hizo pasar el cetro a la casa de Austria. Se necesitaba un príncipe cuyos estados pudiesen, por una

parte, comunicarse con Italia, y por otra resistir a las invasiones de los turcos. Alemania encontraba esta doble ventaja en Alberto II, duque de Austria, rey de Bohemia y de Hungría; y esto fue lo que hizo que la dignidad imperial quedase fijada en su casa; y el trono fue hereditario sin dejar de ser electivo. Alberto y sus sucesores fueron elegidos porque poseían grandes dominios; y Rodolfo de Habsburgo, tronco de esta casa, lo fue porque carecía de ellos. La razón es obvia: Rodolfo fue elegido en una época en que las casas de Sajonia y de Suabia habían hecho temer el despotismo; y Alberto II en unos días en que se creía a la casa de Austria lo bastante fuerte para defender el imperio, y no lo suficiente para avasallarlo.

Federico III obtuvo el imperio por tal motivo. Alemania permaneció durante su reinado inactiva y pacífica. No fue tan poderosa como hubiese podido serlo; y ya hemos visto que Federico estaba muy lejos de ser *soberano de la cristiandad*, como reza su epitafio.

No siendo todavía más que rey de los romanos, Maximiliano I inició la carrera más gloriosa, por la victoria de Guinegaste, en Flandes, obtenida sobre los franceses, y por el tratado del 1492, que le aseguró el Franco Condado, el Artois y el Charolais (1476). Pero como no sacaba nada de los Países Bajos, que pertenecían a su hijo Felipe el Hermoso, nada de los pueblos de Alemania, y poca cosa de sus estados oprimidos por Francia, jamás hubiese tenido influencia en Italia de no haber sido por la liga de Cambray, y por Luis XII, que trabajó para él.

(1508) Primero, el papa y los venecianos le impidieron que acudiese a Roma a hacerse coronar, y él hubo de tomar el título de *emperador electo*, al no poder ser emperador coronado por el papa (1513). Después de la liga de Cambray, hubo de recibir una soldada de cien escudos diarios del rey de Inglaterra Enrique VIII. Tenía en sus estados de Alemania hombres con los que se podía combatir a los turcos; pero no tenía los tesoros con los que Francia, Inglaterra e Italia combatían entonces.

Alemania había llegado a ser realmente una república de príncipes y de ciudades, aunque su jefe hablase en sus edictos como dueño absoluto del universo. En el año 1500 estaba dividida en diez círculos;[1] y los directores de estos círculos eran príncipes soberanos, estando pagados los generales y los coroneles de estos círculos por las provincias y no por el Emperador. Esta organi-

[1] Estos diez círculos eran: Austria, Baviera, Suabia, Franconia, Alto Rin, el Palatinado del Rin, Westfalia, Baja Sajonia, Alta Sajonia y Borgoña. (Jorge Avenel.)

zación, que unía todas las partes de Alemania, aseguraba su libertad. La cámara imperial, que juzgaba en última instancia, pagada por los príncipes y por las ciudades, y no residiendo en los dominios particulares del monarca, era otro apoyo de la libertad pública. Es cierto que jamás podía ejecutar sus sentencias contra grandes príncipes, a menos de que Alemania la secundase; pero aun este abuso de la libertad probaba su existencia. Y esto es tan cierto que el tribunal áulico, que se formó en 1512, y que sólo dependía de los emperadores, fue pronto el más firme apoyo de su autoridad.

Bajo esta forma de gobierno, Alemania era entonces más dichosa que ningún otro Estado del mundo. Poblada por una nación guerrera y capaz de los más grandes trabajos militares, no parecía que los turcos pudiesen llegar nunca a subyugarla. Su tierra es lo bastante buena y está lo bastante bien cultivada para que sus habitantes no tuviesen que buscar otras, como antiguamente; y no eran ni lo bastante ricos, ni lo bastante pobres, ni estaban lo bastante unidos, para conquistar toda Italia.

Pero ¿cuál era entonces el derecho sobre Italia y sobre el imperio romano? El mismo que el de los Otones y el de la casa imperial de Suabia; el mismo que había costado tanta sangre, y que había experimentado tantas alteraciones desde que Juan XII, patricio de Roma y papa a la vez, en lugar de despertar el valor de los antiguos romanos, cometió la imprudencia de llamar a los extranjeros. Roma sólo podía arrepentirse de ello; y a partir de entonces hubo siempre una guerra sorda entre el imperio y el sacerdocio, lo mismo que entre los derechos de los emperadores y las libertades de las provincias de Italia. El título de César no era más que una fuente de derechos discutidos, de disputas indecisas, de grandeza aparente y de debilidad real. Había pasado ya el tiempo en que los Otones hacían reyes y les imponían tributos. Si el rey de Francia Luis XII se hubiese entendido con los venecianos, en lugar de combatirlos, es probable que jamás habrían vuelto a Italia los emperadores. Pero necesariamente, por las divisiones de los príncipes italianos, y por la índole del gobierno pontifical, una gran parte de este país había de ser siempre presa de los extranjeros.

CAPÍTULO CXXI

USOS DE LOS SIGLOS XV Y XVI, Y ESTADO DE LAS BELLAS ARTES

Hemos visto que en Europa apenas si quedaban soberanos absolutos. Antes de Carlos V, los emperadores no habían osado aspirar al despotismo. Los papas eran mucho más dueños de Roma que antes, pero menos de la Iglesia. Las coronas de Hungría y de Bohemia eran todavía electivas, así como todas las del Norte; y la elección supone necesariamente un contrato entre el rey y la nación. Los reyes de Inglaterra no podían ni hacer leyes, ni abusar de ellas sin el concurso del parlamento. En Castilla, Isabel había respetado los privilegios de las Cortes, que son los Estados del reino. Fernando el Católico no había podido anular en Aragón la autoridad del Justicia, que se creía con derecho a juzgar a los reyes. Únicamente Francia, desde Luis XI, se había convertido en un estado puramente monárquico: gobierno afortunado cuando un rey como Luis XII reparó por su amor hacia su pueblo todos los errores que había cometido con los extranjeros; pero el peor gobierno de todos bajo un rey débil o malo.

El orden general de Europa se había perfeccionado, en cuanto que las guerras particulares entre los señores feudales no estaban ya permitas en ninguna parte por las leyes; pero se conservaba la costumbre de los duelos.

Los decretos de los papas, siempre prudentes, y además siempre útiles a la cristiandad en cuanto no concernía a sus intereses personales, anatematizaban estos combates; pero muchos obispos los permitían. Los parlamentos de Francia los ordenaban algunas veces como lo prueba el de Legris y Garrouge en el reinado de Carlos VI. Después hubo muchos duelos jurídicos. El mismo abuso se encontraba también apoyado en Alemania, en Italia y en España, por formas que se consideraban esenciales. No se dejaba, sobre todo de confesarse y de comulgar antes de disponerse al asesinato. El buen caballero Bayardo hacía decir siempre una misa cuando iba a batirse en duelo. Los combatientes elegían un padrino, a quien se encomendaba el cuidado de darles armas iguales, y sobre todo

de ver si no llevaban algunos hechizos; pues no había nada tan crédulo como un caballero.

A veces estos caballeros salían de sus países para ir a buscar un duelo en otro, sin más motivo que el deseo de señalarse. (1414) Sabemos que el duque Juan de Borbón hizo declarar "que pasaría a Inglaterra con dieciséis caballeros para combatir a muerte, con objeto de evitar la ociosidad, y para merecer la gracia de la muy bella a quien sirve".

Los torneos,[1] aunque condenados todavía por los papas, estaban en uso por doquier. Se les seguía llamando *Ludi gallici,* porque Godofredo de Preuilly había redactado sus leyes en el siglo XI. Más de cien caballeros habían muerto en estos juegos, y no dejaban de estar en boga. Esto es lo que ya hemos dicho con detalle en el capítulo de los torneos.

El arte de la guerra, el orden de los ejércitos y las armas ofensivas y defensivas eran también distintas a las de hoy.

El emperador Maximiliano había puesto en uso las armas de la falange macedónica, que eran picas de dieciocho pies; los suizos las utilizaron en las guerras del Milanesado, pero las cambiaron por el espadón que se manejaba con las dos manos.

Los arcabuces habían llegado a ser un arma ofensiva indispensable contra aquellos baluartes de acero de que cada jinete iba cubierto. Apenas si había casco y coraza a prueba de estos arcabuces. La gendarmería, a la que llamaban *la batalla,* combatía lo mismo a pie que a caballo: la de Francia, en el siglo XV, era la más estimada.

La infantería alemana y la española se reputaban las mejores. Casi en todas partes se había abolido el grito de alarma. En la guerra, como en la indumentaria, ha habido modas.

En cuanto al gobierno de los Estados, vemos en esta época que los jefes de casi todos los reinos eran cardenales. En España es un Jiménez,* en el reinado de Isabel; que, después de la muerte de su reina, es regente, y que, vestido siempre de franciscano, pone su orgullo en pisotear con sus sandalias el orgullo español; que organiza un ejército a su propia costa, lo lleva a África, y toma Orán; y que finalmente es absoluto, hasta que el joven Carlos V le hace regresar a su arzobispado de Toledo, y morir de dolor.

Vemos a Luis XII dirigido por el cardenal de Amboise; Francisco I tiene como ministro al cardenal Duprat; Enrique VIII

[1] Véase el capítulo XCIX, *De los Torneos. (Nota de Voltaire.)*
* Jiménez de Cisneros. *(N. del T.)*

está sometido durante veinte años al cardenal Wolsey, hijo de un carnicero, hombre tan fastuoso como Amboise, que como él quiso ser papa, y que tampoco lo logró. Carlos V tomó por ministro suyo en España a su preceptor el cardenal Adriano, a quien después hizo papa; y el cardenal Granvela gobernó después Flandes. El cardenal Martinusius fue dueño en Hungría en el reinado de Fernando, hermano de Carlos V.

Si tantos eclesiásticos rigieron Estados completamente militares, no es tan sólo porque los reyes se fiasen con más facilidad de un sacerdote, que no les atemorizaba, que de un general del ejército, al que temían; sino, además, porque estos hombres de Iglesia eran con frecuencia más instruidos y tenían más preparación para los asuntos públicos que los generales y los cortesanos.

Fue en este siglo cuando los cardenales, súbditos de los reyes, comenzaron a tener primacía sobre los cancilleres. Disputábansela a los electores, y la cedían en Francia y en Inglaterra a los cancilleres de estos reinos, y era ésta una contradicción más que las costumbres orgullosas habían introducido en la república cristiana. Los registros del parlamento de Inglaterra dan fe de que el canciller Warham precedió al cardenal Wolsey hasta el año 1516.

El título de *majestad* comenzaba a dársele a los reyes,[1] cuya jerarquía se encontraba fijada en Roma. El emperador tenía, indiscutiblemente, derecho a los primeros honores. Después de él venía el rey de Francia, sin competidor ninguno; Castilla, Aragón, Portugal y Sicilia, alternaban con Inglaterra, y tras ellas venían Escocia, Hungría, Navarra, Chipre, Bohemia y Polonia. Dinamarca y Suecia eran las últimas. Estas precedencias originaron después violentas disputas. Casi todos los reyes han querido ser iguales; pero ninguno le ha disputado jamás el primer puesto a los emperadores, quienes lo conservaron aún perdiendo su poder.

Todos los usos de la vida civil diferían de los nuestros. El jubón y la manteleta eran la indumentaria de todas las cortes. Los hombres de justicia llevaban en todas partes la toga larga y estrecha, y los comerciantes, una túnica pequeña que les llegaba a media pierna.

En el reinado de Francisco I no había en París más que dos coches, uno para la reina y el otro para Diana de Poitiers: hombres y mujeres iban a caballo.

Las riquezas habían aumentado hasta tal punto que Enrique VIII, rey de Inglaterra, prometió en 1519 una dote de trescientos treinta y tres mil escudos de oro a su hija María, que iba

[1] Véase el capítulo XCIV.

a casarse con el primogénito de Francisco I: jamás se había dado dote tan grande.

La entrevista de Francisco I y de Enrique fue celebrada durante mucho tiempo a causa de su magnificencia. El campo en que se llevó a cabo fue llamado el *campo del paño de oro;* pero esta suntuosidad pasajera y este alarde de lujo no suponía esa magnificencia general y esas comodidades de uso, tan superiores a la pompa de un día, y que son hoy tan corrientes. La industria no había trocado en palacios suntuosos las cabañas de madera y yeso que formaban las calles de París; Londres estaba todavía peor construido, y la vida en esta ciudad era más dura. Los más grandes señores llevaban a sus mujeres al campo a la grupa de su caballo: así era como viajaban todas las princesas, cubiertas con una capa de tela encerada en la época de lluvias; y no se iba de otro modo al palacio de los reyes. Este uso se conservó hasta mediados del siglo XVII. La magnificencia de Carlos V, de Francisco I, de Enrique VIII y de León X no era más que para los días solemnes; hoy los espectáculos diarios, la multitud de carrozas doradas, los millares de faroles que iluminan durante la noche las grandes ciudades, constituyen un espectáculo más hermoso y revelan más abundancia que las más brillantes ceremonias de los monarcas del siglo XVI.

En la época de Luis XII se comenzaban a substituir las pieles valiosas por los tejidos de oro y de plata que se fabricaban en Italia: todavía no los había en Lyón. La orfebrería era tosca, y como Luis XII la hubiese prohibido en su reino por una ley suntuaria inoportuna, los franceses traían sus objetos de plata de Venecia. Los orfebres de Francia quedaron reducidos a la pobreza, y Luis XII revocó juiciosamente la ley.

Francisco I, que se hizo ahorrativo al final de su vida, prohibió los tejidos de oro y de seda. Enrique III renovó esta prohición; pero si estas leyes hubiesen sido observadas, las manufacturas de Lyón se habrían arruinado. Lo que movió a dictar tales leyes es que la seda se traía del extranjero. En el reinado de Enrique II no se permitieron vestiduras de seda más que a los obispos. Los príncipes y las princesas gozaron de la prerrogativa de usar vestidos rojos, de seda o de lana. (1563) Finalmente, sólo los príncipes y los obispos tuvieron derecho a llevar zapatos de seda.

Todas estas leyes suntuarias no prueban otra cosa sino que el gobierno careció siempre de amplitud de miras, y que les pareció a los ministros más fácil proscribir la industria que fomentarla.[1]

[1] Toda ley suntuaria es injusta por sí misma. Si los hombres se han reunido en sociedad ha sido para el mantenimiento de sus derechos, y no

Las moreras no se cultivaban todavía más que en Italia y en España, y el oro tirado no se fabricaba más que en Venecia y en Milán. A pesar de ello, las modas francesas pasaban ya a las cortes de Alemania y de Inglaterra, y a Lombardía. Los historiadores italianos se quejan de que después de la expedición de Carlos VIII gustaban los italianos de vestirse a la francesa, y hacer venir de Francia todo cuanto servía para el adorno.

El papa Julio II fue el primero que se dejó crecer la barba, para inspirar, por esta singularidad, un nuevo respeto a los pueblos. Francisco I, Carlos V, y todos los demás reyes siguieron este ejemplo, adoptado inmediatamente por sus cortesanos. Pero los hombres de leyes, siempre apegados a las antiguas costumbres, sean éstas las que fueren, seguían haciéndose afeitar, en tanto que los jóvenes guerreros conservaban el aspecto de la gravedad y de la vejez. Esta es una pequeña observación, pero que tiene su lugar en la historia de los usos y costumbres.

Mucho más digna de la atención de la posteridad, y que debe prevalecer sobre todas esas costumbres introducidas por el capricho, sobre todas esas leyes abolidas por el tiempo, y sobre las querellas de los reyes que pasan con ellas, es la gloria de las artes, que jamás pasará. Esta gloria estuvo, durante todo el siglo XVI,

para dar a los demás el de atentar contra la libertad de que debe gozar cada individuo de vestirse, de alimentarse y de alojarse a su capricho; en una palabra, de hacer de su propiedad el uso que quiera, siempre que este uso no lesione el derecho de nadie.

Las leyes suntuarias han sido muy corrientes en las naciones antiguas, y tuvieron por origen la envidia de los ciudadanos pobres a los ricos, o la política de los mismos ricos, que no querían que los hombres de su partido disipasen en frivolidades unas riquezas que podían emplearse en el acrecentamiento del poderío común. Los antiguos, que, en muchas de sus instituciones políticas, han mostrado una sagacidad y una profundidad de intenciones que hoy admiramos con razón, ignoraban los verdaderos principios de la legislación, y no tenían en cuenta la justicia. Creían que la voluntad pública tiene derecho a exigir todo de los individuos, y a someterlos a todo; opinión falsa, peligrosa, funesta a los progresos de la civilización y de las luces, y que todavía subsiste en no escasa medida entre nosotros.

La historia ha demostrado que todas las leyes suntuarias de los antiguos y de los modernos han sido en todas partes, después de un tiempo muy breve, abolidas, eludidas u olvidadas: la vanidad inventará siempre más maneras de distinguirse que las que puedan prevenir las leyes.

El único medio permitido de atacar el lujo por las leyes, y al mismo tiempo el único realmente eficaz, es el de tratar de establecer la mayor igualdad posible entre las fortunas, por el reparto equitativo de las herencias, la destrucción o la restricción del derecho de testar, y la libertad de toda especie de comercio y de industria; y estas leyes son las que, independientemente del deseo de abolir el lujo, la justicia, la razón y la naturaleza aconsejarán a todo legislador ilustrado. (Kehl.)

circunscrita a Italia. No hay nada que haga recordar tanto a la antigua Grecia; porque si las artes florecieron en Grecia en medio de las guerras exteriores y civiles, tuvieron en Italia la misma suerte; y casi todo tendió en Italia a su perfección en tanto que los ejércitos de Carlos V saqueaban Roma, que Barbarroja asolaba las costas, y que las discusiones de los príncipes y de las repúblicas agitaban el interior del país.

Italia tuvo en Guicciardini su Tucídides, o más bien su Jenofonte, ya que a veces mandó el ejército en las guerras que después relató. En ninguna provincia de Italia hubo oradores como los Demóstenes, los Pericles o los Esquines. El gobierno no tenía casi parte alguna en esta especie de mérito. El del teatro, aunque muy inferior a lo que fue después la escena francesa, podía ser comparado con la escena griega, a la que hacía revivir. En las comedias del Ariosto hay verdad, naturalidad y vis cómica de buena ley; y sólo la *Mandrágora* de Maquiavelo vale quizá más que todas las obras de Aristófanes. Maquiavelo, por otra parte, era un excelente historiador, con el cual un ingenio como Aristófanes no puede compararse de ningún modo. El cardenal Bibiena había hecho revivir la comedia griega; y Trissino, arzobispo de Benevento,[1] la tragedia, en los comienzos del siglo XVI. Ruccelai siguió pronto los pasos del arzobispo Trissino. En Venecia se traducían las mejores obras de Plauto; y se las traducía en verso, como deben serlo, ya que fue en verso, como Plauto las escribió. Se representaron con éxito en los teatros de Venecia, y en los conventos donde se cultivaban las letras.

Al imitar los italianos a los trágicos griegos y a los cómicos latinos, no los igualaron; pero hicieron de la pastoral un género nuevo en el que carecían de guías, y en el que nadie los ha sobrepasado. *La Aminta* del Tasso, y el *Pastor Fido* de Guarini, son todavía el encanto de cuantos entienden la lengua italiana.

Casi todas las naciones cultivadas de Europa sintieron entonces la necesidal del arte teatral, que congrega a los ciudadanos, suaviza las costumbres, y conduce a la moral por el placer. Los españoles se acercaron algo a los italianos; pero no pudieron llegar a hacer ninguna obra regular. En Inglaterra hubo un teatro, pero era todavía más salvaje. Shakespeare dio fama a este teatro a fines del siglo XVI. Su genio se abrió paso en medio de la barbarie, como Lope de Vega en España. Lástima es que haya más barbarie que genio en las obras de Shakespeare. ¿Por qué se saben hoy de memoria, en Estocolmo y en Petersburgo, escenas enteras del *Pastor*

[1] Trissino no era eclesiástico.

Fido, y por qué ninguna obra de Shakespeare ha podido cruzar el mar? Es porque lo bueno se busca en todas las naciones. Un pueblo que contase con tragedias, cuadros y una música únicamente de su gusto, que fuesen censurados por los demás pueblos civilizados, no podría nunca lisonjearse en justicia de poseer buen gusto.

Los italianos se destacaron sobre todo en los grandes poemas de largo aliento: género tanto más difícil cuanto que la uniformidad de la rima y de las estancias, a que se sometieron, parecía que debía ahogar el genio.

Si se ponen, sin prejuicio, en la balanza la *Odisea* de Homero con el *Orlando* del Ariosto, el italiano triunfa en todos los aspectos, teniendo ambos el mismo defecto: la intemperancia de la imaginación y lo increíble de la ficción novelesca. El Ariosto ha compensado este defecto con alegorías tan reales, con sátiras tan agudas, con un conocimiento tan profundo del corazón humano, con las gracias de lo cómico sucediendo sin cesar a las pinturas terribles, y finalmente, con unas bellezas innumerables de todo género, que ha encontrado el secreto de crear un monstruo admirable.

Con respecto a la *Ilíada*, que cada lector se pregunte lo que pensaría si leyese por primera vez este poema y el del Tasso, ignorando los nombres de los autores y las épocas en que estas obras fueron compuestas, y no tomando en fin por juez sino su placer. ¿Podría dejar de dar en todos los sentidos la preferencia al Tasso? ¿No encontraría en el italiano más lógica, interés, variedad, precisión, gracia, y esa suavidad que realza lo sublime? Dentro de algunos siglos, quizás ni siquiera se haga la comparación.

Parece indudable que la pintura alcanzó, en este siglo XVI, una perfección que los griegos no habían conocido jamás; ya que no sólo carecían de esa variedad de colores que los italianos emplearon, sino que además ignoraban el arte de la perspectiva y del claroscuro.

La escultura, arte más fácil y más limitado, fue en el que los griegos sobresalieron, y la gloria de los italianos consiste en haberse acercado a sus modelos. En la arquitectura los sobrepasaron; y, según confesión de todas las naciones, nada ha sido jamás comparable al templo principal de Roma moderna, el más bello, el más grande, el más atrevido que se ha construido en el universo.

La música no fue bien cultivada hasta después de ese siglo XVI; pero hay sobrados motivos para creer que es muy superior a la de los griegos, que no han dejado monumento alguno por el cual se pueda sospechar que cantasen a varias voces.

El grabado en estampas, inventado en Florencia a mediados

del siglo xv, era un arte completamente nuevo, a la sazón en proceso de perfeccionamiento. Los alemanes tenían la gloria de haber inventado la imprenta, casi por el tiempo en que se conoció el grabado; y, sólo con ello, multiplicaron los conocimientos humanos. No es cierto, como dicen los autores ingleses de la *Historia Universal*, que Fausto* fuese condenado al fuego por el parlamento de París como brujo; pero sí es verdad que sus agentes fueron acusados de magia, cuando vinieron a París a vender los primeros libros impresos. Es únicamente una triste prueba de la tosca ignorancia que dominaba en aquella época, y que ni aun el arte de la imprenta pudo disipar en mucho tiempo. (1474) El parlamento hizo recoger todos los libros que uno de los agentes de Maguncia había llevado; todo lo cual hemos visto ya en el capítulo dedicado a Luis XI.[1]

No hubiese hecho esto en una época más ilustrada; pero tal es la suerte de las corporaciones, aun las más prudentes, cuando no tienen otras reglas que sus antiguos usos y sus formulismos: todo lo que es nuevo les asusta. Se oponen a todas las artes nacientes, a todas las verdades contrarias a los errores de su infancia, a todo lo que no se adapta al gusto antiguo y a la antigua forma. Fue este mismo espíritu el que hizo que el mismo parlamento se resistiese durante largo tiempo a la reforma del calendario; que prohibiese enseñar más doctrina que la de Aristóteles; que proscribiese el uso del emético; que se necesitasen varios mandatos reales para obligarle a registrar las cartas de pairía de un Montmorency; que se negase durante algún tiempo a la fundación de la Academia francesa, y que, finalmente, se opusiese en nuestros días a la vacuna y a la venta de la *Enciclopedia*.

Como ningún miembro de una corporación responde las deliberaciones de ésta, las opiniones menos razonables se aceptan a veces sin oposición; por esto dice el duque de Sully en sus Memorias que "si la sabiduría descendiese a la Tierra, preferiría instalarse en una sola cabeza a hacerlo en las de todo un grupo".

Luis XI, que no podía ser un mal rey cuando no estaban en juego sus intereses, y cuyo discernimiento era superior cuando no le cegaban sus pasiones, quitóle al parlamento el conocimiento de este asunto; no toleró que Francia quedase para siempre deshonra-

* Cfr. Mme. de Staël: *De l'Allemagne*, cap. XXIII: "Varios autores ingleses han escrito sobre la vida de este mismo doctor Fausto, e incluso algunos le atribuyen la invención de la imprenta." *(N. del T.)*

[1] Voltaire no dice de ningún modo eso en el capítulo XCIV; pero lo dice en la *Historia del Parlamento*, al final del capítulo XI.

da por la proscripción de la imprenta, e hizo pagar a los artistas de Maguncia el valor de sus libros.

La verdadera filosofía no comenzó a iluminar a los hombres hasta finales del siglo XVI. Galileo fue el primero que hizo hablar a la física el lenguaje de la verdad y de la razón; y un poco antes, en la frontera de Polonia, Copérnico había descubierto el verdadero sistema del universo. Galileo no sólo fue el primer buen físico, sino que escribió tan elegantemente como Platón, y tuvo sobre el filósofo griego la ventaja incomparable de no decir sino cosas ciertas e inteligibles. La manera como fue tratado este gran hombre por la Inquisición, al final de su vida, habría hecho recaer una vergüenza eterna sobre Italia, si esta vergüenza no hubiese sido borrada por la gloria misma de Galileo. Una congregación de teólogos declaró en un decreto dado en 1616, que la opinión de Copérnico, expuesta tan claramente por el filósofo florentino, era "no sólo herética por lo que se refiere a la fe, sino absurda en filosofía". Esta sentencia dada contra una verdad probada después de tantas maneras, es un testimonio decisivo de la fuerza de los prejuicios. Hubo de enseñar a aquéllos que sólo disponen del poder, a callarse cuando la filosofía habla, y a no intervenir en decisiones sobre lo que no cae bajo su jurisdicción. Galileo fue condenado después por el mismo tribunal, en 1633, a la prisión y a la penitencia, y fue obligado a retractarse de rodillas. Su sentencia fue realmente más suave que la de Sócrates; pero no es menos vergonzosa para la mentalidad de los jueces de Roma que la condena de Sócrates lo fue para la ilustración de los jueces de Atenas: quiere la suerte del género humano que la verdad sea perseguida no bien comienza a apuntar. En el siglo XVI, la filosofía, a la que siempre se le ponían trabas, no pudo conseguir tantos progresos como las bellas artes.

Las disputas religiosas que agitaron los espíritus en Alemania, en el Norte, en Francia y en Inglaterra, retrasaron los progresos de la razón en lugar de apresurarlos: unos ciegos que combatían entre sí con furor no podían encontrar el camino de la verdad, y estas querellas no fueron sino una enfermedad más del espíritu humano. Las bellas artes continuaron floreciendo en Italia, porque el contagio de las controversias apenas si penetró en este país; y sucedió que mientras se estaban degollando en Alemania, en Francia y en Inglaterra, por cosas que no se entendían, Italia, tranquila después del asombroso saqueo de Roma por el ejército de Carlos V, cultivó las artes más que nunca. Las guerras de religión habían dejado en todas partes ruinas; pero, tanto en Roma como en muchas otras ciudades italianas, la arquitectura se señalaba por pro-

digios. Diez papas seguidos contribuyeron casi sin interrupción a la edificación de la basílica de San Pedro, y fomentaron las demás artes: no se veía nada semejante en el resto de Europa. En suma, la gloria del genio perteneció entonces sólo a Italia, así como en otro tiempo había correspondido a Grecia.

Un centenar de artistas de todo género constituyó el hermoso siglo al que los italianos llaman el *Seicento*.[1] Muchos de estos grandes hombres fueron desventurados y perseguidos; pero la posteridad los venga. Su siglo, como todos los demás, produjo crímenes y calamidades; pero tiene sobre los otros siglos la superioridad que estos raros genios le han comunicado. Es lo que sucedió en la edad que produjo a los Sófocles y a los Demóstenes, y en la que vio nacer a los Cicerón y a los Virgilio. Estos hombres, que son los preceptores de todos los tiempos no han impedido que Alejandro matase a Clito, ni que Augusto firmase las proscripciones. Racine, Corneille y La Fontaine tampoco pudieron impedir que Luis XIV cometiese faltas muy grandes. Los crímenes y las desgracias han sido de todos los tiempos, y las bellas artes sólo han tenido cuatro siglos. Es preciso estar loco para decir que estas artes han dañado a las costumbres; por el contrario, nacieron no obstante la perversidad de los hombres, y suavizaron hasta las costumbres de los tiranos.

[1] Ginguené hace observar que Voltaire se equivoca aquí. Los *italianos* llaman *Seicento* al siglo durante el cual se cuentan seiscientos después de mil, es decir el siglo XVII (de 1601 a 1700). El siglo a que pertenecen los años del pontificado de León X es al que llaman los italianos *Cinquecento* (de 1501 a 1600), y no *Seicento*. (Beuchot.)

CAPÍTULO CXXII

CARLOS V Y FRANCISCO I HASTA LA ELECCIÓN DE CARLOS AL IMPERIO, EN 1519.—PROYECTO DEL EMPERADOR MAXIMILIANO DE HACERSE PAPA.—LA BATALLA DE MARIGNANO

Hacia este siglo en que Carlos V obtuvo el imperio, los papas no podían ya disponer de él como en otro tiempo; y los emperadores habían olvidado sus derechos sobre Roma. Estas pretensiones recíprocas se asemejaban a esos títulos vanos de *rey de Francia* que el rey de Inglaterra usa aún, y al nombre de *rey de Navarra* que el rey de Francia conserva.

Los partidos de los *güelfos* y de los *gibelinos* se habían olvidado ya casi por completo. Maximiliano había adquirido en Italia sólo algunas ciudades, que debía al éxito de la liga de Cambray, y que había tomado a los venecianos; pero Maximiliano imaginó un nuevo medio de someter a Roma e Italia a los emperadores, y éste fue el de ser papa él mismo después de la muerte de Julio II, ya que había enviudado de la hija de Galeazo, duque de Milán, María Sforza. Consérvanse dos cartas escritas de su puño y letra, una a su hija Margarita, gobernadora de los Países Bajos, y la otra al señor de Chièvres, en las cuales se manifiesta este designio. Confiesa en dichas cartas que estaba en tratos para comprar el pontificado; pero no era lo bastante rico para adquirir esta singular corona tantas veces sacada a subasta.

¿Quién puede saber lo que hubiese ocurrido si la misma cabeza hubiese ceñido la corona imperial y la tiara? El sistema de Europa hubiese cambiado indudablemente; pero cambió de otra manera bajo Carlos V.

(1518) A la muerte de Maximiliano, precisamente por el tiempo en que las indulgencias y Lutero comenzaban a dividir a Alemania, Francisco I, rey de Francia, y Carlos de Austria, rey de España, de las Dos Sicilias, de Navarra, y soberano de las diecisiete provincias de los Países Bajos, intrigaron abiertamente para obtener el imperio en la época en que Alemania, amenazada por los turcos, necesitaba un jefe como Francisco I o Carlos de Austria:

hasta entonces no se había visto a unos reyes tan grandes disputarse la corona de Alemania. Francisco I, cinco años mayor que su rival, parecía el más digno por los grandes hechos que acababa de realizar.

(1515) Desde su advenimiento a la corona de Francia, la república de Génova había vuelto a ponerse bajo el dominio de Francia por las intrigas de sus propios ciudadanos, y Francisco I pasó al punto a Italia tan rápidamente como sus antecesores.

Se trataba en primer lugar de conquistar el Milanesado, perdido por Luis XII, y de arrancarlo también a aquella desgraciada casa de Sforza. Francisco tenía de su parte a los venecianos, que querían recuperar al menos Verona, arrebatada por Maximiliano; y tenía, en cambio, en contra suya entonces al papa León X, vivo e intrigante, y al emperador Maximiliano, debilitado por la edad e incapaz de obrar; pero los suizos, que seguían irritados contra Francia desde su querella con Luis XII, y animados por las arengas de Mateo Shinner (Scheiner), cardenal de Sión, eran los enemigos más peligrosos del rey. Dábanse entonces el título de defensores de los papas y de protectores de los príncipes; y estos títulos, desde hacía cerca de diez años, no eran imaginarios.

El rey, de camino para Milán, seguía tratando con ellos. El cardenal de Sión, que les enseñó a engañar, hizo que entretuviesen al rey con vanas promesas; hasta que habiendo sabido los suizos que la caja militar de Francia había llegado, creyeron poder apresar el dinero y al rey en persona, y lo atacaron como se ataca una conducción en el camino real.

(1515) Veinticinco mil suizos que llevaban en el hombro y en el pecho la llave de San Pedro, unos armados con aquellas largas picas de dieciocho pies que eran manejadas por varios soldados juntos en batallón cerrado, y llevando los otros sus grandes espadones que se blandían con dos manos, fueron a caer con grandes gritos sobre el campo del rey, cerca de Marignano, próximo a Milán. De todas las batallas dadas en Italia, ésta fue la más sangrienta y la más larga. El joven rey, que hacía sus primeras armas, se adelantó a pie contra la infantería suiza, con una pica en la mano, y combatió durante una hora, acompañado por una parte de su nobleza. Los franceses y los suizos, entremezclados en la oscuridad de la noche, esperaron la llegada del nuevo día para comenzar de nuevo. Sabido es que el rey durmió sobre la cureña de un cañón, a cincuenta pasos de un batallón suizo. En esta batalla, los suizos atacaron siempre, y los franceses se mantuvieron continuamente a la defensiva; y esto, en mi opinión, es una prueba bastante decisiva de que cuando los franceses están bien conducidos,

pueden tener ese valor paciente que es a veces tan necesario como el ardor impetuoso que se les concede. Era hermoso, sobre todo tratándose de un joven príncipe de veintiún años, ver cómo se conservaba la sangre fría en una acción tan viva y tan larga. Era difícil, desde el momento que duraba, que los suizos venciesen, porque las bandas negras de Alemania que estaban con el rey formaban una infantería tan firme como la del enemigo, y porque éste carecía de gendarmería; pero lo que sorprende es que pudiesen resistir cerca de dos días a los embates de aquellos grandes caballos de batalla que caían a cada momento sobre sus batallones deshechos. El viejo mariscal de Trivulce llamaba a esta jornada una *batalla de gigantes*. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la gloria de este triunfo se le debía principalmente al famoso condestable Carlos de Borbón, muy mal recompensado después, y que se vengó cumplidamente. Los suizos huyeron al fin, aunque sin ser derrotados totalmente, dejando sobre el campo de batalla a más de diez mil de sus compañeros, y abandonando el Milanesado a los vencedores. Maximiliano Sforza fue hecho prisionero y llevado a Francia como Luis el Moro, pero con más suaves condiciones (1515): se convirtió en súbdito, en lugar de ser cautivo como el otro. Se dejó que viviese en Francia, con una módica pensión, a aquel soberano del país más hermoso de Italia.

Después de esta victoria de Marignano y de esta conquista del Milanesado, Francisco pasó a ser aliado del papa León X e incluso de los suizos, quienes al fin prefirieron proporcionar tropas a los franceses a batirse contra ellos. Sus armas obligaron al emperador Maximiliano a ceder Verona a los venecianos, que la conservaron desde entonces, e hicieron darle a León X el ducado de Urbino, que sigue siendo de la Iglesia. Se le consideraba como el árbitro de Italia, el príncipe más grande de Europa y el más digno del imperio, por el que intrigaba desde la muerte de Maximiliano. No hablaba la fama todavía en favor del joven Carlos de Austria, y esto fue lo que decidió en parte a los electores del imperio a preferirle. No querían estar demasiado sometidos a un rey de Francia; temían menos a un amo cuyos Estados, aunque más dilatados, se encontraban alejados y separados los unos de los otros. (1519) Carlos fue, pues, emperador, pese a los cuatrocientos mil escudos con que Francisco I creyó haber comprado los sufragios.

CAPÍTULO CXXIII

CARLOS V Y FRANCISCO I.—DESGRACIAS DE FRANCIA

Conocida es la rivalidad que surgió entonces entre estos dos príncipes. ¿Cómo no podían estar eternamente en guerra? Carlos, señor de los Países Bajos, tenía que reivindicar el Artois y bastantes ciudades; rey de Nápoles y de Sicilia, veía a Francisco I dispuesto a reclamar dichos Estados con los mismos títulos que Luis XII; rey de España, debía sostener la usurpación de Navarra; emperador, estaba obligado a defender el gran feudo del Milanesado contra las pretensiones de Francia. ¡Cuántos motivos para arruinar a Europa!

Entre estos dos grandes rivales, León X quiso mantener al principio el equilibrio; pero ¿cómo hubiese podido hacerlo? ¿A quién iba a escoger como vasallo, como rey de las Dos Sicilias: a Carlos o a Francisco? ¿Qué iba a ser de la antigua ley de los papas, que desde el siglo XIII especificaba "que jamás rey alguno de Nápoles podrá ser emperador", ley a la cual se había sometido Carlos de Anjou, y que los papas consideraban como la guardadora de su independencia? León X no era lo bastante poderoso para hacer ejecutar esta ley, que podía ser respetada en Roma, pero que no lo era en el imperio. De allí a poco, el papa se vio obligado a darle una dispensa a Carlos V, que tuvo a bien solicitarla, y a reconocer a pesar suyo un vasallo que le hacía temblar. No bien dada esta dispensa, se arrepintió.

La balanza que León X quería tener, se encontraba en manos de Enrique VIII, por lo cual le cortejaban el rey de Francia y el emperador; pero uno y otro procuraban ganarse a su primer ministro, el cardenal Wolsey.

(1520) Ante todo, Francisco I concertó la célebre entrevista cerca de Calais con el rey de Inglaterra. Carlos, que llegó de España, fue a ver en seguida a Enrique, que estaba en Cantorbery, y Enrique lo recondujo a Calais y a Gravelinas.

Era natural que el rey de Inglaterra se pusiese de parte del emperador, ya que aliándose con él podía esperar recuperar en

Francia las provincias que habían sido de sus antepasados; mientras que si se ligaba a Francisco I, no podría ganar nada en Alemania, donde tampoco tenía nada que pretender.

Mientras estaba todavía contemporizando, Francisco I comenzó esta querella interminable apoderándose de Navarra. Me siento muy lejos de consentir en perder de vista el cuadro total de Europa para tratar de refutar los detalles referidos por algunos historiadores; pero no puedo dejar de advertir cuánto y cuán a menudo yerra Puffendorf, quien dice, por ejemplo, que la acción contra Navarra fue emprendida por el rey desposeído (1516), inmediatamente después de la muerte de Fernando el Católico, y añade que "Carlos tenía siempre ante los ojos de su *plus utra,* y formaba cada vez más vastos proyectos". En todo esto hay bastantes errores. (1516) Carlos tenía quince años, y no es esta la edad de los vastos proyectos; tampoco había adoptado aún su divisa de *plus ultra.* Finalmente, después de la muerte de Fernando no fue de ningún modo Juan de Albret quien entró en Navarra, pues dicho Juan de Albret murió aquel mismo año (1516); fue Francisco I quien realizó su conquista pasajera en nombre de Enrique de Albret, no en 1516, sino en 1521.

Ni Carlos VIII, ni Luis XII, ni Francisco I, conservaron sus conquistas. Navarra, apenas sometida, fue tomada por los españoles. Desde entonces los franceses se encontraron obligados a combatir continuamente contra las fuerzas españolas, en todos los confines del reino, por Fuenterrabía, por Flandes y por Italia; y esta situación se prolongó hasta el siglo XVIII.

(1521) Al mismo tiempo que las tropas españolas de Carlos V reconquistaban Navarra, sus tropas alemanas penetraban hasta la Picardía, y sus partidarios sublevaban Italia: los partidos y la guerra dominaban por doquier.

El papa León X, que seguía vacilando entre Francisco I y Carlos V, se inclinaba a la sazón hacia el emperador. Tenía motivos para quejarse de los franceses, que habían querido arrebatarle Reggio como una dependencia del Milanesado, y se hacían enemigos de sus nuevos vecinos con violencias inoportunas. Lautrec, gobernador del Milanesado, había hecho descuartizar al señor Palavicini, sospechoso de querer sublevar a los milaneses, y había dado a su propio hermano de Foix la confiscación del acusado. Ya esto sólo hacía odioso el nombre de francés. Todos estaban irritados, y el gobierno de Francia no remediaba estos desórdenes ni por su prudencia, ni enviando el dinero necesario.

En vano el rey de Francia, convertido en aliado de los suizos, tenía a éstos a sueldo. También los había en el ejército imperial;

y como el cardenal de Sión, siempre tan funesto a los reyes de Francia, lograse hacer volverse a su país a los que estaban en el ejército francés, Lautrec, gobernador del Milanesado, fue arrojado de la capital, y pronto de todo el país. (1521) León X murió entonces, cuando su monarquía temporal comenzaba a afianzarse, y la espiritual iniciaba su decadencia.

Demostróse entonces hasta qué punto era poderoso Carlos V, y cuán prudente era su consejo. Consiguió que se eligiese papa a su preceptor Adriano, aunque nacido en Utrecht y casi desconocido en Roma. Dicho consejo, superior siempre al de Francisco I, tuvo además la habilidad de suscitar contra Francia al rey de Inglaterra Enrique VIII, que al menos tenía la esperanza de poder desmembrar este país que habían poseído sus antecesores. Carlos fue en persona a Inglaterra para apresurar el armamento y la marcha. A poco, consiguió incluso separar a los venecianos de la alianza de Francia, y ponerlos de su parte. Para colmo, un partido que tenía en Génova, ayudado por sus tropas, arrojó a los franceses, y nombró un nuevo dux bajo la protección imperial: de este modo, su poder y su habilidad oprimían y rodeaban por todas partes a la monarquía francesa.

Francisco I, que en tales circunstancias gastaba demasiado en sus placeres y guardaba poco dinero para sus empresas, se vio obligado a apoderarse en Tours de una gran verja de plata maciza con que Luis XI había rodeado el sepulcro de San Martín, y que pesaba cerca de siete mil marcos. Esta plata, realmente, le era más necesaria al Estado que a San Martín; pero el haber echado mano de tal recurso demostraba una penuria acuciante. Hacía ya algunos años que el rey había vendido veinte cargos nuevos de consejeros del parlamento de París. La magistratura sacada así a subasta, y la sustracción de los adornos de las tumbas, revelaban claramente el desorden financiero. Francisco I se veía solo contra Europa; y sin embargo, lejos de desalentarse, resistió por todos lados. Organizó de tal manera las fronteras de Picardía, que el inglés no pudo entrar en el reino, a pesar de tener en Calais la llave de Francia; en Flandes se mantuvo el equilibrio; por la parte de España no se sufrió merma; y finalmente, el rey, a quien no le quedaba en Italia más que el castillo de Cremona, decidió ir en persona a reconquistar el Milanesado, fatal objeto de la ambición de los reyes de Francia.

Pero para lograr tal defensa, y para atreverse a volver al Milanesado cuando los ataques se multiplicaban por todas partes, no bastaba con los veinte cargos de consejeros y la verja de San Martín; por eso se enajenó por primera vez el dominio del rey, y

se elevaron las tallas y los demás impuestos. Era esta la gran ventaja que tenían los reyes de Francia sobre sus vecinos, ya que el despotismo de Carlos V no llegaba a ese grado en ninguno de sus Estados; pero esta facilidad funesta para arruinarse, originó más de una desgracia en Francia.

Entre las causas de las desventuras de Francisco I puede contarse la injusticia que cometió con el condestable de Borbón, a quien debía el éxito de la jornada de Marignano. Era ya poco que se le hubiese mortificado en toda ocasión: Luisa de Saboya, duquesa de Angulema, madre del rey, que había querido casarse con el condestable, viudo éste ya, y que había recibido una negativa, trató de arruinarle, ya que no podía hacerlo su esposo, y entabló contra él un proceso que todos los jurisconsultos han reconocido ser muy injusto; sólo la madre omnipotente de un rey podía ganarlo.

Se trataba de todos los bienes de la rama de Borbón. Los jueces, sobremanera solícitos, dictaron una sentencia por la que, al poner sus bienes en secuestro, se despojaba al condestable. El príncipe envió al obispo de Autun, amigo suyo, para pedirle al rey por lo menos un sobreseimiento; pero el monarca no quiso ni siquiera ver al obispo. El condestable, desesperado, había sido ya solicitado en secreto por Carlos V. Hubiese sido heroico servir lealmente y padecer; pero existe otra especie de grandeza, como es la de vengarse. Carlos de Borbón adoptó este funesto partido y, abandonando Francia, se puso a las órdenes del emperador. Pocos hombres han gustado más plenamente del triste placer de la venganza.

Todos los historiadores mancillan al condestable con el nombre de traidor. Se le podía llamar, es cierto, rebelde y tránsfuga, pues hay que dar a cada cosa su nombre verdadero. El traidor es el que entrega el tesoro, o el secreto, o las plazas de su señor, o a su señor mismo al enemigo. El término latino *tradere*, del que se deriva traidor, no tiene otro significado.

Era un perseguido fugitivo que huía de las vejaciones de una corte injusta y corrompida, y que iba a ponerse bajo la protección de un defensor poderoso para vengarse con las armas en la mano.

El condestable de Borbón, lejos de entregar a Carlos V nada de lo que pertenecía al rey de Francia, se entregó solo a él en el Franco Condado, adonde huyó sin ningún recurso.

(1523). No bien entró en las tierras del imperio, rompió públicamente todos los lazos que le unían al rey que le había ultrajado; renunció a todas sus dignidades, y aceptó el título de gene-

ralísimo de los ejércitos del emperador. No era traicionar al rey, era declararse contra él abiertamente. Su franqueza era en realidad la de un rebelde, su defección era condenable; pero no existía en ello ciertamente ni perfidia ni bajeza. Se encontraba sobre poco más o menos en el mismo caso que el príncipe Luis de Borbón, llamado el *gran Condé,* quien, para vengarse del cardenal Mazarino, marchó a ponerse al frente de los ejércitos españoles. Ambos príncipes fueron igualmente rebeldes, pero ninguno de ellos ha sido pérfido.

Es cierto que la corte de Francia, sometida a la duquesa de Angulema, enemiga del condestable, persiguió a los amigos del fugitivo. El canciller Duprat sobre todo, hombre tan duro como servil, hizo condenar a él y a su amigos como traidores; pero la traición y la rebelión son dos cosas muy distintas.

Todos nuestros libros terminados en *ana,* todas nuestras colecciones de cuentos han repetido la historieta de un Grande de España que quemó su casa de Madrid porque el traidor Borbón había dormido en ella. Esta anécdota queda fácilmente desvirtuada con decir que el condestable de Borbón no fué jamás a España; y por otra parte, la grandeza española consistió siempre en proteger a los franceses perseguidos en su patria.

El condestable, en su calidad de generalísimo de los ejércitos del emperador, marchó al Milanesado, adonde los franceses habían vuelto a las órdenes del almirante Bonnivet, su mayor enemigo. Un condestable que conocía los puntos fuertes y los vulnerables de todas las tropas de Francia debía tener una gran ventaja. Carlos las tenía mayores aún, ya que casi todos los príncipes de Italia estaban de su parte, los pueblos odiaban la dominación francesa, y finalmente, contaba con los mejores generales de Europa: un marqués de Pescara, un Lannoy, un Juan de Médicis, nombres todavía famosos en nuestros días.

El almirante Bonnivet, que se opuso a estos generales, no podía comparárseles; y aunque les hubiese aventajado en talento, se encontraba en situación bastante inferior a causa del número y de la calidad de las tropas, que aún no habían sido pagadas. Obligado a huir, fue atacado en su retirada, en Abbiategrasso. El famoso Bayardo, que jamás mandó en jefe supremo, pero a quien su sobrenombre de *caballero sin miedo y sin tacha* le correspondía con tanta justicia, fue herido mortalmente en esta derrota de Abbiategrasso. Pocos lectores ignoran que como Carlos de Borbón le viese en aquel estado, le expresó hasta qué punto lo compadecía, y que el caballero le respondió moribundo: "No es a mí a quien

hay que compadecer, sino a vos, que combatís contra vuestro rey y contra vuestra patria".

Poco faltó para que la defección de este príncipe acarrease la ruina del reino. Poseía derechos sujetos a litigio sobre Provenza, que podía hacer valer por las armas, en lugar de los derechos efectivos que un proceso le había hecho perder. Carlos V le había prometido el antiguo reino de Arles, del que Provenza debía constituir la parte principal. (1524) El rey Enrique VIII le daba cien mil escudos al mes durante aquel año para los gastos de la guerra. Acababa de tomar Tolón, y sitió Marsella. Francisco I tenía sin duda motivos para arrepentirse, aunque la situación no era todavía desesperada, ya que contaba con un ejército floreciente. Corrió, pues, en socorro de Marsella, y, habiendo libertado Provenza, se adentró en el Milanesado. A la sazón, Borbón volvía por Italia hacia Alemania en busca de nuevos soldados, y en este intervalo, Francisco I, se creyó por algún tiempo dueño de Italia.

CAPÍTULO CXXIV

PRISIÓN DE FRANCISCO I.—SAQUEO DE ROMA.—SOLIMÁN RECHAZADO. PRINCIPADOS CONFERIDOS.—CONQUISTA DE TÚNEZ.—CUESTIÓN DE SI CARLOS V ASPIRABA A LA MONARQUÍA UNIVERSAL.—SOLIMÁN RECONOCIDO REY DE PERSIA EN BABILONIA

He aquí ahora uno de los más grandes ejemplos de los golpes de la fortuna, lo cual no es otra cosa, después de todo, que el encadenamiento necesario de todos los hechos del universo. De una parte, Carlos V se encuentra ocupado en España en ordenar las jerarquías y en organizar el ceremonial; de la otra, Francisco I, célebre ya en Europa por la victoria de Marignano, tan valeroso como el caballero Bayardo, acompañado de la intrépida nobleza de su reino y seguido de un ejército brillante, se encuentra en medio del Milanesado. El papa Clemente VII, que temía con razón al emperador, estaba abiertamente en el partido del rey de Francia. En favor suyo, y al frente de una tropa escogida, combatía uno de los mejores capitanes de la época, Juan de Médicis, que acababa de abandonar el servicio de los imperiales. Con todo, fue vencido ante Pavía; y no obstante los actos de bravura que bastarían para inmortalizarlo (14 de febrero de 1525), fue hecho prisionero, así como los principales señores de Francia y el rey titular de Navarra, Enrique de Albret, hijo de aquel que había perdido su reino y conservado únicamente el Bearn. La desgracia de Francisco quiso que fuese apresado por el único oficial francés que había seguido al duque de Borbón, y que el mismo hombre que estaba condenado en París se convirtiese en árbitro de su vida. Este gentilhombre, llamado Pomperan, tuvo a la vez la gloria de preservarle de la muerte y hacerle prisionero. Es cierto que aquel mismo día el duque de Borbón, uno de sus vencedores fue a verle, y gozó de su triunfo. Esta entrevista no constituyó para Francisco I el momento menos desagradable de la jornada. Jamás carta alguna fue más sincera que la que escribió este monarca a su

madre: "Señora, todo se ha perdido, menos el honor."[1] Las fronteras desguarnecidas, el tesoro real exhausto, la consternación en todos los órdenes del reino. la desunión en el consejo de la madre del rey, regente, y el rey de Inglaterra Enrique VIII amenazando con entrar en Francia y renovar en ella los tiempos de Eduardo III y de Enrique V: todo parecía anunciar una ruina inevitable.

Carlos V, que no había sacado aún la espada, tenía preso en Madrid no sólo a un rey sino a un héroe. Parece que entonces Carlos no estuvo a la altura de su fortuna; porque, en lugar de entrar en Francia y acudir a aprovecharse de la victoria de sus generales en Italia, permaneció ocioso en España; y en lugar de tomar al menos el Milanesado para sí, se creyó obligado a vender su investidura a Francisco Sforza, para no causar demasiado recelo a Italia. Enrique VIII, en vez de unirse con él para desmembrar a Francia, se sintió envidioso de su grandeza, y negoció con la regente. Finalmente, la prisión de Francisco I, que hubiese debido ocasionar tan grandes revoluciones, sólo dio motivo a un rescate acompañado de reproches, mentís y desafíos solemnes e inútiles, que tiñeron de ridículo acontecimientos tan terribles, y que parecieron empequeñecer a los dos primeros personajes de la cristiandad.

Enrique de Albret, que estaba prisionero en Pavía, se escapó y volvió a Francia. Francisco I, mejor guardado en Madrid (15 de enero de 1526), se encontró obligado, para salir de la prisión, a ceder al emperador el ducado entero de Borgoña, una parte del Franco Condado, todo lo que pretendía al otro lado de los Alpes, la soberanía sobre Flandes y el Artois, y la posesión de Arras, Lila, Tournay, Mortagne, Hesdin, Saint-Amant y Orchies; y no sólo firmó que restablecería al condestable de Borbón, su vencedor, en la posesión de todos los bienes de que le había despojado, sino que prometió además "hacer justicia a ese enemigo en sus pretensiones sobre Provenza". Finalmente, para colmo de humillación, desposóse en la prisión con la hermana del emperador. El conde Lannoy, uno de los generales que le había hecho prisionero, se presentó con botas en su habitación para hacerle firmar este matrimonio forzado. El tratado de Madrid era tan funesto como el de Bretigny; pero Francisco I, una vez libre, no cumplió su tratado como el rey Juan.

Habiendo cedido la Borgoña, se consideró lo bastante fuerte

[1] Esta frase se ha hecho proverbial; pero no se la cita por completo tal como la escribió el monarca francés. El autógrafo que ha llegado hasta nosotros dice así: *De todas las cosas no he conservado más que el honor y la vida que se ha salvado;* lo cual es un poco menos noble. (Beuchot.)

para conservarla. Perdió la soberanía de Flandes y el Artois; pero con ello no perdió más que un vano homenaje. Sus dos hijos quedaron prisioneros (1526) en su lugar, en calidad de rehenes; pero los rescató con dinero; rescate que ascendió a dos millones de escudos de oro, lo cual constituyó una gran carga para Francia. Si se considera lo que costó el cautiverio de Francisco I, el del rey Juan, y el de San Luis, cuál fue la dilapidación de los tesoros de Carlos V por el duque de Anjou su hermano, y hasta qué punto las guerras contra los ingleses habían agotado a Francia, asombran los recursos que Francisco I encontró después. Estos recursos se debían a las adquisiciones sucesivas del Delfinado, de Provenza, de Bretaña, a la anexión de Borgoña, y al comercio que florecía. Esto fue lo que reparó tantas desgracias, y lo que sostuvo a Francia contra el ascendiente de Carlos V.

No le tocó participar de la gloria a Francisco I en toda esta triste aventura. Le había dado a Carlos V su palabra de devolverle Borgoña; promesa hecha por debilidad, rota por reflexión, pero con vergüenza. Hubo de sufrir los reproches del emperador, y aunque le respondió: "Mentís con toda la boca, y siempre que lo repitáis, mentiréis", la ley de la política estaba de parte de Francisco I, pero la ley de la caballería estaba contra él.

El rey quiso dejar a salvo su honor proponiéndole un duelo a Carlos V, del mismo modo que Felipe de Valois había desafiado a Eduardo III. El emperador lo aceptó, e incluso le envió un heraldo que llevaba lo que llamaban entonces *la seguridad del campo*, es decir, la designación del lugar del combate y las condiciones. Francisco I recibió a este heraldo en la sala del homenaje de su palacio, en presencia de toda la corte y de los embajadores; pero no quiso permitirle hablar. El duelo no se realizó, y todo aquel aparato no condujo sino al ridículo, del que ni aun el trono preserva a los hombres. Pero lo más curioso de toda esta aventura es que el rey solicitó del papa Clemente VII una bula de absolución por haber cedido la dependencia feudal de Flandes y del Artois. Se hacía absolver por haber cumplido un juramento que no podía violar, y además por haber jurado que cedería la Borgoña y no haberla entregado. No se creería semejante farsa si esta bula del 25 de noviembre no existiera.

La misma suerte que llevó a un rey a las prisiones del emperador hizo además del papa Clemente VII su prisionero (1525), sin que Carlos lo previese, ni tuviese en ello la menor parte. El temor a su poder había unido contra él al papa, al rey de Inglaterra y la mitad de Italia (1527). El mismo duque de Borbón, que

tan fatal le fuera a Francisco I, lo fue también a Clemente VII. Mandaba en las fronteras del Milanesado un ejército de españoles, de italianos y de alemanes, victorioso, pero mal pagado, y carente de todo. Propuso a sus capitanes y a sus soldados ir a saquear Roma para resarcirse, precisamente en las mismas condiciones en las que antaño hicieran los hérulos y godos este viaje. Volaron hacia allá, no obstante una tregua firmada entre el papa y el virrey de Nápoles (5 de mayo de 1527), escalaron las murallas de Roma, escalo en el que Borbón fue muerto; pero tomaron Roma, la entregaron al pillaje, y la saquearon de igual manera que lo había sido por Alarico; y el papa, refugiado en el castillo de Santángelo, quedó prisionero.

Las tropas alemanas y españolas vivieron a discreción en Roma durante nueve meses, y el saqueo ascendió, según dicen, a quince millones de escudos romanos; pero, ¿cómo evaluar exactamente tales desastres?

Parecía que había llegado ya el momento de ser, en efecto, emperador de Roma, y de consumar lo que habían comenzado los Carlomagno y los Otón; pero, por una fatalidad singular, ocasionada siempre por la envidia de las naciones, el nuevo imperio romano no ha sido nunca más que un fantasma.

El asalto de Roma y el cautiverio del papa le sirvieron en tan escasa medida a Carlos V para hacerse dueño absoluto de Italia, como la prisión de Francisco I para permitirle la entrada en Francia. La idea de la monarquía universal que se atribuye a Carlos V es, por lo tanto, tan falsa y tan quimérica como la que más tarde se le imputó a Luis XIV. Lejos de conservar Roma y de subyugar toda Italia, devolvió la libertad al papa por cuatrocientos mil escudos de oro (1528), de los cuales ni siquiera logró nunca más de cien mil; del mismo modo que había devuelto la libertad a los príncipes franceses por dos millones de escudos.

Asombra que un emperador, dueño de España, de las diecisiete provincias de los Países Bajos, de Nápoles y de Sicilia, señor feudal de Lombardía, poseedor ya de México, y en cuyo provecho se estaba llevando a cabo por aquellos días la conquista del Perú, haya sacado tan escaso partido de su suerte; bien es verdad que los primeros tesoros que se le enviaron de México fueron tragados por el mar, y que todavía no recibía un tributo regular de América, como después lo recibió Felipe II. Inquietábanle las revueltas suscitadas en Alemania por el luteranismo; alarmábanle más los turcos en Hungría; tenía que rechazar a la vez a Solimán y a Francisco I, contener a los príncipes de Alemania, contentar a los

de Italia, y sobre todo a los venecianos, y fijar la inconstancia de Enrique VIII. Siempre desempeñó el primer papel en la escena de Europa; pero siempre también estuvo muy lejos de la monarquía universal.

Sus generales tenían además el trabajo de arrojar de Italia a los franceses, que habían entrado hasta el reino de Nápoles. (1528) El sistema de la balanza y del equilibrio se encontraba ya establecido en Europa; porque inmediatamente después de la prisión de Francisco I, Inglaterra y las potencias italianas se aliaron con Francia para contrarrestar el poder del emperador. Igualmente se aliaron, después de la prisión del papa.

(1529) La paz se firmó en Cambray, de acuerdo con el plan del tratado de Madrid, por el cual se había puesto en libertad a Francisco I. Por esta paz devolvió Carlos los dos príncipes franceses, y desistió de sus pretensiones sobre Borgoña mediante dos millones de escudos.

Entonces Carlos salió de España para ir a recibir la corona de manos del papa, y para besar los pies a aquél a quien había tenido cautivo. Invistió a Francisco Sforza del Milanesado, y a Alejandro de Médicis de la Toscana; dióle un duque a Mantua (1529); hizo que el papa devolviese Módena y Reggio al duque de Ferrara (1530); pero todo esto por dinero, y sin reservarse más derecho que el del señorío feudal.

Tantos príncipes a sus pies le prestan una grandeza que impone; pero su grandeza efectiva fue la de rechazar de Hungría a Solimán, al frente de cien mil hombres, ayudado por su hermano Fernando, y sobre todo por los príncipes protestantes de Alemania, que se señalaron en la defensa común. Este fue el comienzo de su vida activa y de su gloria personal. Viósele a la vez combatir a los turcos, contener a los franceses más allá de los Alpes, promover un concilio, y volar de nuevo a España para ir a hacer la guerra en Africa. Llega delante de Túnez (1535), obtiene una victoria contra el usurpador de este reino, da a Túnez un rey tributario de España, y pone en libertad a dieciocho mil cautivos cristianos, que trae en triunfo a Europa, y que, con la ayuda de sus beneficios y de sus dones, se encaminan cada cual a su patria, donde ponen el nombre de Carlos V por los cielos. Todos los reyes cristianos parecían entonces pequeños ante él, y el fulgor de su fama oscurecía cualquiera otra gloria.

Quiso su suerte además que Solimán, enemigo más temible que Francisco I, se encontrase a la sazón ocupado en su lucha con los persas (1534). Había tomado Tauris, y desde allí, volviendo

hacia la antigua Asiria, había entrado como conquistador en Bagdad, la nueva Babilonia; y se había apoderado de Mesopotamia, llamada actualmente Diarbeck, y del Kurdistán, que es la antigua Susiana. Finalmente, se había hecho reconocer y coronar rey de Persia por el califa de Bagdad. Los califas en Persia no tenían desde hacía largo tiempo otro honor que el de dar solemnemente el turbante a los sultanes, y el de ceñir el sable al más poderoso. Mahmud, Gengis, Tamerlán e Ismael Sofí, habían acostumbrado a los persas a cambiar de amos. (1535) Solimán, después de haberle arrebatado la mitad de Persia a Tamas, hijo de Ismael, volvió triunfante a Constantinopla. Sus generales perdieron en Persia una parte de las conquistas de su señor. De este modo todo vacilaba, y todos los Estados caían los unos sobre los otros, Persia sobre Turquía, Turquía sobre Alemania y sobre Italia, Alemania y España sobre Francia; y de haber habido pueblos más occidentales, hubiesen tenido España y Francia nuevos enemigos.

Europa no había sentido sacudidas tan violentas desde la caída del imperio romano, y ningún emperador después de Carlomagno tuvo el esplendor de Carlos V. El uno ocupa el primer lugar en la memoria de los hombres como conquistador y fundador; y el otro, con el mismo poder, tiene que sostener una situación más difícil. Carlomagno, con los numerosos ejércitos adiestrados por Pepino y Carlos Martel, subyugó fácilmente a los lombardos debilitados, y triunfó de los sajones salvajes. Carlos V tuvo siempre que temer a Francia, al imperio de los turcos y a la mitad de Alemania.

Inglaterra, que estaba separada del resto del mundo en el siglo VIII, es, en el XVI, un reino poderoso con el que siempre hay que contemporizar. Pero lo que hacía que la situación de Carlos V fuese muy superior a la de Carlomagno es que teniendo sobre poco más o menos en Europa la misma extensión territorial bajo sus leyes, este territorio se encontraba más poblado, mucho más floreciente, y más lleno de grandes hombres de todo género. En los primeros tiempos de la renovación del imperio no había ni una gran ciudad mercantil. Ningún nombre, excepto el del emperador, quedó consagrado para la posteridad. Sólo la provincia de Flandes, en el siglo XVI, vale más que todo el imperio en el IX. La Italia de la época de Paulo III es a la Italia de la época de Adriano I y de León III lo que la nueva arquitectura a la gótica. Y no hablo aquí de las bellas artes, que ponían este siglo a la altura del de Augusto, ni de la ventura de Carlos V al contar tantos grandes genios entre sus súbditos; aquí no trato más que de los negocios públicos y del cuadro general del mundo.

CAPÍTULO CXXV

CONDUCTA DE FRANCISCO I.—SU ENTREVISTA CON CARLOS V.—SUS DESAVENENCIAS.—SU GUERRA.—ALIANZA DEL REY DE FRANCIA Y DEL SULTÁN SOLIMÁN.—MUERTE DE FRANCISCO I

Que Francisco I, viendo cómo su rival distribuía los reinos, quisiese recuperar el Milanesado, al que había renunciado por dos tratados, y que llamase en su ayuda al mismo Solimán y a los mismos turcos rechazados por Carlos V, es una maniobra que tal vez fuese política, pero se necesitaba una gran suerte para que fuese gloriosa.

Francisco podía abandonar sus pretensiones sobre el Milanesado, fuente inagotable de guerras y tumba de los franceses, como Carlos había abandonado sus derechos sobre Borgoña, derechos éstos fundados en el tratado de Madrid. Si tal hubiese hecho, hubiese gozado de una dichosa paz, hubiese embellecido, civilizado e ilustrado su reino mucho más que lo fue en los últimos tiempos de su vida; y hubiese dado un empleo a todas sus virtudes. Fue grande por haber fomentado las artes; pero la pasión funesta de querer siempre ser duque de Milán y vasallo del imperio aun en contra del emperador, empañó su gloria. (1536) Reducido pronto a buscar la ayuda de Barbarroja, almirante de Solimán, tuvo que sufrir reproches por no haberle secundado, y fue tratado de renegado y de perjuro en plena dieta del imperio.

¡Qué funesto contraste hacer quemar a fuego lento en París a unos luteranos entre los cuales había alemanes, y unirse al mismo tiempo con los príncipes luteranos de Alemania, ante los cuales se ve obligado a excusarse por aquel rigor, e incluso a afirmar que no había alemanes entre aquellos que había hecho morir! ¿Cómo pueden unos historiadores tener la cobardía de aprobar tal suplicio, y de atribuirlo *al celo piadoso* de un príncipe sensual, en quien no había ni la menor sombra de esa piedad que se le atribuye? Si se trata de un acto religioso, queda cruelmente desmentido por el prodigioso número de cautivos católicos que su tratado con Solimán entregó más tarde a los hierros de Barbarroja en las

costas de Italia; si es un acto político, es preciso aprobar las persecuciones de los paganos que inmolaron a tantos cristianos. Aquellos desgraciados fueron quemados en París en 1535. El P. Daniel escribe al margen: *Ejemplo de Piedad.* Este ejemplo de piedad consistía en colgar a los pacientes de una alta horca, desde la que se les hacía caer varias veces sobre la hoguera; ejemplo, en efecto, de una barbarie refinada, que inspira tanto horror contra los historiadores que la elogian como contra los jueces que la ordenaron.

El P. Daniel añade que Francisco I dijo públicamente que haría matar a sus propios hijos si fuesen herejes. Sin embargo, escribía por aquellos mismos días a Melanchton, uno de los fundadores del luteranismo, animándole a ir a su corte.

Carlos V no se conducía así, aunque los luteranos fuesen sus enemigos declarados; y lejos de entregar herejes al verdugo, y cristianos a las cadenas, había libertado en Túnez dieciocho mil cristianos esclavos, entre católicos y protestantes.

Para llevar a cabo la funesta expedición de Milán, era preciso pasar por el Piamonte; y el duque de Saboya le negó al rey el paso. Este atacó al duque de Saboya, mientras el emperador volvía triunfante de Túnez. Otra causa de que Saboya fuese pasada a sangre y fuego (1534), es que la madre de Francisco I era de esa casa, y que hacía ya tiempo que constituían objeto de discordia ciertas pretensiones sobre algunas partes de dicho Estado. Las guerras del Milanesado tuvieron igualmente su origen en el matrimonio del abuelo de Luis XII. No existe ningún Estado hereditario en Europa al que los matrimonios no hayan llevado a la guerra. El derecho público se ha convertido así en uno de los mayores azotes de los pueblos; casi todas las cláusulas de los contratos y de los tratados han sido explicadas por las armas. Los Estados del duque fueron devastados; pero esta invasión de Francisco I procuró una libertad completa a Ginebra, de la cual hizo a modo de la capital de la nueva religión reformada. Sucedió que este mismo rey que hacía perecer en París a los novadores con suplicios espantosos, que hacía procesiones para expiar sus errores, y que decía "que no respetaría la vida de sus hijos si fuesen culpables de herejía", era fuera de sus Estados el mayor sostén de lo que quería exterminar en ellos.

Es una gran injusticia del P. Daniel decir que la ciudad de Ginebra llegó entonces al colmo de su rebelión contra el duque de Saboya. Este duque no era su soberano, Ginebra era ciudad libre imperial, y, como Colonia y como muchas otras ciudades, compartía el gobierno con su obispo. Éste había cedido una parte

de sus derechos al duque de Saboya, y estos derechos, disputados, se encontraban en litigio desde hacía doce años.

Decían los genoveses que un obispo no tiene derecho alguno a la soberanía; que los apóstoles no fueron príncipes, y que si en los tiempos de anarquía y de barbarie los obispos usurparon provincias, en *unos* tiempos ilustrados debían los pueblos recuperarlas.

Pero lo que hay que advertir sobre todo es que Ginebra era entonces una ciudad pequeña y pobre, y que desde que se había hecho libre, aumentó su población en el doble, y fue más industriosa y más comerciante.

Pero ¿cuál fue el fruto que recogió Francisco I de todas sus empresas? Carlos V llegó de Roma, hizo repasar los Alpes a los franceses, entró en Provenza con cincuenta mil hombres, llegó hasta Marsella (1536), y puso sitio a Arles, en tanto que otro ejército asolaba la Champaña y la Picardía. Así, pues, el fruto de esta nueva tentativa contra Italia fue poner en peligro a Francia.

La Provenza y el Delfinado no se salvaron sino gracias a la prudente conducta del mariscal de Montmorency, como lo han sido en nuestros días por el mariscal de Belle-Isle.[1] A mi parecer se puede obtener un gran fruto de la historia comparando las épocas y los sucesos. Constituye un placer digno de un buen ciudadano examinar con qué recursos se han arrojado del mismo territorio y en las mismas circunstancias dos ejércitos victoriosos. En la ociosidad de las grandes ciudades apenas si se conocen los esfuerzos que cuesta realizar el acopio de víveres en una comarca que apenas si puede abastecer a sus habitantes, conseguir el dinero necesario para pagar a los soldados, procurarles lo necesario a crédito, vigilar los ríos, y arrebatar a los enemigos las posiciones ventajosas de que se han apoderado. Pero tales detalles no entran en nuestro plan. No es necesario examinarlos sino en la ocasión misma de la acción; son los materiales del edificio, que dejan de tenerse en cuenta cuando la casa está construida. El emperador se encontró obligado a salir de esta comarca devastada, y a volver a Italia con un ejército disminuido por las enfermedades contagiosas. Francia, invadida por esta parte, consideró su liberación como un triunfo; pero hubiese sido más hermoso impedir que el emperador entrase, que felicitarse por haberle visto salir.

Lo más característico de las desavenencias entre Carlos V y Francisco I, y de las sacudidas que produjeron en Europa, es esa curiosa mezcla de franqueza y de doblez, de arrebatos de cólera y

[1] En 1746. Véase el capítulo XX del *Resumen del Siglo de Luis XV*.

de conciliación, de los ultrajes más sangrientos y de un rápido olvido, de las artimañas más sutiles y de la más noble confianza.

Hubo cosas horribles, y otras ridículas.

Francisco, el delfín, hijo de Francisco I, murió de una pleuresía (1536), y se acusó a un italiano llamado Montecuculli, su copero, de haberle envenenado, teniendo a Carlos V por su instigador. ¿Qué hubiese ganado el emperador con que pereciese envenenado un príncipe de dieciocho años que jamás había hecho hablar de él, y que tenía un hermano? Montecuculli fue descuartizado: he aquí lo horrible. Veamos ahora lo ridículo.

Francisco I, que por el tratado de Madrid había dejado de ser soberano de Flandes y de Artois, y que había salido de la prisión con esta condición, hizo citar al emperador ante el parlamento de París, en calidad de conde de Flandes y de Artois, su vasallo. El fiscal general Cappel redactó unas conclusiones contra Carlos V, y el parlamento de París lo declaró rebelde.

¿Podía esperarse que Carlos y Francisco se entrevistasen familiarmente como dos gentileshombres vecinos, después de la prisión de Madrid, después de los *mentís con toda la boca,* de los duelos propuestos en presencia del papa en pleno consistorio, después de la liga del rey de Francia con Solimán; finalmente, después que el emperador había sido acusado tan pública como injustamente de haber hecho envenenar al primer delfín, y de verse condenado en rebeldía por un tribunal judicial, en el mismo país al que había hecho temblar tantas veces?

Y no obstante, los dos grandes rivales tuvieron una entrevista en la rada de Aigues-Mortes, entrevista que el papa había preparado después de una tregua. Carlos V en persona bajó a tierra, hizo la primera visita, y se puso en manos de su enemigo. Era la consecuencia del espíritu de la época: Carlos desconfiaba siempre de las promesas del monarca y se entregaba a la fe del caballero.

El duque de Saboya fue durante mucho tiempo la víctima de esta entrevista, pues ambos monarcas, que, al visitarse con tanta familiaridad, no dejaban de adoptar medidas uno contra otro, conservaron las plazas del duque: el rey de Francia, para abrirse un paso hacia el Milanesado, cuando la ocasión lo requiriese, y el emperador para impedírselo.

Después de esta entrevista en Aigues-Mortes, Carlos V hizo un viaje a París, que es mucho más asombroso que el de los emperadores Segismundo y Carlos IV.

De regreso en España, se enteró de que la ciudad de Gante, en Flandes, se había sublevado. El dilucidar hasta qué punto hubiese debido esta ciudad sostener sus privilegios, y hasta qué punto

había abusado de ellos es un problema que sólo a la fuerza le corresponde resolverlo. Carlos V quería someterla y castigarla, y solicitó el permiso para pasar por Francia al rey, quien le envió el delfín y el duque de Orleáns hasta Bayona, y salió en persona a su encuentro hasta Châtellerault.

Al emperador le gustaba viajar, mostrarse a todos los pueblos, y gozar de su gloria. Este viaje fue una serie de fiestas, y su objeto no era otro que el de ir a hacer ahorcar a veinticuatro ciudadanos desventurados. Hubiese podido ahorrarse fácilmente tantas fatigas enviando algunas tropas a la gobernadora de los Países Bajos, y hasta puede causar asombro que no dejase en Flandes las suficientes para reprimir la rebelión de los ganteses; pero era entonces costumbre licenciar las tropas después de una tregua o de una paz.

El propósito de Francisco I, al recibir al emperador en sus Estados con tanta pompa y buena fe, era el de obtener de él, al fin, la promesa de la investidura del Milanesado. Con tan vana creencia rechazó el homenaje que le ofrecían los ganteses, y se quedó sin Gante y sin Milán.

Se ha afirmado que el condestable de Montmorency cayó en la desgracia del rey por haberle aconsejado que se contentase con la promesa verbal de Carlos V; y si refiero este pequeño hecho, es porque de ser cierto, da a conocer el corazón humano. Un hombre que sólo debe culparse a sí mismo por haber seguido un mal consejo es con frecuencia lo bastante injusto para castigar a su autor. Pero tampoco debía arrepentirse de no haber exigido de Carlos V otra cosa que palabras: una promesa escrita no hubiese sido más segura.

Francisco I había prometido por escrito ceder Borgoña, y se había guardada mucho de cumplir su palabra: no se le cede a un enemigo una gran provincia sin verse obligado a ello por las armas. El emperador confesó después, públicamente, que había prometido el Milanesado a un hijo del rey; pero sostuvo que era a condición de que Francisco II evacuase Turín, que Francisco conservó siempre.

La generosidad con que el rey había recibido al emperador en Francia, tantas fiestas suntuosas y tantos testimonios recíprocos de confianza y de amistad, no produjeron, pues, sino nuevas guerras.

Mientras Solimán sigue devastando Hungría, mientras Carlos V, para colmar su gloria, intenta conquistar Argel como había subyugado Túnez, y fracasa en dicha empresa, Francisco I estrecha los lazos de su alianza con Solimán. Envió dos ministros secretos a la Sublime Puerta, pasando por Venecia, y estos dos ministros

fueron asesinados en el camino por orden del marqués del Vasto, gobernador del Milanesado, con el pretexto de que ambos eran, por su nacimiento, vasallos del emperador. El último duque de Milán, Francisco Sforza, había hecho degollar, algunos años antes, a otro ministro del rey (1541). ¿Cómo conciliar estas violaciones del derecho de gentes con la generosidad de que hacían gala a la sazón, lo mismo los oficiales del emperador que los del rey? La guerra recomenzó con más animosidad que nunca en el Piamonte, en los Pirineos y en Picardía, siendo entonces cuando las galeras del rey se unieron a las de Khair ben Eddin, llamado *Barbarroja*, almirante del sultán y virrey de Argel. Las flores de lis y la media luna están delante de Niza (1543). Los franceses y los turcos, al mando del conde de Enghien, de la rama de Borbón, y del almirante turco, no pueden tomar la ciudad, y Barbarroja lleva la flota turca a Tolón en cuanto el famoso Andrés Doria se dirige en socorro de la ciudad.

Barbarroja era el dueño absoluto de Tolón, donde hizo convertir una gran casa en mezquita; y de este modo, el mismo rey que había dejado que pereciesen en su reino tantos cristianos de la comunión de Lutero en los más crueles suplicios, dejaba que los mahometanos ejerciesen su religión en sus Estados. Tal es la piedad que el jesuita Daniel alaba; así es como se deshonran los historiadores. Un historiador ciudadano hubiese confesado que la política hacía quemar a los luteranos y favorecía a los musulmanes.

Andrés Doria es el héroe a quien se puede poner a la cabeza de todos cuantos cooperaron a la fortuna de Carlos V. Había tenido la gloria de derrotar sus galeras delante de Nápoles cuando era almirante de Francisco I, y Génova, su patria, se encontraba todavía bajo el dominio de Francia; pero después se creyó obligado, por intrigas cortesanas, como el condestable de Borbón, a pasar al servicio del emperador. Derrotó varias veces las flotas de Solimán; pero lo que más le honró fue haber devuelto la libertad a su patria, de la que Carlos V le permitía ser el soberano. Él prefirió el título de restaurador al de amo, estableció el gobierno tal como hoy subsiste, y vivió hasta los noventa y cuatro años como el hombre más respetado de Europa. Génova le elevó una estatua como al libertador de la patria.

Mientras tanto, el conde de Enghien reparó la afrenta de Niza con la victoria que obtuvo en Cerisoles (1544), en el Piamonte, contra el marqués del Vasto. Jamás victoria alguna fue tan completa; pero ¿qué fruto se obtuvo de esta gloriosa jornada? Ninguno. La suerte reservada a los franceses era vencer inútil-

mente en Italia, de lo cual son testimonios inmortales las jornadas de Agnadel, Fornovo, Ravena, Marignano y Cerisoles.

Una fatalidad inconcebible hizo que el rey de Inglaterra, Enrique VIII, se aliase contra Francia con el mismo emperador a cuya tía había repudiado tan vergonzosamente, y a cuya prima había declarado bastarda; con el mismo emperador que había obligado al papa Clemente VII a excomulgarle. Los príncipes olvidan lo mismo las injurias que los beneficios cuando está en juego el interés; pero parece ser que entonces era más bien el capricho que el interés lo que ligaba a Enrique VIII con Carlos V.

Pensaba marchar hacia París con treinta mil hombres y estaba sitiando Boulogne-sur-Mer, mientras Carlos V avanzaba por la Picardía. ¿Dónde estaba entonces la balanza que Enrique VIII pretendía tener? Sólo quería crearle dificultades a Francisco I, e impedirle que pusiese trabas al matrimonio que proyectaba entre su hijo Eduardo y María Estuardo, que fue después reina de Francia: ¿qué motivo era éste para declarar la guerra?

Estos nuevos peligros volvieron infructuosa la batalla de Cerisoles, pues el rey de Francia se vio obligado a llamar a una parte importante del ejército victorioso para que defendiese las fronteras septentrionales del reino.

Francia se encontraba más en peligro que nunca: Carlos estaba ya en Soissons, y el rey de Inglaterra estaba tomando Boulogne; temblábase ya por la suerte de París. Pero el luteranismo salvó entonces a Francia, sirviéndola mejor que los turcos, con los que el rey había contado. Los príncipes luteranos de Alemania uníanse a la sazón contra Carlos V, cuyo despotismo temían, y ya estaban en armas. Carlos, opresor en Francia y oprimido en el imperio, hizo la paz en Crépy-en-Valois (1544), para ir a combatir contra sus súbditos de Alemania.

Por esta paz, volvió a prometer el Milanesado al duque de Orleáns, hijo del rey, y que debía ser su yerno; pero no quería el destino que esta provincia fuese de un príncipe de Francia; y la muerte del duque de Orleáns evitó al emperador la violencia de una nueva violación de su palabra.

(1546) Francisco I compró poco después la paz con Inglaterra en ochocientos mil escudos. Tales fueron sus últimas hazañas; tal el fruto de los proyectos que abrigara sobre Nápoles y Milán durante toda su vida. Fue en toda ocasión la víctima de la ventura de Carlos V; porque murió, meses después de Enrique VIII, de esa enfermedad casi incurable entonces que el descubrimiento del Nuevo Mundo introdujo en Europa. De este modo se encadenan los hechos: un piloto genovés da un universo a España; la natu-

raleza ha puesto en las islas de esos climas lejanos un veneno que emponzoña las fuentes de la vida, y un rey de Francia perece por su causa. Al morir dejó los gérmenes de una discordia que iba a ser muy larga, pero no entre Francia y Alemania, sino entre la casa de Francia y la de Austria.

Francia, en el reinado de este príncipe, comenzaba a salir de la barbarie, y la lengua iba adquiriendo un giro menos gótico. Han llegado hasta nosotros algunas pequeñas obras de esa época, que, si bien no se ajustan a las reglas, tienen cierta sal e ingenuidad. Así, algunos epigramas del obispo Saint-Gelais, de Clemente Marot y del propio Francisco I, quien, según dicen, escribió al pie de un retrato de Inés Sorel:

Gentille Agnès plus d'honneur en mérite,
La cause étant de France recouvrer,
Que ce que peut dedans un cloître ouvrer
*Close nonnain ou bien dévot ermite.**

Me cuesta trabajo, sin embargo, conciliar estos versos que parecen escritos ocasionalmente, con las cartas que nos quedan de su propia mano, y sobre todo con la que Daniel ha transcrito:

"En este momento, y cuando iba a acostarme, ha llegado Laval, el cual me traía la certidumbre del levantamiento del sitio, etc."**

No era así como escribían en su lengua los Escipión, los Sila y los César. Hay que confesar que, no obstante el claro instinto que animaba a Francisco I en favor de las artes, todo era bárbaro en Francia, como todo era pequeño en comparación con los antiguos romanos.

Compuso memorias sobre la disciplina militar, en la época en que pretendía establecer en Francia la legión romana. Protegió todas las artes, si bien se vio obligado a hacer venir pintores, escultores y arquitectos de Italia.

Quiso construir el Louvre; pero apenas si tuvo tiempo de hacer echar los cimientos; tampoco pudo ser ejecutado su magnífico proyecto del Colegio Real; pero al menos se enseñaron, gracias a su liberalidad, las lenguas griega y hebrea, así como la geometría, cuyas enseñanzas estaban muy lejos de poder darse en la universidad. Ésta tenía la desgracia de no ser famosa sino por su teolo-

* La gentil Inés merece más honor — dando ocasión a que se recobre Francia, — que lo que puedan hacer en el interior de un claustro — una encerrada monja o un devoto ermitaño.

** Voltaire se refiere aquí sin duda a la diferencia entre el cuidado estilo de los versos transcritos y la incorrecta redacción y ortografía de la carta, imposibles de reproducir en la traducción. *(N. del T.)*

gía escolástica y por sus disputas: antes de esta época no había en Francia un solo hombre que supiese leer los caracteres griegos.

En las escuelas, en los tribunales, en los monumentos públicos y en los contratos se empleaba un mal latín, llamado lengua de la edad media, y que era un resto del antiguo idioma bárbaro de los francos, los lombardos, los germanos, los godos y los anglos, que no supieron ni formarse una lengua regular, ni hablar bien la latina.

Rodolfo de Habsburgo había ordenado en Alemania que se litigase y se redactasen las sentencias en la lengua del país. Alfonso el Sabio, en Castilla, estableció el mismo uso, y otro tanto hizo Eduardo III en Inglaterra. Francisco I ordenó, finalmente, que en Francia pudiesen leer su ruina en su propio idioma los que tenían la desgracia de litigar. No fue esto lo que comenzó a pulir la lengua francesa; ello se debió al espíritu del rey y al de su corte.

CAPITULO CXXVI

AGITACIONES EN ALEMANIA.—BATALLA DE MUHLBERG.—GRANDEZA Y DESGRACIA DE CARLOS V.—SU ABDICACIÓN

La muerte de Francisco I no desembarazó para Carlos V el camino hacia aquella monarquía universal cuyo propósito se le imputaba, y de la que se encontraba entonces bastante alejado. No sólo tuvo en Enrique II, sucesor de Francisco, un enemigo temible, sino que, por aquel mismo tiempo, los príncipes y las ciudades de la nueva religión en Alemania se encontraban en guerra civil, y reunían contra él un gran ejército. Era el partido de la libertad mucho más que el del luteranismo.

Este emperador tan poderoso, junto con su hermano Fernando, rey de Hungría y de Bohemia, no pudieron poner en pie de guerra tantos alemanes como los confederados levantaron contra ellos, y para disponer de fuerzas iguales, Carlos se vio obligado a recurrir a sus españoles y al dinero y las tropas del papa Paulo III.

Nada tan resonante como su victoria de Muhlberg. Un elector de Sajonia y un landgrave de Hesse prisioneros, el partido luterano consternado, los inmensos impuestos creados sobre los vencidos, todo ello parecía hacer su reinado despótico en Alemania; pero le sucedió lo mismo que cuando hizo prisionero a Francisco I: todo el fruto de su triunfo se perdió. En cuanto le vio demasiado poderoso, el papa Paulo III retiró sus tropas; Enrique VIII reanimó los restos postrados del partido luterano en Alemania, y el nuevo elector de Sajonia, Mauricio, a quien Carlos había dado el ducado del vencido, se declaró pronto contra él, y se puso a la cabeza de la liga.

(1552) Finalmente, este emperador tan terrible estuvo a punto de caer prisionero con su hermano en poder de los príncipes protestantes de Alemania, a quienes sólo consideraba como súbditos rebeldes. Mientras su ejército huía en desorden por los desfiladeros de Insbruck, el rey de Francia Enrique II se apoderaba de Metz, Toul y Verdun, que han permanecido desde entonces unidas a Francia como precio de la libertad que proporcionó entonces a

Alemania. Vemos, pues, que los señores del imperio e incluso el luteranismo le han debido siempre su conservación a los reyes de Francia, lo cual volvió a suceder después en los reinados de Fernando II y de Fernando III.

El hombre que poseía a México se encontró obligado a tomar a préstamo doscientos mil escudos de Cosme, duque de Florencia, para realizar su objeto de recuperar la plaza de Metz; y habiéndose reconciliado con los luteranos para vengarse del rey de Francia, sitió dicha ciudad al frente de cincuenta mil combatientes (1552). Este sitio es uno de los más memorables de la historia, y procuró eterna gloria a Francisco de Guisa, que defendió la ciudad durante sesenta y cinco días contra Carlos V, y que le obligó al fin a abandonar su empresa, después de haber perdido la tercera parte de su ejército.

La fuerza de Carlos V no estaba constituida entonces sino por un hacinamiento de grandezas y de dignidades, rodeado de precipicios. La agitación de su vida no le permitió jamás hacer de sus vastos Estados un organismo regular y robusto cuyas partes se ayudasen mutuamente, y le proporcionasen grandes ejércitos constantemente mantenidos. Esto lo había sabido hacer Carlomagno; bien es verdad que además de que sus estados eran limítrofes y de que había vencido a los sajones y a los lombardos, no tenía un Solimán a quien rechazar, unos reyes de Francia a quienes combatir, ni unos príncipes poderosos de Alemania, y un papa, más poderoso aún, a quienes reprimir o a quienes temer.

Ya sabía Carlos qué clase de cimientos eran necesarios para elevar un edificio tan formidable como el de la grandeza de Carlomagno. Era preciso que Felipe, su hijo, poseyese el imperio, y entonces este príncipe, a quien los tesoros de México y del Perú hicieron más rico que todos los reyes de Europa juntos, hubiese podido alcanzar aquella monarquía universal, más fácil de imaginar que de obtener.

Con este propósito, Carlos V hizo cuanto pudo para convencer a su hermano Fernando, rey de los romanos, de que cediese el imperio a Felipe; pero tan indignante propuesta sólo tuvo por resultado enemistar para siempre a Felipe y a Fernando.

(1556) Finalmente, fatigado por tanta agitación, envejecido antes de tiempo y desengañado de todo, porque todo lo había probado, renunció a sus coronas y a los hombres, a la edad de cincuenta y seis años, es decir, en el momento de la vida en que la ambición de los demás hombres se encuentra en el apogeo de su fuerza, y en el que tantos reyes subalternos llamados ministros han comenzado la carrera de su grandeza.

Afirman que su cerebro se trastornó en su soledad de Yuste. En efecto, pasarse el día desarmando relojes y atormentando novicios, ofrecerse en la iglesia la comedia de su propio enterramiento, metiéndose en un féretro y cantando su *De profundis,* no son ciertamente manifestaciones de un cerebro normal.[1] Aquél que había hecho temblar a Europa y África, y rechazado al vencedor de Persia, murió, pues, loco (1558).

En toda su familia se había manifestado la debilidad mental. Así, su abuelo Maximiliano quiso ser papa; Juana, su madre, se volvió loca y hubo que encerrarla; en cuanto a Carlos V, se encerró él mismo en un convento, donde murió con el cerebro tan trastornado como su madre.

No omitamos que el papa Paulo IV jamás quiso reconocer por emperador a Fernando I, a quien su hermano había cedido el imperio, pues dicho papa pretendía que Carlos no podía abdicar sin su permiso. Según esto, el arzobispo elector de Maguncia, canciller del imperio, promulgó todos sus decretos en nombre de Carlos V, hasta la muerte de este príncipe. Esta fue la última época de las pretensiones que durante tan largo tiempo mantuvieron los papas a disponer del imperio. A no ser por todos los ejemplos que de tal pretensión hemos visto a lo largo de esta historia, podría creerse que el cerebro de Paulo IV se encontraba todavía más alterado que el de Carlos V.

Antes de examinar la influencia que ejerció su hijo Felipe II sobre la mitad de Europa, el poderío que alcanzó Inglaterra en el reinado de Isabel, lo que fue de Italia, de qué modo se estableció la república de las Provincias Unidas, y el espantoso estado a que quedó reducida Francia, tengo que hablar de las revoluciones operadas en la religión, ya que ésta intervino en todos los asuntos, como causa o como pretexto, desde los tiempos de Carlos V.

A continuación daré una idea de las conquistas de los españoles en América, y de las realizadas por los portugueses en la India; prodigios cuyas ventajas aprovecharon por entero a Felipe II, y le hicieron ser el príncipe más poderoso de la cristiandad.

[1] Hoy se sabe que todo esto no es más que una fábula, y que Carlos V seguía administrando desde Yuste los asuntos del imperio.

CAPITULO CXXVII

LEÓN X, Y LA IGLESIA

Habéis recorrido todo el vasto caos en el que la Europa cristiana estuvo confusamente sumida desde la caída del imperio romano. El gobierno político de la Iglesia, que parecía hubiese debido reunir todas esas partes divididas, fue por desgracia, la nueva fuente de una confusión desconocida hasta entonces en los anales del mundo.[1]

[1] Los abusos del poder eclesiástico en Occidente comenzaron a dejarse sentir hacia el final de la primera dinastía de nuestros reyes; las reclamaciones que se elevaron contra él datan de la misma época, y han continuado sin interrupción.

Hasta las guerras contra los albigenses, el clero no necesitó, para conservar su poderío, sino enviar al suplicio como herejes a todos los que, con dichas reclamaciones, se hacían un pequeño partido en el pueblo. Esta costumbre bárbara de castigar con la muerte las opiniones, introducida en la Iglesia cristiana a fines del siglo IV, por el tirano Máximo, ha subsistido desde entonces con más constancia que ningún otro punto de la disciplina eclesiástica. Los albigenses no se habían extendido sino por algunas provincias, y una Cruzada predicada contra ellos ahogó esta herejía en la sangre de doscientos o trescientos mil hombres. Los soberanos de Bohemia cometieron el error de poner en peligro su trono y de destruir su país para asegurar al clero el mantenimiento de su poderío, y la herejía de los husitas fue aniquilada. Tales hechos habían influido poco en el resto de Europa, donde cada opinión no pasaba los límites de la comarca en que se originara. Pero la invención de la imprenta vino a cambiarlo todo. Cada autor se hacía oír a la vez en todos los países en que se conocía su lengua. Un libro escrito en latín se leía en toda Europa. El clero creyó que podría emplear en el siglo XVI las mismas armas que en el XIII, pero se equivocó: aquellos a quienes perseguía llevaron su causa ante el tribunal de todas las naciones, y la ganaron en algunas.

La destrucción de los abusos del poder eclesiástico constituía el secreto anhelo de todos los hombres instruidos y virtuosos, de todos los príncipes, de todos los magistrados de Europa. Pero desgraciadamente, los que atacaban estos abusos eran teólogos de profesión, y mezclaron con sus reclamaciones las opiniones teológicas. Estas cuestiones, sobre las cuales casi nadie tenía opinión precisa o bien decidida, y en las que la mayoría no había pensado jamás, preocuparon pronto a todos, y cada cual adoptó o conservó la opinión que creía más verdadera.

Los hombres no cambiaron de opinión, como se cree comúnmente; sino

La Iglesia romana y la griega, continuamente en lucha con sus querellas, habían abierto a los otomanos las puertas de Constantinopla. El imperio y el sacerdocio, siempre en armas uno contra otro, habían causado la desolación de Italia, de Alemania, y de casi todos los demás estados. La confusión de los dos poderes, que se combatían en todas partes, solapada o abiertamente, mantenía una agitación perdurable. El gobierno feudal había convertido en soberanos a varios obispos y a varios frailes, y los límites de las diócesis no coincidían con los de los Estados; así sucedía a veces que una misma ciudad era italiana o alemana por su obispo, y francesa por su rey; desgracia ésta que las vicisitudes de las guerras aportan a las ciudades fronterizas. Habéis visto a la jurisdicción secular oponiéndose en todas partes a la eclesiástica, excepto en los Estados donde la Iglesia ha sido y sigue siendo soberana, y a cada príncipe secular tratando de independizar su gobierno de la sede de Roma, sin poder lograrlo; a los obispos resistiéndose unas veces a los papas, y otras uniéndose con ellos contra los reyes: en una palabra, a la república cristiana del rito latino, unida casi siempre en el dogma aparentemente, con algunas escisiones, pero dividida sin cesar en todo lo demás.

que cada cual adoptó una, o conservó la que tenía antes, sin saber que sus vecinos mantuviesen otra.

Hubiese sido fácil para los príncipes ahogar estas disputas no aparentando concederles importancia, y procurar el bien de sus pueblos aumentando su poder y sus propias riquezas con la destrucción de los abusos. Asegurar la independencia de su corona y de su persona, devolver a la población y al trabajo a tantos eclesiásticos inútiles, reincorporar al dominio del Estado los bienes de la Iglesia, liberar al pueblo del impuesto de los gastos de culto, de las limosnas a los frailes, de fiestas, de peregrinaciones, de compras de dispensas o de indulgencias; desterrar la superstición junto con la ferocidad, y la ignorancia y la corrupción, que son sus consecuencias: ¡cuántas ventajas para unos soberanos que poseían unas escasas provincias despobladas, sin industria y sin cultivo! Con sólo haberlo querido, desde el primer momento se hubiese suscitado en los pueblos el horror por los escándalos y por las extorsiones del clero, y se las hubiere visto indiferentes por los dogmas. Esto es tan cierto, que todos los príncipes que han querido separarse de Roma y reformar su clero lo han logrado. La errónea política de Carlos V y de Francisco I impidió que esta revolución se generalizase y se realizase pacíficamente. Sólo pensaron en el interés que creían tener en procurarse el apoyo del papa para sus guerras de Italia, y rivalizaron en ofrecerle el mayor número de víctimas humanas. Y sin embargo, ni la protección del papa, ni los Estados que se disputaban podían aumentar su poder real tanto como lo hubiesen conseguido con la reincorporación a su dominio de los beneficios útiles. La secularización de los obispados y de las abadías de Alemania le hubiese procurado a Carlos, en el imperio, un poder mayor que el que se lisonjeó en vano de adquirir, encendiendo las guerras funestas que estuvieron por dos veces a punto de causar la

Después del pontificado detestado, aunque dichoso, de Alejandro VI, y después del reinado guerrero y más afortunado aún de Julio II, los papas podían considerarse como los árbitros de Italia, e influir mucho en el resto de Europa. No existía ningún potentado italiano que tuviese más tierras, excepto el rey de Nápoles, que dependía de la tiara.

(1513) En estas circunstancias favorables, los veinticuatro cardenales que componían entonces todo el colegio, eligieron a Juan de Médicis, bisnieto de aquel gran Cosme de Médicis, simple comerciante y padre de la patria.

Habiendo sido cardenal a los catorce años, fue papa a los treinta y seis, y tomó el nombre de León X. Su familia había vuelto entonces a Toscana, y León tuvo pronto la suficiente influencia para poner a su hermano Pedro a la cabeza del gobierno de Florencia. A su otro hermano, Julián el Magnífico, le hizo casarse con la princesa de Saboya, duquesa de Nemours, y lo convirtió en uno de los señores más poderosos de Italia. Estos tres hermanos educados por Angel Policiano y por Calcondyles eran dignos los tres de tales maestros. Los tres cultivaban a porfía las letras y las bellas artes, y merecieron que se diese el nombre de siglo de los

ruina de su casa. El rescripto de la dieta de Nuremberg, de 1523, y su respuesta al papa demuestran que Carlos hubiese podido instaurar entonces la reforma sin suscitar la menor alteración. Tal vez la opinión pública hubiese tenido suficiente fuerza para triunfar de la mala política de estos príncipes, pero desgraciadamente una gran parte de los que dirigían entonces la opinión permanecieron adictos a la religión romana, a la cual despreciaban en el fondo de su corazón tanto como las sutilezas teológicas de los nuevos sectarios: los unos, por temor y por amor a la paz, y otros, por creer que la reforma de los abusos debía ser consecuencia infalible, pero tranquila, del progreso de las luces, y que no se debía apresurar el desarrollo de los acontecimientos por miedo a perderlo todo. Se engañaron, y su indiferencia o su error ha sumido a Europa en desgracias tales que ninguna otra época de la historia presenta nada comparable.

En verdad, la intolerancia de los reformadores hace más excusable la conducta de los que se negaron a unirse a ellos. No vieron que el principio del libre examen adoptado por los protestantes, conducía necesariamente a la tolerancia, en tanto que el principio de autoridad, punto fundamental de la creencia romana, aparta de aquélla no menos necesariamente; y que, en fin, la intolerancia de los protestantes, y hasta lo que habían conservado de dogmas teológicos, no era sino un resto de papismo que los principios mismos en que estaba fundada la Reforma debían destruir un día. Creyeron que ya que no les quedaba otra cosa que la elección de sus cadenas, era preferible seguir llevando las que el nacimiento les pusiera a tomar otras nuevas; y que convenía no intervenir en las querellas sino para suavizar el error de los partidos, desde el momento en que, de todos los en que a la sazón estaba dividida Europa, cualquiera que quisiese pensar por sí mismo no podía elegir sino entre el silencio o la hoguera. (Kehl.)

Médicis a la centuria en que vivieron. El papa sobre todo unía al gusto más delicado la magnificencia más exquisita. Con su apoyo, y por su acogida, más seductora aún, suscitaba la aparición de grandes genios en todas las artes. Su coronación costó cien mil escudos de oro. Organizó varias fiestas públicas, en las que hizo representar la *Pénula* de Plauto y la *Calandra* del cardenal Bibiena. Creíase ver renacer entonces los hermosos días del imperio romano. La religión no tenía nada de austera, y se conciliaba el respeto con pomposas ceremonias; se había abolido el estilo bárbaro empleado hasta entonces por la Dataría, substituyéndolo la elocuencia de los cardenales Bembo y Sadolet, secretarios a la sazón de breves, hombres que sabían imitar el latín de Cicerón, y que parecían haber adoptado su filosofía escéptica. Las comedias del Ariosto y las de Maquiavelo, a pesar de que en ellas se respeta poco la piedad, fueron representadas con frecuencia en aquella corte, ante el papa y los cardenales, por los jóvenes más notables de Roma. Sólo se tenía en cuenta el mérito de dichas obras (mérito muy grande para aquel siglo), y lo que en ellas podía ofender la religión pasaba inadvertido en una corte ocupada de intrigas y de placeres, que no pensaba que la religión pudiese sufrir menoscabo por aquellas libertades. En efecto, como no se trataba ni del dogma ni del poder, la corte romana no se alarmaba más por ellas que los griegos y los antiguos romanos se alarmaron por las chanzas de Aristófanes y de Plauto.

Los asuntos más graves, que León X sabía tratar de manera consumada, no le impedían dejar de gustar sus placeres delicados; y ni siquiera la conspiración de varios cardenales contra su vida, y el castigo severo que les aplicó, alteraron en nada la alegría de su corte.

Los cardenales Petrucci, Soli, y algunos otros, irritados porque el papa le había quitado el ducado de Urbino al sobrino de Julio II, sobornaron a un cirujano que curaba una úlcera secreta del papa; y la muerte de León X había de ser la señal para una revolución en muchas ciudades de los Estados pontificios. La conspiración fue descubierta (1517), y le costó la vida a más de un culpable. A los dos cardenales se les aplicó la tortura, y fueron condenados a muerte. Al cardenal Petrucci se le ahorcó en la prisión, y el otro rescató su vida con sus tesoros.

Es notable que fuesen condenados por los magistrados seculares de Roma, y no por sus colegas. Con esto, parecía invitar el papa a los soberanos a someter a todos los eclesiásticos a la jurisdicción ordinaria; pero jamás la Santa Sede creyó que debía ceder a los reyes un derecho que se atribuía a ella misma. ¿Cómo los

cardenales, que eligen a los papas, les han dejado ejercer este despotismo, cuando los electores y los príncipes del imperio han restringido tanto el poder de los emperadores? El motivo es que estos príncipes poseen Estados, y los cardenales no tienen más que dignidades.

Esta triste aventura fue pronto reemplazada por las fiestas y regocijos acostumbrados. León X, para que se olvidase mejor el suplicio de un cardenal que había sufrido muerte de horca, creó treinta nuevos, en su mayoría italianos; y ellos, para seguir el humor de su soberano, y si bien no todos poseían el gusto y los *conocimientos del pontífice*, lo *imitaron al menos en sus placeres*. Casi todos los demás prelados siguieron su ejemplo. España era entonces el único país en el que la Iglesia era de costumbres severas, las cuales habían sido introducidas por el cardenal Jiménez, hombre austero y duro de nacimiento, que no tenía otra inclinación que la del dominio absoluto, y que, vestido con el hábito franciscano cuando era regente de España, decía que con su cordón obligaría a todos los grandes a cumplir con su deber, y que aplastaría su altivez con sus sandalias.

Pero en todos los demás sitios vivían los prelados como príncipes entregados al placer. Había algunos que poseían ocho y nueve obispados. Hoy causa asombro el número de beneficios de que gozaba, por ejemplo, un cardenal de Lorena, un cardenal de Wolsey y tantos otros; pero todos estos bienes eclesiásticos, acumulados por un solo hombre, no causaban entonces peor efecto del que hoy producen tantos obispados reunidos por un solo elector o por cualquiera de los prelados de Alemania.

Todos los escritores protestantes y católicos claman contra la disolución de las costumbres de aquel tiempo, y dicen que los prelados, los párrocos y los frailes llevaban una vida cómoda, y que era muy corriente que los sacerdotes educasen consigo públicamente a sus hijos, a ejemplo de Alejandro VI. Es cierto que ha llegado hasta nosotros el testamento de un tal Croy, obispo de Cambray en aquella época, por el que deja varios legados a sus hijos, y reserva una cantidad para "los bastardos que espera todavía que Dios le haga la merced de darle, si se cura de su enfermedad". Son las palabras textuales de su testamento. El papa Pío II, había escrito hacía ya largo tiempo "que graves motivos habían hecho prohibir el matrimonio a los sacerdotes, pero que otros más graves aún aconsejaban permitírselo". Los protestantes no han dejado de aducir el ejemplo de varios Estados de Alemania, donde los pueblos obligaban a sus párrocos a que tuviesen concubinas, con el fin de que sus propias mujeres estuviesen seguras.

Incluso se ve en los *Cien agravios* redactados antes por la dieta del imperio de Carlos V, contra los abusos de la Iglesia, que los obispos vendían a los párrocos, por un escudo al año, el derecho de tener una concubina; y que había que pagarlo tanto si se usaba del privilegio, como si no se usaba; pero también hay que convenir en que no era un motivo para promover tantas guerras civiles, y que no lo había para matar a los demás en el hecho de que algunos prelados tuviesen hijos, y que los párrocos comprasen por un escudo el derecho de engendrarlos.

Lo que más irritaba a las gentes era aquella venta pública y particular de indulgencias, de absoluciones, y de dispensas a todo precio; impuesto apostólico, ilimitado e inseguro antes del papa Juan XII, pero redactado por él como un código de derecho canónico. Un asesino que fuese subdiácono o diácono, quedaba absuelto, con la facultad de poseer tres beneficios, por doce libras tornesas, tres ducados y seis carlinos: aproximadamente unos veinte escudos. Un obispo y un abad podían asesinar por unas trescientas libras. Las más monstruosas deshonestidades tenían ya fijado el precio. El bestialismo se estimaba en doscientas cincuenta libras. Además se obtenían dispensas, no sólo para pecados pasados, sino para los que se tenía el deseo de cometer. En los archivos de Joinville se ha encontrado una indulgencia en expectativa, para el cardenal de Lorena y doce personas de su séquito, por la cual se perdonaban a cada uno de ellos tres pecados, a su elección. Le Laboureur, escritor escrupuloso, refiere que la duquesa de Borbón y de Auvernia, hermana de Carlos VIII, tuvo el derecho de hacerse absolver durante toda su vida de todo pecado, ella y diez personas de su séquito, en cuarenta y siete fiestas del año, sin contar los domingos.

Este curioso abuso parecía, sin embargo, tener su origen en las antiguas leyes de las naciones de Europa, en las de los francos, de los sajones y de los borgoñones. La corte pontifical no había adoptado esta evaluación de los pecados y de las dispensas sino en los tiempos de anarquía, e incluso cuando los papas no se atrevían a residir en Roma. Jamás concilio alguno incluyó la tasa de los pecados entre los artículos de fe.

Existían abusos violentos y abusos ridículos. Quienes dijeron que era preciso reparar el edificio, y no destruirlo, parecen haber dicho todo lo que podía contestarse a los clamores de los pueblos indignados. El gran número de padres de familia que trabajaban sin cesar para asegurar a sus mujeres y a sus hijos una mediocre fortuna, y el número mucho mayor de artesanos y de labradores que ganaban su pan con el sudor de su frente, veían con dolor

a los frailes rodeados del fausto y del lujo de los soberanos; y se les respondía que esas riquezas, derramadas por ese mismo fausto, volvían a la circulación. La vida cómoda de estos eclesiásticos, lejos de agitar el interior de la Iglesia, garantizaba la paz; y aunque sus abusos hubiesen sido mucho mayores, eran menos peligrosos sin duda que los horrores de las guerras y los saqueos de las ciudades. Oponemos a esto la opinión de Maquiavelo, que es el doctor de cuantos sólo tienen en cuenta la política: en sus discursos sobre Tito Livio, dice que "si los italianos de su época eran tan malos, había que achacárselo a la religión y a los sacerdotes". Y es claro que no podía referirse a las guerras de religión, ya que por entonces no las había; sólo puede aludir con estas palabras a los crímenes de la corte del papa Alejandro VI, y a la ambición de muchos eclesiásticos, lo cual es bien ajeno a los dogmas, a las disputas, a las persecuciones, a las rebeliones y a ese encarnizamiento del odio teológico que a tantos asesinatos dio lugar.

Hasta en Venecia, cuya administración pasaba por ser la más prudente de Europa, se tenía, según dicen, un gran cuidado en mantener a todo el clero en el desorden y la licencia, a fin de que siendo menos respetado, tuviese menos influencia sobre el pueblo, y no pudiese sublevarlo. Sin embargo, en todas partes había hombres de costumbres muy puras, pastores dignos de serlo y religiosos sometidos de todo corazón a unos votos que asustan a la delicadeza humana, pero estas virtudes han quedado sepultadas en la oscuridad, en tanto que el lujo y el vicio se muestran refulgentes.

El esplendor de la corte voluptuosa de León X podía herir los sentimientos; pero también es verdad que esa misma corte pulía a Europa, y hacía a los hombres más sociables. Desde la persecución de los husitas, la religión no había vuelto a causar perturbación alguna en el mundo. Cierto es que la Inquisición era autora en España de grandes crueldades contra los musulmanes y los judíos; pero no son éstas las desgracias universales que trastornan a las naciones. La mayoría de los cristianos vivían en una dichosa ignorancia. Quizá no hubiese en Europa diez caballeros que poseyesen la Biblia, la cual no se había traducido a la lengua vulgar, o al menos las traducciones hechas en contados países eran desconocidas.

El alto clero, preocupado únicamente de lo temporal, sabía gozar y no sabía disputar. Puede decirse que cuando el papa León X fomentó los estudios, proporcionó armas contra él mismo. He oído decir a un señor inglés[1] que había visto una carta del

[1] Bolingbroke.

señor Polus o de la Pole, después cardenal, dirigida a este papa, y en la que, al felicitarle por su labor en pro de la difusión y el progreso de las ciencias en Europa, le advertía que era peligroso hacer a los hombres demasiado sabios. El nacimiento de las letras en una parte de Alemania, en Londres y más tarde en París, gracias a la imprenta perfeccionada, inició la ruina de la monarquía espiritual. Unos hombres de la baja Alemania, a quienes Italia seguía llamando bárbaros, fueron los primeros que acostumbraron a las gentes a despreciar lo que se reverenciaba. Erasmo,[1] aunque había sido durante largo tiempo fraile, o más bien porque lo había sido, cubrió a los frailes, en la mayoría de sus escritos, de un ridículo tal que ya no pudieron volver a sacudírselo. Los autores de las *Cartas de los hombres oscuros* hicieron reír a Alemania a expensas de los italianos, que hasta entonces no los habían creído capaces de ser graciosos; lo fueron sin embargo, y el ridículo preparó, en efecto, la más seria de las revoluciones.

León X estaba muy lejos de temer esta revolución que no vio apuntar en la cristiandad. Las principales causas de esta ceguera fueron su magnificencia, así como una de las más hermosas empresas que podían hacer famoso a un soberano.

Su antecesor, Julio II, en cuyo pontificado comenzaron a tomar tan noble vuelo la pintura y la arquitectura, quiso que Roma tuviese un templo que excediese en magnificencia al de Santa Sofía de Constantinopla, y que fuese además superior en belleza a todos cuantos se había erigido hasta entonces en la tierra. Tuvo el valor de comenzar lo que jamás podría ver terminado. León X prosiguió con ardor tan magnífico proyecto, pero se necesitaba mucho dinero y sus suntuosas prodigalidades habían agotado su tesoro. Todos los cristianos hubiesen debido contribuir a la erección de esta maravilla de la metrópoli de Europa; pero el dinero destinado a las obras públicas jamás se arranca sino por la fuerza o por la astucia. León X recurrió entonces, si está permitido expresarse así, a una de las llaves de San Pedro, con la que se habían abierto algunas veces los cofres de los cristianos para llenar los del papa.

Pretextó una guerra con los turcos, e hizo vender, en todos los Estados de la cristiandad, lo que se llaman *indulgencias*, es decir, la liberación de las penas del purgatorio, sea para uno mismo, o para sus parientes y amigos. Semejante venta pública pone de manifiesto cuál era el espíritu de la época: a nadie sorprendió.

[1] Erasmo, a quien sus tutores obligaron, a la edad de diecisiete años, a entrar en el monasterio de Stein de canónigos regulares, no permaneció en él mucho tiempo, y, tres o cuatro años después, fue sacado del claustro por Enrique de Bergue, obispo de Cambray. (Beuchot.)

En todas partes hubo oficinas para la venta de indulgencias, la cual se arrendaba como los derechos de la aduana. La mayoría de estas expendedurías estaban en las tabernas. El predicador, el arrendatario y el distribuidor ganaban todos en la venta. El papa dio a su hermana una parte del dinero que le produjo, y nadie murmuró todavía. Los predicadores decían abiertamente desde el púlpito que "aunque alguien hubiese violado a la Santísima Virgen, comprando las indulgencias quedaría absuelto el pecado"; y el pueblo escuchaba estas palabras con devoción. Pero cuando se les dio a los dominicos el monopolio de esta venta en Alemania, los agustinos que lo había poseído durante largo tiempo, sintiéronse celosos, y esta pequeña cuestión de intereses entre frailes, suscitada en un rincón de Sajonia, originó más de cien años de discordias, de violencias y de infortunios en treinta naciones.

CAPÍTULO CXXVIII

LUTERO.—LAS INDULGENCIAS

Como no ignoráis, esta gran revolución operada en el espíritu humano y en el sistema político de Europa, fue iniciada por Martín Lutero, fraile agustino, a quien sus superiores encargaron que predicase contra la mercancía que ellos no habían podido vender. La querella surgió al principio entre los agustinos y los dominicos.

Habréis visto que todas las disputas de religión habían procedido hasta entonces de sacerdotes teólogos. Pedro Valdo,[1] comerciante de Lyón, a quien se tiene por el autor de la secta de los valdenses, no lo fue; no hizo otra cosa que reunir a sus hermanos y alentarlos. Seguía los dogmas de Berengario, de Claudio, obispo de Turín, y de muchos otros. Sólo después de Lutero han dogmatizado los seglares en masa, cuando la Biblia, traducida a tantas lenguas, y distintamente traducida, dio origen a casi tantas opiniones como pasajes hay en ella difíciles de explicar.

Si se le hubiese dicho entonces a Lutero que destruiría la religión romana en la mitad de Europa, no lo hubiese creído; fue más lejos de lo que pensaba, como sucede en todas las disputas y en casi todos los negocios humanos.

(1517) Después de haber censurado las indulgencias, examinó Lutero el poder de quien las daba a los cristianos, y así se levantó una punta del velo. Los pueblos, animados, quisieron juzgar entonces lo que habían adorado. Los horrores de Alejandro VI y de su familia no habían hecho nacer ninguna duda sobre el poder espiritual del papa, y, en su jubileo acudieron a Roma trescientos mil peregrinos. Pero los tiempos habían cambiado, y la medida estaba colmada. Los solaces de León fueron castigados con los crímenes de Alejandro. Se comenzó pidiendo una reforma, y se acabó por una separación completa. Existía el convencimiento que los hombres poderosos no se reforman. Se odiaba su autoridad y sus riquezas, y el yugo que se quería romper era el de los impuestos roma-

[1] Véase capítulo CXXXVIII.

nos. ¿Qué importaba, en efecto, en Estocolmo, en Copenhague, en Londres o en Dresde que hubiese fiestas en Roma? Pero sí importaba no pagar impuestos exorbitantes, y que el arzobispo de Upsala fuese dueño de un reino. Las rentas del arzobispado de Magdeburgo, y las de tantas ricas abadías, tentaban a los príncipes seculares. La separación, que se hizo como por sí misma, y por causas muy ligeras, ha obrado, sin embargo, al fin en gran parte esta reforma tan solicitada y que no ha servido de nada. Las costumbres de la curia romana se han hecho más decentes, y el clero de Francia más instruido. Hay que confesar que, en general, el clero ha sido corregido por los protestantes, del mismo modo que un hombre se vuelve más circunspecto bajo los celos vigilantes de su rival; pero no por ello se ha vertido menos sangre, y las disputas teológicas han llegado a convertirse en guerras de caníbales.

Para llegar a esta gran escisión, sólo faltaba un príncipe que alentase a los pueblos. El viejo Federico, elector de Sajonia, llamado el Prudente, el mismo que después de la muerte de Maximiliano, tuvo el valor de rechazar el imperio, protegió a Lutero abiertamente. Esta revolución en la Iglesia comenzó como todas las que han destronado a los soberanos: se presentan primero unas peticiones, se hace una exposición de agravios; y se termina derribando el trono. Todavía no existía una separación marcada, no habiendo pasado de burlarse de las indulgencias, de solicitar la comunión con pan y vino, de decir cosas bastante poco inteligibles acerca de la justificación y del libre albedrío, de querer abolir las órdenes religiosas, y de ofrecer la demostración de que en la Sagrada Escritura no se habla expresamente del purgatorio.

(1520) León X, que en el fondo despreciaba estas disputas, se vio obligado, como papa, a anatematizar solemnemente, por una bula, todas estas proposiciones. No sabía hasta qué punto se protegía secretamente a Lutero en Alemania; y se decía que a éste habría que hacerle cambiar de opinión dándole un capelo. El desprecio con que se le trató fue fatal para Roma.

Lutero dejó entonces a un lado toda circunspección, y compuso su libro *De la cautividad de Babilonia.* Exhortó a todos los príncipes a que sacudiesen el yugo del papado, se desencadenó hablando en contra de las misas privadas, y fue tanto más aplaudido cuanto que clamaba contra la venta pública de esas misas. Los frailes mendicantes las habían puesto de moda en el siglo XIII, y el pueblo las pagaba como sigue pagándolas hoy cuando las encarga. Se trata de una ligera retribución por la que subsisten los pobres religiosos y los sacerdotes asistentes. Estos módicos honorarios, que no podían ser motivo para envidiar a los que sólo

viven del altar y de limosnas, eran entonces en Francia de unos diez céntimos de aquella época, y menores aún en Alemania. La transubstanciación fue proscrita como una palabra que no se encuentra ni en la Escritura ni en los padres. Los partidarios de Lutero pretendían que la doctrina según la cual se desvanece la substancia del pan y del vino, y se conserva la forma, no había sido universalmente establecida en la Iglesia hasta la época de Gregorio VIII; y que esta doctrina había sido sostenida y explicada por primera vez por el benedictino Pascasio Ratbert en el siglo IX. Escudriñaban los archivos tenebrosos de la antigüedad, para encontrar en ellos materia suficiente para separarse de la Iglesia romana respecto de unos misterios que la flaqueza humana no puede profundizar. Lutero se quedaba con una parte del misterio y rechazaba la otra. Confiesa que el cuerpo de Jesucristo se encuentra en las especies consagradas; pero está en ellas, dice, como el fuego en el hierro candente: el hierro y el fuego subsisten juntos. Esta manera de confundirse el cuerpo de Jesucristo con el pan y el vino la llamó Osiander *empanación*, *envinación*, *consubstanciación.* Lutero se contentaba con decir que el cuerpo y la sangre estaban dentro, encima y debajo, *in, cum, sub.* De este modo, en tanto que aquellos a quienes llamaban *papistas* comían a Dios sin pan, los luteranos comían pan con Dios. Poco después vinieron los calvinistas, que comieron el pan, pero que no comieron a Dios.



Los luteranos quisieron al principio nuevas versiones de la Biblia en todas las lenguas modernas, y versiones purgadas de todas las negligencias e infidelidades que le imputaban a la *Vulgata.* En efecto, cuando después quiso el concilio hacer reimprimir esta *Vulgata,* los seis comisarios encargados por el concilio de tal cuidado encontraron en dicha antigua traducción ocho mil erratas; y los doctos afirman que tiene muchas más; pero el concilio se contentó con declarar auténtica la *Vulgata* sin hacer la corrección. Lutero tradujo del hebreo la Biblia germánica, pero se dice que sabía poco hebreo, y que su traducción tiene más errores que la *Vulgata.*

Los dominicos, junto con los nuncios del papa que estaban en Alemania, hicieron quemar los escritos de Lutero, y el papa dio nueva bula contra él. Lutero, a su vez, hizo quemar la bula del papa y las decretales en la plaza pública de Wittemberg. Este rasgo demuestra que era hombre atrevido, pero al mismo tiempo que ya era poderoso. Una parte de Alemania, cansada de la grandeza pontifical, se había puesto desde luego al lado del reformador sin examinar con demasiada detención las cuestiones de escuela.

Sin embargo, estas cuestiones se multiplicaban, y la disputa del

libre albedrío, ese otro escollo de la razón humana, mezclaba su fuente inagotable de querellas absurdas a aquel torrente de odios teológicos. Lutero negó el libre albedrío, que sus secuaces admitieron después, sin embargo. La universidad de Lovaina y la de París se ocuparon del asunto, y ésta última suspendió el examen de la disputa sobre si hubo tres Magdalenas, o una sola Magdalena, para proscribir los dogmas de Lutero.

Éste pidió a continuación que se aboliesen los votos monásticos, porque no se encuentran en la institución primitiva; que los sacerdotes pudiesen casarse, porque varios apóstoles lo estaban; que se comulgase con vino, porque Jesús había dicho: *Bebed de él todos;*[1] que no se venerasen las imágenes, porque Jesús no había tenido imagen; finalmente, no se encontraba de acuerdo con la Iglesia romana más que sobre la trinidad, el bautismo, la encarnación y la resurrección, dogmas que ya habían sido objeto de las más vivas disputas, y algunos de los cuales ya han sido combatidos en los últimos tiempos; de suerte que no hay punto alguno de la teología sobre el que los hombres no hayan estado divididos.

Era indispensable que Aristóteles interviniese en la querella, ya que a la sazón era quien imperaba en las escuelas. Como Lutero afirmase que la doctrina de Aristóteles era inútil para la inteligencia de la Escritura, la sagrada facultad de París decidió que este aserto era erróneo e insensato. Las tesis más triviales se mezclaban con las más profundas, y las falsas imputaciones, las injurias atroces y los anatemas alimentaban la animosidad de ambos partidos.

No se puede leer el modo como Lutero trata a todos sus adversarios, y sobre todo al papa, sin que acuda a los labios una sonrisa de lástima. "Papita, papitín, sois un borrico, un borriquillo; id despacito, que el suelo está helado, y podríais romperos las piernas, y luego dirían: ¿Qué demonio es éste? El pequeño borriquillo de papa se ha quedado cojo. Un asno sabe que es asno, una piedra sabe que es piedra; pero esos borriquillos de papas no saben que son unos borriquillos." Estas soeces groserías, hoy tan repugnantes, no irritaban a unos espíritus que de por sí eran bastante groseros. Lutero, con estas bajezas dichas en un estilo bárbaro, triunfó en su país de toda la refinada civilización romana.

De haberse limitado a las injurias. Lutero hubiese hecho menos daño a la Iglesia romana que Erasmo; pero, uniéndose a él unos cuantos doctores osados, elevaron su voz, no sólo contra los dogmas de los escolásticos, sino contra el derecho que los papas se habían arrogado, desde Gregorio VII, de disponer de los reinos;

[1] Mat., XXVI. 27.

contra el tráfico de todos los objetos de la religión; y contra las opresiones públicas y particulares. Exhibían en los púlpitos y en sus escritos un cuadro de quinientos años de persecuciones; pintaban a Alemania bañada en sangre por las querellas del imperio y del sacerdocio; a los pueblos tratados como animales salvajes, y el purgatorio abierto y cerrado por dinero por unos incestuosos, asesinos y envenenadores. ¿Con qué rostro se había atrevido a llamarse vicario de Dios un Alejandro VI, horror de la tierra entera? ¿Cómo podía usar este título León X, sumido en los placeres y en los escándalos?

Todos estos clamores excitaban a los pueblos; y los doctores de Alemania encendían contra la nueva Roma un odio mayor que el que Varo suscitara contra la antigua.

El destino extraño, que se burla de este mundo, quiso que Enrique VIII, rey de Inglaterra, entrase en la disputa. Su padre le había hecho instruir en las vanas y absurdas ciencias de aquella época. La mente del joven Enrique, ardiente e impetuoso, se había alimentado ávidamente de las sutilezas de la escuela. Quiso escribir contra Lutero, y antes le hizo pedir a León X el permiso de leer los libros del heresiarca, cuya lectura estaba prohibida bajo pena de excomunión. León X concedió el permiso, y el rey escribió comentando a Santo Tomás, y defendiendo los siete sacramentos contra Lutero, que entonces sólo admitía tres, los cuales quedaron pronto reducidos a dos.[1] El libro fue terminado apresuradamente, y enviado a Roma. El papa, entusiasmado, comparó este libro que nadie lee hoy, a los escritos de los Agustines y de los Jerónimos. Dio el título de *defensor de la fe* al rey Enrique y a sus sucesores; pero se lo confirió al mismo que, años después, habría de ser el más enconado enemigo de Roma.

En Italia fueron pocas las personas que siguieron a Lutero, y este pueblo inteligente, ocupado de intrigas y placeres, no tomó parte alguna en estas agitaciones. Tampoco se mezclaron los españoles, de carácter vivo e ingenioso. En cuanto a los franceses, aunque a la índole de estos pueblos unen una inclinación más acusada hacia las novedades, estuvieron durante largo tiempo sin tomar partido. Esta guerra se desarrolló en el seno de los alemanes y de los suizos, a quienes no se tenía entonces por hombres muy sutiles, y a quienes se juzga por circunspectos. La corte de Roma, docta y

[1] El título del libro de Enrique VIII es: *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ et Franciæ rege et domino Hyberniæ, Henrico ejus nominis octavo. Apud inclytam urbem Londinum, in ædibus Pynsonianis, anno MDXXI, quarto idus julii, cum privilegio a rege indulto. Editio prima, in-4°.* (Jorge Avenel.)

refinada, no esperaba que aquellos a quienes consideraba bárbaros pudiesen, con la Biblia y la espada en la mano, arrebatarle la mitad de Europa y conmover a la otra mitad.

Es un gran problema el decidir si Carlos V, emperador entonces, debió abrazar la reforma u oponerse a ella. Sacudiendo el yugo de Roma, vengaba de un golpe al imperio de cuatrocientos años de injurias que la tiara había hecho a la corona imperial; pero corría el riesgo de perder Italia. Tenía, pues, que contemporizar con el papa, que debía unirse a él contra Francisco I; esto, aparte de que sus Estados hereditarios eran todos católicos. Se le reprocha incluso haber visto con gusto el nacimiento de un partido que le iba a procurar el pretexto de crear impuestos y levantar tropas en el imperio, a la par que aplastar a los católicos y a los luteranos bajo el peso de un poder absoluto. En suma, su política y su dignidad le llevaron a declararse contra Lutero, aunque tal vez, en el fondo, opinaba como él en algunos puntos, según los españoles hubieron de sospecharlo después de su muerte. Puede añadirse que en el momento en que Carlos V renunció al gobierno, los Estados de la casa de Austria en Alemania, los Países Bajos, España y Nápoles estaban llenos de protestantes; que aun los católicos de todos estos países solicitaban una reforma; que le hubiese sido fácil, excluyendo al papa y a sus súbditos del concilio, obtener de éste decisiones conformes al interés general de Europa; que hubiese sido su dueño absoluto, sobre todo en la época de Paulo IV, pontífice igualmente sanguinario e insensato. Pero, desgraciadamente, creyó que con bulas, rescriptos y oro, dominaría a Alemania e Italia; y después de treinta años de intrigas y de guerras, se encontró mucho menos poderoso, cuando abdicó el imperio, que en el momento de su elección.

Conminó a Lutero a que acudiese a la dieta imperial de Worms, a dar cuenta de su doctrina en su presencia, es decir, a que declarase si sostenía los dogmas que Roma había proscrito (1521). Lutero compareció con un salvoconducto del emperador, exponiéndose valientemente a sufrir la suerte de Juan Hus; pero esta asamblea se componía de príncipes, y él confió en su honor. Habló ante el emperador y ante la dieta, y sostuvo su doctrina con valor. Se afirma que el nuncio Alejandro pidió a Carlos V que detuviese a Lutero, a pesar del salvoconducto, como Segismundo había entregado a Juan Hus, sin tener en cuenta la fe prometida; pero que Carlos V respondió "que no quería tener que avergonzarse como Segismundo".

Mientras tanto, Lutero, que tenía frente a él a su emperador, al rey de Inglaterra, al papa, a todos los obispos y a todos los reli-

giosos, no perdió su presencia de ánimo, y oculto en una fortaleza de Sajonia, desafió al emperador, levantó a la mitad de Alemania contra el papa, contestó al rey de Inglaterra como a un igual suyo, y fortificó y extendió su Iglesia naciente.

El viejo Federico, elector de Sajonia, deseaba el exterminio de la Iglesia romana. Lutero creyó entonces que había llegado el momento de abolir la misa privada, y lo hizo de un modo que no hubiese sido muy alabado en una época más ilustrada. Fingió que, habiéndosele aparecido el diablo, le reprochó que dijese la misa y que consagrase, y añadió que el diablo le había demostrado que no era sino una idolatría. Al relatar Lutero esta ficción, confesó que el diablo tenía razón, y que había que creerle. La misa fue abolida en la ciudad de Wittemberg, y poco después en el resto de Sajonia. Se derribaron las imágenes, los frailes y los monjes salían de sus claustros, y pocos años después se casó Lutero con una religiosa llamada Catalina Bore. Los eclesiásticos de la antigua comunión le acusaron de que no podía prescindir de mujer, y Lutero les contestó que ellos en cambio no podían prescindir de sus concubinas. Estos mutuos reproches eran de muy distinta índole, pues en tanto que los sacerdotes católicos a quienes se acusaba de incontinencia, se encontraban obligados a confesar que transgredían, en efecto, la disciplina de la Iglesia entera, Lutero y los suyos la cambiaban.

La historia obliga a justificar a la mayoría de los frailes que abandonaron sus iglesias y sus claustros para casarse. Es cierto que recobraron una libertad cuyo sacrificio habían hecho, y que rompieron sus votos; pero no fueron libertinos, y no se les pueden reprochar unas costumbres escandalosas. La misma imparcialidad debe hacernos reconocer que cuando Lutero y los otros frailes contrajeron unos matrimonios útiles al Estado, violaban en menor grado sus votos que aquellos que, habiendo jurado ser pobres y humildes, poseían riquezas fastuosas.

Entre las voces que se elevaban en contra de Lutero, muchos decían con ironía que aquél que había consultado con el diablo para abolir la misa correspondía agradecido al diablo aboliendo los exorcismos, y que quería derribar todos los baluartes elevados para rechazar al enemigo de los hombres. Se ha observado después, en todos los países en los que se cesó de exorcizar, que disminuyó mucho el enorme número de posesiones y de sortilegios. Se decía y se escribía que los demonios obraban en contra de sus intereses, al no refugiarse sino en los católicos que eran los únicos que tenían el poder de mandar en ellos; y no se ha dejado de observar que el número de brujos y de posesos ha sido prodigioso

en la Iglesia romana hasta estos últimos tiempos. Pero no hay que echar a broma cosas que son tristes. Se trataba de algo muy serio, que la desgracia de tantas familias y el suplicio de tantos infortunados volvía funesto; y ha sido una gran suerte para el género humano que, en los países ilustrados, no admitan ya los tribunales las posesiones y la magia. Los reformadores arrancaron esta piedra de escándalo doscientos años antes que los católicos. Se les hacía el cargo de que conmovían los cimientos de la religión cristiana, y se les decía que las posesiones y los sortilegios están expresamente admitidos en la Escritura, que Jesucristo expulsaba los demonios, y que envió sobre todo a sus apóstoles para expulsarlos en su nombre. Ellos contestaban a esta objeción aplastante lo que contestan hoy todos los magistrados prudentes: que Dios permitía en otro tiempo cosas que ya hoy no permite, y que la Iglesia naciente necesitaba milagros, de los cuales ya no necesita la Iglesia bien afirmada. En una palabra, creemos, por el testimonio de la Escritura, que había posesos y brujos, y es cosa cierta que hoy ya no los hay; porque si en estos últimos tiempos los protestantes del Norte han sido lo bastante imbéciles y los bastante crueles para hacer quemar a dos o tres miserables acusados de brujerías, es cosa comprobada que esta estúpida abominación ha quedado al fin enteramente abolida.

CAPÍTULO CXXIX

ZWINGLIO, Y LA CAUSA QUE VOLVIÓ ODIOSA LA RELIGIÓN ROMANA EN UNA PARTE DE SUIZA

Suiza fue el primer país al que se extendió, fuera de Alemania, la nueva secta a la que llamaban la *primitiva Iglesia.* Zwinglio, párroco de Zurich, fue todavía más lejos que Lutero: en su doctrina no había ni *empanación*, ni *envinación.* No admitía que Dios entrase ni en el pan ni en el vino, y menos aún que todo el cuerpo de Jesucristo estuviese entero en cada partícula y en cada gota. En Francia le dieron el nombre de *sacramentario,* que se extendió a todos los reformadores de su secta en los primeros tiempos.

(1523) Zwinglio sufrió las invectivas del clero de su país, y el asunto se llevó ante los magistrados. El senado de Zurich examinó el proceso, como si se hubiese tratado de una herencia. Se votó, y la mayoría se pronunció en favor de la reforma. El pueblo congregado, esperaba la sentencia del senado, y cuando el escribano anunció que Zwinglio había ganado su causa, todo el pueblo adoptó inmediatamente la religión del senado. Un pueblecito suizo sentenció a Roma. ¡Dichoso pueblo, después de todo, que en su sencillez se remitía a sus magistrados sobre lo que ni él, ni ellos, ni Zwinglio, ni el papa podían entender!

Años después, Berna, que es en Suiza lo que Amsterdam en las Provincias Unidas, juzgó más solemnemente todavía este mismo proceso. El senado, después de haber escuchado durante dos meses a ambos partidos, condenó la religión romana. La sentencia fue admitida sin dificultad en todo el cantón, y se erigió una columna, en la que se grabó en letras de oro esta solemne sentencia, que desde entonces se ha mantenido en todo su vigor.

(1528) Cuando se ve así, que la nación menos inquieta, menos mudable, menos versátil de Europa, abandona de repente una religión por otra, es que existe infaliblemente una causa que debe de haber impresionado de manera violenta todas las inteligencias. He aquí cuál fue esta causa de la revolución de los suizos.

Una animosidad abierta había surgido entre los franciscanos y los dominicos desde el siglo XIII. Los dominicos perdían mucho ascendiente sobre el pueblo a causa de que honraban menos a la Virgen que los franciscanos, y que le negaban con Santo Tomás el privilegio de haber nacido sin pecado. Los franciscanos, por el contrario, ganaban mucha influencia y dinero predicando en todas partes la concepción inmaculada sostenida por San Buenaventura. El odio entre ambas órdenes llegó a ser tan fuerte que un franciscano que estaba predicando en Francfort, sobre la Virgen (1503), al ver entrar a un dominico, exclamó que daba gracias a Dios por no pertenecer a una secta que deshonraba a la madre del mismo Dios, y que envenenaba a los emperadores con la hostia. El dominico, llamado Vigan, le gritó que había mentido, y que era hereje. El franciscano bajó del púlpito, excitó al pueblo, arrojó a su enemigo de allí a golpes de crucifijo, y Vigan fue dejado por muerto en la puerta. (1504) Los dominicos celebraron en Wimpfen un capítulo, en el que decidieron vengarse de los franciscanos, y hacer que disminuyese su influencia y se desacreditase su doctrina, empleando contra ellos a la misma Virgen. Se eligió Berna como escenario, y durante tres años se difundieron muchas historias de apariciones de la madre de Dios, la cual en ellas reprochaba a los franciscanos la doctrina de la inmaculada concepción, y decía que era una blasfemia, por la cual se arrebataba a su hijo la gloria de haberla lavado del pecado original y salvado del infierno. Los franciscanos les opusieron otras apariciones, hasta que al fin (1507), habiendo atraído los dominicanos a su orden a un joven lego llamado Yetser, sirviéronse de él para convencer al pueblo. Era una opinión aceptada en todos los conventos de todas las órdenes, que todo novicio que no había profesado, y que había dejado los hábitos, permanecía en el purgatorio hasta el juicio final a menos que fuese rescatado por oraciones y limosnas hechas al convento.

El prior dominico del convento entró una noche en la celda de Yetser, con una túnica en la que habían pintado unos diablos. Iba cargado de cadenas y acompañado por cuatro perros; y de su boca, en la que habían puesto una cajita redonda llena de estopa, salían llamas. Este prior le dijo a Yetser que era un antiguo novicio que estaba en el purgatorio por haber dejado los hábitos, y que se libraría si el joven Yetser aceptaba ser flagelado en favor suyo, por los frailes, ante el altar mayor. Yetser no dejó de hacerlo, y libró del purgatorio aquella alma, que se le apareció después radiante y vestida de blanco para decirle que había subido al cielo, y para recomendarle los intereses de la Virgen que los franciscanos calumniaban.

Noches después se le apareció Santa Bárbara, a la que el hermano Yetser profesaba una gran devoción. Era otro fraile, quien le dijo esta vez que era santo y que la Virgen le encargaba que la vengara de la mala doctrina de los franciscanos.

Finalmente, fue la Virgen quien bajó por el techo con dos ángeles, y le ordenó que anunciase que había nacido con el pecado original, y que los franciscanos eran los mayores enemigos de su hijo. Díjole también que quería honrarle con las cinco llagas con que habían sido favorecidas Santa Lucía y Santa Catalina.

A la noche siguiente los frailes hicieron beber al lego vino con opio, y le atravesaron las manos, los pies y el costado. Al despertarse bañado en sangre, le dijeron que la Virgen le había impreso los estigmas; y en este estado fue expuesto sobre el altar a la vista del pueblo.

Sin embargo, no obstante su imbecilidad, el pobre hermano, que había creído reconocer en la Virgen la voz del subprior, comenzó a sospechar la impostura. Los frailes no vacilaron en envenenarle, y le dieron al comulgar una hostia espolvoreada con sublimado corrosivo. El mal sabor le hizo arrojar la forma y al punto le cargaron de cadenas como a un sacrílego. Él, para salvar la vida prometió y juró sobre una hostia que no revelaría jamás el secreto; pero, como al cabo de algún tiempo encontrase la manera de evadirse, fue a denunciarlo todo ante el magistrado. El proceso duró dos años, al cabo de los cuales fueron quemados cuatro dominicos en la puerta de Berna, el último día de mayo de 1509, después de la sentencia pronunciada por un obispo delegado de Roma.

Esta aventura inspiró hacia los frailes el horror consiguiente, y en los comienzos de la Reforma no se dejaron de recordar todas sus espantosas circunstancias. Olvidaban que la misma Roma había hecho castigar este sacrilegio con el mayor suplicio, y sólo tenían presente el sacrilegio. El pueblo, que había sido testigo, creía sin trabajo toda esa multitud de profanaciones y de embaucamientos hechos por dinero, que se les reprochaban especialmente a las órdenes mendicantes, y que se le imputaban a la Iglesia entera. Y cuando los que eran todavía partidarios del culto romano aducían que la sede de Roma no era responsable de los delitos cometidos por los frailes, se les ponían ante los ojos los crímenes con que no pocos papas se habían manchado. Nada tan fácil como hacer odiosa una institución entera, recapitulando los crímenes de sus miembros.

El senado de Berna y el de Zurich habían dado una religión al pueblo; pero en Basilea fue el pueblo el que obligó al senado a adoptarla. Eran ya trece los cantones suizos; y Lucerna, y cuatro

de los más pequeños y más pobres: Zug, Schwyz, Uri y Unterwalden, que permanecían unidos a la comunión romana, comenzaron la guerra civil contra los otros. Esta fue la primera guerra de religión entre los católicos y los reformados. El cura Zwinglio se puso a la cabeza del ejército protestante, fue muerto en el combate (1531), y se le consideró como un santo mártir por su partido y como un hereje detestable por el partido contrario. Los católicos vencedores hicieron que el verdugo descuartizase su cuerpo, y lo arrojaron a continuación al fuego. Tales fueron los preludios de los furores a los que se dejaron arrastrar más tarde unos y otros.

Al establecer Zwinglio su secta se mostró más celoso por la libertad que por el cristianismo. Creía que bastaba con ser virtuoso para alcanzar la felicidad en la otra vida, y que Catón y San Pablo, Numa y Abrahán, gozaban de la misma beatitud. Tal opinión ha llegado a ser después la de una infinidad de hombres docto moderados. Han creído que era abominable considerar al padre de la naturaleza como el tirano de casi todo el género humano, y el bienhechor de unas pocas personas en algunas pequeñas comarcas. Estos hombres doctos se equivocaron sin duda; ¡pero cuán humano es equivocarse así!

La religión de Zwinglio se llamó después *calvinismo*, habiéndole dado Calvino su nombre, como Américo Vespucio le dio el suyo al Nuevo Mundo, descubierto por Colón. Tenemos, pues, tres Iglesias nuevas en pocos años: la de Lutero, la de Zwinglio y la de Inglaterra, separadas del centro de la unión, y gobernándose por sí solas. A la de Francia, que jamás rompió con el jefe, se la seguía considerando en Roma como un miembro disidente en no pocos puntos, tales como la superioridad de los concilios, la falibilidad del primer pontífice, algunos derechos del episcopado, el poder de los legados, el nombramiento para los beneficios y los tributos exigidos por Roma.

La gran sociedad cristiana se parecía en algún aspecto a los imperios profanos, que fueron en sus comienzos repúblicas pobres. Estas repúblicas llegaron a ser, con el tiempo, ricas monarquías; y estas monarquías perdieron algunas provincias que se convirtieron en repúblicas.

CAPÍTULO CXXX

PROGRESO DEL LUTERANISMO EN SUECIA, EN DINAMARCA Y EN ALEMANIA

Dinamarca y toda Suecia abrazaron el luteranismo, llamado *religión evangélica.* (1523) Para sacudir el yugo de los obispos de la comunión romana, los suecos escucharon sobre todo la voz de la venganza. Oprimidos durante largo tiempo por algunos obispos, y en especial por los arzobispos de Upsala, primados del reino, estaban todavía indignados por la barbarie cometida (1520), no hacía más de tres años, por el último arzobispo, llamado Trolle. Este arzobispo, ministro y cómplice de Cristián II, llamado el *Nerón del Norte*, tirano de Dinamarca y de Suecia, era un monstruo de crueldad, no menos abominable que Cristián. Había obtenido una bula del papa contra el senado de Estocolmo, que se había opuesto a sus depredaciones y a la usurpación de Cristián; y cuando todo estuvo apaciguado, y los dos tiranos, Cristián y el arzobispo, juraron sobre la hostia olvidar el pasado, el rey invitó a cenar en su palacio a dos obispos, a todo el senado y a noventa y cuatro señores. Estaban ya servidas las mesas, y los comensales se encontraban seguros y alegres, cuando Cristián y el arzobispo salieron para volver un momento después, seguidos de satélites y de verdugos; y el arzobispo, con la bula del papa en la mano, hizo matar a todos los invitados. Al gran prior de la orden de San Juan de Jerusalén se le abrió el vientre y se le arrancó el corazón.

La fiesta de ambos tiranos terminó con la matanza de seiscientos ciudadanos, sin distinción de sexo ni edad.

Los dos monstruos, que debían perecer por el suplicio del gran prior de San Juan, murieron realmente en su cama; pero el arzobispo, después de haber sido herido en un combate, y Cristián después de haber sido destronado. Como ya hemos relatado[1] al hablar de Suecia, el famoso Gustavo Vasa libertó su patria del tirano (1523), y habiéndole conferido la corona los cuatro Estados

[1] Capítulo CXIX.

del reino, no tardó en exterminar una religión que había servido de pretexto para cometer tan execrables crímenes.

Pronto quedó, pues, establecido el luteranismo en Suecia y en Dinamarca, sin oposición alguna, no bien el tirano fue expulsado de sus dos Estados.

Veíase Lutero apóstol del Norte, y gozaba en paz de su gloria. En el año 1525 los Estados de Sajonia, de Brunswick y de Hesse, y las ciudades de Estrasburgo y de Francfort, abrazaron su doctrina.

Es cierto que la Iglesia romana necesitaba una reforma, como lo confesaba el mismo papa Adriano, sucesor de León X. No es menos cierto que si no hubiese habido en el mundo cristiano una autoridad que fijase el sentido de la Escritura y los dogmas de la religión, las sectas habrían llegado a ser tantas como hombres que supiesen leer; porque el divino legislador no se dignó escribir nada, y sus discípulos, que dijeron muy pocas cosas, las expresaron de una manera que es a veces muy difícil entender por uno mismo, ya que cada palabra puede dar lugar a interpretaciones distintas; pero también es cierto que un poder que tuviese el derecho de mandar siempre en los hombres en nombre de Dios pronto llegaría a abusar de él. Tanto en cuestiones de religión como de gobierno, el género humano se ha encontrado con frecuencia entre la tiranía y la anarquía, a punto de caer en una de estas dos simas.[1]

Los reformadores de Alemania, que querían seguir el Evangelio punto por punto, dieron un nuevo espectáculo años después: el de eximir del cumplimiento de una ley reconocida, que parecía que no debería ya ser atacada nunca, como es la ley que prescribe que no se tenga más que una mujer, ley positiva en la

[1] La anarquía política es un gran mal, porque importa a la felicidad común que la fuerza pública esté unida para la protección del derecho de cada cual; por el contrario, la anarquía en la religión no sólo es indiferente, sino incluso casi necesaria para la tranquilidad pública. Es difícil que dos sectas rivales subsistan sin originar perturbaciones, y casi imposible que doscientas sectas puedan originarlas jamás. La tolerancia absoluta, y la destrucción de toda jurisdicción eclesiástica y de toda influencia del clero en los actos civiles, son los únicos medios de asegurar la tranquilidad.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que el derecho de examinar lo que se debe creer, y de profesar lo que se cree, es un derecho natural que ningún poder puede limitar sin caer en la tiranía, y que nadie puede atacar sin violar las primeras leyes de la conciencia.

Ningún hombre de buena fe que discurriera bien, podría proponer una ley de intolerancia, sin establecer como primer principio que la religión no es ni puede ser jamás otra cosa que una institución política. Por eso, entre los fautores de la intolerancia, hay más hipócritas que fanáticos. (Kehl.)

que parece fundada la tranquilidad de los Estados y de las familias en toda la cristiandad; pero ley, a la vez, funesta en ocasiones, y que puede necesitar excepciones, como tantas otras leyes. Hay casos en los que el interés mismo de las familias, y sobre todo el interés del Estado, exigen que se tenga una segunda esposa en vida de la primera, cuando ésta no puede dar un heredero necesario. La ley natural va de acuerdo entonces con el bien público; y como el objeto del matrimonio sea el de tener hijos, parece contradictorio rechazar el único medio que conduce a tal fin.

Sólo ha habido un papa que haya escuchado esta ley natural: Gregorio II, quien, en su célebre decretal del año 726, declaró que "cuando un hombre tiene una esposa inválida, incapaz de ejercer las funciones conyugales, puede tomar otra, siempre que siga cuidando de la primera". Lutero fue mucho más lejos que el papa Gregorio II. Felipe el Magnánimo, landgrave de Hesse, quiso casarse con una joven doncella, llamada Catalina de Saal, de la que estaba enamorado, aunque vivía su mujer Cristina de Sajonia, que no se encontraba imposibilitada, y de la cual había tenido hijos. Y lo que aparece más extraño en el caso, es que, de los documentos originales referentes a este asunto, se deduce que el escrúpulo de conciencia no era ajeno a los designios de este príncipe, siendo uno de los grandes ejemplos de la flaqueza de la mente humana. Este hombre, que era por otra parte sensato y político, parecía creer sinceramente que con el permiso de Lutero y de sus compañeros podía transgredir una ley que él mismo reconocía. Manifestó, pues, a estos jefes de su Iglesia que su esposa, la princesa de Sajonia, "era fea, olía mal y se embriagaba con frecuencia". A continuación, confiesa ingenuamente, en su solicitud que a menudo ha caído en la *fornicación*, y que su temperamento le hace necesario el placer; pero, y esto ya no es tan ingenuo, hace comprender hábilmente a sus doctores que, si no acceden a darle la dispensa que necesita, podría muy bien pedírsela al papa.

Lutero reunió un pequeño sínodo en Wittemberg, compuesto de seis reformadores, los cuales tenían el convencimiento de que iban a atacar una ley que su propio partido aceptaba. Unicamente la ley natural hablaba en favor del landgrave, ya que la naturaleza le había dado en número de tres lo que de ordinario no da a los demás hombres sino en número de dos; pero en su petición no aducía este motivo de orden físico.

La decretal de Gregorio II que permite dos mujeres, no se encontraba en vigor, y no autoriza a nadie: y los ejemplos que varios reyes cristianos, y sobre todo reyes godos, habían dado en otro tiempo de poligamia, no se consideraban por todos los cris-

tianos sino como abusos. Si el emperador Valentiniano el Viejo se casó con Justina viviendo Severa, su esposa, y si varios reyes francos tuvieron dos o tres mujeres a la vez, el tiempo había llegado casi a borrar el recuerdo. El sínodo de Wittemberg no consideraba el matrimonio como un sacramento, sino como un contrato civil, y decía que la disciplina de la Iglesia admite el divorcio, aunque el Evangelio lo prohibe, añadiendo que el Evangelio no ordena expresamente la monogamia; pero veía tan claramente el escándalo, que lo sustrajo en cuanto pudo a los ojos del público. El permiso de la bigamia quedó firmado, y la concubina se desposó, con el consentimiento incluso de la legítima esposa; y de este modo, lo que, después de Gregorio, no se habían atrevido nunca a hacer los papas, cuyo poder excesivo atacaba Lutero, lo hizo éste no teniendo para ello ningún poder. Su dispensa fue secreta; pero el tiempo revela todos los secretos de esta naturaleza. Este ejemplo no ha tenido imitadores, a causa sin duda de lo difícil que es para un hombre poder conservar en su casa a dos mujeres cuya rivalidad sería origen de una guerra doméstica continua, con lo que se harían desgraciadas tres personas.

Cowper, canciller de Inglaterra en el reinado de Carlos II, se casó en secreto con una segunda mujer, con el consentimiento de la primera, escribió un librito en favor de la poligamia y vivió dichoso con sus dos esposas; pero estos casos son muy raros.

La ley que permite a los orientales la pluralidad de mujeres es, de todas las leyes, aquella de cuyas facultades se hace menos uso entre los particulares. Es cierto que tienen concubinas; pero no hay en Constantinopla cuatro turcos que tengan varias esposas.[1]

Si los nuevos usos no hubiesen traído consigo más que estos escándalos pacíficos, el mundo hubiese sido feliz; pero Alemania fue teatro de escenas más trágicas.

[1] Véase el *Diccionario filosófico*, artículo MUJER. *(Nota de Voltaire.)*— Sin embargo, Voltaire no dice en modo alguno que *no hay en Constantinopla cuatro turcos que tengan varias esposas;* sino que únicamente los más grandes señores pueden usar del privilegio de tener *cuatro* mujeres. (Beuchot.)

CAPÍTULO CXXXI

LOS ANABAPTISTAS

Dos fanáticos, llamados Stork y Muncer,[1] nacidos en Sajonia, utilizaron algunos pasajes de la Escritura que insinúan que no hay discípulo de Cristo que no esté inspirado, y pretendieron estarlo. (1523) Son los primeros *entusiastas** de que se tiene noticia en esos tiempos, y querían que se rebautizase a los niños, porque Cristo había sido bautizado siendo adulto, por lo cual se les dio el nombre de *anabaptistas.* Se decían inspirados, enviados para reformar la comunión romana y la luterana, y para hacer perecer a todo el que se opusiera a su evangelio, fundándose en estas palabras: "No he venido para meter paz, sino espada."[2]

Lutero había logrado hacer que se levantasen los príncipes, los señores y los magistrados contra el papa y los obispos. Muncer levantó a los campesinos contra todos éstos, y él y sus discípulos se dirigieron a los habitantes de los campos en Suabia, en Misnia, en Turingia y Franconia. Desarrollaban la verdad peligrosa que está en todos los corazones, de que los hombres han nacido iguales, y que si los papas habían tratado a los príncipes como súbditos, los señores trataban a los campesinos como animales. Realmente el manifiesto de estos salvajes, en nombre de los hombres que cultivan la tierra, hubiera podido haberlo firmado Licurgo: pedían que no se les aplicase otro impuesto que el de los diezmos de los granos; que una parte se emplease para aliviar la situación de los pobres; que se les permitiese ejercer la caza y la pesca para alimentarse; que el aire y el agua fuesen libres; que se moderasen sus servidumbres corporales, y que se les dejase la madera suficiente para calentarse. Reclamaban con esto los derechos del género humano; pero los sostenían como bestias feroces.

[1] O más bien, Munzer. (Jorge Avenel.)

* Se dio el nombre de *entusiastas* a los miembros de ciertas sectas, tales como los malianos, los enquitos, etc., porque creían tener inspiraciones del cielo o del Espíritu Santo. *(N. del T.)*

[2] Mat., X, 34.

Las crueldades que hemos visto cometer por las comunas de Francia, y en Inglaterra bajo los reinados de Carlos VI y de Enrique V, se repitieron en Alemania y fueron más violentas a causa del espíritu de fanatismo. Muncer predicando la igualdad se apoderó de Mulhausen, en Turingia, y predicando el desinterés hizo que le llevasen el dinero de los habitantes. (1525) Los campesinos se levantaron desde Sajonia hasta Alsacia, mataban a cuantos hidalgos encontraban, y degollaron a una hija bastarda del emperador Maximiliano I. Lo más notable es que, siguiendo el ejemplo de los antiguos esclavos rebelados, que sintiéndose incapaces de gobernar, eligieron como rey al único de sus amos que escapara de la carnicería, estos campesinos elevaron a un gentilhombre.

Asolaron cuantos lugares invadieron desde Sajonia hasta Lorena; pero pronto corrieron la suerte de todas las masas tumultuarias que no tienen un jefe hábil; y después de haber cometido horribles desmanes, fueron exterminados por tropas regulares. Muncer, que había querido erigirse en Mahoma, pereció en Mulhausen, en el cadalso (1525). En cuanto a Lutero, que no había tenido parte alguna en estos excesos, pero que era, a pesar suyo, su promotor, ya que había sido el primero en franquear la barrera de la sumisión, no perdió nada de su crédito, y siguió siendo el profeta de su patria.

CAPÍTULO CXXXII

CONTINUACIÓN DEL LUTERANISMO Y DEL ANABAPTISMO

Ya no le era posible al emperador Carlos V ni a su hermano Fernando detener los progresos de los reformadores. En vano la dieta de Spira dictó unos artículos moderados de pacificación (1529). Catorce ciudades y varios príncipes protestaron contra este edicto de Spira, y esta protesta fue la que hizo que se diera después a todos los enemigos de Roma el nombre de *protestantes*. Luteranos, zwinglianos, ecolampadianos, carlostadianos, calvinistas, presbiterianos, puritanos, alta Iglesia anglicana, pequeña Iglesia anglicana; a todos se les designa hoy con este nombre. Es una república inmensa compuesta de bandos distintos, unidos todos contra Roma, su enemigo común.

(1530) Los luteranos presentaron su confesión en Augsburgo, confesión que fue desde entonces su guía, y a la que se adhirió la tercera parte de Alemania. Los príncipes de este partido se aliaban ya contra la autoridad de Carlos V, así como contra Roma. Pero todavía no corría la sangre en el imperio por la causa de Lutero; sólo los anabaptistas, llevados siempre por su furor ciego y poco intimidados por el ejemplo de su jefe Muncer, desolaron a Alemania en nombre de Dios (1534). El fanatismo no había producido hasta entonces en el mundo furor semejante; todos aquellos campesinos, que se creían profetas, y que no sabían nada de la Escritura, excepto la necesidad de matar implacablemente a los enemigos del Señor, se hicieron más fuertes en Westfalia, que era entonces la patria de la estupidez, y se apoderaron de la ciudad de Munster, de la cual arrojaron al obispo. Quisieron primero establecer la teocracia de los judíos, y ser gobernados por Dios sólo; pero habiendo sido muerto un tal Mateo,[1] su principal profeta, un oficial de sastre, llamado Juan de Leyden,[2] natural de Leyden en Holanda, aseguró que se le había aparecido Dios y le había nombrado rey; y tal como lo dijo lo hizo creer.

[1] O más bien, Juan de Matthiesen.
[2] O más bien, Juan Bockbold, llamado Juan de Leyden.

Su coronación se realizó con magnífica pompa. Todavía puede verse la moneda que hizo acuñar: sus armas eran dos espadas en la misma posición que las llaves del papa. Monarca y profeta a la vez, envió a doce apóstoles[1] que recorrieron toda la baja Alemania anunciando su reino. En cuanto a él, siguiendo el ejemplo de los reyes de Israel, quiso tener varias mujeres, y se casó con diez a a la vez.[2] Pero como una de ellas hablase en contra de su autoridad, le cortó la cabeza en presencia de las otras; las cuales, sea por temor o por fanatismo, bailaron con él en torno al cadáver ensangrentado de su compañera.

Este rey profeta tuvo una virtud que no es rara entre los bandidos y entre los tiranos: el valor. Defendió Munster contra su obispo Waldeck, con un arrojo intrépido, durante un año entero; y, en el extremo a que le dejó reducido el hambre, siguió negándose a toda transacción. (1536) Finalmente fue cogido con las armas en la mano por una traición de los suyos. Su cautividad no mermó en nada su orgullo inquebrantable, y habiéndole preguntado el obispo cómo se había atrevido a hacerse rey, el prisionero le preguntó a su vez con qué derecho se atrevía el obispo a decirse señor temporal. "Fui elegido por mi cabildo", dijo el prelado. "Y yo, por el mismo Dios", replicó Juan de Leyden. El obispo, después de haberle mostrado de ciudad en ciudad, como se exhibe un monstruo, lo hizo atenacear con tenazas candentes.[3] No se extinguió el entusiasmo anabaptista por el suplicio sufrido por este rey y sus cómplices. Sus hermanos de los Países Bajos estuvieron a punto de sorprender Amsterdam,[4] y todos los conjurados que se encontraron fueron exterminados. En ese tiempo, a cuantos anabaptistas se hallaban en las Provincias Unidas se les trataba como los holandeses lo habían sido por los españoles: se

[1] Léase: veintiocho.

[2] Léase: cuatro a la vez. Pero sólo una tuvo el título de reina. El número de las mujeres de Juan de Leyden se elevó progresivamente a quince. (Jorge Avenel.)

[3] El 22 de enero de 1536. Fue Arnoldo Meshovius quien, en su *Historia anabaptística* (Colonia, 1617, en 4º), dijo que Juan Bockhold había sido paseado de ciudad en ciudad; pero es un error. Las tropas episcopales se apoderaron de Munster en la noche del 25 al 26 de junio de 1535; y el 14 de julio, Bockhold, Bokold, Kniperdolling y Bernardo Krecthing, con otros jefes anabaptistas, fueron conducidos a la fortaleza de Dulmn, de donde no volvieron a Munster hasta el 12 de enero de 1536. Se puede consultar respecto a estos hechos una obra curiosísima titulada *Jean Bockelson, ou le roi de Monster, fragment historique* por M. Baston, doctor de la Sorbona (París, Gauthier frères, 1824, en 8º). (Evaristo Bavoux.)

[4] La conjuración de Amsterdam había tenido lugar antes de la prisión de Juan de Leyden. (Jorge Avenel.)

les ahogaba, se les estrangulaba y se les quemaba. Conjurados o no, alborotadores o pacíficos, cayóse sobre ellos en toda la baja Alemania como sobre monstruos de los que había que purgar la tierra.

A pesar de todo, la secta subsiste bastante numerosa, regada con la sangre de los prosélitos, que ellos llaman mártires, pero enteramente distinta de lo que fue en su origen; y los sucesores de aquellos fanáticos sanguinarios son los más pacíficos de todos los hombres, ocupados en sus manufacturas y en sus negocios, laboriosos y caritativos. No existe ejemplo de cambio tan grande; pero como no representan nada en el mundo, nadie se digna advertir si han cambiado o no, y si son perversos o virtuosos.

Lo que ha producido tal cambio en sus costumbres, es el hecho de haberse puesto al lado de los unitarios, es decir, de los que no reconocen más que un solo Dios, y que, reverenciando a Cristo, viven sin muchos dogmas y sin ninguna disputa: hombres condenados en todas las demás comuniones, y viviendo en paz en medio de ellas. De este modo, ha ocurrido con ellos lo contrario que con los cristianos, que fueron al principio unos hermanos pacíficos, sufridos y ocultos, para convertirse al fin en unos malvados absurdos y bárbaros. Los anabaptistas comenzaron por la barbarie y terminaron por la moderación y el buen juicio.

CAPÍTULO CXXXIII

GINEBRA Y CALVINO[1]

En tanto los anabaptistas merecían que se tocase a rebato contra ellos en todos los rincones de Europa, los protestantes se hicieron dignos de estimación a los ojos de los pueblos por el modo como su reforma se estableció en muchos lugares. En Ginebra, los magistrados hicieron sostener tesis durante todo el mes de junio de 1535. Se invitó a los católicos y a los protestantes de todos los países a que acudiesen a discutirlas; y cuatro secretarios redactaron por escrito todo lo más esencial de cuanto se dijo en pro y en contra. A continuación, el gran consejo de la ciudad examinó durante dos meses el resultado de la controversia, y así había sido, sobre poco más o menos, como se había hecho en Zurich y en Berna, pero menos jurídicamente y con menos madurez y aparato. Al fin, el consejo proscribió la religión romana, y todavía se ve hoy en el ayuntamiento esta inscripción grabada en una placa de bronce: "En memoria de la gracia que Dios nos ha hecho de haber sacudido el yugo del anticristo, abolido la superstición, y recuperado nuestra libertad."

Los ginebrinos recuperaron, en efecto, su verdadera libertad. El obispo, que disputaba el derecho de soberanía sobre Ginebra al duque de Saboya y al pueblo, siguiendo el ejemplo de tantos prelados alemanes, fue obligado a huir y abandonar el gobierno a los ciudadanos. Desde hacía tiempo existían dos partidos en la ciudad, el de los protestantes y el de los romanos; los protestantes se llamaban *egnots*, de la palabra *eidgnossen*, aliados por juramento. Los

[1] En *Nouvelle Bibliothèque germanique* (julio, agosto y septiembre de 1757), tomo XXI, páginas 30-46, figura el comienzo de una *Lettre où l'on examine deux chapitres de l'Essai sur l'histoire, etc.* El final de esta carta estaba anunciado para el cuaderno siguiente, pero no ha aparecido. Los dos capítulos objeto del examen, eran entonces los capítulos CXII y CXIII (que luego pasaron a ser los CXXXIII y CXXXIV). Vernet, autor de la *Lettre*, la consignó por entero, después de haberle cambiado el preámbulo, en sus *Lettres critiques d'un voyageur anglais* (tercera edición, tomo II, páginas 144-171); donde la titula *Observations*; pero estas observaciones no se refieren más que al capítulo titulado *Ginebra y Calvino*. (Beuchot.)

egnots, que triunfaron, atrajeron a su lado a una parte del bando opuesto, y expulsaron a los demás; y de allí procedió que los reformados franceses llevasen el nombre de *egnots* o *hugonotes*, término para el cual inventaron después falsos orígenes la mayoría de los escritores franceses.

Esta reforma opuso sobre todo la severidad de las costumbres a los escándalos que daban entonces los católicos. Bajo la protección del obispo, como príncipe de Ginebra, existían lugares públicos de vicio establecidos en la ciudad; las mujeres legalmente prostituidas pagaban un impuesto al prelado, y el magistrado elegía todos los años a la reina del b. . ., como se decía entonces, a fin de que todo ocurriese ordenada y convenientemente. Se hubieran podido excusar en cierto modo estos desórdenes, diciendo que entonces era más difícil que hoy seducir a las mujeres casadas o a sus hijas; pero existían vicios más repugnantes, pues después que se abolieron los conventos en Ginebra, se encontraron caminos secretos por los que entraban los franciscanos en las residencias de las religiosas. En Lausanne se descubrió, detrás del altar de la capilla del obispo, una puertecilla que conducía por un camino subterráneo a un convento de monjas cercano; y ésta puede verse todavía.

La religión de Ginebra no era de un modo absoluto la misma de los suizos; pero la diferencia era pequeña, y jamás fue alterada su unión por ello. El famoso Calvino, a quien consideramos como el apóstol de Ginebra, no tuvo intervención alguna en este cambio, y algún tiempo después se retiró a esta ciudad, de la cual fue al principio expulsado, porque su doctrina no se avenía en todo con la dominante; pero volvió más tarde, y se erigió en papa de los protestantes.

Se llamaba realmente Chauvin; había nacido en Noyon, en 1509, y sabía el latín, el griego y la mala filosofía de su tiempo; escribía mejor que Lutero, y hablaba peor. Ambos laboriosos y austeros, pero duros e irritables, y ambos anhelantes por señalarse y obtener ese dominio sobre los espíritus que tanto halaga el amor propio, y que convierte a un teólogo en una especie de conquistador.[1]

Los católicos poco instruidos que saben de manera general que Lutero, Zwinglio y Calvino se casaron, y que Lutero se vio obli-

[1] El carácter de Lutero era más violento que duro y si fue arrebatado en su conducta, en sus escritos y en sus discursos, no se le reprocha ningún acto cruel. Se asegura que, no obstante el furor teológico que domina en sus obras, era en su hogar un buen hombre, de carácter franco y de trato apacible. Su odio hacia los sacramentarios se limitaba a expulsarlos de las universidades y del ministerio, lo cual es bien poco para el siglo en que vivió. (Kehl.)

gado a permitirle dos esposas al landgrave de Hesse, creen que estos fundadores fueron ganando terreno por medio de la seducción, y que quitaron a los hombres un yugo pesado para darles otro muy ligero; pero es todo lo contrario, pues sus costumbres eran hurañas y sus discursos destilaban hiel. Si condenaron el celibato de los sacerdotes y abrieron las puertas de los conventos, fue para trocar en un gran convento la sociedad humana. Los juegos y los espectáculos estaban prohibidos entre los reformados, hasta el punto de que, durante más de cien años, no ha habido en *Ginebra un instrumento de música*. Proscribieron la confesión auricular, pero quisieron que hubiese una pública, como la hubo, en efecto, en Suiza, en Escocia y en Ginebra, igual que la penitencia. Apenas si se logran éxitos entre los hombres, al menos hasta hoy, no proponiéndoles sino lo fácil y sencillo; y tiene siempre más discípulos el maestro más duro: los protestantes suprimían en los hombres el libre albedrío, y los hombres corrían a ellos. Ni Lutero, ni Calvino, ni los demás, pudieron entenderse acerca de la eucaristía: uno de ellos, como ya he dicho,[1] consideraba que Dios estaba en el pan y en el vino a la manera del fuego en un hierro incandescente, y otro lo veía como la paloma en la que reside el Espíritu Santo. Calvino se enemistó al principio con los de Ginebra que comulgaban con pan con levadura, pues él prescribía el pan ázimo. Se refugió en Estrasburgo, ya que no podía volver a Francia, donde estaban encendidas las hogueras, y donde Francisco I dejaba quemar a los protestantes, mientras establecía alianzas con los de Alemania. Calvino se casó en Estrasburgo con la viuda de un anabaptista, volvió al fin a Ginebra; y allí, comulgando con pan con levadura como los demás, llegó a adquirir tanta influencia como la que Lutero tenía en Sajonia.

Estableció los dogmas y la disciplina que siguen todos los que llamamos *calvinistas*, en Holanda, en Suiza y en Inglaterra, y que durante tanto tiempo ocuparon parte de Francia. Fue él quien instauró los sínodos, los consistorios y los diáconos, y quien ordenó la forma de las oraciones y de las pláticas, llegando a instituir *incluso una jurisdicción consistorial con derecho de excomunión.*

Su religión está de acuerdo con el espíritu republicano, aunque el carácter de Calvino era tiránico.

Puede juzgarse acerca de esto por la persecución que suscitó contra Castalion, hombre más docto que él, a quien su envidia hizo expulsar de Ginebra; y por la muerte cruel que hizo dar mucho tiempo después al desgraciado Miguel Servet.

[1] Capítulo CXXIII.

CAPÍTULO CXXXIV

CALVINO Y SERVET

Miguel Servet, de Villanueva de Aragón, médico muy sabio, merecía haber gozado de una gloria pacífica, por haber descubierto, mucho tiempo antes que Harvey, la circulación de la sangre; pero descuidó un arte útil para ocuparse de ciencias peligrosas, y trató de la prefiguración de Cristo en el Verbo, de la visión de Dios, de la sustancia de los ángeles y de la manducación superior. Aceptaba en parte los antiguos dogmas sostenidos por Sabelius, por Eusebio y por Arrio, que dominaron en el Oriente, y que fueron abrazados en el siglo XVI por Lelio Socino, y admitidos después en Polonia, en Inglaterra y en Holanda.

Para dar una idea de las opiniones muy poco conocidas de este hombre a quien únicamente ha dado celebridad su muerte cruel, bastará tal vez con transcribir este pasaje de su cuarto libro de la Trinidad:[1] "Del mismo modo que el germen de la generación estaba en Dios, antes de que el hijo de Dios fuese realmente engendrado, el Creador ha querido que este orden se observase en todas las generaciones. Encontrándose real y verdaderamente en Dios el germen sustancial de Cristo, así como todas las causas seminales y formas arquetípicas, etc." Cuando se leen estas palabras se cree estar oyendo a Orígenes y, con la excepción de la palabra *Cristo,* se cree estar leyendo a Platón, a quien los primeros teólogos cristianos consideraban como su maestro.

Sostenía Servet con tan buena fe su metafísica oscura que, desde su residencia de Vienne, en el Delfinado, donde vivió algún tiempo, escribió a Calvino acerca de la Trinidad. Comenzaron discutiendo por correspondencia, y de la discusión pasó Calvino a las injurias, y de éstas a ese odio teológico que es el más implacable de todos los odios. Una traición le procuró a Calvino las hojas de una obra que Servet estaba haciendo imprimir en secreto, y las envió a Lyón junto con las cartas que había recibido de él;

[1] *De Trinitatis Erroribus Libri septem.* Per Michaelem Servetum, alias Reves, ab Arragonia Hispanum. Anno MDXXXI, in-8º.

acto éste que bastaría para deshonrarle para siempre en la sociedad, ya que lo que se llama espíritu de sociedad es algo más honrado y más severo que todos los sínodos. Calvino hizo acusar a Servet por un emisario;[1] ¡qué papel para un apóstol! Servet, que sabía que en Francia se quemaba sin misericordia a todo novador, huyó mientras incoaban su proceso. Desgraciadamente, pasó por Ginebra, y Calvino que lo supo, lo denunció y lo hizo detener en la posada de *La Rosa*, cuando se disponía a partir. Fue despojado de noventa y siete monedas de oro, de una cadena también de oro y de seis sortijas. Iba, sin duda, contra el derecho de gentes encarcelar a un extranjero que no había cometido ningún delito en la ciudad; pero también había en Ginebra una ley que debería ser imitada. Esta ley ordenaba que el delator fuese encerrado en la prisión con el acusado; pero Calvino hizo la denuncia por medio de uno de sus discípulos, que le servía de criado.[2]

Este mismo Juan Calvino había predicado antes la tolerancia, y en una de sus cartas impresas figuran las siguientes palabras: "En el caso de que alguien fuese heterodoxo, y tuviese escrúpulo en emplear las palabras *trinidad, persona*, etc., no creemos que sea motivo para rechazar a este hombre, debemos soportarlo, sin expulsarlo de la Iglesia, y sin exponerlo a ninguna censura como un hereje."

Pero Juan Calvino cambió la opinión no bien se abandonó al furor de su odio teológico, y mientras pedía tolerancia, que necesitaba para él, en Francia, se armaba de la intolerancia en Ginebra. Después del suplicio de Servet, publicó Calvino un libro en el que pretendía demostrar que era preciso castigar a los herejes.[3]

Cuando su enemigo estuvo aherrojado, le prodigó las injurias y los malos tratos que emplean los cobardes cuando son los amos. Y finalmente, a fuerza de ejercer presión sobre los jueces, de emplear la influencia de aquellos cuyas conciencias dirigía, y de gritar y hacer gritar que Dios exigía la ejecución de Miguel Servet, lo hizo quemar vivo, y gozó de su suplicio; él, que, si hubiese puesto el pie en Francia hubiese sido quemado también; él, que había clamado tanto contra las persecuciones.

Por otra parte, esta barbarie, que se amparaba bajo el nombre de justicia, podía ser considerada como un insulto a los derechos de las naciones. ¿Acaso un español que pasa por una ciudad extranjera puede ser juzgado por esta ciudad sólo por haber publi-

[1] Nicolás de Trie, comerciante.
[2] Nicolás de la Fontaine, cocinero.
[3] *Fidelis Expositio errorum Michaelis Serveti et brevis eorumdem Refutatio, ubi docetur jure gladii coercendos esse hæreticos*, 1554.

cado sus opiniones, sin haber dogmatizado ni en esa ciudad ni en ningún lugar dependiente de ella?

Lo que aumenta todavía más la indignación y la compasión, es que Servet reconocía claramente, en sus obras publicadas, la divinidad eterna de Jesucristo, habiendo declarado en el transcurso de su proceso que estaba hondamente persuadido de que Jesucristo era el hijo de Dios, engendrado desde toda la eternidad por el Padre y concebido por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. Pero Calvino, para perderle, mostraba algunas cartas secretas del infortunado, escritas mucho tiempo antes a sus amigos en términos atrevidos.

Esta catástrofe deplorable no ocurrió hasta 1553, dieciocho años después de que Ginebra pronunciase su sentencia contra la religión romana; pero yo la consigno aquí para hacer que se conozca mejor el carácter de Calvino,[1] que llegó a ser el apóstol de Ginebra y de los reformados de Francia. Parece ser que hoy se hace pública retractación y satisfacción a las cenizas de Servet, y que sabios pastores de las Iglesias protestantes, incluso los más grandes filósofos, han abrazado sus opiniones y las de Socino, llegando todavía más lejos que ellos, hasta el punto de que su religión es la adoración de un Dios por la mediación de Cristo. No hago aquí otra cosa sino consignar hechos y opiniones, sin entrar en ninguna controversia, sin discutir con nadie, respetando lo que debemos respetar, y permaneciendo apegado tan sólo a la fidelidad de historia.

El último rasgo para completar el retrato de Calvino puede sacarse de una carta de su puño y letra, que se conserva todavía en el castillo de la Bastie-Roland, cerca de Montélimart, dirigida al marqués de Poët, gran chambelán del rey de Navarra, y fechada el 30 de septiembre de 1561.

"Honor, gloria y riquezas serán la recompensa de vuestros trabajos; sobre todo no dejéis de desembarazar el país de esos celosos bribones que excitan a los pueblos contra nosotros. Semejantes monstruos deben ser destruidos, como yo he hecho con el español Miguel Servet."

Juan Calvino había llegado a adquirir tal imperio en la ciudad

[1] Según la carta de Voltaire a Thieriot, de 26 de marzo de 1757, podría creerse que Voltaire ha tratado aquí a Calvino de *alma atroz*. Tales expresiones no han existido jamás en este capítulo. Yo no las he encontrado en ninguno de los numerosos ejemplares que he visto de la edición de 1756; y, lo que es más positivo, en una *Respuesta* dada en nombre de una *Sociedad de literatos de Ginebra*, a la carta del 26 de marzo, se lee que "las palabras *alma atroz* no se encuentran en lo que se ha impreso aquí (en Ginebra)". Veánse las estancias tituladas *Los Yerros*. (Beuchot.)

de Ginebra, donde al principio se le recibió con tanta dificultad, que habiendo sabido un día que la mujer del capitán general (que fue a continuación primer síndico) había bailado después de cenar con su familia y algunos amigos, la obligó a presentarse en persona ante el consistorio para confesar allí su falta; y que Pedro Ameaux, consejero de Estado, acusado de haber hablado mal de Calvino y de haber dicho que era un hombre malvado, que no era más que un picardo, y que predicaba una falsa doctrina, fue condenado (aunque pidió perdón) a hacer pública retractación, en camisa, destocado y con una antorcha en la mano, por toda la ciudad.

Los vicios de los hombres van con frecuencia unidos a virtudes. La dureza de Calvino iba acompañada del mayor desinterés, y cuando murió dejó únicamente bienes por valor de ciento veinte escudos de oro. Su trabajo infatigable abrevió sus días, pero le granjeó celebridad y una gran influencia.

Hay cartas de Lutero en las que no se advierte un espíritu más pacífico y más caritativo que en las de Calvino. Los católicos no pueden comprender que los protestantes reconozcan tales apóstoles, y los protestantes responden que ellos no invocan a quienes contribuyeron a establecer su reforma; que no son ni luteranos, ni zwinglianos, ni calvinistas; que creen seguir los dogmas de la Iglesia primitiva; que no canonizan las pasiones de Lutero y de Calvino; y que la severidad de su carácter no debe desacreditar sus opiniones en el espíritu de los reformados, del mismo modo que las costumbres de Alejandro VI y de León X, y la barbarie de las persecuciones, no perjudican a la religión romana en el espíritu de los católicos.

Esta respuesta es sensata, y la moderación parece sustituir hoy, en los dos partidos opuestos, a los antiguos furores. Si la religión hubiese estado siempre informada por el mismo espíritu sanguinario, Europa sería un vasto cementerio. El espíritu filosófico ha embotado al fin los aceros. ¡Pero ha sido preciso el transcurso de más de doscientos años de frenesí para conseguir estos días de tranquilidad!

Estas sacudidas, que por las vicisitudes de las guerras pusieron en poder de los seculares tantos bienes eclesiásticos, no enriquecieron a los teólogos promotores de dichas guerras. Éstos tuvieron la suerte de los que dan la voz de ataque y no comparten el botín. Los pastores de las Iglesias protestantes habían clamado tanto contra las riquezas del clero, que se impusieron la norma decorosa de no recoger lo que condenaban, y casi todos los soberanos les obligaron a guardar tal decoro. Quisieron dominar en Francia, y

lograron en ella gran influencia; pero al fin fueron expulsados, con prohibición de volver, bajo pena de ser ahorcados. En todos los lugares en que su religión fue establecida, su poder ha quedado reducido, con el tiempo, a los estrechos límites impuestos por los príncipes, o por los magistrados de las repúblicas.

Los pastores calvinistas y luteranos han tenido en todas partes unos emolumentos que no les han permitido lujo alguno. Las rentas de los monasterios están en casi todas partes administradas por el Estado, que las aplica a los hospitales. En Alemania no han quedado ricos obispados protestantes aparte de los de Lubeck y de Osnabruck, cuyas rentas no han sido enajenadas. Cuando nos ocupemos de las consecuencias de esta revolución, habréis de ver el acuerdo curioso y pacífico, por el cual el tratado de Westfalia ha hecho que este obispado de Osnabruck fuese alternativamente católico y luterano. La reforma en Inglaterra ha sido más favorable al clero anglicano que la de Alemania, Suiza y los Países Bajos, para los luteranos y los calvinistas. En la Gran Bretaña todos los obispados son de gran importancia y todos los beneficios permiten vivir decorosamente. Sus párrocos rurales gozan de más holgura que en Francia, pues el Estado y los seglares sólo se han beneficiado de la abolición de los monasterios. En Londres hay barrios enteros que no eran antiguamente más que un sólo convento, y que hoy se encuentran poblados por gran número de familias. En general, puede decirse que toda nación que ha hecho pasar los conventos a la condición de bienes de utilidad pública, ha ganado mucho con ello, sin que nadie haya perdido; porque es indudable que no se le puede quitar nada a una sociedad que no existe. No se perjudicó más que a los poseedores pasajeros a quienes se despojó. Éstos no han dejado descendientes que puedan quejarse por ello; y si fue una injusticia de un día, ha producido un bien para siglos enteros.

Ha sucedido, en fin, por diferentes revoluciones, que la Iglesia latina ha perdido más de la mitad de la Europa cristiana, que poseyó entera en distintas épocas; porque aparte de la enorme extensión de territorio que se extiende desde Constantinopla hasta Corfú y hasta el mar de Nápoles, ya no tiene ni Suecia, ni Noruega, ni Dinamarca; y la mitad de Alemania, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Holanda y las tres cuartas partes de Suiza se han separado de ella. El poder de la sede romana ha perdido todavía mucho más, no habiéndose realmente conservado sino en las comarcas inmediatamente sometidas al papa.

Sin embargo, antes de que se pudiesen establecer tantos límites y que se lograse incluso introducir algún orden en la confu-

sión, los dos partidos: católico y luterano, encendían la guerra en Alemania. Hacia el año 1555, la religión que llaman *evangélica* se encontraba establecida en veinticuatro ciudades imperiales y en dieciocho pequeñas provincias del imperio. Los luteranos querían mermar el poder de Carlos V, y éste pretendía destruirlos. Se hacían ligas, y se daban batallas. Pero hay que seguir aquí estas revoluciones del espíritu humano en cuestión de religión, y ver cómo se estableció la Iglesia anglicana, y cómo fue desgarrada la Iglesia de Francia.

CAPÍTULO CXXXV

EL REY ENRIQUE VIII Y LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA EN INGLATERRA

Sabido es que Inglaterra se separó del papa porque el rey Enrique VIII se enamoró. Lo que no habían podido lograr ni el dinero de San Pedro, ni las reservas, ni las provisiones, ni las anatas, ni las colectas y las ventas de indulgencias, ni quinientos años de exacciones continuamente combatidas por las leyes de los parlamentos y por las murmuraciones de los pueblos, lo realizó un amor pasajero, o al menos fue la causa. La primera piedra arrojada bastó para derribar el gran monumento que el odio público hacía vacilar desde mucho tiempo antes.

Enrique VIII, hombre sensual, fogoso y terco en todos sus deseos, tuvo entre otras muchas enamoradas a Ana Bolena, hija de un gentilhombre de su reino. Esta muchacha, de un genio alegre y de una libertad que parecían prometerlo todo, tuvo sin embargo la habilidad de no abandonarse por entero y de excitar la pasión del rey, que decidió hacerla su esposa.

Estaba casado desde hacía dieciocho años con Catalina de España,[1] hija de Fernando y de Isabel, y tía de Carlos V, de la cual había tenido tres hijos, y de la que le quedaba aún la princesa María, que fue después reina de Inglaterra. ¿Cómo divorciarse? ¿Cómo hacer anular su matrimonio con una mujer como Catalina de España, a la cual no se podía reprochar ni esterilidad, ni mala conducta, ni aun ese carácter agrio que acompaña con tanta frecuencia a la virtud de las mujeres? Habiéndose casado primero con el príncipe Arturo, hermano mayor de Enrique VIII, y habiendo enviudado de él al cabo de algunos meses, Enrique VII la había prometido a su segundo hijo Enrique, con la dispensa del papa Julio II; y este Enrique VIII se había casado solemnemente con ella, después de la muerte de su padre. Pasado mucho tiempo, tuvo un bastardo de una amante llamada Blunt. Hasta entonces sólo había experimentado repugnancia por su matrimonio, y ningún escrúpulo; pero cuando se enamoró locamente

[1] Conocida con el nombre de Catalina de Aragón.

de Ana Bolena, y no consiguió gozar de ella sin previo matrimonio, tuvo remordimiento de conciencia por el suyo anterior, y tembló ante la idea de haber estado ofendiendo a Dios con su mujer durante dieciocho años. Este príncipe, sometido todavía a los papas, solicitó de Clemente VII la anulación de la bula de Julio II, y que declarase que su matrimonio con la tía de Carlos V era contrario a las leyes divinas y humanas.

Clemente VII, bastardo de Julián de Médicis, acababa de ver saqueada Roma por el ejército de Carlos V, y habiendo hecho a continuación la paz con el emperador, estaba siempre temiendo que dicho príncipe lo hiciese deponer por su bastardía. Temía todavía más que le declarasen simoníaco, y que saliese a luz la fatal esquela que le había escrito al cardenal Colonna, esquela en la cual le prometía bienes y honores si conseguía el pontificado gracias a su voto y a su intervención favorable.

No podía declarar concubina a la tía del emperador y relegar a los hijos de esta mujer, durante tanto tiempo esposa legítima, a la categoría de bastardos. Por otra parte un papa no podía confesar que su antecesor no tenía derecho a dar la dispensa que había concedido; hubiese minado él mismo los fundamentos de la grandeza pontificia, al confesar que existían leyes que los papas no podían infringir.

Es cierto que Luis XII había hecho disolver su matrimonio; pero era un caso muy distinto. No había tenido hijos de su esposa, y el papa Alejandro VI, que ordenó este divorcio, tenía intereses comunes con Luis XII.

Francisco I, rey de Francia, que por su segundo matrimonio era sobrino de Catalina de España, sostuvo en Roma el partido de Enrique VIII, como aliado suyo que era, y sobre todo como enemigo de Carlos V, que tan temible había llegado a ser. El papa, que se encontraba entre el emperador y estos dos reyes, y que escribía que *estaba entre el yunque y el martillo*, negoció, contemporizó, prometió, se retractó, y esperó que el amor de Enrique VIII duraría menos que una negociación italiana; pero en esto se engañó. El monarca inglés, que desgraciadamente era teólogo, puso la teología al servicio de su amor. Él y todos los doctores de su partido recurrieron al Levítico,[1] que prohibe "descubrir la infamia de la mujer de su hermano, y casarse con la hermana de su mujer". Los Estados cristianos han carecido durante largo tiempo, y siguen careciendo, de buenas leyes positivas. Su jurisprudencia, gótica todavía en varios puntos, y compuesta de las anti-

[1] Levítico, XVIII, 16 y 18.

guas costumbres de quinientos tiranuelos, recurre con frecuencia a las leyes romanas y a las de los hebreos como un hombre extraviado que pregunta su camino, y busca en el código del pueblo judío las reglas de sus tribunales.

Pero si se quisiesen seguir las leyes matrimoniales de los hebreos, sería preciso seguirlas en todo; habría que condenar a muerte a quien cohabite con su esposa durante su menstruación y someterse a muchos mandamientos que no están hechos ni para nuestros climas, ni para nuestras costumbres, ni para la ley nueva.

Y ésta no es sino la parte menos importante del abuso en que se caía al juzgar el matrimonio de Enrique de acuerdo con el Levítico. Se fingía ignorar que en esos mismos libros en los que Dios parece, según nuestras débiles luces, ordenar algunas veces cosas contradictorias para ejercitar la obediencia humana, no sólo estaba permitido por el Deuteronomio,[1] sino ordenado expresamente, contraer matrimonio con la viuda del hermano cuando no había tenido hijos; que la viuda tenía derecho a intimar a su cuñado la ejecución de esta ley, y que de negarse él, debía arrojarle un zapato a la cabeza.

Se olvidaba además que si las leyes judías prohibían a un hermano casarse con su hermana, ni siquiera esta prohibición era absoluta, como lo prueba Thamar, hija de David, la cual, antes de ser violada por su hermano Amnón, le dijo estas palabras: "Hermano mío,[2] no hagáis necedades, pues se os tendría por loco; pedidme en matrimonio a mi padre, y él no os lo negará." Así, pues, las leyes casi siempre son contradictorias. Pero era más extraño aún querer gobernar la isla de Inglaterra por las costumbres de Judea.

Era un espectáculo curioso y raro ver por una parte al rey de Inglaterra solicitando de las universidades de Europa que fuesen favorables a su amor, de otra al emperador ejerciendo presión sobre sus decisiones en favor de su tía, y al rey de Francia en medio de ellos, sosteniendo la ley del Levítico contra la del Deuteronomio, para hacer a Carlos V y a Enrique VIII irreconciliables. El emperador otorgaba beneficios a los doctores italianos que escribían sobre la validez del matrimonio de Catalina, y Enrique VIII pagaba en todas partes las opiniones de los doctores que se declaraban a favor suyo. El tiempo ha descubierto estos misterios, y se ha visto en las cuentas de un agente secreto de este rey, llamado Crouk, lo siguiente "A un religioso servita, un escudo; a dos de la Observancia, dos escudos; al prior de San Juan, quince

[1] Deuteronomio, XXV, 5.
[2] Reyes, 2º, XIII, 12-13.

escudos; al predicador Juan Marino, veinte escudos."[1] se ve que el precio era distinto según el crédito del sufragio. Este comprador de decisiones teológicas se excusaba diciendo que jamás había hecho trato alguno, y que daba siempre el dinero después de la firma. (2 de julio de 1530) Al fin, las universidades de Francia, y sobre todo la Sorbona, decidieron que el matrimonio de Enrique con Catalina de España no era legítimo, y que el papa no tenía derecho de dispensar de la ley del Levítico.

Los agentes de Enrique VIII llegaron hasta pedir los sufragios de los rabinos, y éstos confesaron que era cierto que el Deuteronomio ordenaba casarse con la viuda del hermano; pero dijeron que esta ley sólo era para Palestina, y que en Inglaterra se debía observar el Levítico. Todo lo contrario opinaban las universidades y los rabinos de los países austriacos; pero Enrique no los consultó. Jamás demostraron los teólogos tanta demencia y tanta vileza.

Provisto de las aprobaciones que no le habían costado caras, acuciado por su amante, cansado de los subterfugios del papa, sostenido por su clero, autorizado por las universidades y dueño de su parlamento, a más de sentirse alentado por Francisco I, Enrique hizo anular su matrimonio (1533) por una sentencia de Cranmer, arzobispo de Cantorbery. La reina, que había sostenido sus derechos con firmeza, pero con recato; y habiendo declinado esta jurisdicción sin dar armas contra sí que unas quejas demasiado amargas hubiesen podido suministrar, se retiró al campo, dejando su lecho y su trono a su rival. Ésta, encinta ya de dos meses cuando fue declarada esposa y reina, hizo su entrada en Londres con una pompa tan por encima de la magnificencia acostumbrada como su fortuna pasada se encontraba por bajo de su dignidad presente.

El papa Clemente VII no pudo entonces dejar de conceder a Carlos V ultrajado, y a las prerrogativas de la Santa Sede, una bula contra Enrique VIII. Pero, por esta bula, perdió el papa el reino de Inglaterra. (1534) Casi al mismo tiempo, Enrique se hizo declarar, por su clero, jefe supremo de la Iglesia inglesa. Su parlamento le confirmó este título, y abolió toda la autoridad del papa, sus anatas, su dinero de San Pedro y las provisiones de los beneficios. Los pueblos prestaron con alegría un nuevo juramento al rey, que se llamó el *juramento de supremacía.* Toda la influencia del papa, tan decisiva durante tantos siglos, cayó en

[1] Voltaire confunde aquí dos partidas: A Juan María, que ha ido de Milán a Venecia, treinta escudos; al predicador de los franciscanos, veinte escudos. (Jorge Avenel.)

un momento sin oposición, no obstante la desesperación de las órdenes religiosas.

Los que pretendían que no se podía romper con el papa, en un gran reino, sin peligro, vieron que un sólo golpe podía derribar aquel coloso venerable, cuya cabeza era de oro, y que tenía los pies de arcilla. En efecto, los derechos por los cuales la corte de Roma había vejado durante tanto tiempo a los ingleses no se fundaban sino en su condescendencia en dejarse esquilmar; y en cuanto se propusieron no seguir siéndolo, se vio que un poder que no está fundado en la fuerza no es nada por sí solo.

El rey se hizo dar por su parlamento las anatas que exigían los papas. Creó seis obispados nuevos, e hizo llevar a cabo en su nombre la inspección de los conventos. Todavía pueden verse las actas de algunos desórdenes escandalosos que se tuvo buen cuidado de exagerar; de algunos falsos milagros, cuyo número se aumentó, y de supuestas reliquias, que eran utilizadas en más de un convento para excitar la piedad y para atraer las ofrendas. (1535) En el mercado de Londres se quemaron varias estatuas de madera que los frailes hacían mover por medio de artificios.

Pero entre estos instrumentos de fraude, el pueblo vio con doloroso horror quemar los restos de Santo Tomás de Cantorbery, que Inglaterra reverenciaba. El rey se apoderó de su caja cubierta de pedrerías. Si reprochaba a los frailes sus extorsiones, les daba derecho cumplidamente a que le acusasen de rapiña. Todos los conventos fueron suprimidos y se asignaron retiros a los viejos religiosos que no podían volver al mundo, y una pensión a los demás. Fueron entregadas al rey sus rentas, que, según el cálculo de Burnet, ascendían a ciento sesenta mil libras esterlinas. Los bienes muebles y el dinero contante eran considerables. Con estos despojos, Enrique fundó sus seis nuevos obispados y un colegio (1536), recompensó a algunos servidores, y utilizó en su provecho el resto.

De esta manera, un rey, que había sostenido con su pluma la autoridad del papa contra Lutero, se convertía en enemigo irreconciliable de Roma. Pero este celo que tan abiertamente había mostrado contra las opiniones del reformador heresiarca, fue uno de los motivos que le mantuvieron apegado al dogma, no obstante haber cambiado la disciplina.

Quiso ser rival del papa, pero no luterano o sacramentario. La invocación de los santos no fue abolida, pero sí restringida. Hizo leer la Escritura en lengua vulgar; pero no quiso llevar las cosas más adelante. Se consideraba crimen capital creer en el papa, así como el de ser protestante. Hizo quemar en la misma

plaza a los que hablaban en favor del pontífice, y a los que se declaraban en pro de la reforma de Alemania.

El célebre Moro, que había sido gran canciller, y un obispo llamado Fisher, que se negaron a prestar el juramento de supremacía, es decir, a reconocer a Enrique VIII como papa de Inglaterra, fueron condenados por el parlamento a ser degollados, de acuerdo con el rigor de la ley nuevamente dada; porque Enrique VIII seguía haciendo perecer a todo el que se le oponía.

Casi todos los historiadores, y especialmente los de la comunión romana, están de acuerdo en considerar a este Tomás Moro, o Morus, como un hombre virtuoso, como una víctima de las leyes, como un sabio lleno de clemencia y de bondad al par que de doctrina; pero la verdad es que era un supersticioso y un bárbaro perseguidor. Un año antes de su suplicio, había mandado llamar a un abogado apellidado Bainham, acusado de favorecer las opiniones de los luteranos; y una vez que lo hizo azotar en su presencia, mandó que lo llevasen a la Torre, donde fue testigo de las torturas que ordenó se le aplicaran, y lo hizo quemar vivo, por último, en la plaza de Smithfield. Otros desgraciados habían perecido en la hoguera en cumplimiento de sentencias emanadas principalmente de este canciller que nos pintan como hombre tan dulce y tolerante. Tales crueldades eran las que le hacían acreedor al último suplicio, y no el hecho de haber negado la nueva supremacía de Enrique VIII. Murió bromeando. ¡Más le hubiese valido tener un carácter más serio y menos bárbaro!

El papa Paulo III, sucesor de Clemente VII, creyó salvar la vida al obispo Fisher enviándole el capelo cardenalicio; pero sólo consiguió con ello proporcionarle al rey el placer de hacer que pereciese un cardenal en el patíbulo. Se puso precio a la cabeza del cardenal Polus, o de La Pole, que estaba en Roma; y el rey hizo morir por manos del verdugo a la madre de este cardenal, sin respetar en ella ni la ancianidad ni la sangre real que corría por sus venas; y todo esto porque le disputaban su calidad de papa inglés.

Sabiendo el rey que vivía en Londres un sacramentario bastante hábil, llamado Lambert, quiso darse la satisfacción de disputar con él en una gran asamblea convocada en Westminster. El resultado de la discusión fue que el rey le dio a elegir entre compartir su opinión, o ser ahorcado. Lambert tuvo el valor de elegir lo último, y el rey fue tan cobardemente cruel que lo hizo ejecutar. Los obispos de Inglaterra eran todavía católicos, aunque fuera de la jurisdicción del papa; y sentían tal animosidad contra los herejes que, cuando los condenaban al fuego, concedían

cuarenta días de indulgencia a todo el que llevase leña a la hoguera.

Todos estos asesinatos se cometían por la autoridad del parlamento, y esta apariencia de justicia, más odiosa tal vez que la opresión que desafía a las leyes, fue, sin embargo, lo que evitó las guerras civiles. Sólo hubo algunas sediciones en las provincias, y Londres, temeroso, estuvo tranquilo: ¡hasta tal punto había sabido hacerse dueño absoluto el hábil y terrible Enrique VIII!

Su voluntad era la que hacía todas las leyes, y éstas, por las cuales se juzgaba a los hombres, eran tan imperfectas que se podía condenar a muerte a un acusado sin tener dos testigos en contra. Hasta el reinado de Eduardo VI no se decretó en Inglaterra, siguiendo el ejemplo de las demás naciones, que se necesitan dos testigos para hacer condenar a un culpable.

Ana Bolena gozaba de su triunfo al amparo de la autoridad del rey. Se afirma que los partidarios secretos de Roma tramaron su pérdida, con la esperanza de que si el rey se separaba de ella, la hija de Catalina de España heredaría el reino, y restablecería la religión abolida por su rival. El éxito del complot excedió las esperanzas que en él se habían puesto; y el rey, enamorado de Juana de Seymour, dama de honor de la reina, recibió ávidamente cuantas acusaciones le fueron hechas contra su mujer. Todas sus pasiones eran extremadas, y no temió la vergüenza de acusar a su esposa de adulterio en la cámara de los pares. Este parlamento, que no fue nunca sino el instrumento de las pasiones del rey, condenó a la reina al suplicio, fundándose en unos indicios tan leves que un ciudadano cualquiera que se querellara con su mujer por tan poca cosa sería considerado como un hombre injusto. Se hizo degollar a su hermano, por suponerse que había cometido un incesto con ella, sin tener de tal hecho la menor prueba. Se hizo morir a dos hombres que le habían dicho un día esas cosas lisonjeras que se le dicen a todas las mujeres, y que una reina virtuosa puede escuchar, cuando su espíritu jovial permite alguna libertad a sus cortesanos. Se ahorcó a un músico a quien se le había hecho declarar que había recibido sus favores, y con quien nunca se le careó. La carta que la desventurada reina escribió antes de marchar al cadalso aparece como un testimonio irrefutable de su inocencia y de su valor. "Siempre me habéis elevado —dice ella—: de simple dama me hicisteis marquesa; de marquesa, reina; y de reina queréis hoy hacerme santa." Al fin, Ana Bolena pasó del trono al cadalso por los celos de un marido que ya no la quería (19 de mayo de 1536). No fue la vi-

gésima testa coronada que cayó trágicamente en Inglaterra, pero sí la primera desprendida por mano del verdugo. El tirano (no se le puede dar otro nombre) se divorció nuevamente de esta esposa antes de hacerla morir, y de este modo declaró bastarda a su hija Isabel, como había declarado bastarda a su primera hija María.

Al día siguiente de la ejecución de la reina se casó con Juana de Seymour, que murió al año siguiente, después de haberle dado un hijo.

(1539) Enrique contrajo pronto nuevas nupcias con Ana de Cleves, seducido por un retrato que el famoso pintor Holbein había hecho de esta princesa. Pero cuando la vio, la encontró tan distinta del retrato, que al cabo de seis meses se decidió por un tercer divorcio. Dijo a su clero que al casarse con Ana de Cleves no había dado consentimiento interno a su matrimonio. Sólo se puede tener la audacia de alegar tal motivo cuando se está seguro de que aquellos a quienes se les da tendrán la cobardía de encontrarlo justificado. Los límites de la justicia y de la vergüenza se habían sobrepasado hacía ya tiempo. El clero y el parlamento dictaron la sentencia del divorcio, y Enrique se casó por quinta vez, tomando por mujer a Catalina Howard, una de sus súbditas. Otro cualquiera se hubiese cansado de exponer sin cesar al público la vergüenza real o falsa de su casa. Pero Enrique, que se enteró de que la reina había tenido amantes antes de su matrimonio, le hizo cortar también la cabeza (13 de febrero de 1542) por una falta pasada que debía ignorar, y que no merecía pena alguna cuando fue cometida.

Manchado con tres divorcios y con la sangre de dos esposas, hizo dar una ley en la que la vergüenza, la crueldad, el ridículo y la imposibilidad de su ejecución, corren parejas. Según ella, todo hombre que se enterase de un galanteo de la reina debía acusarla, si no quería hacerse reo de alta traición; y toda mujer que se casase con un rey de Inglaterra, y no siendo virgen, no lo declarase, incurría en la misma pena.

Los bromistas (si es que se podía serlo en semejante corte) decían que el rey tenía que casarse con una viuda, como en efecto lo hizo en la persona de Catalina Parr, su sexta esposa (1543), la cual estuvo a punto de correr la suerte de Ana Bolena y de Catalina Howard, no por sus liviandades, sino porque a veces mantuvo opiniones contrarias a las del rey en materia de teología.

Algunos soberanos que han cambiado la religión de sus Estados han sido tiranos, porque la oposición y la rebelión originan

la crueldad. Enrique VIII era de carácter cruel, y se mostró tirano en el gobierno, en la religión y en su familia. Murió en su lecho (1545), ¡y Enrique VI, el más dulce de los príncipes, había sido destronado, encarcelado y asesinado!

En su última enfermedad púsose de manifiesto el poder de las leyes de Inglaterra antes de ser abrogadas, y hasta qué punto los hombres se han atenido siempre a la letra más que al espíritu de estas leyes. Nadie se atrevía a avisar a Enrique su próximo fin, porque algunos años antes había hecho estatuir por el parlamento que era un crimen de alta traición predecir la muerte del soberano. Esta ley, tan cruel como inadecuada, no podía fundarse en el temor a las alteraciones que la sucesión podría traer consigo, ya que esta sucesión estaba dispuesta en favor del príncipe Eduardo; no era sino fruto de la tiranía de Enrique VIII, de su temor a la muerte y de la creencia que tenían todavía los pueblos de que existe un arte de conocer el porvenir.

CAPÍTULO CXXXVI

CONTINUACIÓN DE LA RELIGIÓN DE INGLATERRA

En el reinado del bárbaro y caprichoso Enrique VIII, los ingleses no sabían aún a qué religión debían pertenecer. El luteranismo, el puritanismo y la antigua religión romana se repartían e introducían la confusión en los espíritus que la razón no había iluminado todavía. Este conflicto de opiniones y de cultos trastornaba las cabezas, si no alteraba el orden del Estado. Todos examinaban, todos razonaban, siendo este el germen primero de la atrevida filosofía que se desarrolló bastante tiempo después en los reinados de Carlos II y de sus sucesores.

Incluso en aquella época, y aunque el escepticismo tenía pocos partidarios en Inglaterra y no se disputaba sino para saber bajo qué autoridad había que extraviarse, hubo en el gran parlamento convocado por Enrique espíritus viriles que declararon abiertamente que no había que creer ni a la Iglesia de Roma ni a las sectas de Lutero y de Zwinglio. El famoso lord Herbert nos ha conservado el discurso más atrevido de un miembro del parlamento (1529), quien declaró que la prodigiosa multitud de opiniones teológicas que habían luchado entre sí en todos los tiempos ponía a los hombres en la necesidad de no creer ninguna, y que la única religión necesaria era la que consistía en creer en un Dios y en ser justo. Fue escuchado, no fue censurado, y se continuó en la incertidumbre.[1]

En el reinado del joven Eduardo VI, hijo de Enrique VIII y de Juana Seymour, los ingleses fueron protestantes, porque el príncipe y su consejo lo fueron y porque el espíritu de reforma había echado raíces por todas partes. Esta Iglesia era entonces una mezcla de sacramentarios y de luteranos; pero nadie fue perseguido por su fe, excepto dos pobres mujeres anabaptistas, que

[1] La obra de Lord Edward Herbert de Sherbury, en la que se encuentra el discurso a que se refiere Voltaire, apareció con este título: *Historia vitæ et imperii Henrici VIII*, Londini, 1659, infolio. La segunda edición es de 1666; la tercera, en inglés, de 1683. (Evaristo Bavoux.)

el arzobispo de Cantorbery, Cranmer, que era luterano, se obstinó en hacer quemar, sin saber que un día perecería él del mismo modo. El joven rey no quería autorizar la sentencia dada contra una de aquellas infortunadas; se resistió durante largo tiempo, y firmó llorando. No era suficiente verter lágrimas, sino que debía no haber firmado; pero sólo tenía catorce años, y su voluntad no era todavía firme ni para el bien ni para el mal.

Los que se llamaban entonces anabaptistas en Inglaterra fueron los padres de esos cuáqueros pacíficos, cuya religión ha sido tan ridiculizada, y cuyas costumbres no ha habido más remedio que respetar. Se parecían muy poco por los dogmas, y todavía menos por su conducta, a esos anabaptistas de Alemania, turba de hombres rústicos y feroces a quienes hemos visto extremar los furores de un fanatismo salvaje tan lejos como puede llegar la naturaleza humana abandonada a sí misma. Los anabaptistas ingleses no tenían aún una doctrina organizada, ya que ninguna secta fundada popularmente puede tenerla sino pasado el tiempo; pero lo extraordinario es que, creyéndose cristianos y no sintiéndose nada inclinados hacia la filosofía, no eran realmente sino deístas; porque no reconocían a Jesucristo más que como un hombre a quien Dios se había dignado favorecer con un conocimiento más puro que el de sus contemporáneos. Los más doctos pretendían que el término de *hijo de Dios* no significaba entre los hebreos más que *hombre de bien;* como *hijo de Satán* o de *Belial* no quiere decir otra cosa que *hombre malo.* Decían que la mayoría de los dogmas que han sido sacados de la Escritura son sutilezas filosóficas con las que se han envuelto unas verdades simples y naturales. No reconocían ni la historia de la caída del hombre, ni el misterio de la Trinidad, ni por consiguiente el de la encarnación. Rechazaban en absoluto el bautismo de los niños, y se lo imponían a los adultos; e incluso había muchos que consideraban el bautizo como una antigua ablución oriental adoptada por los judíos, renovada por San Juan Bautista, y que Cristo no empleó jamás con ninguno de sus discípulos. En esta aversión por el bautismo de los niños, que hizo que el pueblo les diese el nombre de anabaptistas, es en lo que se parecen más a los cuáqueros, sus sucesores. Creían seguir el Evangelio al pie de la letra; y al morir por su secta, creían morir por el cristianismo: distintos en esto a los teístas y a los deícolas, que establecieron sus opiniones secretas en medio de tantas sectas públicas.

Éstos, más próximos a Platón que a Jesucristo, más filósofos que cristianos, y cansados de tantas disputas enojosas, rechazaron temerariamente la revelación divina de que tanto habían abusado

los hombres, y la autoridad eclesiástica de la que habían abusado todavía más. Se habían extendido por toda Europa, y se han multiplicado después prodigiosamente, pero sin establecer nunca secta ni sociedad algunas, y sin que se hayan levantado en contra de ningún poder. Es la única religión de la tierra que no ha celebrado jamás asamblea alguna, en la que se ha escrito menos, y la que se ha mostrado siempre más pacífica. Extendida por doquier sin comunicación alguna entre sus grupos, compuesta originariamente de filósofos, que siguiendo sus luces naturales, y sin instruirse mutuamente, se han extraviado todos de una manera paralela; pasando a continuación a la clase media de los que viven en el ocio conseguido con una fortuna limitada, se ha elevado después al dominio de los grandes de todos los países, y rara vez ha descendido al pueblo. Inglaterra ha sido de todos los países del mundo aquel en el que esta religión, o más bien esta filosofía, ha echado con el tiempo raíces más profundas y más extendidas. Ha penetrado allí incluso en la morada de algunos artesanos y hasta en los campos. El pueblo de esta isla es el único que ha comenzado a pensar por sí mismo; pero el número de estos filósofos agrestes es muy pequeño y lo será siempre, ya que el trabajo manual no se concilia con la reflexión y el razonamiento, y el pueblo en general no usa ni abusa de su inteligencia.

Estas divisiones teológicas dieron origen en casi toda Europa a un ateísmo funesto, que es lo contrario del teísmo. Se afirma que entonces había más ateos en Italia que en cualquier otra parte. No fueron las disputas de doctrina las que condujeron a los filósofos italianos a este exceso; fueron los desórdenes en que habían caído casi todas las cortes y la de Roma en especial. Si se leen con atención varios escritos italianos de esa época, se verá que sus autores, muy impresionados por el desbordamiento de que hablaban, no reconocían al Ser Supremo, cuya providencia permite esos crímenes, y pensaban como pensaba Lucrecio en tiempos no menos desgraciados. Esta opinión perniciosa se introdujo entre los grandes de Inglaterra y de Francia, tuvo poca difusión en Alemania y en el Norte, y no es de temer que haga jamás grandes progresos. La verdadera filosofía, la moral y el interés de la sociedad, la han aniquilado casi; pero entonces eran las guerras de religión las que contribuían a difundirla; y, a veces, unos jefes de partido que se habían hecho ateos conducían a una multitud de entusiastas.[1]

[1] Si se entiende por ateo un hombre que, rechazando toda religión particular, no conoce la religión natural, ha habido gran número de ellos en todos los tiempos. Han abundado entre los hombres poderosos de todos

(1553) Eduardo VI murió en esta época funesta, antes de haber podido hacer otra cosa sino que se concibiesen esperanzas. Al morir, había declarado heredera del reino a su prima Juana Grey, descendiente de Enrique VII, en perjuicio de su hermana María, hija de Enrique VIII y de Catalina de España. Juana Grey fue proclamada en Londres; pero el partido y el derecho de María triunfaron. Apenas si hubo una guerra, María encerró a su rival en la Torre con la princesa Isabel, que reinó después con tanta gloria.

Mucha más sangre fue vertida por los verdugos que por los soldados. El padre, el abuelo, el esposo de Juana Grey, y ella misma al fin, fueron condenados a la decapitación. Con ésta eran ya tres las reinas que morían en Inglaterra en el patíbulo. No tenía más que diecisiete años, la habían obligado a aceptar la corona, todo hablaba en su favor, y María debía haber temido el ejemplo demasiado frecuente de pasar del trono al cadalso. Pero nada la contuvo, pues era tan cruel como Enrique VIII; si bien con otro género de tiranía, pues mientras Enrique su padre era iracundo, ella se mantenía sombría y tranquila al hacer ejecutar sus barbaries.

Perteneciente a la comunión romana, y llevando todavía en su espíritu el deseo de vengar el divorcio de su madre comenzó por convocar, a fuerza de habilidad y de dinero, una cámara de los comunes totalmente católica. Los pares, que en su mayoría no tenían otra religión que la del príncipe, no fueron difíciles de ga-

los países, y sobre todo entre los sacerdotes de todas las religiones. El mundo ha sido dominado sin interrupción por malvados imbéciles que lo creían todo, dirigidos por malvados hipócritas que no creían nada. Esta especie de ateísmo osó mostrarse casi abiertamente en Italia, hacia el siglo XVI, siendo entonces cuando se imaginó erigir la hipocresía y la mentira en sistema de moral, y establecer que la creencia en las fábulas religiosas es un freno saludable para la maldad humana; y, para vergüenza de la razón, este sistema cuenta todavía con partidarios.

En cuanto a los filósofos que niegan la existencia de un Ser Supremo, o que no admiten sino un dios indiferente a los actos de los hombres, que no castiga el crimen sino por sus consecuencias naturales, como son el temor y los remordimientos, y en cuanto a los escépticos que, dejando a un lado estas cuestiones insolubles y por lo tanto indiferentes, se han limitado a enseñar una moral natural, han abundado en Grecia y en Roma, y comienzan a serlo entre nosotros. Pero estos filósofos no son peligrosos. El fanatismo es una bestia feroz que la religión encadena o excita a voluntad, y que sólo la razón puede ahogar al nacer.

Observemos, sin embargo, el cuidado con que Voltaire aprovecha todas las ocasiones para anunciar a los hombres un Dios vengador de los crímenes, y aprendamos a conocer la buena fe de los liberalistas, que le han acusado de destruir los fundamentos de la moral, y que lo han hecho creer a fuerza de repetirlo. (Kehl.)

nar. Sucedió en religión lo que ya se había visto en política en las guerras de la *rosa blanca* y de la *rosa roja*. El parlamento había condenado sucesivamente a los Yorks y a los Lancaster. Persiguió en el reinado de Enrique VIII a los protestantes; los alentó bajo Eduardo VI, y los quemó en tiempo de María. Se ha preguntado con frecuencia por qué ese suplicio horrible del fuego es entre los cristianos el castigo de los que no piensan como la Iglesia dominante, mientras que los mayores crímenes se castigan con una muerte más piadosa. El obispo Burnet da como razón la de que, como se creía a los herejes condenados a arder eternamente en el infierno, aunque su cuerpo no se encontrase allí hasta la resurrección, se pensaba imitar la justicia divina quemando sus cuerpos en la tierra.[1]

(1553) El arzobispo de Cantorbery, Cranmer, que sirvió mucho a Enrique VIII, con ocasión de su divorcio, no fue condenado por este peligroso servicio, sino por ser protestante. Tuvo la debilidad de abjurar, y María la satisfacción de hacerlo quemar tras de haberle degradado. Este primado del reino recobró su valor en la hoguera, en la que declaró que moría protestante, e hizo realmente lo que se ha escrito y probablemente lo que se ha inventado acerca de Mucio Scévola: metió primero en las llamas la mano que había firmado la abjuración, y no lanzó su cuerpo a la hoguera hasta que cayó su mano; acto tan intrépido y más loable que el que se atribuye a Mucio. El inglés se castigaba por haber sucumbido a lo que le parecía una flaqueza, y el romano por haberle fallado un asesinato.

Fueron unas ochocientas las personas entregadas a las llamas en el reinado de María. Una mujer encinta dio a luz en la misma hoguera, y algunos ciudadanos, compadecidos, arrancaron al niño del fuego, pero el juez católico hizo que lo volviesen a arrojar. Cuando se leen estos hechos abominables, se pregunta uno si ha nacido entre hombres, o entre esos seres que nos pintan encerrados en un abismo de suplicios, encarnizados en sumir en él al género humano.

De todos cuantos María hizo ejecutar vivos, no hubo ninguno acusado de rebelión: la religión era el único motivo. Se les permi-

[1] Gilberto Burnet, fogoso partidario de la Reforma, profesor de teología en Glasgow, fue nombrado por Guillermo III obispo de Salisbury, donde murió en 1689. Su obra principal, que abarca más de medio siglo, de 1509 a 1589, se titula: *The History of the reformation of the Church of England* (London, 1679 y 1683, 2 vol. infolio). Ha sido traducida al francés por M. de Rosemond (Londres, 1683 y 1685), y al latín por un anónimo (Ginebra, 1686 y 1689, en 4º). (Evaristo Bavoux.)

te a los judíos el ejercicio de su ley, y se les conceden privilegios, ¡y mientras, los cristianos entregan a la más horrible de las muertes a otros cristianos cuyas opiniones difieren de las suyas en algunos puntos!

(1558) María murió de muerte apacible, pero despreciada por su marido Felipe II y por sus súbditos, que le reprochan aún la pérdida de Calais; dejando, en fin, una memoria odiosa en las mentes de quienes no tienen alma de perseguidores.

A María católica sucedió Isabel protestante. El parlamento fue protestante, y la nación entera se hizo protestante, y lo sigue siendo. Fue entonces cuando quedó fijada la religión. La liturgia, que se había esbozado bajo Eduardo VI, quedó establecida tal como lo está hoy; la jerarquía romana se conservó con muchas menos ceremonias que entre los católicos, y un poco más que entre los luteranos; la confesión, permitida y no ordenada; la creencia de que Dios está en la eucaristía sin transubstanciación: esto es en general lo que constituye la religión anglicana. La política exigía que la supremacía siguiese estando unida a la corona, con lo cual una mujer fue jefe de la Iglesia.

Esta mujer tenía más talento y mejor condición que su padre Enrique VIII y que su hermana María. Evitó la persecución con tanto empeño como el que aquellos habían puesto en suscitarla. Como vio al subir al trono que los predicadores de ambos partidos eran en sus cátedras trompetas de discordia, ordenó que no se predicase en seis meses sin un permiso expreso firmado por ella, con el fin de disponer los espíritus a la paz. Esta nueva precaución contuvo a los que creían tener el derecho, y podían tener el talento de conmover al pueblo. Nadie fue perseguido, ni siquiera molestado por sus creencias;[1] pero se persiguió severamente, de acuerdo con la ley, a cuantos violaban ésta y perturbaban la vida del Estado. Entonces en Inglaterra arraigó en los espíritus el principio, durante tanto tiempo desconocido, de que Dios es el único que puede juzgar los corazones, y que a los hombres corresponde reprimir a cuantos se alzan contra el gobierno que los hombres han establecido. A continuación consideraréis qué juicio debéis formar de Isabel, y veréis sobre todo lo que fue de su nación.

[1] Hay que exceptuar a los antitrinitarios, a varios de los cuales se condenó en este reinado. Tal manera de tratarlos era el único punto de disciplina eclesiástica en que se estaba entonces de acuerdo en Europa; dentro de un siglo sólo se estará de acuerdo en la tolerancia. (Kehl.)

CAPITULO CXXXVII

LA RELIGIÓN EN ESCOCIA

Las agitaciones sufridas por la religión en Escocia no fueron más que un reflejo de las de Inglaterra. Hacia el año 1559, algunos calvinistas introdujeron su doctrina en el pueblo, que es al que casi siempre hay que ganar el primero. Suele ir de buena fe, y él mismo se pone las bridas que se le presentan, hasta que viene algún hombre poderoso que se apodera de ellas y las maneja en su provecho.

En los comienzos, no dejaron los obispos católicos de hacer condenar al fuego a algunos herejes, lo cual era en Europa una cosa tan corriente como ahorcar a los ladrones.

Pero sucedió en Escocia lo que tiene que suceder en todos los países donde se conserva algo de libertad. El suplicio de un viejo sacerdote, a quien el arzobispo de San Andrés había condenado a la hoguera (1559) hizo que se aumentase considerablemente el número de prosélitos, que utilizaron esa libertad para difundir con mayor denuedo los nuevos dogmas, y para levantarse contra la crueldad del arzobispo. Varios señores hicieron en Escocia, durante la minoridad de la famosa reina María Estuardo, lo que más tarde hicieron los de Francia en la de Carlos IX. Su ambición atizó el fuego que las disputas religiosas encendían, y se vertió mucha sangre como en otras partes. Los escoceses, que eran entonces uno de los pueblos más pobres y menos industriosos de Europa, hubiesen hecho mucho mejor dedicándose a fertilizar con su trabajo su tierra ingrata y estéril, y a procurarse al menos por la pesca una subsistencia de que carecían, antes que ensangrentar su desdichado país por unas opiniones extranjeras y por el interés de algunos ambiciosos. Pero hubieron de añadir esta nueva desgracia a la de la indigencia en que se encontraban entonces.

(1559) La reina regente, madre de María Estuardo, creyó poder ahogar la Reforma haciendo venir tropas de Francia; pero con ello contribuyó a apresurar el cambio que quería impedir. Indignado el parlamento de Escocia al ver el país lleno de solda-

dos extranjeros, obligó a la regente a hacerlos marchar, abolió la religión romana y estableció la confesión de fe de Ginebra.

María Estuardo, viuda del rey de Francia Francisco II, princesa débil, nacida únicamente para el amor, obligada por Catalina de Médicis, que temía la influencia de su belleza, a salir de Francia y a volver a Escocia, no encontró más que un país desgraciado, dividido por el fanatismo. Ya veréis cómo aumentó con sus flaquezas las desventuras de su patria.

Al fin, el calvinismo ha triunfado en Escocia, a pesar de los obispos católicos, primero, y a pesar de los obispos anglicanos, después. Hoy está casi abolido en Francia, o por lo menos ya no está tolerado. Así, pues, todo ha sido revolución, desde el siglo XVI, en Escocia, en Inglaterra, en Alemania, en Suecia, en Dinamarca, en Holanda en Suiza y en Francia.

CAPÍTULO CXXXVIII

LA RELIGIÓN EN FRANCIA BAJO FRANCISCO I Y SUS SUCESORES

Desde el reinado de Carlos VII, se consideraba en Roma a los franceses como cismáticos, a causa de la pragmática sanción dictada en Bourges, conforme a los decretos del concilio de Basilea, enemigo del papado. El punto más importante de esta pragmática era el uso de la elección entre los eclesiásticos, uso que fomenta la virtud y la depuración de la doctrina en épocas mejores, pero que es también fuente de banderías. La elección gustaba a los pueblos por estos dos motivos: para los espíritus rígidos era como un resto de la primitiva Iglesia, y para las universidades una recompensa de sus trabajos. Pero los papas, a pesar de esta pragmática que abolía las anatas y las demás exacciones, seguían recibiéndolas. Fromenteau nos dice que en los diecisiete años del reinado de Luis XII, sacaron de la diócesis de París la cantidad exorbitante de tres millones trescientas mil libras numerarias de aquella época.[1]

Cuando Francisco I se dispuso a hacer, en 1515, sus expediciones a Italia, brillantes en los comienzos como las de Carlos VIII y de Luis XII, y después más desgraciadas aún que las de éstos, León X, que se había opuesto a él al principio, lo necesitó y él a su vez le fue necesario.

(1515 y 1516) El canciller Duprat, que fue después cardenal, hizo con los ministros de León X el famoso concordato por el cual, según se decía, el rey y el papa se dieron lo que no les pertenecía. El rey obtuvo el nombramiento de beneficios; y al papa se le concedió, por un artículo secreto, la renta del primer año, renun-

[1] Este detalle de la explotación de Francia por la curia romana se encuentra en una curiosa obra cuyo interminable título es el siguiente: *Le Grand Trésor des trésors de France, contenant les deniers que Leurs Majestés ont levés et despendus depuis trente et un ans; c'est-à-dire le Secret des finances de France, ou Préparatif propre et nécessaire pour payer les dettes du roi, descharger ses sujets, et recouvrer les deniers qui ont été dérobés à Sa Majesté*, por Virolie Froumenteau (París, 1581, 3 tomos en un volumen en 8º). (Evaristo Bavoux.)

ciando a los mandatos, a las reservas, a las expectativas y a la prevención, derechos que Roma había pretendido durante largo tiempo. Inmediatamente después de la firma del concordato, el papa se reservó las anatas por una bula. La universidad de París, que perdía uno de sus derechos, se atribuyó otro que apenas podría pretender un parlamento de Inglaterra: hizo publicar una prohibición de imprimir el concordato del rey, y de obedecerle. Sin embargo, las universidades no quedaban tan maltratadas por este acuerdo entre el rey y el papa, ya que se les reservaba la tercera parte de los beneficios, que ellas podían impetrar durante cuatro meses del año: enero, abril, julio y octubre, llamados meses de los graduados.

El clero, y sobre todo los cabildos, a los que se arrebataba el derecho de nombrar sus obispos, murmuraron; pero la esperanza de obtener beneficios de la corte los apaciguó. El parlamento, que no esperaba mercedes de la corte, se mostró inquebrantable en su firmeza en sostener las antiguas costumbres y las libertades de la Iglesia galicana, cuyo conservador era; resistióse respetuosamente a varios mandatos reales; y finalmente, obligado a registrar el concordato, hizo la protesta de que lo realizaba por orden del rey, reiterada varias veces.

Sin embargo, tanto el parlamento en sus representaciones, como la universidad en sus quejas, parecían olvidar el servicio esencial que Francisco I prestaba a la nación al conceder las anatas. Antes de su reinado se habían pagado a un tipo exorbitante, lo mismo que en Inglaterra; él las moderó, y hoy no ascienden a más de cuatrocientos mil francos, el año corriente. Pero los anhelos de toda la nación eran de que no se pagasen en absoluto anatas a Roma.

Se deseaba por lo menos un concordato parecido al concordato germánico. Los alemanes, celosos siempre de sus derechos, habían estipulado con Nicolás V que en toda Alemania estaría en vigor la elección canónica; que no se pagarían anatas a Roma; que únicamente el papa podría nombrar para ciertas canonjías durante seis meses del año, y que los elegidos pagarían al papa una cantidad que se convino. Estas ricas canonjías alemanas constituían aún un gran abuso a los ojos de los jurisconsultos, y este canon a Roma una simonía. Según ellos, era un comercio oneroso y escandaloso pagar en Italia para obtener una renta en Germania y en Galia. Este tráfico parecía la vergüenza de la religión, y los calculistas políticos demostraban que se cometía en Francia un error capital al enviar todos los años a Roma cerca de cuatrocientas mil libras, en una época en que no se compensaba con el

comercio lo que se perdía por este contrato pernicioso. Si el papa exigía este dinero como tributo, era odioso, y como limosna, era excesivo. Pero el acuerdo se redujo al dinero, y jamás se ha hecho ninguno sobre reliquias, indulgencias, dispensas y beneficios; todo lo cual se ha seguido vendiendo.

Si había que sacar así la religión a subasta, era preferible, sin duda, que esta simonía aprovechase al Estado antes que a un obispo extranjero, que estaba tan autorizado, por el derecho natural y de gentes, a recibir la primera anualidad de la renta de un beneficio de Francia, como la primera anualidad de la renta de China o de la India.

Este acuerdo, tan irritante entonces, se llevó a cabo en la época que precedió a la ruptura del Norte entero, de Inglaterra y de la mitad de Alemania, con la sede de Roma. Esta sede se hizo pronto más odiosa a Francia; y la religión podía sufrir las consecuencias del aborrecimiento que Roma inspiraba.

Tal fue durante mucho tiempo el grito de todos los magistrados, de todos los cabildos y de todas las universidades. Estas quejas aumentaron cuando se vio la bula en la que el sensual León X llama a la pragmática sanción la *depravación del reino de Francia*.

Todavía hoy provoca la indignación pública este insulto hecho a una nación entera, en una bula en la que se cita a San Pablo y en la que se pide dinero.

Los primeros años que siguieron al concordato fueron tiempos de agitación en varias diócesis. El rey nombraba un obispo, los canónigos otro; y el parlamento, en virtud del recurso de fuerza, resolvía en favor del clero. Estas disputas hubiesen dado lugar a guerras civiles en tiempos del gobierno feudal. Al fin, Francisco I quitó al parlamento el conocimiento de cuanto concierne a los obispados y las abadías, y se lo atribuyó al gran consejo. Con el tiempo todos se tranquilizaron, se acostumbraron al concordato como si hubiese existido siempre. (1538) y las quejas del parlamento cesaron por completo cuando el rey obtuvo del papa Paulo III el indulto del canciller y de los miembros de aquél; indulto por el cual pueden hacer ellos en pequeño lo que el rey en grande: conferir un beneficio por vida. Los magistrados tuvieron el mismo privilegio.

En todo este asunto, que tanto entristeció a Francisco I, era necesario que fuese obedecido, si quería que León X cumpliese los compromisos políticos que con él había contraído, y le ayudase a recuperar el ducado de Milán.

Vemos, pues, que la estrecha relación que los unió durante

algún tiempo no le permitía al rey que se formase en Francia una religión contraria al papado. El consejo creía además que toda novedad en materia de religión trae consigo novedades en el Estado. Los políticos pueden equivocarse cuando no juzgan sino por un ejemplo que les impresiona. El consejo tenía razón al considerar las perturbaciones que él mismo fomentaba en Alemania; pero tal vez se equivocaba si pensaba en la facilidad con la que los reyes de Suecia y de Dinamarca establecían a la sazón el luteranismo. Podía además mirar hacia atrás, y contemplar otros ejemplos de mayor importancia. La religión cristiana se había introducido en todas partes sin guerra civil: en el imperio romano, por un edicto de Constantino; en Francia, por la voluntad de Clodoveo; en Inglaterra, por el ejemplo del reyezuelo de Kent, llamado Etelberto; en Polonia y en Hungría, por las mismas causas. Apenas si hacía más de un siglo que el primero de los Jagellones que reinó en Polonia se había hecho cristiano, y había hecho cristianas toda la Lituania y la Samogitia, sin que estos antiguos gépidos murmurasen. Si los sajones habían sido bautizados en ríos de sangre por Carlomagno fue porque se trataba de sojuzgarlos, y no de iluminarlos. Se dirigía una mirada a Asia entera, se veían los Estados musulmanes llenos de cristianos y de idólatras igualmente pacíficos, y varias religiones establecidas en la India, en China, y en otras partes, sin haber tenido que recurrir jamás a las armas. Los mismos ejemplos podían encontrarse, remontándose a todos los siglos pasados. Una religión nueva no es peligrosa ni sangrienta por sí misma; lo es por la ambición de los grandes, que se sirven de esta religión para atacar a la autoridad establecida. Así fue como los príncipes luteranos se armaron contra el emperador que quería destruirlos; pero Francisco I y Enrique II no tenían en su país a príncipes ni a señores a quienes temer.

La corte, dividida más tarde en épocas de minoridades desgraciadas, se encontraba entonces reunida en una obediencia perfecta a Francisco I, y este príncipe dejó que se persiguiese a los herejes más que perseguirlos él mismo. Los obispos y los parlamentos encendieron las piras, y él no las apagó. Las hubiese apagado de no haber estado su corazón tan endurecido para las desgracias de los demás como relajado por los placeres; y hubiese al menos mitigado el suplicio de Juan Le Clerc, que fue atenaceado vivo, y a quien le fueron cortados los brazos, las tetillas y la nariz, por haber hablado contra las imágenes y contra las reliquias. Toleró que se quemase a fuego lento a veinte miserables, acusados de haber dicho en voz alta lo que él mismo pensaba sin duda en su interior, si hemos de juzgar por todos los actos de su vida. El

número de los ejecutados por no haber creído en el papa, y el horror de sus suplicios, causan pavor; pero Francisco no se conmovía, y la religión apenas si le importaba. Se aliaba con los protestantes de Alemania, y hasta con los mahometanos, contra Carlos V; y cuando los príncipes luteranos de Alemania, aliados suyos, le reprocharon haber hecho morir a sus hermanos que no suscitaban agitación ninguna en Francia, él echaba la culpa de todo esto a los jueces ordinarios.

Hemos visto[1] ejercer a los jueces ingleses, en los reinados de Enrique VIII y de María, crueldades que horrorizan; y los franceses, a quienes se considera más benignos, sobrepasaron en mucho estas barbaries cometidas en nombre de la religión y de la justicia.

En el siglo XII, Pedro Valdo[2] rico comerciante de Lyón, cuya piedad y cuyos errores dieron, según dicen, nacimiento a la secta de los valdenses, se retiró, con muchos pobres a quienes alimentaba, a los valles incultos y desiertos que hay entre Provenza y el Delfinado, sirviéndoles de pontífice y de padre, e instruyéndoles en la doctrina de su secta, semejante a la de los albigenses, de Wiclef, de Juan Hus, de Lutero y de Zwinglio, en varios puntos principales. Estos hombres, durante mucho tiempo ignorados, roturaron aquellas tierras estériles, haciéndolas aptas para la siembra de granos y de pastos, por medio de trabajos increíbles; lo cual demuestra hasta qué punto hay que reprochar a nuestra negligencia el que queden en Francia tierras incultas. Tomaron en arriendo las heredades de los alrededores, y sus trabajos sirvieron para hacerles vivir a ellos y enriquecer a sus señores, que jamás pudieron reprocharles nada. En doscientos cincuenta años se multiplicó su número hasta cerca de dieciocho mil, que habitaban treinta villas, sin contar las aldeas. Todo esto era obra de sus manos. No tenían sacerdotes, y entre ellos no había disputas sobre el culto, ni procesos, y decidían entre sí sus diferencias. Los que iban a las ciudades vecinas eran los únicos que estaban enterados de que existían una misa y unos obispos. Oraban a Dios en su jerga, y el trabajo asiduo hacía que su vida fuera inocente. Durante más de dos siglos gozaron de esta paz, que hay que atribuir al cansancio de las guerras contra los albigenses. Cuando el espíritu humano se ha dejado arrastrar durante largo tiempo a los últimos excesos, se relaja y tiende hacia la paciencia y la indiferencia; y esto es cosa que se ve en cada individuo y en las naciones enteras. Los valdenses gozaban de esta tranquilidad,

[1] Capítulos CXXXV y CXXXVI.
[2] Véase Capítulo CXXVIII.

cuando los reformadores de Alemania y de Ginebra se enteraron de que tenían unos hermanos (1540). Inmediatamente les enviaron unos ministros, nombre que se daba a los encargados del culto en las iglesias protestantes. Entonces los valdenses fueron conocidos. Los nuevos edictos contra los herejes los condenaban al fuego. El parlamento de Provenza pronunció esta pena contra diecinueve de los principales habitantes de la villa de Mérindol, y ordenó que se arrasasen sus bosques y se destruyesen sus casas. Los valdenses, asustados, enviaron una diputación al cardenal Sadolet, obispo de Carpentras, que estaba entonces en su obispado. Este ilustre sabio, verdadero filósofo, ya que era humano, los recibió con bondad, e intercedió por ellos. Langlai, que mandaba en el Piamonte, hizo suspender la ejecución (1541), y Francisco I les perdonó, a condición de que abjurasen. Pero no se abjura una religión en la que se ha nacido. Su terquedad irritó al parlamento provenzal, compuesto de hombres ardientes; y Juan Meynier d'Oppède, que era su primer presidente entonces, y el más fogoso de todos, continuó el proceso.

Los valdenses se amotinaron al fin, y d'Oppède, irritado, agravó sus faltas al ponerlas en conocimiento del rey, y obtuvo el permiso de ejecutar la sentencia suspendida durante cinco años enteros. Se necesitaban tropas para esta expedición, y d'Oppède y el fiscal general las pidieron. Aparece de modo evidente que estos ciudadanos tan tercos, llamados por el declamador Maimbourg *canalla insurreccionada*, no se encontraban dispuestos en absoluto a la insurrección, ya que no se defendieron, sino que huyeron por todas partes, pidiendo misericordia. Los soldados degollaron a las mujeres, los niños y los ancianos, que no pudieron huir a tiempo.

D'Oppède y Guérin corrían de pueblo en pueblo, haciendo dar muerte a cuantos encontraban, quemando las casas y los pajares, las cosechas y los árboles, y persiguiendo a los fugitivos al resplandor de los incendios. En la villa cerrada de Cabrières no quedaban más que sesenta hombres y treinta mujeres, que se rindieron, con la promesa de que se respetarían sus vidas; pero apenas entregados, se les asesinó. Algunas mujeres refugiadas en una iglesia cercana fueron sacadas de ella por orden de d'Oppède, y encerradas en un pajar, al que se prendió fuego. Fueron veintidós las villas reducidas a cenizas; y cuando se apagaron las llamas, aquella comarca antes floreciente y poblada, fue un desierto en el que no se veían más que cadáveres. Los pocos que escaparon huyeron hacia el Piamonte. Francisco I se horrorizó: la sentencia cuya ejecución había permitido no ordenaba más que la muerte

de diecinueve herejes, y d'Oppède y Guérin hicieron matar a miles de habitantes. Al morir el rey, recomendó a su hijo que hiciese justicia de aquella barbarie, de la que no había ejemplo entre los jueces de paz.

En efecto, Enrique II permitió a los señores arruinados de aquellas villas destruidas y de aquellos pueblos degollados en masa que se querellasen ante el parlamento de París. Vióse el proceso, en el que d'Oppède tuvo la habilidad de aparecer inocente, toda la culpa recayó en el fiscal general Guérin, y sólo su cabeza pagó la sangre de aquella desgraciada multitud.

Estas ejecuciones no detenían los progresos del calvinismo. Mientras se alzaban las llamas por un lado, cantábanse por el otro, riendo, los salmos de Marot, de acuerdo con el carácter siempre ligero y a veces cruelísimo de la nación francesa. Toda la corte de Margarita, reina de Navarra y hermana de Francisco I, era calvinista; y la mitad de la del rey lo era también. Lo que había comenzado por el pueblo, había pasado a los grandes, como sucede siempre. Los pastores protestantes predicaban en secreto, y se discutía por doquier abiertamente. Estas discusiones, de las que nadie se preocupa hoy, ni en París, ni en la corte, porque son viejas ya, aguijoneaban con su novedad todas las mentes. En el parlamento de París había más de un miembro perteneciente a lo que se llamaba *la Reforma*. Dicha corporación estaba siempre ocupada en combatir las pretensiones de la Iglesia de Roma, que la herejía destruía. Además, la libertad rígida y republicana de algunos consejeros se complacía en favorecer una secta severa que condenaba los desórdenes de la corte. Enrique II, descontento de varios miembros del parlamento, entró un día inopinadamente en la gran cámara cuando se encontraban deliberando sobre la mitigación de la persecución contra los hugonotes. Hizo detener a cinco consejeros (1554), y uno de ellos, Anio du Bourg, que había hablado con más violencia, firmó en la Bastilla su confesión de fe, que coincidía en muchos puntos con la de los calvinistas y de los luteranos.

Había entonces en Francia un inquisidor, aunque en este país no se encontraba establecido el tribunal de la Inquisición, aborrecido por todos los franceses. El obispo de París, este inquisidor, llamado Mouchy, y unos comisarios del parlamento, juzgaron y condenaron a Du Bourg, no obstante la antigua ley según la cual no debía ser juzgado sino por las cámaras del parlamento reunidas; ley subsistente aún, siempre invocada, y casi siempre inútil; porque nada tan corriente en la historia de Francia como que a los miembros del parlamento se les juzgue fuera de él. Anio du

Bourg no fue ejecutado hasta el reinado de Francisco II. El cardenal de Lorena, hombre que gobernaba el Estado con violencia, quería su muerte (1559). En la plaza de la Grève se ahorcó y se quemó a este sacerdote magistrado, espíritu demasiado inflexible, pero juez íntegro y de una virtud reconocida.

Los mártires hacen prosélitos, y el suplicio de un hombre como éste hizo más reformados que los libros de Calvino. La sexta parte de Francia era calvinista en el reinado de Francisco II; como la tercera parte de Alemania, por lo menos, fue luterana en el de Carlos V.

Sólo quedaba un partido que tomar, y era el de imitar a Carlos V, que acabó, después de muchas guerras, por establecer la libertad de conciencia, y a la reina Isabel, quien, protegiendo la religión dominante, dejó que cada cual adorase a Dios según sus principios, siempre que se mantuviese sometido a las leyes del Estado.

Así se hace hoy en todos los países devastados un tiempo por las guerras de religión, después que no pocas experiencias funestas han hecho ver cuán conveniente es esta libertad.

Pero para permitirla, es preciso que las leyes hayan adquirido solidez, y que el furor de los bandos comience a calmarse. En Francia todo fueron luchas sangrientas de partidos desde Francisco II hasta los años esplendorosos del gran Enrique. En esta época de turbulencias desconociéronse las leyes; y el fanatismo, que sobrevivió a la guerra, asesinó a este monarca en un período de paz por mano de un furioso y de un imbécil escapado del claustro.

Después de haber dado una idea de la situación de la religión en Europa en el siglo XIV, me queda por hablar de las órdenes religiosas que combatían las nuevas opiniones, y de la Inquisición, que se esforzaba en exterminar a los protestantes.

CAPÍTULO CXXXIX

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS

La vida monástica, que tanto bien y tanto mal ha hecho, que ha sido una de las columnas del papado, y que produjo a aquél que iba a exterminar este papado en la mitad de Europa, merece una atención especial.

Muchos protestantes y muchos seglares creen que los papas inventaron todas esas milicias que se diferencian en el hábito, en el calzado, en el alimento, en las ocupaciones y en las reglas, para que fuesen en todos los Estados de la cristiandad los ejércitos de la Santa Sede. Es cierto que los papas las han utilizado, pero no fueron ellos quienes las crearon.

En la más remota antigüedad hubo entre los pueblos de Oriente hombres que se alejaban del bullicio para vivir juntos en el retiro. Los persas, los egipcios, y los indios sobre todo, tuvieron comunidades de cenobitas, independientemente de aquellos que se destinaban al culto de los altares. De los indios proceden esas austeridades prodigiosas, esos sacrificios y esos tormentos voluntarios a que se condenan los hombres, persuadidos de que la Divinidad se complace en los sufrimientos de los humanos. En esto, Europa fue únicamente imitadora de la India. La imaginación ardiente y sombría de los orientales ha ido siempre mucho más lejos que la nuestra. Entre los griegos y entre los romanos no hubo monjes, y los colegios de los sacerdotes se encargaban del culto en los templos a que se encontraban adscritos. Estos pueblos desconocían la vida monástica. En cambio, los judíos tuvieron sus esenios y sus terapeutas, y los cristianos los imitaron.

En los comienzos del siglo IV, y en una provincia bárbara situada hacia el mar Negro, estableció San Basilio su regla seguida por todos los monjes de Oriente, y creo los tres votos, a los que se sometieron todos los solitarios. San Benedicto, o Benito, dio la suya en el siglo VI, y fue el patriarca de los cenobitas del Occidente.

Durante largo tiempo constituyó un consuelo para el género humano que existiesen esos asilos abiertos a todos cuantos querían

huir de la opresión de los gobiernos godo y vándalo. En esa época casi todos los que no eran señores de castillo eran esclavos, y en el sosiego de los claustros se escapaba a la tiranía y a la guerra. Es cierto que las leyes feudales de Occidente no permitían que se admitiese como fraile a un esclavo sin el consentimiento del señor, pero los conventos sabían eludir la ley. Los escasos conocimientos que quedaban entre los bárbaros fueron conservados en los claustros. Los benedictinos transcribieron algunos libros, y poco a poco salieron de los claustros muchos inventos útiles. Además, estos religiosos cultivaban la tierra, cantaban las alabanzas de Dios, vivían sobriamente, eran hospitalarios; y sus ejemplos podían servir para mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie. Hubo que quejarse poco después de que las riquezas corrompieran lo que la virtud y la necesidad habían instituido; y se dejó sentir la necesidad de reformas. En todos los siglos y en todos los países hubo hombres animados por el ejemplo de San Benito, que quisieron ser fundadores de nuevas congregaciones.

El espíritu de ambición va casi siempre unido al del entusiasmo, y se mezcla, sin que se advierta, con la piedad más austera. Entrar en la antigua orden de San Benito o de San Basilio, era someterse; crear un nuevo instituto, era adquirir un imperio. De ahí esa multitud de clérigos y de canónigos regulares, de religiosos y de religiosas. Todo el que ha querido fundar una orden ha sido bien visto por los papas, porque todas quedaban inmediatamente sometidas a la Santa Sede, y sustraídas, todo lo posible, al dominio de sus obispos. La mayoría de sus generales residen en Roma como en el centro de la cristiandad, y de esa capital envían a los confines del mundo las órdenes que les da el pontífice.

Pero lo que no se ha advertido bastante es el hecho de que ha faltado poco para que el pontificado romano haya quedado para siempre en poder de los frailes. Este último envilecimiento que le faltaba a Roma no hubo que temerlo cuando Gregorio I fue elegido papa por el clero y por el pueblo (590), pues aunque había sido benedictino, hacía ya mucho tiempo que se encontraba fuera del claustro. A partir de entonces acostumbráronse los romanos a ver la cátedra de San Pedro ocupada por frailes: en los siglos XIII y XIV lo estuvo por dominicos y por franciscanos, y hubo muchos papas de estas órdenes también en el siglo XV. En esos tiempos de turbulencias, de ignorancia, de falsa ciencia y de barbarie, los cardenales habían arrebatado al clero y al pueblo romano el derecho de elegir su obispo. Sólo con que estos frailes papas se hubiesen atrevido a hacer que el colegio de los cardenales estuviese constituido en sus dos terceras partes por frailes, el pon-

tificado hubiese quedado para siempre en su poder; y en este caso, los frailes hubiesen gobernado despóticamente toda la cristiandad católica, quedando todos los reyes expuestos al oprobio. Los cardenales no parecieron comprender este peligro hasta fines del siglo XVI, bajo el pontificado del franciscano Sixto V. Entonces fue cuando adoptaron la decisión de no dar el capelo cardenalicio sino a muy pocos frailes, y no elegir papa a ninguno.[1]

En los comienzos del siglo XVI todos los Estados cristianos se encontraban inundados de ciudadanos que habían llegado a ser extranjeros en su patria, y súbditos del papa. Otro abuso es el de que estas familias inmensas se perpetúan a expensas de la raza humana. Puede asegurarse que antes que la mitad de Europa aboliese los claustros, encerrábanse en ellos más de quinientas mil personas, mientras que existen campos despoblados, que las colonias del nuevo mundo carecen de habitantes, y que el azote de la guerra hace perecer todos los días un número considerable de ciudadanos. Si el fin que persigue todo legislador es el de la multiplicación de los súbditos, no hay duda de que es ir en contra de este gran principio el fomentar en demasía esa multitud de hombres y de mujeres que pierde cada Estado, y que se comprometen por juramento, en cuanto de ellos depende, a la destrucción de la especie humana. Sería deseable que existiesen agradables retiros para la vejez; pero ésta es precisamente la única institución necesaria que ha quedado olvidada. Los claustros están poblados por la juventud más tierna; y a una edad en la que no se permite en ninguna parte la libre disposición de los bienes, se permite en cambio disponer de la propia libertad para siempre.

No se puede negar que ha habido en los claustros virtudes excelsas, y apenas si hay todavía un monasterio que no encierre almas admirables, que honran a la especie humana. No pocos escritores se han complacido en sacar a la luz los desórdenes y los vicios con que fueron manchados a veces estos asilos de la piedad. Es cierto que la vida seglar ha sido siempre más viciosa, y que los mayores crímenes no se han cometido en los monasterios; pero en ellos han sido más notados por su contraste con la regla. Ningún Estado ha sido jamás puro. Aquí sólo hay que pensar en el bien general de la sociedad, lamentando que haya tantos talentos

[1] No obstante esta decisión, inspirada por la política, ha habido en este siglo dos papas pertenecientes a órdenes religiosas: Orsini (Benedicto XIII), dominico, y Ganganelli (Clemente XIV), franciscano: ¡hasta tal punto cambian las cosas! *(Nota de Voltaire.)* —Pío VII (Gregorio Luis Bernabé Chiaramonte), nacido el 14 de agosto de 1740, elegido papa el 14 de marzo de 1800, y muerto el 20 de agosto de 1823, era benedictino. (Beuchot.)

sepultados y tantas virtudes estériles que hubiesen sido útiles al mundo. El pequeño número de claustros hizo al principio mucho bien, y este pequeño número, proporcionado a la extensión de cada Estado, hubiese sido respetable. Su gran número los envileció, así como a los sacerdotes, que habiendo sido en otro tiempo casi iguales a los obispos, se encuentran ahora con respecto a ellos como lo está el pueblo en relación con los príncipes.

Es verdad que entre los antiguos monjes negros y los nuevos monjes blancos reinaba una enemistad escandalosa. Esta envidia se asemejaba a la de los partidos verdes y azules en el imperio romano; pero no dio origen a las mismas sediciones.

En esta multitud de órdenes religiosas, los benedictinos seguían ocupando el primer lugar. Dedicados al acrecentamiento de su poder y de sus riquezas, apenas si intervinieron en el siglo XVI en las disputas escolásticas, y consideraban a los demás frailes como la rancia nobleza considera a la nueva. Los de Cîteaux, de Clairvaux, y muchos otros, eran ramas del tronco de San Benito, y en tiempo de Lutero sólo se les conocía por su opulencia. Las ricas abadías de Alemania, tranquilas en sus Estados, no se mezclaban en la controversia, y los benedictinos de París no habían empleado aún sus ocios en esas sabias investigaciones que tanta fama les han dado.

Los carmelitas, venidos de Palestina a Europa, en el siglo XIII, estaban contentos con tal que se creyese que Elías era su fundador.

La orden de los cartujos, establecida cerca de Grenoble a fines del siglo XI, la única orden antigua que jamás necesitó reforma, era poco numerosa; demasiado rica, realmente, para unos hombres separados del mundo, pero que, no obstante estas riquezas, están consagrados sin descanso al ayuno, al silencio, a la oración y a la soledad; tranquilos en la tierra en medio de tantas agitaciones cuyo rumor apenas si llegaba hasta ellos, y no conociendo a los soberanos sino por las oraciones en que figuraban sus nombres. ¡Ojalá, virtudes tan puras y tan perseverantes hubiesen podido ser útiles al mundo!

Los premonstratenses, fundados por San Norberto (1120), no hacían mucho ruido, y no por ello valían menos.

Los franciscanos eran los más numerosos y los más activos. Francisco de Asís, que los fundó hacia el año 1210, era un hombre de la mayor simplicidad y del entusiasmo más prodigioso: era el espíritu de la época, el de los valdenses y de los albigenses, y en parte el del populacho de las Cruzadas. Encontró muchos hombres de su temple, que se asociaron con él. Ya las guerras de las Cruzadas nos han hecho conocer un alto ejemplo de su celo y del

de sus compañeros,[1] cuando fue a proponerle al sultán de Egipto que se hiciese cristiano, y cuando fray Gil se dedicó con tanta obstinación a predicar en Marruecos.

Jamás han llegado tan lejos los extravíos de la mente como en el libro de *Semejanzas de Francisco con Cristo*,* escrito en su época, aumentado más tarde, recogido e impreso al fin, en los comienzos del siglo XVI, por un franciscano llamado Bartolomé Albizzi. En este libro se considera a Cristo como precursor de Francisco. Es en él donde aparece la historia de la mujer de nieve que Francisco hizo con sus manos; la de un lobo rabioso al que curó milagrosamente, y al que hizo prometer que no volvería a comerse a los corderos; la de un franciscano hecho obispo, quien, depuesto por el papa, y habiendo muerto después de su deposición, salió de su ataúd para llevarle una carta de reproche al pontífice; la de un médico a quien hizo morir en Nocera, con sus oraciones, para tener el placer de volverle a resucitar con nuevos rezos. Se atribuía a Francisco una cantidad prodigiosa de milagros. Ya lo era, y grande en efecto, el que había obrado el fundador de tan gran orden, multiplicándola hasta el punto de que viviendo él, acudieron cinco mil de sus frailes a un capítulo general que se celebró cerca de Asís (1219). Hoy, aunque los protestantes les hayan arrebatado un número considerable de monasterios, tienen todavía siete mil casas de hombres con nombres diferentes, y más de novecientos conventos de mujeres. En sus últimos capítulos, se han contado ciento quince mil hombres, y unas veintinueve mil mujeres: abuso intolerable en unos países donde se ha visto disminuir sensiblemente la población.

Mostraban su ardor en todo: predicadores, teólogos, misioneros, limosneros, emisarios, recorriendo el mundo de un extremo a otro, y en todas partes enemigos de los dominicos. Su disputa teológica versaba sobre el nacimiento de la madre de Jesucristo. Los dominicos aseguraban que había nacido entregada al demonio como los demás, y los franciscanos pretendían que había estado exenta del pecado original. Los dominicos creían fundarse en la opinión de Santo Tomás, y los franciscanos en la de Juan Duns, escocés, llamado impropiamente Escoto, y conocido en su época con el título de *Doctor sutil*.

La querella política entre ambas órdenes era consecuencia de la influencia prodigiosa de los dominicos. Éstos, fundados algo después que los franciscanos, no eran tan numerosos, pero sí más

[1] Véase capítulo LVII.

* El título del original en latín es: *Liber conformitatum Sancti Francisci cum Christo. (N. del T.)*

poderosos, por el cargo de maestro del sacro palacio de Roma que, desde Santo Domingo, se reserva esta orden, y a causa de los tribunales de la Inquisición que estos religiosos presiden. Sus generales nombraron durante largo tiempo a los inquisidores en la cristiandad. El papa, que es quien los nombra en la actualidad, sigue dejando que subsista la congregación de este oficio en el convento de la Minerva de los dominicos; y estos frailes son todavía inquisidores en treinta y dos tribunales de Italia, sin contar los de Portugal y España.

En cuanto a los agustinos, era originariamente una congregación de ermitaños, a quienes el papa Alejandro IV dio una regla (1254). Aunque siempre perteneció a esta orden el sacristán del papa, y a pesar de que tenían el privilegio de predicar y de vender indulgencias, no se encontraban tan extendidos como los franciscanos, ni eran tan poderosos como los dominicos, y puede decirse que sólo son conocidos por el mundo secular a causa de que Lutero perteneció a su orden.

Los mínimos no hacían ni bien ni mal. Habían sido fundados por un hombre sin juicio, aquel Francisco Martorillo a quien Luis XI pedía que le prolongase la vida. Este Martorillo, que había estatuido en Calabria que sus monjes lo comerían todo condimentado con aceite, porque en aquella región es extremadamente barato, ordenó lo mismo a los frailes que él mismo estableciera en los climas septentrionales de Francia, donde los olivos no crecen, y donde el aceite es a veces tan caro, que este alimento, ordenado por la frugalidad, es allí un lujo.

Omito gran número de congregaciones diversas, porque, dentro de este plan general no pretendo pasar revista a todos los regimientos de tal ejército. Pero la orden de los jesuitas, fundada en tiempo de Lutero, exige una atención especial. El mundo cristiano no ha cesado de hablar de ella en contra y a favor. Esta sociedad se ha extendido por doquier, y en todas partes ha suscitado enemigos. Un número de personas muy grande cree que su fundación tuvo un motivo político, y que el instituto de Íñigo, a quien nosotros llamamos Ignacio, obedecía al designio de sujetar las conciencias de los reyes a su orden, para que ésta dominase a los pueblos, a fin de conseguir una especie de monarquía universal.

Ignacio de Loyola estaba muy lejos de semejante propósito, y jamás se encontró en situación de poder abrigar tales pretensiones. Era un hidalgo vizcaíno, de escasas letras, de espíritu novelesco, con la cabeza atiborrada de libros de caballería y predispuesto al entusiasmo. Servía en las tropas de España cuando los franceses, que pretendían en vano librar Navarra de las manos

de sus usurpadores, sitiaban el castillo de Pamplona (1521), en el que Ignacio, que tenía entonces cerca de treinta años, se encontraba encerrado. Fue herido, y como en su convalecencia le diesen a leer *La leyenda dorada*, junto con una visión que creyó tener, decidió ir en peregrinación a Jerusalén. Se entregó a la mortificación, llegándose a asegurar que pasó siete días y siete noches sin comer ni beber, hecho casi increíble, que revela una imaginación un tanto débil y un cuerpo extremadamente robusto. A pesar de su ignorancia predicó de pueblo en pueblo, y ya se conoce el resto de sus aventuras: cómo se hizo caballero de la Virgen después de haber velado las armas por ella, cómo quiso combatir con un moro que había hablado poco respetuosamente de aquélla cuyo caballero era, y cómo abandonó la decisión a la voluntad de su caballo, que tomó por otro camino que el moro. Pretendió ir a predicar a los turcos y llegó hasta Venecia; pero, habiendo hecho la reflexión de que no sabía latín, lengua, sin embargo, bastante inútil en Turquía, regresó, a la edad de treinta y tres años, para comenzar sus estudios en Salamanca.

Habiéndole encarcelado la Inquisición porque dirigía a las devotas, convirtiéndolas en peregrinas, e incapaz de aprender en Alcalá ni en Salamanca los primeros rudimentos de la gramática, marchó a París y entró en la clase de sexto del colegio de Montaigu, sometiéndose al látigo como los niños más pequeños de su clase.[1] No pudiendo aprender el latín, pobre, vagabundo en París y despreciado, encontró a unos españoles en su misma situación, que se juntaron con él, y después se unieron a ellos algunos franceses. Hacia el año 1537 fueron todos a Roma, para presentarse al papa Paulo III, en calidad de peregrinos, que querían ir a Jerusalén para formar allí una congregación especial. Ignacio y sus compañeros eran virtuosos, desinteresados, tenían espíritu de mortificación y estaban llenos de celo. Hay que confesar también que Ignacio sentía ardientemente la ambición de ser jefe de un instituto. Esta especie de vanidad, en la que entra la ambición de mando, arraiga en un corazón por el sacrificio de las demás pasiones, y obra con mayor fuerza cuando va unida a la virtudes. Si Ignacio no hubiese tenido esta pasión, habría entrado con los suyos en la orden de los teatinos, que el cardenal Cayetano habia fundado. Fueron vanas las solicitudes de este cardenal para que entrase en dicha comunidad, ya que el deseo de ser fundador le impedía ser religioso sometido a otro.

[1] El P. Bouhours, en su *Vie de saint Ignace*, dice que su héroe hizo sus humanidades en el colegio de Montaigu, y su filosofía en el colegio de Santa Bárbara. (Beuchot.)

Los caminos de Jerusalén no eran seguros, y fue preciso quedarse en Europa. Ignacio, que había aprendido un poco de gramática, se dedicó a enseñar a los niños. Sus discípulos le secundaron con gran éxito; pero este mismo éxito fue fuente de adversidades. Los jesuitas tuvieron que combatir con rivales en las universidades donde fueron admitidos; y las ciudades donde enseñaron en competencia con la universidad fueron teatro de divisiones.

Si el deseo de enseñar, que la caridad inspiró a este fundador, produjo sucesos funestos, la humildad por la que renunció, él y los suyos, a las dignidades eclesiásticas, es precisamente lo que ha originado la grandeza de su orden. La mayoría de los soberanos tomaron a los jesuitas por confesores, con el fin de no tener que dar un obispado por una absolución; y la dignidad de confesor ha llegado a ser con frecuencia mucho más importante que una sede episcopal. Es un ministerio secreto tanto más poderoso cuanto más débil es el príncipe.

Finalmente, con objeto de arrancarle al papa una bula de fundación, muy difícil de obtener, Ignacio y sus compañeros recibieron el consejo de hacer, además de los votos ordinarios, un cuarto voto particular de obediencia al papa; y este cuarto voto es el que, después, ha producido esos misioneros que llevan la religión y la gloria del soberano pontífice a los confines de la tierra. He aquí cómo el espíritu menos político del mundo originó la más política de todas las órdenes monásticas. En materia de religión, siempre es el entusiasmo el que comienza el edificio; pero la habilidad lo termina.

(1540) Paulo III promulgó su bula de institución, con la cláusula expresa de que su número no pasaría jamás de sesenta. Sin embargo, Ignacio llegó a tener, antes de morir, más de mil jesuitas en su orden. Al fin, la prudencia dirigió su entusiasmo; si bien es verdad que su libro de los *Ejercicios espirituales*, por el que debían regirse sus discípulos, era realmente novelesco, ya que en él aparece Dios como el general de un ejército, cuyos capitanes son los jesuitas; pero se puede escribir un libro muy malo, y gobernar bien. Asistiéronle sobre todo Lainez y Salmerón, quienes habiendo adquirido bastante habilidad, compusieron con él las leyes de su orden. Francisco de Borja, duque de Gandía, nieto del papa Alejandro VI y sobrino de César Borgia, tan devoto y tan simple como malvados y trapaceros habían sido su tío y su abuelo, ingresó en la orden de los jesuitas, a la cual procuró riquezas e influencia. Francisco Javier dio fama a la orden, con sus misiones en la India y en el Japón. Este ardor, esta terquedad, esta mezcla de entusiasmo y de habilidad, que constituye

la característica de todo nuevo instituto hizo que los jesuitas fueran admitidos en casi todos los reinos, no obstante las oposiciones que hubieron de vencer. (1561) En Francia no se les admitió sino a condición de que jamás tomarían el nombre de jesuitas y que estarían sometidos a los obispos. Este nombre de jesuita parecía demasiado ambicioso, y se les reprochaba el que quisiesen atribuirse y monopolizar un título común a todos los cristianos. También eran objeto de celos por los votos que hacían al papa.

Después se les ha visto gobernar varias cortes de Europa, obtener gran fama por la educación que han dado a la juventud, ir a reformar las ciencias en China, hacer, durante algún tiempo, cristiano el Japón, y dar leyes a los pueblos del Paraguay.[1] En la época de su expulsión de Portugal, primera señal de su ruina, eran aproximadamente dieciocho mil, todos sometidos a un general perpetuo y absoluto, ligados todos entre sí únicamente por la obediencia que profesan a uno solo. Su gobierno llegó a ser el modelo de un gobierno monárquico. Tenían casas pobres, y otras muy ricas. El obispo de México, don Juan de Palafox, escribía al papa Inocencio X, unos cien años después de su institución: "He encontrado en manos de los jesuitas casi todas las riquezas de estas provincias. Dos de sus colegios poseen trescientos mil carneros, seis grandes ingenios de azúcar, algunos de los cuales valen cerca de un millón de escudos; tienen minas de plata muy ricas, y tan importantes que bastarían para un príncipe que no reconociese soberano alguno por encima de él." Estas quejas parecen un poco exageradas; pero tenían fundamento.

A esta orden costóle mucho trabajo establecerse en Francia, lo cual era natural. Había nacido y crecido bajo la casa de Austria, que la protegió, y que a la sazón era enemiga de Francia. Los jesuitas de la época de la Liga estaban subvencionados por Felipe II. Los demás religiosos, todos los cuales entraron en este bando, excepto los benedictinos y los cartujos, sólo atizaban el fuego en Francia; pero los jesuitas lo avivaban desde Roma, desde Madrid, desde Bruselas y en medio de París. Tiempos más dichosos llegaron a apagar estas llamas.

Nada parece tan contradictorio como el odio público que se les profesa, y la confianza que se han granjeado; el espíritu que hizo que se les arrojase de varios países, y que en estos mismos volviesen a recuperar su predicamento; el enorme número de enemigos que tienen, y el favor popular de que gozan; pero ya se habían visto ejemplos de contrastes parecidos en las órdenes men-

[1] Véase el capítulo CLIV: "El Paraguay", *(Nota de Voltaire.)*

dicantes. En una sociedad numerosa, ocupada de las ciencias y de la religión, hay siempre almas ardientes e inquietas que se hacen enemigos, sabios que logran fama, caracteres insinuantes que se granjean partidarios, y políticos que sacan partido del trabajo y de la índole de todos los demás.

Es indudable que no hay que atribuir a un designio de este instituto, designio general e ininterrumpido, los crímenes a que han sido arrastrados varios jesuitas en épocas funestas. No tiene ciertamente la culpa Ignacio de que los padres Matthieu, Guignard, Guéret y otros, intrigasen y escribiesen con tanto furor contra Enrique IV, y que al fin fuesen expulsados de Francia, de España y de Portugal, y disueltos por un papa franciscano, no obstante el cuarto voto que hacían a la Santa Sede; de igual modo que no es imputable al fundador de los dominicos el hecho de que uno de sus hermanos envenenase al emperador Enrique VII al darle la comunión, y de que otro asesinase al rey de Francia Enrique III. Tampoco se le debe achacar a San Benito el envenenamiento del duque de Aquitania, hermano de Luis XI, por un benedictino. Ninguna orden religiosa se fundó con designios criminales, ni aun políticos.

Los padres del Oratorio de Francia, institución más moderna, son distintos a los de todas las otras órdenes. Su congregación es la única cuyos votos se ignoran, y en la que no cabe el arrepentimiento. Es un retiro voluntario, en el que los ricos viven a su propia costa, y los pobres a costa de la casa. Sus miembros gozan de la libertad que conviene a unos hombres, y allí ni la superstición ni las mezquindades empañan la virtud.

Entre todas estas órdenes ha reinado siempre una emulación que con frecuencia se ha convertido en envidia manifiesta. El odio entre los monjes negros y los monjes blancos subsistió violento durante algunos siglos, y dominicos y franciscanos estuvieron divididos, como ya hemos visto;[1] y cada orden parecía agruparse bajo un estandarte diferente. Lo que se llama espíritu de cuerpo anima todas las sociedades.

No menos respetables han sido los institutos consagrados al alivio de los pobres y al servicio de los enfermos. Tal vez no hay nada tan grande en la tierra como el sacrificio que un sexo delicado hace de la belleza y de la juventud, y con frecuencia de la elevada alcurnia, para aliviar en los hospitales ese conjunto de todas las miserias humanas, cuyo espectáculo es tan humillante para nuestro orgullo y tan repulsivo para nuestra delicadeza. Los pueblos

[1] Capítulo CXXIX.

separados de la comunión romana sólo han imitado de modo imperfecto una caridad tan generosa; pero también hay que decir que esta congregación tan útil es la que menos miembros cuenta.

Hay otra congregación más heroica; y este es el adjetivo que conviene a los trinitarios de la redención de cautivos, fundados hacia el año 1120 por un gentilhombre llamado Juan de Matha. Estos religiosos se consagran desde hace seiscientos años a romper las cadenas de los cristianos cautivos de los moros, y emplean en pagar los rescates de los esclavos sus rentas y las limosnas que recogen, que ellos mismos llevan a África.

Es imposible quejarse de la existencia de tales institutos; pero lo que se lamenta en general es que la vida monástica haya arrebatado demasiados individuos a la sociedad civil. Sobre todo las religiosas han muerto para la patria, y las tumbas que habitan son casi todas muy pobres; una muchacha que trabaja con sus manos en las labores propias de su sexo gana mucho más que lo que cuesta el mantenimiento de una religiosa. Su suerte provoca la compasión, mientras que la de tantos conventos de hombres en los que abundan las riquezas excita la envidia. Es evidente que un número demasiado grande de religiosas despoblaría un Estado. Esta es la razón de que los judíos no tuvieran esenias ni mujeres terapeutas; en Asia no hubo ningún asilo consagrado a la virginidad; sólo entre los chinos y los japoneses hay algunas bonzas, que no son absolutamente inútiles; y en cuanto a la antigua Roma, jamás hubo en ella más que seis vestales, y aún así podían salir de su retiro al cabo de cierto tiempo para casarse, y sus templos contaban con muy pocas sacerdotisas consagradas a la virginidad. El papa San León, cuya memoria es tan respetada, ordenó (458), con otros obispos, que no se diese jamás el velo a las mujeres antes de que cumpliesen los cuarenta años, y el emperador Majoriano convirtió en ley del Estado esta juiciosa ley de la Iglesia; pero un celo imprudente abolió con el tiempo lo que la sensatez había establecido.

Uno de los abusos más horribles del estado monástico, pero que sólo afecta a los que, habiendo cometido la imprudencia de hacerse frailes, tienen la desgracia de arrepentirse, es la licencia que los superiores de los conventos se arrogan de ejercer la justicia y de tener plena autoridad en sus casas en materia criminal; con la cual encierran para siempre en mazmorras subterráneas a aquellos de quienes están descontentos, o de quienes desconfían. Hay de esto mil ejemplos en Italia y en España, y los ha habido en Francia; y es lo que en la jerga de los frailes se llama *estar* in pace, *al agua de angustia y al pan de la tribulación.*

En la *Histoire du Droit public ecclésiastique*,[1] en la que colaboró M. d'Argenson[2] ministro de Negocios extranjeros, hombre mucho más instruido y más filósofo de lo que se creía, podéis ver cómo el intendente de Tours libertó a uno de estos prisioneros, al que descubrió con dificultad tras de minuciosísimas búsquedas. También veréis cómo M. de Coislin, obispo de Orleáns, puso en libertad a uno de estos desventurados frailes encerrado en una cisterna tapada con una gran piedra. Pero lo que no leeréis, es que se haya castigado la insolencia bárbara de esos superiores monásticos, que se atribuían el derecho del poder real, y que lo ejercían con tanta tiranía.[3]

La política parece exigir que tanto para el servicio de los altares como para las demás misiones, no haya más que el número de ministros necesario. En Inglaterra, Escocia e Irlanda no hay veinte mil. En Holanda, con dos millones de habitantes, no hay mil eclesiásticos; y como estos hombres consagrados a la Iglesia están casi todos casados, proporcionan individuos a la patria, y súbditos educados virtuosamente.

Hacia el año 1700 había en Francia más de doscientos cincuenta mil eclesiásticos, tanto seculares como regulares, que es un número mucho mayor que el ordinario de sus soldados. El clero del Estado del papa ascendía a unos treinta y dos mil hombres, y llegaba a ocho mil el número de los religiosos y religiosas enclaustrados; de todos los estados católicos éste es aquél en el que el número de clérigos seculares excede al de los religiosos; pero tener cuarenta mil eclesiásticos, y no poder mantener diez mil soldados, es el medio más seguro para ser siempre débil.

Francia tiene más conventos que Italia entera. El número de hombres y mujeres enclaustrados ascendía en este reino, en los comienzos del siglo que corre, a más de noventa mil, mientras que en España no hay más que unos cincuenta mil, si nos atenemos al censo hecho por González de Avila (1620), pero este país no está ni la mitad de poblado que Francia, y después de la emigración de los moros y de los judíos, y del traslado de tantas familias españolas a América, es preciso convenir en que en Es-

[1] Tomo I, página 399. *(Nota de Voltaire.)*

[2] La *Histoire du Droit public ecclésiastique français*, por M. D. B. (du Boullay, abogado), apareció en 1737, en 2 volúmenes en 8º; en 1750 se publicó una nueva edición aumentada, en 2 volúmenes en 4º o 3 volúmenes en 12º. (Véase el nº 8023 de la segunda edición del *Dictionnaire des ouvrages anonymes*, por A. A. Barbier.) (Beuchot.)

[3] El parlamento de París castigó en 1763 a los frailes de Clairvaux por una vejación parecida, que les costó cuarenta mil escudos. *(Nota de Voltaire.)*

paña los claustros son como una mortalidad que va destruyendo paulatinamente la nación.

Hay en Portugal algo más de diez mil religiosos de ambos sexos, y siendo un país de una población casi igual a la del Estado del papa, los claustros cuentan en él, sin embargo, con más individuos.

No existe reino alguno en el que no se haya tratado a menudo de devolver al Estado una parte de los ciudadanos que los monasterios le arrebatan; pero sus gobernantes rara vez se sienten impresionados por una utilidad lejana, por sensible que sea, sobre todo cuando esta ventaja futura está contrarrestada por las dificultades presentes.

Todas las órdenes religiosas se oponen a esta reforma. Todo superior que se ve al frente de un pequeño Estado querría aumentar la muchedumbre de sus súbditos; y con frecuencia un fraile, a quien el arrepentimiento agosta en su claustro, siente todavía tanto apego a la prosperidad de su orden, que la prefiere al bien real de la patria.[1]

[1] José II acaba de emprender esta reforma que deseaban en vano desde hacía largo tiempo los hombres ilustrados y los buenos ciudadanos, en todos los estados católicos.

Ha suprimido sucesivamente un gran número de conventos de ambos sexos, y algunas órdenes enteras, comenzando por las más inútiles. Les ha asegurado a los individuos que vivían en dichos conventos una subsistencia suficiente, permitiendo a los que quisieran reunirse libremente llevar la vida común bajo la inspección del obispo. Lo que quedó de los bienes de estos conventos se aplicó a la educación pública, al mantenimiento de establecimientos útiles para la instrucción y para el alivio de las miserias del pueblo.

Al mismo tiempo, y por lo que se refiere a los frailes, a los que no ha creído deber suprimir todavía, los ha sustraído a la obediencia del papa y a la de todo superior extranjero. Ha restablecido a los obispos en sus antiguos derechos; y, respetando la primacía de la sede de Roma, considerada como un dogma por la Iglesia católica, ha declinado su jurisdicción, que la historia demuestra no ser sino una institución puramente humana, y una consecuencia de la debilidad de los príncipes y de la superstición de los pueblos.

Ha devuelto a todos sus súbditos el derecho de seguir el culto que les prescribe su conciencia, obligándoles únicamente a algunos sacrificios que exige el amor a la paz; pero estos sacrificios no atentan ni a la libertad de conciencia, ni a ningún otro derecho de los hombres.

La esclavitud de la gleba ha sido suavizada, o más bien suprimida en inmensos países donde, unida a la intolerancia, había impedido durante largo tiempo los progresos de la población y de la industria. Estos felices cambios han sido la obra del primer año del reinado de José II; y jamás príncipe alguno, ni antiguo ni moderno, se ha mostrado al mundo como un restaurador más valiente e ilustrado de los derechos de la humanidad y de las leyes de la justicia. (Kehl.)

CAPÍTULO CXL

LA INQUISICIÓN

Si una milicia de quinientos o seiscientos mil religiosos, combatiendo con la palabra bajo el estandarte de Roma, no pudo impedir que la mitad de Europa se sustrajese al yugo de esta corte, la Inquisición no ha servido realmente más que para hacerle perder todavía al papa algunas provincias, como las siete Provincias Unidas, y, además, para quemar inútilmente a muchos desgraciados.

Se recordará[1] que, durante las guerras contra los albigenses, el papa Inocencio III fundó, hacia el año 1200, este tribunal que juzga los pensamientos de los hombres, y que, menospreciando a los obispos, que son los árbitros naturales en las causas de doctrina, le fue confiado a dominicos y a franciscanos.

Estos primeros inquisidores tenían el derecho de citar a todo hereje, de excomulgarle, de conceder indulgencias a todo príncipe que exterminase a los condenados, de reconciliar a la Iglesia, de fijar un impuesto a los penitentes y de recibir de ellos en dinero una caución de su arrepentimiento.

El capricho de la casualidad, que tantas cosas contradictorias crea en la política humana, hizo que el enemigo más violento de los papas fuese el protector más severo de este tribunal.

El emperador Federico II, acusado por el papa, unas veces de ser mahometano y otras de ser ateo, creyó lavarse de este reproche tomando bajo su protección a los inquisidores; e incluso llegó a dar cuatro edictos en Pavía (1244), por los cuales ordenaba a los jueces seculares que entregasen a las llamas a aquellos a quienes los inquisidores condenasen como herejes contumaces, y que hiciesen mantener en prisión perpetua a los que la Inquisición declarase arrepentidos.

No obstante esta política, Federico II siguió siendo perseguido; y los papas utilizaron después, contra los derechos del imperio, las armas que él les había dado.

[1] Véase capítulo LXII.

En 1255 estableció el papa Alejandro III la Inquisición en Francia, en el reinado de San Luis. El guardián de los franciscanos de París y el provincial de los dominicos eran los grandes inquisidores, y aunque, por la bula de Alejandro, debían consultar a los obispos, no dependían de ellos. Esta extraña jurisdicción, dada a unos hombres que hacen voto de renunciar al mundo, indignó al clero y a los laicos. Un franciscano inquisidor asistió al juicio de los templarios; pero pronto la irritación de todas las gentes hizo que estos frailes se quedasen tan sólo con el título inútil de inquisidores.

Los papas tenían más influencia en Italia, porque, por desobedecidos que fuesen en Roma, y por alejados que se encontrasen de esta ciudad durante largo tiempo, permanecían siempre al frente del bando güelfo contra el de los gibelinos; y utilizaron esta Inquisición contra los partidarios del imperio (1302), ya que el papa Juan XXII hizo proceder por medio de frailes inquisidores contra Matco Visconti, señor de Milán, cuyo delito era el de ser adicto del emperador Luis de Baviera. La adhesión del vasallo a su soberano fue declarada herejía; e igualmente fueron tratadas la casa de Este y la de Malatesta, por la misma causa; y si el suplicio no siguió a la sentencia, fue porque les era entonces más fácil a los papas tener inquisidores que ejércitos.

A medida que este tribunal fue arraigando, los obispos, que se veían arrebatar un derecho que creían pertenecerles, reclamaron contra él vivamente; y los papas los asociaron a los frailes inquisidores que ejercían plenamente su autoridad en casi todos los Estados de Italia, quedando dichos obispos relegados a la categoría de asesores de aquéllos.

(1289) A fines del siglo XIII, Venecia había establecido la Inquisición; pero si en otros lugares dependía por completo del papa, en el Estado veneciano estuvo sometida al senado; y la precaución más prudente que éste tomó fue la de que las multas y las confiscaciones no correspondiesen a los inquisidores. Creíase moderar su celo quitándoles la tentación de enriquecerse con sus sentencias; pero como el deseo de ejercer los derechos de su ministerio es en los hombres una pasión tan fuerte como la avaricia, las extralimitaciones de los inquisidores obligaron al senado, bastante tiempo después, en el siglo XVI, a ordenar que la Inquisición no pudiese entablar jamás proceso alguno sin la asistencia de tres senadores. Este reglamento, y otros no menos políticos, hicieron que la autoridad de este tribunal quedase al fin anulada en Venecia, a fuerza de ser eludida.

Un reino en el que parecía que la Inquisición hubiese debido

establecerse con la mayor facilidad y los más amplios poderes fue precisamente aquél en el que jamás pudo entrar: el reino de Nápoles. Los soberanos de este Estado y los de Sicilia creían que las concesiones de los papas les daban derecho a ejercer en sus territorios la jurisdicción eclesiástica; y como el pontífice romano y el rey estaban continuamente disputando acerca de quién había de nombrar a los inquisidores, no se les nombraba, y de este modo los pueblos se beneficiaban con las querellas de sus amos; con todo, en Nápoles y en Sicilia hubo menos herejes que en otras partes. Esta paz de la Iglesia en los citados reinos demostró que la Inquisición era menos un baluarte de la fe que un azote inventado para alterar la tranquilidad de los hombres.

(1478) La Inquisición fue autorizada al fin en Sicilia, después de haberlo sido en España por Fernando e Isabel; pero en Sicilia, más aún que en Castilla, fue un privilegio de la corona, y no un tribunal romano; porque en Sicilia no tienen más papa que el rey.

Hacía ya largo tiempo que había sido admitida en Aragón, donde se mantenía casi inactiva, igual que en Francia, sin funciones, sin orden y casi olvidada.

Hasta después de la conquista de Granada no desplegó en España esa fuerza y ese rigor que jamás habían tenido los tribunales ordinarios. Sin duda, en el genio de los españoles había entonces algo más austero y más implacable que en las demás naciones. Se ve palpablemente en las crueldades meditadas, con las que poco después inundaron el Nuevo Mundo, y sobre todo en la seguridad excesiva con que ejercían una jurisdicción en cuyo desempeño ponían mucha mayor moderación sus inventores, los italianos. Los papas habían implantado estos tribunales por motivos políticos; y los inquisidores españoles añadían la barbarie.

Cuando Mahomet II conquistó Constantinopla y Grecia, él y sus sucesores dejaron que los vencidos viviesen en paz en su religión; y los árabes, dueños de España, jamás forzaron a los cristianos indígenas a hacerse mahometanos. Pero después de la conquista de Granada, el cardenal Jiménez quiso que todos los moros fuesen cristianos, no sabemos si llevado por su celo o porque diese oídos a su ambición de contar con un nuevo pueblo sometido a su primacía. Era un atentado al tratado por el cual se habían sometido los moros, y se necesitaba tiempo para conseguir su objeto. Pero Jiménez quiso convertir a los moros tan rápidamente como había tomado Granada. Se les predicó y se les persiguió; ellos se sublevaron, pero se les sometió y se les obligó a recibir

el bautismo (1499). Jiménez hizo dar a cincuenta mil infieles el signo de una religión en la que no creían.

Los judíos comprendidos en el tratado hecho con los reyes de Granada no obtuvieron más indulgencia que los moros. Había muchos en España, donde ejercían la profesión a que se dedican en todas partes: la de intermediarios del comercio. Esta ocupación, lejos de ser turbulenta, no puede subsistir sino en un ambiente pacífico. Hay más de veinte mil judíos autorizados por el papa en Italia; y en Polonia existen cerca de doscientas ochenta sinagogas. Sólo en la provincia de Holanda hay unos doce mil hebreos, aunque no los necesite para hacer su comercio. Los judíos no parecían más peligrosos en España, y los impuestos con que podían gravarlos eran recursos seguros para el gobierno; de modo que es bastante difícil poder atribuir a una sabia política la persecución que sufrieron.

La Inquisición procedió contra ellos y contra los musulmanes, y ya hemos visto[1] cuántas familias mahometanas y judías prefirieron abandonar España a sufrir el rigor de este tribunal, y cuántos súbditos perdieron con ello Fernando e Isabel. Indudablemente eran los menos temibles de su secta, ya que prefirieron la huida a la rebelión. Los que quedaron fingieron hacerse cristianos; pero el gran inquisidor Torquemada hizo que la reina Isabel considerase a todos estos cristianos disfrazados como hombres cuyos bienes había que confiscar y cuya vida había que proscribir.

Este Torquemada, dominico y cardenal, dio al tribunal de la Inquisición española esa forma jurídica opuesta a todas las leyes humanas, que ha conservado. En catorce años hizo procesar a cerca de ochenta mil hombres, y quemar a seis mil con el aparato y la pompa de las fiestas más augustas. Todo cuanto se nos refiere de los pueblos que sacrificaron hombres a la divinidad no llega ni con mucho a estas ejecuciones acompañadas de ceremonias religiosas. Los españoles no concibieron al principio todo el horror que hubiese debido inspirarles, porque los inmolados eran sus antiguos enemigos y los judíos. Pero pronto ellos mismos llegaron a ser sus víctimas; porque cuando surgieron los dogmas de Lutero, los escasos ciudadanos sospechosos de aceptarlos fueron sacrificados. La forma procesal llegó a ser un medio infalible de perder a quien se quería. No se careaba a los acusados con sus delatores, y no había delator a quien no se escuchase. Un criminal público condenado por la justicia, un niño, una cortesana,

[1] Capítulo CII.

podían ser graves acusadores; el hijo podía declarar contra su padre y la mujer contra su esposo; y finalmente el acusado estaba obligado a convertirse en su propio delator, y adivinar y confesar el delito que se le suponía, y que con frecuencia ignoraba. Este procedimiento, inaudito hasta entonces, hizo temblar a España. La desconfianza se apoderó de todos los ciudadanos; ya no hubo amigos, ni sociedad, y el hermano temió a su hermano, y el padre, a su hijo. De ahí procede ese silencio que se ha convertido en la característica de una nación que tuvo en sus comienzos toda la vivacidad que presta un clima cálido y fértil. Los más hábiles se apresuraron a hacerse alguaciles de la Inquisición con el nombre de familiares, prefiriendo ser satélites a ser víctimas.

Hay que atribuirle además a este tribunal la profunda ignorancia de la sana filosofía en que permanecieron sumidas las escuelas de España, mientras las de Alemania, Inglaterra, Francia e incluso Italia, descubrían tantas verdades y ampliaban la esfera de nuestros conocimientos. Jamás se envilece tanto la naturaleza humana como cuando la ignorancia supersticiosa escala el poder.

Pero estos tristes efectos de la Inquisición son poca cosa en comparación con esos sacrificios públicos llamados autos de fe, y con los horrores que los preceden.

Un sacerdote revestido de sobrepelliz, un fraile consagrado a la humildad y a la caridad, es el que en amplias mazmorras hace aplicar a unos hombres las torturas más crueles. A continuación, en un escenario montado en una plaza pública, se lleva a la hoguera a todos los condenados, en medio de una procesión de frailes y de cofradías. Se canta, se dice misa, y se matan hombres. Un asiático que llegase a Madrid el día de tal ejecución, no sabría si se trata de un regocijo público, de una fiesta religiosa, de un sacrificio o de una carnicería; porque es todo esto. Los reyes, cuya sola presencia basta para indultar a un criminal, asisten destocados a este espectáculo, desde un sitial menos elevado que el del inquisidor y ven expirar a sus súbditos en las llamas. Se le reprochaba a Moctezuma la inmolación de sus cautivos a los dioses; ¿qué hubiese dicho al ver un auto de fe?

Estas ejecuciones son hoy más raras que en otro tiempo; pero la ilustración, a la que tanto trabajo le cuesta abrirse paso cuando el fanatismo está arraigado, no ha podido abolirlas aún.[1]

La Inquisición no fue introducida en Portugal hasta el año 1557, cuando este país no estaba ya sometido a los españoles. Al

[1] El célebre conde de Aranda destruyó en 1771 una parte de estos abusos abominables, que han reaparecido después. (Kehl.)

principio encontró toda la oposición que su solo nombre debía originar; pero al fin se estableció, y su jurisprudencia fue la misma en Lisboa que en Madrid. Al gran inquisidor lo nombra el rey y lo confirma el papa. Los tribunales particulares de este oficio, llamado *Santo*, están sometidos en España y Portugal al tribunal de la capital. La Inquisición desplegó en ambos Estados la misma severidad, y mostró el mismo empeño en señalar su poder.

Después de la muerte de Carlos V, se atrevió a procesar al confesor de este emperador. Constantino Ponce, quien murió en una mazmorra, y cuya efigie fue quemada después de su muerte en un auto de fe.

Cuando en Portugal arrancó Juan de Braganza su país a la dominación española, quiso también libertarlo de la Inquisición; pero sólo consiguió privar a los inquisidores de las confiscaciones. Éstos lo declararon excomulgado después de su muerte, y fue preciso que la reina su viuda les hiciese dar al cadáver una absolución tan ridícula como vergonzosa, ya que por esta absolución se le declaraba culpable.

Cuando los españoles se establecieron en América, llevaron con ellos la Inquisición, Los portugueses la introdujeron en las Indias Occidentales, inmediatamente después de que fue autorizada en Lisboa.

Conocida es la Inquisición de Goa. Si esta jurisdicción se opone en todas partes al derecho natural, en Goa es contraria a la política. Los portugueses están en la India únicamente para negociar, y el comercio y la Inquisición parecen incompatibles. Si fuese implantada en Londres y en Amsterdam, estas ciudades no estarían tan pobladas ni serían tan opulentas. En efecto, cuando Felipe II quiso introducirla en las provincias de Flandes, la interrupción del comercio fue una de las principales causas de la revolución. Francia y Alemania han sido afortunadamente preservadas de este azote. Cierto es que sufrieron guerras horribles de religión; pero las guerras acaban, y la Inquisición es eterna una vez establecida.

No es asombroso que a un tribunal tan detestado se le hayan atribuido excesos de horror y de insolencia que no cometió. En no pocos libros se lee que el citado Constantino Ponce, confesor de Carlos V, condenado por la Inquisición, había sido acusado al Santo Oficio de haber dictado el testamento del emperador en el cual no figuraban los suficientes legados piadosos, y que el confesor y el testamento fueron condenados, uno y otro, a ser quemados; y que al fin todo lo más que pudo conseguir Felipe II

fue que la sentencia no se ejecutase con el testamento del emperador su padre. Todo esto es manifiestamente falso: Constantino Ponce hacía ya largo tiempo que había dejado de ser confesor de Carlos V cuando se le encarceló; y el testamento de este príncipe fue respetado por Felipe II, que era lo bastante hábil y lo bastante poderoso para tolerar que se deshonrase el comienzo de su reinado y la gloria de su padre.

Todavía se lee en varias obras escritas contra la Inquisición que, asistiendo Felipe III a un auto de fe, en el que se quemó a varios hombres, judíos, mahometanos, herejes, o sospechosos de serlo, exclamó: "¡He aquí unos hombres que tienen la gran desgracia de morir porque no han podido cambiar de opinión!" Es muy verosímil que un rey pensase así, y que se le escapasen semejantes palabras; ahora que es muy cruel que no salvase a aquellos a quienes compadecía. Pero se añade que el gran inquisidor, que recogió estas palabras, se las reprochó al rey mismo como un crimen; que tuvo la atroz desvergüenza de pedirle una reparación, y que el rey cometió la indignidad de dársela. Consistió esta reparación al honor del Santo Oficio en hacerse sacar sangre que el gran inquisidor hizo quemar por mano del verdugo. Felipe III fue un príncipe de inteligencia limitada, pero no de una imbecilidad tan humillante. Tal aventura no es creíble en ningún príncipe, y sólo se refiere en libros anónimos, en el cuadro *de los papas* y en esas falsas memorias impresas en Holanda y amparadas por tantos nombres falsos. Además se necesita ser bastante torpe para calumniar a la Inquisición y para imaginar embustes con los cuales hacerla odiosa.

Este tribunal, creado para extirpar las herejías, es precisamente lo que aleja más a los protestantes de la Iglesia romana. Para ellos constituye un objeto de horror, y prefieren morir a someterse a él, y las camisas azufradas del Santo Oficio son el estandarte contra el que siempre se agruparon.

La Inquisición ha sido menos cruel en Roma y en Italia, donde los judíos gozan de grandes privilegios, y donde los ciudadanos se muestran todos más solícitos en hacer su fortuna y la de sus parientes en la Iglesia que en disputar sobre misterios. El papa Paulo IV, que dio una amplitud demasiado grande al tribunal de la Inquisición romana, fue detestado por los romanos, hasta el punto de que el pueblo provocó disturbios en sus funerales, arrojó su estatua al Tíber, demolió las prisiones de la Inquisición y arrojó piedras a los ministros de esta institución; y sin embargo, la Inquisición romana no había hecho morir a nadie durante el pontificado de Paulo IV. Pío IV fue más bárba-

ro,[1] pues hizo quemar a tres desventurados sabios, acusados de no pensar como los demás; pero jamás la Inquisición italiana llegó a igualar en horror a la de España. El mayor mal que ha hecho a la larga en Italia ha sido mantener, cuanto ha podido, en la ignorancia a una nación inteligente. Los que escriben tienen que pedir permiso a un dominico para pensar, y los demás, permiso para leer. Los hombres ilustrados, que en Italia son muchos, se lamentan en voz baja; el resto vive entregado a los placeres y sumido en la ignorancia; y el pueblo bajo, en la superstición. Cuanta más inteligencia han mostrado los italianos, más se ha querido restringirla; y esta inteligencia sólo les sirve para ser dominados por unos frailes cuya mano hay que besar en muchas provincias; de igual modo que sólo les sirvió para besar los hierros de los godos, de los lombardos, de los francos y de los teutones.[2]

Tras de haber recorrido todo cuanto se refiere a la religión, y reservando para otro lugar la historia más detallada de las desgracias de que fue en Francia y en Alemania causa o pretexto, quiero tratar ahora del prodigio de los descubrimientos que dieron en esta época gloria y riquezas a Portugal y a España, que abarcaron el universo entero, y que hicieron de Felipe II el monarca más poderoso de Europa.

[1] Ningún pontífice, dice el autor del *Essai historique sur la puissance temporelle des papes*, ha hecho quemar en Roma más herejes o personas sospechosas de herejía. Entre las víctimas de su celo hay varios sabios, especialmente Palearius, que había comparado la Inquisición con un puñal cuya punta amenazaba a los escritores, *sicam districtam in jugula litteratorum*. (Beuchot.)

[2] Después que Voltaire escribió este capítulo, la Inquisición ha sido abolida en Milán, en el reinado de la emperatriz María Teresa, por consejo del conde de Firmian a quien Italia debe el renacimiento de la ilustración, que, desde la época de Fra Paolo, se lisonjeaba la superstición de haber ahogado para siempre.

Este tribunal acaba de ser abolido en Sicilia por M. de Caraccioli, virrey de esta isla, uno de los hombres de Estado de Europa más sabios y más ilustrados, y a quien hemos visto durante largo tiempo en París como uno de los hombres más afables de la sociedad. La libertad del comercio de granos, y la de fabricar y vender pan acaban de ser concedidas por él a este país, cuya fertilidad del suelo, cuya situación ventajosísima, así como el genio de estos compatriotas de Teócrito y de Arquímedes, eran invalidados por las perniciosas leyes que regían esta isla.

Sin embargo, la Inquisición ha cobrado nuevo vigor en España, obligando a muchos jóvenes españoles en los que se anunciaba talento científico, a renunciar a su patria. Ha perseguido a Olavide, que había creado en un desierto una provincia poblada por hombres laboriosos e industriosos, pero que había cometido el mayor de los crímenes en opinión de los sacerdotes, como es el de haber conocido toda la magnitud del daño que han causado a los hombres. (Kehl.)

CAPÍTULO CXLI

DESCUBRIMIENTOS DE LOS PORTUGUESES

Hasta aquí sólo hemos visto hombres cuya ambición hacía que se disputasen o agitasen la tierra conocida. Una ambición que parecía más útil al mundo, pero que después no fue menos funesta, hizo al fin que la industria humana buscase nuevas tierras y nuevos mares.

Sabido es que la atracción del imán por el Norte, durante tan largo tiempo desconocida por los pueblos más sabios, fue descubierta en la época de la ignorancia, a fines del siglo XIII. Flavio Goia,[1] ciudadano de Amalfi, en el reino de Nápoles, inventó poco después la brújula, marcando la aguja imantada con una flor de lis, por encontrarse este adorno en el escudo de los reyes de Nápoles, que eran de la casa de Francia.

Este invento permaneció durante largo tiempo sin aplicación; y los versos que Fauchet transcribe para demostrar que se utilizaba antes del año 1300 son probablemente del siglo XIV.

En los comienzos del siglo XIV se habían encontrado ya las islas Canarias, sin ayuda de la brújula. Estas islas, que en tiempo de Ptolomeo y de Plinio eran llamadas islas Afortunadas, fueron frecuentadas por los romanos, dueños del África Tingitana, de la que no están alejadas; pero cuando la decadencia del imperio romano rompió toda comunicación entre las naciones de Occidente, que llegaron a ser extrañas todas ellas entre sí, perdimos estas islas. Los vizcaínos volvieron a encontrarlas hacia el año 1300; el príncipe de España, Luis de La Cerda, hijo de aquél que perdió el trono, no pudiendo ser rey de España, solicitó del papa Clemente V, el año 1306, el título de rey de las islas Afortunadas; y como los papas se mostraban por entonces propicios a conceder lo mismo los reinos reales que los imaginarios, Clemente V lo coronó rey de dichas islas en Avignon. La Cerda prefirió permanecer en Francia, su asilo, a ir a las islas Afortunadas.

[1] Su verdadero nombre es Gioia. (Beuchot.)

La primera aplicación comprobada de la brújula la hicieron los ingleses, en el reinado de Eduardo III.

La escasa ciencia que se conservó entre los hombres se encontraba encerrada en los claustros. Un fraile de Oxford, llamado Linna, hábil astrónomo para su época, llegó hasta Islandia, y levantó unas cartas de los mares septentrionales, que después se utilizaron en el reinado de Enrique VI.

Pero hasta principios del siglo XV no se hicieron los grandes y útiles descubrimientos. El príncipe Enrique de Portugal, hijo del rey Juan I, que los comenzó, hizo su nombre más glorioso que el de todos sus contemporáneos. Era filósofo, y empleó la filosofía en hacer bien al mundo: *Talento de hacer bien*, era su divisa.

Cinco grados más acá de nuestro trópico existe un promontorio que se adentra en el mar Atlántico, y que hasta entonces había sido el término de las navegaciones conocidas. Se le llamaba *Cap Non,*[1] monosílabo con el que se indicaba la imposibilidad de sobrepasarlo.

El príncipe Enrique encontró pilotos lo bastante osados para doblar este cabo, y para llegar hasta el de Bojador, que no está más que a dos grados del trópico; pero como este nuevo promontorio, que se adentra en el Océano en una extensión de ciento veinte millas, está rodeado por todas partes de rocas, de bancos de arena, y de un mar tempestuoso, desalentó a los pilotos. Entonces, el príncipe, a quien nada desalentaba, envió otros. Éstos no pudieron pasar; pero volviéndose por el mar abierto (1419), encontraron la isla de Madera, que los cartagineses conocieron sin duda, y que la exageración había hecho que se la considerase como una isla inmensa, la cual, a causa de otra exageración, ha sido considerada por algunos modernos como la propia América. Se le dio el nombre de Madera porque estaba cubierta de bosques. El príncipe Enrique hizo plantar en ella viñas de Grecia y cañas de azúcar, llevadas de Sicilia y de Chipre, adonde los árabes las habían llevado a su vez desde la India; y éstas son las cañas de azúcar que después se trasplantaron a las islas de América, que hoy proveen de ellas a Europa.[2]

[1] Voltaire escribe este nombre como se pronuncia, y como exigía la explicación con que termina su frase, explicación que puede discutirse como tantas otras; pero se escribe *Cap Nun*. (Beuchot.)

[2] Sabido es que todos estos descubrimientos de los portugueses son muy discutidos hoy. Parece ser que los marinos de Dieppe tenían factorías a fines del siglo XIV, desde el Cabo Verde hasta la Mina. En un portulano de 1375, que se conserva en la biblioteca de París, aparecen Madera y las Canarias, lo cual obliga a suprimirlas del número de los descubrimientos

El príncipe don Enrique conservó Madera; pero se vio obligado a ceder a los españoles las Canarias, de las que se había apoderado. Los españoles hicieron valer los derechos de La Cerda y la bula de Clemente V.

El cabo Bojador había producido tal terror a todos los pilotos que, durante trece años, ninguno se atrevió a intentar doblarlo. Por último, la firmeza del príncipe Enrique inspiró valor; se pasó el trópico (1446), y se llegó a cerca de cuatrocientas leguas más allá, hasta el Cabo Verde. A él se debió también el descubrimiento de las islas del Cabo Verde y de las Azores (1460). Si es cierto que, sobre una roca de las Azores se vio (1461) una estatua representando un hombre a caballo, con la mano izquierda sobre el cuello del animal, y señalando a Occidente, puede creerse que este monumento era de los antiguos cartagineses. La inscripción, cuyos caracteres no se pudieron conocer, parece favorable a esta opinión.

Casi todas las costas africanas descubiertas estaban bajo la dependencia de los emperadores de Marruecos, quienes extendían su dominio y su secta a través de los desiertos, desde el estrecho de Gibraltar hasta el río del Senegal; pero el territorio estaba poco poblado, y sus habitantes apenas si se encontraban por encima de los brutos. Cuando se penetró más allá del Senegal, se tuvo la sorpresa de ver que los hombres eran completamente negros al sur de este río, mientras que al norte eran de color ceniciento. La raza de los negros es una especie de hombres distinta de la nuestra, como la raza de los podencos y la de los galgos. La membrana mucosa, esa red que la naturaleza ha extendido entre los músculos y la piel, es blanca entre nosotros, en ellos negra, y en otras razas bronceada. El famoso Ruysch ha sido el primero en nuestros días que, al disecar un negro en Amsterdam, tuvo la habilidad suficiente para arrancarle toda esa red mucosa. El zar Pedro la compró, pero Ruysch conservó una pequeña parte que yo he visto,[1] y que parecía una gasa negra. Sus ojos no tienen la misma forma que los nuestros; su lana negra no se parece en absoluto a nuestros cabellos, y puede decirse que si su inteligencia no es de otra especie que nuestro entendimiento, es muy inferior. No son capaces de una atención muy sostenida, carecen de facultades de combinación, y no parecen haber nacido ni para las ventajas ni para los abusos de nuestra filosofía. Son originarios de esa parte de África, como los elefantes y los monos; guerre-

portugueses, ya que Joao Gonçales no fue empujado por la tempestad a Porto Santo hasta 1418. (Jorge Avenel.)

[1] Véase Introducción, párrafo II.

ros, osados y crueles en el imperio de Marruecos, e incluso superiores frecuentemente a las tropas tostadas que allí llaman *blancas;* se creen nacidos en Guinea para ser vendidos a los blancos y para servirlos.

Hay muchas especies de negros; y los de Guinea, los de Etiopía, los de Madagascar y los de las Indias no son los mismos. Los negros de Guinea y del Congo tienen pelo lanoso, y los demás largas crines. Los pueblos negros que tenían menos comercio con las demás naciones no conocían culto alguno. El primer grado de desarrollo mental es no pensar sino en el presente y en las necesidades corporales. Tal era el estado de varias naciones y sobre todo de las insulares. El segundo grado es el de prever a medias, no formar ninguna sociedad estable, contemplar los astros con admiración, y celebrar algunas fiestas y algunos regocijos cada vez que vuelven ciertas estaciones o aparecen determinadas estrellas, sin pensar en más, y sin tener ninguna noción distinta. Entre estos dos grados de imbecilidad y de razón embrionaria ha vivido más de una nación durante siglos enteros.

Los descubrimientos de los portugueses eran hasta entonces más curiosos que útiles. Era preciso poblar las islas, y el comercio de las costas occidentales de África no producía grandes provechos. Al fin se encontró oro en las costas de Guinea, aunque en pequeña cantidad, en el reinado de Juan II. Por esto se dio después el nombre de *guineas* a las monedas que acuñaron los ingleses con el oro que encontraron en este país.

Los portugueses, que eran los únicos que tenían la gloria de hacer retroceder para nosotros los límites de la Tierra, cruzaron el Ecuador y descubrieron el reino del Congo; y entonces fue cuando se distinguió un nuevo cielo y nuevas estrellas.

Los europeos vieron por primera vez el polo austral y las cuatro estrellas más cercanas a él. Era una sorprendente singularidad que el famoso Dante hablase más de cien años antes de estas cuatro estrellas. "Me volví a la derecha —dice en el primer canto de su *Purgatorio*—, y consideré el otro polo, en el que vi cuatro estrellas que jamás fueron conocidas sino en la primera edad del mundo." Esta predicción parecía mucho más positiva que la de Séneca el trágico, que dice en su *Medea,*[1] "que un día el Océano ya no separará las naciones, que un nuevo Tetis descubrirá un nuevo mundo, y que ya no será Tule el último confín de la Tierra."

Esta idea vaga de Séneca no es más que una esperanza pro-

[1] Acto II, escena III.

bable fundada en los progresos que podían hacerse en la navegación; y la profecía del Dante no tiene realmente relación ninguna con los descubrimientos de los portugueses y de los españoles. Cuanto más clara es esta profecía, menos cierta aparece. Sólo por una casualidad bastante extraña pudo anunciar el Dante el polo austral y esas cuatro estrellas. Hablaba únicamente en sentido figurado, ya que su poema no es sino una alegoría continua. Para él ese polo es el paraíso terrenal, y esas cuatro estrellas conocidas únicamente por los primeros hombres son las cuatro virtudes cardinales, que han desaparecido con los tiempos de la inocencia. Si se profundizase de igual modo en la mayoría de las predicciones, que llenan tantos libros, se sacaría la consecuencia de que jamás se ha predicho nada, y que el conocimiento del futuro sólo pertenece a Dios. Pero si se hubiese tenido necesidad de esta predicción del Dante para fundar algún derecho o alguna opinión, ¡cómo se hubiese citado esta profecía! ¡Qué clara hubiese parecido! ¡Con qué celo se hubiese maltratado a quienes la hubiesen explicado razonablemente!

Antes no se sabía si la aguja imantada se dirigiría hacia el polo antártico al acercarse a este polo. La dirección se mantuvo invariable, hacia el Norte (1486). Se llegó hasta el extremo de África, donde el cabo de las Tormentas causó mayor espanto que el de Bojador; pero permitió abrigar la esperanza de encontrar más allá un camino para darle la vuelta a África, y traficar con la India, lo cual hizo que le llamaran Cabo de Buena Esperanza, nombre que no defraudó. Pronto el rey Manuel, heredero de los nobles designios de sus padres, envió, no obstante los deseos contrarios de Portugal entero, una pequeña flota de cuatro navíos, bajo el mando de Vasco de Gama, cuyo nombre hizo inmortal esta expedición.

Los portugueses no fundaron colonia alguna en este famoso cabo, que los holandeses convirtieron después en una de las más deliciosas comarcas de la tierra, y donde cultivan con éxito las producciones de las cuatro partes del mundo. Los naturales de este país no se parecen ni a los blancos, ni a los negros, pues todos son de un color pronunciadamente aceitunado, y todos tienen crines. Sus órganos vocales son distintos de los nuestros, y emiten un tartamudeo y un cloqueo que a los demás hombres les es imposible imitar. Estos pueblos no eran antropófagos; por el contrario, sus costumbres eran apacibles e inocentes. Es indudable que no habían extremado el uso de su razón hasta el punto de reconocer un Ser Supremo, y que se encontraban en ese grado de mentalidad que admite una sociedad informe, fundada de acuerdo

con las necesidades comunes. El maestro en artes Pedro Kolb, que ha viajado entre ellos durante mucho tiempo, está seguro de que estos pueblos descienden de Cetura, una de las mujeres de Abrahán, y que adoran un pequeño escarabajo. Sabemos poco a cerca de su teología y en cuanto a su árbol genealógico, no sé si Pedro Kolb ha conseguido buena información.[1]

Si la circuncisión hubo de asombrar a los primeros filósofos que viajaron por Egipto y Colcos, la operación de los hotentotes debió de asombrarles más aún, ya que cortan un testículo a todos los varones, desde tiempo inmemorial, sin que estos pueblos sepan por qué y de qué manera se introdujo entre ellos esta costumbre. Algunos les dijeron a los holandeses que esta supresión les hacía ser más veloces, y otros, que las hierbas aromáticas con que se reemplaza el testículo cortado les da más vigor. Lo cierto es que sólo pueden dar una mala explicación, como sucede con muchos usos en el resto de la tierra.

(1497) Habiendo doblado Gama el extremo de África, y habiendo remontado esos mares desconocidos hacia el ecuador, no había repasado aún el Capricornio, cuando encontró, hacia Sofala, unos pueblos civilizados que hablaban árabe. Desde la altura de las Canarias hasta Sofala, los hombres, los animales y las plantas eran de una especie nueva, y su sorpresa fue grande cuando volvieron a encontrar hombres semejantes a los del continente conocido. El mahometismo comenzaba a aparecer entre ellos: los musulmanes, dirigiéndose hacia el oriente de África, y los cristianos, subiendo por Occidente, se encontraban en un extremo de la Tierra.

(1498) Habiendo encontrado al fin pilotos mahometanos, a los catorce grados de latitud meridional, llegó a las grandes Indias y al reino de Calcuta, después de haber reconocido más de mil quinientas leguas de costa.

Este viaje de Gama fue lo que cambió el comercio del Viejo Mundo. Alejandro, a quien algunos declamadores[2] han considerado únicamente como un destructor, y que sin embargo fundó más ciudades de las que destruyó, hombre sin duda digno del

[1] Pedro Kolben fue enviado al Cabo para hacer observaciones, por el barón Van Krosich, consejero privado de Federico de Prusia. Los directores de la Compañía de Indias, para los cuales llevaba recomendaciones, le nombraron secretario de las colonias de Stellenboch y de Drakenstein. Después de ocho años de permanencia en el país, volvió a Europa, y en 1719 publicó en Nuremberg, en lengua alemana, el primer volumen del *Estado actual del Cabo de Buena Esperanza*, con mapa y grabados, en folio. El segundo apareció más tarde. (Evaristo Bavoux.)

[2] Esta expresión designa tal vez a Boileau.

adjetivo de *grande* a pesar de sus vicios, había destinado su ciudad de Alejandría a ser el centro del comercio y el lazo entre las naciones; y lo había sido, en efecto, lo mismo bajo los Ptolomeos, que bajo los romanos y bajo los árabes. Era el depósito de Egipto, de Europa y de las Indias. En el siglo XV, Venecia traía casi únicamente de Alejandría los productos de Oriente y del Sur, y se enriquecía, a costa del resto de Europa, por esta industria y por la ignorancia de los demás cristianos. A no haber sido por el viaje de Vasco de Gama, esta república hubiera llegado a ser pronto la potencia preponderante de Europa; pero el paso del cabo de Buena Esperanza desvió la fuente de sus riquezas.

Hasta entonces los príncipes habían hecho la guerra para apoderarse de tierras; y entonces la hicieron para establecer factorías. Desde el año 1500, sólo se pudo obtener pimienta en Calcuta vertiendo sangre.

Alfonso de Albuquerque y otros famosos capitanes portugueses, en escaso número, combatieron sucesivamente contra los reyes de Calcuta, de Ormuz y de Siam, y derrotaron la flota del sultán de Egipto. Los venecianos, tan interesados como Egipto en dificultar los progresos de Portugal, habían propuesto al sultán cortar el istmo de Suez a su costa, y abrir un canal que uniese el Nilo con el Mar Rojo. Con esto, hubiesen conservado el imperio del comercio de las Indias; pero las dificultades que tal proyecto presentaba lo hicieron desechar, en tanto que Albuquerque tomaba la ciudad de Goa (1510), en la parte de acá del Ganges; Malaca (1511) en el Quersoneso de Oro; Adén (1513), en la entrada del mar Rojo, sobre la costa de la Arabia Feliz; apoderándose al fin de Ormuz en el Golfo Pérsico.

(1514) Pronto se establecieron los portugueses en toda la costa de la isla de Ceilán, que produce la canela más valiosa y los más hermosos rubíes de Oriente. Tuvieron factorías en Bengala, traficaron hasta Siam, y fundaron la ciudad de Macao en la frontera de China. Sus navíos frecuentaron la Etiopía Oriental y las costas del mar Rojo. También descubrieron y conquistaron las islas Molucas, único lugar de la tierra en el que la naturaleza produce el clavo. Las negociaciones y los combates contribuyeron a estas nuevas fundaciones; y fue preciso hacer este nuevo comercio a mano armada.

En menos de cincuenta años, los portugueses, que habían descubierto cinco mil leguas de costas, fueron los dueños del comercio por el océano etiópico y por el mar Atlántico. Hacia el año 1540 tuvieron factorías considerables desde las Molucas al Golfo Pér-

sico, en una extensión de sesenta grados de longitud. Todo cuanto la naturaleza produce útil, raro y agradable, fue llevado por ellos a Europa, a un precio inferior al que Venecia podía darlo. La ruta del Tajo al Ganges se estaba volviendo frecuentada, y Siam y Portugal eran aliados.

CAPÍTULO CXLII

EL JAPÓN

Los portugueses, establecidos como ricos comerciantes y como reyes en las costas de la India y en la península del Ganges, pasaron al fin a las islas del Japón (1538).

De todos los países de la India no es el Japón el que menos merece la atención de un filósofo. Hubiésemos debido conocer este país ya en el siglo XIII por la relación del célebre Marco Polo. Este veneciano viajó por tierra hasta la China; y, habiendo servido durante largo tiempo a uno de los hijos de Gengis Kan, tuvo las primeras noticias de estas islas que nosotros llamamos Japón, y que él designaba con el nombre de Cipango; pero sus contemporáneos, que aceptaban las fábulas más burdas, no creyeron las verdades que Marco Polo anunciaba. Su manuscrito permaneció ignorado durante largo tiempo, hasta que al fin cayó en manos de Cristóbal Colón, a quien no le sirvió poco para confirmarle en su esperanza de encontrar un mundo nuevo que podía unir el Oriente con el Occidente. Colón sólo se equivocó al creer que el Japón confinaba con el hemisferio que él descubrió.

Este reino limita nuestro continente, del mismo modo que nosotros lo terminamos por la parte opuesta. No sé por qué se ha llamado a los japoneses *nuestros antípodas en moral*, pues no existen semejantes antípodas entre los pueblos que cultivan su inteligencia. La religión más autorizada en el Japón admite recompensas y castigos después de la muerte. Sus principales mandamientos, que ellos llaman *divinos,* son precisamente los nuestros. La mentira, la incontinencia, el latrocinio y el asesinato están igualmente prohibidos; es la ley natural condensada en preceptos positivos. Ellos añaden el de la temperancia, por el que se prohíben hasta los licores fuertes de cualquier naturaleza que sean, y extienden la prohibición de matar hasta a los animales. Sakia, que les dio esta ley, vivía unos mil años antes de nuestra era vulgar. Por lo tanto no se distinguen de nos-

otros, en cuestión de moral. sino en su precepto de no matar a los animales. Si tienen muchas fábulas, se parecen en ello a todos los pueblos, y a nosotros también, que sólo conócimos burdas fábulas antes del cristianismo, y que hemos mezclado no pocas con nuestra religión. Si sus usos son distintos de los nuestros, también lo son los de todas las naciones orientales, desde los Dardanelos hasta lo más remoto de Corea.

Como el fundamento de la moral es el mismo en todas las naciones, también hay usos de la vida civil que se encuentran establecidos en toda la Tierra. En el Japón, por ejemplo, se visita la gente el día primero de año, y se cambian presentes como en nuestra Europa. Los parientes y los amigos se reúnen los días de fiesta.

Lo más singular es que su *gobierno* ha sido *durante dos* mil cuatrocientos años *enteramente semejante* al del califa de los *musulmanes y* al *de Roma moderna.* Los jefes religiosos han sido en el Japón los jefes del imperio durante más tiempo que en ninguna otra nación del mundo, ya que la sucesión de sus pontífices-reyes remonta indiscutiblemente a seiscientos sesenta años antes de nuestra era. Pero como los seglares fuesen teniendo cada vez más intervención en el gobierno, se apoderaron al fin de él en los últimos años del siglo XVI, sin atreverse, sin embargo, a destruir la estirpe y el nombre de los pontífices cuyo poder usurparon por completo. El emperador eclesiástico, llamado *dairi*, es un ídolo siempre reverenciado; y el general de la corona, que es el verdadero emperador, tiene respetuosamente al dairi en una prisión honorable.

Lo que los turcos hicieron en Bagdad y lo que los emperadores alemanes quisieron hacer en Roma, lo han hecho en el Japón los taicosamas.

La naturaleza humana, cuya esencia es en todas partes la misma, ha establecido otras semejanzas entre esos pueblos y nosotros. A más de la superstición de los sortilegios, que durante tanto tiempo tuvimos nosotros, hacen peregrinaciones, practican las pruebas del fuego, que constituían una parte de nuestra jurisprudencia antigua; y finalmente colocan a sus grandes hombres en el cielo, como los griegos y los romanos. Su pontífice es el único, como el de Roma moderna, que tiene el derecho de hacer estas apoteosis, y de consagrar templos a los hombres a quienes juzga dignos de ello. Los eclesiásticos se distinguen en todo de los seglares, y existe entre estas dos clases un desprecio y un odio recíprocos, como en todas partes. Desde hace mucho tiempo tienen religiosos, ermitaños, e incluso institutos, que no se diferencian mucho de nuestras

órdenes guerreras; porque existía una antigua sociedad de solitarios que hacían voto de combatir por la religión.

Sin embargo, no obstante esta institución, que parece revelar la existencia de guerras civiles, como la orden teutónica de Prusia las provocó en Europa, la libertad de conciencia estaba establecida en estos países igual que en todo el resto del Oriente. El Japón estaba dividido en varias sectas, aunque bajo un rey pontífice; pero todas las sectas coincidían en los mismos principios de moral. Los que creían en la metempsicosis, y los que no creían en ella, se abstenían y siguen absteniéndose hoy de comer la carne de los animales que prestan servicio al hombre. Toda la nación se alimenta de arroz y de legumbres, de pescado y de frutas, sobriedad que parece en ellos una virtud más que una superstición.

La doctrina de Confucio ha hecho muchos progresos en este imperio. Como toda ella se reduce a la simple moral, ha encantado a todos los espíritus de cuantos no son secuaces de los bonzos; y hoy constituyen la parte sana de la nación. Se cree que el progreso de esta filosofía ha contribuido en mucho a arruinar el poder del dairi. (1700) El emperador que reinaba no tenía otra religión.

Parece ser que en el Japón se abusa más que en China de esta doctrina de Confucio. Los filósofos japoneses consideran el suicidio como un acto virtuoso cuando no perjudica a la sociedad. El carácter altivo y violento de estos insulares pone con frecuencia en práctica esta teoría, y hace que el suicidio sea mucho más corriente en el Japón que en Inglaterra.

Como observa Kempfer, el veraz y docto viajero, la libertad de conciencia siempre estuvo admitida en el Japón, lo mismo que en casi todo el resto de Asia.[1] En el Japón se habían introducido pacíficamente varias religiones extranjeras. Dios permitía así que en todas estas dilatadas comarcas estuviese abierto el camino al Evangelio. Nadie ignora que logró progresos prodigiosos a fines del siglo XVI en la mitad de este imperio. El primero que vertió su semilla fue el famoso Francisco de Javier, jesuita portugués,* hombre de un celo valeroso e infatigable, que marchó con los mercaderes a muchas islas del Japón, unas veces como peregrino y otras con la pompa de un vicario apostólico enviado por el papa.

[1] Engelbert Kempfer, doctor alemán, escribió una *Historia Natural, civil y eclesiástica del imperio del Japón*, que fue traducida al inglés por J. Gaspar Scheutzer, médico de Londres. Hay dos ediciones francesas publicadas en La Haya, la primera en dos volúmenes en folio, 1729; la segunda en tres volúmenes en 12º, 1731. (Evaristo Bavoux.)

* Francisco de Javier, no era portugués, sino español, de Javier, municipio de la provincia de Navarra, donde nació en 1506. *(N. del T.)*

Es cierto que, obligado a servirse de un intérprete, no hizo al principio grandes progresos. "Yo no entiendo a este pueblo, dice en sus cartas, y él no me entiende; hablamos deletreando como niños." Los historiadores de su vida no tenían por qué atribuirle el don de lenguas, después de esta confesión, ni debían despreciar a sus lectores hasta el punto de asegurar que habiendo perdido Javier su crucifijo, le fue devuelto por un cangrejo; que se encontró en dos lugares en el mismo instante; y que resucitó nueve muertos. Debían reducirse a alabar su celo y sus tentativas. Al fin aprendió lo suficiente de japonés para hacerse entender un poco, y como los príncipes de muchas islas de este imperio estaban descontentos de la mayoría de sus bonzos, no les molestó que unos predicadores extranjeros viniesen a contradecir a quienes abusaban de su ministerio, y poco a poco fue estableciéndose la religión cristiana.

La célebre embajada de tres príncipes cristianos japoneses al papa Gregorio XIII es quizá el homenaje más halagador que ha recibido nunca la Santa Sede. Todo ese gran país en el que hoy hay que abjurar del Evangelio, y donde únicamente los holandeses son admitidos a condición de no hacer allí acto de religión ninguno, ha estado a punto de ser un reino cristiano, y tal vez un reino portugués. En él se honraba a nuestros sacerdotes más que entre nosotros, mientras que hoy se pone precio a su cabeza, y un precio considerable, pues asciende a cerca de doce mil libras. La primera causa de esta revolución fue la indiscreción de un sacerdote portugués, que no quiso cederle la primacía a uno de los primeros oficiales del rey; la segunda fue la obstinación de algunos jesuitas que sostuvieron con demasiada tozudez un derecho odioso, al no querer devolver una casa que un señor japonés les había dado, y que el hijo de este señor pedía; la tercera fue el temor a ser sojuzgados por los cristianos, lo que en definitiva provocó la guerra civil. Veremos cómo el cristianismo, que comenzó por misiones, terminó con batallas.

Atengámonos ahora a lo que el Japón era entonces, a esa antigüedad de la que estos pueblos se jactan como los chinos, a esa serie de reyes pontífices que remonta a más de seis siglos de nuestra era, y advirtamos sobre todo que es el único pueblo de Asia que jamás fue vencido. Se compara a los japoneses con los ingleses, por ese orgullo insular que les es común, y por el suicidio, que se cree tan frecuente en esos dos confines de nuestro hemisferio. Pero las islas del Japón jamás han sido subyugadas, mientras que las de la Gran Bretaña lo han sido más de una vez. Los japoneses no parecen ser una mezcla de diferentes pueblos, como los ingleses y casi todas nuestras naciones; por el contrario, pare-

cen ser aborígenes. Ni sus leyes, ni su culto, ni sus costumbres, ni su lengua tienen nada de la China; y ésta, por su parte, parece existir por sí misma desde su origen, y no haber recibido sino muy tarde algo de los demás pueblos. Esta gran antigüedad de los pueblos asiáticos nos impresiona. Excepto los tártaros, jamás se han alejado de sus límites; y estamos viendo una nación débil, oprimida, poco numerosa y casi desconocida hasta entonces en la historia del mundo, salir en corto número del puerto de Lisboa para ir a descubrir todos esos países inmensos y establecerse en ellos con esplendor.

Jamás comercio alguno fue más provechoso para los portugueses que el del Japón. Según dicen los holandeses, traían de él trescientas toneladas de oro cada año; y sabido es que lo que los holandeses llaman una tonelada equivale a cien mil florines. Es mucho exagerar; pero, por el cuidado que estos republicanos industriosos e infatigables han tenido en conservar el monopolio del comercio del Japón, parece ser que, sobre todo en sus comienzos, producía beneficios inmensos. Allí compraban el mejor té de Asia, las más bellas porcelanas, el ámbar gris, un cobre de una especie superior al nuestro, y finalmente plata y oro, objeto principal de todas estas empresas. Este país posee, como China, casi todo lo que nosotros tenemos, y casi todo lo que nos falta. Está, proporcionalmente, tan poblado como China, y su pueblo es más orgulloso y más guerrero. Todos estos pueblos eran antiguamente muy superiores a nuestros pueblos occidentales en todas las artes intelectuales y manuales. ¡Pero cómo hemos recuperado el tiempo perdido! Los países en los que Bramante y Miguel Angel construyeron San Pedro de Roma, en los que Rafael pintó, en los que Newton calculó el infinito, en los que fueron escritas *Cinna* y *Atalía*, han llegado a ser los primeros países de la tierra. Los demás pueblos no son en las bellas artes más que unos bárbaros o unos niños, a pesar de su antigüedad y a pesar de todo lo que la naturaleza ha hecho por ellos.

CAPÍTULO CXLIII

LA INDIA DE AMBOS LADOS DEL GANGES.—ESPECIES DE HOMBRES DIFERENTES, Y SUS COSTUMBRES

No voy a hablaros aquí del reino de Siam, que no ha sido bien conocido hasta la época en que Luis XIV recibió una embajada, y envió allí unos misioneros y unas tropas igualmente inútiles. No me referiré tampoco a los pueblos del Tonquín, de Laos, ni de la Cochinchina, en los que sólo se ha penetrado rara vez, y mucho tiempo después de la época de las empresas portuguesas; y en los que nuestro comercio jamás se ha extendido fácilmente.

Los potentados de Europa, y los negociantes que los enriquecen, no han tenido por objeto, en todos estos descubrimientos, sino la consecución de nuevos tesoros. Los filósofos descubrieron en ellos un nuevo universo moral y físico. El camino fácil y abierto desde todos los puertos de Europa hasta los confines de la India facilitó a nuestra curiosidad el ver por sus propios ojos todo lo que ignoraba o no conocía sino imperfectamente por antiguos relatos inexactos. ¡Qué espectáculos, para hombres que reflexionan, ver más allá del río Zaire, cuyas riberas están pobladas por una innumerable multitud de negros, las dilatadas costas de la Cafrería, donde los hombres son de color aceitunado, y donde se cortan un testículo en honor de la divinidad, en tanto que los etíopes y tantos otros pueblos de África se contentan con ofrecer una parte de su prepucio! Después de esto, si remontáis a Sofala, a Quiloa; a Mombasa, o a Melinde, encontraréis unos negros de una especie diferente de los de la Nigricia, blancos y bronceados, todos los cuales comercian entre sí. Todos estos países están llenos de animales y de vegetales desconocidos en nuestros climas.

En medio de los territorios africanos existe una raza poco numerosa de pequeños hombres blancos como la nieve, cuyo rostro presenta los rasgos de los negros, y cuyos ojos redondos se asemejan de modo perfecto a los de las perdices. Los portugueses los llamaron *albinos*. Son pequeños, débiles y atravesados. La lana que cubre su cabeza y que forma sus cejas es como un algodón blanco y fino; son inferiores a los negros por la fuerza del cuerpo y

la inteligencia; y la naturaleza los ha colocado quizá después de los negros y de los hotentotes, por encima de los monos, como uno de los grados que enlazan al hombre con el animal.[1] Tal vez también ha habido especies intermedias inferiores, que su debilidad ha hecho perecer. Hemos tenido a dos de estos albinos en Francia, y yo vi uno en París, en el hotel de Bretagne, traído por un tratante de negros. En el Asia Oriental se encuentran algunos de estos animales parecidos al hombre; pero su especie es rara, y exigiría cuidados caritativos de las demás especies humanas, que no suelen prodigarlos a lo que les es inútil.

La dilatada península de la India, que se extiende desde la desembocadura del Indo y del Ganges hasta las islas Maldivas, está poblada por veinte naciones diferentes, cuyas costumbres y religiones no se parecen entre sí. Los naturales del país son de un color de cobre rojo. Dampierre encontró después en la isla de Timor hombres cuyo color es de cobre amarillo: ¡hasta tal punto hay diversidad en la naturaleza! Lo primero que vio Pelsart, en 1630, por la parte de las tierras australes, separadas de nuestro

[1] Todo lo que recibe el nombre de hombre debe ser considerado como de la misma especie, ya que todas esas variedades producen al cruzarse seres mestizos que generalmente son fecundos: todos aprenden a hablar, y caminan naturalmnte sobre dos pies.

La diferencia entre el hombre y el mono es mayor que la existente entre el caballo y el asno, pero más pequeña que entre el caballo y el toro. Podrían, pues, existir mestizos productos del cruce del hombre y del mono; y así como los mulos, aunque estériles por regla general, son fecundos algunas veces, la casualidad hubiese podido hacer que naciese y se conservase una de esas especies intermedias. Pero las mezclas de especies distintas son tan raras en el estado salvaje, y serían tan odiosas en el civilizado, estando obligados a ocultar las consecuencias con tanto cuidado, que la existencia de una de esas nuevas especies permanecerá probablemente siempre en el estado de hipótesis.

No se puede poner en duda que existen hombres muy blancos con la forma del rostro y el cabello de los negros; pero no se sabe con certidumbre si constituyen una monstruosidad de la especie de los negros, o de la de los mulatos; o si es, por el contrario, una raza particular, si las cualidades que los distinguen de los demás hombres se perpetuarían en sus hijos, etc. Estas cuestiones, y muchas otras de este género, permanecerán indecisas mientras los viajeros conserven el hábito de escribir cuentos, y los filósofos el de construir sistemas.

En cuanto a la cuestión de saber si la naturaleza no formó más que un par de perros, antepasados comunes de los perros de aguas y de los galgos, o bien un sólo hombre y una sola mujer de cuya pareja descienden los lapones, los caribes, los negros y los franceses, o incluso un par de cada género cuyas degeneraciones han producido todas las demás especies, intuimos que es insoluble para nosotros, y que lo seguirá siendo durante mucho tiempo, aunque no se encuentre fuera del alcance de la inteligencia humana. (Kehl.)

hemisferio, y a la que se dio el nombre de Nueva Holanda, fue un tropel de negros que iban hacia él caminando lo mismo con los pies que con las manos.[1] Es de creer que, cuando se haya penetrado en ese mundo austral, se conocerá mejor la variedad de la naturaleza, con lo cual se dilatará la esfera de nuestras ideas, y disminuirá la de nuestros prejuicios.

En la península situada en la parte de acá del Ganges habitan multitudes de banianos, descendientes de los antiguos brahmanes que aceptaban el antiguo dogma de la metempsicosis y el de los dos principios, admitidos en todas las provincias de la India. Los banianos no comen nada de cuanto respira, son tan obstinados como los judíos en no mezclarse con ninguna nación, son no menos antiguos que este pueblo y están, como él, dedicados al comercio.

En estos países sobre todo se ha conservado la costumbre inmemorial de hacer que las mujeres sean quemadas vivas sobre los cadáveres de sus maridos, con la esperanza de renacer, según hemos visto anteriormente.

Hacia Surate, Cambaya y en las fronteras de Persia, viven diseminados los guebres, restos de los antiguos persas, que siguen la religión de Zoroastro y que, como los banianos y los hebreos, no se mezclan con los demás pueblos. Había en la India antigua familias judías que se creía establecidas allí desde la época de su primera dispersión. En las costas de Malabar encontráronse cristianos nestorianos, mal llamados *cristianos de Santo Tomás*, y que ignoraban que existiese una Iglesia de Roma. Gobernados antiguamente por un patriarca de Siria, seguían reconociendo a este fantasma de patriarca, que residía, o más bien se ocultaba en Mosul, que según se afirma es la antigua Nínive. Esta insignificante iglesia siriaca estaba como sepultada bajo sus ruinas por el poder mahometano, igual que las de Antioquía, Jerusalén y Alejandría. Los portugueses llevaron la religión católica romana a aquellos climas, y fundaron un arzobispado en Goa, convertida en metrópoli al mismo tiempo que en capital. Intentóse someter los cristianos

[1] El viajero a quien Voltaire llama Dampierre es el capitán inglés William Dampier, que dio tres veces la vuelta al mundo, y cuyas relaciones han sido traducidas al francés (Rouen, 1715, 5 vol. en 12º). Dampier visitó la isla de Timor en el mes de octubre de 1699, y fue en la bahía de Laplace donde vio los indígenas de color de cobre amarillo, con cabellos negros, y lacios.

Pelsart, comerciante holandés, había salido del Texel el 28 de octubre de 1628 y fue arrojado por una tempestad a la tierra austral. Su diario, traducido al francés, se encuentra en el primer volumen de la colección de *Relations de divers voyages*, por Thévenot. (París, 1663-1672, 2 vol. en folio.) (Evaristo Bavoux).

de Malabar a la Santa Sede, cosa que nunca pudo lograrse. Lo que tan fácilmente se ha conseguido respecto de los salvajes de América, se ha procurado siempre en vano en lo que se refiere a todas las Iglesias separadas de la comunión romana.

Pasando de Ormuz a Arabia, se encontraron discípulos de San Juan, que jamás conocieron el Evangelio: tales eran los llamados *sabeos*.

Después de haber penetrado, a continuación, por el mar oriental de la India, a la China y el Japón, y luego de haber vivido en el interior del país, llegamos a conocer las costumbres, la religión y los usos de los chinos, de los japoneses y de los siameses mejor aún de lo que lo fueron antes las de nuestras comarcas limítrofes en nuestros siglos de barbarie.

Tema digno de la atención de un filósofo es éste de la diferencia entre los usos del Oriente y los nuestros, tan grande como entre nuestras lenguas. La civilización de los pueblos más civilizados de esas dilatadas regiones es distinta de la nuestra, igual que sus artes. Alimento, vestidos, casas, jardines, leyes, culto, conveniencias sociales, todo difiere. ¿Habrá algo más opuesto a nuestras costumbres que la manera como trafican los banianos en el Indostán? Las operaciones más considerables se llevan a cabo sin hablar, sin escribir nada; todo se hace por señas. ¿Y cómo no iban a existir tales diferencias? Prodigiosas son las de la naturaleza en uno y otro clima, aunque esencialmente sea en todas partes la misma. En la India meridional se es núbil a los siete y ocho años, y son corrientes los matrimonios contraídos a esa edad. Y estos niños convertidos en padres gozan de razón en un grado que en nuestros países no se alcanza a esa edad.

Todos esos pueblos sólo se nos parecen en las pasiones y en la razón universal que contrarresta las pasiones y que imprime esta ley en todos los corazones: "No hagas lo que no quisieras que te hiciesen." Estas son las dos características que la naturaleza graba en tantas razas diferentes de hombres, y los dos vínculos eternos con que las une, pese a todo lo que las divide. Todo lo demás es fruto del suelo y de la costumbre.

Así tenemos la ciudad de Pegú, defendida por cocodrilos que nadan en fosos llenos de agua; y Java, donde las mujeres montan la guardia en el palacio del rey; y Siam, cuya gloria se cifra en la posesión de un elefante blanco. En Malabar no se conoce el trigo, y el pan y el vino son ignorados en todas aquellas islas. En una de las Filipinas hay un árbol cuyo fruto puede reemplazar el pan. En las Marianas se desconocía el uso del fuego.

Casi todas las relaciones referentes a esos lejanos países se

deben leer con un espíritu de duda. En las costas de Coromandel y de Malabar les interesa más enviarnos mercancías que verdades. Con frecuencia se toma un caso particular por un uso general. Se nos ha dicho que en Cochin no es el hijo del rey su heredero, sino el hijo de su hermana. Tal disposición está en oposición con las leyes de la naturaleza, ya que no hay nadie que quiera excluir a su hijo de su sucesión; y, además, si ese rey de Cochin no tiene hermana, ¿a quién corresponderá el trono? Lo más verosímil es que un sobrino hábil haya desposeído a un hijo mal aconsejado y mal apoyado, o que a un príncipe que sólo dejase hijos de tierna edad le sucediese su sobrino; y que un viajero tomase este accidente por ley fundamental. Cien escritores copiaron después a este viajero, y el error se acreditó.

Autores que han vivido en la India aseguran que nadie posee bienes en propiedad en los Estados del Gran Mogol, lo cual es aún más contrario a la naturaleza. Los mismos escritores nos dicen que han negociado con indios que tenían un capital de varios millones. Estos dos asertos parecen contradecirse. Hay que tener siempre presente que los conquistadores del Norte establecieron la institución de los feudos desde la Lombardía hasta la India. Un baniano que hubiese viajado por Italia en tiempo de Astolfo y de Albuino, ¿hubiese tenido razón al afirmar que los italianos no poseían nada en propiedad? Jamás se combatirá lo bastante la idea, humillante para el género humano, de que existen países en los que millones de hombres trabajan sin cesar para uno solo que lo devora todo

No menos debemos desconfiar de quienes nos hablan de templos consagrados al libertinaje. Pongámonos en el lugar de un indio que, en nuestros climas, fuese testigo de algunas escenas escandalosas de nuestros frailes; no estaría autorizado a inferir de ello que tales eran las reglas de su instituto

Lo que más os llamará la atención es ver que casi todos estos pueblos tienen la creencia de que sus dioses han venido con frecuencia a la Tierra. Vishnú se metamorfoseó entre nosotros nueve veces en la península del Ganges, y Sammonacodum, dios de los siameses, tomó quinientas cincuenta veces la forma humana. Esta creencia la comparten con los antiguos egipcios, con los griegos y con los romanos. Error tan temerario, tan ridículo y tan universal, procede, sin embargo, de una creencia razonable que reside en el fondo de todos los corazones: el hombre siente de un modo natural su dependencia de un Ser superior, y el error que siempre se desliza entre la verdad, ha hecho considerar a los dioses, en casi toda la Tierra, como señores que venían algunas veces a visitar y refor-

mar sus dominios. La religión ha sido en muchos pueblos como la astronomía: una y otra han precedido los tiempos históricos; una y otra han sido una mezcla de verdad y de impostura. Los primeros observadores del curso verdadero de los astros les atribuyeron falsas influencias, y los fundadores de las religiones, reconociendo la Divinidad, mancharon su culto con las supersticiones.

Entre tantas religiones diferentes no hay ninguna que no tenga como fin principal las expiaciones. El hombre ha sentido siempre que tenía necesidad de clemencia. Tal es el origen de esas penitencias espantosas a que se entregan los bonzos, los brahmanes y los faquires; y esos tormentos voluntarios, que parecen clamar misericordia por el género humano, se han convertido en un oficio con que se ganan la vida.

No entraré en detalles acerca de sus costumbres; pero hay una tan extraña para nuestra mentalidad que no puedo dejar de mencionarla, como es la de los brahmanes, que llevan procesionalmente el Falo de los egipcios, el Priapo de los romanos. Nuestras ideas acerca del decoro nos inclinan a creer que una ceremonia que nos parece tan infame no ha podido ser imaginada sino con fines libertinos; pero no es creíble que la depravación de las costumbres haya podido jamás instaurar en pueblo alguno ceremonias religiosas. Es probable, por el contrario, que esta costumbre fuese primero introducida en tiempos de simplicidad, y que sólo se pensó entonces en honrar la Divinidad en el símbolo de la vida que ella nos ha dado. Tal ceremonia debió de inspirar actos licenciosos a la juventud, y parecer ridícula a los hombres sensatos, en tiempos más refinados, más corrompidos y más ilustrados. Pero la antigua costumbre ha subsistido no obstante los abusos, y apenas si hay pueblo que no haya conservado alguna ceremonia que no se puede ni aprobar ni abolir.

Entre tantas opiniones extravagantes y supersticiones peregrinas, ¿podrá creerse que todos estos paganos de la India reconocen como nosotros un Ser infinitamente perfecto a quien llaman "Ser de los seres, Ser soberano, invisible, incomprensible, incorpóreo, creador y conservador, justo y misericordioso, que se complace en comunicarse con los hombres para conducirlos a la dicha eterna"? Estas ideas están contenidas en el *Veidam,* el libro de los viejos brahmanes, y aun mejor en el *Shastah,* más antiguo que el *Veidam.* También se encuentran diseminadas en los escritos modernos de los brahmanes.

Un sabio danés, misionero en la costa de Tranquebar, cita varios pasajes y varias oraciones, que parecen el fruto de la mente más recta y de la santidad más depurada. He aquí una, sacada

de un libro titulado *Varabadu*: "¡Oh soberano de todos los seres, Señor del cielo y de la tierra, mi corazón es pequeño para conteneros! ¿Ante quién lamentaré yo mi miseria, si vos me abandonáis, vos a quien debo mi sostén y mi conservación? Sin vos no podría vivir. Llamadme, Señor, a fin de que vaya hacia vos."

Era preciso ser tan ignorante y tan temerario como nuestros frailes de la Edad Media para tenernos embaucados continuamente con la falsa idea de que cuantos vivían más allá de nuestra pequeña Europa, lo mismo nuestros viejos maestros y legisladores los romanos, que los griegos preceptores de los romanos, y que los antiguos egipcios preceptores de los griegos, en fin, todos cuantos no somos nosotros, han sido siempre unos idólatras odiosos y ridículos.

Sin embargo, pese a una doctrina tan juiciosa y tan sublime, prevalecen las supersticiones más viles e insensatas. Esta contradicción procede de la naturaleza del hombre. Los griegos y los romanos tenían la misma idea de un Ser Supremo, pero lo habían rodeado de tantas divinidades subalternas, el pueblo había honrado estas divinidades con tantas supersticiones y había ahogado la verdad bajo tantas fábulas, que al fin ya no podía distinguirse lo que era digno de respeto y lo que no merecía sino desprecio.

No quiero que perdáis un tiempo precioso pasando revista a todas las sectas de la India. Los errores se subdividen en muchísimas modalidades. Además, es verosímil que nuestros viajeros hayan tomado a veces ritos diferentes por sectas opuestas, ya que en esta materia es fácil confundirse. En la antigua Grecia y en la antigua Roma, cada colegio de sacerdotes tenía sus ceremonias y sus sacrificios. No se veneraba a Hércules como a Apolo, ni a Juno como a Venus, y sin embargo, todos estos cultos distintos pertenecían a la misma religión.

Nuestros pueblos occidentales han manifestado en todos estos descubrimientos una gran superioridad de inteligencia y de valor sobre las naciones orientales. Nos hemos establecido en ellas, y muy frecuentemente a pesar de su resistencia. Hemos aprendido sus lenguas, y les hemos enseñado algunas de nuestras artes. Pero la naturaleza les había dado sobre nosotros una ventaja que contrarresta todas las nuestras: la de que ellas no nos necesitaban de ningún modo, y nosotros necesitábamos de ellas.

CAPÍTULO CXLIV

ETIOPÍA O ABISINIA

Antes de esta época, nuestras naciones occidentales, sólo conocían de Etiopía el nombre. En el reinado del famoso Juan II de Portugal fue cuando don Francisco Alvarez penetró en esas dilatadas comarcas que se encuentran entre el trópico y la línea equinoccial, a las que tan difícil es llegar por mar.[1] Allí encontró establecida la religión cristiana, pero tal como la practicaban los primeros judíos, que la abrazaron antes de que ambos ritos estuviesen totalmente separados. Esta mezcla de judaísmo y de cristianismo se ha mantenido hasta nuestros días en Etiopía. Practícanse allí igualmente la circuncisión y el bautismo, y se observan lo mismo las fiestas del sábado y del domingo; los sacerdotes pueden casarse, el divorcio le está permitido a todo el mundo, y existe la poligamia igual que entre los judíos de Oriente.

Estos abisinios, medio judíos, medio cristianos, reconocen por patriarca al arzobispo que reside en las ruinas de Alejandría, o en el Cairo, en Egipto; y sin embargo, este patriarca no profesa la misma religión que ellos, pues es del antiguo rito griego, y aun este rito difiere de la religión de los griegos. El gobierno turco, dueño de Egipto, deja en paz a este pequeño rebaño, sin importarle que estos cristianos sumerjan a sus hijos en recipientes de agua, y lleven la eucaristía a las mujeres a sus casas, bajo la forma de un pedazo de pan mojado en vino. En Roma no se los toleraría, y entre los mahometanos son tolerados.

Don Francisco Alvarez fue el primero que conoció la situación de las fuentes del Nilo, y la causa de las inundaciones periódicas de este río: dos cosas desconocidas en toda la antigüedad, e incluso de los egipcios.

[1] Don Francisco Alvarez, de Coimbra, era el secretario de la embajada enviada a Abisinia por Manuel, rey de Portugal. Pasó seis años en aquellas comarcas casi desconocidas entonces, y publicó, a su vuelta, en 1540, una relación titulada *Verdadera informaçom das terras do preste Joam.* (Evaristo Bavoux.)

La relación de este Alvarez figuró durante mucho tiempo en el número de las verdades poco conocidas; y desde él hasta nuestros días ha seguido habiendo no pocos autores que, haciéndose eco de los errores acreditados en la antigüedad, han repetido que no les está concedido a los hombres conocer las fuentes del Nilo. Entonces se dio el nombre de Preste Juan al negus, o rey de Etiopía, sin más motivo para llamarle así que el hecho de que se dijese perteneciente a la estirpe de Salomón por la reina de Saba, y porque desde las Cruzadas se aseguraba que debía encontrarse en el mundo un rey cristiano llamado el Preste Juan; y esto aunque el negus no era ni cristiano ni preste.

Todo el fruto de los viajes a Etiopía se redujo a conseguir una embajada del rey de este país al papa Clemente VII. El país era pobre, aunque poseía minas de plata que dicen son abundantes; pero sus habitantes, menos industriosos que los americanos, no sabían ni beneficiar estos tesoros, ni sacar partido de los tesoros verdaderos que la tierra produce para satisfacer las necesidades reales de los hombres.

En efecto, existe una carta de un tal David, negus de Etiopía, que pide al gobernador portugués de la India obreros de toda especie, lo cual es ser realmente pobre. En la misma indigencia se encontraban las tres cuartas partes de África y el Asia septentrional.

Nosotros, en la opulenta ociosidad de nuestras ciudades, pensamos que todo el universo se nos asemeja; y no tenemos en cuenta que los hombres han vivido durante mucho tiempo como el resto de los animales, teniendo apenas, frecuentemente, un abrigo y un alimento aun en medio de las minas de oro y de diamantes.

Este reino de Etiopía, tan ponderado, era tan débil que un reyezuelo mahometano, que poseía un cantón vecino, lo conquistó casi por entero a principios del siglo XVI. Se conserva la famosa carta de Juan Bermúdez al rey de Portugal don Sebastián, por la cual podemos convencernos de que los etíopes no son ese pueblo indomable del que habla Herodoto, o que han degenerado bastante. El patriarca latino, que había sido enviado con algunos soldados portugueses, protegía al joven negus de Abisinia contra el rey moro que había invadido sus Estados; y desgraciadamente, cuando el gran negus fue restablecido, el patriarca se empeñó en seguir protegiéndole. Era su padrino, y se creía su señor en calidad de padre espiritual y de patriarca. Le ordenó que prestase obediencia al papa, anunciándole que le excomulgaría si se negaba. No se comportaba Alfonso de Albuquerque con más altivez respecto de

los pequeños príncipes de la península del Ganges. Al fin, el ahijado, restablecido en su trono de oro, perdióle el respeto a su padrino, le arrojó de sus Estados, y no reconoció al papa.[1]

Bermúdez afirma que en las fronteras del país de Damut, entre Abisinia y los países cercanos a la fuente del Nilo, existe una pequeña comarca en la que las dos terceras partes del suelo son de oro. Esto es lo que buscaban los portugueses, y lo que no han encontrado; este es el motivo de todos esos viajes: los patriarcas, las misiones y las conversiones sólo han sido un pretexto. Los europeos no han hecho predicar su religión desde Chile hasta el Japón más que para hacer que los hombres sirviesen, como bestias de carga, a su insaciable avaricia. Es de creer que el seno de África encierra gran cantidad de este metal que ha puesto en movimiento al universo entero; las arenas de oro de sus ríos son indicio de las minas de las montañas. Pero hasta ahora estas minas han sido inaccesibles a las búsquedas de la codicia; y a fuerza de hacer intentos en América y en Asia, las tentativas en el centro de África cada vez son más difíciles.

[1] Juan Bermúdez, médico de Lisboa, fue enviado a Abisinia por el gobierno portugués, y allí residió treinta años, con los títulos de embajador y de patriarca. Volvió para morir en su patria, en 1575. (Evaristo Bavoux.)

CAPÍTULO CXLV

COLÓN Y AMÉRICA

A estos descubrimientos de los portugueses en el viejo mundo les debemos el nuevo, si es que hay que agradecer esta conquista de América, tan funesta para sus habitantes, y en ocasiones para los mismos conquistadores.

Este es sin duda el mayor acontecimiento ocurrido en nuestro globo, una mitad del cual había sido siempre ignorada por la otra. Todo cuanto nos ha parecido grande hasta aquí es como si se esfumara ante esta especie de nueva creación. Todavía pronunciamos con admiración respetuosa los nombres de los Argonautas que hicieron cien veces menos que los marineros de Gama y de Albuquerque. ¡Cuántos altares se hubiesen erigido en la antigüedad a un griego que hubiese descubierto América! No se trató así a Cristóbal Colón y a Bartolomé su hermano.

Sugestionado por las empresas de los portugueses, pensó Colón que se podía hacer algo más grande, y por la sola inspección de un mapa de nuestro universo, juzgó que debía existir otro, y que se lo encontraría navegando constantemente hacia Occidente. Su valor fue igual a su inteligencia, y tanto mayor cuanto que tuvo que combatir los prejuicios de todos sus contemporáneos, y recibir las negativas de todos los príncipes. Génova, su patria, que le trató de visionario, perdió la única ocasión de engrandecerse que podía ofrecerse para ella. Enrique VII, rey de Inglaterra, más codicioso de dinero que capaz de aventurarlo en una empresa tan noble, no escuchó al hermano de Colón, y éste mismo fue rechazado en Portugal por Juan II, cuyas miras iban dirigidas exclusivamente a África. No podía Colón dirigirse a Francia, donde seguía sin concederse atención a la marina, y donde los negocios se encontraban en mayor confusión que nunca durante la minoridad de Carlos VIII. El emperador Maximiliano no tenía ni puertos para una flota, ni dinero para equiparla, ni la grandeza de ánimo que requería la adopción de tal proyecto. Venecia hubiese podido llevarlo a cabo; pero, fuese porque la aversión de los genoveses por

los venecianos no le permitió a Colón dirigirse a la rival de su patria o porque Venecia no concibiese otra grandeza que la de su comercio de Alejandría y de Levante, Colón limitó su esperanza a la corte de España

Fernando, rey de Aragón, e Isabel reina de Castilla, reunían por su matrimonio toda España, si exceptuamos el reino de Granada que los mahometanos conservaban aún, pero que Fernando les arrebató poco después. La unión de Isabel y de Fernando preparó la grandeza de España, y Colón la inició; pero hasta después de ocho años de peticiones no consintió la corte de Isabel en aceptar el bien que el ciudadano de Génova quería dispensarle. Lo que hace que fracasen los más grandes proyectos, es casi siempre la falta de dinero, y la corte de España era pobre. Fue preciso que el prior Pérez y dos comerciantes, llamados Pinzón, adelantasen diecisiete mil ducados para los gastos de armamento. (23 de agosto de 1492) Colón consiguió una orden real y partió, al fin, del puerto de Palos, en Andalucía, con tres pequeños barcos y un vano título de almirante.

Desde las islas Canarias, donde fondeó, no empleó más que treinta y tres días en descubrir la primera isla de América; y durante este corto trayecto tuvo que escuchar más murmuraciones de su tripulación que negativas había recibido de los príncipes de Europa.

La citada isla, situada a unas mil leguas de las Canarias, fue llamada San Salvador. Inmediatamente después descubrió las otras islas Lucayas, Cuba y la Española, llamada hoy Santo Domingo. Fernando e Isabel asombráronse no poco al verle volver al cabo de siete meses (15 de marzo de 1493) con americanos de la Española, curiosidades del país, y sobre todo el oro que les presentó. El rey y la reina le hicieron sentarse y cubrirse como un Grande de España, y le nombraron gran almirante y virrey del nuevo mundo. En todas partes se le consideraba como un hombre único enviado del cielo. Todos se interesaban a porfía en su empresa, y querían embarcarse a sus órdenes. Colón partió de nuevo con una flota de diecisiete barcos, (1493) y encontró nuevas islas: las Antillas y Jamaica. La duda se había trocado en admiración hacia él en su primer viaje; pero la admiración degeneró en envidia al segundo.

Era almirante y virrey, y podía añadir a estos títulos el de bienhechor de Fernando e Isabel. Sin embargo, unos jueces, enviados en sus mismos navíos para vigilar su conducta, le condujeron de nuevo a España; y cuando el pueblo, que al oír que Colón llegaba, corrió a su encuentro como al del genio tutelar de España,

fue a ver salir a Colón de su navío, le vio aparecer con hierros en los pies y en las manos.

Este trato se debía a órdenes de Fonseca, obispo de Burgos, intendente de armamentos. La ingratitud era tan grande como los servicios recibidos. Isabel se avergonzó y reparó tal afrenta en lo que pudo; pero Colón fue retenido durante cuatro años, bien porque se temiese que se quedase para sí con todo lo que había descubierto, o por querer tan sólo tener tiempo de informarse acerca de su conducta. Al fin, enviósele otra vez a su nuevo mundo. (1498) En este tercer viaje fue cuando vislumbró el continente a diez grados del ecuador, y vio la costa donde se ha construido Cartagena.

Cuando Colón prometía un nuevo hemisferio, se le argüía que tal hemisferio no podía existir; y cuando lo descubrió afirmaban que había sido conocido desde hacía mucho tiempo. No me refiero aquí a un Martín Behem de Nuremberg, quien, según dicen, fue de Nuremberg al estrecho de Magallanes en 1460, con cédula real de una duquesa de Borgoña, la cual, no reinando entonces, no podía darlas. Tampoco me refiero a unos pretendidos mapas que se enseñan de ese Martín Behem, ni de las contradicciones que desacreditaron tal fábula; pero al fin, este Martín Behem no había poblado América. Se atribuía tal honor a los cartagineses, y se citaba un libro de Aristóteles que éste no compuso. Hay quienes han creído encontrar parecido entre palabras caribes y palabras hebreas, no perdiendo la ocasión de desarrollar tan hermosa hipótesis. Otros han sabido que, habiéndose establecido en Siberia los hijos de Noé, pasaron de allí al Canadá por los hielos, y que a continuación sus hijos nacidos en el Canadá marcharon a poblar el Perú. Según otros, los chinos y los japoneses enviaron colonias a América, llevando allí jaguares[1] para su entretenimiento, aunque ni en el Japón ni en China haya jaguares. Este es el modo como los sabios han razonado frecuentemente sobre lo que los hombres de genio descubrieron. Cuando se pregunta quién ha puesto hombres en América, ¿no se podía contestar que el mismo que hace crecer los árboles y la hierba?

La respuesta de Colón a sus envidiosos es famosa. Le decían que no había nada tan sencillo como sus descubrimientos, y él les propuso que colocasen un huevo de pie, y como ninguno lograse llevarlo a cabo, él cascó ligeramente la punta del huevo, y lo hizo mantenerse en posición vertical. "Eso es muy fácil", dijeron los

[1] Es el mayor de los animales feroces del nuevo mundo. Es el león o el tigre de América; pero no puede compararse con los leones y los tigres del viejo mundo ni por su tamaño ni por su fuerza, ni por su arrojo. (Kehl.)

asistentes. "¿Y por qué no lo hacíais?", respondió Colón. Este cuento se refiere de Brunelleschi, gran artista que reformó la arquitectura en Florencia mucho tiempo antes de que Colón existiese. La mayoría de las frases ingeniosas son repeticiones.

A las cenizas de Colón ya no les interesa la gloria que logró durante su vida por haber duplicado en favor nuestro las obras de la creación; pero los hombres gustan de rendir justicia a los muertos, bien sea porque se lisonjeen con la esperanza vana de que así se le rendirá mejor a los vivos, o porque amen naturalmente la verdad. Américo Vespucci, a quien nosotros llamamos Américo Vespucio, comerciante florentino, gozó de la gloria de dar su nombre a la nueva mitad del globo en la cual no poseía ni una pulgada de tierra; pero pretendía haber sido el primer descubridor del continente. Aun cuando fuese cierto que hubiese hecho este descubrimiento, la gloria no le corresponde, ya que pertenece incuestionablemente a aquel que tuvo el genio y el valor de emprender el primer viaje. La gloria, como dice Newton en su disputa con Leibnitz, no se le debe más que al inventor, y los que vienen tras él sólo son discípulos. Colón había hecho ya tres viajes en calidad de almirante y de virrey, cinco años antes de que Américo Vespucio hiciese uno en calidad de geógrafo, bajo el mando del almirante Ojeda; pero habiendo escrito a sus amigos de Florencia que había descubierto el nuevo mundo, se le creyó bajo su palabra, y los ciudadanos de Florencia dispusieron que, todos los años, en la fiesta de Todos los Santos, se hiciese durante tres días una iluminación solemne ante su casa. Este hombre no merecía ciertamente honores algunos por el solo hecho de haberse encontrado, en 1498, en una escuadra que bordeó las costas del Brasil, cuando Colón había mostrado, cinco años antes, el camino al resto del mundo.

Hace poco apareció en Florencia una vida de este Américo Vespucio, en la cual no se ha respetado la verdad, ni razonado en consecuencia. En ella se queja su autor de varios escritores franceses que han hecho justicia a Colón. No era a los franceses a quienes había que atacar, sino a los españoles, que fueron los primeros en rendir esta justicia. El autor de la vida de Vespucio dice que quiere "confundir la vanidad de la nación francesa, que ha combatido siempre con impunidad la gloria y la fortuna de Italia". ¿Qué vanidad hay en decir que fue un genovés quien descubrió América? ¿Qué injuria se hace a la gloria de Italia confesando que es un italiano nacido en Génova a quien se debe el nuevo mundo? Señalo a propósito esta falta de equidad, de cortesía y de sentido común, cuyos ejemplos abundan; y debo

decir que los buenos escritores franceses son en general quienes han caído menos en este defecto intolerable. Una de las razones por las que son leídos en toda Europa es la de que rinden justicia a todas las naciones.

Los habitantes de aquellas islas y de aquel continente constituían una nueva especie de hombres: ninguno tenía barba. Asombróles tanto el rostro de los españoles como los barcos y la artillería que llevaban, y consideraron al principio a aquellos recién llegados como monstruos o dioses que venían del cielo o del océano. Entonces aprendimos, por los viajes de los portugueses y de los españoles, lo poco que es nuestra Europa, y la variedad que reina en la tierra. Ya se habían visto en el Indostán razas de hombres amarillos. Los negros, diferenciados aún en varias especies, se encontraban en África y en Asia bastante lejos del ecuador; y cuando se penetró después en América hasta más al Sur de la línea, se vio que allí la raza es bastante blanca. Los naturales del Brasil son bronceados, y los chinos seguían pareciendo una especie enteramente distinta por la conformación de su nariz, de sus ojos y de sus orejas, por su color, y tal vez también por su genio; pero lo más notable es que, en algunas regiones a las que estas razas han sido trasplantadas, no se alteran si no se mezclan con los naturales del país. La membrana mucosa de los negros, que se ha reconocido ser negra, y que es la causa de su color, constituye una prueba manifiesta de que en cada especie de hombres, lo mismo que en las plantas, existe un principio que los diferencia.

La naturaleza ha subordinado a este principio los diferentes grados de inteligencia y esas características nacionales que tan rara vez se ven cambiar. Esto es lo que hace que los negros sean esclavos de los demás hombres. Se les compra en las costas de África como animales, y las multitudes de negros, trasladados a nuestras colonias de América, sirven allí a un pequeño número de europeos. La experiencia ha mostrado además la superioridad de estos europeos sobre los americanos, quienes, fácilmente vencidos en todas partes, jamás osaron intentar una revolución, aunque se encontrasen en la relación de más de mil por uno.

Esta parte de América era además notable por los animales y los vegetales que las otras tres partes del mundo no tienen, y por la necesidad que experimentaba de lo que nosotros tenemos. Lo que faltaba en México y en el Perú era principalmente caballos, trigo de toda especie y hierro. Entre los productos ignorados en el viejo mundo, la cochinilla fue uno de los primeros y de los más preciosos que se nos trajeron, haciendo relegar al olvido

el *grano de escarlata*, que se empleaba desde tiempo inmemorial para los bellos tintes rojos.

Al transporte de la cochinilla se agregó pronto el del añil, del cacao, de la vainilla, de las maderas para la ornamentación, o que se emplean en la medicina, y finalmente la quina, único específico contra las fiebres intermitentes, y que la naturaleza puso en las montañas del Perú, mientras extendía la fiebre por el resto del mundo. Este nuevo continente posee también perlas, piedras de color y diamantes.

Es cierto que América procura hoy a los ciudadanos más insignificantes de Europa comodidades y placeres. Las minas de oro y de plata sólo beneficiaron al principio a los reyes de España y a los comerciantes, en tanto que el resto del mundo poseía muy poco; porque la mayoría, que no se dedica a los negocios, se encontró en posesión de poco metal precioso en comparación con las cantidades inmensas que engrosaban los tesoros de aquellos que se aprovecharon de los primeros descubrimientos. Pero poco a poco, esta afluencia de plata y oro, de que América ha inundado a Europa, pasó a más manos y se distribuyó más equitativamente. El precio de los artículos se ha elevado en toda Europa casi en la misma proporción.

Para comprender, por ejemplo, de qué modo pasaron los tesoros de América de las manos españolas a las de las demás naciones, bastará tener en cuenta aquí dos cosas: el uso que Carlos V y Felipe II hicieron de su dinero, y el modo como los demás pueblos comparten las minas del Perú.

Carlos V, emperador de Alemania, constantemente de viaje y constantemente en guerra, tuvo necesariamente que dejar en Alemania y en Italia mucho oro y plata de los que recibía de México y del Perú; y cuando envió a su hijo Felipe II a Londres para casarse con la reina María y tomar el título de rey de Inglaterra, este príncipe envió a la Torre veintisiete grandes cajones de plata en barras, y la carga de cien caballos en plata y oro amonedados. Los disturbios de Flandes y las intrigas de la Liga en Francia costaron a este mismo Felipe II, según propia confesión, más de tres mil millones de libras de nuestra moneda actual.

En cuanto al modo en que el oro y la plata del Perú llegan a todos los pueblos de Europa, y de aquí van en parte a la India, es cosa conocida, pero asombrosa. Una ley severa establecida por Fernando e Isabel, y confirmada por Carlos V y por todos los reyes de España, prohíbe a las demás naciones no sólo la entrada en los puertos de la América española sino hasta la parte más indirecta en este comercio. Parece que esta ley hubiese debido

proporcionar a España los medios para subyugar a Europa; y sin embargo, España sólo subsiste de la violación perpetua de esta ley misma. Apenas si puede suministrar cuatro millones en artículos que se envían a América; y el resto de Europa proporciona a veces mercancías por valor de cincuenta millones. Este prodigioso comercio de naciones amigas o enemigas de España se hace al amparo del nombre de los mismos españoles, siempre fieles a los particulares, y engañando sin cesar al rey, que tiene una extremada necesidad de que le engañen de este modo. Los comerciantes españoles no entregan recibo alguno a los comerciantes extranjeros, siendo la buena fe, sin la cual jamás hubiese habido comercio, su única garantía.

Todavía más singular era la manera en que, durante mucho tiempo se entregaba a los extranjeros el oro y la plata que los galeones traían de América. Los españoles, que eran en Cádiz agentes del extranjero, confiaban los lingotes recibidos a unos barbianes a quienes llamaban *meteoros*. Éstos, armados con espadas y pistolas al cinto, llevaban los lingotes numerados al malecón, y se los arrojaban a otros *meteoros*, que los llevaban a las chalupas a las que iban destinados. Estas chalupas, a su vez, los transportaban a los barcos surtos en la bahía. Estos *meteoros*, estos factores, los agentes, los guardias, que jamás los estorbaban, todos cobraban sus derechos, y jamás quedaba defraudado el comerciante extranjero. El rey, que recibía sus derechos sobre estos tesoros a la llegada de los galeones, salía ganando también. Propiamente hablando sólo se defraudaba la ley, ley que es tanto más útil cuanto más contravenciones sufre, y que todavía no ha sido abrogada; porque lo más arraigado entre los hombres son los viejos prejuicios.[1]

El mejor ejemplo de la violación de esta ley y de la fidelidad de los españoles se dio en 1684. Estando declarada la guerra entre Francia y España, el rey católico quiso apoderarse de los bienes de los franceses. En vano se emplearon edictos y monitorios, indagaciones y excomuniones; ningún comisario español traicionó a su corresponsal francés. Esta fidelidad, que habla tan alto de la nación española, demuestra palpablemente que los hombres sólo obedecen de buena gana las leyes hechas para el bien de la sociedad, y que las leyes que sólo son hijas de la voluntad del soberano encuentran siempre rebeldes todos los corazones.

Si el descubrimiento de América hizo al principio mucho bien

[1] Voltaire debía estar muy al corriente del comercio de Cádiz, ya que tenía comprometida en él una parte de su fortuna. (Jorge Avenel.)

a los españoles, también ocasionó muy grandes males. Uno fue el de despoblar España para poblar sus colonias, y el otro infectar el universo de una enfermedad que sólo se conocía en ciertos lugares de ese otro mundo, y sobre todo en la isla Española. Varios compañeros de Cristóbal Colón regresaron atacados de dicha enfermedad, y trajeron a Europa el contagio. Es cierto que esa infección que envenena las fuentes de la vida era propia de América, así como la peste y la viruela son enfermedades originarias de la Arabia meridional. No hay que creer que la fuente de esta corrupción haya sido la carne humana, con que se alimentan algunos salvajes de América, ya que en la isla Española, donde este mal era inveterado, no había antropófagos. Tampoco es consecuencia de los excesos carnales, excesos que jamás fueron castigados de tal modo por la naturaleza en el viejo mundo; y hoy mismo, tras un momento fugaz y olvidado con el transcurso de los años, la unión más casta puede ir seguida del más cruel y del más vergonzoso de los azotes que han afligido al género humano.

Para comprender cómo esta mitad del globo fue presa de los príncipes cristianos, es preciso ante todo seguir a los españoles en sus descubrimientos y en sus conquistas.

El gran Colón, después de haber construido algunas casas en las islas, y reconocido el continente, había vuelto a España donde gozaba de una gloria que no estaba manchada con rapiñas ni crueldades, y murió en 1506 en Valladolid. Pero los gobernadores de Cuba y de la Española, que le sucedieron, persuadidos de que estas provincias producían oro, trataron de conseguirlo a costa de la sangre de los habitantes. Finalmente, fuese porque creyesen que el odio de estos insulares era implacable, o porque temiesen su gran número, o porque habiéndose entregado al furor de la matanza no pudiesen ya detenerla, despoblaron en pocos años la Española, que tenía tres millones de habitantes, y Cuba, en la que había más de seiscientos mil. Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas, testigo de estas matanzas, refiere[1] que los españoles iban a la caza de los hombres con perros. Los desventurados salvajes casi desnudos y sin armas, eran perseguidos como gamos en la espesura de los bosques, devorados por los lobos, y muertos a tiros, o sorprendidos y quemados dentro de sus chozas.

Este testigo ocular declara ante la posteridad que era frecuente

[1] En su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.* "He visto con mis ojos a los españoles adiestrar dogos para cazar y despedazar a los indios. . . Un español que iba de caza y no tenía nada que darles de comer a sus perros, encontró una mujer con un niño, tomó a éste, lo cortó en trozos, y distribuyó la carne entre sus perros, etc."

que un dominico o un franciscano intimase a aquellos desventurados a someterse a la religión cristiana y al rey de España; y, después de esta formalidad que no era sino una injusticia más, se les degollaba sin remordimiento. El relato de Las Casas me parece exagerado en más de un extremo; pero aun suponiendo que decuplique los hechos, todavía queda lo bastante para que nos sobrecojamos de horror.

Sorprende además que esta extinción total de una raza de hombres, en la Española, sucediera ante los ojos y bajo el gobierno de varios religiosos de San Jerónimo, pues el cardenal Jiménez, dueño de Castilla antes de Carlos V, había enviado a cuatro de estos frailes en calidad de presidentes del consejo real de la isla. Indudablemente no pudieron resistir al torrente, y el odio de los naturales del país, implacable con justo motivo, hizo desgraciadamente inevitable su pérdida.

CAPÍTULO CXLVI

VANAS DISPUTAS.—CÓMO FUE POBLADA AMÉRICA.—DIFERENCIAS ESPECÍFICAS ENTRE AMÉRICA Y EL VIEJO MUNDO.—RELIGIÓN.—ANTROPÓFAGOS.—RAZONES POR LAS QUE EL NUEVO MUNDO ESTÁ MENOS POBLADO QUE EL VIEJO

Si América se descubrió por un esfuerzo de la inteligencia, no lo es ciertamente el preguntar constantemente cómo pudieron encontrarse hombres en aquel continente y quién los llevó allí. Si no asombra el hecho de que haya moscas en América, es una estupidez asombrarse de que haya hombres.

El salvaje que cree ser producto de su clima, como su alce y su raíz de yuca, no es más ignorante que nosotros en este punto, y discurre mejor. En efecto, si el negro de África no procede de nuestros pueblos blancos, ¿por qué los cobrizos, los aceitunados y los cenicientos de América habían de proceder de nuestras comarcas? Por otra parte, ¿cuál sería la comarca primitiva? ¿Acaso la naturaleza, que cubre la tierra de flores, de frutos, de árboles y de animales, los colocó, al principio, únicamente en un solo rincón de la tierra para que desde allí se extendiesen por el resto del mundo? ¿O sería en ese rincón donde estarían concentradas al principio toda la yerba y todas las hormigas, que pasaron después al resto de la tierra? ¿Cómo se trasladaron a las tierras australes el musgo y los abetos de Noruega? Cualquier comarca que pueda imaginarse, se encuentra casi desprovista de lo que las demás producen. Será preciso suponer que originariamente lo tenía todo y que no le queda casi nada. Cada clima tiene sus producciones diferentes, y el más rico es muy pobre en comparación con todos los demás juntos. El creador de la naturaleza ha poblado e introducido la variedad en todo el globo. Los abetos de Noruega no son sin duda alguna los padres de los claveros de las Molucas; y así como la yerba de los campos de Arkángel no ha sido producida por la de las riberas del Ganges, tampoco esos abetos han sido originados por los de otro país. No se ocurre pensar que las orugas y los caracoles de una parte del mundo sean originarios de otra

parte; ¿por qué, pues, asombrarse de que existan en América algunas especies de animales y algunas razas de hombres semejantes a las nuestras?

América, lo mismo que África y Asia, produce vegetales y animales que se parecen a los de Europa; y, también como África y Asia, produce muchos que no tienen ninguna analogía con los del viejo mundo.

Las tierras de México, de Perú o del Canadá, no habían dado jamás ni el trigo que constituye nuestro alimento, ni la vid que nos proporciona nuestra bebida ordinaria, ni el olivo del que tanto partido sacamos, ni la mayoría de nuestros frutos. Todos nuestros animales de carga y de tiro, caballos, camellos, asnos, bueyes, eran absolutamente desconocidos. Había en América especies de bueyes y de carneros, pero todas distintas de las nuestras. Los carneros del Perú eran más grandes y más fuertes que los de Europa y servían para llevar cargas. Sus bueyes se parecían a la vez a nuestros búfalos y a nuestros camellos. En México se encontraron rebaños de cerdos que tenían en el lomo una glándula llena de una materia sebosa y fétida; pero no había perros ni gatos. En México y en el Perú había una especie de leones, pero pequeños y desprovistos de crines; y lo más raro es que el león de esos climas era cobarde.

Pueden reducirse, si se quiere, a una sola especie todos los hombres, ya que todos tienen los mismos órganos de la vida, de los sentidos y del movimiento. Pero esta especie aparece evidentemente dividida en muchas otras en lo físico y en lo moral.

En cuanto a lo físico, se creyó ver en los esquimales, que viven hacia los 60° del norte, un rostro y un cuerpo semejante a los de los lapones. Había pueblos vecinos que tenían el rostro cubierto de vello. Los iroqueses, los hurones, y todos los pueblos hasta la Florida, son aceitunados y sin pelo alguno en el cuerpo, excepto en la cabeza. El capitán Rogers, que navegó por las costas de California, descubrió en ellas grupos de negros que no se sospechaba que existiesen en América. En el istmo de Panamá se vio una raza que llamaron del Darién,[1] muy parecida a los albinos de África. Su talla es todo lo más de cuatro pies; y son blancos como los albinos, siendo la única raza de América totalmente blanca. Sus ojos rojos están bordeados de párpados en semicírculo. No ven, y sólo salen de sus agujeros de noche; respecto a los hombres son lo que los búhos respecto a las aves. Los mexicanos y los peruanos son de color bronceado, los brasileños de

[1] Hoy ya casi no quedan individuos de esta raza. *(Nota de Voltaire.)*

un rojo más oscuro, y los pueblos de Chile más cenicientos. Se ha exagerado la talla de los patagones, que viven por el estrecho de Magallanes; pero se cree que es la nación de estatura más alta de toda la tierra.

Entre tantos pueblos tan distintos de nosotros, y tan diferentes entre sí, jamás se han encontrado hombres aislados, solitarios, errantes, como los animales, apareándose como ellos al azar, y dejando a sus hembras para buscar solos sus alimentos. No hay duda de que en la naturaleza humana no se da tal estado, y que en todas partes el instinto de la especie impulsa al hombre a la sociedad y a la libertad; y esto es lo que hace que la prisión, que priva de trato alguno con los hombres, sea un suplicio inventado por los tiranos, suplicio que un salvaje podría soportar todavía menos que el hombre civilizado.

Del estrecho de Magallanes a la bahía de Hudson, se han visto familias reunidas y chozas que componían pueblos; pero no pueblos errantes que cambiasen de habitación al compás de las estaciones como los árabes beduinos y los tártaros; esos pueblos, que carecen de animales de carga, no podrían transportar fácilmente sus cabañas. En todas partes se han encontrado idiomas formados, con los que los más salvajes expresan el pequeño número de sus ideas; otro de los instintos de los hombres es éste de expresar sus necesidades por articulaciones. Esto hace que se hayan formado tantas lenguas distintas, más o menos abundantes, según que los que las hablan tengan más o menos conocimientos. Así, la lengua de los mexicanos estaba más formada que la de los iroqueses, como la nuestra es más regular y más copiosa que la de los samoyedos.

De todos los pueblos de América, sólo uno tenía una religión que, al primer golpe de vista, no parece repugnar a nuestra razón. Los peruanos adoraban al sol como astro benéfico, semejantes en esto a los antiguos persas y a los sabeos; pero si exceptuáis las naciones de América grandes y pobladas, las demás se encontraban sumidas, en su mayoría, en una barbarie ignorante. Sus reuniones no tenían nada de culto regular, y sus creencias no constituían una religión. Es cosa comprobada que los brasileños, los caribes, los mosquitos, las tribus de la Guyana y las del norte, no tenían de un Dios supremo una noción más distinta que los cafres africanos. Este conocimiento exige una mente cultivada y la suya no lo estaba. La naturaleza sólo puede inspirar la idea confusa de algo poderoso y terrible a un salvaje que vea caer el rayo o desbordarse un río. Pero esto no es sino el débil comienzo

del conocimiento de un Dios creador, y de este conocimiento razonado carecía en absoluto América entera.

Los americanos que se habían forjado una religión la habían hecho abominable. No eran sólo los mexicanos los que sacrificaban hombres a no sé qué ser maléfico, y se ha llegado a pretender incluso que los peruanos manchaban así el culto del sol con semejantes holocaustos; pero esto parece haber sido inventado por los vencedores para excusar su barbarie. Los antiguos pueblos de nuestro hemisferio y los más civilizados del otro han coincidido en esta religión bárbara.

Herrera nos asegura que los mexicanos comían las víctimas humanas inmoladas.[1] La mayoría de los primeros viajeros y de los misioneros dicen que los brasileños, los caribes, los iroqueses, los hurones y algunos otros pueblos comían los prisioneros hechos en la guerra, y no consideraban este hecho como una costumbre de algunos individuos, sino como un uso nacional. Tantos autores antiguos y modernos han hablado de antropofagia, que es difícil desmentirlos. Yo he visto en 1725 cuatro salvajes llevados del Mississipi a Fontainebleau. Había entre ellos una mujer, de color ceniciento como sus compañeros, a la cual pregunté por medio del intérprete que los conducía si había comido carne humana, y ella me respondió que sí, con mucha indiferencia, y como si se tratase de una pregunta corriente. Esta atrocidad, tan repugnante a nuestra naturaleza, es, con todo, mucho menos cruel que el asesinato. La verdadera barbarie es la de matar, y no la de disputar un muerto a los cuervos o a los gusanos. Pueblos cazadores, como eran los brasileños y los canadienses, e insulares como los caribes, pudieron ser alguna vez antropófagos, al no disponer siempre de una subsistencia asegurada. El hambre y la venganza los acostumbraron a este alimento, y cuando vemos, en los siglos más civilizados, al pueblo de París devorando los restos sangrientos del mariscal de Ancre, y al pueblo de La Haya comerse el corazón del gran pensionario* de Wit, no debe sorprendernos que un horror pasajero entre nosotros haya perdurado entre los salvajes.

Los libros más antiguos de que disponemos no nos permiten

[1] Antonio de Tordesillas, llamado Herrera, del apellido de su madre, recibió de Felipe II el título de primer historiador de las Indias y de Castilla. La mejor obra que hizo en calidad de tal fueron las *Décadas o Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano, del año 1492 a 1554* (Madrid, 1601-1615, 4 vols. en folio). (Evaristo Bavoux.)

* Pensionario: en el antiguo gobierno de Holanda era oficio público, como el primer consejero de Estado. *(N. del T.)*

dudar de que el hambre haya impulsado a los hombres a tal exceso. El mismo Moisés amenaza a los hebreos, en cinco versículos del Deuteronomio,[1] diciéndoles que se comerán a sus hijos si violan su ley. El profeta Ezequiel repite la misma amenaza,[2] y a continuación, según muchos comentaristas, promete a los hebreos, en nombre de Dios, que si se defienden bien contra el rey de Persia, tendrán para comer carne de caballo[3] y carne de jinete.[4] Marco Pablo, o Marco Polo, dice que, en su época, en una parte de Tartaria, los magos o los sacerdotes (que eran la misma cosa) tenían el derecho de comer la carne de los criminales condenados a muerte. Todo esto repugna; pero el cuadro del género humano produce con frecuencia este efecto.

¿Cómo pueblos separados desde siempre los unos de los otros han podido coincidir en tan horrible costumbre? ¿Habrá que creer que no es tan absolutamente contraria a la naturaleza humana como parece? Es cierto que es rara, pero también es cierto que existe.

No se sabe que ni los tártaros ni los judíos hayan comido con frecuencia a sus semejantes. En los asedios de Sancerre y de París, durante nuestras guerras de religión, el hambre y la desesperación obligaron a las madres a alimentarse con la carne de sus hijos. El caritativo Las Casas, obispo de Chiapas, dice que un horror así no se ha cometido en América sino en unos pueblos que él no ha visitado. Dampierre asegura que jamás ha encontrado antropófagos, y hoy tal vez no haya dos poblados en los que se conserve tan horrible costumbre.

Existe otro vicio totalmente distinto, que parece más opuesto al fin de la naturaleza, que sin embargo han elogiado los griegos, que los romanos han permitido, que se ha perpetuado en las naciones más civilizadas, y que es mucho más común en nuestros climas cálidos y templados de Europa y de Asia que entre los

[1] Capítulo XXVIII, 53-57.
[2] Capítulo V, 10.
[3] Capítulo XXXIX, 20.
[4] Examinando este pasaje, vemos que Dios ordena primero a los israelitas que anuncien a las aves de presa y a las bestias feroces que les dará a devorar la carne de los príncipes y de los guerreros; y a continuación, sin que la construcción gramatical pueda determinar a quién se dirige, habla de comer en su mesa la carne de los caballos y de los jinetes. ¿Habrá de suponerse que Dios repite por dos veces seguidas la misma invitación a las aves de presa, por temor a que no lo hayan entendido la primera? ¿Las invita a comer en su mesa? ¿Su mesa es la tierra en la cual él sirve la carne humana? ¿O es que se la promete a los judíos en recompensa? A los teólogos corresponde juzgar cuál de estas dos interpretaciones está más de acuerdo con la idea que se forman del Ser Supremo. (Kehl.)

hielos del Septentrión. En América se ha encontrado también este capricho de la naturaleza humana; los brasileños practicaban esta costumbre monstruosa y común, y los canadienses la ignoraban. ¿Cómo puede haber sucedido que una pasión que trastorna las leyes de la propagación humana se haya apoderado de los órganos mismos de la propagación?

Otra observación importante es la de que se ha encontrado el centro de América bastante poblado, y sus dos extremos próximos a los polos poco habitados: en general el nuevo mundo no contenía el número de hombres que debía contener. Existen ciertamente causas naturales, como son en primer lugar el frío excesivo, que es tan extremado en América, en la latitud de París y de Viena, como en nuestro continente en el círculo polar.[1]

En segundo lugar, los ríos americanos son en su mayoría veinte o treinta veces más anchos por lo menos que los nuestros. Las crecidas frecuentes han debido llevar consigo la esterilidad, y por consiguiente la mortalidad, en países inmensos. Las montañas, mucho más elevadas, son también menos habitables que las nuestras; los venenos violentos y durables de que la tierra de América está cubierta, hacen mortal la más ligera herida de una flecha impregnada de ellos; y finalmente, la baja mentalidad de la especie humana, en una parte de ese hemisferio, ha debido influir mucho en la despoblación. En general, se ha visto que el entendimiento humano no se encuentra tan formado en el nuevo mundo como en el antiguo. El hombre es en ambos un animal muy débil; en todas partes perecen los niños cuando no se les prestan los cuidados convenientes; y no se puede creer que, cuando los habitantes de las riberas del Rin, del Elba y del Vístula bañaban en estos ríos a sus hijos recién nacidos, en el rigor del invierno, criasen entonces las mujeres alemanas y sármatas tantos niños como hoy, sobre todo en una época en que esos países se encontraban cubiertos de bosques que hacían que el clima fuese más malsano y más rudo que en nuestros últimos tiempos. Mil pueblos de América carecían de una buena alimentación, y no se podía ni darles a los niños una buena leche, ni proporcionarles después subsistencia sana, ni aún suficiente. Esta falta de nutrición ha reducido a varias especies de animales carniceros a un número muy pequeño; y todavía ha de asombrar el que se hayan encontrado en América más hombres que monos.

[1] Esto es bastante exagerado. La diferencia de calor, a los 30° de latitud norte, es de 3.3; a los 40°, de 8.6 a los 50°, de 12.9; y finalmente a los 60°, de 16. En la costa occidental no existen estas variaciones (Jorge Avenel.)

CAPÍTULO CXLVII

HERNÁN CORTÉS

Hernán Cortés partió de la isla de Cuba para nuevas expediciones en el continente (1519). Este simple lugarteniente del gobernador de una isla recién descubierta, seguido de menos de seiscientos hombres, y no disponiendo más que de dieciocho caballos y algunos cañones, marchó a conquistar el Estado más poderoso de América. Desde el primer momento tuvo la suerte de encontrar un español que, habiendo estado prisionero durante nueve años en Yucatán, en el camino de México, le sirvió de intérprete. Una americana, a quien llamó doña Marina, se hizo a la vez su amante y su consejera, y aprendió pronto lo suficiente de español para ser también una intérprete útil. De este modo, el amor, la religión, la avaricia, el valor y la crueldad, condujeron a los españoles a este nuevo hemisferio. Para colmo de dicha, encontraron un volcán lleno de azufre y descubrieron salitre utilizable para renovar en caso de necesidad la pólvora consumida en los combates. Cortés avanzó a lo largo del Golfo de México, tan pronto halagando a los naturales del país, tan pronto haciéndoles la guerra; y encontró ciudades civilizadas en las que florecían las artes. La poderosa república de Tlaxcala, floreciente bajo un gobierno aristocrático, quiso impedirle el paso; pero sólo a la vista de los caballos y al ruido de los cañones huyeron aquellas multitudes mal armadas. Cortés hizo una paz tan ventajosa como quiso, y seis mil de sus nuevos aliados de Tlaxcala le acompañaron en su viaje a México, en cuyo imperio entró sin resistencia, no obstante la oposición del soberano. Este soberano mandaba, sin embargo, según dicen, en treinta vasallos, cada uno de los cuales podía presentarse a la cabeza de cien mil hombres armados de flechas y de esas piedras cortantes con las que sustituían el hierro. ¿Esperaban los conquistadores encontrar establecido en México el gobierno feudal?

La ciudad de México, construida en medio de un gran lago, era el monumento más hermoso de la industria americana. Este

lago, cubierto totalmente de barquitos hechos con troncos de árboles, estaba atravesado por calzadas inmensas. Había en la ciudad casas espaciosas y cómodas construidas de piedra, mercados, tiendas en las que brillaban los trabajos de oro y de plata cincelados y esculpidos, vajillas de barro barnizado, telas de algodón y tejidos de pluma que formaban dibujos deslumbrantes por sus vivos matices. Cerca del gran mercado había un palacio donde se administraba sumariamente la justicia a los comerciantes, como en la jurisdicción de los cónsules de París, que no se estableció hasta el reinado de Carlos IX, después de la destrucción del imperio de México. Los varios palacios del emperador Moctezuma acrecentaban la suntuosidad de la ciudad. Uno de ellos se elevaba sobre columnas de jaspe, y estaba destinado a contener curiosidades de lujo. Otro estaba lleno de armas ofensivas y defensivas, guarnecidas de oro y piedras preciosas; otro estaba rodeado de grandes jardines en los que no se cultivaban más que plantas medicinales, que unos intendentes distribuían gratuitamente entre los enfermos. Se daba cuenta al rey del éxito de sus remedios, y los médicos los registraban a su modo sin conocer la escritura. Las demás magnificencias sólo revelaban el progreso de las artes; y éstas muestran el progreso de la moral.

Si no fuese propio de la naturaleza humana el reunir lo mejor y lo peor, no se comprendería cómo esta moral podía conciliarse con los sacrificios humanos cuya sangre inundaba a México ante el ídolo de Huitzilopochtli, considerado como el rey de los ejércitos. Parece ser que los embajadores de Moctezuma dijeron a Cortés que su señor había sacrificado en sus guerras cerca de veinte mil enemigos, cada año, en el gran templo de México. Es una exageración muy grande y se ve que con ella se han querido disculpar las injusticias del vencedor de Moctezuma; pero en fin, cuando los españoles entraron en este templo encontraron entre sus adornos, cráneos humanos suspendidos como trofeos. Así es como la antigüedad nos pinta el templo de Diana en el Quersoneso Táurico.

Apenas si existen pueblos en los que la religión no haya sido inhumana y sangrienta; ya sabéis que los galos, los cartagineses, los sirios y los antiguos griegos inmolaron hombres. La ley judía parece que permitía estos sacrificios, y en el Levítico se lee: "Si un alma viva ha sido prometida a Dios, no se podrá rescatarla; indefectiblemente ha de morir."[1] Los libros de los judíos refieren

[1] Se lee en el Levítico, XXVII, 28-29: *Omne quod Domino consecratur, sive homo fuerit, sive animal, sive ager, non vendetur, nec redimi pote-*

que, cuando invadieron el pequeño país de los cananeos, mataron, en muchos pueblos, a los hombres, las mujeres, los niños y los animales domésticos, porque habían sido ofrecidos. En esta ley se fundaban los juramentos de Jefté, que sacrificó a su hija, y de Saúl, quien, de no haber sido por los gritos de su ejército, hubiese inmolado a su hijo; y fue también la que autorizaba a Samuel a degollar al rey Agag, prisionero de Saúl, y a cortarlo en trozos: ejecución tan horrible y repugnante como lo más espantoso que pueda encontrarse entre los salvajes. Además, parece ser que los mexicanos sólo inmolaban a sus enemigos, y que no eran antropófagos, como un pequeño número de pueblos americanos.

Su organización en todo lo demás era humana y sabia. La educación de la juventud constituía uno de los fines más importantes del gobierno, y había escuelas públicas para uno y otro sexo. Todavía admiramos a los antiguos egipcios por haber sabido que el año es de trescientos sesenta y cinco días: los mexicanos habían llegado hasta ahí en su astronomía.

La guerra era entre ellos un arte, y por eso habían adquirido tanta superioridad sobre sus vecinos, los cuales consideraban con temor y con envidia este imperio cuya grandeza era mantenida por un orden escrupuloso en su hacienda.

Pero los animales guerreros en que iban montados los principales españoles, el trueno artificial que desencadenaban sus manos, los castillos de madera en que habían venido por el Océano, el hierro que los cubría, sus marchas en las que cada etapa se señalaba por una victoria, tantos motivos de admiración unidos a la debilidad que lleva a los pueblos a admirar: todo esto hizo que cuando Cortés llegó a la ciudad de México fuese recibido por Moctezuma como su señor y por los habitantes como su dios. Se arrodillaban en las calles cuando pasaba un criado español, y se cuenta que un cacique, cuyas tierras hubo de atravesar un capitán español, le presentó esclavos y caza, diciéndole: "Si eres dios, aquí tienes unos hombres: cómetelos; si eres hombre, aquí tiene víveres que esos esclavos te aderezarán."

Los que escribieron los relatos de tan extraños sucesos quisieron exaltarlos con milagros, que sólo sirven para rebajarlos. El verdadero milagro fue la conducta de Cortés. Poco a poco, la corte de Moctezuma, familiarizándose con sus huéspedes, osó tratarlos como a hombres. Una parte de los españoles se encontraba en Veracruz, en el camino de México; un general del em-

rit... Et omnis consecratio quæ offertur ab homine non redimetur, sed morte morietur.

perador, que tenía órdenes secretas, los atacó; y, aunque sus tropas fueron vencidas, quedaron muertos tres o cuatro españoles, e incluso le fue llevada a Moctezuma la cabeza de uno de ellos. Entonces Cortés hizo lo más atrevido que nunca se ha hecho en política, como fue dirigirse al palacio, seguido de cincuenta españoles, y acompañado de doña Marina, que le seguía sirviendo de intérprete; y empleando la persuasión y la amenaza, se llevó prisionero al emperador al cuartel español, le obligó a que le entregase aquellos que habían atacado a los suyos en Veracruz, y mandó encadenar los pies y las manos del mismo emperador, como un general que castiga a un simple soldado; después de lo cual, le hizo reconocerse públicamente vasallo de Carlos V.

Moctezuma y los principales del imperio dieron como tributo anejo a su homenaje seiscientos mil marcos de oro puro, con una increíble cantidad de piedras preciosas, de trabajos en oro, y de cuanto más raro había producido la industria en varios siglos. Cortés separó la quinta parte para el emperador, tomó para sí otra quinta parte, y distribuyó el resto entre los soldados.

Puede contarse entre los mayores prodigios el hecho de que aunque los conquistadores del nuevo mundo se atacaban y destrozaban entre sí, sus conquistas no sufrieron por ello. Jamás apareció la realidad con menos visos de verosimilitud. Mientras Cortés estaba a punto de sojuzgar el imperio de México con quinientos hombres que le quedaban, el gobernador de Cuba, Velázquez, más irritado por la gloria de Cortés, su lugarteniente, que por su poca sumisión, envió casi todas sus tropas, que consistían en ochocientos infantes, ochenta jinetes bien montados, y dos pequeños cañones, para reducir a Cortés, aprehenderlo, y proseguir sus victorias. Cortés, que tenía por una parte que combatir contra mil españoles, y por otra que mantener sometido el continente, dejó ochenta hombres para responder de todo México y marchó, seguido del resto, contra sus compatriotas, de los cuales derrotó a una parte y se ganó a la otra. De este modo, el ejército que había sido enviado para destruirle se alistó bajo sus banderas, y siguió hacia México con él.

El emperador seguía preso en su capital, custodiado por ochenta soldados. El que los mandaba, llamado Alvarado, con el pretexto verdadero o falso de que los mexicanos conspiraban para libertar a su señor, se aprovechó de una fiesta a la que asistían dos mil de los principales señores; y cuando éstos se encontraban ya embriagados por los licores fuertes, cayó sobre ellos con cincuenta soldados, los degolló, junto con su séquito, sin encontrar resistencia, y los despojó de todos los adornos de oro y piedras

preciosas con que se habían engalanado para la fiesta. Esta atrocidad, que todo el pueblo atribuía con razón al furor de su codicia, hizo rebelarse a aquellos hombres tan pacientes; y cuando Cortés llegó, encontró doscientos mil americanos en armas contra ochenta españoles ocupados en defenderse y en guardar al emperador. Sitiaron a Cortés para liberar a su rey, y se precipitaron en masa contra los cañones y los mosquetes. Antonio de Solís llama rebelión a este acto, y al valor desplegado por los indios brutalidad: ¡hasta tal punto la injusticia de los vencedores se ha comunicado a los escritores!

El emperador Moctezuma sucumbió en uno de estos combates, herido desgraciadamente por la mano de sus súbditos. Cortés se atrevió a proponer a este rey, cuya muerte causaba, morir en el cristianismo, siendo la catequista su concubina doña Marina. El rey murió implorando en vano la venganza del cielo contra los usurpadores. Dejó hijos todavía más débiles que él, a quienes los reyes de España no han temido permitir la posesión de unas tierras en el mismo México, y hoy los descendientes en línea recta del poderoso emperador viven allí. Se les llama condes de Moctezuma, y son simples hidalgos cristianos, confundidos entre la muchedumbre. Así fue como los sultanes turcos dejaron subsistir en Constantinopla una familia de Paleólogos. Los mexicanos crearon un nuevo emperador, animado como ellos del deseo de la venganza. Fue éste el famoso Guatimozín,* de destino todavía más trágico que el de Moctezuma.

Guatimozín armó a México entero contra los españoles. La desesperación, unida a la terquedad de la venganza y al odio, precipitaban a estas multitudes contra aquellos mismos hombres a quienes antes sólo se atrevían a mirar de rodillas. Los españoles estaban cansados de matar, y los americanos se relevaban sin desalentarse.

Cortés se vio obligado a salir de la ciudad, donde hubiese tenido que sufrir el hambre; pero los mexicanos habían roto todos los puentes. Los españoles los sustituyeron con los cuerpos de los enemigos; pero en su sangrienta retirada perdieron todos los tesoros de que se habían apoderado para Carlos V y para ellos. Cada día de marcha estaba señalado por una batalla, y continuamente se perdía algún español, cuya sangre se pagaba con la muerte de varios millares de aquellos desventurados que combatían casi desnudos.

* Conservo el nombre de Guatimozín, corrupción de Cuauhtémoc, dado por los historiadores españoles al último rey de México, por ser el que le da también Voltaire. *(N. del T.)*

Cortés, que no tenía ya flota, hizo construir por sus soldados, y por los tlaxcaltecos que tenía consigo, nueve barcos, para volver a México por el mismo lago que parecía defenderle su entrada.

Los mexicanos no temieron entablar una batalla naval. De cuatro a cinco mil canoas, en cada una de las cuales iban dos hombres, cubrieron el lago y se dirigieron a atacar los nueve barcos de Cortés, en los que había unos trescientos hombres. Estos nueve bergantines, que estaban provistos de cañones, aniquilaron pronto la flota enemiga. Cortés, con el resto de sus tropas combatía en los puentes. Los veinte españoles muertos en este combate y los siete u ocho prisioneros constituían un acontecimiento más importante en esta parte del mundo que la multitud de muertos en una de nuestras batallas. Los prisioneros fueron sacrificados en el templo de México.

Al fin, después de nuevos combates, logró capturarse a Guatimozín y a la emperatriz su esposa. Guatimozín se ha hecho famoso por las palabras que pronunció cuando un recaudador de los tesoros del rey de España lo hizo colocar sobre brasas, para arrancarle la declaración del lugar del lago en donde había hecho arrojar sus riquezas. Su gran sacerdote, condenado al mismo suplicio, lanzaba gritos, y Guatimozín le dijo: "¿Estoy yo, acaso, en un lecho de rosas?"

Cortés se hizo dueño absoluto de la ciudad de México, (1521) con la cual cayó todo el resto del imperio bajo el dominio español, así como la Castilla del Oro, el Darién y todas las comarcas vecinas.

¿Cuál fue el premio de los inauditos servicios prestados por Cortés? El mismo que el de Colón. Fue perseguido, y el mismo obispo Fonseca, que había contribuido a que se enviase a España al descubridor de América cargado de cadenas, quiso hacer que se tratase de igual manera al vencedor. Finalmente, a pesar de los títulos con que se galardonó a Cortés en su patria, se vio en ella poco considerado. Apenas si pudo obtener audiencia de Carlos V, y un día, apartando a la muchedumbre que rodeaba el coche del emperador, subió al estribo de la portezuela. Carlos preguntó quién era aquel hombre. "Es, le contestó Cortés, quien os ha dado más Estados que ciudades os dejaron vuestros padres."

CAPÍTULO CXLVIII

LA CONQUISTA DEL PERÚ

Al someter Cortés a Carlos V nuevas tierras en una extensión de más de doscientas leguas de longitud, y más de ciento cincuenta de ancho, creía haber hecho poco. El istmo que une entre dos mares el continente de América no llega a las veinticinco leguas, viéndose desde la cima de una alta montaña, cerca de Nombre de Dios, por un lado el mar que se extiende desde América hasta nuestras costas, y por el otro el que se prolonga hasta las Indias Orientales. El primero ha sido llamado mar del Norte, porque en el Norte nos encontramos, y el segundo, mar del Sur, porque en el Sur es donde están situadas las Indias. Desde el año 1513 se buscaron en este mar del Sur nuevos países que someter.

Hacia el año 1527, dos simples aventureros, Diego de Almagro y Francisco Pizarro, que ni siquiera conocían a su padre, y cuya educación había estado tan abandonada que no sabían ni leer ni escribir, fueron los que le hicieron adquirir a Carlos V nuevas tierras más dilatadas y más ricas que México. Primero reconocieron trescientas leguas de costas americanas navegando hacia el Sur; y pronto oyeron decir que hacia la línea equinoccial y bajo el otro trópico existía una comarca inmensa en la que el oro, la plata y las piedras preciosas eran más corrientes que la madera, y que el país se encontraba gobernado por un rey tan despótico como Moctezuma; porque en todo el universo el despotismo es el fruto de la riqueza.

Desde el país de Cuzco y desde las proximidades del trópico de Capricornio hasta la altura de la isla de las Perlas, situada a los 6° de latitud septentrional, un solo rey extendía su dominio absoluto en un espacio de más de treinta grados. Pertenecía a una raza de conquistadores llamada de los *incas*. El primero de estos incas que había sometido el país, y que le había impuesto leyes, pasaba por ser hijo del Sol. De este modo, los pueblos más civilizados del viejo mundo y del nuevo se parecían en la costumbre

de deificar a los hombres extraordinarios, fuesen conquistadores, o legisladores.

Garcilaso de la Vega, descendiente de estos incas, trasladado a Madrid, escribió su historia hacia el año 1608. Era ya de edad avanzada, y su padre podía haber visto fácilmente la revolución ocurrida hacia el año 1530. Realmente no podía saber con exactitud la historia detallada de sus antepasados, ya que ningún pueblo de América había conocido el arte de la escritura; semejantes en esto a las antiguas naciones tártaras, a los habitantes del África meridional, a nuestros antepasados los celtas y a los pueblos del septentrión, ninguna de estas naciones tuvo nada que pudiera llamarse historia. Los peruanos transmitían los principales hechos a la posteridad por nudos que hacían en unas cuerdas; pero en general las leyes fundamentales, los puntos más esenciales de la religión y las grandes hazañas desprovistas de detalles, pasan con bastante fidelidad de boca en boca. Así, Garcilaso podía estar enterado de algunos hechos principales. Sólo sobre estos hechos se le puede creer. Afirma que en todo el Perú se adoraba al Sol, culto más razonable que ningún otro, en un mundo en el que la razón humana no se encontraba perfeccionada. Plinio no admite otro dios, entre los romanos de los tiempos más ilustrados. Platón, más sabio que Plinio, había llamado al Sol el *hijo de Dios* y el esplendor del Padre; y este astro fue reverenciado mucho tiempo antes por los magos y por los antiguos egipcios. La misma verosimilitud y el mismo error reinaron igualmente en ambos hemisferios.

Los peruanos tenían obeliscos y gnomones, para marcar los puntos de los equinoccios y solsticios. Su año era de trescientos sesenta y cinco días; tal vez la ciencia del antiguo Egipto no se extendió más allá. También habían erigido prodigios de arquitectura y tallado estatuas con un arte sorprendente. Era la nación más civilizada y más industriosa del nuevo mundo.

El inca Huáscar padre de Atahualpa,* último inca, en cuyo reinado fue destruido este vasto imperio, lo había engrandecido y embellecido mucho. Este inca, que conquistó todo el país de Quito, hoy la capital del Perú, había hecho, con el trabajo de sus soldados y de los pueblos vencidos, un gran camino de quinientas leguas desde Cuzco hasta Quito, a través de precipicios rellenados y de montañas explanadas. Este monumento de la obediencia y de la industria humana no fue después mantenido en buen estado por los españoles. Relevos de hombres situados de media en media

* Huáscar y Atahualpa no eran padre e hijo, sino hermanos; hijos de Huaina-Capac. *(N. del T.)*

legua, transmitían las órdenes del monarca por todo su imperio. Tal era la organización; y si se quiere juzgar de la magnificencia, basta con saber que el rey era transportado en sus viajes en un trono de oro, que pesaba veinticinco mil ducados, y que las andas de hojas de oro en las que iba el trono las llevaban los hombres principales del Estado.

En las ceremonias pacíficas y religiosas en honor del sol, se danzaba; nada tan natural, ya que es una de las costumbres más antiguas de nuestro hemisferio. Para que las danzas fuesen más solemnes, Huáscar hacía que los bailarines llevasen una cadena de oro de una longitud de setecientos pasos geométricos, y del grueso de la muñeca; y cada uno levantaba un eslabón. Hay que deducir de este hecho que el oro era en el Perú más corriente que entre nosotros el cobre.

Francisco Pizarro atacó este imperio con doscientos cincuenta infantes, sesenta jinetes y una docena de cañones pequeños arrastrados con frecuencia por los esclavos de los países ya dominados. Llegó por el mar del Sur a la altura de Quito, al otro lado del ecuador, y donde reinaba a la sazón[1] Atahualpa, hijo de Huáscar, el cual se encontraba en Quito con unos cuarenta mil soldados armados de flechas y de picas de oro y de plata. Pizarro comenzó, como Cortés, por una embajada, y ofreció al inca la amistad de Carlos V. El inca respondió que no admitía como amigos a los depredadores de su imperio hasta que hubiesen devuelto cuanto habían robado en su camino; y después de esta respuesta, marchó contra los españoles. Cuando el ejército del inca y la pequeña tropa castellana estuvieron frente a frente, los españoles quisieron todavía poner de su parte hasta las apariencias de la religión. Un fraile, llamado Valverde, que había sido hecho obispo de aquel país que todavía no les pertenecía, se adelantó con un intérprete hacia el inca, llevando una Biblia en la mano, y le dijo que había que creer todo lo que contenía aquel libro. Hízole un largo sermón acerca de todos los misterios del cristianismo, y aunque los historiadores no están de acuerdo sobre el modo como el sermón fue recibido, convienen todos en que la predicación terminó con el combate.

Los cañones, los caballos y las armas de fuego, hicieron en los peruanos el mismo efecto que en los mexicanos. Los españoles sólo tuvieron el trabajo de matar; y Atahualpa, arrancado de su trono de oro por los vencedores, fue cargado de cadenas.

Con objeto de conseguir una rápida libertad, el emperador pro-

[1] En el año 1532.

metió un considerable rescate, obligándose, según Herrera y Zárate, a dar tanto oro como podía contener una de las salas de su palacio hasta la altura de su mano, que elevó en el aire por encima de su cabeza. Al punto, sus correos partieron de todas partes para reunir el inmenso rescate, y el oro y la plata llegaban todos los días al cuartel de los españoles; pero fuese porque los peruanos se cansasen de despojar el imperio por un cautivo, o porque Atahualpa no los hiciese apresurarse, no fueron cumplidas todas sus promesas. Los vencedores se irritaron, y su avaricia defraudada llegó al exceso de condenar al emperador a ser quemado vivo, prometiéndole, como única gracia, que en el caso de que accediese a morir cristiano se le estrangularía antes de quemarlo. El mismo obispo Valverde le habló del cristianismo por un intérprete, le besó, e inmediatamente después fue ahorcado y arrojado a las llamas. El desgraciado Garcilaso, inca hecho español, dice que Atahualpa había sido muy cruel con su familia, y que merecía la muerte; pero no se atreve a decir que no les correspondía a los españoles castigarle por eso. Algunos escritores, testigos oculares, como Zárate, afirman que Francisco Pizarro había partido ya para ir a llevarle a Carlos V una parte de los tesoros de Atahualpa, y que sólo Almagro fue culpable de esta barbarie. El obispo de Chiapas a quien ya he citado, añade que se hizo sufrir el mismo suplicio a muchos capitanes peruanos que, con una generosidad tan grande como la crueldad de los vencedores, prefirieron recibir la muerte a descubrir los tesoros de sus señores.

Mientras tanto, del rescate pagado ya por Atahualpa, cada jinete español recibió doscientos cincuenta marcos de oro puro, y cada infante ciento sesenta; y se repartió unas diez veces la misma cantidad de plata, en la misma proporción, de modo que cada jinete recibió una tercera parte más que cada infante. Los oficiales reunieron riquezas inmensas, y se enviaron a Carlos V treinta mil marcos de plata, tres mil de oro no elaborado, y veinte mil marcos de peso de plata con dos mil de oro en trabajos del país. Si hubiese recibido con frecuencia semejantes tributos, América le habría servido para tener subyugada una parte de Europa, y sobre todo a los papas.

No se sabe si se debe admirar el valor obstinado de los que descubrieron y conquistaron tantas tierras, o detestar su ferocidad: tanto bien y tanto mal procedían de la misma fuente, que era la avaricia. Diego de Almagro marchó a Cuzco a través de muchedumbres que había que vencer, y llegó hasta Chile, más allá del trópico de Capricornio. De todas estas tierras iba tomando posesión en nombre de Carlos V.

Poco después, suscitóse la discordia entre los vencedores del Perú, de igual modo que había dividido a Velázquez y a Hernán Cortés en la América septentrional. Diego de Almagro y Francisco Pizarro promovieron la guerra civil en Cuzco mismo, capital de los incas. Todos los soldados que habían recibido de Europa se dividieron, combatiendo por el jefe que habían escogido. Trabaron combate sangriento ante los muros de Cuzco, sin que los peruanos se atreviesen a aprovechar la debilitación de su enemigo común; por el contrario, había peruanos en cada ejército combatiendo por sus tiranos, y las multitudes de peruanos dispersas esperaban estúpidamente a saber a qué partido de sus destructores quedarían sometidos, cuando cada partido no constaba de más de trescientos hombres; ¡hasta tal punto la naturaleza ha dado en todo la superioridad a los europeos sobre los habitantes del nuevo mundo! Finalmente, Almagro cayó prisionero, y su rival, Pizarro, lo hizo degollar; pero poco después fue asesinado a su vez por los amigos de Almagro.

Ya se iba organizando en todo el nuevo mundo la administración española. Las grandes provincias tenían gobernadores. Se habían fundado audiencias, que son sobre poco más o menos lo que nuestros parlamentos; y toda la jerarquía eclesiástica, formada por arzobispos, obispos y tribunales de la Inquisición, ejercía sus funciones como en Madrid, cuando los capitanes que habían conquistado el Perú para el emperador Carlos V quisieron tomarlo para ellos. Un hijo de Almagro se hizo reconocer rey del Perú; pero otros españoles, que preferían obedecer a su señor que quedaba en Europa que a su compañero convertido en su soberano, le prendieron, y le hicieron morir por mano del verdugo. La misma ambición y la misma suerte corrió un hermano de Francisco Pizarro. No hubo, pues, contra Carlos V más rebeliones que las de los españoles mismos, pero ninguna de los pueblos sometidos.

En medio de estos combates que los vencedores libraban entre sí, descubrieron las minas del Potosí, que hasta los peruanos desconocían. No es exagerado decir que la tierra de esta comarca era toda de plata, y todavía hoy se encuentra muy lejos de estar agotada. Los peruanos trabajaron en estas minas en beneficio de los españoles, como sus verdaderos propietarios. Pronto se unieron a estos esclavos otros, negros, comprados en África, y que eran llevados al Perú como animales destinados al servicio de los hombres.

No se trataba, en efecto, ni a estos negros, ni a los habitantes del nuevo mundo como a una especie humana. El religioso dominico Las Casas, obispo de Chiapas, de quien ya hemos hablado, conmovido por la crueldad de sus compatriotas y las miserias de

tantos pueblos, tuvo el valor de quejarse a Carlos V y a su hijo Felipe II en escritos que todavía se conservan. En ellos describe a casi todos los americanos como hombres de carácter dulce y tímido y de un temperamento débil que los hace naturalmente esclavos. Dice que los españoles sólo vieron en esta debilidad la facilidad ofrecida a los vencedores para destruirlos, y que en Cuba, en Jamaica y en las islas vecinas, hicieron perecer a más de un millón doscientos mil hombres, como cazadores que limpian una tierra de bestias feroces. "Los he visto —dice—, en la isla de Santo Domingo y en la de Jamaica, llenar los campos de horcas, de las que colgaban a estos desventurados de trece en trece, en honor, según decían, de los trece apóstoles. Yo los he visto darles a sus perros de caza niños para que los devorasen."[1]

Un cacique de la isla de Cuba, llamado Hatucu, condenado por ellos a ser quemado vivo, por no haber dado bastante oro, fue entregado, antes de que se encendiese la hoguera, en manos de un franciscano que le exhortó a morir cristiano, y que le prometió el cielo. "¡Cómo! ¿Los españoles irán al cielo?, preguntó el cacique. "Sí, sin duda", dijo el fraile. "Pues si es así, no quiero ir al cielo", replicó el príncipe. Un cacique de Nueva Granada, que se encuentra entre el Perú y México, fue quemado públicamente por haber prometido en vano llenar de oro la habitación de un capitán.

Millares de americanos servían a los españoles de bestias de carga; y cuando su fatiga les impedía seguir caminando, los mataban.

Finalmente, este testigo ocular afirma que, entre las islas y la tierra firme, este pequeño número de europeos hizo perecer a más de doce millones de americanos. "Para justificaros —añade—, decís que estos desventurados eran culpables de sacrificios humanos y que, por ejemplo, en el templo de México se habían sacrificado veinte mil hombres. Yo tomo como testigo al cielo y la tierra de que los mexicanos, usando del bárbaro derecho de la guerra, no hicieron sufrir la muerte en sus templos ni a ciento cincuenta prisioneros."

De todo cuanto acabo de citar se deduce que probablemente los españoles exageraron mucho las depravaciones de los mexicanos, y que el obispo de Chiapas exageraba también a veces sus reproches contra sus compatriotas. Observemos aquí que, si se les censura a los mexicanos por haber sacrificado en ocasiones enemigos vencidos al dios de la guerra, los peruanos jamás hicieron sacri-

[1] Véase la nota final del capítulo CXLV.

ficios semejantes al Sol, al que consideraban como el dios benéfico de la naturaleza. La nación peruana era tal vez la más apacible de toda la tierra.

Al fin las quejas reiteradas de Las Casas no fueron inútiles. Las leyes enviadas de Europa suavizaron un poco la suerte de los americanos, que hoy son súbditos sometidos, pero no esclavos.

CAPÍTULO CXLIX

EL PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

Esta mezcla de grandeza y de crueldad asombra e indigna. Extremados fueron los horrores que deshonraron los altos hechos de los vencedores de América; pero la gloria de Colón es pura. Así lo fue también la de Magalhaens, a quien nosotros llamamos Magallanes, que proyectó dar por mar la vuelta al mundo, y de Sebastián Elcano, que fue el primero que completó este prodigioso viaje, que hoy día ya no es prodigio.

En 1519, en los días en que se iniciaban las conquistas españolas en América, en medio de los grandes éxitos de los portugueses en Asia y en América, fue cuando Magallanes, descubriendo para España el estrecho que lleva su nombre, fue el primero en penetrar en el mar del Sur, y navegando de Occidente a Oriente encontró las islas que después se llamaron Marianas.

Estas islas Marianas, situadas cerca de la línea, merecen una atención particular. Sus habitantes no conocían el fuego, que les era absolutamente inútil, y se alimentaban de los frutos que sus tierras producen en abundancia, sobre todo del coco, del sagú, médula de una especie de palmera muy superior al arroz, y de la rima, fruto de un gran árbol al que se ha llamado *árbol del pan*, porque sus frutos pueden substituirlo. Afirman que la duración ordinaria de su vida es de ciento veinte años, y lo mismo se dice de los brasileños. Estos insulares no eran ni salvajes ni crueles, y ninguna de las comodidades que podían desear les faltaba. Sus casas, construidas con tablas de cocoteros, hábilmente dispuestas, eran limpias y ordenadas. Cultivaban jardines plantados con arte, y quizá eran los menos desventurados y los menos malos de todos los hombres. Sin embargo, los portugueses llamaron a su país las *islas de los Ladrones*, porque estos pueblos, que ignoraban el *tuyo* y el *mío*, se comieron algunas provisiones del barco. Lo mismo que los hotentotes, no tenían religión, como no la había tampoco en muchas naciones africanas y americanas. Pero más allá de estas islas, en dirección a las Molucas, hay otras en las que la

religión mahometana había sido llevada en tiempo de los califas. Los mahometanos habían llegado a ellas por el mar de la India, y los cristianos llegaban entonces por el mar del Sur. Si los mahometanos árabes hubiesen conocido la brújula, ellos hubiesen sido los que descubriesen América, ya que se encontraban en el camino; pero jamás navegaron más allá de la isla de Mindanao, al oeste de las Manilas. Este vasto archipiélago estaba poblado por hombres de especies diferentes, unos blancos, otros negros, y los demás aceitunados o rojizos. La naturaleza siempre es más variada en los climas cálidos que en los septentrionales.

Por lo demás, Magallanes era un portugués a quien se le había negado un aumento de paga de seis escudos. Esta negativa le hizo decidirse a servir a España, y a buscar por América un paso para llegar a las posesiones de los portugueses en Asia. En efecto, después de su muerte, sus compañeros se establecieron en Tidore, la principal de las islas Molucas, donde se dan las más valiosas especias.

Los portugueses se asombraron al encontrar allí a los españoles y no pudieron comprender cómo habían llegado por el mar oriental, cuando todos los barcos de Portugal sólo podían venir de Occidente. No sospechaban que los españoles hubiesen dado parte de la vuelta al mundo. Se necesitó una nueva geografía para poner fin a las diferencias entre españoles y portugueses, y para reformar la sentencia dada por la curia romana sobre sus pretensiones y sobre los límites de sus descubrimientos.

Es de saber que, cuando gracias al célebre príncipe don Enrique comenzaban a retroceder en nuestro provecho los límites del universo, los portugueses pidieron a los papas la posesión de todo lo que descubriesen. Subsistía la costumbre de pedir reinos a la Santa Sede, desde que Gregorio VII se arrogó el derecho a darlos; con esto se creía estar a cubierto de una usurpación extranjera, e interesar a la religión en estas nuevas fundaciones. Varios pontífices confirmaron a Portugal los derechos que había adquirido, y que ellos no podían quitarle.

Cuando los españoles comenzaban a establecerse en América, el papa Alejandro VI dividió los dos nuevos mundos, el americano y el asiático, en dos partes: todo lo que se encontraba al oriente de las islas Azores debía pertenecer a Portugal; todo lo que estaba al occidente se le atribuyó a España, y se trazó una línea sobre el globo que marcaba los límites de estos derechos recíprocos, y que fue llamada *línea de demarcación*. Pero el viaje de Magallanes trastornó la línea del papa. Las islas Marianas, las Filipinas y las Molucas se encontraban al oriente de los descu-

brimientos portugueses. Fue preciso, pues, trazar una nueva línea *de demarcación.* ¿Qué es más asombroso? ¿Que se hayan descubierto tantos países o que unos obispos de Roma los hayan adjudicado todos?

Todas estas líneas volvieron a ser trastornadas cuando los portugueses llegaron al Brasil; y no fueron respetadas ni por los franceses ni por los ingleses, que se establecieron a continuación en la América septentrional. Es cierto que estas naciones no han hecho sino espigar después de las ricas cosechas recogidas por los españoles; pero también han tenido al fin colonias considerables.

El efecto funesto de todos estos descubrimientos y de estas colonizaciones ha sido que nuestras naciones comerciantes se hicieran la guerra en América y en Asia, cada vez que se la declaraban en Europa. Han destruido recíprocamente sus colonias nacientes. Los primeros viajes tuvieron por objeto unir todas las naciones; los últimos fueron emprendidos para destruirnos en los confines del mundo.

Constituye un gran problema saber si Europa ha salido ganando al ir a América. Es cierto que los españoles sacaron al principio inmensas riquezas; pero España quedó despoblada, y estos tesoros compartidos al fin por tantas otras naciones, han devuelto la igualdad que al principio alteraron. El precio de los artículos ha aumentado en todas partes. De este modo, nadie ha ganado en realidad. Queda por saber si la cochinilla y la quina tienen un valor lo bastante grande para compensar la pérdida de tantos hombres.

CAPÍTULO CL

EL BRASIL

Cuando los españoles invadían la parte más rica del nuevo mundo, los portugueses, poseedores en exceso de los tesoros del antiguo, relegaban al olvido el Brasil, que habían descubierto en 1500, pero que no volvieron a buscar.

Su almirante Cabral, después de haber sobrepasado las islas del Cabo Verde para ir, por el mar Austral, de África a las costas de Malabar, se desvió de tal modo al occidente que vio la tierra del Brasil; que es de todo el continente americano la más cercana de África, siendo la que debía haberse descubierto la primera, ya que sólo hay treinta grados de longitud desde esta tierra al monte Atlas. Era fértil, y en ella reinaba una primavera perpetua. Todos sus habitantes, altos, bien formados, vigorosos y de un color rojizo, iban desnudos, excepto un ancho cinturón que les servía de bolsa.

Eran pueblos cazadores, que por consiguiente no tenían una subsistencia asegurada, lo cual les hacía ser necesariamente feroces; guerreaban con flechas y mazas para disputarse algunas piezas de caza, del mismo modo que guerrean los bárbaros civilizados del antiguo continente por algunas ciudades. La cólera y el resentimiento por una injuria los hacían armarse con frecuencia, como se cuenta de los primeros griegos y de los asiáticos. No sacrificaban hombres, porque careciendo de todo culto religioso, no tenían que hacer sacrificios, como los mexicanos; pero se comían a sus prisioneros de guerra, y Américo Vespucio refiere en una de sus cartas que se asombraron cuando se les hizo entender que los europeos no se comían a sus prisioneros.

Por lo demás, los brasileños no tenían más leyes que las que se fijaban al azar para el momento presente por el pueblo reunido en asamblea; sólo el instinto los gobernaba. Este instinto los llevaba a cazar cuando tenían hambre, a unirse con las mujeres cuando la necesidad se lo exigía, y a satisfacer esta necesidad pasajera con muchachos.

Estos pueblos constituyen una prueba bastante decisiva de que América no había sido conocida jamás por el viejo mundo, pues se habría llevado alguna religión a esta tierra tan poco alejada de África. Es muy difícil que no quedase en ella rastro alguno de esta religión, cualquiera que fuese; pero no se encontró ninguna. Algunos charlatanes, que llevaban plumas en la cabeza, excitaban a los pueblos al combate, les hacían observar la luna nueva y les daban hierbas que no curaban sus enfermedades; pero ningún viajero ha dicho, no obstante la inclinación general a afirmarlo, que viese entre ellos sacerdotes, altares y un culto.

Los mexicanos y los peruanos, pueblos civilizados, tenían un culto establecido, y entre ellos la religión mantenía el Estado, ya que se encontraba completamente subordinada al príncipe; pero no existía Estado alguno entre unos salvajes sin necesidades ni organización.

Portugal dejó casi olvidadas, durante cerca de cincuenta años, las colonias que los comerciantes habían enviado al Brasil; hasta que al fin, en 1559, se hicieron sólidos establecimientos, y los reyes de Portugal recibieron a la vez los tributos de ambos mundos. El Brasil aumentó las riquezas de los españoles cuando su rey Felipe II se apoderó de Portugal en 1581. Los holandeses se lo arrebataron casi por entero a los españoles desde 1625 hasta 1630.

Estos mismos holandeses arrebataban a España cuanto Portugal había fundado en el viejo mundo y en el nuevo. Finalmente, cuando Portugal sacudió el yugo de los españoles, volvió a entrar en posesión de las costas del Brasil. Este país ha producido a sus nuevos dueños lo que México, Perú y las islas, daban a los españoles en oro, plata y artículos preciosos. Incluso en estos últimos tiempos, se han descubierto allí minas de diamantes, tan abundantes como las de Golconda. Pero ¿qué ha sucedido? Tantas riquezas han empobrecido a los portugueses. Las colonias de Asia y del Brasil se habían llevado muchos habitantes; y los demás, confiados en el oro y los diamantes, dejaron de explotar las verdaderas minas, que son la agricultura y las manufacturas. Sus diamantes y su oro les sirvieron apenas para pagar las cosas necesarias que les proporcionaron los ingleses; y ha sido, en efecto, para Inglaterra para la que los portugueses han trabajado en América. Finalmente, cuando Lisboa fue destruida, en 1756, por un temblor de tierra, fue preciso que Londres enviase hasta dinero a Portugal, que carecía de todo. En este país el rey es rico, y el pueblo es pobre.

CAPÍTULO CLI

LAS POSESIONES FRANCESAS EN AMÉRICA

Los españoles sacaban ya de México y del Perú tesoros inmensos, que sin embargo no les enriquecieron mucho al fin, cuando las demás naciones, envidiosas y excitadas por su ejemplo, no poseían aún en las otras partes de América ni una sola colonia que les fuese provechosa.

El almirante Coligny, que tenía grandes ideas acerca de todo, pensó, en 1557, en el reinado de Enrique II, establecer a los franceses y a su secta en el Brasil; allí fue enviado el caballero de Villegagnon, calvinista entonces, y el propio Calvino se interesó en la propia empresa. Los ginebrinos no eran entonces tan buenos comerciantes como hoy. Calvino envió más predicadores que cultivadores; y estos ministros, que querían dominar, tuvieron con el comandante violentos altercados, y suscitaron una sedición. La colonia se dividió, y los portugueses la destruyeron. Villegagnon renunció a Calvino y a sus ministros; los trató de perturbadores, y ellos le trataron a él de ateo, y al fin se perdió el Brasil para Francia, que jamás ha sabido fundar grandes colonias.

Se decía que la familia de los incas se había retirado a este dilatado país limítrofe del Perú; que en él se habían refugiado la mayoría de los peruanos, para escapar a la avaricia y a la crueldad de los cristianos de Europa; que vivían cerca de un lago llamado Parima cuyas arenas eran de oro, y que existía allí una ciudad cuyos tejados estaban cubiertos de este metal: los españoles llamaban a dicha ciudad Eldorado, y la buscaron durante mucho tiempo.

Este nombre de Eldorado despertó la codicia de todas las potencias. La reina Isabel envió en 1596 una flota mandada por el sabio y desgraciado Raleigh, para disputar a los españoles este nuevo botín. Raleigh, en efecto, penetró en el país habitado por hombres rojos, en el cual afirma que hay un pueblo cuyos individuos tiene los hombros tan altos como la cabeza. Estaba seguro de que allí había minas, y trajo un centenar de grandes plan-

chas de oro y algunos trozos de este metal labrados; pero no encontró ni la ciudad de Eldorado, ni el lago Parima. Los franceses, tras de varias tentativas, se establecieron en 1664 en el extremo de este extenso territorio, en la isla de Cayena, que no tiene más que unas quince leguas de perímetro. Llamóse a esto *la Francia equinoccial*. Esta Francia se reducía a un pueblo compuesto por unas ciento cincuenta casas de barro y de madera; y la isla de Cayena casi no ha valido nada hasta el reinado de Luis XIV, que fue el primero de los reyes de Francia que fomentó realmente el comercio marítimo. Esta isla fue arrebatada a los franceses por los holandeses en la guerra de 1672; pero una flota de Luis XIV la recuperó. Hoy produce un poco de añil y café malo, pero se ha comenzado con éxito a cultivar en ella las especias. La Guyana era, según dicen, el país más hermoso de América en el que los franceses pudieron haberse establecido, y fue del que menos caso hicieron.

A los ingleses les hablaron de la Florida, entre el viejo y el nuevo México. Los españoles poseían ya una parte de esta península, a la que incluso dieron el nombre que lleva; pero como un armador francés pretendiese haber desembarcado casi por el mismo tiempo que ellos, existía un derecho que discutir; porque las tierras de los americanos debían pertenecer, por nuestro derecho de gentes o de conquista, no solo al primero que las invadía, sino a quien decía haberlas visto primero.

El almirante Coligny había enviado, en el reinado de Carlos IX, hacia el año 1564, una colonia hugonote, pues quería llevar su religión a América, como los españoles habían llevado la suya. Estos últimos destruyeron esta colonia (1565), y colgaron de los árboles a todos los franceses con una gran cartel en la espalda, en el que decía: "Ahorcado, no por francés, sino por hereje."

Algún tiempo después, un gascón, el caballero de Gourgues, se puso al frente de algunos corsarios para intentar recuperar la Florida. Apoderóse de un pequeño fuerte español, e hizo ahorcar a su vez a los prisioneros, sin olvidar ponerles otro cartel. "Ahorcados, no por españoles, sino por ladrones y marranos", decía éste. Los pueblos de América veían ya cómo sus depredadores europeos los vengaban, al exterminarse los unos a los otros; y con frecuencia han tenido este consuelo.

Después de haber ahorcado a los españoles, fue preciso, para que no se repitiera el hecho, evacuar la Florida, a la que los franceses renunciaron. Era un país mejor que la Guyana; pero las espantosas guerras de religión que diezmaban entonces a los

habitantes de Francia no les permitían ir a degollar y a convertir salvajes, ni a disputar a los españoles estas hermosas comarcas.

Ya los ingleses se posesionaban de las tierras mejores y más ventajosamente situadas que se puedan poseer en la América Septentrional más allá de la Florida cuando dos o tres comerciantes normandos, animados por una leve esperanza de hacer un pequeño negocio de peletería, equiparon algunos barcos, y fundaron una colonia en el Canadá, país cubierto de nieves y de hielos durante ocho meses del año, habitado por bárbaros, por osos y por castores. Esta tierra, descubierta antes, en el año 1535, había sido abandonada; pero al fin, tras de varias tentativas mal apoyadas por un gobierno que no tenía marina, una pequeña compañía de comerciantes de Dieppe y de Saint-Malo fundó Quebec, en 1608, es decir, que construyó algunas cabañas, las cuales no se convirtieron en una verdadera ciudad hasta el reinado de Luis XIV.

Esta colonia, la de Luisburgo, y todas las demás de esta nueva Francia, han sido siempre muy pobres, mientras que hay quince mil carrozas en la ciudad de México y más aún en la de Lima. Pero no por ser pobres han dejado estos países de constituir motivo de guerra casi continua, sea con los naturales, o con los ingleses, que, poseedores de mejores territorios, han querido apoderarse del de los franceses, para ser los únicos dueños del comercio de esta parte boreal del mundo.

Los habitantes del Canadá no eran de la misma raza que los de México, Perú y el Brasil. Se les parecían en carecer, como ellos, de pelo, que no tenían más que en la cabeza y en las cejas.[1] Pero se diferenciaban por el color, más parecido al nuestro, y todavía más por su altivez y valor. Jamás conocieron la organización monárquica; el espíritu republicano ha dominado, pues, en todos los pueblos del norte, lo mismo en el viejo mundo que en el nuevo. Todos los habitantes de la América septentrional, desde las montañas Apalaches al estrecho de Davis, son campesinos y cazadores divididos en poblados, institución natural de la especie humana.

[1] Es muy verosímil, como ya hemos dejado dicho, que si estos hombres están privados de pelo sea porque se lo arrancan en cuanto comienza a nacer. (Kehl.)—Esta nota apareció por primera vez en las ediciones de Kehl, en las que se atribuye a Voltaire, y durante mucho tiempo la creí suya. Si hoy se la endoso a los editores de Kehl, es porque son ellos quienes hicieron la observación que citan. (Véase su nota al párrafo VIII de la *Introducción*). Por otra parte, Voltaire se ha burlado de esta idea en el capítulo XXXVI de *Las singularidades de la naturaleza*, y en sus *Cuestiones sobre la Enciclopedia* (refundidas en el *Diccionario filosófico*). (Beuchot.)

Rara vez les hemos dado el nombre de indios, con el que designamos muy impropiamente a los naturales del Perú y del Brasil. Llamóse a estos países Indias porque de ellos venían tantos tesoros como de la India verdadera. A los americanos del norte se les llamó únicamente *salvajes*, aún siéndolo menos, en algunos aspectos, que los campesinos de nuestras costas europeas, que durante tanto tiempo gozaron del derecho de saquear los barcos náufragos, matando a los tripulantes. La guerra, crimen y azote de todos los tiempos y de todos los hombres, no tenía entre los americanos como entre nosotros, el interés por motivo; el móvil era de ordinario el insulto y la venganza, como sucedía entre los brasileños y entre todos los salvajes.

Lo más horrible era la costumbre de los canadienses de hacer morir en el suplicio a sus enemigos cautivos, para comérselos después. Tal horror les era común con los brasileños, separados de ellos por una distancia de cincuenta grados. Los unos y los otros se comían a los enemigos como el cazador la caza. Es una costumbre nada corriente; pero la ha tenido más de un pueblo, y ya hemos tratado de ella en otra parte.[1]

Los hombres eran con frecuencia antropófagos en esas tierras estériles y heladas del Canadá; y no lo eran en la Acadia, país mejor y en el que no se carece de alimento; así como tampoco lo eran en el resto del continente, excepto en algunos lugares del Brasil, y en las islas Caribes.

Algunos jesuitas y algunos hugonotes, reunidos por una singular fatalidad, cultivaron la naciente colonia del Canadá, la cual se alió a continuación con los hurones que hacían la guerra a los iroqueses. Estos perjudicaron mucho a la colonia, cogiendo prisioneros a algunos jesuitas, a quienes, según dicen, se comieron. No fueron menos funestos los ingleses para la recién fundada Quebec. Apenas comenzaba esta ciudad a ser construida y fortificada (1629), cuando la atacaron y tomaron toda la Acadia, lo cual no quiere decir otra cosa sino que destruyeron unas cabañas de pescadores.

Los franceses, por lo tanto, no tenían en esta época ninguna colonia, ni en América ni en Asia.

La compañía mercantil que se había arruinado en estas empresas quiso reparar sus pérdidas, y solicitó con ahínco del cardenal de Richelieu que la incluyese en el tratado de Saint-Germain, hecho con los ingleses. Éstos devolvieron lo poco que habían invadido, de lo cual no hacían caso alguno; y este poco se con-

[1] En el *Diccionario filosófico*, palabra ANTROPÓFAGOS.

virtió a continuación en la Nueva Francia. Esta nueva Francia permaneció durante largo tiempo en un estado miserable, sosteniéndose la compañía con los escasos productos proporcionados por la pesca del bacalao. Entonces, los ingleses, enterados de estas pequeñas ganancias, volvieron a apoderarse de Acadia.

Devolviéronla nuevamente por el tratado de Breda (1654). Se han apoderado de ella, en suma, cinco veces, y conservan su propiedad por la paz de Utrecht (1713), paz afortunada entonces, y que después ha sido funesta para Europa; porque, como ya veremos, no habiendo determinado los ministros que hicieron este tratado los límites de la Acadia, y queriendo dilatarlos Inglaterra, y Francia estrecharlos, este rincón de la tierra ha sido el motivo de una guerra violenta entre las dos naciones rivales, en 1755; y esta guerra originó por otra parte, la de Alemania, que no tenía ninguna relación con ella. La complicación de los intereses políticos ha llegado a un grado tal que un cañonazo disparado en América puede ser la señal de la conflagración en Europa.

Francia se quedó desde 1713 con la pequeña isla del cabo Bretón, donde está Luisburgo, con el río San Lorenzo, Quebec y el Canadá. Estas colonias sirvieron más para mantener la navegación y adiestrar marinos que para suministrar productos. Quebec tenía unos siete mil habitantes, y eran mayores los gastos de guerra para conservar estas posesiones que lo que podrán valer jamás; pero sin embargo se las cree necesarias.

Se ha comprendido en la Nueva Francia un país inmenso que limita por un lado con el Canadá y por el otro con Nuevo México, y cuyos límites por el noroeste se desconocen. Se le ha llamado Mississipi, por el río que desemboca en el golfo de México; y Luisiana, por Luis XIV.

Esta tierra era propiedad de los españoles, quienes, teniendo tantos dominios en América, descuidaron esta posesión, tanto más cuanto que no encontraron en ella oro. Allí se trasladaron algunos franceses del Canadá, bajando por la comarca y el río de los illinois, arrostrando todas las fatigas y todos los peligros de semejante viaje. Es como si se quisiera ir a Egipto por el cabo de Buena Esperanza, en lugar de tomar la ruta de Damieta. Esta gran parte de la Nueva Francia estuvo compuesta, hasta 1708, por una docena de familias errantes por los desiertos y por los bosques.[1]

[1] En la guerra de 1756, perdieron los franceses la Luisiana. Habiéndoseles sido devuelta al concertarse la paz, se la cedieron a los españoles, con todo el Canadá. Así, con excepción de algunas islas y algunas colonias

Luis XIV, abrumado entonces por las desgracias, veía decaer la vieja Francia, y no podía pensar en la nueva. El Estado se encontraba agotado de hombres y de dinero. Y es conveniente saber que, en medio de esta miseria pública, había dos hombres que ganaron cada uno cerca de cuarenta millones: el uno haciendo el comercio en grande en la vieja India, mientras la Compañía de las Indias, fundada por Colbert, se arruinaba; y el otro por medio de negocios con un ministerio desgraciado, cargado de deudas e ignorante. El gran negociante que se llamaba Crozat, lo bastante rico y lo bastante osado para arriesgar una parte de sus tesoros, se hizo conceder la Luisiana por el rey, a condición de que cada barco que él y sus asociados enviasen volvería llevando seis muchachos y seis muchachas para poblar. Lo mismo el comercio que la población arrastraron una vida lánguida.

Después de la muerte de Luis XIV, el escocés Law o Lass, hombre extraordinario, muchas de cuyas ideas han sido útiles, y otras perniciosas, hizo creer a la nación que la Luisiana producía tanto oro como el Perú, y que podía producir tanta seda como la China. Esta fue la primera época del sistema de Law. Se enviaron colonias al Mississipi (1717 y 1718), y se grabó el plano de una ciudad magnífica y regular, llamada Nueva Orleáns. Los colonos perecieron, en su mayor parte, de miseria, y la ciudad quedó reducida a algunas casuchas. Tal vez un día, si Francia tiene un exceso de millones de habitantes, sea ventajoso poblar la Luisiana; pero lo más verosímil es que haya que abandonarla.[1]

muy poco importantes de los holandeses y de los franceses, en la costa de América meridional, América está repartida entre los españoles, los ingleses y los portugueses.—La Luisiana ha sido devuelta a Francia por el tratado de 1º de octubre de 1800, y por el tratado de 30 de abril de 1803 fue vendida a los Estados Unidos en sesenta millones de francos. La Luisiana forma ya varios Estados de la gran Unión americana del Norte. M. Barbé-Marbois ha publicado a fines de 1828 una *Histoire de la Louisiane et de la cession de cette colonie par la France aux Etats-Unis.* (Beuchot.)

[1] Los hechos han justificado esta predicción. *(Nota de Voltaire.)*

CAPÍTULO CLII

LAS ISLAS FRANCESAS Y LOS FILIBUSTEROS

Las posesiones más importantes que los franceses han adquirido con el tiempo son la mitad de la isla de Santo Domingo, la Martinica, la Guadalupe y algunas pequeñas islas de las Antillas; esto no es ni la duocentésima parte de las conquistas españolas, pero al fin se han logrado grandes ventajas.

Santo Domingo es aquella misma isla Española, que sus habitantes llamaban Haití, descubierta por Colón y despoblada por los españoles. Los franceses no han encontrado, en la parte que en ella habitan, el oro y la plata que hubo en otro tiempo, sea porque los metales exijan una larga serie de siglos para formarse, o más bien porque sólo haya de ellos una cantidad determinada en la tierra, y que la mina no vuelva a rehacerse; en efecto, no siendo cuerpos mixtos el oro ni la plata, es difícil imaginar como podrán reproducirse. Todavía hay minas de estos metales en el territorio que conservan los españoles, pero no estando los gastos compensados por el producto, se ha dejado de trabajar en ellas.

Francia no ha compartido esta isla con España sino gracias a la osadía desesperada de un pueblo nuevo que el azar compuso de ingleses, de bretones y sobre todo de normandos. Se les ha llamado *bucaneros* y *filibusteros*, y su unión y su origen fueron casi los mismos que los de los antiguos romanos; pero su arrojo fue más impetuoso y más terrible. Imaginad unos tigres que tuviesen un poco de uso de razón: así eran los filibusteros. He aquí ahora su historia.

Sucedió, hacia el año 1625, que unos aventureros franceses e ingleses desembarcaron al mismo tiempo en una isla de las Caribes, llamada San Cristóbal por los españoles, que casi siempre daban el nombre de un santo a los países de que se apoderaban, y degollaban a sus habitantes en nombre de este santo. Los recién llegados, no obstante la antipatía natural entre ambas naciones, se unieron contra los españoles, quienes, dueños de todas las islas vecinas y del continente, vinieron con fuerzas superiores. El co-

mandante francés escapó, y regresó a Francia. El comandante inglés capituló, y los más atrevidos de los franceses y de los ingleses huyeron embarcados a la isla de Santo Domingo, estableciéndose en un lugar inabordable de la costa, en medio de las rocas. Fabricaron pequeñas canoas a la manera de los americanos, y se apoderaron de la isla de la Tortuga. Unos cuantos normandos engrosaron su número, del mismo modo que en el siglo XII marchaban a la conquista de Apulia, y en el siglo X a la conquista de Inglaterra. Corrieron todas las aventuras propicias y adversas que podía esperar una horda de hombres sin ley, venidos de Normandía y de Inglaterra al Golfo de México.

En 1655, Cromwell envió una flota que conquistó Jamaica del poder de los españoles; pero que no lo hubiese logrado sin la ayuda de los filibusteros. Pirateaban por todas partes; y, más ocupados en robar que en conservar, dejaron en una de sus correrías que los españoles recuperasen la Tortuga. Volvieron a tomarla poco después; y el ministerio francés se vio obligado a nombrar comandante de la Tortuga al mismo que ellos habían elegido. Infestaron el mar de México, y se procuraron abrigos en varias islas.

El nombre que tomaron entonces fue el de *hermanos de la costa;* se amontonaban en una miserable canoa que un cañonazo o un golpe de viento hubiesen destrozado, y así marchaban al abordaje de los más grandes navíos españoles, de los que a veces lograban hacerse dueños. No tenían más ley que aquélla por la cual se les imponía el reparto igual de los despojos, ni otra religión que la natural, de la cual también se apartaban monstruosamente.

No consiguieron raptar esposas, como se ha contado de los compañeros de Rómulo; pero obtuvieron que se les enviasen cien mujeres de Francia, lo cual no era bastante para perpetuar un grupo que ya era numeroso. Dos filibusteros jugaban a los dados una mujer, y se casaba con ella el ganador, no quedándole al que perdía más derecho que el de yacer con ella cuando el otro se encontraba ocupado en otra parte.

Estos hombres eran, por otra parte, más aptos para la destrucción que para fundar un Estado. Sus hazañas eran inauditas, lo mismo que sus crueldades. Uno de ellos (conocido por *el olonés,* porque era de Sables d'Olonne) apresó, con una sola canoa, una fragata armada, en el puerto mismo de La Habana. Interrogó a uno de los prisioneros, quien le confesó que aquella fragata estaba destinada a darle caza; que debían apoderarse de él y ahorcarle; también le confesó que él mismo era el verdugo. El olonés le hizo

ahorcar inmediatamente, cortó por su mano la cabeza a todos los cautivos y se bebió su sangre.

Este olonés y otro, llamado el Vasco, llegaron hasta dentro del pequeño golfo de Venezuela (1667), y hasta el de Honduras, con quinientos hombres; entraron a sangre y fuego en dos ciudades importantes, volvieron cargados de botín y equiparon los barcos apresados por las canoas. Pronto habían de ser una potencia marítima, y ya estaban en el camino de convertirse en grandes conquistadores.

Morgan, un inglés, que ha dejado un nombre famoso, se puso al frente de mil filibusteros, unos de su nación, otros normandos, bretones del Saintonge y vascos, y marchó a la conquista de Porto Bello, depósito de riquezas españolas, ciudad muy fortificada, provista de cañones y de una guarnición numerosa. Llegó sin artillería, y escalando la ciudadela bajo el fuego del cañón enemigo, tomó la fortaleza, no obstante una empeñada resistencia. Esta temeridad obligó a la ciudad a rescatarse por cerca de un millón de piastras. Algún tiempo después (1670) osó adentrarse en el istmo de Panamá en medio de las tropas españolas, y penetrando en la antigua ciudad de Panamá se apoderó de todos los tesoros, redujo la ciudad a cenizas, y volvió a Jamaica victorioso y enriquecido. Era hijo de un campesino inglés, y hubiese podido hacerse un reino en América; pero al fin murió en una prisión de Londres.

Los filibusteros franceses, cuya guarida estaba unas veces en las rocas de Santo Domingo, y otras en la Tortuga, armaron diez barcos y marcharon, en número de unos mil doscientos hombres, a atacar a Veracruz (1683), lo cual era tan temerario como si mil doscientos vizcaínos viniesen a asediar Burdeos con diez barcos. Tomaron Veracruz por asalto, se llevaron cinco millones, e hicieron mil quinientos esclavos. En suma, después de varios éxitos de esta especie, los filibusteros ingleses y franceses se decidieron a entrar en el mar del Sur, y a saquear el Perú. Ningún francés había visto hasta entonces este mar, para entrar en el cual era preciso o atravesar las montañas del istmo de Panamá o costear toda la América meridional, y pasar por el estrecho de Magallanes que ellos no conocían. Se dividieron en dos flotas (1687), y tomaron a la vez ambos caminos.

Los que franquearon el istmo asolaron y saquearon todo lo que encontraron a su paso, llegaron al mar del Sur, se apoderaron en los puertos de algunas barcas que en ellos se encontraban, y esperaron con estas pequeñas embarcaciones las de sus camaradas que tenían que pasar el estrecho de Magallanes. A éstos, que eran casi todos franceses, les sucedieron unas aventuras tan novelescas

como su empresa. Rechazados por las tempestades, no pudieron llegar al Perú por el estrecho; pero se dirigieron a las costas de África en busca de botín.

Mientras tanto, los filibusteros que se encontraban ya al otro lado del istmo, en el mar del Sur, no teniendo para navegar sino pequeñas barcas, fueron perseguidos por la flota española del Perú, de la que les fue preciso escapar. Uno de sus compañeros, que mandaba una especie de canoa tripulada por cincuenta hombres, se retiró hasta el mar Bermejo y California; allí permaneció durante cuatro años, volvió por el mar del Sur, apresó en su ruta un barco cargado con quinientas mil piastras, pasó el estrecho de Magallanes, y llegó a Jamaica con su botín. Mientras tanto, los otros volvieron al istmo cargados de oro y de piedras preciosas. Las tropas españolas reunidas los acechaban y perseguían por todas partes, por lo cual tuvieron los filibusteros que atravesar el istmo por su parte más ancha y marchar dando rodeos por espacio de trescientas leguas, aunque no haya más que ochenta en línea recta desde la costa en que se encontraban al lugar al que querían llegar. Encontraron ríos que se precipitaban formando cataratas, y se vieron obligados a embarcarse en unos a modo de toneles. Combatieron contra el hambre, los elementos y los españoles. Sin embargo, llegaron al mar del Norte con el oro y las piedras preciosas que pudieron conservar. Su número se había reducido a quinientos. La retirada de los diez mil griegos será siempre más famosa, pero no es comparable.

Si estos aventureros hubiesen podido reunirse bajo las órdenes de un jefe, hubiesen fundado una potencia considerable en América. Realmente no era más que una tropa de ladrones; pero, ¿qué han sido todos los conquistadores? Los filibusteros sólo lograron hacer a los españoles casi tanto daño como los españoles habían hecho a los americanos. Unos volvieron a su patria para gozar de sus riquezas; otros murieron de los excesos a los que estas riquezas los arrastraron, y muchos quedaron reducidos a su prístina indigencia. Los gobiernos de Francia y de Inglaterra dejaron de protegerlos cuando ya no tuvieron necesidad de ellos; y finalmente, sólo queda de estos héroes del bandolerismo su nombre y el recuerdo de su valentía y de sus crueldades.

A ellos les debe Francia la mitad de la isla de Santo Domingo; gracias a sus armas se estableció allí durante todo el tiempo de sus correrías.

En 1757 había en el Santo Domingo francés unas treinta mil personas, más cien mil esclavos negros o mulatos, que trabajaban en los ingenios de azúcar y en las plantaciones de añil y de cacao,

y que sacrificaban años de su vida para saciar nuevos apetitos nuestros, y satisfacer nuestras nuevas necesidades, que nuestros padres no conocieron. Estos negros los compramos en la costa de Guinea, en la costa de Oro y en la costa de Marfil. Hace treinta años se adquiría un hermoso negro por cincuenta libras, lo cual viene a ser unas cinco veces menos que lo que cuesta un buey bien cebado. Esta mercancía humana ha subido hoy, en 1772, a unas mil quinientas libras. Les decimos que son hombres como nosotros, que han sido rescatados con la sangre de un Dios muerto por ellos, y a continuación les hacemos trabajar como bestias de carga; se les alimenta peor que si lo fuesen, y si quieren huir, se les corta una pierna y se les hace mover a brazo el árbol de los molinos de azúcar, una vez que se les ha puesto una pata de palo. ¡Y después de esto, nos atrevemos a hablar del derecho de gentes! La pequeña isla de la Martinica y la Guadalupe, que los franceses cultivaron en 1735 producen los mismos artículos que Santo Domingo. Son puntos en el mapa, y hechos que se pierden en la historia del universo; pero, con todo, estos países, que apenas si se pueden advertir en un mapamundi, produjeron en Francia una circulación anual de sesenta millones de mercancías aproximadamente. Este comercio no enriquece un país; muy al contrario, hace perecer hombres y es causa de naufragios. Indudablemente no se trata de un verdadero bien; pero, una vez que los hombres se han hecho necesidades nuevas, evita que Francia compre caros en el extranjero unos artículos superfluos que se han convertido en necesarios.

CAPITULO CLIII

POSESIONES DE LOS INGLESES Y DE LOS HOLANDESES EN AMÉRICA

Siendo los ingleses necesariamente más dados que los franceses a la marina, ya que habitan en una isla, han tenido en la América septentrional mejores establecimientos que los franceses. Poseen seiscientas leguas de costa, desde la Carolina hasta la bahía de Hudson, por la cual se ha creído en vano poder encontrar un paso por el cual llegar hasta los mares del Sur y del Japón. Sus colonias no pueden compararse con las ricas comarcas de la América española. Las tierras de la inglesa no producen, al menos hasta hoy, ni plata, ni oro, ni añil, ni cochinilla, ni piedras preciosas, ni palo de tinte; sin embargo han procurado ventajas bastante grandes. Las posesiones inglesas en tierra firme comienzan a diez grados de nuestro trópico, en uno de los climas más favorables. Los franceses no pudieron establecerse en este país, llamado Carolina; y los ingleses sólo pudieron entrar en posesión de él, después de haberse asegurado las costas más septentrionales.

Habéis visto ya a los españoles y a los portugueses dueños de casi todo el nuevo mundo, desde el estrecho de Magallanes hasta la Florida. Después de la Florida se encuentra esta Carolina, a la cual los ingleses han agregado hace poco la parte del Sur llamada Georgia, del nombre del rey Jorge I; sólo poseen la Carolina desde 1664. Lo que da más honor a esta colonia es el haber recibido sus leyes del filósofo Locke. Fúndanse principalmente en la libertad completa de conciencia y en la tolerancia para todas las religiones. En la Carolina, los episcopales viven fraternalmente con los puritanos, permiten el culto de los católicos, sus enemigos, y el de los indios llamados idólatras; pero, para establecer legalmente en el país una religión, es preciso reunirse siete padres de familia. Locke ha considerado que siete familias con sus esclavos podrían llegar a componer un número de quinientas a seiscientas personas, y que no sería justo impedir a este número de hombres servir a Dios de acuerdo con su conciencia, ya que si encontrasen trabas abandonarían la colonia.

Los matrimonios no se contraen, en la mitad de este país, sino en presencia del magistrado; pero los que quieren unir a este contrato civil la bendición de un sacerdote pueden procurarse esta satisfacción.

Estas leyes parecieron admirables, después de los torrentes de sangre que el espíritu de intolerancia había vertido en Europa; pero ni siquiera se hubiese pensado en redactar otras semejantes entre los griegos y entre los romanos, que jamás sospecharon que pudiese llegar una época en la que los hombres tratarían de forzar, acero en mano, a otros hombres a creer. Este código humano ordena que se trate a los negros con la misma humanidad con que se trata a los criados. La Carolina poseía en 1757 cuarenta mil negros y veinte mil blancos.

Más allá de la Carolina está la Virginia, llamada así en honor de la reina Isabel, poblada primero por el famoso Raleigh, tan cruelmente recompensado después por Jacobo I. Esta colonia no se fundó sin grandes dificultades, ya que los salvajes, más aguerridos que los mexicanos y tan injustamente atacados como ellos, destruyeron casi toda la colonia.

Se afirma que desde la revocación del edicto de Nantes, que les ha valido pueblos enteros a los dos mundos, el número de los habitantes de Virginia asciende a ciento cuarenta mil, sin contar los negros. En esta provincia y en el Maryland se ha cultivado sobre todo el tabaco, que constituye un comercio inmenso, y una nueva necesidad artificial, que comenzada muy tarde, se ha difundido por el ejemplo; no se permitía ponerse en la nariz este polvo acre y sucio en la corte de Luis XIV, en la cual tal uso se consideraba incivil. La primera renta del monopolio del tabaco fue en Francia de trescientas mil libras al año, y hoy ha llegado a los dieciséis millones.[1] Los franceses lo compran por una cantidad de cerca de cuatro millones al año a las colonias inglesas, ellos que podrían plantarlo en la Luisiana. No puedo dejar de hacer la observación de que Francia e Inglaterra consumen hoy en artículos desconocidos de nuestros padres más de lo que sus coronas tenían de ingreso en otros tiempos.

Marchando en dirección al Norte, desde Virginia se pasa al Maryland, habitado por cuarenta mil blancos y más de sesenta mil negros.[2] Más allá se encuentra la famosa Pensilvania, país único

[1] Hacia el año 1750. Después ha aumentado mucho.—En 1789 era de treinta millones. (Beuchot.)

[2] Los cálculos de la población de cada una de las colonias inglesas han sido tomados de viejos estados publicados en Inglaterra; y, según las observaciones de M. Franklin, esta población se duplicaba cada veinte

en la Tierra por lo singular de sus nuevos colonos. Guillermo Penn, jefe de la religión llamada muy impropiamente cuaquerismo, dio su nombre y sus leyes a esta comarca hacia el año 1680. Aquí no se trataba de una usurpación como todas las invasiones que hemos visto en el viejo mundo y en el nuevo. Penn compró la tierra a los indígenas, y así fue el propietario más legítimo. El cristianismo que llevó no se parece al del resto de Europa más de lo que su colonia se parece a las otras. Sus compañeros profesaban la sencillez y la igualdad de los primeros discípulos de Cristo. No había más dogmas que los que salieron de sus labios, con lo cual casi todo se limitaba a amar a Dios y a los hombres. No había bautismo, porque Jesús no bautizó a nadie, y no había sacerdotes, porque los primeros discípulos habían sido dirigidos igualmente por el propio Cristo. Yo sólo cumplo aquí con el deber de historiador fiel, y añadiré que si Penn y sus compañeros erraron en la teología, fuente innagotable de disputas y de desgracias, se elevaron por la moral sobre todos los pueblos. Colocados entre dos pequeñas naciones de las que llamamos *salvajes*, no tuvieron diferencias con ninguna, ya que éstas consideraban a Penn como su árbitro y su padre. Él y sus primitivos compañeros, a los que se llama cuáqueros,[1] y a quienes sólo debía conocerse con el nombre de *justos*, tenían como máxima la de no hacer jamás la guerra a los extranjeros y no tener entre ellos pleito alguno. No había en este pueblo jueces, sino árbitros que, sin hacer pagar derecho alguno, arreglaban todos los asuntos litigiosos. Tampoco había médicos en este pueblo sobrio, que no los necesitaba.

Pensilvania careció durante mucho tiempo de soldados, y ha sido hace poco cuando Inglaterra ha enviado los primeros para defenderlos, cuando estalló la guerra con Francia. Si suprimís el nombre de cuáquero, el hábito irritante y bárbaro de temblar cuando hablan en sus asambleas religiosas, y algunas otras costumbres ridículas, habrá que convenir en que estos hombres son los más respetables de todos. Su colonia es tan floreciente como puras son sus costumbres. Su capital, Filadelfia, o *ciudad de los hermanos*, es una de las más hermosas del universo, se ha calculado el censo de habitantes de Pensilvania, en 1740, en ciento ochenta mil. Estos nuevos ciudadanos no son todos de los primitivos o cuáqueros; la mitad está compuesta de alemanes, de suecos

años. En la obra del abate Reynal se encontrará la población de estas mismas colonias, en los años que han precedido inmediatamente a la guerra. (Kehl.)

[1] Sobre los cuáqueros, véanse las cuatro primeras de las *Cartas filosóficas*.

y de otros pueblos que siguen diecisiete religiones. Los primitivos, que son los que gobiernan, consideran a todos estos extranjeros como sus hermanos.[1]

Más allá de esta hermosa comarca única en la Tierra, donde se ha refugiado la paz desterrada de todos los demás lugares, se encuentra la Nueva Inglaterra, cuya capital es Boston, la ciudad más rica de toda esta costa.

Al principio fue habitada y gobernada por puritanos perseguidos en Inglaterra por aquel Laud, arzobispo de Cantorbery, que después pagó con su cabeza sus persecuciones, y cuyo cadalso sirvió para elevar el del rey Carlos I. Estos puritanos, especie de calvinistas, se refugiaron hacia el año 1620 en este país, llamado después Nueva Inglaterra. Si los episcopales los habían perseguido en su antigua patria, eran como tigres que hubiesen hecho la guerra a unos osos. Llevaron a América su carácter sombrío y feroz, y vejaron por todos los estilos a los pacíficos pobladores de Pensilvania, no bien estos recién llegados comenzaron a establecerse. Pero en 1692, estos puritanos se castigaron a sí mismos con la más extraña enfermedad epidémica de la mente que jamás atacara a la especie humana.

Mientras Europa comenzaba a salir del abismo de supersticiones horribles en que la ignorancia la había sumido desde hacía tantos siglos, y cuando los sortilegios y las posesiones no se consideraban ya en Inglaterra y en las naciones civilizadas sino como viejas locuras de que se avergonzaban, los puritanos las hicieron revivir en América. Una muchacha tuvo convulsiones en 1692; un predicante acusó a una vieja criada de haberla embrujado; se obligó a la vieja a confesar que era bruja; la mitad de los habitantes creyó estar poseída, la otra mitad fue acusada de sortilegio, y el pueblo enfurecido amenazaba a todos los jueces con ahorcarlos si no hacían ahorcar a los acusados. Durante dos años sólo se vieron brujos, posesos y horcas; ¡y eran compatriotas de Locke y Newton quienes se entregaban a tan abominable demencia! Al fin cesó la enfermedad; los ciudadanos de Nueva Inglaterra recuperaron el uso de su razón, se asombraron de su furor, y se dedicaron al comercio y al cultivo de sus tierras. La colonia llegó a ser pronto la más floreciente de todas. En 1750 había en ella unos trescientos cincuenta mil habitantes, es decir, diez veces más de los que había en las colonias francesas.

De Nueva Inglaterra se pasa a Nueva York, a la Acadia, que

[1] Esta respetable colonia se ha visto obligada a conocer al fin la guerra, y ha estado amenazada de destrucción por las armas de Inglaterra, su madre patria, en 1776 y 1777. *(Nota de Voltaire.)*

se ha convertido en tan gran objeto de discordia; a Terranova, donde se hace la gran pesca del bacalao; y finalmente, después de haber navegado hacia el oeste, se llega a la bahía de Hudson, por la cual se ha pensado durante tanto tiempo encontrar un paso para China y esos mares desconocidos que forman parte del vasto mar del Sur; de suerte que se creía poder encontrar a la vez el camino más corto para llegar a los confines de Oriente y de Occidente.

Las islas que los ingleses poseen en América les han valido casi tanto como su continente; la Jamaica, la Barbada, y algunas otras en que se cultiva el azúcar, les han sido muy provechosas, lo mismo por sus fábricas que por su comercio con la Nueva España, tanto más ventajoso cuanto que está prohibido.

Los holandeses, tan poderosos en las Indias orientales, apenas si son conocidos en América; lo más importante de lo que en ella han conservado es el pequeño territorio de Surinam, cerca del Brasil. Allí llevaron el genio de su país, que es el de cortar las tierras haciendo canales. Han fundado una nueva Amsterdam en Surinam, como en Batavia; y la isla de Curaçao les suministra provechosas ganancias. Los daneses, finalmente, tienen tres pequeñas islas, y han iniciado un comercio muy útil, gracias a los alientos que su rey les ha infundido.

He aquí hasta ahora lo que los europeos han hecho de importancia en la cuarta parte del mundo.

Queda una quinta parte, que es la de las tierras australes, de la que no se ha descubierto todavía más que algunas costas y algunas islas. Si se comprenden en este nuevo mundo austral las tierras de los papúas y la Nueva Guinea que comienza al sur del mismo ecuador, es claro que esta parte del globo es la más dilatada de todas.

Magallanes fue el primero que vio, en 1520, la tierra antártica, a los 51° hacia el polo austral; pero estos climas helados no podían tentar a los poseedores del Perú. Desde entonces se han descubierto varios países inmensos al sur de la India, como la Nueva Holanda, que se extiende desde los 10° hasta más allá de los 30°. Algunos pretenden que la Compañía de Batavia tiene allí provechosas factorías, Es sin embargo difícil poseer en secreto unas provincias y un comercio. Es probable que se pueda todavía invadir esta quinta parte del mundo, que la naturaleza no haya olvidado estos climas y que en ellos lleguen a verse muestras de su variedad y de su profusión.

Pero hasta hoy, ¿qué es lo que conocemos de esta inmensa parte de la Tierra? Algunas costas incultas, en las que Pelsait y

sus compañeros encontraron, en 1630, hombres negros que caminaban sobre los pies y las manos; una bahía en la que Tasman fue atacado, en 1642, por hombres amarillos armados de flechas y de mazas; otra, en la que Dampierre combatió, en 1699, con unos negros, que tenían todos la mandíbula superior desprovista de dientes por delante. Todavía no se ha penetrado en este segmento del globo, y preciso es confesar que es preferible cultivar el propio país a ir a buscar los hielos y los animales negros y abigarrados del polo austral.[1]

[1] Los descubrimientos del célebre Cook han demostrado que no existe propiamente hablando un continente en esta parte del globo, sino varios archipiélagos y algunas grandes islas, una sola de las cuales, la Nueva Holanda, es tan grande como Europa. En el hemisferio austral los hielos ocupan una extensión mayor que en el nuestro, cubriendo o haciendo inabordable cuanto se encuentra más allá del lugar hasta el cual han llegado los viajeros ingleses.

Entre los pueblos que habitan las islas, hay varios antropófagos y se comen a sus prisioneros. Sin embargo, no han cometido violencia alguna con los europeos, ni han urdido traición contra ellos, sino después de haber sido maltratados o traicionados. En todas partes se ha visto que el hombre salvaje es bueno, pero implacable en su venganza. Los mismos insulares que se comieron al capitán Marion, tras de haberle hecho caer en el lazo con largas demostraciones de amistad, habían cuidado con la mayor solicitud a algunos enfermos del barco de M. de Surville; pero este oficial, con el pretexto de castigar el robo de su barco, condujo a su flota al mismo jefe que había recibido generosamente en su casa a nuestros marineros enfermos, e incendió al partir varios pueblos. Sus habitantes se vengaron en el primer europeo que llegó a sus costas. Como todavía no saben distinguir las distintas naciones de Europa, los ingleses han pagado algunas veces violencias cometidas por los españoles o los franceses, y recíprocamente; pero los salvajes no atacan a los europeos sino como los jabalíes atacan a los cazadores, cuando los han herido.

En otras islas en que la civilización ha hecho más progresos, se ha abolido la costumbre de comer carne humana. Incluso esta costumbre ofrece una gradación entre los pueblos más groseros. Unos comen la carne humana como cualquier otro alimento, y no asesinan; pero hacen la guerra para procurársela. Otros pueblos sólo la comen como ceremonia, y después de la victoria.

En las islas en que ha sido desterrada la antropofagía, la sociedad se ha perfeccionado; los hombres viven de la pesca, de la caza, de las gallinas y de los cerdos que han reducido a domesticidad, de los frutos y de las raíces que la tierra les da o que un cultivo elemental puede procurarles; y aunque no conocen ni el oro ni los demás metales, extreman bastante su habilidad y su inteligencia en todas las artes necesarias. Les gusta la danza, tienen instrumentos musicales y hasta obras dramáticas, que son especies de comedias a las que se llevan las aventuras escandalosas ocurridas en el país, como en lo que se llama antigua comedia griega.

Estos hombres son alegres, de carácter dulce y apacible; tienen la misma moral que nosotros, con la diferencia de que no comparten el prejuicio que

Llega hasta nosotros la noticia del descubrimiento de Nueva Zelanda. Es un país inmenso, inculto, espantoso, poblado por algunos antropófagos, los cuales, aparte de esta costumbre de comer hombres, no son peores que nosotros.

nos hace considerar como criminal o como deshonroso el comercio de los dos sexos entre dos personas libres.

No tienen especie alguna de culto ni ninguna opinión religiosa, sino únicamente algunas prácticas supersticiosas relativas a los muertos. Puede incluirse también en el orden de las supersticiones el respeto de algunos de estos pueblos a una asociación de guerreros llamados *arreoi*, que viven sin hacer nada a expensas de los demás. Estos hombres no tienen esposas, sino amantes libres que, cuando quedan embarazadas, creen deber abortar; y no por ello dejan de compartir el respeto que se tiene por sus amantes. Estas supersticiones parecen señalar el paso entre el estado de naturaleza y aquél en que el hombre se somete a una religión. El crimen que cometen estas amantes de los arreoi no se opone a lo que hemos dicho de la moral de estos pueblos: los fenicios, los cartagineses y los judíos han inmolado hombres a la divinidad, y no por ello dejaban de considerar el asesinato como un crimen.

Hay en las islas de que tratamos huellas de un gobierno feudal, tales como un almirante independiente del jefe supremo, y unos jefes particulares que dicho primer jefe no nombra, y que, en los asuntos en que se encuentra interesada la nación entera, reciben sus órdenes para trasmitirlas a sus vasallos. Pero, sobre poco más o menos, estos mismos usos deben de encontrarse en todas las naciones que se han formado por la reunión voluntaria de varias pequeñas poblaciones.

Distínguense asimismo dos clases de hombres en varias de estas islas, y de ellas la de mayor fuerza y belleza tiene también más inteligencia y unas costumbres más apacibles, siendo ésta la que domina a la otra, aunque sin haberla reducido a la esclavitud.

La tierra es en general muy fértil; pero hasta hoy no ha ofrecido nada que haya podido tentar la avaricia europea. Los ingleses han llevado allí animales útiles e instrumentos de cultivo, y han sembrado semillas europeas. Sólo han querido mostrar la superioridad de los europeos con sus beneficios.

Sin embargo, la misma nación y por la misma época, se manchaba en América y en Asia con todas las perfidias y todas las barbaries. Y esto es porque aún en los pueblos más ilustrados hay todavía como dos castas, una de las cuales se ha dejado instruir por la razón y guiar por el sentimiento de humanidad, mientras que la otra permanece entregada a los prejuicios, y a la corrupción de los siglos de ignorancia. (Kehl.)

CAPÍTULO CLIV

EL PARAGUAY.—DOMINACIÓN DE LOS JESUITAS EN ESTA PARTE DE AMÉRICA; SUS QUERELLAS CON LOS ESPAÑOLES Y CON LOS PORTUGUESES

Las conquistas de México y del Perú son prodigios de audacia; las crueldades de que fueron acompañadas y el exterminio entero de los habitantes de Santo Domingo y de algunas otras islas son horrores llevados al extremo; pero la colonización del Paraguay sólo por los jesuitas españoles se ofrece en ciertos aspectos como el triunfo de la humanidad y parece expiar las crueldades de los primeros conquistadores. Los cuáqueros en la América septentrional, y los jesuitas en la meridional, han presentado al mundo un nuevo espectáculo. Los primitivos o cuáqueros han suavizado las costumbres de los salvajes vecinos de Pensilvania; los han instruido tan sólo por el ejemplo, sin atentar a su libertad, y les han procurado nuevas delicias de la vida por medio del comercio. Es cierto que los jesuitas han utilizado la religión para arrebatar la libertad a los pueblos del Paraguay; pero los han civilizado, los han hecho industriosos, y han conseguido gobernar un dilatado país como se gobierna en Europa un convento. Parece ser que los primitivos han sido más justos, y los jesuitas más políticos. Los primeros han considerado como un atentado el hecho de someter a sus vecinos, en tanto que los otros han tenido a virtud someter a unos salvajes por medio de la instrucción y la persuasión.

El Paraguay es un dilatado país entre el Brasil, el Perú y Chile. Los españoles se habían apoderado de la costa, en la que fundaron Buenos Aires, ciudad de un gran comercio en las orillas de la Plata; pero por poderosos que fuesen, se encontraban en un número demasiado pequeño para subyugar a tantas naciones como las que habitaban en medio de los bosques. Estas naciones les eran necesarias para contar con nuevos súbditos que les facilitasen el camino de Buenos Aires al Perú. En esta conquista fueron ayudados por los jesuitas, mucho más de lo que podrían haberlo sido por los

soldados. Estos misioneros iban penetrando paso a paso en el interior del país a principios del siglo XVII. Sirviéronles de guías y de intérpretes algunos salvajes llevados con ellos desde su infancia, y educados en Buenos Aires. Sus fatigas y trabajos igualaron las de los conquistadores del nuevo mundo. El valor religioso es tan grande por lo menos como el valor guerrero. Jamás se desalentaron, y ahora veremos, por fin, cómo triunfaron.

Los bueyes, las vacas y los carneros enviados de Europa a Buenos Aires se habían multiplicado prodigiosamente. Los jesuitas llevaron una gran cantidad de estos animales consigo, e hicieron cargar carros con todos los instrumentos de labranza y de arquitectura; sembraron en algunas llanuras todas las semillas europeas, y se lo dieron todo a los salvajes, que fueron así domesticados como los animales a los que se caza con un cebo. Estos pueblos se componían de familias separadas las unas de las otras, sin que existiesen entre ellos relaciones ni religión alguna; pero se les acostumbró fácilmente a la sociedad, al hacerles adquirir las nuevas necesidades de los productos que se les llevaban. Los misioneros, ayudados por algunos habitantes de Buenos Aires, les enseñaron a sembrar, a labrar las tierras, a cocer los ladrillos, a trabajar la madera y a construir casas; y pronto aquellos hombres quedaron transformados y se convirtieron en vasallos de sus bienhechores, y si no adoptaron desde el primer momento el cristianismo, que no podían comprender, sus hijos, educados en dicha religión, fueron enteramente cristianos.

La fundación comenzó por cincuenta familias, y en 1750 se había elevado a cerca de cien mil. En el transcurso de un siglo, los jesuitas han formado treinta cantones, a los que llaman *el país de las misiones*; y cada uno de ellos tiene hoy unos diez mil habitantes. Un religioso de San Francisco, llamado Florentino, que pasó por el Paraguay en 1711, y que en cada página de su relación muestra su admiración por este gobierno tan nuevo, dice que el poblado de San Javier, donde vivió largo tiempo, tenía por lo menos treinta mil habitantes. Si nos atenemos a su testimonio, habremos de deducir que los jesuitas se han hecho cuatrocientos mil súbditos sólo por la persuasión.

Si hay algo que pueda dar una idea de lo que es esta colonia, será la antigua organización de Lacedemonia. En el país de las misiones todo es de propiedad común, y estos vecinos del Perú no conocen ni el oro ni la plata. La virtud esencial de un espartano era la obediencia a las leyes de Licurgo, y la virtud de un paraguayo se cifra hasta ahora en la obediencia a las leyes de los jesuitas; y, con la excepción de que los paraguayos no tienen es-

clavos que les siembren sus tierras y les corten sus árboles, como los espartanos, son semejantes en lo demás a ellos, aunque en este caso los mismos paraguayos son los esclavos de los jesuitas.

Este país depende realmente en lo espiritual del obispo de Buenos Aires, y en lo temporal del gobernador. Lo mismo que las comarcas de la Plata y de Chile, se encuentra sometido a los reyes de España; pero los jesuitas fundadores de la colonia, han mantenido siempre su gobierno absoluto sobre los pueblos que han formado. Dan al rey de España una piastra por cada uno de sus súbditos, y esta piastra se la pagan al gobernador de Buenos Aires, tanto en especie como en moneda; porque sólo ellos tienen dinero, pero no sus pueblos. Esta es la única muestra de vasallaje que el gobierno español creía deber exigirles, y ni el gobernador de Buenos Aires podía delegar un agente de la milicia o de la magistratura al país de los jesuitas, ni el obispo podía enviar allí un párroco.

Una vez se intentó mandar dos párrocos a los poblados de Nuestra Señora de la Fe y San Ignacio, tomando la precaución de hacerlos escoltar por soldados; pero los dos pueblos abandonaron en masa sus moradas y se repartieron por los demás cantones, hasta que los dos sacerdotes, que se habían quedado solos, se volvieron a Buenos Aires.

Otro obispo, a quien había indignado este hecho, pretendió establecer el orden jerárquico ordinario en todo el país de las misiones, e invitó a todos los eclesiásticos que de él dependían a acudir al obispado para recibir sus encargos; pero nadie se atrevió a presentarse. Tales hechos nos los cuentan los mismos jesuitas en una de sus memorias apologéticas. La Compañía de Jesús quedó, pues, como dueña absoluta tanto en lo espiritual como en lo material. Permitían al gobernador que sus enviados al Perú cruzasen el territorio de las misiones; pero estos enviados no podían permanecer más de tres días en el país. No hablaban con ningún vecino, y aunque se presentasen en nombre del rey, se les trataba realmente como extranjeros sospechosos. Los jesuitas, que siempre han sabido conservar las formas, ponían la piedad como pretexto para justificar su conducta, que se podía calificar de desobediencia y de insulto, y declararon al consejo de las Indias de Madrid que no podían admitir a un español en sus provincias por el temor de que este agente corrompiese las costumbres de los paraguayos; y esta razón tan ultrajante para su propia nación fue admitida por los reyes de España, que no pudieron obtener de los paraguayos ningún servicio sino con esta singular condición, deshonrosa para una nación tan altiva y tan fiel como la española.

He aquí ahora el modo como estaba organizada la administración de este sistema de gobierno único en la tierra. El provincial jesuita, asistido por su consejo, redactaba las leyes, y cada rector, ayudado por otro consejo, las hacía observar. Había en cada cantón un procurador fiscal, elegido entre los habitantes del mismo, con un lugarteniente a sus órdenes. Estos dos funcionarios recorrían diariamente su distrito, y advertían a su superior jesuita de todo cuanto ocurría.

Todo el pueblo trabajaba; y los obreros de cada profesión realizaban reunidos su trabajo en común, en presencia de sus vigilantes, nombrados por el fiscal. Los jesuitas proporcionaban el cáñamo, el algodón y la lana, que los indígenas elaboraban; y lo mismo hacían con el grano para sembrar que se cosechaba en común. Toda la cosecha se depositaba en almacenes públicos, se distribuía entre las familias según sus necesidades, y el resto se vendía en Buenos Aires y en el Perú.

Estos pueblos poseen rebaños, y cultivan el trigo, las legumbres, el añil, el algodón, el cáñamo, la caña de azúcar, la jalapa, la ipecacuana y sobre todo la planta llamada *hierba del Paraguay,*[1] especie de té muy buscado en la América Meridional donde es objeto de un tráfico considerable. Estos productos se cambiaban por artículos de consumo y por metales preciosos. Los jesuitas distribuían los artículos, y empleaban el oro y la plata en decorar sus iglesias y en subvenir a las necesidades del gobierno. Tenían un arsenal en cada cantón, y en determinados días se repartían armas entre los habitantes. Un jesuita se ocupaba de ejercitarlos, tras de lo cual las armas volvían a llevarse al arsenal, sin que estuviese permitido a ningún ciudadano guardarlas en su casa. Los mismos principios que han hecho de estos paraguayos los súbditos más sumisos los han hecho ser también muy buenos soldados, y tienen la creencia de que el deber les impone obedecer y combatir. Más de una vez se ha necesitado su ayuda contra los portugueses del Brasil, contra unos bandoleros a quienes se ha dado el nombre de mamelucos, y contra los salvajes llamados *mosquitos,* que eran antropófagos. En estas expediciones han ido siempre mandados por jesuitas y han combatido siempre con orden, con valor y con éxito.

Cuando en 1662 sitiaron los españoles la ciudad de Sacramento de que los portugueses se habían apoderado, asedio que ha dado

[1] En la América meridional se hace de ella el mismo uso que los ingleses y los holandeses hacen del té. Esta planta no es, como el té, astringente, sino amarga y estomacal. Los desgraciados peruanos, enterrados en las minas con una barbarie digna de los descendientes de Pizarro y de Almagro, la utilizan para reanimar sus fuerzas y sostener su ánimo. (Kehl.)

origen a hechos tan extraños, un jesuita acudió al mando de cuatro mil paraguayos, que se lanzaron al asalto y que conquistaron la plaza. No omitiré un detalle que demuestra que estos religiosos, acostumbrados al mando, sabían más de arte militar que el mismo gobernador de Buenos Aires, que estaba al frente del ejército. Este general pretendía que, al lanzarse al asalto, se colocasen filas de caballos delante de los soldados con el fin de que cuando la artillería de las murallas agotase su fuego sobre los caballos, los soldados pudieran actuar con menos riesgo; pero el jesuita le demostró lo ridículo y peligroso de tal proceder, e hizo atacar según las reglas.

El modo como estos pueblos han combatido a favor de España ha puesto de manifiesto que sabrían defenderse contra ella, y que sería peligroso tratar de cambiar su organización. Los jesuitas se formaron en el Paraguay un imperio de unas cuatrocientas leguas de circunferencia y hubiesen podido extenderlo más.

Sometidos en lo externo al rey de España, eran reyes en efecto, y tal vez los reyes más obedecidos de la tierra. Eran a la vez fundadores, pontífices y soberanos.

Un imperio de una constitución tan extraña en otro hemisferio es el efecto más alejado de su causa que se haya visto en el mundo. Hace ya largo tiempo que tenemos frailes príncipes en nuestra Europa; pero han llegado a ocupar esta dignidad tan opuesta a su condición, por una marcha natural y progresiva: se les dieron grandes territorios que más tarde se convirtieron en feudos y en principados, como otros tantos territorios. Pero en el Paraguay no se les dio nada a los jesuitas, quienes se han hecho soberanos sin siquiera decirse propietarios de una legua de terreno, y todo ha sido obra suya.

Han abusado de su poder y lo han perdido. Cuando España cedió a Portugal la ciudad de Sacramento y sus dilatadas tierras, los jesuitas osaron oponerse a este acuerdo; los pueblos gobernados por ellos no quisieron someterse a la dominación portuguesa, y resistieron igualmente a sus antiguos y a sus nuevos amos.

Si hemos de creer la *Relación abreviada*, el general portugués Andrade escribía en el año 1750, al general español Valdelirios: "Los únicos rebeldes son los jesuitas. Sus indios han atacado por dos veces la fortaleza portuguesa del Pardo con una artillería muy bien servida." La misma relación añade que estos indios cortaron la cabeza a sus prisioneros, y se las llevaron a sus comandantes jesuitas. Acaso sea cierta esta acusación, pero apenas si es creíble.

Lo que sí puede afirmarse, es que su provincia de San Nicolás se sublevó en 1757, poniendo en campaña trece mil combatientes a las órdenes de dos jesuitas, Lamp y Tadeo. Este es el origen del rumor que corrió entonces de que un jesuita se había hecho rey del Paraguay con el nombre de Nicolás I.[1]

Mientras estos religiosos hacían en América la guerra contra los reyes de España y de Portugal, eran en Europa los confesores de estos príncipes. Pero al fin fueron acusados de rebelión y de parricidio en Lisboa, y se les expulsó de Portugal en 1758. El gobierno portugués ha purgado de ellos todas sus colonias de América; han sido arrojados de todos los Estados del rey de España, tanto en el viejo como en el nuevo mundo; los parlamentos franceses los han disuelto por una sentencia; el papa extinguió su orden por una bula, y la tierra ha sabido al fin que se pueden suprimir todos los frailes sin que ocurra nada.

[1] Existe una *Histoire de Nicolas I, roi du Paraguai et empereur des mameluecs*, Saint-Paul, 1756, en 12º A pesar de esto, el propio Voltaire reconoce en otro lugar (carta a la señora de Lutzelbourg, del 12 de abril de 1756) "que no existe un rey Nicolás". Pero añade que "no por ello es menos cierto que los jesuitas son otros tantos reyes en el Paraguay". (Beuchot.)

CAPÍTULO CLV

SITUACIÓN DE ASIA EN LA ÉPOCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS DE LOS PORTUGUESES

Corresponde ahora describiros la situación de nuestro antiguo universo por el tiempo en que España gozaba de la conquista de la mitad de América, en que Portugal dominaba en las costas de África y de Asia, en que el comercio de Europa presentaba un aspecto tan nuevo, y en que el gran cambio acaecido en la religión cristiana alteraba los intereses de tantos reyes.

Dejamos,[1] a fines del siglo XIII, a la raza de Gengis soberana de China, de la India y de Persia, y a los tártaros llevando la destrucción hasta Polonia y Hungría. La rama de esta familia victoriosa que reinó en China se llama Yuen. No se reconoce en este nombre el de Ogdai-Kan, ni el de Kubilai, su hermano, cuya dinastía reinó durante un siglo. Estos vencedores, al tomar nombre chino adoptaron las costumbres chinas. Todos los usurpadores tratan de conservar por las leyes lo que han arrebatado por las armas. Sin este interés tan natural de gozar apaciblemente lo que se ha robado no existiría sociedad en la tierra. Los tártaros encontraron tan hermosas las leyes de los vencidos que se sometieron a ellas con objeto de afianzarse mejor. Conservaron sobre todo celosamente la que ordena que nadie sea gobernador ni juez en la provincia en que ha nacido: ley admirable, y que además convenía a los vencedores.

El antiguo principio moral y político, que hace que los padres sean respetados por los hijos, y que se considere al emperador como el padre común, acostumbró pronto a los chinos a la obediencia voluntaria. La segunda generación olvidó la sangre que la primera había derramado. Hubo nueve emperadores consecutivos de la misma raza tártara, sin que los anales chinos hagan mención de la menor tentativa de arrojar a estos extranjeros. Uno de los bisnietos de Gengis fue asesinado en su palacio; pero lo

[1] Capítulo LX.

fue por un tártaro, y su heredero natural le sucedió sin alteración alguna.

Al fin, lo que había perdido a los califas y lo que en otro tiempo destronara a los reyes de Persia y a los de Asiria, es decir, la molicie, derrocó también a estos conquistadores. El noveno emperador de la dinastía de Gengis, rodeado de mujeres y de sacerdotes lamas, que le gobernaban sucesivamente, atrajo sobre sí el desprecio, e hizo despertarse el valor de los pueblos. Los bonzos, enemigos de los lamas, fueron los primeros autores de la revolución, y habiéndose puesto al frente de algunos bandidos un aventurero que había sido fámulo en un convento de bonzos, se hizo declarar jefe de aquellos a quienes la corte llamaba los *insurrectos*. Hemos visto veinte ejemplos semejantes en el imperio romano, y sobre todo entre los griegos. La tierra es un amplio teatro en el que se representa la misma tragedia con títulos diferentes.

El aventurero de que hablamos expulsó la dinastía de los tártaros en 1357, y dio comienzo a la vigésima primera familia o dinastía, llamada Ming, de los emperadores chinos. Ha reinado durante doscientos setenta y seis años; pero al fin sucumbió bajo el poder de los descendientes de los mismos tártaros que había expulsado. Siempre y en todas partes, ha ocurrido que a la larga, el pueblo más instruido, más rico y más civilizado ha tenido que ceder ante el pueblo salvaje, pobre y vigoroso. Sólo la artillería perfeccionada ha podido igualar al fin a los débiles con los fuertes, y contener a los bárbaros. Ya en el primer capítulo hicimos la observación de que los chinos no utilizaban aún el cañón, no obstante haber conocido la pólvora desde hacía tanto tiempo.

El restaurador del imperio chino tomó el nombre de Ta-tsing, y lo hizo famoso por las armas y por las leyes (1635). Uno de sus primeros cuidados fue el de contener a los bonzos, a quienes conocía por la buena razón de haberles servido. Prohibió que ningún chino abrazase la profesión de bonzo antes de los cuarenta años, y dio la misma ley en cuanto a las bonzas. Esto mismo hà hecho el zar Pedro el Grande en Rusia en nuestros días. Pero el amor invencible a la propia profesión y el espíritu que alienta en todas las grandes corporaciones, hicieron que los bonzos chinos y los monjes rusos triunfasen pronto de una ley tan prudente; porque siempre ha sido más fácil en todos los países abolir las costumbres inveteradas que restringirlas. Hemos dicho ya[1] que el papa León I había dado esta misma ley, que el fanatismo siempre desafió.

[1] Capítulo CXXXIX.

Parece ser que Ta-tsing, el segundo fundador de la China, consideraba la propagación como el primero de los deberes; pues, a la par que disminuyó el número de bonzos, que en su mayoría no estaban casados, tuvo el cuidado de excluir de todos los empleos a los eunucos, que hasta entonces habían gobernado el palacio y corrompían la nación.

Aunque la raza de Gengis había sido expulsada de China, estos antiguos vencedores seguían siendo temibles. Un emperador chino, llamado Cheng-tung, fue hecho prisionero por ellos y llevado cautivo a Tartaria, en 1444. El imperio Chino pagó por él un enorme rescate, y el príncipe recobró su libertad, pero no su corona, ya que tuvo que esperar pacientemente, para volver a ocupar el trono, a que muriese su hermano, que había reinado durante su cautiverio.

El interior del imperio estaba tranquilo, y la historia refiere que sólo fue turbado por un bonzo que trató de sublevar a los pueblos, y a quien se le cortó la cabeza.

La religión del emperador y de los letrados no cambió. Únicamente se prohibió tributar a Confucio los mismos honores que se rendían a la memoria de los reyes; prohibición vergonzosa, ya que ningún rey había hecho tantos servicios a la patria como Confucio; pero que prueba que Confucio no fue jamás adorado, y que no hay idolatría alguna en las ceremonias con que los chinos honran a sus antepasados y a los manes de los grandes hombres. Nada como esto pone fin de la manera más absoluta a las lamentables discusiones que hemos sostenido en Europa acerca de los ritos chinos.

Había entonces en China una extraña creencia: la de que existía un secreto para hacer a los hombres inmortales. Unos charlatanes parecidos a nuestros alquimistas se jactaban de poder componer un licor al que llamaban *brebaje de la inmortalidad*. Este fue el tema de mil fábulas que inundaron Asia entera, y que se han tomado por historia. Se ha pretendido que más de un emperador chino gastó sumas inmensas para conseguir esta receta; lo cual es como si los asiáticos creyesen que nuestros reyes de Europa han buscado seriamente la *fuente de la juventud*, de la que tanto se habla en nuestras viejas novelas galas, como de la copa de la inmortalidad en las novelas asiáticas.

Bajo la dinastía Yuen, es decir bajo la posteridad de Gengis, y bajo la de los restauradores, llamada Ming, las artes del talento y de la imaginación fueron más cultivadas que nunca; no era ni nuestro talento ni nuestra imaginación, y sin embargo se encuentra en sus novelitas el mismo fondo que agrada a todas

las naciones. Son desventuras imprevistas, suertes inesperadas, reconocimientos; si bien hay en ellas muy poco de ese elemento fabuloso increíble, tal como las metamorfosis inventadas por los griegos y embellecidas por Ovidio, o como los cuentos árabes y las fábulas del Boyardo y del Ariosto. En las fábulas chinas, la invención se aleja rara vez de la verosimilitud y tiende siempre a la moral.

La pasión por el teatro se hizo universal en China desde el siglo XIV hasta nuestros días. No pueden haber recibido este arte de ningún pueblo; ignoraban que Grecia existiese, y ni los mahometanos ni los tártaros pudieron trasmitirles las obras griegas. Inventaron el arte; pero por una tragedia china que se ha traducido, hemos podido ver que no lo han perfeccionado. Esta tragedia, titulada *El huérfano de Tchao*, es del siglo XIV, y se nos ha presentado como la mejor que hasta ahora han escrito.[1] Es cierto que por entonces eran más toscas, en Europa, las obras dramáticas, y apenas si este arte nos era conocido. Nuestra característica es la de perfeccionarnos, en tanto que la de los chinos, hasta ahora, es la de permanecer en el punto a que han llegado. Tal vez esta tragedia es por el estilo de los primeros ensayos de Esquilo. Los chinos, siempre superiores en la moral, han realizado pocos progresos en las demás ciencias; sin duda la naturaleza, que les ha dado una mente recta y prudente, les negó el vigor del genio.

Escriben en general como pintan, sin conocer los secretos del arte, y sus cuadros hasta ahora carecen de perspectiva y de claroscuro, sin que se muestre en ellos el arte de la composición. Sus escritos adolecen del mismo defecto; pero parece ser que hay en sus obras una mediocridad juiciosa y una verdad sencilla en las que no hay nada del estilo ampuloso de los demás orientales. En todo lo que habéis leído de sus tratados de moral, no habréis visto ninguna de esas parábolas extrañas y de esas comparaciones gigantescas y forzadas. Rara vez hablan en enigmas, y ésta es otra característica que hace de los chinos en Asia un pueblo aparte. No hace mucho tiempo leíais* las reflexiones de un sabio chino acerca del modo como cada cual puede procurarse la pequeña parte de felicidad de que la naturaleza del hombre es susceptible; estas reflexiones son las mismas que encontramos en la mayoría de los libros.

[1] Voltaire habla más extensamente de *El huérfano de Tchao* en la dedicatoria de su *Huérfano de la China*.

* Hay que recordar que el *Ensayo sobre las costumbres* va dirigido a la señora del Châtelet. *(N. del T.)*

La teoría de la medicina entre ellos se encuentra aún en un estado de ignorancia y de error; sin embargo los médicos chinos son en la práctica muy hábiles. La naturaleza no ha permitido que la vida de los hombres dependiese de la física. Los griegos sabían sangrar cuando hacía falta, aún desconociendo que la sangre circulaba. La experiencia de los remedios y el sentido común han establecido la medicina práctica en toda la tierra, siendo en todas partes un arte conjetural que ayuda algunas veces a la naturaleza, y otras la destruye.

En general, la sabiduría china estaba integrada por el espíritu de orden y de moderación, el gusto por la ciencia, el cultivo de todas las artes útiles para la vida, y un número prodigioso de inventos que hacían más fáciles dichas artes. Esta sabiduría había obrado sobre los conquistadores tártaros, puliéndolos e incorporándolos a la nación; ventaja ésta que los griegos no tuvieron sobre los turcos. Por último, los chinos llegaron a expulsar a sus amos, y los griegos jamás pensaron en sacudir el yugo de sus vencedores.

Cuando hablamos de la sabiduría que informó durante cuatro mil años la constitución de China, no hablamos del populacho, que en todo país se encuentra entregado al trabajo manual;[1] el espíritu de una nación reside siempre en un pequeño número, que hace trabajar a la masa, que está alimentado por ella y que la gobierna. Este espíritu de la nación china es ciertamente el más antiguo monumento de la inteligencia humana que hay en la tierra.

Todo este sistema de gobierno por hermoso que fuese se encontraba necesariamente inficionado de los grandes abusos inherentes a la condición humana, y sobre todo a un dilatado imperio. El mayor de estos abusos, que no se ha corregido hasta estos últimos tiempos, era la costumbre que tenían los pobres de exponer a sus hijos, con la esperanza de que serían recogidos por los ricos, con lo cual perecían muchos; pero el exceso de población impedía al gobierno ocuparse de estas pérdidas. Se consideraba

[1] Es una consecuencia natural, tanto de la desigualdad de las fortunas, originada por las malas leyes, como de esa cantidad de hombres a los que el culto religioso, una jurisprudencia complicada, un sistema fiscal absurdo y tiránico, el agio y la manía de los grandes ejércitos, obligan a que el pueblo los mantenga a costa de su trabajo. No hay plebe ni en Ginebra, ni en el principado de Neuchâtel. Mucho menos la hay en Holanda y en Inglaterra que en Francia, y menos en los países protestantes que en los países católicos. En todo país que tenga buenas leyes, el pueblo mismo tendrá tiempo para instruirse y adquirir el pequeño número de ideas que necesita para conducirse racionalmente. (Kehl.)

a los hombres como los frutos de los árboles, de los que se deja perecer una parte, sin lamentarlo, cuando lo que queda basta para alimentarse. Los conquistadores tártaros hubiesen podido proporcionar subsistencias a esos niños abandonados, y formar con ellos colonias para poblar los desiertos de Tartaria. Pero no pensaron en ello; y en nuestro Occidente, donde tenemos una necesidad más acuciante de reparar las pérdidas sufridas por la especie humana, todavía no hemos puesto remedio al mismo mal, aunque nos sea más perjudicial aún. Hasta hace algunos años no ha tenido Londres hospicios para los niños expósitos. Se necesitan muchos siglos para que la sociedad humana se perfeccione.

CAPÍTULO CLVI

LOS TÁRTAROS

Si los chinos, dos veces subyugados, la primera por Gengis-kan en el siglo XIII,[1] y la segunda en el siglo XVII, han sido siempre el primer pueblo de Asia en las artes y en las leyes, los tártaros lo fueron en las armas. Es humillante para la naturaleza humana que la fuerza haya triunfado siempre de la sabiduría, y que esos bárbaros hayan sojuzgado casi todo nuestro hemisferio hasta el monte Atlas. Destruyeron el imperio romano en el siglo V, conquistaron España y todo lo que los romanos habían poseído en Africa, y después los hemos visto someter a los califas de Babilonia.

Mahmud, que conquistó Persia y la India a fines del siglo X, era un tártaro, y hoy casi no es conocido por los pueblos occidentales más que por la respuesta de una pobre mujer que le pedía justicia, en la India, por el asesinato de su hijo, robado y muerto en la provincia del Irac, de Persia. "¿Y cómo queréis que haga yo justicia a tanta distancia?", le dijo el sultán. "¿Entonces por qué nos habéis conquistado, si no podíais gobernarnos?", respondió la madre.

Gengis-kan partió de lo más remoto de Tartaria, a fines del siglo XII, para conquistar la India, China, Persia y Rusia. Batu-kan, uno de sus hijos, llegó en sus depredaciones hasta las fronteras de Alemania; y hoy, del dilatado imperio de Kapchak, que le correspondiera a Batu-kan no queda más que la Crimea, que poseen sus descendientes, bajo la protección de los turcos.

Tamerlán, que sojuzgó una gran parte de Asia, era un tártaro, e incluso de la estirpe de Gengis.

Usún Hasán, que reinó en Persia, había nacido también en Tartaria.

Y finalmente, si consideráis de dónde proceden los otomanos, los veréis partir de la ribera oriental del mar Caspio para venir a conquistar el Asia Menor, Arabia, Egipto, Constantinopla y Grecia.

[1] Véase capítulo LX.

Veamos ahora lo que quedaba en esos vastos desiertos de Tartaria, en el siglo XVI, después de tantas emigraciones de conquistadores. En el norte de China se encontraban esos mismos mongoles y esos manchúes que la conquistaron en tiempo de Gengis, y que la han vuelto a reconquistar hace un siglo. Seguían entonces la religión de la que el Dalai-lama es jefe en el pequeño Tibet. Sus desiertos son limítrofes de los desiertos de Rusia, y de allí hasta el mar Caspio habitan los elhuts, los calcas, los calmucos, y cien hordas de tártaros vagabundos. Los usbecos habitaban y habitan aún en el país de Samarcanda. Todos ellos viven pobremente, y tan sólo saben que de su raza salieron los hombres que han conquistado los países más ricos de la tierra.

CAPÍTULO CLVII

EL MOGOL

La estirpe de Tamerlán reinaba en el Mogol, sin que este reino de la India hubiese sido sometido por completo por Tamerlán. Los hijos de este conquistador guerrearon entre sí por el reparto de sus Estados, como los sucesores de Alejandro; y esta guerra repercutió funestamente en la India. Este país, cuyo clima provoca la indolencia, resistió débilmente a los descendientes de sus vencedores. El sultán Babar, bisnieto de Tamerlán,[1] se hizo dueño absoluto de todo el país que se extiende desde Samarcanda, hasta cerca de Agra.

Cuatro naciones principales se encontraban a la sazón establecidas en la India: los mahometanos árabes, llamados pathanes, que habían conservado algunos países desde el siglo X; los antiguos parsis o guebres, refugiados desde el tiempo de Omar; los tártaros de Gengis y Tamerlán, y finalmente, los verdaderos indios, divididos en varias tribus o castas.

Los musulmanes pathanes eran todavía los más poderosos, ya que hacia el año 1530 un musulmán, llamado Schir-schah, despojó al sultán Amayum,[2] hijo de Babar, y le obligó a refugiarse en Persia. El emperador turco Solimán, enemigo natural de los persas, protegió al usurpador mahometano contra la raza de los usurpadores tártaros a la que ayudaban los persas. El vencedor de Rodas mantenía el equilibrio en la India, y, mientras Solimán vivió. Schir-schah reinó tranquilamente; él fue quien hizo que dominara en el Mogol la religión de los osmanlíes. Todavía se pueden ver los caminos sombreados por árboles, las caravaneras y los baños que hizo construir para los viajeros.

Amayum no pudo volver a la India hasta la muerte de Solimán y de Schir-schah, cuando se reintegró en el trono con ayuda de un ejército persa. Así, pues, los indios han estado siempre sojuzgados por extranjeros.

[1] O mejor Babur, quinto descendiente de Tamerlán. Era hijo de Omar-Cheik, a quien sucedió en 1494. Murió en 1530.

[2] O mejor Humayún. (Jorge Avenel.)

El pequeño reino de Guzerat, cerca de Surate, estaba todavía sometido a los antiguos árabes de la India; y era casi todo lo que les quedaba en Asia a estos vencedores de tantas naciones, a quienes habéis visto conquistar toda la extensión que media entre Persia y las provincias meridionales de Francia. Por entonces se vieron obligados a implorar el socorro de los portugueses contra Akebar,[1] hijo de Amayum; pero los portugueses no pudieron evitar que sucumbiesen.

Había además en Agra un príncipe que se decía descendiente de Por, a quien Quinto Curcio ha hecho tan famoso con el nombre de Poro. Akebar le venció, y no le devolvió su reino; pero hizo a la India más beneficios de los que Alejandro tuvo tiempo de hacer. Sus fundaciones son numerosísimas, y todavía se admira el gran camino bordeado de árboles en una extensión de ciento cincuenta leguas, desde Agra hasta Lahore, famosa obra de este conquistador, que fue embellecida por su hijo Geanguir.[2]

La península de la India más acá del Ganges no había sido todavía atacada, y si bien había visto guerreros en sus costas, éstos eran los portugueses. El virrey que residía en Goa igualaba entonces al Gran Mogol en magnificencia y en fausto, y le aventajaba en poderío marítimo. De él dependían cinco gobiernos: Mozambique, Malaca, Mascate, Ormuz y Ceilán. Los portugueses eran los dueños del comercio de Surate, y los pueblos del Gran Mogol recibían de ellos todos los productos preciosos de las islas. Durante cuarenta años no valió tanto América para los españoles, y cuando Felipe II se apoderó de Portugal en 1580, se encontró dueño de repente de las principales riquezas de ambos mundos, sin haber tenido la más pequeña parte en su descubrimiento. El Gran Mogol no era entonces comparable a un rey de España.

No conocemos este imperio tan bien como la China, ya que a causa de las frecuentes revoluciones que en él ha habido de Tamerlán acá, no se han podido enviar tantos y tan buenos observadores como aquellos a quienes debemos el conocimiento de China.

Los que han recogido los relatos de la India nos han suministrado con frecuencia informes contradictorios. El P. Catrou nos dice que *el Mogol ha retenido para sí la propiedad de todas las tierras del imperio;* y, en la misma página, nos informa de que *los hijos de los rajás heredan las tierras de sus padres*. Asegura que *todos los grandes son esclavos*, y dice que "muchos de estos esclavos tienen hasta veinte y treinta mil soldados; que allí no hay

[1] O mejor, Akbar, que sucedió a Humayún en 1556. Murió en 1605.
[2] O mejor, Aurenqzab-Djehanguir. (Jorge Avenel.)

más ley que la voluntad del Mogol, y que, sin embargo, no han sufrido menoscabo los derechos de los pueblos". Es difícil conciliar estos informes.

Tavernier habla más para los comerciantes que para los filósofos, y apenas si proporciona más noticias que las referentes a los caminos principales y a la compra de diamantes.

Bernier es un filósofo; pero no emplea su filosofía en instruirse a fondo sobre la constitución del país. Dice, como los demás, que todas las tierras pertenecen al emperador. Y esto es lo que necesita explicación, ya que dar tierras y gozar de ellas son dos cosas completamente diferentes. Los reyes europeos, que dan todos los beneficios eclesiásticos, no los poseen. El emperador, que tiene derecho a conferir todos los feudos de Alemania y de Italia, cuando vacan por falta de herederos, no recoge los frutos de estas tierras. El padischah de los turcos, que reina en Constantinopla, da también feudos a sus jenízaros y a sus spahis, y no los toma para sí.

Bernier no ha creído que se abusaría de sus expresiones hasta el punto de creer que todos los indios labran, siembran, construyen y trabajan para un tártaro. Este tártaro es, por otra parte, señor absoluto de los vasallos de su dominio, pero tiene muy poco poder sobre los virreyes, que son lo bastante poderosos para desobedecerle.

Según Bernier, no hay en la India más que grandes señores y miserables. ¿Cómo conciliar esta idea con la opulencia de esos comerciantes que Tavernier dice que poseen tantos millones?

Como quiera que sea, los indios no eran ya aquel pueblo superior al que los antiguos griegos iban a instruirse. En la India ya no quedaba más que superstición, que incluso aumentó con su servidumbre, del mismo modo que la de los egipcios se acentuó cuando los romanos los sometieron.

Siempre se había tenido la creencia de que las aguas del Ganges purificaban las almas. Todavía no ha podido ser abolida la vieja costumbre de bañarse en los ríos cuando ocurre un eclipse; y aunque había astrónomos indios que sabían calcular los eclipses, no por ello estaban los pueblos menos persuadidos de que el Sol caía en las fauces de un dragón, y que no se podía libertarlo sino metiéndose completamente desnudos en el agua, y haciendo en ella un gran ruido que asustaba al dragón y le hacía soltar su presa. Esta creencia, tan común entre los pueblos orientales, constituye una prueba evidente del abuso que los pueblos han hecho siempre, lo mismo en física que en religión, de los signos creados por los primeros filósofos. Desde tiempo inmemorial, los astrónomos

indicaron los dos puntos de intersección de los astros que entran en conjunción en los eclipses, y que se llaman *los nudos de la Luna*, el uno por una cabeza de dragón, y el otro por una cola. El pueblo, igualmente ignorante en todos los países de la tierra, ha tomado el signo por la cosa misma. "El Sol se encuentra en la cabeza del dragón", decían los astrónomos. "El dragón va a devorar el Sol", decía el pueblo, y sobre todo el pueblo astrólogo. Insultamos la credulidad de los indios, y no pensamos en que en Europa se venden todos los años más de trescientos mil ejemplares de almanaques, llenos de observaciones no menos erróneas y de ideas no menos absurdas. Tanto vale decir que el Sol y la Luna se encuentran en las garras de un dragón como imprimir todos los años que no se debe ni plantar, ni sembrar, ni tomar medicinas, ni hacerse sangrar, sino en determinados días de la luna. Ya es tiempo de que, en un siglo como el nuestro, alguien se dignase hacer para uso de los labradores, un calendario útil, que los instruyese y que no los engañase.

La escuela de los antiguos gimnosofistas subsistía aún en la gran ciudad de Benares, en las orillas del Ganges. Los brahmanes cultivaban allí la lengua sagrada, llamada sánscrito, que ellos consideran como la más antigua de todo el Oriente. Igual que los primeros persas, admiten la existencia de genios, y enseñan a sus discípulos que los ídolos todos no han sido hechos sino para fijar la atención de los pueblos, no siendo otra cosa que emblemas diversos de un sólo Dios; pero ocultan al pueblo esta sabia teología que no les produciría nada, y lo dejan abandonado a errores que les son útiles. Parece ser que en los climas meridionales el calor dispone más a los hombres a la superstición y al entusiasmo que en los demás lugares. Con frecuencia se ha visto a los indios devotos precipitarse a porfía bajo las ruedas del carro que llevaba al ídolo Jaghernath, y hacerse quebrar los huesos por devoción. En la superstición popular se reunían todas las contradicciones: por un lado, se veía a los sacerdotes del ídolo Jaghernath llevando todos los años una doncella a su dios para que fuese honrada con el título de esposa suya, de igual manera que algunas veces se le presentaba una en Egipto al dios Anubis; y por otro lado, se conducía a la hoguera a las viudas jóvenes, que se arrojaban al fuego cantando y danzando sobre los cuerpos de sus maridos.

Se refiere[1] que habiendo sido asesinado, en 1642, un rajá en la corte de Scha-Schehán, trece esposas del difuto acudieron inmediatamente, y se arrojaron todas a la pira en la que ardía el cuerpo

[1] *Lettres curieuses et edifiantes.* Vol. XIII.

de su señor. Un misionero muy veraz asegura que en 1710, cuarenta esposas del príncipe de Marava se precipitaron a la hoguera encendida sobre el cadáver de dicho príncipe, y dice que habiendo muerto, en 1717, dos príncipes de este país, diecisiete esposas del uno, y trece del otro, se entregaron a la muerte de la misma manera; y que como la última estuviese encinta, esperó a dar a luz, y se arrojó al fuego después del nacimiento de su hijo. Este mismo misionero dice que tales ejemplos son más frecuentes entre las primeras castas que entre las del pueblo; y varios misioneros lo confirman. Parece que debía ser todo lo contrario. Las esposas de los grandes deberían sentir más apego a la vida que las de los artesanos y de los hombres que arrastran una existencia penosa; pero desgraciadamente se ha puesto una aureola de gloria a estos actos de abnegación. Las mujeres de las castas superiores son más accesibles al sentimiento de esta gloria; y los brahmanes, que siempre recogen algunos despojos de estas víctimas, tienen más interés en seducir a los ricos.

El número prodigioso de hechos de esta naturaleza no nos permite poner en duda que tal costumbre estuvo en vigor en el Mogol, como lo sigue estando en toda la península hasta el cabo de Comorín. Una decisión tan desesperada en un sexo tan tímido nos asombra; pero la superstición inspira en todas partes una fuerza sobrenatural.[1]

[1] Véanse las asombrosas rarezas de la India y los sucesos desgraciados ocurridos allí en tiempo de Luis XV, en los *Fragmentos sobre la India,* y en el *Resumen del Siglo de Luis XV. (Nota de Voltaire.)*

CAPÍTULO CLVIII

PERSIA Y SU REVOLUCIÓN EN EL SIGLO XVI; SUS USOS, SUS COSTUMBRES, ETC.

Persia sufría entonces una revolución casi semejante a la que el cambio de religión provocó en Europa.

Un persa llamado Heider, a quien nosotros sólo conocemos con el nombre de Sofí, es decir, *sabio*, y que, aparte de esta sabiduría, poseía una extensión de tierra considerable, creó a fines del siglo XV la secta que divide hoy a los persas y a los turcos.

Durante el reino del tártaro Usún Hasán, una parte de Persia, deseosa de oponer un culto nuevo al de los turcos, de colocar a Alí por encima de Omar, y de poder ir en peregrinación a otro lugar distinto de la Meca, abrazó ávidamente los dogmas del Sofí. La semilla de estos dogmas había sido echada desde hacía largo tiempo; pero él la hizo germinar, y dio forma a ese cisma político y religioso, que hoy parece necesario entre dos grandes imperios vecinos, envidioso el uno del otro. Ni los turcos ni los persas tenían razón alguna para reconocer a Omar o a Alí por sucesores legítimos de Mahoma, y los derechos respectivos de estos árabes a quienes ellos habían expulsado debían preocuparles poco; pero importaba a los persas que la sede de su religión no estuviese en territorio turco.

El pueblo persa había contado siempre entre sus agravios contra el pueblo turco el asesinato de Alí, aunque Alí no hubiese sido asesinado por la nación turca, que entonces no se conocía; pero así es como razona el pueblo. E incluso es asombroso que no se pusiese a contribución antes esta antipatía para fundar una secta nueva.

El Sofí dogmatizaba, pues, en interés de Persia; pero también dogmatizaba en interés propio. Acrecentó su poder e influencia hasta el punto de que Rustem, usurpador de Persia, llegó a temerle. Al fin, este reformador tuvo la suerte de la que Lutero y Calvino escaparon, pues Rustem le hizo asesinar en 1499.

Ismael, hijo de Sofí, fue lo bastante valeroso y poderoso para sostener, con las armas en la mano, las ideas de su padre, y sus discípulos se convirtieron en soldados.

Convirtió y conquistó Armenia, reino tan famoso en otro tiempo bajo Tigranes, y que tan poco conocido es desde entonces. Apenas si hoy se distinguen las ruinas de Tigranocerta. El país es pobre, y en él hay muchos cristianos griegos que viven del tráfico que realizan en Persia y en el resto de Asia; pero no se debe creer que esta provincia alimente un millón y medio de familias cristianas, como afirman los relatos. Esta multitud se elevaría, según esto, a cinco o seis millones de habitantes, y en todo el país no hay ni la tercera parte. Ismael Sofí dueño de Armenia, conquistó Persia entera y a los tártaros de Samarcanda. Combatió ventajosamente contra el sultán de los turcos Selim I, y dejó a su hijo Thamasp una Persia poderosa y pacífica.

Este mismo Thamasp fue quien rechazó al fin a Solimán, después de haber estado a punto de perder su corona. Sus descendientes reinaron pacíficamente en Persia hasta que estallaron las revoluciones que, en nuestros días, han desolado este imperio.

A fines del siglo XVI, llegó a ser Persia uno de los países más florecientes y afortunados del mundo, en el reinado del gran Schah Abbas, bisnieto de Ismael Sofí. Apenas si hay Estados que no hayan tenido una época de grandeza y de esplendor, tras de la cual decaen.

Los usos, las costumbres y el espíritu de Persia, son tan extraños para nosotros como los de todos los pueblos que hemos visto pasar ante nuestros ojos. El viajero Chardin afirma que el emperador de Persia es menos absoluto que el de Turquía; pero no parece ser que el Sofí dependa de una milicia como el Gran Señor. Chardin confiesa al menos que todas las tierras no pertenecen en Persia a un solo hombre, sino que los ciudadanos gozan de sus posesiones, y pagan al Estado un canon que no llega a un escudo al año. En Persia no hay feudos grandes ni pequeños, como en la India y en Turquía, dominadas por los tártaros. Como Ismael Sofí, restaurador de este imperio, no era tártaro, sino armenio, había seguido el derecho natural que regía en su país, y no el derecho de conquista y de bandidaje.

El sultanato de Ispahán pasaba por ser menos cruel que el de Constantinopla. El deseo de conservar el trono llevaba con frecuencia a los sultanes turcos a hacer estrangular a sus parientes. Los sofíes se contentaban con arrancar los ojos a los príncipes de su sangre. En China jamás se ha pensado que la seguridad del trono exigiese matar o cegar a los propios hermanos y sobrinos, y

siempre se les concedieron honores sin autoridad. Todo esto demuestra que las costumbres chinas eran las más humanas y las más sensatas de Oriente.

Los reyes de Persia conservaron la costumbre de recibir presentes de sus súbditos. Este uso se encuentra establecido en el Mogol y en Turquía; y lo ha estado en Polonia, único reino en el que parecía explicable, ya que como los reyes de Polonia sólo disponían de escasísima renta, necesitaban estos socorros. Pero el Gran Señor sobre todo, y el Gran Mogol, poseedores de tesoros inmensos, no hubiesen debido mostrarse a sus súbditos sino para dar. Recibir es rebajarse, y tal rebajamiento lo consideran ellos un título de grandeza. Jamás los emperadores de China envilecieron así su dignidad. Según Chardin, los aguinaldos del rey de Persia ascienden a cinco o seis millones de nuestra moneda.

En lo que se ha parecido siempre Persia a China y a Turquía, es en que en estos países no se conoce la nobleza; no existe en ellos otra que la de los empleos; y los hombres que no son nada no pueden allí gozar de privilegio alguno por el solo hecho de que lo hayan sido sus padres.

En Persia, como en toda Asia, la justicia se ha administrado siempre sumariamente, y no se conocen ni los abogados ni los procedimientos judiciales. Cada cual defiende sus pleitos, y la máxima de que una injusticia breve es más soportable que una justicia larga y dificultosa ha prevalecido en todos estos pueblos que, civilizados mucho antes que nosotros, han sido menos refinados en todo que nosotros.

La religión mahometana de Alí, dominante en Persia, permitía el libre ejercicio de todas las demás. Todavía había en Ispahán restos de antiguos persas ignícolas, que no fueron expulsados de la capital hasta el reinado de Schah Abbas. Se habían diseminado por las fronteras, y especialmente por la antigua Asiria, parte de la Armenia Alta donde reside todavía su sumo sacerdote. Varias familias de estas diez tribus y media, de esos judíos samaritanos trasladados por Salmanasar en tiempo de Oseas, permanecían aún en Persia, donde había, en la época de que hablo, cerca de diez mil familias de las tribus de Judá, de Leví y de Benjamín, traídas de Jerusalén, con Sedecías su rey, por Nabucodonosor, y que no volvieron con Esdrás y Nehemías.

Diseminados por el golfo Pérsico había algunos sabeos discípulos de San Juan Bautista, de los que ya he hablado.[1] El mayor número constituido por los cristianos armenios del rito griego; los

[1] Capítulo CXLIII.

nestorianos eran los menos; los indios de la religión de los brahmanes llenaban Ispahán, y su número ascendía a más de veinte mil. En su mayoría eran banianos que trafican con veinte naciones, desde el cabo de Comorín hasta el mar Caspio, sin haberse mezclado jamás con ninguna.

En suma, todas estas religiones eran bien vistas en Persia, excepto la secta de Omar, que era la de sus enemigos. Ocurre como con el gobierno de Inglaterra, que admite todas las sectas, pero que apenas si tolera el catolicismo, al que teme.

El imperio persa temía con razón a Turquía, con la que no puede compararse ni en población, ni en extensión. Su tierra no es tan fértil, y le faltaba el mar. En aquella época no le pertenecía el puerto de Ormuz, del que se habían apoderado los portugueses en 1507. Una pequeña nación europea dominaba así en el Golfo Pérsico, y cerraba el comercio marítimo a toda Persia, y fue preciso que el gran Schah Abbas, a pesar de todo su poder, recurriese a los ingleses para arrojar a los portugueses en 1622. Los pueblos de Europa han creado con su marina el destino de todas las costas a que han abordado.

Si la tierra de Persia no es tan fértil como la de Turquía, su pueblo, en cambio, es más industrioso, y además cultivan en mayor grado las ciencias; pero sus ciencias no merecerían tal nombre entre nosotros. Si los misioneros europeos han asombrado a los chinos con lo poco de física y de matemáticas que saben, no hubiesen asombrado menos a los persas.

Su lengua es bella, y desde hace seiscientos años no ha sido alterada. Sus poesías son nobles y sus fábulas ingeniosas; pero si bien es cierto que saben algo más de geometría que los chinos, no han avanzado mucho más allá de los elementos de Euclides. No conocen más astronomía que la de Ptolomeo, y esta astronomía no es todavía para ellos sino lo que durante tanto tiempo fue en Europa; un camino para llegar a la astrología judiciaria. Todo se regulaba en Persia por las influencias de los astros, como entre los antiguos romanos por el vuelo de las aves y el apetito de las gallinas sagradas. Chardin afirma que el Estado gastaba en su época cuatro millones al año en astrólogos. Si Newton, Halley o Cassini hubiesen nacido en Persia, no se hubiesen granjeado consideración alguna, a menos que no se aviniesen a vaticinar.

Su medicina, como la de todos los pueblos ignorantes, era una práctica experimental reducida a preceptos, sin conocimiento alguno de la anatomía. Esta ciencia pereció con las demás, renaciendo

con ellas en Europa, en los comienzos del siglo XVI, gracias a los descubrimientos de Vesalius y al genio de Fernel.

En suma, sea cualquiera el pueblo civilizado de Asia de que hablemos, podemos decir de él: Nos precedió, pero lo hemos aventajado.

CAPITULO CLIX

EL IMPERIO OTOMANO EN EL SIGLO XVI; SUS USOS, SU GOBIERNO Y SUS RECURSOS

La época de la grandeza y de los progresos de los otomanos fue más larga que la de los sofíes, ya que a partir de Amurates II todo fue un encadenamiento de victorias.

Mahomet II había conquistado los suficientes Estados para que su dinastía se contentase con tal herencia; pero Selim I añadió nuevas conquistas. En 1515 tomó Siria y Mesopotamia, y se dispuso a someter Egipto. La empresa hubiera sido fácil, de haber tenido que combatir con los egipcios únicamente; pero esta nación se encontraba gobernada y defendida por una milicia formidable de extranjeros, semejante a la de los jenízaros. Eran circasianos procedentes también de Tartaria, y se les llamaba mamelucos, que significa esclavos; bien sea porque el primer sultán de Egipto que los empleó los hubiese comprado en efecto como esclavos, o más bien porque se tratase de un nombre que los unía más íntimamente con la persona del soberano, lo cual es mucho más verosímil. En efecto, la manera figurada que se emplea para hablar en todo el Oriente ha introducido los títulos más ridículamente pomposos para los príncipes, y los nombres más humildes para sus servidores. Los bajaes del Gran Señor se llaman sus esclavos; y Thamasp Kuli-kan, que en nuestros días ha hecho saltar los ojos a Thamasp, su señor, no se llamaba sino su esclavo, como lo atestigua el nombre mismo de *Kuli.*

Estos mamelucos eran los dueños de Egipto desde nuestras últimas Cruzadas. Habían vencido y hecho prisionero al desgraciado San Luis, y desde esa época establecieron un gobierno que es semejante al de Argel. Entre estos soldados se elegían un rey y veinticuatro gobernadores provinciales. La suavidad del clima no había debilitado esta raza guerrera, pues se renovaba cada año con los contingentes de otros circasianos llamados continuamente para nutrir este cuerpo de vencedores. Así fue gobernado Egipto durante cerca de trescientos años.

Aquí se nos ofrece un campo bien amplio para las conjeturas históricas. Egipto estuvo durante largo tiempo subyugado por los pueblos de la antigua Cólquida, habitantes de los países bárbaros que hoy son la Georgia, la Circasia y la Mingrelia. No hay duda de que estos pueblos tuvieron en otro tiempo un grado de civilización mucho mayor que el de hoy, ya que el primer viaje de los griegos a Colcos constituyó una de las grandes épocas de Grecia. No hay duda de que los usos y las costumbres de la Cólquida eran muy parecidos a los de Egipto, y tomaron de los sacerdotes egipcios hasta la circuncisión. Herodoto, que había viajado por Egipto y Cólquida, y que hablaba a griegos instruidos, no nos deja duda alguna acerca de esta semejanza de civilización; Herodoto es fiel y exacto sobre todo lo que ha visto; pero se le acusa de equivocarse con frecuencia sobre lo que le han contado. Los sacerdotes egipcios le confirmaron que habiendo salido en otro tiempo el rey Sesostris de su país con el proyecto de conquistar toda la tierra, sojuzgó la Cólquida, y desde entonces conservóse en Colcos el uso de la circuncisión.

En primer lugar, el proyecto de conquistar toda la tierra es un pensamiento novelesco que no puede caber en la cabeza de un hombre sensato. La guerra se hace a los vecinos, para aumentar los propios Estados por medio de este bandolerismo, y después se pueden proseguir las conquistas de uno en otro pueblo, cuando se encuentra cierta facilidad; tal es la marcha que siguieron todos los conquistadores.

En segundo lugar, no es verosímil que un rey del fértil Egipto haya ido a perder su tiempo en conquistar las espantosas comarcas del Cáucaso, habitadas por los hombres más robustos, tan belicosos como pobres, y un centenar de los cuales hubiese podido detener a cada paso los ejércitos más numerosos de los débiles e indolentes egipcios. Es como si se dijese que un rey de Babilonia había salido de Mesopotamia para conquistar Suiza.

Son los pueblos pobres, que viven de su caza en comarcas agrestes y estériles, pueblos tan feroces como los animales que los rodean, quienes salen de esos países salvajes para atacar a las naciones opulentas; pero no son estas naciones opulentas las que salen de sus deleitosos climas en busca de comarcas incultas.

Los feroces habitantes del Norte han hecho en todas las épocas irrupciones en las comarcas del mediodía. Ya habéis visto cómo los pueblos de Colcos subyugaron durante trescientos años a Egipto, a partir de la época de San Luis. Habéis visto también que en todos los tiempos de que se tiene noticia Egipto fue siempre conquistado por todo el que quiso atacarlo. Es, pues, muy probable

que los bárbaros del Cáucaso conquistasen las orillas del Nilo; pero no lo es que Sesostris se apoderase del Cáucaso.

En tercer lugar ¿por qué, de todos los pueblos que los sacerdotes egipcios decían haber sido vencidos por Sesostris, sólo los de Cólquida habían recibido la circuncisión? Para llegar al país de Medea era preciso pasar por Grecia o por el Asia Menor, y los griegos, grandes imitadores, fueron sin duda los primeros en hacerse circuncidar. Es de creer que a Sesostris le interesaría más dominar el hermoso país de Grecia, e imponer en él sus leyes, que ir a hacer cortar prepucios a los habitantes de Cólquida. Es mucho más natural que hayan sido los escitas, habitantes de las riberas del Fasis y del Araxes, siempre hambrientos y siempre conquistadores, los que cayesen sobre el Asia Menor, Siria y Egipto, y que, habiéndose establecido en Tebas y en Menfis en esos tiempos remotos, como se establecieron en tiempo de San Luis, hayan llevado después a su patria algunos ritos religiosos y algunos usos de Egipto.

El lector inteligente pesará todas estas razones. La historia antigua ofrece en todas las naciones de la tierra dudas y conjeturas.

El último rey mameluco fue Tumam-Bey, que sólo es famoso por la época en que reinó y por la desgracia que tuvo de caer en manos de Selim, pero merece ser conocido por una singularidad que nos parece extraña, y que no lo era entre los orientales, y es la de que el vencedor le confió el gobierno de Egipto que le había arrebatado.

Tumam-Bey, que de rey pasó a ser bajá, siguió la suerte de los bajaes, al ser estrangulado después de algunos meses de gobierno.

Desde entonces el pueblo de Egipto cayó en el más vergonzoso envilecimiento, y esta nación que dicen haber sido tan guerrera en tiempo de Sesostris, vino a ser más pusilánime que en tiempo de Cleopatra. Se nos dice que inventó las ciencias y no cultiva ninguna; que era seria y grave, y hoy la vemos, ligera y alegre, danzando y cantando en la pobreza y en la esclavitud; y esa multitud de habitantes, que se decía innumerable, se reduce a tres millones todo lo más. No ha sido mayor el cambio acaecido en Roma y en Atenas; y es una prueba irrefutable de que si el clima influye en el carácter de los hombres, el gobierno tiene mucha mayor influencia que el clima.

Solimán, hijo de Selim, fue siempre un enemigo formidable para los cristianos y los persas. Tomó Rodas (1521), y algunos años después (1526), la mayor parte de Hungría. Moldavia y Valaquia (1529) llegaron a ser verdaderos feudos de su imperio.

Sitió a Viena, pero, habiéndole fallado esta conquista, volvió sus armas contra Persia; y, más afortunado en el Eufrates que en el Danubio, se apoderó de Bagdad como su padre, de quien los persas lo habían reconquistado. Sometió la Georgia, que es la antigua Iberia; y sus armas victoriosas dominaban por doquier, pues su almirante Khair ben Eddin, *Barbarroja*, después de haber asolado Apulia, marchó al mar Rojo a apoderarse del reino del Yemén, que es más bien una comarca de la India que de Arabia. Más guerrero que Carlos V, se parece a él por sus continuos viajes. Es el primero de los emperadores otomanos que se alió con los franceses, y esta alianza subsiste. Murió sitiando la ciudad Sziget, en Hungría, y la victoria le acompañó hasta en los brazos de la muerte, pues apenas expiró, la ciudad fue tomada por asalto. Su imperio se extendía desde Argelia al Eufrates, y desde el mar Negro a Grecia y al Epiro.

Su sucesor, Selim II, conquistó a los venecianos, por medio de sus lugartenientes, la isla de Chipre (1571). ¿Cómo pueden todos nuestros historiadores repetirnos que si emprendió esta conquista fue únicamente para beber el vino de Malvasía de esta isla, y para dársela a un judío? Se apoderó de ella porque le convenía, ya que Chipre se hacía necesaria a los poseedores de Anatolia; y jamás emperador alguno conquistará un reino ni por un judío, ni por vino. Un hebreo, llamado Mequines, proporcionó ciertos medios para facilitar esta conquista, y los vencidos mezclaron este hecho cierto con fábulas que los vencedores ignoran.

Después de haber dejado que los turcos se apoderasen de las comarcas situadas en los climas más deliciosos de Europa, de Asia y de África, contribuimos a enriquecerlos. Venecia traficaba con los turcos por el mismo tiempo que ellos le arrebataban la isla de Chipre y hacían desollar vivo al senador Bragadino, gobernador de Famagusta. Génova, Florencia y Marsella se disputaban el comercio de Constantinopla. Estas ciudades pagaban con plata las sedas y los demás artículos de Asia. Los negociantes cristianos se enriquecían con este comercio, pero era a expensas de la cristiandad. Se recogía por entonces poca seda en Italia, y ninguna en Francia. Con frecuencia estábamos obligados a ir a comprar trigo a Constantinopla; pero al fin la industria ha reparado los daños que la naturaleza y la negligencia ocasionaban a nuestras naciones, y las manufacturas han hecho que el comercio de los cristianos, y sobre todo de los franceses, sea hoy muy ventajoso en Turquía, no obstante la opinión contraria del conde Marsigli, menos informado de este importante aspecto del interés de las naciones que los negociantes de Londres y de Marsella.

Las naciones cristianas trafican con el imperio otomano y con toda Asia. Somos nosotros los que vamos a esos pueblos, que jamás vienen a nuestro Occidente; prueba ésta evidente de nuestras necesidades. Las escalas de Levante están llenas de comerciantes nuestros, y todas las naciones mercantiles de la Europa cristiana tienen en ellas cónsules. Casi todas mantienen embajadores ordinarios en la Puerta Otomana, que no los envía a nuestras cortes. La Puerta considera estas embajadas perpetuas como un homenaje que las necesidades de los cristianos rinden a su poder. Con frecuencia ha hecho a estos ministros afrentas tales que, de ser recibidas de cualquier otro príncipe de Europa, hubiesen dado origen a una guerra; pero que siempre se han disimulado tratándose del imperio otomano. El rey de Inglaterra, Guillermo, decía en estos últimos tiempos que "no hay cuestiones de honor con los turcos". Este lenguaje es el de un mercader que quiere vender sus artículos, y no el de un rey celoso de lo que llaman *la gloria.*

La administración del imperio de los turcos es tan distinta de la nuestra como las costumbres y la religión. Una parte de los ingresos del Gran Señor consiste, no en dinero amonedado, como en los gobiernos cristianos, sino en los productos de todas las comarcas que le están sometidas. El canal de Constantinopla está cubierto todo el año de navíos que llevan de Egipto, de Grecia, de Anatolia y de las costas del Ponto Euxino, todas las provisiones necesarias para el serrallo, para los jenízaros y para la flota. En el *canon nameh*, es decir, en los registros del imperio, puede verse que la renta en dinero del tesoro, hasta el año 1683, no ascendía sino a cerca de treinta y dos mil bolsas,* lo que equivale a unos cuarenta y seis millones de nuestras libras actuales.

Esta renta no bastaría para mantener tan grandes ejércitos y tantos oficiales. Los bajaes tienen, en cada provincia, fondos asignados sobre la provincia misma para el mantenimiento de los soldados, que los feudos suministran; pero estos fondos no son considerables; el del Asia Menor, o Anatolia, apenas si llegaba a un millón doscientas mil libras; el del Diarbek, a cien mil; el de Alepo no era mayor; el fértil país de Damasco no daba doscientos mil francos a su bajá, y el de Erzerum valía unos doscientos mil. Grecia entera, a la que llaman Romelia, daba a su bajá un millón doscientas mil libras. En una palabra, todas esas rentas con que

* Bolsa: unidad monetaria empleada en Turquía y en Egipto para sumas elevadas, cuyo nombre se deriva de la costumbre de que en el tesoro del Gran Señor el dinero se guarda en grandes bolsas de cuero que contienen siempre una cantidad igual. La bolsa de plata equivale a 500 pesos turcos o egipcios, y una bolsa de oro a 30.000. *(N. del T.)*

los bajaes y los bey-ber-beyes mantenían las tropas ordinarias, hasta 1683, no llegaban a diez millones, y la Moldavia y la Valaquia no entregaban doscientas mil libras a su príncipe para el mantenimiento de ocho mil soldados al servicio de la Puerta. El capitán bajá no sacaba de los feudos llamados *zaims* y *timars*, diseminados por las costas, más de ochocientas mil libras para la flota.

Del estudio del *canon nameh* resulta que el presupuesto de toda la administración turca era de menos de sesenta millones de dinero contante; y estos gastos no se han aumentado mucho desde 1683. No es ni la tercera parte de lo que se paga en Francia y en Inglaterra para las deudas públicas, pero también hay que decir que en estos dos reinos el cultivo está más perfeccionado, la industria es mayor, hay mucha más circulación y el comercio es más animado.

Lo espantoso es que las confiscaciones supongan un gran ingreso del tesoro particular del sultán. Una de las tiranías que cuentan con más años en vigor es aquella por la cual los bienes de una familia pertenecen al soberano, cuando el padre ha sido condenado. Se le lleva a un sultán la cabeza de su visir, y esta cabeza le vale a veces varios millones. Nada tan horrible como un derecho que tanto excita a la crueldad, y que provoca en un soberano la tentación continua de no ser más que un ladrón homicida.

En cuanto al mobiliario de los oficiales de la Puerta, ya hemos dicho[1] que pertenece al sultán, por una antigua usurpación que estuvo en vigor entre los cristianos durante largo tiempo. En todo el universo, la administración pública ha sido con frecuencia un bandidaje autorizado, excepto en algunos Estados republicanos donde los derechos de la libertad y de la propiedad han sido más sagrados, y donde, aun siendo mediocre la Hacienda del Estado, ha estado mejor administrada, ya que los pequeños objetos son fáciles de abarcar con la mirada, en tanto que los grandes alteran la visión.

Se puede suponer que los turcos han realizado grandes cosas con poco gasto. Los sueldos de las más altas dignidades son bastante escasos, y puede juzgarse de ellos por el asignado al cargo de muftí, el cual sólo tiene dos mil aspros por día, lo cual viene a ser unas ciento cincuenta mil libras al año. No es sino la décima parte de la renta de algunas iglesias cristianas. Lo mismo sucede con el cargo de gran visir, que, de no ser por las confiscaciones y por los presentes, produciría más honor que fortuna, excepto en tiempo de guerra.

[1] Capítulo XCIII.

Los turcos no han hecho la guerra como los príncipes de Europa la hacen hoy, con dinero y negociaciones. La fuerza y la impetuosidad de los jenízaros han establecido este imperio, que se sostiene por el envilecimiento de los pueblos vencidos y por las envidias de los pueblos vecinos.

Jamás han puesto en campaña los sultanes ciento cuarenta mil combatientes a la vez, si no se cuentan los tártaros ni la multitud que sigue a sus ejércitos; pero este número era siempre superior al que los cristianos podían oponerles.

CAPÍTULO CLX

LA BATALLA DE LEPANTO

Después de la pérdida de la isla de Chipre, los venecianos, que continuaban comerciando con los turcos y se atrevían a seguir siendo sus enemigos, pidieron ayuda a todos los príncipes cristianos, a quienes el interés común debía reunir. Esta era ocasión para una nueva Cruzada; pero ya habéis visto que a fuerza de haber predicado en otro tiempo tantas inútiles, dejaban de promoverse las necesarias. El papa Pío V hizo algo mejor que predicar una Cruzada, pues declaró la guerra al imperio otomano, aliándose con los venecianos y el rey de España, Felipe II. Fue la primera vez que se vio el estandarte de las dos llaves desplegado contra la media luna, y las galeras de Roma enfrentándose con las galeras otomanas. Este único acto del papa, con el que terminó su vida, debe consagrar su memoria. Para conocer a este pontífice no hay que remitirse a ninguno de sus retratos que la lisonja ha coloreado, que la malicia ennegreció, o que pintó el ingenio y el arte. No juzguemos a los hombres sino por los hechos. Pío V, cuyo apellido era Ghislieri, fue uno de esos hombres a quienes el mérito y la fortuna sacaron de la oscuridad para elevarlos al primer lugar del cristianismo. Su ardor en redoblar la severidad de la Inquisición, y los suplicios en que hizo perecer a varios ciudadanos, demuestran que era supersticioso, cruel y sanguinario. Sus intrigas para hacer que se sublevase Irlanda contra la reina Isabel, el calor con que fomentó las turbulencias de Francia, y la famosa bula *In cœna Domini*, que ordenó se publicase todos los años, hacen ver que su celo por la grandeza de la Santa Sede no estaba dirigido por la moderación. Había sido dominico, y la severidad de su carácter se había acrecentado con la dureza de espíritu que se adquiere en el claustro. Pero este hombre, educado entre frailes, tuvo como Sixto V, su sucesor, virtudes reales, ya que éstas no es el trono quien las da, sino el carácter. Pío V fue el modelo del famoso Sixto V, a quien dio el ejemplo de reunir, en pocos

años, unos ahorros lo bastante cuantiosos para hacer que la Santa Sede se considerase como una potencia. Este dinero acumulado le permitió equipar galeras. Su celo le impulsaba a hacer un llamamiento a todos los príncipes cristianos, pero no encontró en ellos más que tibieza o impotencia. En vano se dirigió al rey de Francia, Carlos IX, al emperador Maximiliano, al rey de Portugal, don Sebastián, y al rey de Polonia, Segismundo II.

Carlos IX era aliado de los turcos, y no tenía barcos que dar. El emperador Maximiliano II temía a los turcos, carecía de dinero, y, habiendo pactado una tregua con ellos, no se atrevía a romperla. El rey don Sebastián era todavía demasiado joven para dar pruebas del valor que, más tarde, le hizo perecer en África. Polonia estaba agotada por una guerra con los rusos, y su rey Segismundo era un viejo achacoso. Así, pues, sólo Felipe II secundó al papa. Sólo él, entre todos los reyes católicos, era lo bastante rico para arrostrar los grandes gastos del armamento necesario; él sólo podía, por la índole de su administración, lograr la rápida ejecución del proyecto, en el que se encontraba especialmente interesado, por la necesidad de alejar las flotas otomanas de sus Estados de Italia y de sus plazas de África; y se alió con los venecianos, de los que siempre fue enemigo secreto en Italia, contra los turcos a quienes temía más.

Jamás se hizo con tanta celeridad tan gran armamento. Doscientas galeras, seis grandes galeazas, veinticinco barcos de guerra y cincuenta navíos de carga, estuvieron dispuestos en los puertos de Sicilia, en septiembre, cinco meses después de la pérdida de la isla de Chipre. Felipe II había proporcionado la mitad del armamento; los venecianos se encargaron de los dos tercios de la otra mitad, y el resto lo dio el papa. El general de la flota era Don Juan de Austria, el célebre bastardo de Carlos V. Marco Antonio Colonna mandaba en segundo lugar en nombre del papa. Esta casa de Colonna, enemiga durante tanto tiempo de los pontífices, se había convertido en el apoyo de su grandeza. Sebastián Veniero, a quien nosotros llamamos Venier, era general del mar en nombre de los venecianos. Había habido en su familia tres dux, y ninguno de ellos logró tanta fama como él. Barbarigo, cuya casa no era menos célebre en Venecia, era veedor, es decir, intendente de la flota. Malta, por no poder proporcionar más, envió tres galeras. No hay que contar a Génova, que temía más a Felipe II que a Selim, y que no envió más que una galera.

Según dicen los historiadores, este ejército naval constaba de cincuenta mil combatientes. En los relatos de batallas sólo hay exageraciones. Doscientas seis galeras y veinticinco navíos podían

ir armados todo lo más, por veinte mil hombres de guerra. La sola flota otomana era más fuerte que las tres escuadras cristianas juntas. Constaba de unas doscientas cincuenta galeras. Las dos armadas se encontraron en el golfo de Lepanto, el antiguo Naupactus, no lejos de Corinto. Después de la batalla de Actium, jamás habían visto los mares de Grecia una flota tan numerosa, y una batalla tan memorable. Las galeras otomanas iban movidas por esclavos cristianos, y las galeras cristianas por esclavos turcos, sirviendo unos y otros, a su pesar, contra sus patrias respectivas.

Las dos flotas se enfrentaron con todas las armas de la antigüedad y las modernas: flechas, largas jabalinas, lanzas de fuego, cloques, cañones, mosquetes, picas y sables. En la mayoría de las galeras, aferradas unas a otras se combatía cuerpo a cuerpo como en un campo de batalla. (3 de octubre de 1571) Los cristianos obtuvieron una victoria tanto más notable cuanto que era la primera de esta especie.

Don Juan de Austria y Veniero, el almirante de los venecianos, atacaron a la capitana otomana mandada por el almirante de los turcos, llamado Alí. Se le apresó con su galera, y se le cortó la cabeza, que fue clavada sobre su propio pabellón. Esto era abusar del derecho de guerra; pero los que habían desollado a Bragadino en Famagusta no merecían otro trato. Los turcos perdieron más de ciento cincuenta barcos en esta jornada. En cuanto al número de muertos es difícil saberlo; se hacía subir su cifra a cerca de quince mil; y unos cinco mil esclavos cristianos fueron libertados.

Venecia celebró esta victoria con fiestas que sólo ella sabía entonces dar. En Constantinopla todo fue consternación. Al saber esta gran victoria, que se atribuía sobre todo a don Juan, el generalísimo, pero en la que los venecianos habían tenido la mayor parte, el papa Pío V exclamó: "Fue un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan";[1] palabras que se aplicaron después a Juan Sobieski, rey de Polonia, cuando libertó Viena.

Don Juan de Austria adquirió de repente la mayor fama de que capitán alguno haya gozado. Las naciones modernas sólo cuentan sus héroes, y olvidan a los de los demás pueblos. Don Juan, como vengador de la cristiandad, era entonces el héroe de todas las naciones, y lo comparaban con Carlos V, su padre, a quien, por otra parte, se parecía más que a Felipe. Mereció sobre todo esta idolatría de los pueblos, cuando dos años después conquistó Túnez, como Carlos V, y como él hizo a un rey africano tributario

[1] Juan, I, 6.

de España. Pero ¿cuál fue el fruto de la batalla de Lepanto y de la conquista de Túnez? Los venecianos no ganaron ningún territorio a los turcos, el almirante de Selim II recuperó sin trabajo el reino de Túnez (1574), y fueron degollados todos los cristianos. Era como si los turcos hubiesen ganado la batalla de Lepanto.

CAPÍTULO CLXI

LAS COSTAS DE ÁFRICA

Las costas de África, desde Egipto hasta los reinos de Fez y de Marruecos, acrecentaron el imperio de los sultanes; pero más bien se encontraban bajo su protección que bajo su gobierno. El territorio de Barca y sus desiertos, tan famosos en otro tiempo por el templo de Júpiter Ammon, dependieron del bajá de Egipto. La Cirenaica tuvo un gobernador particular, y Trípoli, que se encuentra a continuación en dirección a Occidente, y que había sido conquistada por Pedro de Navarra, en el reinado de Fernando el Católico, el año 1510, fue dada por Carlos V a los caballeros de Malta; pero los almirantes de Solimán se apoderaron de esta nación, que, andando el tiempo, se organizó como una república, a cuyo frente se encuentra un general a quien llaman *bey*, y que es elegido por el ejército.

Más lejos se encuentra el reino de Túnez, antigua morada de los cartagineses. Ya habéis visto a Carlos V dando un rey a este Estado, y haciéndolo tributario de España, y a don Juan recuperándolo de los moros con la misma gloria que Carlos V, su padre; y al fin, al almirante de Selim II reintegrando Túnez a la dominación mahometana, y exterminando a todos los cristianos, tres años después de la famosa batalla de Lepanto, que tanta gloria dio a don Juan y tan poco provecho a los venecianos. Esta provincia se gobernó después como Trípoli.

Argel, que forma el extremo del imperio de los turcos en África, es la antigua Numidia, la Mauritania cesariana, tan famosa por los reyes Yuba, Sifax y Massinisa. Apenas si quedan las ruinas de Syrte, su capital, así como de Cartago, de Menfis, y hasta de Alejandría, que ya no está en el mismo lugar en que la construyó Alejandro. El reino de Yuba había llegado a ser tan poca cosa, que Khair ben Eddin, *Barbarroja*, prefirió ser almirante del Gran Señor que rey de Argel. Cedió esta provincia a Solimán, y se contentó con ser su bajá, después de haber sido su rey. Desde entonces hasta principios del siglo XVIII, Argel estuvo gobernada por los bajaes

que enviaba la Puerta; pero al fin, la misma administración por que se regía Trípoli y Túnez se instauró en Argel, convertido en un abrigo de corsarios. Por eso uno de sus últimos beyes decía al cónsul inglés, que se quejaba de algunas presas: "Cesad de quejaros al capitán de los ladrones, cuando habéis sido robado."

En toda esta parte de África se encuentran todavía monumentos de los antiguos romanos, y no se ve ni un solo vestigio de los cristianos; aunque hubo allí más obispados que en España y en Francia juntas. Esto se explica por dos razones: una es que los más antiguos edificios construidos de piedra dura, de mármol y de argamasa, resisten a la destrucción más que los nuevos en los climas secos; y la otra, que unas tumbas con la inscripción *Diis Manibus*, que los bárbaros no entienden, no les irritan, en tanto que los símbolos del cristianismo excitan su furor.

En los siglos esplendorosos de los árabes, las ciencias y las artes florecieron entre estos numidas; pero hoy ni siquiera saben computar el tiempo, y entregados incesantemente al oficio de pirata, ni siquiera tienen un piloto que sepa tomar la altura, ni un buen constructor de barcos. Compran a los cristianos, y sobre todo a los holandeses, los aparejos, los cañones y la pólvora, que utilizan para apoderarse de nuestros navíos mercantes; y las potencias cristianas, en lugar de destruir a estos enemigos comunes, están ocupadas en arruinarse mutuamente.

Constantinopla estuvo siempre considerada como la capital de todas esas regiones. Su situación es única para dominarlas. Tiene a Asia delante y a Europa detrás; y su puerto, tan seguro como amplio, abre y cierra la entrada del mar Negro por el Oriente, y del Mediterráneo por Occidente. Roma, situada mucho menos ventajosamente, en una tierra ingrata, y en un rincón de Italia en el que la naturaleza no ha creado ningún puerto cómodo, parecía menos adecuada para dominar las naciones, y sin embargo llegó a ser la capital de un imperio dos veces mayor que el de los turcos; y esto se debe a que los antiguos romanos no encontraron ningún pueblo que entendiese como ellos la disciplina militar, mientras que los otomanos, después de haber conquistado Constantinopla, han encontrado casi todo el resto de Europa tan aguerrido y mejor disciplinado que ellos.

CAPÍTULO CLXII

EL REINO DE FEZ Y MARRUECOS

La protección del Gran Señor no se extiende hasta el imperio de Marruecos, dilatado país que comprende una parte de la Mauritania Tingitana. Tánger era la capital de la colonia romana, y de allí partieron después los moros que subyugaron España. El propio Tánger fue conquistado a fines de siglo XV por los portugueses, y dado en nuestros tiempos a Carlos II, rey de Inglaterra, como dote de la infanta de Portugal su esposa; hasta que finalmente Carlos II se lo cedió al rey de Marruecos. Pocas ciudades han experimentado más cambios.

El imperio de Marruecos se extiende hasta las fronteras de Guinea, en el clima más apacible; no existe territorio más fértil, más variado ni más rico; muchas estribaciones del monte Atlas están llenas de minas, y sus campos producen las cosechas más abundantes y los mejores frutos de la tierra. Este país estuvo cultivado en otro tiempo como merecía serlo; y debió de estarlo muy bien en tiempo de los primeros califas, ya que florecían en él las ciencias, que es lo último a que se presta atención. Los árabes y los moros de estas comarcas llevaron a España sus armas y sus artes; pero todo ha degenerado después, y todo ha caído en la mayor barbarie. Los árabes de Mahoma habían civilizado el país, pero ahora se han retirado a los desiertos para reanudar su antigua vida pastoril; y el gobierno ha sido abandonado en manos de los moros, especie de hombres menos favorecidos por la naturaleza que su clima, menos industriosos que los árabes; nación a la vez cruel y esclava. En ella se muestra el despotismo en todo su horror, y la antigua costumbre de que los miramamolines o emperadores de Marruecos sean los primeros verdugos del país no ha contribuido poco a hacer de los habitantes de este dilatado imperio unos salvajes muy por bajo de los mexicanos. Los que habitan Tetuán son algo más civilizados; los demás deshonran la naturaleza humana. Muchos judíos expulsados de España por Fernando e Isabel se refugiaron en Tetuán, en Mequinez y en Marruecos, donde

viven miserablemente. Los habitantes de las provincias septentrionales se han mezclado con los negros de las riberas del Niger. En todo el imperio, en las casas, en los ejércitos, se ve una mezcla de negros, blancos y mestizos. Estos pueblos traficaron siempre en Guinea. Iban por los desiertos hasta las costas, a las que los portugueses llegaron por el océano. Jamás conocieron el mar sino como el elemento de los piratas. Finalmente, todas esas dilatadas costas del África, desde Damieta hasta el monte Atlas, habían caído en la barbarie, en tanto que muchos de nuestros pueblos septentrionales, mucho más bárbaros en otro tiempo, alcanzaban el grado de civilización de los griegos y de los romanos.

En este país, como en otros, hubo querellas religiosas; y una secta de musulmanes, que pretendía ser más ortodoxa que las otras, dispuso del trono; lo cual no ha sucedido jamás en Constantinopla. También hubo, como en otras partes, guerras civiles. Y hasta el siglo XVII no se reunieron, componiendo un imperio, todos los estados de Fez, de Marruecos y de Tafilete, después de la famosa victoria de los moros sobre el desventurado Sebastián, rey de Portugal.

Por mucho que sea el embrutecimiento en que han caído estos pueblos, jamás España y Portugal han podido vengarse en ellos de su antigua esclavitud, reduciéndolos a servidumbre. Orán, frontera de su imperio, tomada por el cardenal Jiménez, perdida después y recuperada más tarde por el duque de Montemar, en 1432, reinando Felipe V, no pudo abrir el camino a otras conquistas. Tánger, que podía haber sido una llave de este imperio, fue siempre inútil. Ceuta, que los portugueses tomaron en 1409, que pasó a poder de los españoles bajo Felipe II, y que todavía conservan, no ha sido más que motivo de gastos. Los moros dominaron toda España, y los españoles sólo han podido hostigar a los moros. Cruzaron el Atlántico y conquistaron el nuevo mundo, y no pudieron vengarse a cinco leguas de su territorio. Los moros, mal armados, indisciplinados, esclavos bajo un gobierno detestable, no han podido ser dominados por los cristianos. La verdadera razón es que los cristianos siempre se han destrozado mutuamente. ¿Cómo iban a poder los españoles pasar al África con grandes ejércitos y domeñar a los musulmanes, cuando tenían que combatir con Francia, o cuando, estando unidos con Francia, los ingleses les arrebataban Gibraltar y Menorca?

Lo curioso es el número de renegados, españoles, franceses e ingleses, que se han encontrado en los Estados de Marruecos. Ha habido un español, llamado Pérez, almirante bajo el imperio de Muley Ismael; un francés, llamado Pilete, gobernador de Salé;

una irlandesa concubina del tirano Ismael, y varios comerciantes ingleses establecidos en Tetuán. La esperanza de hacer fortuna en las naciones ignorantes condujo siempre a muchos europeos a África, a Asia y sobre todo a América. La razón contraria retuvo lejos de nosotros a los pueblos de dichos continentes.

CAPÍTULO CLXIII

FELIPE II, REY DE ESPAÑA

Después del reinado de Carlos V, cuatro grandes potencias equilibraban las fuerzas de la Europa cristiana: España, por sus riquezas del nuevo mundo; Francia, por sí misma, gracias a su situación, que impedía comunicarse entre sí los dilatados estados de Felipe II; Alemania, por la multitud misma de sus príncipes, que, aunque divididos entre sí, se unían para la defensa de su patria, e Inglaterra, después de la muerte de María, por la sola dirección de Isabel, pues su territorio era poca cosa, ya que Escocia, lejos de formar cuerpo con ella, era su enemiga, e Irlanda era una provincia a la que tenía que ayudar.

Los reinos del Norte no entraban todavía en el sistema político de Europa, e Italia no podía ser una potencia preponderante. Felipe II parecía tenerla bajo su mano. Filiberto, duque de Saboya, gobernador de los Países Bajos, dependía por completo de él, y Carlos Manuel, hijo de Filiberto y yerno de Felipe II, no dependió de éste menos que su padre. El Milanesado y las Dos Sicilias, que poseía, y sobre todo sus tesoros, hicieron temblar a los demás Estados de Italia por su libertad. Finalmente, Felipe II desempeñó en el teatro de Europa el primer papel, si no el más admirado. Otros príncipes menos poderosos, contemporáneos suyos, han dejado un nombre más grande, como Isabel, y sobre todo Enrique IV. Sus generales y sus enemigos han sido más estimados que él: el nombre de don Juan de Austria, de Alejandro Farnesio y el de los príncipes de Orange, están muy por encima del suyo. La posteridad establece una gran diferencia entre el poder y la gloria.

Para conocer bien la época de Felipe II, es preciso en primer lugar conocer su carácter, que fue en parte la causa de todos los grandes acontecimientos de su siglo; pero su carácter sólo se puede advertir en sus hechos. Jamás se repetirá lo bastante que hay que desconfiar del pincel de los contemporáneos, manejado casi siempre por la lisonja o por el odio; y en cuanto a esos retratos retocados,

que tantos historiadores modernos hacen de los antiguos personajes, se deben relegar a las novelas.

Quienes han comparado hace poco a Felipe II con Tiberio no han conocido ciertamente ni al uno ni al otro. Por otra parte, cuando Tiberio mandaba las legiones y las llevaba al combate, se encontraba a su cabeza; y Felipe II se quedaba en una capilla entre dos recoletos, mientras el príncipe de Saboya, y aquel conde de Egmont, a quien hizo perecer después en el cadalso, le ganaban la batalla de San Quintín. Tiberio no era ni supersticioso ni hipócrita; y Felipe solía tomar un crucifijo en la mano cuando ordenaba asesinatos. Los desórdenes del romano y los deleites del español no se asemejan. Hasta el disimulo que los caracteriza parece distinto, siendo el de Tiberio más malicioso, y el de Felipe más taciturno. Hay que distinguir entre hablar para engañar, y callarse para no dejar adivinar el pensamiento. Ambos parecen haber tenido una crueldad tranquila y reflexiva; ¡pero cuántos príncipes y hombres públicos han merecido el mismo reproche!

Para formarse una idea justa de Felipe, es preciso preguntarse lo que es un soberano que alardea de ser piadoso, y a quien el príncipe de Orange, Guillermo, reprocha públicamente en su manifiesto estar casado en secreto con doña Isabel Osorio, cuando contrajo matrimonio con su primera mujer María de Portugal. El mismo Guillermo le acusa, a la faz de Europa, del parricidio de su hijo y del envenenamiento de su tercera esposa, Isabel de Francia; y se le imputa haber obligado al príncipe de Ascoli a casarse con una mujer que estaba encinta del mismo rey. No se debe dar crédito al testimonio de un enemigo; pero este enemigo era un príncipe respetado en Europa, que envió su manifiesto y sus acusaciones a todas las cortes. ¿Era el orgullo, o era la fuerza de la verdad lo que impedía a Felipe responder? ¿Podía despreciar el terrible manifiesto del príncipe de Orange, como se desprecian esos oscuros libelos, compuestos por oscuros vagabundos, a los que ni los mismos particulares responden, como tampoco Luis XIV respondía? Que se agreguen a estas acusaciones, bastante auténticas, los amores de Felipe con la esposa de su favorito Ruy Gómez, el asesinato de Escobedo, y la persecución contra Antonio Pérez, que había asesinado a Escobedo por orden suya; y que se recuerde que este mismo hombre no hablaba de otra cosa que de su celo por la religión, y que todo lo inmolaba a este celo.

Bajo esta máscara infame de la religión tramó una conspiración en el Bearn, en 1564, para secuestrar a Juana de Navarra, madre de Enrique IV, con su hijo todavía niño, entregarla como

hereje a la Inquisición, hacerla quemar y apoderarse del Bearn, en virtud de la confiscación que ese tribunal de asesinatos hubiese pronunciado. Un parte de este proyecto aparece en el trigésimo sexto libro del presidente de Thou, y esta anécdota importante ha sido demasiado olvidada por los historiadores posteriores.[1]

Opóngase a esta conducta la solicitud por hacer administrar justicia en España, cuidado éste que sólo cuesta el trabajo de quererlo, y que afianza la autoridad; una actividad de gabinete, un trabajo asiduo en los asuntos generales, la vigilancia continua sobre los ministros, acompañada siempre de desconfianza; el empeño en conocer todos los asuntos en la medida que puede hacerlo un rey; la aplicación continuada por mantener la alteración entre sus vecinos, y conservar la paz en España, unos ojos siempre abiertos sobre una gran parte del globo, desde México hasta Sicilia, y una frente siempre compuesta y siempre severa en medio de los pesares de la política y de la agitación de las pasiones, y entonces podrá tenerse un retrato de Felipe II.

Pero es preciso ver el ascendiente de que gozaba en Europa. Era dueño de España, del Milanesado, de las Dos Sicilias, de todos los Países Bajos; sus puertos estaban llenos de navíos; su padre le había dejado las tropas de Europa mejor disciplinadas y más aguerridas, mandadas por los compañeros de sus victorias. Su segunda mujer, María, reina de Inglaterra, cuya conducta se regía por sus inspiraciones, hacía quemar a los protestantes y declaraba la guerra a Francia por una carta de Felipe. Ya podía éste contar a Inglaterra entre sus reinos. Las cosechas de oro y de plata que llegaban del Nuevo Mundo le hacían ser más poderoso que Carlos V, que sólo había gozado de sus primicias.

Italia temblaba ante el pensamiento de caer en la servidumbre, y esto fue lo que decidió al papa Paulo IV, Caraffa, súbdito de España por su nacimiento, a inclinarse del lado de Francia, como Clemente VII. Igual que todos sus predecesores, quiso establecer un equilibrio que sus manos demasiado débiles jamás

[1] Se encuentra un detallado relato de esta anécdota en uno de los documentos de las Memorias de Villeroy. Parece ser que la desventurada mujer de Felipe II sirvió para descubrir el proyecto, siendo tal vez este acto de justicia y de generosidad una de las causas de su muerte precipitada. Los jefes de la empresa eran el duque de Alba y los príncipes de la casa de Guisa. El dinero, que se encontraba en París, se salvó. Cuando Carlos IX refirió esta conspiración, de la que acababa de ser enterado, al viejo condestable, y le dijo a éste que se le había comunicado todo al secretario de Estado L'Aubespine, respondió Montmorency: "En ese caso, el traidor no será detenido." Estas palabras y lo sucedido demuestran que Felipe tenía ya gente a sueldo en el consejo de Francia. (Kehl.)

pudieron mantener. Este papa propuso a Enrique II dar Nápoles y Sicilia a un hijo del rey de Francia.

La ambición de los Valois seguía siendo la de conquistar el Milanesado y las Dos Sicilias. El papa creyó disponer de un ejército, y pidió al rey Enrique II el célebre Francisco de Guisa para que lo mandara; pero la mayoría de los cardenales se encontraban a sueldo de Felipe. Paulo no era bien obedecido, y sólo consiguió unas pocas tropas, que no sirvieron más que para exponer a Roma a ser tomada y saqueada por el duque de Alba, bajo Felipe II, como lo había sido bajo Carlos V. El duque de Guisa llegó por el Piamonte, donde los franceses tenían todavía Turín, y siguió hacia Roma con alguna caballería; pero apenas llegó se enteró del desastre de la batalla de San Quintín, en Picardía, perdida por los franceses (10 de agosto de 1557).

María de Inglaterra había dado contra Francia ocho mil ingleses a Felipe su esposo, que fue a Londres para hacerlos embarcar, pero no para llevarlos ante el enemigo. Este ejército, unido a lo más selecto de las tropas españolas mandadas por el duque de Saboya, Filiberto Manuel, uno de los grandes capitanes de aquel siglo, derrotó tan completamente al ejército francés en San Quintín que no quedó nada de la infantería, muerta o prisionera toda ella. Los vencedores no perdieron más que ochenta hombres; el condestable de Montmorency y casi todos los generales quedaron prisioneros, un duque de Enghien, herido de muerte, la flor de la nobleza deshecha, y Francia en el luto y la alarma. No habían sido más funestas las derrotas de Crecy, de Poitiers, o de Azincourt, y sin embargo Francia, tantas veces a punto de sucumbir, siempre había vuelto a levantarse. Carlos V y Felipe II, su hijo, parecieron próximos a destruirla.

Todos los proyectos de Enrique II sobre Italia se desvanecieron, y el duque de Guisa fue llamado. Mientras tanto, el vencedor Filiberto Manuel de Saboya tomó San Quintín. Podía haber seguido hasta París, que Enrique II hacía fortificar apresuradamente, lo cual indica que estaba mal fortificado; pero Felipe se contentó con ir a visitar su campo victorioso. Con esto demostró que los grandes acontecimientos dependen frecuentemente del carácter de los hombres. El suyo concedía poco al valor, y todo a la política. Dejó respirar a su enemigo, con el designio de ganar con una paz que él hubiese dictado más que con victorias de que no podía ser autor. Así dio al duque de Guisa tiempo para volver, reunir un ejército y tranquilizar al reino.

Parecía entonces que los reyes no se creían capaces de actuar por sí mismos. Enrique II declaró al duque de Guisa virrey de

Francia, con el nombre de lugarteniente general del reino, el cual, como tal, se encontraba por encima del condestable.

Tomar Calais y todo su territorio en pleno invierno, y en medio de la consternación en que la batalla de San Quintín había sumido a Francia; arrojar para siempre a los ingleses que habían poseído Calais durante doscientos trece años fue un hecho que asombró a Europa, y que colocó a Francisco de Guisa por encima de todos los capitanes de su tiempo. Esta conquista fue más deslumbrante y provechosa que difícil, pues la reina María no había dejado en Calais más que una guarnición muy débil, y cuando la flota llegó vio ya los estandartes de Francia izados en el puerto. Esta pérdida, originada por culpa de su ministerio, terminó de hacer a María odiosa para los ingleses.

Pero mientras el duque de Guisa tranquilizaba a Francia con la toma de Calais (13 de julio de 1558), y a continuación con la de Thionville, el ejército de Felipe II ganó otra nueva batalla, contra el mariscal de Termes, cerca de Gravelinas, al mando del conde de Egmont, ese mismo conde de Egmont a quien Felipe hizo más tarde degollar por haber defendido los derechos y la libertad de su patria.

Tantas batallas campales perdidas por los franceses, y tantas ciudades tomadas por ellos al asalto, dan lugar a pensar que este pueblo, como en tiempo de Julio César, valía más para la impetuosidad de los asaltos que para esa disciplina y esas maniobras combinadas que deciden la victoria en un campo de batalla.

No se aprovechó Felipe como guerrero de la victoria de Gravelinas más de lo que se aprovechó de la de San Quintín; pero hizo la paz gloriosa de Cateau-Cambresis (1559), en la que, a cambio de San Quintín y los dos pueblos de Ham y de Catelet que devolvió, ganó las plazas fuertes de Thionville, y de Marienbourg, de Montmédy, de Hesdin, y el condado de Charolais en plena soberanía. Hizo arrasar Térouanne e Ivoi, hizo devolver a Bouillón el obispado de Lieja, el Montferrato al duque de Mantua, Córcega a los genoveses, y Saboya, Piamonte y la Bresse al duque de Saboya; reservándose el derecho a mantener tropas en Verceil y en Asti, hasta que se regulasen los pretendidos derechos de Francia sobre el Piamonte, y que Turín, Pignerol, Quiers y Chivas fuesen evacuadas por Enrique II.

En cuanto a Calais y su territorio, no se tomó Felipe II gran interés. Su esposa, María de Inglaterra, acababa de morir, e Isabel comenzaba a reinar. Sin embargo, el rey de Francia se comprometió a devolver Calais a los ocho años, y a pagar ochocientos mil escudos de oro al cabo de esos ocho años si Calais no había

sido devuelto, especificando además expresamente que, se pagasen o no los ochocientos mil escudos de oro, Enrique y sus sucesores quedaban obligados a devolver Calais y su territorio.[1] Siempre se ha considerado esta paz como el triunfo de Felipe II. En vano el P. Daniel busca en ella ventajas para Francia; en vano enumera Metz, Toul y Verdun, conservadas por esta paz, pues no se trató en absoluto de ello en el tratado de Cateau-Cambresis. Felipe no prestaba atención alguna a los intereses de Alemania, y tomaba muy poco en cuenta los de su tío Fernando, a quien jamás perdonó su negativa a abdicar el imperio en su favor. Si este tratado produjo alguna ventaja a Francia, fue la de hacerle perder para siempre el deseo de conquistar Milán y Nápoles. Por lo que hace a Calais, esta llave de Francia no fue jamás devuelta a sus antiguos enemigos, y los ochocientos mil escudos de oro no se pagaron nunca.

Esta guerra terminó, como tantas otras, por un matrimonio. Felipe tomó por tercera esposa a Isabel, hija de Enrique II, que había estado prometida a don Carlos; matrimonio infortunado, que, según dicen, fue la causa de la muerte prematura de don Carlos y de la princesa.

Después de tan gloriosos comienzos, Felipe volvió triunfante a España sin haber sacado la espada. Todo favorecía su grandeza: el papa Paulo IV se había visto obligado a pedirle la paz, y él se la había otorgado; Enrique II, su suegro y su enemigo natural, acababa de ser muerto en un torneo, y dejaba a Francia llena de banderías, gobernada por extranjeros, bajo un rey niño. Felipe, desde su gabinete, era el único rey de Europa poderoso y temible. Sólo tenía una inquietud: la de que la religión protestante llegase a deslizarse en alguno de sus Estados, sobre todo en los Países Bajos, vecinos de Alemania; países en los que no mandaba a título de rey, sino a título de duque, de conde, de marqués, de simple señor; países cuyas leyes fundamentales limitaban más que en parte alguna la autoridad del soberano.

Su gran principio fue gobernar la Santa Sede prodigándole las mayores muestras de respeto, y exterminar en todas partes a los protestantes. En España había muy pocos. Felipe prometió solemnemente ante un crucifijo destruirlos a todos, y cumplió su voto, bien secundado por la Inquisición. En Valladolid fueron quemados a fuego lento todos los sospechosos; y Felipe, contemplaba su suplicio desde las ventanas de su palacio, oyendo sus

[1] Ni Mezercuj ni Daniel exponen fielmente este tratado. *(Nota de Voltaire.)*

gritos. El arzobispo de Toledo, y el P. Constantino Ponce, predicador y confesor de Carlos V, fueron encerrados en las prisiones del Santo Oficio; y Ponce fue quemado en efigie después de su muerte, según dejamos ya dicho.[1]

Supo Felipe que en un valle del Piamonte, cercano al Milanesado, había algunos herejes, y ordenó al gobernador de Milán que enviase tropas, escribiéndole estas solas palabras: *Todos a la horca.* Supo también que en Calabria había algunos pueblos en los que las opiniones nuevas habían penetrado, y ordenó que se pasara a cuchillo a los novadores, y que se reservaran sesenta, treinta de los cuales debían ser ahorcados y treinta quemados. La orden fue ejecutada puntualmente.

Este espíritu de crueldad y el abuso de su poder debilitaron al fin este poder inmenso; porque si hubiese respetado las creencias de los flamencos, no hubiese visto formarse la república de las Siete Provincias sólo por sus persecuciones; esta revolución no le hubiese costado sus tesoros; y cuando a continuación, Portugal y las posesiones de los portugueses en Africa y en las Indias acrecentaron sus vastos Estados, cuando Francia, desgarrada, estuvo a punto de recibir sus leyes, y de tener a su hija por reina, hubiese podido lograr sus grandes designios, de no haber sido por la funesta guerra que sus rigores encendían en los Países Bajos.

[1] Capítulo CXL.

CAPÍTULO CLXIV

FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS

Si se consultan todos los documentos de la fundación de este Estado, antes casi desconocido, y que tan poderoso se hizo en poco tiempo, se verá que se formó sin designio preconcebido y contra toda verosimilitud. La revolución comenzó por las hermosas y grandes provincias de tierra firme, Brabante, Flandes y Hainaut, que fueron, sin embargo, las que quedaron sometidas; y un pequeño rincón de tierra casi sumergido en el agua, que sólo subsistía de la pesca del arenque, llegó a ser una potencia formidable, hizo frente a Felipe II, despojó a sus sucesores de casi todo lo que poseían en las Indias Orientales, y terminó al fin por protegerlas.

No se puede negar que fue el propio Felipe II quien obligó a estos pueblos a desempeñar tan gran papel, que ni ellos mismos esperaban: su despotismo sanguinario originó su grandeza.

Es importante tener presente que no todos los pueblos se gobiernan por el mismo modelo; que los Países Bajos eran un conjunto de varios señoríos pertenecientes a Felipe por títulos diferentes; que cada uno tenía sus leyes y sus usos; que en Frisia y en el país de Groninga todo lo que se le debía al señor era un tributo de seis mil escudos; que en ninguna ciudad se podían crear impuestos, ni dar empleos a otros que no fuesen regnícolas, ni mantener tropas extranjeras, ni hacer, en suma, innovación alguna, sin el consentimiento de los Estados. En las antiguas constituciones del Brabante se decía: "Si por violencia o por artificio trata el soberano de infringir los privilegios, los Estados quedarán desligados del juramento de fidelidad, y podrán adoptar el partido que crean conveniente." Esta forma de gobierno había prevalecido durante largo tiempo en una parte bastante considerable de Europa, y no se daba ley alguna, ni se recogía dinero alguno sin la sanción de los Estados reunidos. Estos Estados los presidía un gobernador de la provincia en nombre del príncipe, y este

gobernador se llamaba *stadt-holder*, tenedor de Estados, o teniendo el Estado, o lugarteniente en toda la Baja Alemania.

En 1559, Felipe II dio el gobierno de Holanda, de Zelanda, de Frisia y de Utrecht, a Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. Hay que advertir que este título de príncipe no significaba príncipe del imperio. El principado de la ciudad de Orange, que había recaído de la casa de Châlons en la suya por una donación, era un antiguo feudo del reino de Arles, que se había hecho independiente. Guillermo era más ilustre por la casa imperial de que procedía; pero aunque esta casa, tan antigua como la de Austria, hubiese dado un emperador a Alemania, no pertenecía a la misma categoría que los príncipes del imperio. Este título de príncipe que no comenzó a usarse hasta la época de Federico II, correspondió únicamente a los mayores terratenientes. La sangre imperial no daba ningún derecho ni ningún honor; y el hijo de un emperador que no hubiese poseído ninguna tierra no era más que emperador si lo elegían, y simple gentilhombre si no sucedía a su padre. Guillermo de Nassau era conde en el imperio, como el rey Felipe II era conde de Holanda y señor de Malinas; pero era súbdito de Felipe en su calidad de stadt-holder, y como poseedor de tierras en los Países Bajos.

Felipe quiso ser soberano absoluto de los Países Bajos, como lo era de España. Bastaba con ser hombre para abrigar tal deseo, ya que la autoridad trata siempre de derribar las barreras que la restringen; pero Felipe encontraba otra ventaja en ser señor despótico de un dilatado y rico país, vecino de Francia; podía en este caso desmembrar por lo menos a Francia para siempre, ya que aun perdiendo siete provincias y encontrándose con muchas dificultades para gobernar las restantes, todavía estuvo a punto de sojuzgar este reino, aun sin ponerse jamás al frente de ejército alguno.

(1565) Quiso abrogar todas las leyes, imponer tasas arbitrarias, crear nuevos obispos y establecer la Inquisición, que no había logrado hacer admitir ni en Nápoles ni en Milán. Los flamencos son buenos súbditos y malos esclavos. El solo temor a la Inquisición hizo en este pueblo más protestantes que todos los libros de Calvino; y los principales señores de esta nación, que no siente inclinación ni por la novedad ni por las mudanzas, se reunieron primero en Bruselas para exponer sus derechos a la gobernadora de los Países Bajos, Margarita de Parma, hija natural de Carlos V. Sus asambleas fueron llamadas conspiración en Madrid, mientras que en los Países Bajos se consideraban como el acto más legítimo. Es cierto que los confederados no eran rebeldes, y que en-

viaron al conde de Berghes y al señor de Montmorency-Montigny para que llevasen a España sus quejas al pie del trono. Pedían el alejamiento del cardenal de Granvela, primer ministro, cuyas artimañas temían. La corte les envió el Duque de Alba con tropas españolas e italianas, y con la orden de emplear a los verdugos tanto como a los soldados. Lo que en otras partes puede ahogar fácilmente una guerra civil fue precisamente lo que la hizo nacer en Flandes.

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, llamado el Taciturno, fue casi el único que pensó en tomar las armas, mientras todos los demás pensaban en someterse.

Hay espíritus altivos, impenetrables, de una intrepidez tranquila y terca, que se irritan ante las dificultades. Tal era el carácter de Guillermo el Taciturno, y tal fue después el de su bisnieto el príncipe de Orange, rey de Inglaterra. Guillermo el Taciturno no tenía tropas ni dinero para resistir a un monarca como Felipe II; pero las persecuciones se lo dieron. El nuevo tribunal establecido en Bruselas arrojó a los pueblos a la desesperación. Decapitóse a los condes de Egmont y de Horn, con dieciocho gentileshombres, y su sangre fue como el primer aglutinante de la república de las Provincias Unidas.

El príncipe de Orange que se había retirado a Alemania y que había sido condenado a la decapitación, sólo podía armar a los protestantes en su favor; y para animarlos, era preciso serlo. El calvinismo dominaba en las provincias marítimas de los Países Bajos. Guillermo había nacido luterano, CarlosV, que le quería, le había hecho católico, y la necesidad le hizo calvinista; porque los príncipes que han establecido, protegido o cambiado las religiones, rara vez han tenido alguna. Era muy difícil para Guillermo levantar un ejército. Sus tierras en Alemania eran bien poca cosa, y el condado de Nassau pertenecía a uno de sus hermanos. Pero sus hermanos, sus amigos, su mérito y sus promesas, le hicieron encontrar soldados. Primero los envió a Frisia a las órdenes de su hermano el conde Luis; pero este ejército fue deshecho. No se desanimó por ello, y reclutó otro de alemanes y de franceses a quienes el entusiasmo religioso y la esperanza del pillaje alistaron bajo su bandera. La fortuna le fue rara vez favorable, y se vio obligado a ir a combatir en el ejército de los hugonotes de Francia, por no poder entrar en los Países Bajos. La severidad española siguió proporcionando nuevos recursos. La imposición del décimo de la venta de bienes muebles, del vigésimo de los inmuebles y del centésimo de los bienes raíces, acabó de irritar a los flamencos. ¿Cómo podía obligarles a estas exacciones el dueño

de México y del Perú? ¿Cómo Felipe no había venido en persona, como su padre, para dominar estas turbulencias?

(1570) Al fin entró el príncipe de Orange en Brabante con un pequeño ejército, retirándose a Zelanda y a Holanda. Amsterdam, hoy tan famosa, era entonces insignificante, y ni siquiera se atrevió a declararse en favor del príncipe de Orange. Iniciaba entonces esta ciudad un comercio nuevo y poco importante en apariencia, pero que fue el fundamento de su grandeza. La pesca del arenque y el arte de salarlo no parecen constituir un objeto trascendental en la historia del mundo, y es sin embargo lo que ha hecho de un país despreciado y estéril una potencia respetable. No tuvo Venecia comienzos más brillantes; todos los grandes imperios tuvieron su origen en aldeas, y las potencias marítimas en barcas de pescadores.

Todos los recursos del príncipe de Orange se reducían a los piratas, uno de los cuales sorprendió a Brille. Un cura hizo que Flesinga se pronunciara, y finalmente los Estados de Holanda y de Zelanda reunidos en Dordrecht, y la propia Amsterdam, se unieron con él, y lo reconocieron como stathouder; así recibió de los pueblos la misma dignidad que le fuera conferida por el rey. Además se abolió la religión romana, con el fin de no tener ya nada de común con el gobierno español.

Hacía ya largo tiempo que a estos pueblos no se les consideraba guerreros, pero lo fueron de repente. Jamás se combatió, de una y de otra parte, ni con mayor valor ni con furor más enconado. En el sitio de Harlem (1573), como los españoles arrojaran a la ciudad la cabeza de uno de sus prisioneros, los habitantes les arrojaron once cabezas de españoles, con esta inscripción: "Diez cabezas en pago del impuesto del décimo, y la otra por los intereses." Habiéndose rendido Arlem a discreción, los vencedores hicieron ahorcar a todos los magistrados, a todos los pastores, y a más de mil quinientos ciudadanos, lo cual era tratar a los Países Bajos como habían tratado al Nuevo Mundo. La pluma se cae de las manos cuando se ve cómo se comportan los hombres con los hombres.

Al fin fue llamado el duque de Alba, cuyos actos de inhumanidad sólo habían servido para hacer perder dos provincias al rey su señor. Según dicen, se jactaba, al partir, de haber hecho morir a dieciocho mil personas por mano del verdugo. Los horrores de la guerra continuaron con el nuevo gobernador de los Países Bajos, el gran comendador Requessens. El ejército del príncipe de Orange fue derrotado de nuevo (1574), sus hermanos fueron muertos, y su partido se fortificó por la animosidad de un pueblo

que había nacido tranquilo, pero que, una vez traspuestos los límites, no sabía retroceder.

(1574, 1575) El sitio y la defensa de Leyden son uno de los mayores ejemplos de lo que pueden la constancia y la libertad. Los holandeses hicieron lo mismo que se les ha visto poner en práctica más tarde, en 1672, cuando Luis XIV se encontraba a las puertas de Amsterdam: rompieron los diques, y las aguas del Iser, del Mosa y del océano, inundaron los campos; y una flota de doscientos barcos llevó socorros a la ciudad por encima de las obras militares de los españoles. Otro prodigio se vio, como fue el de que los asaltantes se atreviesen a continuar el asedio y se dispusiesen a achicar tan gran inundación. No existe en la historia otro ejemplo ni de tal decisión en los asediados, ni de tal terquedad en los asaltantes; pero esta terquedad fue inútil, y Leyden celebra todavía todos los años el día de su liberación. Es de advertir que los habitantes utilizaron palomas en este sitio para enviar noticias al príncipe de Orange, práctica ésta corriente en Asia.

¿Qué clase de gobierno era el tan prudente y tan elogiado de Felipe II, cuando vemos en esa misma época amotinarse sus tropas en Flandes por no recibir sus pagas, y luego saquear la ciudad de Amberes (1576), y que todas las provincias de los Países Bajos, sin consultar con él ni con su gobernador, establecen un tratado de pacificación con los rebeldes, publican una amnistía, devuelven los prisioneros, hacen demoler las fortalezas, y ordenan que se derribe la famosa estatua del duque de Alba, trofeo que su orgullo había elevado a su crueldad, y que se encontraba todavía en pie en la ciudadela de Amberes, de la que el rey era dueño?

Después de la muerte del gran comendador Requessens, Felipe, que hubiese podido todavía tratar de devolver la tranquilidad a los Países Bajos con su presencia, envió allí a don Juan de Austria, su hermano, el príncipe famoso en toda Europa por su victoria de Lepanto obtenida sobre los turcos, y por su ambición que le había hecho intentar ser rey de Túnez. Felipe no quería a don Juan, temía su ascendiente y desconfiaba de sus designios. Sin embargo, le dio a pesar suyo el gobierno de los Países Bajos, con la esperanza de que los pueblos, que se sentían atraídos a este príncipe por la sangre y el valor de Carlos V, podrían volver a su yugo; pero se engañó. El príncipe de Orange fue reconocido como gobernador del Brabante en Brusuelas, en el momento en que don Juan salía de allí (1577), después de haberse proclamado gobernador general. Este honor que se rindió a Guillermo el Taciturno fue, sin embargo, lo que impidió que Brabante y Flandes

fuesen libres, como lo fueron los holandeses. Había en estas dos provincias demasiados señores que se sintieron envidiosos del príncipe de Orange, y esta envidia hizo que España conservase diez provincias. Llamaron al archiduque Matías para que fuese gobernador general frente a don Juan. Apenas puede concebirse que un archiduque de Austria, pariente próximo de Felipe II y católico, fuese a ponerse al frente de un partido casi todo él protestante contra el jefe de su casa; pero la ambición no conoce estos lazos, y Felipe no era querido ni por el emperador ni por el imperio.

Todo se dividió entonces, todo fue confusión. El príncipe de Orange, nombrado por los Estados lugarteniente general del archiduque Matías, tenía que ser necesariamente rival secreto de este príncipe; los dos se enfrentaban con don Juan, y los Estados se deshicieron de los tres. Otro partido, igualmente descontento de los Estados y de los tres príncipes, desgarraba la patria. Los Estados proclamaron la libertad de conciencia (1578); pero ya no había remedio para el frenesí incurable de los bandos. Don Juan, después de haber ganado una batalla inútil en Gembloux, murió en la flor de la edad en medio de estas agitaciones (1578).

A este hijo de Carlos V sucedió un nieto no menos ilustre: Alejandro Farnesio, duque de Parma, descendiente de Carlos por su madre, y del papa Paulo III por su padre; el mismo que vino más tarde a Francia para libertar París y combatir contra Enrique el Grande. No hay en la historia guerrero más grande; pero no pudo impedir ni la fundación de las siete Provincias Unidas, ni los progresos de esta república que nació ante sus ojos.

Estas siete provincias, que hoy llamamos con el nombre general de Holanda, pactaron (29 de enero de 1579), por iniciativa del príncipe de Orange, esa unión que parece tan frágil, y que ha sido constante, de siete provincias siempre independientes las unas de las otras, teniendo siempre intereses diversos, y siempre tan estrechamente unidas por el gran interés de la libertad como lo está el haz de flechas que es su blasón y su emblema.

Esta unión de Utrecht y fundación de la república, lo fue también del stathuderato. Guillermo fue declarado jefe de las siete provincias con el nombre de capitán, de almirante general y de stathuder. Las otras diez provincias, que hubiesen podido formar con Holanda la república más poderosa del mundo, no se unieron a las siete pequeñas Provincias Unidas. Éstas se protegieron por sí mismas, pero Brabante, Flandes y las demás, quisieron un príncipe extranjero que las protegiese. El archiduque Matías se había hecho ya inútil, y los Estados Generales despidieron, con una

módica pensión, a este hijo y hermano de emperador, que fue él mismo emperador más tarde. Llamaron a Francisco, duque de Anjou,[1] hermano del rey de Francia Enrique III, con quien negociaban desde hacía largo tiempo. Todas estas provincias estaban divididas entre cuatro partidos: el de Matías, tan débil que lo despiden; el del duque de Anjou, que pronto fue funesto; el del duque de Parma, quien, no contando a su favor más que con algunos señores y su ejército, supo al fin conservar diez provincias para el rey de España; y el de Guillermo de Nassau, que le arrancó siete para siempre.

Fue por entonces cuando Felipe, que seguía tranquilamente en Madrid, proscribió al príncipe de Orange (1580), y ofreció por su cabeza veinticinco mil escudos. Este método de ordenar asesinatos, inaudito después del triunvirato, había sido practicado en Francia contra el almirante de Coligny, suegro de Guillermo; y se habían ofrecido cincuenta mil escudos por su sangre, en tanto que la del príncipe su yerno fue estimada en la mitad por Felipe, que podía pagar un precio más elevado.

¡Qué prejuicios reinaban todavía! El rey de España confiesa, en su edicto de proscripción que había violado el juramento dado a los flamencos, y dice que "el papa le había dispensado de este juramento".

¿Creía acaso que esta razón podía impresionar grandemente los espíritus de los católicos? ¡Pero cuánto irritaría a los protestantes y los afirmaría en su defección!

La respuesta de Guillermo es uno de los más hermosos monumentos de la historia.[2] De súbdito que había sido de Felipe, se convierte en su igual desde que está proscrito. Se ve en su apología un príncipe de una casa imperial no menos antigua, no menos ilustre en otro tiempo que la casa de Austria, un stathuder que se hace acusador del rey más poderoso de Europa ante el tribunal de todas las cortes y de todos los hombres. Es, finalmente, superior a Felipe, ya que, pudiendo proscribirle a su vez, desdeña esta venganza, y no espera su salvación más que de su espada.

Por entonces Felipe II era más poderoso que nunca; ya que se apoderaba de Portugal sin salir de su gabinete, y pensaba en reducir de igual manera las Provincias Unidas. Guillermo tenía que temer por una parte a los asesinos, y por otra a un nuevo amo en la persona del duque de Anjou, hermano de Enrique III, que había llegado a los Países Bajos, y era reconocido por los pueblos como duque de Brabante y conde de Flandes; pero pronto

[1] O mejor, Francisco de Anjou, ex duque de Aleçon.
[2] *Apología, o defensa del muy ilustre príncipe Guillermo.*

se vio libre del duque de Anjou, como lo estaba ya del archiduque Matías.

(1580) El duque de Anjou trató de ser soberano absoluto de un país que le había elegido como protector. Siempre ha habido conspiraciones contra los príncipes, y este príncipe tramó una contra los pueblos. Intentó sorprender a la vez Amberes, Brujas y otras ciudades que había venido a defender. Mil quinientos franceses fueron muertos en la sorpresa inútil de Amberes, y sus medidas fallaron en las demás plazas. Hostigado de una parte por Alejandro Farnesio, y odiado de otra por los pueblos, se retiró a Francia cubierto de vergüenza, y dejó al duque de Parma y al príncipe de Orange disputarse los Países Bajos, que llegaron a ser el teatro más famoso de la guerra en Europa, y la escuela militar a la que los valientes de todos los países iban a hacer su aprendizaje.

Unos asesinos vengaron al fin a Felipe del príncipe de Orange. Un francés, llamado Salseda, tramó su muerte. El español Jáuregui[1] le hirió de un pistoletazo en Amberes (1583), y finalmente, Baltasar Gérard, del Franco Condado, lo mató en Delft (1584), ante los ojos de su esposa, que vio así asesinar a su segundo marido, después de haber perdido al primero, junto con su padre el almirante, en la jornada de San Bartolomé. Este asesinato del príncipe de Orange no se cometió por el deseo de ganar los veinticinco mil escudos que había prometido Felipe, sino por celo religioso.[2] El jesuita Estrada refiere que Gérard sostuvo siempre en el tormento "que había sido impulsado a tal acción por un instinto divino". Dice además expresamente que "Jáuregui no había intentado antes la muerte del príncipe de Orange hasta que hubo purgado su alma por la confesión a los pies de un dominico, y tras de haberla fortificado por el pan celestial". Era el crimen de la época: los anabaptistas habían comenzado. En Alemania, durante el sitio de Munster, una mujer había querido imitar a Judit, y había salido de la ciudad con el propósito de yacer con el obispo que la asediaba, y matarlo en su lecho. Poltrot de Méré había asesinado a Francisco, duque de Guisa, por los mismos principios. Las matanzas de la jornada de San Bartolomé habían excedido a todos estos horrores, y el mismo espíritu hizo verter después la sangre de En-

[1] Había nacido en Vizcaya. (Jorge Avenel.)

[2] Los historiadores holandeses afirman, por el contrario, que las incitaciones de Felipe fueron el principal móvil de Gérard. Se basan en una carta de Farnesio al rey, que existe en los archivos de Bruselas, y en la cual el príncipe de Parma dice que Gérard le había comunicado su proyecto. Falta saber si el documento es auténtico. (Jorge Avenel.)

rique III y de Enrique IV, e inspiró la *conspiración de la pólvora* en Inglaterra. Los ejemplos tomados de la Escritura, predicados primero por los reformados o los novadores, y después, con demasiada frecuencia, por los católicos, hacían impresión en los espíritus débiles y feroces, imbécilmente persuadidos de que Dios les ordenaba el asesinato. Su ciego furor no les dejaba comprender que si Dios pedía sangre en el Antiguo Testamento, no se podía obedecer esta orden sino cuando el mismo Dios descendía del cielo para dictar de sus labios, de una manera clara y precisa, sus decisiones sobre la vida de los hombres, de la que es dueño; ¿y quién sabe, además, si a Dios no le hubiesen sido más gratos quienes hiciesen una apelación a su clemencia que aquellos que obedeciesen a su justicia.

A Felipe II le satisfizo mucho el asesinato, y recompensó a la familia de Gérard, concediéndole cartas de nobleza, semejantes a las que Carlos VII dio a la familia de la Doncella de Orleáns, cartas según las cuales el vientre ennoblecía. Los descendientes de una hermana del asesino Gérard gozaron todos de este singular privilegio, hasta el momento en que Luis XIV se apoderó del Franco Condado. Entonces se les disputó un honor que ni las casas más ilustres tienen en Francia, y del que hasta los descendientes de los hermanos de Juana de Arco habían sido privados. La familia de Gérard fue obligada a pagar el impuesto de la talla, y como se atreviese a presentar sus cartas de nobleza a M. de Vanolles, intendente de la provincia, éste las pisoteó; el crimen cesó de ser reverenciado, y la familia volvió a ser plebeya.

Cuando Guillermo el Taciturno fue asesinado, estaba a punto de ser declarado conde de Holanda. Las condiciones de esta nueva dignidad habían sido ya estipuladas por todas las ciudades excepto Amsterdam y Gouda, lo cual demuestra que había trabajado en favor suyo tanto como por la república.

Su hijo Mauricio no pudo aspirar a este principado; pero las siete provincias le declararon stathuder (1584), y afianzó la libertad fundada por su padre. Fue digno de combatir contra Alejandro Farnesio. Estos dos grandes hombres se inmortalizaban en aquel estrecho teatro de la guerra que atraía las miradas de las naciones. Aunque el duque de Parma, Farnesio, sólo fuese ilustre por el sitio de Amberes, se le tendría como uno de los más grandes capitanes; los ambereses se defendieron como en otro tiempo los tirios, y el de Parma tomó Amberes como Alejandro, cuyo nombre llevaba, había tomado la ciudad de Tiro, haciendo un dique sobre el río profundo y rápido del Escalda, y renovando un ejemplo que el cardenal de Richelieu siguió también en el sitio de la Rochela.

La nueva república, se vio obligada a implorar la ayuda de Isabel, reina de Inglaterra. Ésta le envió, al mando del conde de Leicester, un socorro de cuatro mil soldados, lo cual ya era bastante por entonces. El príncipe Mauricio tuvo, durante algún tiempo, un superior en la persona de Leicester, del mismo modo que su padre lo tuviera en el duque de Anjou y en el archiduque Matías. Leicester tomó el título y la categoría de gobernador general; pero pronto fue desautorizado por su reina. Mauricio no dejó mermar su stathuderato de las Siete Provincias Unidas, y bien dichoso hubiese sido de no haber tratado de llegar más allá.

Toda esta guerra tan larga y tan llena de vicisitudes no logró al fin devolverle las Siete Provincias a Felipe, ni quitarle las otras. La república se hacía cada día tan formidable en el mar, que no contribuyó en poco a destruir la flota de Felipe II, llamada la *Invencible*. Este pueblo se pareció durante más de cuarenta años a los lacedemonios, que rechazaron constantemente al gran rey. Las costumbres, la sencillez y la igualdad, eran las mismas en Amsterdam que en Esparta, y la sobriedad era mayor. Estas provincias tenían además algo que recordaba las primeras edades del mundo. No hay un frisón algo instruido que no sepa que entonces era desconocido en Frisia el uso de llaves y cerraduras. No se poseía sino lo necesario, y no valía la pena encerrarlo; no se temía a los compatriotas, y sólo se defendían los rebaños y las cosechas contra el enemigo. En todos estos cantones marítimos, las casas no eran sino cabañas en las que la limpieza constituía toda su magnificencia. Jamás pueblo alguno conoció menos la comodidad y el regalo. Cuando Luisa de Coligny fue a La Haya para casarse con el príncipe Guillermo, se envió a su encuentro un carro de posta descubierto, en el que tuvo que sentarse en una tabla. Pero en los últimos años de Mauricio, y en la época de Federico Enrique, La Haya se convirtió en una ciudad agradable por la afluencia de los príncipes, de los diplomáticos y de los guerreros. En cuanto a Amsterdam, sólo con el comercio llegó a ser una de las ciudades más florecientes de la tierra, y la excelencia de los pastos que la rodeaban originó la riqueza de los habitantes de los campos.

CAPÍTULO CLXV

CONTINUACIÓN DE REINADO DE FELIPE II.—DESVENTURADA SUERTE DE DON SEBASTIÁN, REY DE PORTUGAL

Parecía que el rey de España hubiese podido entonces aplastar la casa de Nassau y la república naciente con el peso de su poderío. Es cierto que había perdido en África la soberanía de Túnez, y el puerto de la Goleta, donde estuvo en otro tiempo Cartago; pero un rey de Marruecos y de Fez, llamado Muley Mohamed, que disputaba el reino a su tío, había ofrecido a Felipe, en el año 1577, hacerse tributario suyo. Felipe lo rechazó, y esta negativa le valió la corona de Portugal. El monarca africano fue en persona a arrodillarse ante el rey de Portugal, Sebastián, para implorarle su ayuda. Este joven príncipe, bisnieto del gran Manuel, ardía en deseos de señalarse en esa parte del mundo en la que sus antepasados habían hecho tantas conquistas. Es bastante curioso que, no ayudándole Felipe, su tío materno, de quien iba a ser yerno, recibió en cambio un socorro de mil doscientos hombres del príncipe de Orange, que apenas si podía entonces mantenerse en Flandes. Este pequeño detalle de la historia general demuestra la grandeza del príncipe de Orange, pero sobre todo su pasión decidida por concitar en todas partes enemigos a Felipe.

Sebastián llegó con cerca de ochocientos barcos al reino de Fez y desembarcó en la ciudad de Arcila, conquista de sus antepasados. Su ejército constaba de quince mil hombres de infantería; pero no tenía ni mil caballos. Esta escasa caballería, tan poco proporcionada a la caballería formidable de los moros, es lo que aparentemente ha hecho que le condenen como un temerario todos los historiadores; ¡pero cuántas alabanzas le hubiesen tributado de haber sido triunfador! Fue vencido por el viejo soberano de Marruecos, Manluc (4 de agosto de 1578), en una batalla en que perecieron tres reyes, los dos reyes moros, tío y sobrino, y Sebastián. La muerte del viejo rey Manluc es una de las más hermosas de que la historia hace mención. Se encontraba convaleciente de una grave enfermedad, y sintiéndose morir en medio de la batalla,

dio tranquilamente sus últimas órdenes, y poniéndose el dedo en la boca para dar a entender a sus capitanes que sus soldados no debían saber su muerte, expiró. No se puede hacer una cosa tan grande con una mayor sencillez. Del ejército vencido no volvió nadie, y esta jornada extraordinaria tuvo una consecuencia que no lo fue menos, la de verse por primera vez a un sacerdote, cardenal y rey, como lo era don Enrique, de setenta años de edad, hijo del gran Manuel y tío abuelo de Sebastián, y que ocupó el trono de Portugal con pleno derecho.

Felipe se preparó desde entonces a sucederle, y para que todo fuese singular en este asunto, el papa Gregorio XIII se colocó entre los competidores, pretendiendo que el reino de Portugal pertenecía a la Santa Sede, a falta de herederos directos. Aducía que Alejandro III había hecho en otro tiempo rey al conde Alfonso, el cual se había reconocido feudatario de Roma; razón extraña en verdad. Este papa Gregorio XIII, Buoncompagni, tenía el designio, o más bien el vago propósito, de dar un reino a su bastardo Buoncompagni, en favor del cual no quería desmembrar el Estado pontificio, como habían hecho muchos de sus predecesores. Había esperado en primer lugar que su hijo ocupase el trono de Irlanda, ya que Felipe II fomentaba las agitaciones en dicha isla, así como Isabel atizaba el fuego encendido en los Países Bajos. Irlanda, que había sido dada también por los papas, debía recaer en ellos o en sus hijos cuando la soberana de Irlanda fuese excomulgada. Pero este plan no tuvo éxito. Es cierto que el papa obtuvo de Felipe algunos barcos y algunos españoles que desembarcaron en Irlanda junto con cierto número de italianos, bajo el pabellón de la Santa Sede; pero fueron pasados a cuchillo, y los irlandeses de su partido perecieron ahorcados. Después de esta empresa tan extravagante y desgraciada, Gregorio XIII volvió sus ojos del lado de Portugal; pero aquí tenía que entendérselas con Felipe II, con más derechos que él y más medios de sostenerlos.

(1580) El viejo cardenal-rey no reinó sino para ver discutir jurídicamente ante él quién sería su heredero. Murió pronto. Un caballero de Malta, llamado Antonio, prior de Crato, quiso suceder al rey-sacerdote, que era su tío paterno, mientras que Felipe II sólo era sobrino de Enrique por parte de madre. El prior pasaba por bastardo, aunque se decía legítimo. Pero ni el prior ni el papa heredaron. La rama de Braganza, cuyas pretensiones parecían justas, tuvo entonces la prudencia o la timidez de no hacerlas valer. Un ejército de veinte mil hombres probó el derecho de Felipe; no se necesitaban entonces mayores ejércitos. En vano recurrió el prior, que no podía resistir por sí mismo, al apoyo del Gran Señor.

Sólo faltaba, para que todo fuese peregrino en este asunto, ver también al papa implorando al turco para ser rey de Portugal.

Felipe, que jamás hacía la guerra personalmente, conquistó Portugal desde su gabinete. El viejo duque de Alba, desterrado hacía dos años, después de sus largos servicios, y vuelto a llamar como un perro encadenado a quien se suelta de nuevo para ir a la caza, terminó su carrera de sangre derrotando por dos veces el pequeño ejército del rey-prior, quien, abandonado por todo el mundo, anduvo durante largo tiempo errante por su patria.

Felipe fue entonces a Lisboa a hacerse coronar, y prometió ochenta mil ducados a quien entregase a don Antonio. La proscripción era una de sus armas habituales.

(1581) el prior de Crato se refugió primero en Inglaterra con algunos compañeros de infortunio, quienes, careciendo de todo y andrajosos como él, le servían de rodillas. Esta costumbre, establecida por los emperadores alemanes que sucedieron a la dinastía de Carlomagno, fue adoptada en España cuando Alfonso X, rey de Castilla fue elegido emperador, en el siglo XIII. Los reyes de Inglaterra siguieron este ejemplo que parece contradecir la altiva libertad de su nación. Los reyes de Francia desdeñaron tal uso, y se contentaron con el poder real. En Polonia los reyes eran servidos así en los días de ceremonia, sin ser por ello más absolutos.

Isabel no se encontraba en disposición de hacer la guerra por el prior de Crato; y enemiga implacable, pero no declarada, de Felipe, ponía todo su empeño en resistirle y en suscitarle enemigos en secreto; pero, no pudiendo sostenerse en Inglaterra sino por el afecto del pueblo, y no pudiendo conservar este afecto sino absteniéndose de pedir nuevos subsidios, le era imposible llevar la guerra a España.

Don Antonio se dirigió a Francia, donde el consejo de Enrique III se encontraba con respecto a Felipe en la misma disposición de envidia y de temor que el consejo de Inglaterra. No había guerra declarada, pero sí una vieja enemistad y un deseo mutuo de perjudicarse, pero Enrique III se encontraba en un continuo aprieto entre los hugonotes, que constituían un Estado dentro del Estado, y Felipe, que quería hacer otro ofreciéndoles siempre a los católicos su protección peligrosa.

Catalina de Médicis tenía sobre Portugal unas pretensiones casi tan quiméricas como las del papa. Fomentando estas pretensiones y prometiendo una parte del reino que no podía recuperar, y al menos las islas Azores donde contaba con un gran partido, obtuvo don Antonio por la influencia de Catalina una ayuda considerable. Se le dieron sesenta barcos pequeños y unos seis mil

hombres, hugonotes en su mayoría, siendo una satisfacción para la reina mandarlos a combatir lejos, y para ellos todavía más el ir a combatir contra los españoles. Los franceses, y sobre todo los calvinistas, buscaban por doquier la guerra. Por entonces seguían en gran número al duque de Anjou para entronizarlo en Flandes. Embarcáronse jubilosamente para tratar de restablecer a don Antonio en Portugal. Al principio se apoderaron de una de las islas; pero pronto apareció la flota española (1583), superior en todo a la francesa por el tamaño de sus barcos y por el número de sus tropas, pues se componía de doce galeras de remos acompañadas por cincuenta galeones. Era la primera vez que se veían galeras en el océano, y causa asombro que se las condujera a seiscientas leguas en estos mares nuevos. Cuando Luis XIV, mucho tiempo después, hizo pasar algunas galeras al océano, consideróse esta empresa como la primera de su especie, y no lo era; pero ofrecía mucho más peligro que la de Felipe II, ya que el océano británico es más tempestuoso que el Atlántico.

Esta batalla naval fue la primera que se dio en esta parte del mundo. Los españoles vencieron y abusaron de su victoria. El marqués de Santa Cruz, general de la armada de Felipe, hizo morir a casi todos los prisioneros franceses por mano del verdugo, con el pretexto de que, no estando declarada la guerra entre España y Francia, debían ser tratados como piratas. Don Antonio se consideró muy dichoso de escapar por la huida, y fue a hacerse servir de rodillas en Francia y a morir en la pobreza.

Entonces Felipe se vio dueño no sólo de Portugal, sino de todas las grandes colonias que su nación había establecido en las Indias. Extendía su dominio del extremo de América al de Asia, pero no podía dominar Holanda.

(1584) Por entonces, una embajada de cuatro reyes del Japón pareció colmar esta grandeza suprema que le hacía ser considerado como el primer monarca de Europa. La religión cristiana estaba haciendo en el Japón grandes progresos, y los españoles podían lisonjearse de establecer en dicho país su poder, como lo habían hecho con su religión.

Por lo que respecta a la cristiandad, Felipe se veía obligado a contemporizar con el papa, señor de su reino de Nápoles, a mantener constantemente dividida a Francia, lo cual conseguía por medio de la Liga y por sus tesoros; a reducir Holanda, y sobre todo a mantener la agitación en Inglaterra. Hacía mover a la vez todos estos resortes, y pronto pareció, por la preparación y armamento de su armada llamada *Invencible*, que su fin era conquistar Inglaterra más que inquietarla.

La reina Isabel le proporcionaba motivos suficientes para ello al sostener abiertamente a los confederados de los Países Bajos. Francisco Drake, simple armador entonces, había saqueado varias posesiones españolas de América, y atravesando el estrecho de Magallanes, había vuelto a Londres, en 1580, cargado de despojos, tras de haber dado la vuelta al mundo. Un pretexto de más peso que todas estas razones lo constituía el cautiverio de María Estuardo, reina de Escocia, a quien se tenía presa desde hacía dieciocho años contra el derecho de gentes. Tenía de su parte a todos los católicos de la isla y su derecho, bien manifiesto, al trono de Inglaterra procedía de Enrique VII, por un nacimiento cuya legitimidad no se discutía como la de Isabel. Felipe podía hacer valer en su favor el vano título de rey de Inglaterra que había llevado; y finalmente, la empresa de libertar a la reina María ponía necesariamente de su parte al papa y a todos los católicos de Europa.